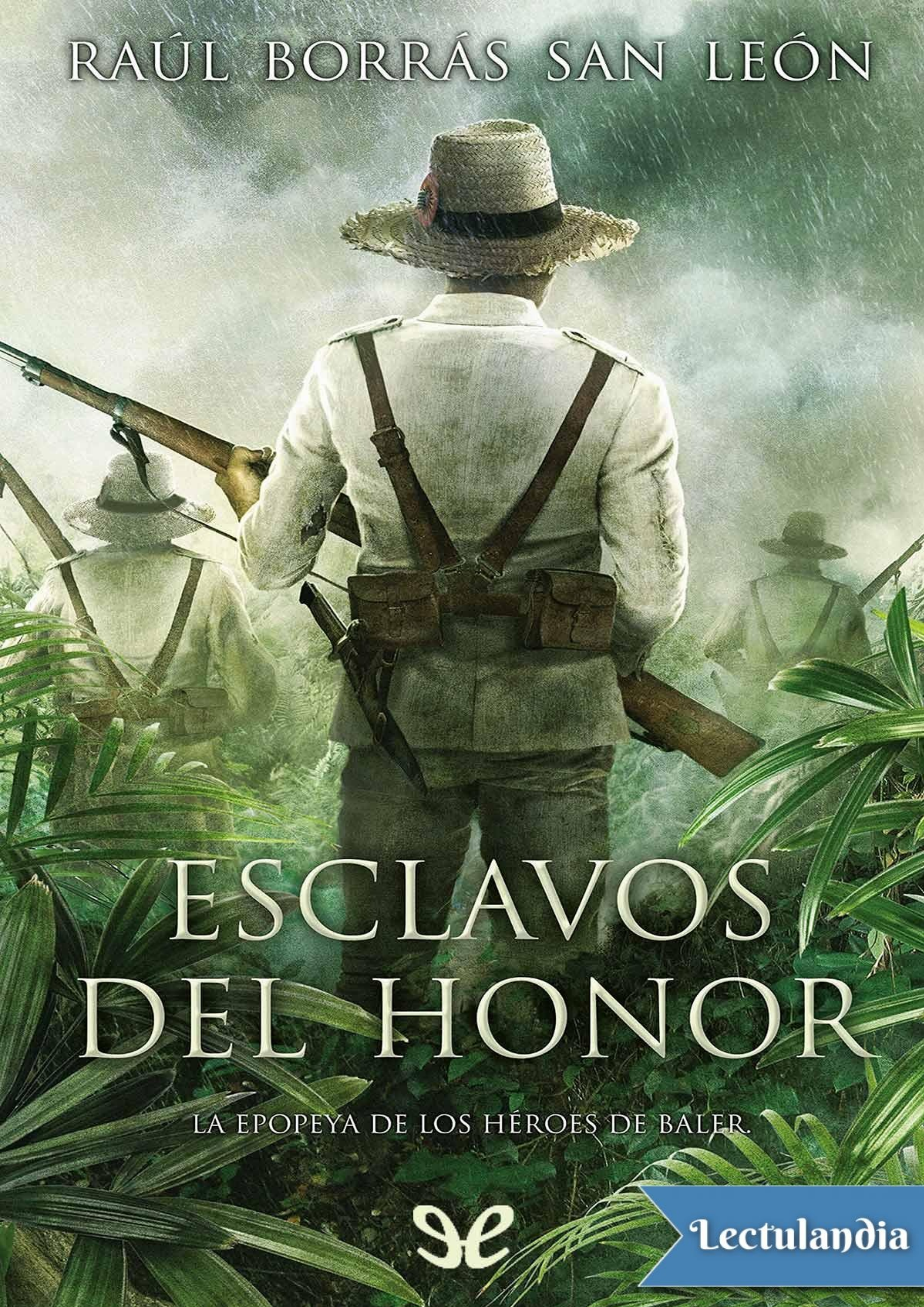

RAÚL BORRÁS SAN LEÓN
ESCLAVOS DEL HONOR
LA EPOPEYA DE LOS HÉROES DE BALER.
Lectulandia

A mediados de 1898, con el inicio de la insurrección filipina y la guerra contra Estados Unidos, la guarnición española de Baler se refugia en la vieja iglesia, único edificio de piedra del pueblo, en espera de la llegada de una columna de socorro.

Durante trescientos treinta y siete días resisten, incluso después de la perdida de la soberanía del archipiélago, luchando contra los rebeldes, el hambre, la enfermedad, la traición y la desesperanza…

En *Esclavos del honor*, Raúl Borrás narra con un estilo literario de gran fluidez un episodio fundamental de la Historia de España en el siglo XIX. Sin caer en el patrioterismo, pero sin denigrar a los protagonistas, esta novela, ofrece, a través de personajes que permanecerán durante largo tiempo en nuestra memoria, una visión cercana y emocionante de «los últimos Filipinas», los héroes del sitio de Baler.

Raúl Borrás San León

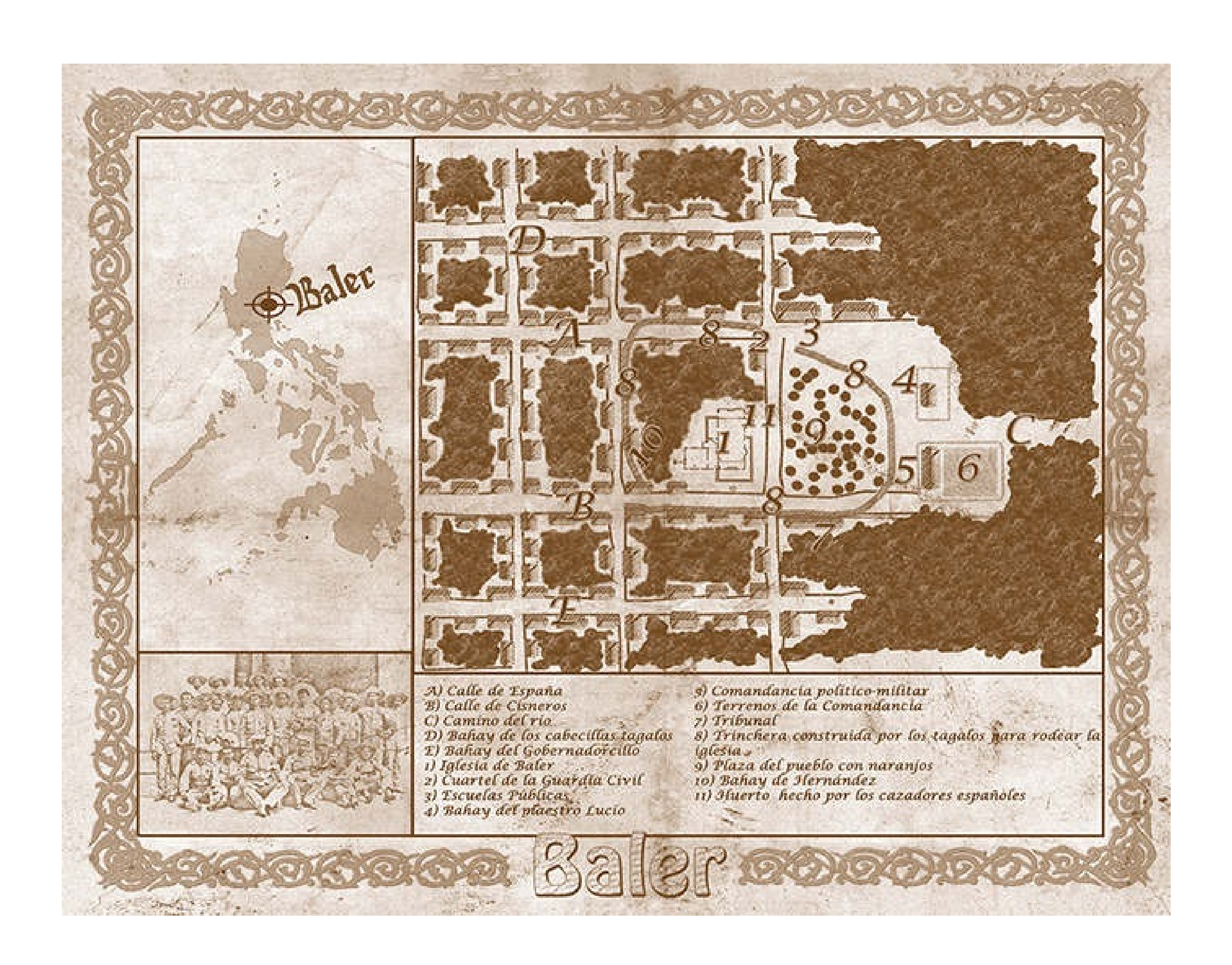
Esclavos del honor

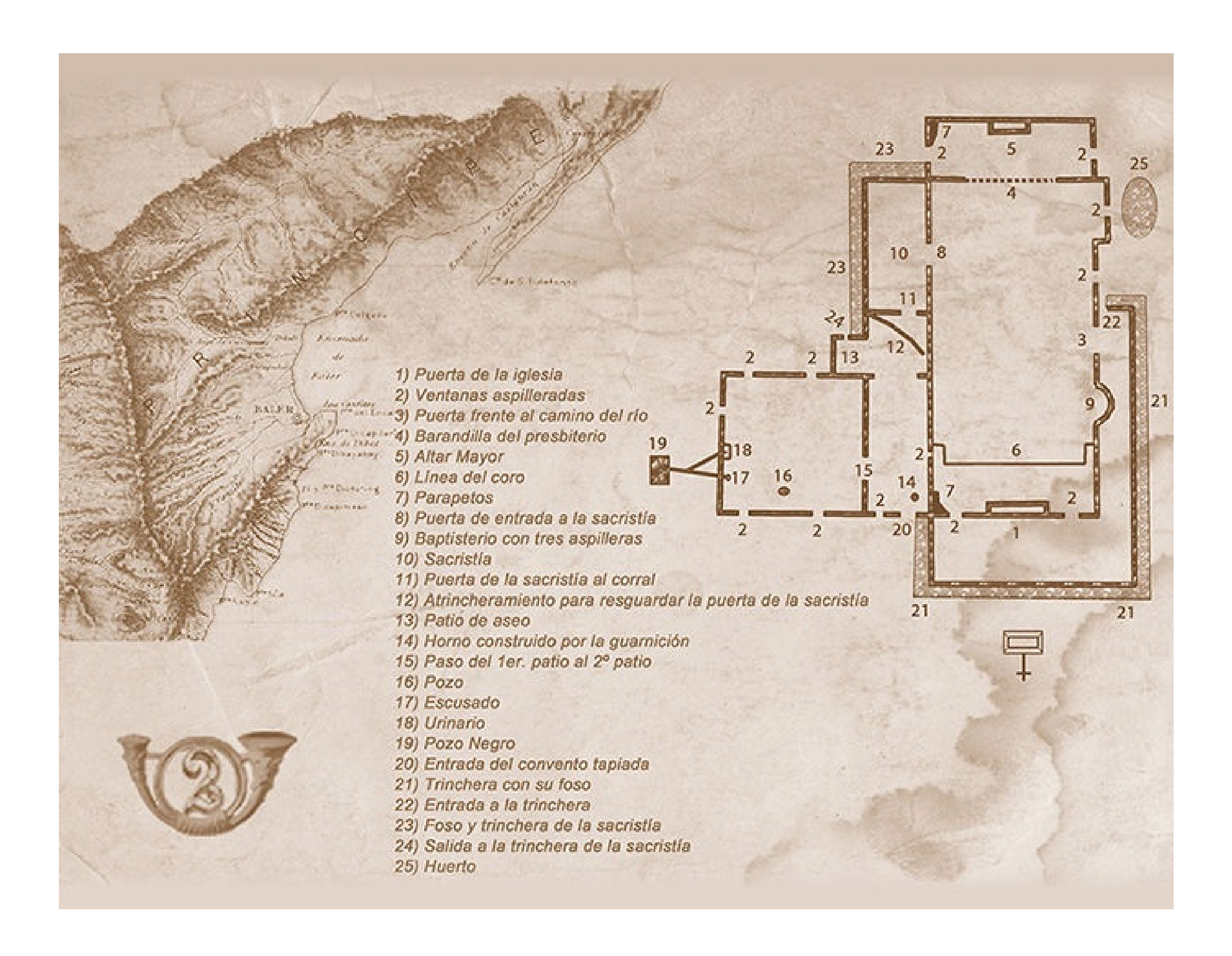
La epopeya de los héroes del sitio de Baler

ePub r1.0
Titivillus 25.02.2021

Título original: *Esclavos del honor*
Raúl Borrás San León, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Baler
A) Calle de España
B) Calle de Cisneros
C) Camino del río
D) Bahay de los cabecillas tagalos
E) Bahay del Gobernadorcillo
1) Iglesia de Baler
2) Cuartel de la Guardia Civil
3) Escuelas Públicas
4) Bahay del Maestro Lucio
5) Comandancia político-militar
6) Terrenos de la Comandancia
7) Tribunal
8) Trinchera construida por los tagalos para rodear la iglesia
9) Plaza del pueblo con naranjos
10) Bahay de Hernández
11) Huerto hecho por los cazadores españoles
Baler


1) Puerta de la iglesia
2) Ventanas aspilleradas
3) Puerta frente al camino del río
4) Barandilla del presbiterio
5) Altar Mayor
6) Línea del coro
7) Parapetos
8) Puerta de entrada a la sacristía
9) Baptisterio con tres aspilleras
10) Sacristía
11) Puerta de la sacristía al corral
12) Atrincheramiento para resguardar la puerta de la sacristía
13) Patio de aseo
14) Horno construido por la guarnición
15) Paso del 1er. patio al 2º patio
16) Pozo
17) Escusado
18) Urinario
19) Pozo Negro
20) Entrada del convento tapiada
21) Trinchera con su foso
22) Entrada a la trinchera
23) Foso y trinchera de la sacristía
24) Salida a la trinchera de la sacristía
25) Huerto

Si se apodera de la iglesia será cuando no encuentre en ella más que cadáveres, siendo preferible la muerte a la deshonra.

Capitán Enrique de las Morenas

Y sentirme perdedor, pero no fracasado.

Cuentos lunáticos, Víctor Pérez

7 de mayo de 1899. Trescientos once días de asedio

El teniente Martín Cerezo observó la sangre que resbalaba por la palma de su mano. No era suya, pero la sentía como propia. Otro de sus hombres había caído herido de gravedad. Apenas sobrevivían la mitad. Ellos habían cumplido con su deber, y, sin embargo, él aún debía exigirles más; hizo una promesa y no la olvidaría. Solo abandonarían la posición con la llegada del relevo o con el fin de la guerra; nunca antes. Aunque tuvieran que morir de hambre, aunque la enfermedad les consumiera, aunque sus días se convirtieran en veinticuatro horas de dolor y desesperación. Nunca antes. Muchos se habían sacrificado ya. Él no enturbiaría su memoria ni destruiría aquel legado. Su determinación era cada vez mayor. Jamás se rendiría.

Vació una tinaja en la jofaina que utilizaba para asearse y observó como la sangre se diluía en el agua. Aun con la mano limpia, podía percibir el calor que había irradiado sobre su palma. A escasos metros, sobre un terraplén, un soldado enflaquecido y harapiento vigilaba al enemigo a través de la tronera. Cumplía su turno de guardia sentado, con el fusil apoyado en la pared. Tras tantos meses de penuria no todos se tenían en pie. El teniente suspiró, se quitó la desvencijada gorra de plato blanca y se sentó en su camastro. El catre le tentaba, pues no recordaba la última vez que había empalmado varias horas de sueño. Se frotó los ojos y miró alrededor suyo. Desde la última tentativa de deserción tan solo confiaba en un puñado de hombres. Siempre alerta, siempre vigilante, recelaba de cualquier susurro o mirada extraña.

En el exterior, la barahúnda formada por los incesantes disparos y los gritos de los insurrectos ensordecía el pueblo, pero allí dentro, en la iglesia, reinaba el silencio propio de un funeral tan solo roto por los lamentos del soldado herido. Un trueno resonó por encima de la guerra y la muerte.

Indiferentes al combate, las nubes descargaron sobre Baler. El tejado, horadado por cientos de proyectiles, apenas retenía la lluvia. Los soldados francos de servicio se refugiaron en sus camastros, cubiertos con maderos y hojas de palmera. Rústicos y desiguales, al menos les resguardaban de las inclemencias del cielo filipino. Los centinelas se arroparon con impermeables fabricados con hojas de nipa. A falta de un amigo de color eran talmente unos robinsones.

La humedad en el aire aumentó la sensación de calor. Martín Cerezo colgó la guerrera del clavo que sobresalía en uno de los pilares de su techado. Remendada y descolorida, le quedaba grande tras meses de pan duro y comida podrida. Siempre fue un hombre recio de complexión y carácter, tanto que trescientos once días de asedio propiciaban que el vigor que perdía su cuerpo a golpe de ayuno lo cobrara su espíritu. Aunque todavía mantenía parte de su lustre inicial gracias a sus cuidados barba y bigote, su cuerpo enjuto como el de un galeote, sus profundas ojeras lívidas y las diminutas y abundantes rayas rojas que cruzaban sus iris anunciaban que el límite de su resistencia física se encontraba cerca.

Hastiado por la lluvia, cerró los ojos para intentar dormir, pero tantos asuntos rondaban su cabeza que le fue imposible. Huyendo de la ansiedad que lo consumía, se refugió en la fotografía de su esposa. Fuensanta, retratada un par de meses antes de la partida del teniente a Filipinas, lucía la hermosura propia de las mujeres embarazadas. Martín contempló la imagen hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas. Limpió sus pesares con un par de movimientos rápidos del pulgar y descolgó el morral del pan. Allí, envueltos en hojas de periódicos, guardaba varios cuadernos. Cogió el más ajado de todos, de tapas rojas y lo abrió. Al leer las primeras líneas sonrió. Había pasado tanto tiempo desde que un ingenuo oficial escribiera aquellas líneas…

7 de febrero de 1898.
Quince meses antes

El teniente Saturnino Martín Cerezo, apoyado en una gran caja de carne enlatada, escribía distraído. Aspiró el aroma de las flores violetas de un grupo de cinamomos que crecían en un jardín cercano al puerto. Llevaba poco tiempo en Filipinas, pero admiraba la intensidad que regía la vida en estas islas. Sus olores y sus sabores, sus paisajes y sus gentes, todo bullía impregnado de esa vehemencia que pronto empaparía los recuerdos del propio oficial.

Martín Cerezo, extremeño de origen y corazón, llevaba el cabello siempre corto. Sin apenas patillas, su pelo negro azabache se batía ya en retirada favoreciendo una frente dilatada. Destacaba en su cara un enorme mostacho y unos ojos vivarachos enmarcados en unas ligeras ojeras.

El oficial, recién ascendido gracias a su traslado a la colonia, observó aproximarse a un marinero con marcas de acné en la cara y, anticipándose, besó el colgante que llevaba enrollado en la mano izquierda, una cadena fina con una pequeña cruz dorada, y lo guardó junto con su cuaderno en uno de los bolsillos de la guerrera. Tras limpiar con un pañuelo las gotas de sudor que bañaban su frente, se caló la gorra y se puso en pie. Aquel joven traía la esperada orden de embarque.

Los cincuenta hombres del destacamento, que aprovechaban el descanso para desparramarse por el estrecho muelle fluvial a la caza de alguna sombra, se levantaron a la orden de Martín Cerezo. Lentamente, remoloneando como colegiales perezosos, abrocharon sus guerreras y dirigieron sus pasos hacia el embarcadero. Allí subirían a bordo del desvencijado vapor que los debía llevar río Pásig abajo para atravesar el lago de Bay hasta Santa Cruz de la Laguna.

Con la tropa ya dispuesta para embarcar, apareció por fin el jefe del destacamento, el teniente segundo Juan Alonso. Le acompañaba, pues había acudido a despedirlos, el teniente coronel al mando del batallón. Con ellos marchaba también un capitán de baja estatura y rostro agradable pincelado por un cuidado bigote que le confería el engañoso aspecto de un galán de zarzuela. Tras ellos un joven tagalo, con el pecho descubierto, pantalones raídos y descalzo les proporcionaba sombra con un tosco parasol de paja.

Cerraba el grupo un par de soldados que acarreaban un pesado baúl. El teniente coronel, con un rápido movimiento de su mano, indicó a Martín que se acercara.

—Martín, le presento al capitán don Enrique de las Morenas. Es el nuevo comandante político-militar del distrito del Príncipe. Viajarán ustedes juntos, pues también está destinado en Baler.

Ambos oficiales se saludaron siguiendo el protocolo militar y después con un fuerte apretón de manos. El teniente, solícito, preguntó al capitán por su equipaje y ordenó al punto que lo subieran a bordo.

—Caballeros, no hace falta que les explique los peligros que encierra su misión, así que actúen en sus respectivas encomiendas con suma cautela. Dispongan a los hombres, quiero dirigirles una breve arenga.

El teniente Alonso dio dos órdenes tajantes y la tropa, azuzada por los cabos, se agrupó con presteza. El atestado muelle impedía organizar una formación reglamentaría, así que los soldados se limitaron a apelotonarse. El teniente coronel, un hombre barbilampiño y rechoncho y al que el clima filipino coloreaba los mofletes, avanzó hacia un tonel de vino que sobresalía entre el resto de vituallas. Resabiado por su grosor, comprobó con la mano su solidez y estabilidad y, apoyándose en unos sacos de garbanzos, subió encima de él. Alejó con un gesto al criado tagalo, que pretendía auparse para continuar protegiéndolo del sol, y dijo:

—Soldados del Segundo Batallón de Cazadores, hijos de España, recordad que, allá donde sirváis, representáis a la Madre Patria. Formáis parte de la tradición de la mejor infantería del mundo, así que demostradlo. Varios de vosotros ya conocéis Baler. Sabéis bien cómo las gastan aquellos traidores desagradecidos. Allí perdisteis compañeros y amigos. Entiendo y comparto la ira que sentís contra esa chusma, sin embargo, he de deciros que vuestro país necesita que mientras estéis destinados en aquel pueblo os mueva, no el afán de venganza, sino la nobleza. Serviréis allí con el objetivo de mantener la paz. Simpatizad con los nativos y aprended a convivir con ellos, pues debemos atraerlos a nuestra causa. Portaos con hidalguía en todo momento y no provoquéis el más mínimo incidente. A la par, tened mucho cuidado y permaneced siempre atentos, ya que la mayoría de la población es de naturaleza hostil. Aquello no es muy bueno, pero, en fin, solo vais a estar dos meses.

8 de febrero de 1898

Tras pasar la noche en Santa Cruz de la Laguna, el destacamento partió al alba hacia Maubán, ya que el camino, aunque corto, transcurría a través de la selva y presentaba una gran dificultad. El teniente Alonso desconfió de la paz existente y desplegó la columna en tres secciones. La primera, en vanguardia y compuesta de catorce hombres, la mandaba el cabo José Olivares. Vestía, como el resto de los cazadores y de la mayoría de las tropas españolas en ultramar, el práctico uniforme de rayadillo, fabricado en tela de algodón con finas líneas verticales blancas y celestes. A la espalda, llevaba enrollada su manta encima de la mochila. De esta colgaba la olla marmita y el bombón de agua. Al hombro portaba su arma, el magnífico fusil máuser modelo de 1893.

Olivares había sido jornalero y se reconvirtió, primero y por necesidad, en zapatero y después, y por obligación, en soldado. Manchego de cabeza y corazón grandes, andaba al frente de sus números refunfuñando para sus adentros. Después de casi catorce meses en Filipinas aún no se había acostumbrado a aquel maldito calor húmedo; ni tirando del arado ni picando piedra sudaba tanto en su Caudete natal. Al mes de estar en las islas, en enero del noventa y siete, siendo aún un simple soldado, le preguntó a un curtido sargento de su compañía si siempre hacia tanto calor allí. Este, sonriendo con desdén, le dijo que no: «Ahora estamos en invierno, en verano es peor».

En la segunda sección marchaban, junto con la impedimenta, el capitán, los dos tenientes y la mitad del destacamento. De las Morenas encabezaba el grupo seguido por su perra *Luna*. Hacía unos meses que la había comprado por un peso a un chino en un mercadillo de Manila con la intención de regalársela a sus hijos cuando volviera a la Península. El fogoso animal, aunque poco más grande que un gato, mantenía el paso lento del caballo sin dificultad. De orígenes callejeros, tenía las orejas puntiagudas, el pelo claro, corto y encrespado y el rabo largo como el de un sabueso. El capitán, hacia el mediodía y aunque viajaba a caballo, no soportó los rigores de la marcha. Aquejado de fuertes dolores, le costaba mantenerse firme sobre su montura. Los repentinos ataques de ciática le paralizaban. A causa de sus molestias, se mostraba esquivo y se mantenía distante de los otros dos jóvenes oficiales que conversaban entre sí.

Alonso, que en estos días lucía la barba recortada y el pelo moreno engomado hacia atrás, era un oficial enjuto y de rostro alargado. Su piel lechosa había adquirido un ligero tono rojizo gracias al fuerte sol filipino. De carácter dinámico y alegre, se encontraba eufórico, pues estaba, por primera vez desde su ascenso a segundo teniente, al mando de un destacamento autónomo. Hablaba y saltaba de tema en tema como un chiquillo inquieto. Por el contrario, Martín, lacónico y taciturno, apenas decía nada. Sumido en sus pensamientos, dejaba que su compañero se explayara y se limitaba a sonreírle las distintas ocurrencias de manera educada y mecánica.

En último lugar, a escasos cien metros, avanzaba la tercera sección. Integrada por otros catorce hombres, dirigidos por el cabo Jesús García, formaba la retaguardia de la columna. Sobre su pecho, partiendo cada uno de un hombro, cruzaban en bandolera los tirantes del morral del pan y de su correaje con cuatro cartucheras con munición para el máuser. El cabo levantó el ala de su sombrero de fina paja de Jipijapa y pasó el antebrazo por la frente para limpiarse el sudor. Se detuvo unos segundos y miró inquieto la selva que lo rodeaba. Entre la espesura, a través de los troncos de las palmeras, resonaban los estridentes aullidos de los monos. Jesús negó un par de veces con la cabeza; aquella incierta paz no le inspiraba confianza.

9 de febrero de 1898

El toque de corneta despertó a la somnolienta tropa en Majayjay. El capitán De las Morenas, que había pasado la noche en vela a causa de sus dolencias, fue incapaz de montar a caballo y tuvo que ser trasportado en una camilla. Su pequeña perra trotaba a su lado, traveseando por los alrededores de su amo.

El destacamento continuaba su marcha por la inhóspita vía que cruzaba la enmarañada selva tropical. En la temporada de lluvias, que ocupaba la mitad del año filipino, se volvía impracticable. Tras soportar largas horas la humedad y las dificultades del camino, arribaron a Maubán al atardecer. Desde allí el viaje se tornaba más fácil, pues volverían a embarcar para bordear la costa filipina hacia el norte hasta llegar a Baler, cabecera del distrito del Príncipe.

La columna se reagrupó para entrar en la población. De entre el público que observaba el improvisado desfile, surgió un hombre de procedencia peninsular que se aproximó al capitán. De cuerpo y rostro moreno y seco, lucía un uniforme de rayadillo apenas estrenado y las insignias propias de la Sanidad Militar. Tras él, un soldado indígena acarreaba un maletín. De las Morenas los recibió con una breve sonrisa finalizada en un mohín de dolor. El desconocido se arrodilló a su lado, y le puso una mano sobre la frente. Al comprobar que no tenía fiebre, intercambió unas breves palabras con su nuevo paciente al tiempo que se atusaba la perilla. Dio unas indicaciones a su asistente y, mientras sacudía las perneras del pantalón, alzó la vista y se percató de que todo el destacamento lo miraba. Azorado por ser centro de atención de más de medio centenar de personas, dudó qué hacer hasta que descubrió a un oficial junto a una montura y se dirigió hacia él. Vio las divisas en sus hombros, dos rayas en sentido trasversal como las suyas, aunque estas descansaban sobre un paño verde y no amarillo; era un teniente de infantería. Se presentó realizando un rápido y torpe saludo militar. El oficial se llevó la mano a la sien con un movimiento enérgico.

—Caballero, soy el médico provisional Rogelio Vigil, de la cuarta brigada sanitaria. Tengo que presentarme al jefe del destacamento destinado en Baler… ¿Por casualidad no será usted? ¿O… —se giró levemente y señaló a De las Morenas con el dedo— o… el capitán de las parihuelas quizás?

El doctor, de treinta y seis años, alistado apenas hacía cuatro meses, no terminaba de acostumbrarse a su nuevo oficio. Alonso avanzó un paso y le tendió la mano.

—Pues no busque más, ya me ha encontrado. Soy el teniente Juan Alonso, oficial al mando del destacamento que relevará a la guarnición de Baler. Aquel caballero que acaba de atender es el nuevo comandante político-militar del distrito del Príncipe, el capitán Enrique de las Morenas.

—He ordenado que lo trasladen al cuartel de la Guardia Civil Veterana, allí podrá descansar.

—Se lo agradezco en su nombre.

—Simplemente cumplo con mi deber. Sepa que he sido destinado, junto con un cabo y dos sanitarios, a Baler. Debo instalar y dirigir una enfermería para la tropa.

—Perfecto, es agradable saber que alguien cuidará de nosotros si causamos baja durante el servicio.

El teniente Martín Cerezo y el cabo Olivares, que se habían adelantado para preparar el alojamiento del destacamento, se unieron a los dos oficiales. Venían de visitar al gobernadorcillo, el cargo municipal que pasaba por ser el alcalde del pueblo. Después de una rápida presentación, Martín informó a su superior:

—Disponemos de unos bahays. Me ha comunicado que deberemos esperar a que llegue el vapor de la Compañía de Filipinas. Según dice, salió de Manila tres días antes que nosotros, así que debería llegar mañana.

—De acuerdo. Olivares, encárguese de alojar a la tropa. Que aprovechen para descansar. Déjeles bien claro que no toleraré ningún desmán.

—A sus órdenes, mi teniente. —El cabo marcó la posición de firmes, saludó y se retiró.

—También se halla en el pueblo el padre franciscano Gómez Carreño —continuó el doctor Vigil—. Vuelve a su parroquia en Baler tras el cautiverio al que fue sometido por los tagalos durante la revuelta.

—¡Vaya! —exclamó jocoso Alonso—, con ayuda divina no tendremos nada que temer.

—Esos solo se ayudan a sí mismos —musitó Martín con un mohín de desprecio.

El doctor, al escuchar los irreverentes comentarios, levantó las cejas asombrado. Guardó silencio para no enturbiar su nueva relación con los oficiales, pero no dejó de cuestionar la clase de personas que le habían tocado por compañeros.

11 de febrero de 1898

En la cubierta de popa varios cazadores disfrutaban de la fresca brisa marina. El sol ya no calentaba con tanta fuerza y el viaje resultaba agradable. Los hombres fumaban y bromeaban entre sí. Uno de ellos, Jaime, escupió sin contar con la dirección del viento y su propia saliva le impactó en la cara. Las risas de los compañeros aumentaron su enfado y, mientras se limpiaba, exclamó:

—Cada vez que me acerco a este maldito pueblo todo sale mal.

—¿Mal? Si has tenido suerte…, solo ha sido un escupitajo, si llegas a vomitar… —El soldado Ramón Boades provocó con su comentario un nuevo coro de carcajadas. Jaime, indignado, abandonó el grupo maldiciendo por lo bajo, lo que provocó una mayor hilaridad entre la tropa.

—No tiene muy buen recuerdo de Baler. Allí pasamos días terribles… Enterramos a muchos amigos.

Los hombres interrumpieron sus risas y se volvieron hacia Loreto Gallego, que apenas solía hablar. Este, al ver el cambio de actitud de sus camaradas, maldijo su espontaneidad y agachó la cabeza.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Ramón—. Algo he oído, pero solo rumores.

Loreto recorrió con la mirada el heterogéneo corro que formaban sus compañeros. Algunos asintieron, indicándole que continuara; otros, serios y expectantes, le pidieron a viva voz que siguiera. El cazador respiró hondo, sonrojado y cabizbajo, balbuceó:

—Aquella noche… nunca la olvidaré…

—Habla más alto —chilló una voz al fondo del corro que había crecido hasta casi duplicar su tamaño. Casi todos los cazadores que estaban en la cubierta se habían acercado a escuchar la narración, pues la mayoría no conocían los sucesos ocurridos en el pueblo al que iban destinados.

—Aquella noche —repitió Loreto sin dejar de mirarse los pies, pero con voz más elevada—, aquella noche no la olvidaré mientras viva. Dormíamos divididos en tres grupos repartidos entre el cuartel de la Guardia Civil, la parte baja de la comandancia y una casa que estaba al lado. A eso de las doce nos despertó el sonido de un disparo y el grito del centinela que nos alertó mientras lo acuchillaban. Aún dormido, abrí los ojos y vi a los indios entrando por la ventana de nuestra habitación.

—¡Qué hijos de puta! Lo tenían todo previsto —dijo alguien que Loreto no supo reconocer.

—Los que estábamos cerca del armero pudimos coger los máuseres… Acribillamos a esos cabrones. Ocurrió todo tan rápido… disparábamos el rifle casi sin apuntar… había tantos indios que no podíamos fallar. Terminamos las cinco balas del peine y por no parar a buscar más munición o calar las bayonetas, cargamos con los rifles como si fueran garrotes. A uno de esos bastardos le reventé la cabeza a culatazos.

—¡Bien hecho!

—Recuerdo el ruido del cráneo al romperse. Es horroroso. Mientras mis compañeros celebraban la huida de los taos… yo vomité. Aquel olor a sangre, pólvora y sesos aún me revuelve el estómago.

—¿Qué pasó en las otras casas? —preguntó Ramón.

—Allí no tuvieron nuestra suerte. —Loreto levantó la cabeza y mirando a sus oyentes continuó—: No pudieron defenderse, aunque lo intentaron… uno murió aún en el catre, varios lo hicieron peleando. Otros cayeron prisioneros y los más afortunados huyeron o se escondieron…

—¿Y vosotros qué hicisteis?

—Los de mi casa corrimos a refugiarnos en la iglesia… Ayudamos a los compañeros que nos encontramos por el camino. Atrancamos las puertas y allí esperamos el amanecer, fue todo tan confuso… la vigilia fue tremenda. Éramos tan pocos… Separados…, asustados…, sin esperanza… Creíamos que la muerte nos llegaría en cualquier momento… No soltamos nuestras armas en toda la noche. Estábamos dispuestos a llevarnos por delante a todo aquel que intentara entrar. —Loreto se interrumpió y contempló a sus compañeros, que lo miraban absortos.

—Coño, pero no pares ahora.

—Con las primeras claras del día no sucedió nada, pero a eso de las seis de la mañana pudimos ver que el capitán Irizarri abandonaba la comandancia seguido de un puñado de hombres. Corrimos a reunirnos con ellos en la plaza. Llegaron más cazadores… unos se apoyaban en sus compañeros, otros se arrastraban. Solo quedamos trece sanos… El capitán asumió el mando y organizó una descubierta. Encontramos siete soldados muertos. El teniente Mota se había pegado un tiro. —Se señaló la sien—. Nadie sabe lo que pasó. Pensamos que se suicidó al creer perdido su destacamento. Aquella noche nos superó. El miedo y la confusión se cebaron con nosotros. Los de la comandancia, refugiados en el piso de arriba, mataron a un compañero que subía las escaleras al creer que era un indio. No le dieron ni el alto.

—¿Y después? ¿Volvieron a atacaros?

—Nos refugiamos en la iglesia hasta que fuimos relevados trece días después por el capitán Roldán y sus hombres… Los trece días más angustiosos de mi vida.

12 de febrero de 1898

Rogelio Vigil se encontraba solo en la proa del buque contemplando cómo el sol descendía en el horizonte. En unas horas se ocultaría entre las frondosas y quebradas montañas filipinas. Delante de él se extendía una larga y estrecha playa donde la arboleda crecía al alcance de las olas más briosas. Las sombras de su ramaje formaban fantasmagóricos dibujos sobre las arenas claras. El exótico perfume de las flores impregnaba la cubierta. Vigil contemplaba admirado el paisaje; aquello asemejaba el último esbozo del paraíso. Observó la desembocadura del río Dungán, que corría paralelo a la costa, en dirección sur y que, al sobrepasar Baler, giraba abruptamente hacia el este, en busca del mar. La vegetación, desaforado tapiz verde, brotaba libre y salvaje hasta ocultar el pueblo. Tan solo, de entre la espectacular selva emergía, tímida, humilde y humana, la torre del campanario. El doctor veía a la tripulación y a los cazadores del destacamento afanándose unos en desembarcar los pertrechos y otros en acercarlos hasta la playa, pues debían aprovechar las últimas horas de sol disponibles y la tregua concedida por la cambiante marea.

Durante el corto trayecto desde Maubán, no había disfrutado de la compañía de sus hombres. Él se alojaba en primera clase con un camarote a su disposición. Su ayudante Bernardino, un sanitario gallego, viajaba en segunda junto con el resto de la tropa. El cabo y el otro asistente, ambos filipinos, lo hacían en tercera, cerca de las ruidosas máquinas, hacinados con los bultos, chinos e indígenas del archipiélago. Los tres oficiales se habían mostrado cordiales, pero él los había rehuido en parte por su timidez habitual y en parte por no identificarse con ellos. Ahora los podía ver en la playa, hablando con otros dos militares que Vigil no conocía y que suponía serían los mandos del destacamento que venían a relevar.

El cabo sanitario Alfonso Sus se acercó a su superior y le comunicó que ya habían descargado todas las arcas de la enfermería y que ahora les tocaba desembarcar a ellos. En una pequeña lancha se adentraron en el río Dungán a través de su desembocadura y lo remontaron hasta llegar al pueblo, que distaba unos mil metros. Conforme avanzaban pudieron ver que el río se había desbordado y que sus aguas bañaban algunas de las casas. Era Baler una población que no alcanzaba los dos mil habitantes. Sus calles discurrían

rectas, trazando cuadrículas, aunque al carecer de empedrado alguno se asemejaban más a sendas forestales. Sus frágiles viviendas, unas chozas llamadas bahays edificadas con caña de bambú y hojas de palmera nipa, se levantaban sobre maderos para prevenir las continuas crecidas del río. Los pocos edificios públicos existentes se habían erigido con tablas de madera y argamasa, para intentar dotarlos de mayor solidez. Entre ellos, por estilo, altura y robustez, destacaba la iglesia, preparada para resistir tifones y riadas.

A última hora del día, y con unos sencillos actos carentes de ceremonia, se produjeron los relevos en la Comandancia Político-Militar y en la jefatura de la guarnición. La tropa reemplazada se aprestó a volver a Manila, pues debían embarcar en el vapor que había traído a Baler a sus sustitutos. El nuevo destacamento comenzaba su misión.

16 de febrero de 1898

Los dos tenientes, cobijados a la sombra de uno de los naranjos que crecían en la plaza, supervisaban el traslado de los pertrechos. Aunque la paz todavía reinaba en Filipinas, habían decidido no correr riesgos innecesarios y refugiarse en el único edificio de paredes macizas que existía en Baler. Era una construcción funcional y carente de belleza. En cualquier pueblo de España, repleta de hermosos templos, habría pasado desapercibida. La iglesia de San Luis de Baler era de gruesos muros, de casi metro y medio de ancho, fabricados de piedra, cal y arena. Pintada de blanco y cubierta por una techumbre de zinc, la construcción solo destacaba por su solidez. Su planta tenía forma rectangular, de aproximadamente treinta metros de largo por diez de ancho. La fachada principal era sobria, carente de cualquier tipo de adorno. En ella se abría una gran puerta coronada por dos ventanas y rematada por un frontón triangular de madera con lucerna. Justo encima se levantaba el pequeño campanario que exhibía la cruz sobre su techo. En la pared lateral de la derecha, sencilla como todo el conjunto, descollaban el baptisterio y una gran puerta junto a tres ventanas bajas mientras que la izquierda tenía adosaba la casa del sacerdote.

El teniente Alonso dio un par de pasos y señaló el edificio:

—¿Dónde está el convento del que hablaban el otro día?

—No es más que la residencia del padre Carreño. En Filipinas la llaman así. Por cierto, Alonso, creo que convendría realizar algunas modificaciones en la iglesia, prepararla por si surgen contingencias.

—¿Qué tipo de cambios propones?

—Para empezar, excavar un pozo. Si los insurrectos se escondieran entre las frondosidades que rodean al río, podrían impedirnos el suministro de agua. No creo que el nivel freático se encuentre muy profundo.

—Se lo comentaremos al comandante, a ver qué opina.

—El capitán De las Morenas parece un hombre juicioso, merecedor de todo respeto, pero no debemos olvidar que el mando del destacamento es tuyo.

—Exacto —Alonso esgrimió el dedo índice para reforzar sus palabras—, no debemos olvidarlo, y como oficial al mando quiero pedir consejo al comandante político-militar. —Sonrió a fin de rebajar la tensión—. Su

experiencia puede sernos útil, Martín. Nos vendrá muy bien contar con su asesoramiento.

—¿De qué puede valernos? Esto es una encerrona, con solo cincuenta hombres no podremos controlar el distrito. Nos va a pasar como a los destacamentos anteriores. Aquí nadie escarmienta.

—Alguien tiene que proteger al comandante. El cabo de la Guardia Civil y sus cuatro números no garantizan su seguridad, y menos en este pueblo lleno de deportados. Han juntado aquí a toda la ralea filipina. Además, debemos vigilar también la costa y evitar que se produzcan desembarcos de armas. Por el momento estamos en paz, no corremos peligro.

—Alonso, sabes que esta paz no es más que una tregua. El envío de un destacamento tan pequeño como el nuestro, en lugar de ayudar a sofocar una rebelión, la va a precipitar. Carecemos de la fuerza necesaria para imponer el orden. Y, además, nuestros cincuenta fusiles máuser constituyen un bocado muy apetitoso para los rebeldes. Nuestra única tarea consistirá en sufrir un día tras otro los ataques enemigos. Acuérdate de lo que te digo.

21 de febrero de 1898

En el piso inferior de la comandancia se hallaban reunidos, a petición de su titular, Antero Amatorio, el gobernadorcillo de Baler, el cura párroco, el teniente médico y los dos oficiales del destacamento. Permanecían todos sentados alrededor de una oscura y pesada mesa fabricada con madera de ipil. El capitán De las Morenas consultó su reloj de bolsillo de plata y, al levantar la vista, comprobó con satisfacción que Lucio Quezón se encontraba en el umbral de la puerta.

—¡Ah! Ya estamos todos. —De las Morenas se levantó e hizo una indicación al recién llegado—. He querido que acuda también el maestro. Cuantas más opiniones haya, mejor. —Lucio, con el sombrero en las manos, sonreía afable—. Siéntese aquí, al lado del teniente.

El maestro era un tagalo que frisaba los cuarenta años. Padre de dos hijos, había servido en la Guardia Civil Veterana hasta alcanzar el grado de sargento, algo extraordinario, pues tal empleo estaba reservado a los peninsulares. En la actualidad, se encargaba de la educación de los niños del pueblo, mientras que su mujer, una preciosa mestiza hispanofilipina, instruía a las niñas. Lucio vestía una gastada levita negra e iba peinado a la moda española. Su tez oscura contrastaba con la de todos los presentes, a excepción del gobernadorcillo, que pertenecía a su misma etnia.

—Caballeros, les he reunido aquí para que determinemos cuáles son los problemas más acuciantes del distrito. Como algunos de ustedes ya saben, la hacienda local carece de capital. Mi antecesor, dadas las circunstancias, fue incapaz de recaudar un solo peso. Con la tesorería en tal estado y los recursos de que dispongo, podré pagar los sueldos de la tropa, los sanitarios e incluso satisfacer las necesidades del padre, pero veo imposible empezar la obras del dispensario. La recaudación de las cédulas, papel timbrado y sellos no dan para mucho más.

—Creo —dijo el maestro—, que lo primordial debe ser atender las necesidades del pueblo. La gente padece hambre. Carecen de recursos para subsistir…

—Eso les pasa por traidores —cortó el teniente Alonso—. Si, en lugar de asesinar a nuestros soldados y huir al bosque, se hubieran quedado cuidando sus sementeras, otro gallo les cantaría.

—Yo no movería un dedo para ayudarles —dijo Martín elevando la voz.

—Caballeros, recuerden que estamos aquí a fin de promover y proteger la paz. Abrazaremos a todos los hijos de España. Ustedes son los encargados de encauzar los esfuerzos del destacamento en esta dirección. Velen por que los soldados no causen ningún tipo de afrenta o menoscabo a la población de Baler.

—Hasta doce de ellos sufrieron el ataque de la noche del cuatro de octubre —alegó ceñudo Martín—. Perdieron muchos camaradas.

—Pues entonces deberán esforzarse más en aleccionar a la tropa.

—Disculpen, pero me veo en la necesidad de insistir en mi ruego: nuestra primera obligación debería consistir en calmar el hambre de la población. —El maestro ignoró las miradas de desdén de los dos tenientes e insistió—. En su mano está, señor comandante.

De las Morenas encendió un cigarro y miró al gobernadorcillo, que asintió un par de veces sin pronunciar palabra.

—Es deber nuestro ayudar a esta gente —dijo el padre Gómez Carreño—. A pesar de albergar algunos corazones insidiosos, la mayoría son buenos cristianos. He hablado con el padre Juan López, que ejerce su magisterio en Casigurán, y me ha dicho que disponen de arroz en abundancia. Deberíamos solicitar que nos envíen para alimentar al pueblo y palay para que lo cultiven.

—¿Palay? —preguntó De las Morenas.

—Es arroz con cáscara —explicó el fraile.

—Sí, definitivamente creo que será lo mejor, escribiré al gobernadorcillo de Casigurán ordenándole que envié arroz y… palay. Lo principal es que el pueblo no pase hambre, los estómagos colmados son más dóciles. Asimismo, creo que, para complementar el rancho de la tropa, sería conveniente cultivar los terrenos de la comandancia. Para ello, utilizaré a los vecinos mediante el servicio del polo.

—No creo que sea una medida muy popular —dijo el gobernadorcillo—. El pueblo aborrece esta prestación, la considera un abuso. Causará el malestar entre la población y los rebeldes del Katipunan se aprovecharán y captarán nuevos adeptos.

—Sí, solo servirá para resucitar la rebelión —apoyó Lucio—, no creo que sea oportuno obligar a los vecinos en este momento.

—Por desgracia, como comandante político-militar me veo en la obligación de adoptar, en estos tiempos de crisis que afrontamos, disposiciones impopulares. No obstante, prometo, antes de establecer dicho servicio, pensarlo con detenimiento.

24 de febrero de 1898

El cazador Josep Pineda, un soldado que rondaba la treintena, paseaba por entre los naranjos de la plaza. Cogida de su brazo, una atractiva mujer tagala, vestida con un traje de llamativos colores y que lucía una melena suelta adornada con vistosos abalorios y pequeños espejos, escuchaba ilusionada sus comentarios. Tras su traumático ingreso en el ejército, Pineda habría recobrado la ilusión por la vida a costa de la felicidad y el orgullo de varias muchachas filipinas. De rostro alargado y pómulos marcados, sin ser feo, no destacaba por su belleza. Esgrimía un verbo fácil y zalamero pulido en sus muchas tardes de café. Se beneficiaba también de una total falta de escrúpulos más propia de un político corrupto que del honrado panadero que era. Sabía cómo cautivar a una mujer y no tenía recato en beneficiarse de ello. Su cuerpo fibroso y sus piernas ligeras no habían podido evitar que, más veces de las que le gustaba recordar, le hubiera molido a palos un novio cornudo o un hermano protector.

Cerca de la pareja, varios soldados libres, también de servicio aquella tarde, entonaban canciones sentados en los escalones que daban acceso a la comandancia. Habían conseguido una vieja guitarra que, acompañada de palmas y cantares, animaba a todo el grupo. Algunos vecinos de Baler, curiosos, se habían acercado a presenciar aquel singular alboroto. No afinaban canción alguna, pero cuanto peor salían las tonadas, mayor era el regocijo de la tropa. Dentro de la comandancia, con una copa de licor en la mano, el capitán De las Morenas sonreía ante la algarabía; el desparpajo de aquellos soldados le traía recuerdos de su juventud en Chiclana. Se agachó para acariciar el lomo a *Luna*, sentada a sus pies. La perra ladeó la cabeza, y, nerviosa por el jaleo, ladró a los cazadores que en ese momento berreaban el final de una canción.

—Bueno, bueno, pandilla de asnos —el soldado Pedro Planas se colocó frente a sus compañeros—, un gallo viejo entona mejor que vosotros. —Sus compañeros carcajearon al tiempo que bromeaban—. Para desgracia vuestra, y sobre todo mía, sois el único coro que tengo. Así que no me queda otra que contar con vosotros para estrenar mi última, y también única, obra. —El grupo de cazadores aplaudió y silbó a un tiempo—. Me he permitido componer un pequeño himno del batallón, escuchadme, a ver si os entra el

tono en vuestras duras cabezas. —Tomó aire y cantó con orgullo la primera de las estrofas.

La obediencia, el amor e hidalguía,
nuestro lema constante ha de ser.
Con tan noble divisa a porfía,
siempre, siempre sabremos vencer.

Al otro lado de la plaza, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la pared de la iglesia, se encontraba el soldado Loreto. En sus manos sostenía un pequeño sobre arrugado y encima de él, solapándolo de tal manera que apenas podía verse, una fotografía retrataba a una joven ataviada con un largo vestido oscuro. Loreto, con la vista perdida en el horizonte, contemplaba ausente las nubes hasta que una voz le despertó de su ensimismamiento.

—¡Vaya chica más guapa! ¿Es tu novia?

Loreto, sorprendido, giró la cabeza y vio como Ramón Boades apoyaba el máuser en la pared y se quitaba el sombrero.

—Entonces ¿qué? ¿Es tu novia? Si es tu hermana recuerda que yo la vi primero —bromeó Ramón—. Mejor tenerme a mí de cuñado que a cualquiera de estos haraganes, ¿no?

—Es Clementa, y no, no es mi hermana.

—Ya lo imaginaba, solo hay que ver cómo agarras la fotografía. ¿Me dejas verla de cerca? —Loreto, dubitativo, tardó un par de segundos en tendérsela—. Ahora entiendo por qué estás tan enamorado, es una chica muy guapa. ¿Estabas leyendo su última carta?

—No… Pensaba en el día en que se hizo este retrato. Fue durante las fiestas, vino al pueblo un fotógrafo de esos que va de feria en feria. Estaba tan bonita con aquel vestido… Teníamos que pasear a escondidas, para que no nos vieran sus hermanos o su padre…, es el amo de las tierras que trabaja mi familia y no le hace ninguna gracia que ronde a su hija.

—¡Vaya! ¡Un amor imposible! Ahora entiendo por qué siempre estás tan mustio. Pero ¿acaso tú te quieres casar con él? Si ella te escribe y te manda su mejor retrato, será por alguna razón, ¿no? Déjame que te diga, Loreto, que toda mujer que se precie posee el extraño y temible arte de saber manejar a los hombres. Si te ama, su padre no resistirá el engatusamiento de su hija, y si te has ganado a su madre, seguro que ya están preparando el ajuar.

27 de febrero de 1898

De las Morenas, acompañado de su criado Alejo, uno de los dos presos que se encontraban retenidos en el Tribunal, se adentró en una de las calles trasversales del pueblo. Marchaban en busca de Teodorico Novicio Luna, el antiguo cabecilla de los rebeldes de la zona. Gracias a la amnistía decretada tras la paz de Biak-na-Bató, y a pesar de ser el instigador del asalto al destacamento del teniente Mota, ya no tenía nada que temer de las autoridades españolas y había regresado a Baler. Dos tagalos, encaramados en el tejado de una choza desvencijada, lo reparaban según las indicaciones que un tercero les dirigía desde el suelo. Alejo señaló a este último.

—Aquel es.

Era, para la media de su raza, un hombre alto. Como todos los tagalos, siempre iba descalzo. Hasta el ejército, después de varios torpes intentos por impedirlo, había modificado sus normas para permitir que sus nativos no usaran calzado. Vestía Novicio un sombrero Adolfo, una camisa azul marino y un pantalón blanco largo. De ojos rasgados, tez morena y nariz promitente, sus mejillas enjutas y su sonrisa afilada le conferían aspecto de cruel pirata malayo.

—Buenos días. —De las Morenas alzó la mano a modo de saludo. El tagalo, al reconocer a un oficial español, levantó las cejas e, instintivamente, dio un paso hacia atrás. El capitán se acercó y repitió su saludo.

—Buenos días —contestó Novicio ya repuesto de la sorpresa inicial.

—Soy Enrique de las Morenas, el nuevo comandante político-militar del distrito del Príncipe.

—¿Qué… qué desea?

—¿Es usted Teodorico Novicio Luna?

—Sí…

—Le andaba buscando.

—¿A mí? —El tagalo miró a ambos lados de la calle. No descubrió soldados, pero desconfiaba del español—. Tiene que saber que estoy amparado por el tratado de paz de…

—No se inquiete. Vengo a pedirle un favor.

—¿Un favor?

—Me gustaría que trabajáramos juntos. Mi primer deber aquí en Baler es instaurar la paz. Para ello es imprescindible recuperar la vida del pueblo. Quiero tenerlo a mi lado y que me ayude a que todo vuelva a la normalidad.

—¿Pretende que le ayude?

Novicio miro al capitán y a su criado. Alejo, ante la mirada inquisidora de su paisano, levantó levemente los hombros.

—Usted ejerce una notable autoridad sobre los lugareños. Ya han sufrido bastante por culpa de la funesta rebelión: casas incendiadas, campos sin cultivar y, sobre todo, la muerte de muchos seres queridos. Reconstruiremos las casas y sembraremos los campos, pero los hombres que se llevó la guerra no volverán. Es necesario terminar con ella y vivir la paz. Ya ha habido suficiente dolor.

—¿Y qué desea que haga yo? Solo soy un humilde ciudadano.

—Creo que, en adelante, lo mejor será, para no llevarnos a engaños, hablar sin tapujos. Los dos sabemos que usted es más que un humilde ciudadano. Es el líder del Katipunan en el distrito. Como tal, quiero que me apoye para que Baler recupere la normalidad. Necesito su liderazgo.

El filipino levantó las cejas al escuchar este último comentario. Antes de contestar se rascó el lóbulo de la oreja durante unos segundos.

—No sé si podré ayudarle en algo, pero haré lo que esté en mi mano.

—Para empezar, debería ordenar a la gente que regrese a sus casas. Dígales que abandonen la selva, que vuelvan al pueblo y a sus sementeras.

—Pero señor comandante, ellos son libres de vivir donde les plazca.

—Nadie dice lo contrario… No obstante, si alguien, que en el pasado más inmediato ha sido su jefe, hablara con ellos y les comentara las bondades de la amnistía y los esfuerzos de esta nueva administración, es probable que volvieran al pueblo.

—No creo que tenga yo tal poder, pero hablaré con los vecinos. Nosotros somos los primeros interesados en que el pueblo resurja. Colaboraré con usted en todo lo que haga falta.

—Bien, bien, le tomo la palabra, ahora me tengo que ir, pero estaremos en contacto, Novicio. Espero visitarle más a menudo.

—Venga cuando guste, señor comandante, siento no haberle podido ofrecer nada, pero como puede ver, acabamos de instalarnos y aún no está la casa habitable. La última estación de lluvias hundió parte de la techumbre.

—No se preocupe y vuelva usted al trabajo. Si necesita alguna cosa, no dude en acercarse a la comandancia. Allí me encontrará siempre, decida lo que decida, para tratarle de la manera adecuada.

El capitán se despidió y se marchó con Alejo. Novicio se rascó el mentón al tiempo que recapacitaba sobre las últimas palabras del español. En cuanto este desapareció tras la esquina, volvió con sus compañeros y les contó, cuando la risa se lo permitió, la petición del oficial español.

28 de febrero de 1898

El teniente Martín Cerezo desabrochó lentamente los botones de su guerrera. Tras colgarla del perchero, se sentó sobre la cama y, con un enorme suspiro, se quitó las botas. Masajeó los pies unos segundos y, descalzo, se acercó al escritorio. Se acomodó en una silla, cogió pluma y papel, pero justo antes de comenzar, soltó un breve juramento y regresó junto a su guerrera. De uno de los bolsillos extrajo su modesta cadena dorada, la besó y se la enrolló en su mano izquierda. Preparado al fin, escribió con su habitual trazo firme y elegante:

> Queridísima esposa:
>
> Aunque ya voy para un año en Filipinas, aún no me he acostumbrado a su naturaleza hostil. Tienen estas islas, por otra parte preciosas, un clima que no encaja con los españoles. La humedad y el calor nos asfixian.
>
> Como ya te dije, ahora estoy destinado en Baler. Es un precioso lugar en la costa oriental de Luzón, la isla principal del archipiélago filipino. De momento no hemos tenido ningún problema con los lugareños, pero no debemos fiarnos, pues ya conocemos su carácter taimado y vil. Casi machetearon a todo el anterior destacamento, pero no, no sufras por mí, hemos aprendido la lección y esta vez no nos cogerán desprevenidos.
>
> Mi compañero y amigo, el teniente Alonso, está al mando de la guarnición. Es un excelente militar. También sirvió de sargento y, como yo, ha ascendido a oficial al solicitar el traslado a esta colonia. Tuve la suerte de coincidir con él en el *León XIII*, el navío que nos trajo de nuestra querida España. Desde entonces, y aunque reconozco que en ocasiones no soy la mejor de las compañías, hemos trabado una sólida amistad. Tal es ya nuestra intimidad que me ha confesado que, antes de ser destinado a Baler, fue examinado por un tribunal médico. Dictaminó que padecía una neurosis cardíaca y recomendaron dos meses de reposo absoluto. La respuesta de nuestro mando fue enviarlo a este pueblo… Cumple sin tacha sus obligaciones, nunca se queja, pero noto, o al menos creo notar, que termina los días muy fatigado. Tengo

miedo por él, querida, es obvio que, cuando se rompa esta ilusoria paz y los rebeldes nos ataquen, una gran fuerza de enemigos nos obligará a refugiarnos en la iglesia. Es nuestro sino y puede ser fatal para Juan… Espero que nuestro relevo llegue antes de que estalle de nuevo la rebelión.

Y para colmo de males, el capitán De las Morenas se encuentra en situación parecida. En la marcha que hicimos a través de la selva, durante el segundo día, tuvo que ser trasportado en camilla, pues era incapaz de montar. Parece un buen hombre, aunque creo que es algo pusilánime e ingenuo; trata a los tagalos de manera demasiado fraternal. Dudo de sus métodos, pero espero que resulten. Su improbable éxito redundaría en beneficio del destacamento.

Para fortuna de mis compañeros, contamos con asistencia sanitaria. El doctor Vigil, de carácter tímido y reservado, parece conocer bien su oficio, el de médico, ya que en el de militar todavía anda algo verde. Está recién alistado, pero su disposición es admirable. Me es simpático este hombre.

En cuanto a mí, a pesar de que los días son largos y calurosos y el trabajo nunca falta, al llegar la noche, aunque cansado, me cuesta conciliar el sueño. Hoy se cumplen nueve meses, pero vuestro recuerdo sigue fresco en mí. En la vigilia, mientras escucho los extraños ruidos que emite la selva que nos rodea, pienso en ti y me siento solo. Te echo tanto de menos que me duele… Raro es el día que no lloro. Mi alma ha recibido tal herida que, en estas noches solitarias, humedecidas por amargas lágrimas, pienso que jamás podrá sanar. Solo quiero besarte una vez más. Sentir el calor de tus labios, el olor de tu piel y escucharte decir cuánto me amas. Solo Dios y tú sabéis lo mucho que lo necesito.

1 de marzo de 1898

El capitán caminó distraído los breves metros que separaban la comandancia de la casa del maestro Lucio Quezón. Juntos, salieron a pasear por Baler. Enfilaron por la calle España, pasando por delante de las escuelas. Eran dos edificios simétricos, de madera y nipa, donde, debidamente separados por sexos, recibían la educación primaria los niños del pueblo. De las Morenas las señaló con un ligero movimiento de cabeza:

—¿Cómo van las clases?

—Bien, ya han regresado la mayoría de los alumnos. Es un alivio volver a la normalidad de la docencia. Espero que la paz dure.

—Por ella trabajo todos los días. Pero para ello es vital que aflore el comercio, la agricultura, la pesca y la caza. Todos los vecinos deben volver a realizar sus tareas habituales. Por desgracia, mis recursos son limitados, asumo demasiadas obligaciones y me veo forzado a requerir la ayuda del pueblo.

—¿Se refiere al polo?

—Sí, he decidido instaurarlo, necesito que se cultiven los terrenos de la comandancia para ayudar a alimentar a la tropa.

—¿No sería mejor que los mismos soldados los trabajasen? A fin de cuentas ellos van a ser los beneficiados y, por lo que tengo entendido, la mayoría, antes de alistarse, eran jornaleros.

—Eso no es posible, mi querido Lucio, ellos tienen sus obligaciones, y el trabajo del campo no se cuenta entre ellas. Además, los balereños también se favorecerán: el dinero que se ahorre en el sustento de la tropa se destinará al pueblo. Con el tiempo, quizá podamos construir un hospital. El servicio del polo resultará muy útil. Es una costumbre tan antigua y arraigada que no creo que produzca excesivo malestar.

—Se equivoca, los tiempos han cambiado, esa prestación es odiada por todos. Durante quince días se convierten en esclavos de la administración. No, a nadie le gusta semejante situación, incluso los más allegados a España la aborrecen.

—No me queda otra opción, al menos hasta que disponga de ayuda de la Capitanía General. Y había pensado en usted, como natural de estas islas, para gestionarlo.

—¿Yo?

—Claro, es el hombre adecuado. Piénselo, es respetado por los balereños y por los españoles.

—Lo seré hasta el mismo momento en que me ponga a dirigir el polo. Me mete en un brete, señor comandante. ¿No sería mejor que lo gestionara usted o, como se ha hecho siempre, el señor cura?

—Yo no dispongo de más tiempo. Además, no hablo tagalo y apenas conozco a los lugareños. Y con respecto al padre Gómez, como usted bien ha dicho, los tiempos han cambiado. Las nuevas ideas masónicas difundidas por el Katipunan han socavado la autoridad de los sacerdotes. No querría poner otra losa sobre sus espaldas. —Enrique de las Morenas sacó una petaca del bolsillo de su guerrera y ofreció un habano a Lucio, que educadamente lo rechazó—. ¿Seguro? Mire usted que son unos cigarros estupendos, me los manda un amigo que sirve en Cuba. Sin duda alguna se lo digo, son los mejores del mundo. —El maestro, sonriendo, volvió a negar con la cabeza—. Como vea, no insisto más. Sepa usted, amigo Lucio, que he escrito al gobernadorcillo de Casigurán solicitándole el envío urgente de arroz. También he contactado con el reverendo cura párroco, padre Juan López, para que hable con los potentados de la zona y les solicite socorro. En unos días arribará una barca con cincuenta cavanes de arroz y los repartiremos entre el vecindario.

—¡Excelente medida!, espero que sirva para contrarrestar los efectos nocivos que va a producir el polo.

—Entonces, ¿acepta el encargo? —preguntó De las Morenas tras soltar una nube de humo.

—Le ruego que me deje un par de días para pensarlo. Debo consultarlo con la familia… ellos se verán tan afectados como yo.

—Como quiera, pero necesito que se cultiven los terrenos de la comandancia cuanto antes. Si teme por su vida, le expenderé una autorización especial para portar revólver.

—Es la imagen soñada de todo maestro, llevar un arma al cinto… No, no creo que esa sea la solución, más bien agrandaría el problema.

Giraron hacia la izquierda, tomando una de las vías trasversales para alcanzar la calle Cisneros y desde allí retornar a la plaza. Marchaban en silencio. De las Morenas disfrutaba del paseo y de su cigarro mientras Lucio Quezón cavilaba sobre la posibilidad de dirigir la prestación del polo. Por más vueltas que le daba, no le veía ventajas ni para el pueblo, ni, desde luego, para él, pero como antiguo guardia civil y afecto a la causa kastila, sentía el

aguijoneo de la llamada del deber. No podía abandonar a su suerte al comandante, empeñado en mejorar el pueblo y mantener la paz. Quizá fuera la última oportunidad de salvaguardarla.

2 de marzo de 1898

Transcurría la última hora de la tarde, ese momento en que ya todo el mundo ha cumplido con sus obligaciones y el tiempo pasa, si no más lento, al menos más sosegado. El comandante estaba sentado a la puerta de su residencia junto con los dos oficiales. Charlaban y tomaban una copa de jerez. Viniendo del río y en dirección al tribunal, pasó Novicio Luna con dos de sus antiguos lugartenientes.

—Alejo, invítale a unirse con nosotros —ordenó De las morenas.

—Pero mi capitán —se quejó Alonso—, cuando menos, es una idea desagradable. Es un asesino.

—Caballeros, cuanto más cerca se tenga al enemigo, mejor. Trátenle bien, pues necesito entablar amistad con él.

El tagalo despidió a sus hombres y se acercó a saludar a los kastilas. Tenía interés por conocer de qué clase de personas se trataba.

—Buenas tardes, Novicio, permítame que le presente a los dos oficiales del destacamento, los tenientes Alonso y Martín. —Ambos, sin levantarse, asintieron con la cabeza—. Alejo, haz el favor de traer una silla y una copa a nuestro invitado.

—Buenas tardes, caballeros. ¿Qué les parece el pueblo? Espero que les guste —preguntó Novicio con extrema amabilidad.

—Es un lugar maravilloso —contestó Alonso—, lástima no haberlo conocido en otras circunstancias.

—Entre todos conseguiremos que vuelvan a ser óptimas —dijo el capitán —. Por cierto, supongo que será una mera coincidencia, pero ¿no tendrá usted algún tipo de parentesco con el pintor Luna Novicio?

—Sí, es pariente mío.

—¡Vaya! Sabía que era de esta zona, pero no que fuera familia suya. Ganó el Premio de Honor en la Exposición de Bellas Artes de Madrid. No recuerdo ya en qué año, pero fue hace ya mucho.

—Fue en el ochenta y cuatro, se van a cumplir ya quince años —añadió Novicio.

—Un cuadro maravilloso, tuve la suerte de verlo. Sin duda, un justo ganador —dijo De las Morenas—. Aún se puede disfrutar la obra. Está expuesta en el Museo de Ultramar, en Madrid. He dejado que su mensaje me

sirva de guía durante mi mandato. ¿Ustedes lo han visto? —Los dos oficiales negaron con la cabeza—. El simbolismo es claro: dos mujeres, una mayor de tez blanca y otra más pequeña de rostro amarillo, suben una cuesta floreada. Van cogidas de la mano, en actitud cariñosa, pero se puede observar que la mujer mayor ayuda a la pequeña, la asiste y la estimula. No hace falta que les diga que una es España y la otra Filipinas. Sí, sin duda es un buen consejo para todos los que servimos en estas islas.

Novicio se encogió de hombros mostrando su indiferencia, y vio que Martín le miraba fijamente.

—¿Le ocurre a usted algo, teniente?

—Sí, verá, me preguntaba de dónde viene ese odio que siente hacia los españoles.

Alonso no pudo evitar una sonrisa ante la rudeza de su compañero.

—No se equivoque, teniente Martín, yo no odio a los españoles. De hecho, mi hermana está prometida con uno, un vacunador destinado en Casigurán. Lo que sucede es que mis compañeros y yo pensábamos que ya había llegado el tiempo de que Filipinas se autogobierne.

—¿Pensábamos? Entonces, ¿ya no piensa así?

—Por el momento, no. —Martín agarró los brazos de la silla para reprimirse y no levantarse a darle un puñetazo.

—Bueno, bueno caballeros, no hablen de temas tan espinosos y tomen otra copa de jerez. ¿Le gusta? Es un licor que hacen en mi tierra —terció el Comandante para aliviar la situación—. ¿Le pongo un poco más, Martín?

—Yo no bebo con asesinos…

—¡Por Dios! Es un invitado mío, trátelo como tal.

—La paz de Biak-na-Bató me ha amnistiado, no soy un asesino.

—No te equivoques, miserable, el maldito convenio ha indultado, para vergüenza nuestra, tus actos atroces. Te ha conmutado la pena que mereces, pero no por ello dejas de ser un asesino. —Se puso de pie de un salto. Novicio, pensando que iba a ser atacado, se levantó también y dio par de pasos hacia atrás. Martín Cerezo, al observar la reacción temerosa del antiguo insurrecto, soltó una sonora carcajada.

—Los españoles sois muy gallitos. —El rostro de Novicio evidenciaba el odio y la ira que sentía—. Os gusta mucho hablar y fanfarronear. Pero yo os he visto correr y huir. Algunos hasta prefieren volarse la tapa de los sesos antes que pelear…

Martín se abalanzó contra el tagalo y le lanzó un directo con la derecha. Novicio Luna se anticipó, levantó la mano y lo detuvo, pero no pudo

defenderse del izquierdazo que venía después y que le golpeó en el mentón con una rapidez inesperada. Antes de que se recuperara, el oficial le propinó otro puñetazo con tal fuerza que lo tumbó.

—Ahora sabes lo gallitos que somos los españoles, maldito cobarde.

El filipino, de rodillas, pugnando por incorporarse, levantó la cabeza. Tenía un ojo magullado y entornado. Se lo palpó mientras miraba al oficial e hizo una mueca de dolor.

—Pagará por esto. Juro por Dios y por Bathala que me vengaré. —El teniente sonrió, saludó de manera marcial al capitán y se marchó hacia su alojamiento. Novicio, al ver ignoradas sus amenazas, arrancó una planta y la retorció, apretándola con el puño—. ¡Maldito kastila! ¡Pagará por esto! ¡Lo juro por mis antepasados!

Martín Cerezo escuchó los juramentos y dio la vuelta.

—¿Quieres venganza? ¡Ven por ella! —gritó mientras avanzaba a grandes zancadas. Se paró a poco más de un metro del tagalo y se puso en guardia. Este, que veía que el español era mucho más corpulento y experimentado que él, agachó la cabeza ante aquella inopinada respuesta—. No esperaba más de ti, gusano infecto.

Novicio escuchó apesadumbrado las palabras del teniente y las risas de los escasos españoles que había en las proximidades. Todo lo que hizo fue apretar la planta que sujetaba con más fuerza. Una lágrima rodó desde su ojo sano. Era consciente de que si se levantaba, su humillación sería aún más grande y dolorosa. Tendría que aguardar, el tiempo estaba de su parte: no tardaría mucho en vengarse.

4 de marzo de 1898

El capitán, agobiado por una montaña de papel pendiente de resolución, perdió la noción del tiempo. Odiaba la burocracia, y aquel condenado nuevo puesto generaba más de la que podía soportar. Se hallaba tan concentrado en sus quehaceres que no se percató de la llegada de los dos tenientes.

—¿Da usted su permiso, mi capitán?

—¡Ah! Caballeros —exclamó De las Morenas sorprendido—. ¿Ya son las doce?

—A sus órdenes. Buenos días, mi capitán —saludaron a la par.

—Pasen, pasen. Llevo aquí sentado desde el toque de diana y esta montaña de papel apenas ha disminuido… Es más, diría que cada vez es mayor… Este destino va a terminar con mi paciencia. Pero siéntense, caballeros, siéntense. Martín, haga el favor de traerse aquella silla de allá. La que está libre de carpetas y archivos. Hace calor, sin duda les apetecerá tomarse algo fresco. Alejo, ven un momento. —Los dos tenientes se acomodaron en silencio frente al escritorio—. ¡Alejo! —gritó el capitán—. ¿Dónde se habrá metido este hombre? —De las Morenas se levantó y se adentró en la habitación contigua para buscarlo por una ventana que daba a la plaza—. ¡Alejo! —le oyeron gritar—. ¡Maldito haragán!, ¡ven aquí inmediatamente! Nunca estás cuando haces falta.

—Eso pasa —susurró sonriendo Alonso— por utilizar de sirviente a un reo de la comandancia… —Al oír entrar al capitán se calló.

—No parece muy trabajador el tal Alejo —comentó Martín.

—Hay que estar pendiente de él, pero, en general, no es malo del todo.

—¿No prefiere que le asista uno de los miembros del destacamento? —ofreció Alonso.

—Sin duda sería mejor solución, pero no me corresponde por mi cargo, y no me gusta contravenir el reglamento. Bueno o malo, tendré que servirme de él. —En ese momento el aludido, un tagalo bajo y de anchas espaldas, entró en el edificio. Sin pronunciar palabra, se acercó a la mesa—. Alejo, prepara una jarra de agua con azucarillo. Usa la de la tinaja de barro que está a la sombra, estará bien fresca y la agradeceremos. No te la mereces, pero si te apetece, tómate un vaso. —El criado asintió y se marchó silencioso de la habitación—. Se lo iba a tomar igual y así al menos me aseguro de que no

escupa en la bebida. Al muy canalla ya le pillé una vez intentando sisarme el dinero de la compra… Debería pensarme el recurrir a un cazador… En fin, vayamos a nuestros asuntos, no tengo un minuto que perder. Les he pedido que se reúnan conmigo porque quiero solicitarles algo. Como saben, estoy intentando restaurar la cotidianidad que la rebelión borró de este pueblo. Ya todo comienza a funcionar, por eso querría pedirles que, como muestra de buena voluntad hacia los tagalos, alojen al destacamento en la comandancia y en el tribunal.

—¿Abandonar la iglesia? —preguntó extrañado el teniente Martín—. ¿Lo cree usted oportuno?

—No se puede volver a la normalidad con una fuerza atrincherada en la iglesia. Recuerden que es un edificio destinado al culto.

—No olvidemos los antecedentes del teniente Mota —observó Alonso mientras jugueteaba pensativo con los pelos de su barba.

—Por supuesto, esa lección debe quedar bien aprendida. Dejen todos los pertrechos en la iglesia. Bastaría para protegerla con una pequeña guarnición al mando de un cabo. —En ese momento entró Alejo con una bandeja. La depositó sobre la mesa y, cogiendo una jarra, vertió el agua con azucarillo en tres grandes vasos de hojalata—. Gracias, Alejo, ahora recoge la colada. —El sirviente asintió con gesto serio y salió, a su habitual paso lento, de la comandancia. Los oficiales tomaron los vasos y bebieron con ganas. El capitán exhaló un soplido de satisfacción—. Con estos calores se agradece algo fresco.

—De acuerdo, daré las órdenes oportunas para el traslado —dijo el teniente Alonso—. Tiene usted razón, debemos devolver la iglesia al cura y a sus feligreses. Dejaremos una pequeña fuerza que nos permita volver si las cosas se ponen feas.

—Me parece una opción muy arriesgada —opinó Martín—, creo que lo mejor sería que la tropa siguiera alojándose en la Iglesia. Podríamos recluirnos en el convento y liberar el espacio del templo para el culto.

—No, estaríamos hacinados. Además, tiene razón, si queremos restaurar la paz no puede haber una fuerza ocupando la iglesia. El destacamento debe trasladarse. Mañana mismo lo haremos.

—Como quieras, Alonso. Yo me encargaré de organizarlo, pero insisto en que no me parece lo más adecuado.

—Bueno, pues si no tienen nada más que añadir, volveré al papeleo. Tengo que acabar con él antes de que él acabe conmigo.

—En realidad, mi capitán, sí que queríamos comentarte algo. —El teniente Alonso dejó el vaso en la bandeja—. La tropa está mal abastecida. El calzado se deteriora con facilidad y carecemos de repuestos. Con la vestimenta ocurre algo parecido, pero por fortuna no urge tanto.

—Con la vitualla también sucede lo mismo. La mayoría se encuentra en mal estado debido a la humedad. Apenas tenemos carne enlatada para completar las raciones —añadió Martín Cerezo.

—Mandaré un informe a la Capitanía General. Expondré el caso y solicitaré que dispongan el envío de pertrechos. Con respecto a la comida, para salir del paso, compren carne de carabao y de ciervo a los lugareños, incluso también pueden adquirir pescado. No sé si habéis tenido la oportunidad de probarla, pero la carne de ciervo filipino es excelente, de las mejores que he comido. Y la compra de caza ayudará a activar la economía del pueblo. Solucionaremos dos problemas al mismo tiempo.

—Un último asunto, mi capitán, hemos observado que, en caso de que resurja la rebelión, sería muy fácil para el enemigo cortarnos el suministro de agua. Creo que la mejor solución sería, si usted nos lo permite, cavar un pozo en la plaza. Dada la situación del pueblo, rodeado de ríos y a baja cota, no creo que debamos profundizar mucho para dar con agua.

—Parece una buena idea y, bien pensado, es extraño que no se haya realizado hasta la fecha. Consultaré con Lucio, el maestro, así sabremos por qué no existe uno. Puede que ya se haya intentado.

16 de marzo de 1898

—¿Otra vez carne de carabao? —El cabo Vicente González frunció el ceño—. Estoy harto de ella.

—Si al señor marqués no le gusta esta carne, le puedo servir unas chuletitas de cordero lechal —ironizó Pedro Vila, el cazador encargado de la cocina.

—Mucho ojo con lo que dices, o te vas a enterar de lo que es bueno.

—Oye, oye, si no te gusta el rancho, vas y te quejas a los oficiales, que yo bastante tengo con cocinar para cincuenta.

—Pues claro que me voy a quejar. ¿No estáis hartos de comer esta carne tan dura?

—Sí, no vale nada. Si al menos nos dieran de vez en cuando ciervo, pero siempre nos dan carabao —dijo el soldado Jaime Caldentey, asistente personal del teniente Alonso.

—Debemos quejarnos y hacer valer nuestros derechos —exigió el cabo González—. Es injusto que nos den un alimento no establecido en las raciones reglamentarias. —Entre el murmullo existente se alzaron varias voces indignadas que lanzaban consignas desaprobatorias; esto provocó que el cabo se creciera—. Sí, compañeros, ni un día más comiendo esta maldita carne. Voy a ir ahora mismo a hablar con Alonso. —Lanzó el contenido del plato a la perra del comandante, que siempre se acercaba a la tropa a la hora del rancho, y se encaminó hacia donde comían los dos oficiales—. A sus órdenes, mi teniente. Con su permiso, vengo a formular una queja.

—¿Y no puede esperar a que terminemos? —preguntó Alonso después de engullir el trozo de carne que estaba masticando.

—Como usted mande, mi teniente.

—Ya que está aquí… Terminemos con esto cuanto antes. ¿Qué sucede?

—Quiero plantearles una queja formal por repartir en el rancho alimentos no reglamentarios.

—¿Cómo dice, cabo?

—La carne de carabao no está establecida como ración y por tanto no puede incluirse en el rancho.

—¡Desagradecidos! —El teniente Martín se levantó rápidamente y arrojó su servilleta contra la mesa—. Ahora mismo voy a hablar con ese atajo de

bribones…

—Martín, no se enoje, que lo peor del caso es que tienen razón —dijo Alonso.

—¿No son conscientes de que estamos prácticamente aislados? ¿No saben que no recibimos ningún recurso de Manila? —preguntó indignado Martín—. Nos hemos esmerado por conseguir carne fresca y los hombres nos lo pagan así… Si la quieren agusanada, la tendrán. Más barato nos saldrá.

—De acuerdo, González, elevaré su queja a la autoridad correspondiente. ¿Alguna pregunta más?

—Mi teniente, ¿será atendida nuestra petición?

—No. —Alonso vio por el rabillo del ojo cómo sonreía su compañero—. Al menos no de inmediato. Comunicaré con la Capitanía General y explicaré lo sucedido, pero deberemos esperar a que proporcione adecuada respuesta. Mientras tanto, la carne de carabao seguirá en el rancho. Al que no le guste, la puede dejar. No obstante, tomaremos nota de quien no la come. Siendo una carne tan estupenda, el que la repudie será por falta de hambre, cuestión que solucionaremos creándosela a fuerza de trabajo. —Una carcajada de su compañero le hizo interrumpirse—. Vaya y explíqueselo a esos ingratos. Y dígales cuál es su nueva obligación.

—¿Mi nueva obligación, mi teniente?

—Usted será, por descontado, el encargado de controlar quién no se come la carne de carabao. Los que la desprecien serán castigados con trabajo extra.

28 de Marzo de 1898

El malestar entre la población de Baler iba en aumento. La mayoría consideraba el polo un abuso de los kastilas. Históricamente gestionada por sacerdotes peninsulares, se había empleado para la creación de obras públicas. Aunque en la actualidad se había bajado el tiempo de la prestación de cuarenta a quince días, nadie comprendía por qué tenían que cultivar los terrenos de la comandancia, pues no obtendrían beneficio alguno de dicha actividad. Y encima era uno de los suyos quien dirigía el odiado servicio.

El sufrido maestro se convirtió en el blanco de todas las críticas. La casi totalidad de los vecinos le habían retirado el saludo y varios, incluso, habían sacado a sus hijos de la escuela. Lucio no se había molestado mucho por estas aptitudes, más bien sintió lástima por los niños a los que les habían negado la educación, pero la noche del veintitrés de marzo sucedió algo que le preocupó. Cuando se preparaba para acostarse, lanzaron piedras contra su casa al tiempo que gritaban consignas del Katipunan. El hecho se repitió un par de veces, así que el maestro, temiendo por la seguridad de su familia, había decidido hablar con De las Morenas.

Después de terminar las clases y tras comentarlo brevemente con su mujer, se acercó a la comandancia. En la puerta, sentado sobre un taburete, Alejo zurcía una vieja camisa.

—Buenas tardes, ¿está el señor De las Morenas? —El aludido respondió con un somero «sí» y siguió cosiendo sin volver a levantar la vista de la prenda. Lucio se encogió de hombros y entró en el edificio esquivando al criado que ocupaba más de la mitad del vano.

—Buenas tardes, señor comandante. —De las Morenas, en mangas de camisa, escribía unas cifras en un cuaderno, levantó la vista y mostró una sonrisa sincera y espontánea.

—Querido Lucio, ya tenía ganas de verle. El trabajo me ha absorbido tanto últimamente que no he tenido tiempo para los amigos. Ya por fin estoy poniendo al día el papeleo. Esta maldita burocracia puede conmigo. Y ¿qué le trae por aquí?

—Verá usted —el maestro, que seguía de pie con el sombrero en la mano, oyó unos pasos y vio entrar a Alejo y desaparecer en la habitación contigua —, yo querría hablarle sobre ciertos asuntos…

—Pero siéntese, no se quede ahí parado.

—Yo había pensado que, si usted tiene tiempo, podríamos dar un breve paseo por la plaza. —Lucio miró hacia la puerta por la que había desaparecido el asistente.

—De acuerdo, me tomaré un descanso. —El capitán se levantó y se ciñó su guerrera y el cinto con el revólver y su sable. Anduvieron en silencio hasta que se encontraron paseando bajo la sombra de los naranjos—. Antes de que se me olvide otra vez, hace ya tiempo que quería preguntarle sobre un asunto. Alonso y Martín, para garantizar el suministro de agua, quieren cavar un pozo en la plaza. ¿Cómo es que no existe uno ya?

—No tiene mucho sentido, el río pasa tan cerca… Aun así se intentó un par de veces, pero nunca se encontró agua. No soy un experto, pero creo que es por el tipo de terreno.

—Entiendo. Ya me imaginaba yo que era extraño que no contaran con uno. Bueno, amigo Lucio, dígame usted lo que le preocupa.

—Verá, señor Comandante, como ya le dije en su momento, el servicio del polo es impopular. Este pueblo es un vivero de rebeldes y yo nunca he sido apreciado por mis ideas políticas. Pero es que ahora, desde que gestiono el polo, he pasado de ser el amigo de los kastilas al enemigo más odiado del pueblo. He tenido que discutir con los vecinos que tan solo han realizado la prestación a regañadientes. El resto ya ni me habla. Y lo que es peor, las últimas noches han apedreado mi casa. Temo por mi familia.

—¿Quiere que le libere de esta obligación?

—Sí, por favor, y cuanto antes mejor. Tengo que realizar un viaje en breve. Voy a acompañar a mi hijo a comprar unas mercaderías a San Isidro. No me gustaría dejar al resto de la familia desprotegida.

—Tendrá que seguir hasta que le encuentre un sustituto. Se lo ofreceré al gobernadorcillo o a Novicio. Creo que, después de usted, son las personas más adecuadas.

—Desde luego, poseen ascendencia entra los balereños, pero son hijos del Katipunan, no debería usted confiar en ellos.

—Más razón para implicarlos en la administración, ¿no cree? Vuelva a sus tareas, y si ha de viajar, no olvide llevar un arma. Ya le diré algo.

—Temo por mi familia…

—No se preocupe usted. Solicitaré al teniente Alonso que la vigile. Parta sin miedo.

Lucio asintió y sonrió, agradecido por la ayuda que le brindaban.

—Es usted un buen hombre. Ojalá hubiera venido antes. Las cosas podrían haber sido distintas.

30 de marzo de 1898

Sentados en dos sillas delante del bahay de Novicio, este y el capitán fumaban un par de cigarros mientras mantenían una charla intrascendente. A pesar de que se cobijaban en la sombra proyectada por la casa, el calor apretaba, pues apenas corría aire. El oficial español, con el gorro calado, su guerrera abotonada hasta el cuello y dos enormes manchas bajo sus axilas, lo combatía abanicándose con un paipái. A sus pies, *Luna* descansaba tranquila. Mientras De las Morenas redirigía la conversación e intentaba enfocarla a sus propósitos, un gallo apareció entre las columnas de madera que levantaban la morada del líder tagalo. *Luna*, al verlo, irguió las orejas y, ladrando, corrió hacia él. El gallo, una magnifica ave de pelea, con una preciosa cola negra, no se arredró, extendió sus alas y cargó a su vez contra ella. La perra, que solo quería jugar, gimoteó al sentir el picotazo.

—¡*Luna*! ¡Pobrecita! Ven aquí. —El animal volvió con las orejas gachas y el rabo entre las piernas—. ¿Te ha hecho daño?

—Es mi gallo *Goliat*. Ya ha ganado cuatro combates.

—No debiste jugar con él.

—No es mal bicho. Tan solo es que no tolera que otro animal invada su territorio. Le gusta ser independiente.

—Ya… Siéntate, *Luna*. Bueno, como le iba diciendo, me alegra que el… llamémoslo malentendido que tuvo con el teniente Martín no haya enturbiado nuestra relación. —De las Morenas se llevó el cigarro a la boca y dio una calada.

—Usted no es responsable de los actos de ese energúmeno.

—No debió provocarlo.

—Tiene razón. Pero su actitud me cegó.

—Fue lamentable. Debemos superar viejos rencores si queremos construir una paz sólida.

Novicio cogió con la mano izquierda el collar que llevaba alrededor del cuello y lo toqueteó distraídamente.

—Hay ofensas que cuesta superarlas.

El capitán, que no quería reabrir más aquella herida, cambió de tema.

—¿Qué es esa varita de vidrio que lleva colgando?

—Esto es un *anting-anting*. —Lo levantó para que el capitán lo pudiera ver mejor—. Un talismán mágico. Él que disponga de uno como este en el combate, no deberá temer nada. No morirá de herida de bala ni de flecha, ya que ambas huyen de él; tampoco caerá por arma de filo, pues su fuerza es mayor que la del hierro.

—Vamos a ver —el español, sorprendido por escuchar aquella sarta de supersticiones, tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse de su interlocutor—, ¿quiere decir que ese objeto le protege de todo mal en el combate?

—Claro, es muy poderoso, me lo vendió un místico igorrote.

—¡Vaya! ¿Y cómo es que le hirieron la noche que asaltaron a la tropa del teniente Mota? ¿No usó semejante prodigio?

—Nunca me lo quito.

—Pues, ¿cómo es que le hirieron? Claro, debe ser que las balas españolas, al no conocer su fetiche, no saben de su poder y, por tanto, no lo temen.

—No me protegió porque, en aquel momento, pretendía cometer un pecado y Dios me castigó.

—¿Cuál era? Si puede saberse.

—No estoy muy orgulloso, pero en el instante en que fui herido, pensaba en apoderarme de la mujer del anterior comandante y llevármela al bosque.

De las Morenas alzó las cejas sorprendido.

—¿Y qué pretendía hacer con ella? —No hizo falta respuesta, la mirada del tagalo era esclarecedora—. Pues perdone que le diga que aún le pasó poco —increpó el capitán. Novicio, arrepentido, agachaba la cabeza asintiendo repetidamente—. Será mejor que cambiemos de tema. Recordar aquellos hechos funestos acrecienta nuestras diferencias. Yo había venido a visitarle para pedirle que sustituyera a Lucio en la gestión del polo.

—¡Ah! Ese sucio renegado.

—¿Por amar a España?

—No, no es por eso… Todos la amamos aquí en Baler… Es un traidor a su pueblo por establecer el polo y dirigirlo para así librarse de él.

—Lo instauré yo y contra su consejo. Es necesario. Entiendo que no les guste, pero no queda otra. Debemos reducir los gastos de la comandancia para así en el futuro poder hacer frente a nuevas obligaciones, como construir el ansiado hospital. No se ha podido instalar aún por falta de fondos. Debe creerme cuando le digo que es por vuestro bien.

—No se preocupe usted, señor comandante. Yo me encargaré de dirigir el polo. No le crearán los vecinos dificultad alguna. Servirá para que mi pueblo entienda, de una vez por todas, el espíritu de la administración española.

—Exacto. Deben saber que estamos aquí para ayudarles. Y ahora, si no le importa, debo volver al trabajo. —De las Morenas se levantó y se despidió llevándose la mano al ala del sombrero—. Venga a verme mañana y hablaremos de sus nuevas obligaciones. Quede con Dios.

—Hasta mañana.

«Mis nuevas obligaciones —pensó Novicio—. Es curioso que diga eso justo hoy que ha llegado un mensaje ordenándome preparar a los hombres para un nuevo alzamiento… Le aseguro que voy a atender a mis nuevas obligaciones con la máxima dedicación. Esta vez no fallaremos».

2 de abril de 1898

Ramón Boades, aprovechando que estaba franco de servicio, jugueteaba en la plaza con la perra del capitán. Había formado, anudando trapos viejos, una pelota variopinta y deforme que lanzaba al infatigable animal.

—¿La quieres, *Luna*? ¿La quieres? Mírala, mírala. —El soldado acercaba la pelota a la perra, que brincaba y ladraba nerviosa. Ramón descubrió a lo lejos a su compañero Loreto Gallego, que, sentado y reclinado contra la pared de la iglesia, permanecía con los ojos cerrados, ajeno a lo que sucedía en la plaza. Sonrió y fue acercándose, tentando al animal, hasta que tuvo a su compañero a tiro—. Venga, cógela, ¡corre! —Y lanzó la pelota hacia su amigo. *Luna* corrió tras ella y, al alcanzar a Loreto, saltó para esquivarlo. El cazador, sacado de su duermevela de manera tan brusca, se cayó de lado.

—¡Me cago en la cuna que te arrulló, Ramón!

Su compañero se acercó carcajeándose con tal estruendo que su risa más parecía fingida que real.

—Si es que lo estabas pidiendo a gritos, aquí solo, distraído como siempre. ¿Otra vez pensando en tu amor imposible?

—Intentaba dormir una siesta.

—Creía que estabas ensimismado recordando a tu amada, tu bella Dulcinea.

—Se llama Clementa.

—So bestia, ya lo sé… —*Luna* dejó la pelota a los pies de Ramón, que se puso de cuclillas para acariciarla—. Buena chica, buena chica, ahora descansa, bonita.

—Es una animal estupendo —observó Loreto—. Inteligente, rápido, leal… Sería una gran perra pastora.

—Como diría el capitán —Ramón, intentando reproducir la voz de De las Morenas, habló con un tono más grave—: sin duda, sin duda. —Loreto sonrió ante la burda imitación, pero solo durante un instante demasiado breve.

—¿Has recibido carta con el último correo?

—Solo trajo notificaciones oficiales, ni una mísera carta personal. Quizás el próximo…

—Sí, quizás el próximo…

—No te desanimes, Loreto. Y no caviles tanto, que te vas a volver loco.

—Ya me he acostumbrado, intento no darle vueltas. Al principio lo pasé muy mal… Si al menos tuviera clara mi relación con Clementa… Pero en fin, lo que tenga que ser, será. Desde aquí no puedo hacer nada, así que intento acordarme solo de los buenos momentos. Los domingos, después de misa, paseábamos hasta la estación para ver los trenes pasar. Es un camino largo, pero lo hacíamos juntos, hablando y riendo sin parar… Hasta que su padre se enteró de nuestra relación…

—¡Loreto! —gritó Ramón a pesar de encontrarse apenas a un metro de distancia—. ¡No te mortifiques! Vamos a mantener esa cabezota tuya ocupada. ¿Sabes jugar al tresillo?

—Algo he visto, pero no tengo mucha idea.

—Espérame aquí, voy por mi baraja y te enseño.

6 de abril de 1898

El fuego ardía vivaracho y solitario en la plaza de Baler. Los cazadores habían encendido una enorme fogata, aunque se mantenían a una distancia prudente, pues la noche era cálida. De algunos árboles colgaban farolillos de papel con velas encendidas. Alumbrada por la vacilante luz de los candiles, había una mesa cubierta con un tosco mantel sobre la que había varias botellas de vino. A falta de un menaje adecuado, los soldados habían dispuesto sus propios vasos reglamentarios.

La tropa, con la bendición del capitán, había organizado un baile abierto a todos los vecinos del pueblo. Pineda y Planas se habían encargado de invitar a las dalagas, pero la mayoría o había rehusado o se había encontrado con la prohibición de sus padres. Novicio había aleccionado a sus correligionarios para que no acudieran al festejo. Era el modo perfecto de mostrar a los kastilas lo solos que se encontraban. Aun así, varios nativos acudieron con sus mejores galas.

La atmósfera festiva se adueñó de la plaza. Ninguno de los soldados francos de servicio se perdió el acontecimiento. Un pequeño grupo, acompañado por Planas a la guitarra, entonaba una sonata de moda en los cafés de Manila. Mientras Loreto jugaba con los hijos de Lucio el maestro, Gregorio Catalán y Ramón Boades intentaban alternar con dos dalagas que apenas hablaban español y que se reían burlonas de los vanos intentos de los soldados por comunicarse. Alejado unos metros de sus compañeros, Josep Pineda rellenaba, a pesar de las quejas, el vaso de hojalata de una joven. Aunque no era tan hermosa como la que había paseado con él por la plaza, sí se mostraba, a ojos del soldado, más cariñosa. La muchacha, ataviada con un vestido de colores llamativos, seguía la moda tagala de adornarse el pelo con abalorios.

Olivares, cabo de cuarto aquella noche, fumaba en la puerta de la iglesia mientras contemplaba con el ceño fruncido la fiesta de sus compañeros. Pegó una fuerte calada y lanzó la colilla al suelo con un rápido movimiento de los dedos. Antes de volver a sus quehaceres, echó un último vistazo y maldijo la mala suerte que le obligaba a estar de guardia en una noche como aquella.

Poco antes de la hora convenida para el final del baile, Pineda se alejó con su pareja en busca de un lugar menos transitado. Una mano del cazador

rodeaba la cintura de la dalaga mientras la otra apartaba la melena para poder cuchichearle al oído. Marchaba tan embelesado que no se percató de que un grupo de tagalos le había salido al paso. Cinco jóvenes, descalzos y sin camisa, se encararon hacia la pareja. Pineda no reaccionó hasta que la mujer ahogó un grito.

—¿Qué pasa? ¿Por qué…? Hola, llegáis tarde al baile, pero si os dais prisa aún podéis beber algo.

Uno de los filipinos escupió al suelo. Otro, alto y de torso fibroso, que marchaba el primero y parecía el jefe del grupo, habló en tagalo a la chica con un tono de voz áspero y elevado. La joven rompió a llorar, y sin volverse una vez siquiera hacia el español, corrió hacia su casa.

—¿Qué diablos?

El tintineo producido por las cuentas que orlaban su pelo acompañó la retirada de la chica. Para el soldado resultó un sonido terrorífico.

—Kastila, aléjate de nuestras mujeres. —El cabecilla avanzó un paso y repitió su orden al tiempo que mostraba su puño—. Aléjate de ellas.

Los otros cuatro tagalos se situaron alrededor del español. Mientras lo rodeaban, uno dijo una frase en tagalo y el resto del grupo se carcajeó. De fondo se escuchaba el lejano bullicio del baile ya en declive. Varias voces achispadas se empeñaban en maltratar una canción. Pineda, que sabía que de ahí no saldría sino trasquilado, miró a su alrededor y maldijo para sus adentros. Convencido de no tener ninguna posibilidad, decidió sorprender a sus atacantes y cargó contra el cabecilla del grupo.

—¡España! —gritó alargando la última a hasta convertirla en un grito de guerra.

El tagalo saltó hacia un lado y, tras esquivarlo, lo prendió de la guerrera. Con el corazón latiendo a toda velocidad, el cazador se revolvió y le atizó un puñetazo en la cara. Aunque logró liberarse, el hábil movimiento de su rival había frenado su embestida y facilitó que uno de los taos le cogiera por la muñeca izquierda. El soldado catalán levantó la mano libre para volver a golpear. No pudo, alguien le cogió el puño y le dobló el brazo sobre la espalda. Intentó escabullirse, pero los dos filipinos le apresaban con firmeza. Enseguida un tercero llegó y le abofeteó la cara. El jefe tagalo se acercó palpándose el pómulo magullado.

—Kastila de mierda, me las pagarás.

Alertado por el grito de su compañero y los ruidos de la pelea, Ramón Boades, que meaba sobre el tronco de una palmera, se asomó para averiguar qué ocurría. Entornó los ojos y contempló a un soldado que no pudo

reconocer agarrado por un par de tagalos; un tercero le insultaba y golpeaba en el vientre. Junto a ellos, otros dos aplaudían y reían como si estuvieran viendo un vodevil.

—¡Maldita sea! —Volvió hacia el baile hasta que consideró encontrarse a una distancia suficiente—. ¡Cazadores! Están zurrando a uno de los nuestros. ¡Venid! ¡Auxilio! ¡Corred!

Sin esperar respuesta volvió hacia la pelea. Impulsado por la camaradería y el espíritu del vino, el valor inglés, se enfrentó él solo al grupo de filipinos.

—¡Cabrones! ¡Soltadlo!

Todos, excepto Pineda, que apenas se tenía en pie, le miraron sorprendidos. Los dos tagalos que habían permanecido de espectadores se abalanzaron sobre Ramón con una rapidez y decisión sorprendentes. El soldado solo pudo levantar los brazos para protegerse de la lluvia de golpes. Para fortuna suya enseguida llegaron Pedro Planas y José Alcaide. Pedro, fuerte como un animal de carga, soltó tal puñetazo que uno de los taos cayó de espaldas contra el suelo. Sin un ápice de piedad, lo pateó hasta dejarlo fuera de combate. Ramón, al ver que Alcaide forcejeaba con el otro, intento sorprenderlo y se lanzó a por el tagalo con tanto ímpetu que ambos rodaron por el suelo. Su rival, más hábil, se incorporó antes y le endilgó un tortazo. Iba a recibir el segundo cuando Alcaide acudió al rescate por segunda vez. Cogió al filipino por el pelo, lo estiró hasta hacerle girar la cara y le golpeó con el puño cerrado.

Los dos hombres que sujetaban a Pineda lo soltaron para ayudar a sus compañeros, pero, al ver que llegaban más españoles, dieron la vuelta y huyeron hacia la selva. Josep Pineda, tambaleándose, vio indeciso al cabecilla de los filipinos, sin saber si huir o enfrentarse a los kastilas. Aunque terminaba de recibir una de las palizas de su vida, el odio que sentía le reanimó lo suficiente para abalanzarse sobre el tagalo. Casi sin fuerzas, lo abrazó, abrió la boca todo lo que pudo y le asestó un bocado en el cuello. Mordió repetidamente, como si fuera un perro callejero, hasta que enganchó bien la carne y, solo entonces, apretó con todas sus fuerzas. No cedió ni cuando sintió el sabor de la sangre endulzando su boca.

8 de abril de 1898

Los dos tenientes, citados por De las Morenas, se personaron en la comandancia. Tras los saludos protocolarios, Martín Cerezo pidió permiso para hablar:

—Mi capitán, tengo constancia, a través de testimonios obtenidos de vecinos del pueblo, de que se está reclutando gente para formar partidas en Carranglán, Pantabangán y Bongabón. La rebelión se ha puesto en marcha de nuevo.

—Espero que esa información sea errónea. —De las Morenas se levantó y señaló los tres pueblos mencionados en el mapa de la isla de Luzón que tenía colgado a espaldas de su mesa de trabajo—. De ser cierto, cuando esas partidas actúen, nos podrían bloquear el camino que conduce a Manila. Estaríamos aislados por tierra. Dependeríamos por completo de la Armada, pues solo podríamos enlazar por mar. Escribiré de inmediato a la Capitanía General para dar cuenta de ello.

—Sería conveniente comunicárselo al comandante del puesto de Pantabangán. Debe movilizar a su tropa de inmediato —aconsejó Martín Cerezo.

—Ya lo hago yo —dijo el teniente Alonso—, aquí por el momento, aparte de tener los ojos bien abiertos, no podemos hacer nada más.

—Encárguense de que sus hombres estén preparados para actuar en todo momento. Mientras esperamos la chispa que prenda el incendio, tenemos que seguir con nuestros quehaceres habituales. Eso me recuerda que les he hecho venir a la comandancia porque he recibido dos notificaciones que deben conocer. La Capitanía General ha resuelto el incidente de la carne de carabao. —Tendió una hoja al teniente Alonso—. Dictamina que la tropa tiene razón, este animal no está incluido dentro de las raciones reglamentarias y, por tanto, no puede distribuirse. Además, conocedora de la falta de alimento de las gentes de Baler, ordena que se les vendan los víveres que pidan. Adjuntan una relación de precios y otra de los artículos que corresponde a cada clase de ración.

—¿Dicen algo de cuándo se realizará el próximo envío de suministros? —preguntó Alonso, aunque ya intuía la contestación.

—No dicen nada más, lo siento.

—Malditos chupatintas, en lugar de darnos una solución nos causan dos problemas. —El teniente Alonso dejó caer los folios sobre la mesa—. ¿Se piensan que aquí disponemos de una factoría? No solo no nos abastecen, sino que encima nos ordenan que avituallemos al pueblo. ¡Esto es absurdo!

—La otra notificación que he recibido no les afecta directamente, pero quiero que estén al tanto por si produjera incidentes. El señor administrador de Hacienda de la provincia de Nueva Écija ha remitido las cédulas de vecindad para los tres pueblos del distrito. Nunca es popular el cobro de tributos, puede que necesite su ayuda…

—Quizá sea la chispa de la que hablaba.

—Lo sé. Es algo que preferiría no tener que hacer, pero la patria necesita el dinero.

—Le ayudaremos a cobrar hasta el último peso.

—Gracias, Martín, pero primero vamos a establecer un tiempo de pago voluntario. Veremos quién está con nosotros y quién no… Por cierto, eso me recuerda… Miren esta carta. ¡Este hombre me toma por tonto! —exclamó De las Morenas.

—¿Quién? —preguntó Alonso sorprendido por el súbito ataque de ira del capitán.

—¡Novicio! No se le ha ocurrido otra cosa que presentarme una lista con nueve nombres para que los destierre del pueblo. ¡Justo las personas más adictas a nuestra causa! Miren, miren. —Y tendiendo un papel al teniente Alonso, continuó—: ¡El primero de la lista es Lucio! ¡Lo que yo diga! ¡Ese hombre me toma por tonto!

—¿Y qué va a hacer al respecto? —preguntó el teniente Martín.

—Pues tendré que darle largas de alguna manera. Le diré que lo comunicaré a la Capitanía General para que resuelva. Así dejaré que pase el tiempo hasta que caiga en el olvido.

—¿Por qué no le dice directamente lo que piensa? —cuestionó Martín—. Me parece ridícula la relación que mantienen. Juegan una extraña partida de ajedrez.

—Gracias a las conversaciones con Novicio he conocido sus pensamientos más cerrados. Sin duda nos será útil en el futuro. De todos modos, no le demos más vueltas a este asunto, ya lo hemos discutido demasiadas veces. Está claro que usted y yo tenemos maneras muy distintas de actuar. Es bueno tener dos perspectivas de un mismo asunto. No creo que genere problemas… Siempre que cada uno recuerde su posición.

Baena, provincia de Córdoba, 13 de abril de 1898

—Vuélvala a leer, madre.

—¡Pero si, entre ayer y hoy, ya la habéis escuchado cinco veces!

—Por favor.

—Venga, salid a jugar al patio hasta que os llame para cenar. Mañana os la volveré a leer.

Carmen Alcalá, la esposa del capitán De las Morenas, sentada en el sillón frailero, guardó la carta dentro del sobre. Las cuatro niñas mayores obedecieron a su madre y abandonaron la salita. El más pequeño, al que faltaban unos meses para cumplir los dos años, se quedó junto a la mujer. Absorta, con la carta extendida en su regazo, no reparó en él hasta que el niño se dejó caer sobre su falda.

—¿No vas con tus hermanas, Enriquito?

—No.

Carmen acarició el pelo moreno de su hijo. Era el vivo retrato de su padre. Esta semejanza le salvó de seguir siendo objeto de las habladurías del barrio, pues ella descubrió que estaba embarazada cuando su marido ya había partido hacia Filipinas.

—Dice tu padre que tiene una sorpresa para ti. —El niño miró a su madre sin comprender—. Una cosa que te gustará mucho.

—¿Perrito? —Hablaba a la francesa, pronunciando la doble erre como ge.

—Pero qué listo eres, diablo. Sí, una muy bonita.

Enriquito miró a su alrededor y se encogió de hombros al tiempo que levantaba las manos.

—No perrito.

—Claro que no, cielo. Está muy lejos, más allá del mar. Con tu padre. Un día vendrán en un barco grande.

—Señora, ha venido doña Matilde de visita.

—Hágala pasar, Josefina. Y llévese al chiquillo o no nos dejará hablar.

La muchacha, una joven delgada de tez amarillenta que servía a la familia por el alimento y unas pocas pesetas mensuales, asintió y se retiró en silencio con Enriquito en brazos. Carmen se levantó y se estiró la falda para deshacer las arrugas. Llevaba un vestido sencillo, de color verde claro, y el pelo recogido en un moño alto. De poco más de ciento cincuenta centímetros, tenía

el pecho abultado, caderas anchas y nalgas prominentes. Aún hermosa, al sonreír unas arrugas se esbozaban en torno a ojos y labios.

Entró la vecina con pasó rápido y, sin saludar, la abrazó. Al separarse vio que tenía los ojos acuosos y le temblaba el labio inferior.

—¿Qué sucede, Matilde? ¿Qué tienes?

—¡Es Gregorio, Carmen! ¡Mi Gregorio!

—¿Has recibido noticias?

—Un telegrama de Cuba. ¡Lo han herido!

—¡Oh, no! ¿Es grave?

—Dice que no, pero no sé qué creer. ¿Y si muere? ¿Qué voy a hacer yo sin él? ¿Qué será de mis hijos?

—No te preocupes, querida. Si te han dado recado es para que te quedes más tranquila. Seguro que está bien. ¿Quién lo envió?

—Un compañero. Un viejo amigo de la academia.

—Mañana mismo le contestamos y le pedimos más información, así te quedas más tranquila. Yo te acompañaré.

—No tengo dinero para poner un telegrama. La media paga llega cuando llega.

—Qué me vas a contar, pero no te preocupes, lo reuniremos entre las mujeres del cuartel. Entre todas no saldremos a mucho.

Matilde se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Disculpa que me haya presentado a estas horas y sin avisar. Pero no sabía a dónde acudir.

—¡Qué tontería!

—Gracias, Carmen. Estaba tan nerviosa. ¡Qué vida la nuestra! Siempre con el corazón en un puño. Y tú, ¿sabes algo de Enrique?

—Ayer llegó una carta.

—¿Lo repatrian?

—No.

—Pero si el capital general de Sevilla le ha concedido la baja por enfermedad.

—Su expediente se resolvió demasiado tarde. Él ya estaba embarcado y, por lo tanto, lejos de su autoridad. Y ahora me dice Enrique que no lo presente en ningún sitio. Según él, le podrían tachar de cobarde. No quiere coger fama de gozar de influencias. ¿Tú te crees? Con cinco hijos a su cargo y solo piensa en qué dirán de él.

—Los hombres y su honor… De todos modos, tu marido es demasiado noble. Otros en su lugar volverían sin pensarlo.

—Lo sé, pero ¿qué quieres? Él jamás rehuirá su deber. Es una de las razones por las que me enamoré. —Carmen suspiró y se encogió de hombros —. En fin, al menos lo han destinado como comandante político-militar a un pueblo de la costa. Es un cargo administrativo, espero que no tenga complicaciones. Asegura que aquello es precioso y muy tranquilo. Los indios le quieren mucho.

—Me alegro de que haya tenido suerte, parece que le ha tocado un destino cómodo…

Baler, 16 de abril de 1898

El cabo Olivares, junto con los soldados Loreto Gallego, Ramón Boades y José Jiménez, se encontraba descansando en la playa. Tumbado sobre su guerrera, con la cabeza apoyada en las manos, miraba distraído las nubes. Tenía los pies descalzos y colocados de tal manera que el oleaje, con cada empuje del mar, se los bañaba. A su lado, Loreto y Ramón golpeaban unos cocos con sus bayonetas, intentaban abrirlos para beber su dulce agua. José, de pie y en paños menores, apuntaba con su máuser a los pájaros que sobrevolaban la playa.

—¿Queréis que mate uno y nos lo comamos a la brasa?

—Quita, quita —contestó Ramón—, deben saber a demonios.

—Puede que sean venenosos, recordad lo que dijo el doctor Vigil. —Loreto intentó clavar la punta de la bayoneta en el coco—. ¡Qué duro está!

—Pues los indios los abren con piedras. —El cabo Olivares se incorporó—. Anda, déjamelo, que ya veo que te cercenas un dedo y nos fastidias la tarde.

—Mirad quién viene por allí, su excelencia el director del coro. —Ramón señaló el camino al pueblo. Todos los cazadores se volvieron para ver a Pedro Planas, que llegaba arremangado, portando al hombro su fusil y en bandolera, colgando a su diestra, un zurrón de piel de carabao.

—Espero que no nos haga cantar —bromeó José.

—Yo solo espero que no nos meta en un lío. Bastante tuve con el que organizó Pineda el otro día. Pensaba que no íbamos a tener más permisos hasta que llegara el relevo —comentó Ramón a la vez que macheteaba el fruto.

—Sí, pero qué bien te lo estabas pasando en el baile… Además, Pedro, más que meterte, te sacó del embrollo. Anda que si no aparece…

—Lo sé, lo sé. Ha pasado más de una semana y ayer fue la primera vez que me pude tumbar de este costado. Me cago en todo, qué de leches me dieron…

—Fíjate cómo se hace. —Olivares dio un golpe seco al coco con la bayoneta—. ¿Ves? Hay que ir girándolo y dándole así hasta que se agriete. Mira, ya cede. Sigue tú. —Loreto recogió el fruto y le proporcionó un fuerte

bayonetazo que hizo que comenzará a chorrear agua. Ramón, aburrido, lanzó lejos su coco y clavó el machete en la arena.

—¿Disfrutando la tarde? —gritó Pedro aún a cierta distancia.

—Te advertimos que, si vienes a hacernos cantar, José tiene orden de pegarte un tiro.

—Tranquilo, Ramón, os gustará mi visita. Mirad lo que llevo aquí —dijo Pedro al tiempo que palmaba el zurrón.

—Tranquilos, que ahí no le cabe la guitarra —se mofó Ramón.

—Después de esto, me rogarás que cantemos. —Abrió el morral y mostró tres botellas verdes que estaban llenas de un líquido claro—. Es el mejor licor de nipa que hayáis probado nunca. —Repartió dos de las botellas, se acercó la que quedaba a la boca y le quitó el tapón de corcho con los dientes—. Salud, compañeros.

—Esta bueno este brebaje que hacen los indios. Algo suave, pero bueno —dijo Olivares sonriendo.

—¿A qué se debe este honor?

—Hoy, dieciséis de abril del año de Nuestro Señor Jesucristo mil ochocientos noventa y ocho, hace treinta y ocho años que tuvo a bien venir al mundo vuestro seguro servidor, Pedro Planas. —Efectuó una lenta reverencia.

—¿Treinta y ocho años? Si podrías ser mi padre.

—Vale, Ramón, vas a ver cómo las gasta tu padre. —Apoyó su botella en la arena y se lanzó contra su compañero que, ante la inesperada carga, solo pudo chillar desesperado—. Traga arena, por guasón.

—Padre, no me haga daño, recuerde que soy su hijo predilecto.

—¿Aún quieres más? —Agarró a Ramón que, muerto de risa, no podía defenderse, lo arrastró a la orilla y lo dejó caer al agua como un fardo.

—Viva la familia —brindó Olivares mientras levantaba la botella.

—Desde luego, hay momentos en que el servicio no es tan malo —dijo Planas riendo.

Pero la detonación de un disparo congeló la sonrisa de los soldados. El cabo, por puro instinto, se agachó llevándose las manos a la cabeza. Loreto y Ramón se tiraron cuerpo a tierra mientras que Pedro Planas, secándose con la mano el licor que se le había derramado por la guerrera, exclamó:

—¡Serás cabrón, José!, menudo susto nos has dado.

Madrid, 21 de abril de 1898

En la plaza de toros de la carretera de Aragón, atestada más allá de su capacidad original, aquel día no corría la sangre, pero el público se conjuraba para que así sucediera. Los asistentes se habían reunido, no con el fin de presenciar un combate desnivelado entre un hombre y un toro, sino para proclamar su odio contra sus semejantes. Nadie quería ceder ante el ultimátum del Congreso de Estados Unidos que reclamaba el abandono de Cuba. El honor del país estaba comprometido. Los ignorantes españoles, azuzados por prensa y políticos, exigían la guerra. Y por una vez, la voz del pueblo iba a ser escuchada.

El gentío aullaba desbocado por el entusiasmo. El clamor tronaba como un mar huracanado. Los políticos sentados al fondo del estrado sonreían y se congratulaban con palabras que nadie podía escuchar. Gustavo Adolfo Segura, el quinto orador de la tarde y que ya había sido interrumpido dos veces, alzó los brazos solicitando silencio. La muchedumbre, entregada con febril admiración, ignoró su petición y continuó con la algarabía. Vítores, insultos y vivas se entremezclaban y producían una confusión babélica. El diputado Segura aprovechó el fervor para darse un baño de masas. Rodeó el atril y se colocó al filo de la plataforma. Levantó las manos juntas, con los dedos entrelazados y las agitó, celebrando la futura victoria. El público le aclamó igual que a un héroe. Por un momento se sintió como un general de la antigua Roma disfrutando de su triunfo.

El político malagueño era un hombre alto, medía en torno a ciento ochenta centímetros. Tenía la frente ancha y unas entradas rodeaban la última isleta de pelo pajizo que antaño había formado parte de un flequillo infantil. Esbelto y guapo, practicaba deporte a diario, ostentaba un bigote cuyos extremos enceraba y apuntaban, como su ambición, hacia arriba. Su porte y su carisma cautivaban a las mujeres mientras que los hombres lo aborrecían y admiraban a partes iguales. Sí, siempre lo había creído, pero allí, estimulado por las aclamaciones populares, se convenció de que era cierto. Alcanzaría su sueño. Su ascenso hacia la cima estaba sellado. Atrás quedaban los años de oscuro trabajo en la Diputación de Málaga. Tan solo llevaba un año en posesión de su acta y ya iba a ser portada en los diarios. Sagasta, el presidente del Consejo de Ministros, se había fijado en él y le había concedido la oportunidad de

cerrar el mitin. Y por Dios que no iba a desperdiciarla. Cuando vio que los aplausos amainaban, volvió a su posición original y retomó su discurso.

—¡Españoles! —Aunque los que estaban en las primeras filas se callaron, el resto de los presentes continuó gritando. El político, decidido a obtener un gran clímax final, levantó la voz—. ¡Escuchadme, españoles! Os decía antes que hoy nos encontramos aquí para manifestar nuestro amor a la patria. Ella os necesita y vosotros, sus amados hijos, habéis acudido a su llamada. Un bárbaro enemigo, en contra del derecho de gentes, nos acecha. ¿Qué se puede esperar de una nación formada por la peor calaña humana? ¿Creen que nos quedaremos de brazos cruzados mientras nos arrebatan las tierras que descubrimos, evangelizamos y poblamos desde hace ya más de trescientos años? Nos creen débiles, pero esa gentuza aprenderá a respetarnos a base de cañones y fusiles. Fuerza quieren y fuerza tendrán. Juntos demostraremos a Europa y a la chusma yanqui que el poderío de nuestra raza, que una vez nos llevó a regir el mundo, sigue presente. —Una nueva ovación cortó su discurso durante casi un minuto. El orador sonreía al tiempo que asentía repetidamente con la cabeza—. Cuando hayamos hundido sus flotas y derrotado a sus ejércitos, cuando sus generales hayan entregado sus sables y sus banderas, cuando sus madres lloren por los hijos muertos, entonces no tendrán más remedio que reconocer nuestra grandeza. Y solo en ese momento, cuando los tocineros nos supliquen piedad, aplacaremos nuestra ira. ¡Tiembla, mundo! ¡España camina de nuevo por la senda de la gloria!

El diputado hizo una leve indicación con la cabeza al director y la banda comenzó a interpretar *La marcha de Cádiz*. La plaza entera correspondió y coreó la canción. Todos los políticos se pusieron en pie exultantes. Entre ellos, los más avispados sonreían satisfechos, pues el pueblo se había manifestado. Nadie más que él sería el culpable de las consecuencias de la guerra.

25 de abril de 1898

—Entonces ¿se marcha usted? —El capitán soltó una bocanada de humo y sacudió la ceniza del cigarro en un pequeño cuenco repleto de colillas.

—Sí, mañana mismo partimos hacia Nueva Écija —dijo el maestro Lucio —. Voy con Pedro, más por ayudarle que por ganas. Ya sabe usted los trastornos que nos ocasionan los hijos. —De las Morenas sonrió al recordar a los suyos.

—¿Y cuánto los echamos de menos cuando ya no los causan? No veo el momento de reunirme con ellos. Mi hijo Enrique me ha pedido que le lleve un arco. —El capitán sonrió—. Y las dos mayores se pavonean diciendo a todas las compañeras del colegio que su padre es comandante político-militar del distrito del Príncipe en Filipinas… Se piensan que soy el capitán general… o aún más.

—Mis hijos, cuando me veían mandar el destacamento de la Guardia Civil, de tan solo diez hombres, se pensaban que dirigía un ejército. —Los dos hombres rieron—. Hay que ver la imaginación que tienen los niños.

—¿Y va a estar mucho tiempo fuera?

—Dos o tres semanas, quizá cuatro. Dependerá de cómo encontremos el camino y lo que se alarguen las gestiones en San Isidro. Espero volver lo antes posible.

—Vaya con cuidado, que los caminos son cada vez menos seguros.

—Descuide, iremos armados.

—Por cierto, después de retirarle la dirección del polo, ¿han vuelto las aguas a su cauce? —El capitán apoyó su cigarro sobre el cenicero y bebió un sorbo de agua.

—De momento todo sigue igual. La gente me trata, cuando lo hace, con desprecio.

—Sin embargo, desde que lo dirige Novicio, las quejas han cesado por completo.

—Normal. Siendo el cabecilla rebelde, no tiene sentido seguir lamentándose. Seguro que utiliza el polo para azuzar a la gente contra usted.

—Creo —el capitán se llevó el cigarro a la boca y aspiró lentamente—, creo que he fracasado en mi misión. No he podido reconducir la situación.

—No se mortifique, la rebelión está arraigada en toda la isla de Luzón, poco habría podido cambiar usted desde Baler. Ha hecho lo que estaba en su mano… e incluso más.

—Le voy a echar de menos, es usted un buen amigo. Es de las pocas personas con las que puedo hablar y olvidarme, aunque sea por un breve rato, de las apreturas de mi cargo.

—Yo también le echaré de menos. —Lucio le tendió la mano—. No se preocupe, volveré antes de un mes.

27 de abril de 1898

Aunque existía un camino más corto para llegar a su bahay, Novicio Luna había dado un rodeo para acceder al pueblo por la comandancia y así fisgar los quehaceres del destacamento español. Al llegar a la plaza, el tagalo dejó en el suelo el fardo de racimos de bonga que acarreaba y contempló a los cazadores que vigilaban el acceso a la iglesia.

Antero Amatorio, el gobernadorcillo de Baler, que había sido advertido previamente, se acercó a saludarlo.

—¿Recogiendo bonga? ¿Ya tienes otro negocio en marcha? —Esta nuez, una vez untada con cal de conchas y enrollada en hojas de betel, forma el buyo. Una mixtura que se mascaba y que consumían con gran deleite los indígenas del archipiélago.

—No es el negocio que más me preocupa ahora ni te he mandado llamar por eso —señaló con el mentón hacia los centinelas—. Encárgate de los vigilen. Quiero saber todos sus movimientos.

—Sí, *kapitang*.

Hablaban en voz alta y sin ningún disimulo, pues quitando el fraile ningún español hablaba tagalo.

—No tenemos mucho tiempo. La hora de la revolución se aproxima. Necesitamos más armas. Esta vez no sorprenderemos a los kastilas.

—Sí, se han vuelto muy cautos.

—Aguinaldo me ha prometido un envío de armas, pero debemos conseguir más por nuestra cuenta. —Novicio se giró hacia Antero, que lo miraba fijamente—. ¿Cuánto llevamos recaudado?

—Unos dos mil quinientos pesos. No más. Solo hemos pedido a los más fieles. Hay demasiada gente que no es de fiar. Es culpa del nuevo comandante y del doctor. Se han ganado el respeto de muchos vecinos.

—No podemos permitirnos deslealtades. Todos los balereños debemos ser uno. Hay que dar un escarmiento.

—¿Qué pretendes hacer, Novicio?

—Vamos a mandar un mensaje a todos los que tienen dudas: mataremos a Lucio Quezón.

—El maestro es un buen hombre.

—No es algo que me entusiasme, pero es un partidario de los kastilas. Él ha elegido su bando. La revolución, si quiere triunfar, no debe tener piedad con sus enemigos. Y créeme, nos exigirá sacrificios aún mayores. Debemos hacer lo necesario para librarnos de los kastilas. Filipinas debe ser libre.

—¿Cuándo quieres hacerlo?

—Ya mismo. Aprovecharemos que ayer partió de viaje, parecerá que le han asaltado unos tulisanes. No conviene que sospeche el comandante. Manda diez hombres. No quiero que vuelva.

—¿Estás seguro?

—Sí. Lo he pensado mucho. Verás como así nadie ya duda en apoyarnos. Su muerte nos hará más fuertes.

—¿Y qué hacemos con su hijo?

—No podemos dejar testigos. Recuerda que la culpa no es nuestra. Nosotros nos defendemos. Nada más. Y es solo la primera de muchas muertes. Caerán muchos hermanos, pero esta vez no habrá tregua. No nos detendremos hasta que seamos una nación libre.

8 de mayo de 1898

Pedro Planas leía un número de *La Ilustración Española y Americana* que le había prestado el capitán. A su alrededor se arremolinaban varios de los soldados que estaban francos de servicio. Era un ejemplar bastante reciente, del 15 de marzo. Los cazadores querían saber si el rumor que se había extendido por Baler era cierto.

—¿Es verdad, Pedro? —preguntó Eufemio Sánchez, un antiguo jornalero de Granada.

—Sí, aquí lo pone bien claro.

Los cazadores recibieron la mala noticia con la mansedumbre propia de la gente habituada a encajarlas. Casi todos se persignaron en señal de respeto e incluso varios, dolidos pese al tiempo y la distancia, soltaron alguna lágrima.

—¿Pone cómo ha sido?

—No lo veo. Solo hablan de su entierro.

—Léelo, por favor. Ha sido el granadino más grande que ha parido madre —dijo Eufemio con un nudo en la garganta.

—De acuerdo. La noticia dice así: «Al entierro de Frascuelo, que con este nombre y no por el de Salvador Sánchez Povedano brillará en la historia del toreo, asistió todo el Madrid verdadero, el que figura en las revistas de salones y de toros, la clase media y la gente popular. Había coches utilizados solo para conducir las coronas. La caja fue llevada a hombros por toreros. El carruaje fúnebre, de todo lujo, iba de respeto, pero, en medio de aquella ostentación, lo que caracterizaba el acto era la muchedumbre, que se agolpaba en todas las calles de tránsito del cortejo, y a pesar del mal día, llenaba ventanas y balcones. Frascuelo fue popular por su destreza y valentía en la plaza y también por su tipo y su elegancia en el vestir de corto, por sus rasgos de caridad y algunos actos de arrojo como ciudadano. Había pasado su tiempo, pero no su fama y el cariño de las gentes. Si algunos hombres de mayor mérito no obtienen esas ovaciones póstumas es porque no hay tanta gente capaz de comprenderlo; pero el valor y la destreza en el toreo la sienten, distinguen y admiran con pleno conocimiento altos y bajos, grandes y plebeyos: es una superioridad que alcanza a todas las inteligencias. Cuando pasaba el entierro de Zorrilla…».

—¿Quién es Zorrilla? —preguntó Luis Cervantes, que, contrariando a su apellido, apenas sabía leer y escribir.

—Espérate, que ahora lo explica —dijo Planas señalando la revista—. ¿Por dónde iba? ¡Ah! Sí, decía que «… Cuando pasaba el entierro de Zorrilla oímos preguntar a una mujer: ¿Quién es el muerto? Un gran poeta. ¿Y qué es un poeta? Uno que hizo coplas. Nadie preguntará en España: ¿Qué es un torero?».

—Se ha ido el más grande de todos ellos —insistió Eufemio pese a que nunca le había visto en una plaza.

—Mirad —dijo Pedro Planas—, aquí detrás hay una fotografía suya vestido de luces —añadió dándole la vuelta a la revista—. Pone que murió el día ocho de marzo, pero no cómo.

—¿Habrá sido en una corrida? —preguntó Ramón Boades.

—Pero si llevaba años retirado…

—No será el primero que vuelve a torear a beneficio de los pobres.

—Es igual. No ha nacido el toro que pueda matar a Frascuelo. Habrá sido de un accidente.

—¿Ya qué más da? —intervino Alcaide—. El caso es que está muerto —dijo, y se alejó de sus compañeros.

Casi dos horas después, en la habitación que compartía, en el piso superior de la comandancia, con su compañero Alonso, Martín Cerezo estaba sentado a la tabla del escritorio de madera amarillenta. Tenía la cabeza apoyada en la mano izquierda y, con la otra, sujetaba uno de sus pequeños cuadernos que leía con interés. El teniente, al oír que alguien subía por la escalera, levantó la vista y vio entrar a su amigo Juan, que sonreía a modo de saludo.

—Buenas tardes.

—Hola, Martín.

—¿Has disfrutado tu día de asueto?

—Pues sí, he estado paseando por la playa; he llegado casi hasta Punta del Encanto. Las vistas son increíbles. Ojalá tuviera mi cámara.

—Saliste temprano, al toque de diana ya no estabas.

—Quería aprovechar el día y la distancia a cubrir era mucha. —Alonso se sentó en la cama y comenzó a desatar los cordones de sus borceguíes.

—No deberías alejarte tanto. No tardarán mucho en producirse los primeros ataques de los rebeldes; si es que no se han producido ya. Si obligamos a la tropa a tomar precauciones, imagínate las que deberías tomar tú.

—Para una vez que tengo un día libre, no me iba a acobardar.

—No es eso, tan solo debes mostrarte prudente.

—¡Bah! No estropees mi felicidad a golpe de realidad. Ya te digo, Martín. ¡Qué vistas tan hermosas! Debería llevarte a verlas. Esos contrastes… Esta tierra es una maravilla. ¡Qué lástima no poder gozar de ella en tiempos mejores!

—Disfrútala con tiento, no sea que se te atragante.

—Demonio, qué aguafiestas eres. ¿No puedes abandonar tu coraza de rudo soldado ni tan siquiera un segundo?

—Más le pega eso a un militar que tu aire de artista arrepentido.

—De arrepentido nada —Alonso, ya descalzo, se levantó de la cama y señaló su ropa—, aunque vista de uniforme, soy artista, al menos de vocación, pero la fotografía no me dio para vivir. El ejército, con un padre oficial, siempre ha sido mi hogar, así que no me costó convertirlo en mi profesión. Martín, hay que disfrutar la vida con sensibilidad artística, te hace apreciar los pequeños detalles. Ya lo decía el abuelo Zayas: «en lo mínimo, está lo máximo».

—Me gustaría ser tan optimista como tú o tu abuelo.

Alonso miró la cadena que Martín llevaba enrollada en la mano izquierda y asintió.

—¿Cómo estás?

—Bien…, gracias… No queda otra que seguir adelante.

Juan Alonso pensó apoyar a su amigo con un breve comentario, pero no le encontró sentido a repetir lo tantas veces hablado y, tras una sentida sonrisa, guardó silencio.

Madrid, 11 de mayo de 1898

La enorme y recargada lámpara de araña alumbraba con intensidad. La luz eléctrica se reflejaba en los cientos de vidrios de sus brazos provocando un hermoso efecto multicolor. Tres criados vestidos de un blanco impoluto ofrecían champán y coñac a los caballeros. Aunque el banquete de esta semana, en cuanto a número de asistentes, no había sido esplendoroso, apenas doscientas personas, la estancia estaba abarrotada. Allí los invitados de la marquesa de Squilache fumaban y hablaban sin ser importunados por las mujeres. El fuerte aroma de los cigarros Partagás dominaba el ambiente. Su humo blanquecino ascendía hasta perderse entre el techo de escayola tallada. En el salón contiguo, una orquesta de cámara tocaba un vals, pero en aquella habitación nadie tenía interés en escucharlo y sus acordes eran ahogados por las múltiples conversaciones. Las habituales veladas del palacio de Villahermosa reunían a banqueros, abogados, escritores, periodistas, diplomáticos extranjeros, aristócratas, militares y, por supuesto, políticos tanto conservadores como liberales y algún que otro republicano moderado.

Se habían formado numerosos grupos que charlaban alegremente. Aferrados a sus puros y bebidas, debatían sobre el destino del país. Aquellos días un tema despuntaba por encima de todos: la guerra contra los Estados Unidos de América y la para muchos sorprendente derrota de la escuadra en Cavite. Gustavo Adolfo Segura dominaba una de las múltiples conversaciones.

—Ha sido un golpe duro, no lo voy a negar, pero en una guerra no se pueden ganar todas las batallas. El almirante Cámara limpiará esta afrenta a nuestra patria. Su armada nos devolverá el control de los mares de Filipinas. Ya es hora que demos una lección a los yanquis. Así aprenderán esos advenedizos a no medirse con una potencia europea. —Sus oyentes le jalearon y respaldaron sus palabras con ímpetu. Pocas veces la clase dirigente se mostraba tan unánime—. Después aplastaremos la revolución de esos ingratos de ojos rasgados.

El diputado removió la fina copa balón y el oscuro licor danzó al ritmo de su muñeca. Después de olerlo, bebió un sorbo y lo paladeó durante un breve instante antes de tragarlo.

—Hay que felicitar a la anfitriona. Este coñac es excelente. —Los hombres que le rodeaban asintieron dando su aprobación.

—Sí, la marquesa no repara en gastos —contestó un político conservador.

—¿Cómo ha de hacerlo? Con la fortuna que heredó al enviudar. Casi estoy por pedirle matrimonio.

—No sé si vale la pena. Ya ha perdido tres maridos…

—Dicen las malas lenguas que le legaron más de quince millones de pesetas. Tal fortuna bien vale el riesgo.

—De todos modos es usted demasiado joven para ella, mi querido Gustavo Adolfo.

—El problema es que ella no es demasiado vieja. Quizá tuviera que aguantarla muchos años.

Todos los componentes del corro rieron el chiste del diputado. Este, complacido, degustó otro trago. Un redactor de *El Globo*, un diario de corte republicano, había escuchado en silencio. Esperó a que se terminaran las carcajadas y aprovechó para preguntar.

—Le veo muy confiado, diputado Segura. ¿Cree que Filipinas aguantará hasta la llegada de la flota de socorro?

—Resistirá lo necesario. De todos modos, y hablo extraoficialmente, aunque no les digo nada nuevo, Filipinas es un teatro de operaciones secundario. La joya de nuestro imperio es Cuba. De allí obtenemos la mayoría de los réditos. No hace falta que les diga que la mitad de gente de esta sala tiene intereses en aquella isla. Se han destinado para su defensa doscientos mil efectivos. Los americanos no nos vencerán.

—Sí, pero ¿cuántos están enfermos? ¿Y qué entrenamiento han recibido?

—Le digo, y puede fiarse de mí, que el Gobierno va a comprometerse al máximo en la lucha. Ya lo dijo Sagasta: «lucharemos hasta el último hombre y la última peseta».

—Pero no me ha contestado.

—Vera… Yo… no dispongo de los datos necesarios. Tenga en cuenta que…

Un compañero de partido unos años mayor salió en su defensa al ver su azoramiento.

—Vamos, don Gustavo, deje de trabajar por un rato y divirtámonos. ¿Vendrá mañana a la corrida benéfica? La presidirá Romanones. Toda la recaudación irá destinada a ayudar a nuestros hombres en ultramar.

—¿Me habría yo de perder una corrida patriótica? Además, torea el Guerrita…

Los dos camaradas políticos se retiraron hablando de toros e hicieron un aparte. Cuando se encontraron a la suficiente distancia, Segura, que aún estaba sonrojado, dijo:

—Gracias por el quite.

Su correligionario hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—¿Cómo ha entrado aquí ese indeseable?

—Ha venido con un compañero, el periodista alicantino ese, el que es amigo de Clarín.

—Hay que ver las amistades que cultiva don Leopoldo. —Segura apuró su bebida y dejó la copa en la bandeja vacía de un sirviente. Miró alrededor suyo para comprobar que no escucharan oídos ajenos y cuchicheando, añadió—. ¿Vendrá esta noche a casa de *madame* Juliette? Iremos a tomar algo y ya sabe…

—Y lo que surja, ¿no? Sí, me apetece, hace tiempo que no… me desahogo.

13 de mayo de 1898

El capitán De las Morenas había invitado a comer en la comandancia, para celebrar su cumpleaños, al padre Gómez Carreño, al doctor Rogelio Vigil y a los tenientes Alonso y Martín. Tras una comida basada en pajo, morisqueta, asado de ciervo y fruta, se trasladaron a la parte trasera en busca del fresco sombrajo. Allí fumaban y bebían mientras charlaban distraídamente sobre toros, discutiendo quién era el maestro más grande del momento.

—Yo tuve la suerte de ver torear un par de veces a Frascuelo en Sevilla y daba gusto verlo. No sé si habrá sido el mejor, pero, sin duda, fue un torero como la copa de un pino. —El capitán bebió un pequeño sorbo de jerez—. Ejecutaba magistralmente las suertes, todo pundonor y honradez.

—Debió de ser un gran torero, pero, para mí, no hay otro como el Guerrita; se acerca más al toro que una ramera a su cliente —dijo Alonso orgulloso.

—¡Jesús! Vaya ejemplo pone usted —reprendió el sacerdote.

—Disculpe, padre —murmuró sonrojado, quizá por la vergüenza, quizá por el licor, el teniente—, quería decir que se arrima mucho…

—Y no solo eso —apuntó con una sonrisa Martín Cerezo para sacar a su amigo del atolladero—, además tiene un estilo como pocos. Marca los tiempos que es una maravilla verlo…

—Disculpen, caballeros —interrumpió Alejo desde la puerta—, un hombre insiste en hablar con ustedes. Dice que es importante.

—¿Quién es?

—Santiago, el hijo del que fue cabo de la Guardia Civil Veterana.

—Sí, lo conozco. Es un vecino leal de Baler —aseguró Gómez Carreño.

—Hágalo pasar —ordenó el capitán—, veamos qué tiene que decirnos.

El tagalo apareció enseguida en la puerta. Joven, de poco más de veinte años, llevaba un desgastado pantalón blanco, un chaleco negro y un gorro de paja. Se descubrió y saludó a los presentes con un movimiento de cabeza. Al reconocer al fraile se acercó a besarle la mano.

—Hola, Santiago. ¿Qué sucede? —dijo el sacerdote en tagalo.

El recién llegado contestó con premura, hablaba rápido y señalaba con una mano hacia la montaña.

—¡Oh, Dios mío! —El fraile se persignó e hizo otra pregunta.

Los oficiales se miraron unos a otros con recelo mientras Santiago continuaba hablando en aquel idioma para ellos incomprensible.

—¿Qué dice, padre? —preguntó Martín impaciente. El cura levantó la mano reclamando silencio y se quedó callado hasta que el tagalo terminó.

—Santiago dice que acaba de llegar de Santor, en Nueva Écija, en el camino a San Isidro. Ha ido a ver a un primo suyo que se marchó de Baler para vivir allí. —Se interrumpió, y, mirando al capitán, añadió—: Su primo le ha dicho que hallaron muertos a Lucio y Pedro Quezón. Los encontraron desnudos, con varias heridas de bala.

—¿Está… está seguro que eran ellos? —dijo De las Morenas visiblemente compungido.

—Dice Santiago que él no vio los cuerpos, pues cuando llegó ya estaban enterrados, pero su primo, que ha vivido muchos años en Baler, los conocía. Eran ellos, sin duda.

—¡Maldición!

—¿Quieren saber algo más? Santiago tiene prisa, iba camino de Casigurán; ha venido adrede a informarme.

De las Morenas no contestó, su mirada estaba perdida en un punto de la pared. Un incómodo silencio reinó en la comandancia durante unos eternos segundos. Al fin Alonso tomó la iniciativa.

—No, padre, dígale que puede retirarse.

—Un momento —dijo el capitán—. ¿Se lo han comunicado a la viuda? El sacerdote preguntó a Santiago, que contestó lacónicamente mientras negaba con la cabeza.

—Dice que no, que ha venido aquí directo.

—En ese caso iré yo a hablar con María Dolores. Discúlpenme, caballeros —se excusó mientras se levantaba—. Alejo, rápido, trae mi guerrera, mi cinto y mi gorra.

22 de mayo de 1898

—Mi teniente —dijo el cabo Olivares—, ha llegado un correo. —Alonso levantó la vista del informe que redactaba y se puso de pie con agilidad felina. La pluma, sin tapar siquiera, rodó sobre el papel hasta que se detuvo produciendo un borrón en uno de los márgenes.

—¡Estupendo!, por fin sabremos qué demonios está sucediendo. ¿Dónde está el teniente Martín?

—En la iglesia, actualizando el inventario de provisiones. Hay algunas en muy mal estado.

—Dígale que se presente de inmediato en la comandancia.

—A la orden, mi teniente. —El cabo se cuadró y se retiró con premura.

Alonso abandonó el cuartel de la Guardia Civil un instante después y se encaminó hacia la oficina de De las Morenas a paso ligero. Al entrar vio al soldado que había traído la valija. Se mantenía firmes, esperando que su superior terminara de revisarla.

—A sus órdenes, mi capitán. Buenos días.

—Ah, ya está usted aquí. Pase, pase. ¿Y Martín?

—Enseguida llegará. Le he citado aquí.

—Siento decirle que las noticias que nos ha traído son terribles, teniente. Ha estallado la guerra con Estados Unidos. Además, los insurrectos se han aliado con ellos y han retomado las armas.

—Por fin acabará la farsa de paz que vivimos y podremos terminar lo que nunca debimos dejar a medias. Limpiaremos el archipiélago de traidores.

El capitán asintió y se dirigió al mensajero, que permanecía firmes.

—¿Me decía usted que oyó disparos al pasar por Bongabón?

—Sí, escuché un tiroteo y pegué un rodeo para evitar complicaciones.

—Hizo bien —alabó el capitán—. Su deber era traer la saca.

—¡Diablos! Sin duda la insurrección ha iniciado ya sus ataques en esta zona. Soldado, ¿cuándo comenzó la guerra?

—Hace más de tres semanas, mi teniente.

—¿Tres? —Y pensando en las consecuencias de aquellas palabras, Alonso las pronunció de nuevo—. Tres semanas de guerra y nosotros sin saberlo…

—¡Dios mío! —De las Morenas, boquiabierto, se llevó una mano a la frente—. No solo eso, teniente —dijo lentamente, como si le costara pronunciar cada una de las palabras—. No solo eso. Los estadounidenses atacaron Cavite. Han hundido el grueso de nuestra armada en Filipinas.

Se puso en pie y tendió la circular con la noticia al teniente, que la leyó con avidez.

—¡Oh, no! ¡Qué desastre!

—Buenos días, caballeros —saludó Martín Cerezo—. ¿Hay alguna noticia interesante? —Alonso miró fijamente a su amigo durante un breve instante y, sin decir nada, le pasó el documento.

—¡Por todo los santos! Esto nos coloca en una situación gravísima —advirtió Martín Cerezo—. Hay que informar a los hombres. Deben ser conscientes del peligro que nos acecha. Desde hoy suprimiremos los permisos de la tropa. Nadie saldrá del pueblo. ¡Oh, no! Un grupo de cuatro o cinco soldados solicitó autorización para ir a la playa; el enemigo puede emboscarles. Les haré volver. —Dejó la carta sobre la mesa y, después de saludar, abandonó la comandancia. En su interior, los dos compañeros podían oír como llamaba a gritos a uno de los cabos.

—García —ordenó Martín cuando se presentó a la carrera—, vaya con seis números hasta la playa y traiga a los soldados que allí se encuentren. No se entretenga y vuelvan con presteza.

Transcurridas un par de horas, cuando ya el cabo y sus hombres habían regresado indemnes, el teniente Alonso, tras una larga reunión de la oficialidad, ordenó formar a la tropa delante del cuartel de la Guardia Civil. El destacamento al pleno formaba en cinco filas paralelas. La seriedad y el nerviosismo de la tropa evidenciaban el conocimiento de la noticia.

—Cazadores —gritó Alonso—, seré breve. Tan solo decirles que desde el día veinticuatro de abril, nuestra gloriosa Patria se halla en guerra con los Estados Unidos de América. Aprovechando la situación, los rebeldes tagalos han vuelto a alzarse en armas. —Varios de los soldados rompieron la disciplina con susurros.

—¡Silencio! ¡Guarden silencio en la formación! —gritó Martín.

—Deben saber —continuó Alonso— que su excelencia el capitán general, a fin de garantizar el orden, ha emitido un bando en el que establece pena de muerte para cualquier tipo de felonía. A continuación, y según orden recibida, paso a leerles dicho edicto. —Enumeró todos los tipos de traición que serían castigados con pena capital—. Confío plenamente en ustedes. Sé que no me pondrán en la tesitura de aplicar esta normativa. Mi corazón me dice que,

como ya hicieron en el pasado, volverán a cumplir con su deber. No espero menos de ustedes. Recuerden que allá donde se encuentren, será suelo español. Defiéndala como la tierra sagrada que para todos nosotros es. Les juro que yo la preservaré hasta mi último aliento. ¡Viva España! ¡Viva el rey! —Los soldados respondieron de manera entusiasta—. Cabo González. Rompan filas.

La formación se desbarató en un guirigay donde cada uno de los soldados pretendía dar su opinión.

—¡Otra vez a luchar contra los insurrectos! —exclamó con un tono neutro y apagado Jaime Caldentey, un cazador oriundo de Mallorca.

—Esta vez tienen de su lado a los yanquis. —El cabo Olivares se llevó un cigarrillo a la boca y prendió un fósforo.

—Esos tocineros no podrán con nosotros. Aprenderán a no meterse donde nadie les llama —dijo Chamizo, apodado por sus compañeros como el bizco por sufrir de estrabismo.

—Dios te oiga —Olivares tiró la cerilla al suelo y aspiró una calada—, pero el apoyo de una potencia extranjera puede cambiarlo todo.

—Igual da. Les patearemos el culo. Solo espero que duren más que el indio del otro día —rio Planas.

—A ver si está vez nos dejas alguno a los demás.

—Tranquilo, que habrá para todos.

—Olivares tiene razón —dijo el cabo García—. La ayuda yanqui dará mucho empuje a los taos.

—Deberíamos actuar con rapidez y aplastar a los insurrectos antes de que lleguen los yanquis. —El cabo González, para respaldar sus palabras, golpeó con su puño derecho la palma de su mano izquierda.

—Eso si no han llegado ya.

—Cuando antes empiece el fregado mejor —comentó Gregorio Catalán —. Así antes terminará.

—Me gusta veros con ese ánimo. A ver si os dura cuando empiecen a llover las balas.

Loreto, que había tenido la ilusión de terminar su servicio militar sin volver a luchar, escuchaba cabizbajo a sus compañeros. Las acciones de combate pasadas se agolpaban en su mente. No quería revivir aquellos momentos. A su lado, dos soldados se abrazaban alegres, con la esperanza de un rápido final del conflicto y una pronta vuelta a casa. Detrás de ellos pudo ver a su amigo Ramón Boades que bromeaba inconsciente del turbio porvenir que les acechaba.

—¡Los vamos a destrozar! No dejaremos un insurrecto vivo. ¡Viva el segundo batallón! —gritaron varios hombres a un tiempo.

—¡Viva España!

—¡Viva!

—Venga, ahora es el momento. Aprovechemos que estamos todos. ¡Formad filas de nuevo! —exclamó Planas.

Los dos tenientes, junto con el doctor Vigil, se reunieron con el capitán y el padre Gómez Carreño, que habían contemplado el acto desde la comandancia.

—Ya os decía yo, hijos —se lamentó el sacerdote—, que esta conducta tan misericordiosa que ha seguido España con los rebeldes solo ha servido para envalentonarles. En vez de haber reconocido la mano que tan cristianamente les ha absuelto, han atribuido su perdón a la cobardía y al miedo.

—Los americanos llevaban tiempo buscándonos las cosquillas —dijo el capitán—. Parece que a nuestro gobierno se le ha agotado la paciencia. Y todos sabíamos que los indios esperaban una oportunidad para jugárnosla. Los únicos inconscientes han sido los políticos de Madrid.

—¿Qué nos deparará esta guerra? —preguntó el doctor.

—Por lo pronto, nuestra situación aquí se agravará —dijo Martín—. Con la derrota de Cavite hemos perdido la posibilidad de comunicar por vía marítima con Manila. Tampoco podremos contactar por tierra. Hay partidas en el camino a la capital. Y es solo el principio, ahora que estamos aislados, no tardarán en atacarnos en masa.

—Que vengan cuanto antes, yo no estoy hecho para esperar… —dijo Alonso con un mohín de desprecio. Se interrumpió al oír a los soldados cantar el himno del batallón—. Con hombres así no podemos perder —añadió señalándolos.

—Pero Alonso —alegó el capitán—, son solo cincuenta.

—Cincuenta cazadores españoles, cincuenta leones. Se comerán a los monos vociferantes filipinos y a los fanfarrones norteamericanos —dijo entusiasta el padre Carreño.

—Como bien dice Martín —explicó De las Morenas—, debemos asumir que estamos aislados, sin posibilidad ni de recibir suministros ni refuerzos. Si los americanos entregan armas a los indios y además envían tropas, esta vez no será como las anteriores. Nos enfrentaremos a un ejército moderno, no solo a un grupo de desarrapados. No es una situación muy afortunada la nuestra.

—Ni nueva —dijo Martín—. Lo sabíamos desde el principio. Siempre dije que este destino era una ratonera. Lo mejor será que comencemos a trasladarnos a la iglesia.

—No. Seguiremos como hasta ahora. —El capitán se ajustó la gorra—. No quiero alarmar a los vecinos del pueblo. Bastará con mantener los turnos de guardia. Ya son muy rigurosos.

—De todos modos, hijos, os estáis alarmando sin motivo. La guerra no se va a decidir aquí. El grueso de nuestra flota, los mejores barcos que poseemos, están en Cuba. Allí se luchará el combate que ha de decidirla. Cuando hundamos la escuadra yanqui en aquellas aguas ¿qué importará el resultado de la batalla de Cavite? Habremos ganado la iniciativa. Nuestro ejército podrá desembarcar en Boston o Nueva York sin obstáculo alguno. La escuadra de Dewey deberá retirarse de la bahía de Manila o incluso nuestros buques, que ya no tendrán objetivos en el Caribe, podrán venir a socorrer Filipinas.

Alonso, ante el disparatado comentario del misionero, miró con los ojos muy abiertos a Martín. Este enarcó las cejas y levantó suavemente los hombros. Mientras, la tropa seguía cantando, y había llegado ya a la cuarta estrofa:

Somos del Dos nobles soldados,
dignos seremos del Batallón.
Siempre alerta nos encontramos,
a dar la vida por la nación.

—¿Lo escuchan? Estos hombres no temen a nada —añadió el padre Gómez Carreño—. La victoria será nuestra.

1 de junio de 1898

El capitán De las Morenas decidió enviar dos correos a la Capitanía General. Llevarían el papeleo variado de mayo junto con los justificantes de revista. La documentación no era significativa, pero resultaba de vital importancia que llegaran a Manila y recabaran noticias y, sobre todo, instrucciones.

Asignó este servicio a Loreto Gallego y Ramón Boades. Les acompañó Gregorio Catalán, que marcharía con ellos mientras el camino fuera transitable a caballo y se encargaría después de volver con las monturas a Baler.

Los soldados abandonaron el pueblo antes de que amaneciera para que nadie advirtiera su salida. Ninguno de los tres reparó en las miradas furtivas que los observaban desde la penumbra. El secreto de su partida duró apenas unos segundos.

Avanzaron al principio a buen ritmo, alejándose rápidamente de los núcleos habitados. Al cabo de un par de horas se apearon para aliviar a sus cabalgaduras y caminaron hasta que los animales estuvieron descansados. Aprovecharon ese momento para tomar unas galletas a modo de frugal desayuno. El calor húmedo ya castigaba a los españoles, y, aunque viajaban cobijados por la sombra de los árboles y con el torso desnudo, sudaban con profusión.

Después de una breve comida resuelta mediante un par de latas y unos tragos de vino, arribaron a las primeras estribaciones del Caraballo y la marcha, por lo intrincado del camino, se tornó insoportable. Derrengados, decidieron esperar a que el calor fuera menos agobiante. Se acomodaron en una roca grande que había junto a un manglar poblado por cogones. Gregorio se descalzó y se acercó a la orilla. Arrancó la punta de una de las cañas y, cosquilleándose en el cuello con su plumaje, se adentró en el agua.

—¿Qué diablos haces? —Loreto gritó tanto que ahuyentó a una pareja de cacatúas filipinas—. ¡Sal de ahí! Esto es zona de caimanes.

No tuvo que decirle más. Huyó como si le persiguieran todas las solteronas de su pueblo. Se aupó a la piedra y ya no se canteó de allí.

—¡Qué asco de país! ¿Dónde se ha visto un lugar civilizado que vayas a lavarte los pies al río y te los coma un bicho?

—Sí es que eso no es un río…

—Pensaba que ibas a correr hasta Baler… Ja, ja, ja. ¡Anda que…! —Gregorio cogió un guijarro y se lo lazó a Ramón—. ¡Serás sarasa! —Los tres cazadores se rieron—. No, hablando en serio. Creo que deberías volver ya, a partir de aquí la selva se complica y los caballos no sirven.

—Puedo seguir un trecho, quizá mejore.

—No, es inútil, estamos ascendiendo ya por la ladera del monte. —Loreto señaló hacia la cumbre—. El camino irá a peor.

—En ese caso, me voy ya, quiero llegar lo antes posible. —Sacó de las alforjas el correo y lo dejó a los pies de Loreto. Entrelazó las riendas de los otros dos caballos con una cuerda que ató a la silla del suyo y, tras despedirse con un rápido apretón de manos, montó—. ¡Suerte, amigos!

Sus dos compañeros contemplaron cómo se alejaba hasta que desapareció tras un grupo de banabas rojas.

—Mejor que nosotros descansemos un poco. El camino es largo y a estas horas el calor agota con rapidez. Duerme, yo haré el primer turno de guardia —se ofreció Ramón.

Tras el descanso, continuaron con la ascensión. Junto a un riachuelo que formaba una diminuta cascada, se toparon con una partida de caza aeta. Los nativos les ofrecieron cuatro gallinas de corazón sangrante y un ciervo por uno de los fusiles. Los españoles, que no querían ni podían vender lo que no era suyo, aprovecharon para solicitarles indicaciones. Siguiendo el consejo de los indígenas, o al menos eso creían, ya que estos no hablaban castellano, avanzaron hasta que comenzó a ponerse el sol. Antes de que oscureciera, buscaron un lugar donde pasar la noche y establecieron turnos de guardia. Loreto se sentó en el suelo, apoyado contra el tronco de un árbol. Con el fusil entre las piernas, mordisqueaba unas galletas. Ramón no perdió el tiempo, estiró su manta y se tumbó; en unos momentos sus ronquidos se mezclaban con las estridencias de la fauna del bosque tropical. A las tres horas hicieron el cambio y Loreto, exhausto, se dispuso a dormir.

Boades se entretenía bebiendo pequeños tragos de café frío que llevaba en una cantimplora y atendiendo a los sonidos de la noche. Aburrido, decidió contar los alaridos de un cálao solitario, pero al llegar a la centena perdió interés. Poco antes de entrar en la tercera hora de su guardia, escuchó cómo un par de macacos se peleaban justo en la copa del árbol que crecía delante de él. Emitían unos aullidos cortos que, de repente, se transformaron en chillidos ásperos y chirriantes. Asustados, los primates dieron un par de brincos y desaparecieron en la oscuridad. En un instante, el barullo de la selva se silenció por completo. Ramón se levantó intentando escudriñar la noche. La

claridad de la luna era tan débil que debió azuzar el oído. Contuvo la respiración durante unos segundos y escuchó, entre la repentina calma, una voz humana. Llamó a Loreto con un ligero movimiento del hombro; cuando este despertó, se llevó el dedo índice a la boca para rogarle silencio a la vez que señalaba con la otra mano la espesura. Permanecieron así, callados y alertas hasta que pudieron oír un par de palabras. Decididos a no dejarse prender, recogieron el escaso equipo que llevaban y se alejaron de allí. La marcha fue muy lenta, pues avanzaban sin luz por terreno desconocido, carente de la más mínima senda, mientras intentaban hacer el menor ruido posible.

Con las primeras luces del nuevo día, cambiaron de dirección y comenzaron a ascender. Su ritmo era tan alto que avanzaban a paso ligero. Continuaron así, intercalando algún breve descanso, hasta que el calor y la humedad los debilitaron; extenuados, apenas podían respirar, su laxitud era tal que trastabillaban constantemente. No tuvieron más remedio que detenerse. Cortaron unos matorrales con sus bayonetas y se camuflaron entre la floresta. Aguardaron en silencio, con las bocas secas, mientras intentaban recuperar el resuello. Pasado un rato, compartieron una lata de alubias, pero no habían comido ni la mitad cuando oyeron pasos entre la maleza. A unos veinte metros de ellos pasaron un par de tagalos que ascendían por la ladera. Uno iba armado con un bolo y el otro llevaba una vieja carabina Remington. Ramón preparó el máuser y apuntó al segundo de ellos, pero Loreto, con un gesto de la mano, le detuvo.

—Son solo dos —susurró Ramón—, es mejor que nos encarguemos de ellos ahora mismo.

—No creo que nos sigan solo dos, se habrán separado para abarcar más trecho. —Ramón asintió y le dio el fusil a su amigo—. Voy a echar un vistazo. —Se tumbó y reptó en dirección contraria a la pareja tagala. Al momento volvió con la cara descompuesta—. Hay otros dos unos metros más para allá. A saber cuántos indios nos siguen…

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Loreto con un hilo de voz apenas audible—. Nos han superado, no podemos avanzar detrás de ellos…

—No tardarán en darse cuenta de que nos han perdido el rastro. —Ramón sacó un mapa que llevaba en la mochila y lo extendió sobre la hojarasca que cubría el suelo de la selva—. Creo que lo mejor será descender y después torcer hacia el norte. En lugar de buscar el valle del Sabani iremos a Pantabangán, será un rodeo de varios días, pero no veo otra alternativa.

—Allí sabemos que hay partidas rebeldes armadas. Huiríamos de las brasas para caer en el fuego. ¿Y si descendemos hacia el sur buscando la provincia de la infanta?

—¿Siguiendo la línea de la costa?

—Sí —dijo Loreto—, seguiríamos al revés la ruta que navegamos a la ida, cuando fuimos a Baler.

—Supongo que en el sur también habrán cuadrillas rebeldes. —Ramón se encogió de hombros—. No tengo ni idea de cuál puede ser el mejor camino. ¿Y si nos dividimos? Tendremos más posibilidades de llegar…

—Sigamos juntos, la selva es traicionera y el camino largo.

—De acuerdo —decidió Ramón—. Vamos hacia el sur y que sea lo que Dios quiera. Guarda la lata y vámonos.

Comprobaron que no hubiera ningún rebelde cerca y empezaron a descender con sigilo. Cada poco tiempo volvían la vista hacia atrás, pues temían que en cualquier momento les atacaran por la espalda. Caminaron unos minutos y, al bordear un grupo de árboles que crecían enrevesados, se toparon con tres tagalos. Dos, arrodillados a menos de un par metros de ellos, escrutaban unas huellas del suelo y comentaban sus impresiones. Un tercero, que permanecía de pie, reaccionó nada más verlos y cargó con su bolo en alto al tiempo que gritaba «*Patay kastila*». Ramón levantó el máuser, paró el golpe, y contraatacó con un culatazo que el rebelde esquivó dando un salto hacia atrás. El cazador aprovechó la situación y embistió antes de que su enemigo se rehiciera y recuperara el equilibrio. De un fuerte empujón lo mandó al suelo, donde le golpeó un par de veces en la barriga. A su vez, Loreto arremetió contra los otros dos rebeldes y los alcanzó antes de que se levantaran. Pateó en el hombro al más cercano, que salió repelido hacia atrás, e intentó disparar contra el otro, pero este se encontraba ya tan cerca que desvió el fusil de un manotazo y la bala se perdió entre las copas de los árboles. Forcejearon por hacerse con el arma hasta que Ramón, en auxilio de su compañero, golpeó al enemigo en la espalda. Alertados por el disparo y la trifulca, otros insurrectos revelaron sus posiciones. Sus gritos de combate llegaban desde todas direcciones.

—¡Mierda! ¡Esto está lleno de taos! Vámonos de aquí —gritó Ramón—. ¡Corre!

Loreto asintió y siguió a su amigo que ya marchaba a la carrera, pero uno de los filipinos, tendido aún, reaccionó con rapidez y lo agarró del talón, provocando que rodara por el suelo.

—¡Ah! —gritó al caer. Su compañero, al oírlo, se giró y volvió a socorrerle—. ¡No! ¡Vete, Ramón!

—Calla y levanta, coño. —Loreto cogió la mano que le tendía, pero al tiempo que se alzaba oyó una voz que, con mucho acento tagalo, decía:

—Kastilas, tirad los fusiles si queréis vivir.

Impotentes, vieron como un nutrido grupo de patriotas filipinos, armados de manera variopinta, los apuntaban en silencio. Ramón soltó el máuser y, maldiciendo, se dejó caer de rodillas.

3 de junio de 1898

Los tagalos, más allá de alguna aislada y vengativa bofetada, cumplieron su parte del acuerdo y trataron bien a los prisioneros. Para fortuna suya, sus captores estaban tan cansados como ellos y, ya sin ninguna prisa, decidieron descansar el resto del día. Después de desarmarlos y quitarles el correo y lo poco que llevaban de interés, los ataron y dejaron tranquilos. Los dos soldados, exhaustos como estaban, no tardaron en quedarse dormidos.

Los despertaron a empujones con las primeras luces. Antes de ponerse en camino, y siempre vigilados, les dieron un poco de la comida que les habían quitado y les permitieron aliviarse. Al terminar, les anudaron con las manos por delante para permitirles andar mejor y los colocaron en medio del grupo, por lo que constantemente estaban rodeados de tagalos. Los españoles marchaban cabizbajos, casi sin intercambiar palabra. Ramón permanecía atento al camino que seguía. En cambio, Loreto, refugiado en sus pensamientos, apenas levantaba la vista del suelo. La partida insurrecta y sus dos prisioneros se dirigían al campamento escondido en la selva llamado el Real. Construido como refugio durante la anterior rebelión y situado a varios kilómetros al norte de Baler, los insurgentes lo habían conservado durante la breve paz. Al final de la jornada asaron un ciervo recién cazado. Los dos españoles chuparon el hueso que les correspondió hasta después de dejarlo limpio.

La jornada siguiente comenzó con otra marcha agotadora. Los prisioneros, con las bocas resecas, apenas fueron capaces de aguantarla. A mediodía, un hombre alcanzó al grupo. Llevaba un mensaje del jefe rebelde. Exigía que la partida se dirigiera, sin pérdida de tiempo, hacia Pantabangán. Los tagalos, para acelerar su avance, decidieron dejar a los prisioneros custodiados por uno de sus hombres. Esperarían allí hasta que volvieran por ellos. Para mayor seguridad, ataron a los cazadores con las manos por la espalda y por los tobillos, de manera que casi no podían moverse.

El guardián, un hombre mayor al que le faltaban la mayoría de los dientes, cuando creyó que sus compañeros estaban ya bien lejos, sacó una botella de licor y bebió a grandes tragos, como si tuviera prisa por emborracharse. No tardó en terminarla. La levantó y, al percatarse de que estaba vacía, la lanzó a la espesura y sacó una segunda. Al poco tiempo comenzó a hablar solo;

primero con unas palabras tagalas apenas audibles que regadas por unos cuantos sorbos más se convirtieron en gritos, insultos y quejas que pronunciaba de manera indistinta en tagalo y en castellano. Los dos soldados se miraban con los ojos bien abiertos. De repente, el guardián dejó la botella en el suelo, se levantó y dio un par de pasos vacilantes hacia los prisioneros. Ramón y Loreto, que lo contemplaban conteniendo la respiración, se apretujaron, de manera instintiva, contra el árbol que tenían a sus espaldas.

—Kastilas —el insurrecto se balanceó y levantó los dos brazos para intentar mantener el equilibrio—, kastilas… os odio. —Los dos amigos intercambiaron una mirada de pánico, ignoraban por completo qué se proponía hacer aquel hombre. Este dio un paso más y se detuvo delante de Ramón. Se tambaleó una vez más y gritó un insulto en tagalo. El rostro del cazador, con los ojos vidriosos, parecía el de un niño perdido. El insurrecto eructó, se llevó la mano a la entrepierna, sacó su arrugado pene y orinó.

—¡Será cabrón! —exclamó el cazador, se dejó caer al suelo y rodó sobre sí mismo a fin de esquivar el líquido amarillento. Para suerte suya, aunque era abundante, no estaba bien dirigido—. ¡Me ha meado el brazo!

El tagalo, con los labios apretados, reía por lo bajo con una carcajada sorda que arrastró hasta que, a trompicones, llegó a su manta, pegó un último trago y se tumbó. Al instante, y tras un breve ataque de tos, se quedó dormido.

—¡La madre que lo parió! ¡Me ha meado! —se quejó Ramón. A pesar de su situación, su compañero no pudo evitar la risa—. Sí, tú ríete, espero que se acuerde de ti la próxima vez, cabronazo.

—Venga, que no es para tanto. —Loreto ahogó una carcajada—. Aprovechemos la situación. ¿Puedes desatarte?

Los dos cazadores forcejearon con sus ligaduras, pero les fue imposible deshacerlas.

—No puedo —se rindió Ramón—. Estoy atado a conciencia.

—Yo tampoco. ¿Cómo lo podríamos hacer?

—Busquemos alguna piedra afilada que nos sirva de lima.

Los dos cazadores se arrastraron por los alrededores, pero no pudieron encontrar nada adecuado a sus propósitos.

—Intentemos otra cosa… Ven y muerde la cuerda a ver si consigues aflojarla. —Ramón se acercó y la mordisqueó, intentando deshilacharla, pero tras un largo rato se dio por vencido.

—No puedo roerla, no soy una rata…, aunque huela a alcantarilla… —Se incorporó y contempló al guardián borracho—. ¿Y si lo hacemos por las bravas?

—¿Cómo?

El cazador explicó su idea. Su compañero, aunque dubitativo, accedió al no encontrar una solución mejor. Se acercaron con sigilo al guardián y se cercioraron de que estuviera completamente borracho. Ramón, de espaldas al tagalo, se colocó cerca de la funda del revólver, quedando así el arma al alcance su mano. Loreto, tambaleándose debido a la precaria estabilidad que le proporcionaban las ligaduras, se puso de pie y esperó la señal de su compañero.

—¡Ahora!

Loreto se tiró, como un fardo atravesado, encima del guardia, a la altura de sus brazos, para dificultarle el movimiento. A su vez, Ramón tanteaba e intentaba abrir la funda. La primera tentativa fracasó, pero a la segunda lo consiguió y pudo agarrar el arma. El tagalo se revolvió e intentó quitarse a Loreto de encima, pero Ramón fue más rápido y clavó el cañón del revólver en el vientre de su enemigo.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Muévete y te pego un tiro!

El tagalo, borracho y asustado, se quedó quieto.

—Bien. Si colaboras, vivirás. Loreto, levántate y siéntate encima de su pecho, con las manos cerca de su cara. —Este obedeció, forcejando para ponerse de rodillas y colocarse como le había pedido—. Ahora, tao, desátalo con mucho cuidado. Al menor movimiento brusco te juro por lo más sagrado que te vuelo las tripas —indicó mientras le hincaba más el revólver en la barriga.

El tagalo, temblando, comenzó a pelear con el nudo, pero, entre los nervios y el alcohol ingerido, fue incapaz de soltarlo con rapidez. Mientras peleaba con las cuerdas, el tiempo se detuvo para aquellos tres hombres. Ramón, con el estómago encogido y las manos sudorosas, amartilló el arma. Ese ruido metálico espabiló al viejo más que una jarra de café.

—¡Libre! —gritó Loreto.

Una vez sueltos, los dos soldados se apoderaron de todo lo que creyeron útil, que no era más que algo de comida y las armas del viejo, el revólver y un bolo.

—¿Hacia dónde vamos?

—Espera un momento. —Ramón se aseguró de que el insurrecto estuviera bien atado y se alejó con Loreto unos metros—. Volveremos a Baler —susurró—. Marcharemos media hora hacia el norte y, cuando nos hayamos distanciado de este cabrón, cambiaremos de dirección.

—Sí, no debemos estar muy lejos. —Loreto palmeó la espalda de su amigo—. Apresurémonos.

—De acuerdo, pero antes… —Se giró y se acercó al tagalo que yacía tumbado.

—Le has dicho que si colaboraba lo dejarías en paz.

—¿Eso dije?

—¿Serás capaz de golpear a un hombre atado?

—Solo le voy a enseñar al tao cómo las gastamos los de mi pueblo. Se lo va a pensar dos veces antes de meterse con uno de Carlet. —Se bajó los pantalones y apuntó con su pene a la cabeza del filipino. El tagalo, desesperado, se movió para esquivar la orina, pero fue incapaz. Ramón sonrió satisfecho al ver cómo salpicaba y resbalaba por su cara.

8 de junio de 1898

Baena

Carmen Alcalá ojeaba uno de los periódicos esparcidos por la mesa. Movía los ojos lentamente siguiendo las líneas mientras su mano izquierda jugueteaba con uno de sus tirabuzones. Sentada junto a ella, su amiga Matilde leía un ejemplar de *La Correspondencia Militar*.

—Aquí dice que anoche el ministro de la Guerra fue a casa del presidente a transmitirle un telegrama del capitán general Agustín en el que solicita que se amplíen sus poderes para sofocar la revuelta filipina. Y se lo han concedido. Deben marchar muy mal las cosas…

—Pues en este hay un artículo que exige el envío de una escuadra a Filipinas. Dice que si no sufrirán una hambruna.

—¡Jesús! Y mi pobre Enrique allí metido, como si no tuviera bastante con los insurrectos. Ojalá termine pronto esta odiosa guerra.

—Ten fe, Carmen. Recuerda que él no está en Manila. Se encuentra lejos del combate.

—Dios te escuche. —Durante unos segundos las dos mujeres volvieron a sumergirse en los diarios—. ¡Oh, no! Dice que había más despachos y que el Gobierno ha guardado una profunda reserva sobre su contenido. Seguro que son malas noticias. Si fueran buenas no tardarían en anunciarlas. ¿Qué habrá sucedido?

—No te inquietes, querida. Sé cómo te sientes. Yo pase por lo mismo. Empiezas a pensar y darle vueltas y nada más que se te ocurren ideas sombrías. Y fíjate, lo de mi Gregorio solo fue una herida en el brazo.

—Malditas guerras. La incertidumbre me consume… Mira, aquí vienen las declaraciones de un tal Gustavo Adolfo Segura, un alto dirigente del Gobierno. Y dice que enviar tropas a Filipinas no influiría en los acontecimientos. Escucha, Matilde. «¿Qué podemos mandar allí? ¿Cinco o seis mil hombres? Si los indígenas se enfrentan a nosotros, esas fuerzas nada podrían hacer. Y si, por el contrario, permanecen al lado de España, es un sacrificio completamente estéril, puesto que los yanquis no podrían dar un paso más. A mi juicio debe mandarse otra clase de refuerzos». Los van a abandonar a su suerte.

—Mujer, no digas eso. El Gobierno hará todo lo que esté en su mano.

—Sí es que más claro no se puede decir. Espero equivocarme, pero creo que van a dejar a los soldados de Filipinas en la estacada. Yo no aguanto más esta espera. Tengo que hacer algo. Me da igual lo que diga Enrique, voy a hacer todo lo posible por traerlo de vuelta.

Madrid

En el salón de sesiones del Congreso, el ministro de Estado, el duque de Tetuán, antes de reanudar el debate sobre los presupuestos, ultimaba su respuesta a la interpelación del diputado carlista Llorens acerca de los documentos diplomáticos cruzados entre los gobiernos de España y Estados Unidos desde el inicio de la guerra. El interés que habían avivado las últimas intervenciones era prácticamente nulo: de los cuatrocientos un escaños existentes, la mayoría se encontraban vacíos y los pocos parlamentarios que los ocupaban apenas habían prestado atención a la discusión. Gustavo Adolfo Segura, sentado un par de filas detrás de los asientos azules del Gobierno, reprimió un bostezo llevándose el puño a la boca. Hacía rato que había maldecido aquella manía suya de asistir al mayor número de convocatorias posibles. Miró a su alrededor, contempló el desolador panorama y suspiró hondo.

En uno de los pasillos, y ante la indiferencia de los políticos que allí se encontraban, un ujier de pelo canoso colgó un despacho en la tablilla de anuncios. Durante un buen rato nadie prestó atención hasta que un diputado conservador, buscando el listado con las dietas que le correspondían, la encontró. La conmoción fue inmediata. La noticia recorrió hasta el último de los recovecos de la cámara. El bullicio se fue magnificando de tal forma que, en el hemiciclo, llegó un momento que se podía oír por encima del tono tedioso del orador. Los allí presentes se miraron unos a otros sorprendidos. Movidos por la curiosidad, varios de los oyentes abandonaron la reunión para conocer la causa del escándalo. Segura dudó sobre cómo actuar, pero antes de decidirse, un compañero del partido liberal, otro joven diputado andaluz con el que había entablado cierta amistad, entró con paso rápido y se sentó a su lado.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene ese alboroto?

—Han colgado en la tablilla de anuncios el último despacho del capitán general de Filipinas.

—¿Son buenas noticias?

—¡Terribles! La situación es gravísima. Aguinaldo…

—¿Aguinaldo? ¿Ha vuelto ese traidor?

—Le deben haber ayudado los americanos a volver desde Hong Kong. Ha conseguido levantar el país.

—Pero si en su último parte el general decía que los indios estaban con nosotros.

—Pues ya ves cómo están las cosas ahora. La resurrección se ha extendido por toda la isla. Dominan ya la provincia de Cavite. Dice el general Agustí que no puede confiar en las tropas indígenas ni en los voluntarios, pues desertan en masa. Según él, no tiene medios para defender Manila. Exige refuerzos o no se hace responsable.

—¿Podemos perder Filipinas? ¿Hasta ese punto hemos llegado?

—Eso parece. No veas el revuelo que se ha formado. Han llamado por teléfono a Sagasta. Estaba en el Senado y viene hacía aquí para calmar a las minorías. No ha de tardar. Dicen algunos que se ha colgado este despacho para preparar el anuncio de una catástrofe mayor.

—¿Otra más?

—Hay quien asegura que Manila ya se ha rendido.

Por fin, casi un mes después de la derrota de Cavite, donde España había perdido el grueso de la escuadra del Pacífico, se producía un debate para esclarecer la situación de Filipinas. La sesión, que hasta el momento había generado una displicencia sustancial, se transformó en un acto multitudinario. Al terminar de dar sus explicaciones el señor ministro de Estado, los escaños ya se habían llenado como hacía tiempo que no sucedía. Sus aburridas señorías habían despertado del letargo y se agitaban nerviosas. Casi vacíos hasta ahora, los palcos de prensa se disputaron casi tanto como las entradas de sombra en una corrida del Guerrita. Los políticos se acusaban unos a otros. Todos veían faltas en los gobiernos anteriores, pero nadie asumía las propias. Las consignas estaban claras. El partido en el poder, el liberal, intentaría transmitir esperanza y reavivar el fuego del patriotismo que con tanto ardor había calentado al pueblo. La oposición conservadora, dirigida por Silvela, se prepararía para iniciar una crisis que provocara, a su debido tiempo, pues aún era demasiado pronto, un nuevo cambio en el turno de gobierno. La patria podía sufrir reveses aún mayores y era mejor que los encajaran los liberales. La minoría republicana pretendía denunciar, una vez más, la locura de la guerra y la mala planificación del Gobierno. Romeristas, tradicionalistas e

independientes, los peces chicos de este estanque, solo podían limitarse a clamar su profundo disgusto por las lastimosas calamidades ocurridas.

Pese a que había mucho en juego, Gustavo Adolfo Segura se mostraba tranquilo. Sabía que aquel día los partidos iban a emplear a sus mejores oradores. A él solo le restaba, según tocara, escuchar, vociferar o aplaudir.

Pasadas las seis de la tarde, y después de reunirse con los jefes de los partidos de la oposición, entre vítores, aplausos y algún que otro silbido, Sagasta, el presidente del Consejo de Ministros ocupó su asiento en la asamblea. Enseguida se levantó y pidió la palabra. Un siseo secundó su petición. Como era normal, se le concedió el turno de inmediato. Todas las miradas se dirigieron hacia el viejo estadista. Tranquilo y distante, se atusaba la barba mientras esperaba a que se acallaran los últimos murmullos.

—Señores diputados, me levanto con una gran pesadumbre. El Gobierno de Su Majestad ha recibido noticias de Filipinas verdaderamente poco satisfactorias. Y tal y como nos han llegado, las ha mandado a los Cuerpos Colegisladores. Las noticias adversas han de acogerse, en los pueblos viriles, con calma y con serenidad para así poder poner remedio, si fuera posible, o para resignarse con la desgracia, si no lo fuera.

»Me levanto principalmente a hacer esta manifestación: lo que ha ocurrido en Filipinas es lo que consta en los partes publicados y que se han fijado en la tablilla del Congreso, ni más ni menos. Desde el desastre de Cavite, la incomunicación con Filipinas ha sido tan grande, y no solo nos ha afectado a nosotros, sino también a nuestros enemigos, que apenas hemos recibido noticias de allí. El último cablegrama del capitán general, llegado por la vía de Hong Kong, es el que ustedes conocen. De la misma manera que el capitán general ha podido mandar tres cablegramas a Hong Kong, supongo yo que también habrá enviado algunas cartas, pero el correo no ha tenido tiempo de llegar y todavía no conocemos los detalles de la catástrofe de Cavite.

»Por lo poco que sabemos, el general Agustí no ha podido contrarrestar los trabajos del cabecilla insurrecto. Aguinaldo ha logrado que los naturales del país, si no todos, al menos una gran parte de ellos, se pongan del lado de los norteamericanos. Está claro que, si los indígenas permanecieran fieles a España, llamando al yanqui el enemigo común, entonces estos no habrían podido hacer nada. Su escuadra podría causar daño en algunos puertos o pueblos de la costa; pero poner el pie en tierra de Filipinas, ¡ah!, eso no hubiera sido posible.

»Esta es la gravedad de la situación cuya magnitud yo no quiero ocultar. ¿Qué medios emplea el Gobierno para contrarrestar este grandísimo

contratiempo? Lejos de cruzarse de brazos, hace todo lo posible para ver si remedia este mal, y detiene, por de pronto, los daños que pudieran ser de graves consecuencias. Pero, permítanme los señores diputados que no diga aquí ni una palabra sobre esto porque lo que aquí dijera sería sabido a los pocos minutos por nuestros enemigos, y es conveniente que no lo sepan. El Gobierno, pues, apenado como está por esta situación, está tranquilo y sereno. No perderá ni por un solo momento la calma y hará todo aquello a que le obligue el amor que tiene a su propio país y a su propio decoro. No tengo más que decir.

Baler, 12 de junio de 1898

Queridísima esposa:

La situación aquí en Baler ha evolucionado de la única manera que podía hacerlo: estamos aislados. No tardaremos en refugiarnos en la iglesia, es la última defensa natural que existe en este pueblo. ¿Por cuánto tiempo nos resguardaremos allí? Solo la Providencia lo sabe. Dependerá del desarrollo de las operaciones de la guerra que comienza. Calculo que con nuestros pertrechos actuales podremos aguantar alrededor de tres meses. Confío en que no haga falta apurar tanto.

Los dos mensajeros que enviamos con el último correo fueron capturados, pero, gracias a Dios, tuvieron el coraje y la habilidad necesaria para liberarse de sus guardianes. Llegaron cinco días después de partir, exhaustos de recorrer los montes. Aunque los insurrectos robaron la valija, lo peor fue que constataron nuestro aislamiento.

El capitán, desesperado y sin recursos, acudió a pedir ayuda al anterior cabecilla de la rebelión en el distrito del Príncipe. El tal Novicio Luna es un pájaro de cuidado, un sujeto traicionero que juega a dos barajas. De las Morenas lo sabe, pero como bien me dijo cuando se lo recriminé, no perdía nada por intentarlo. El tagalo le presentó a un compañero de, según él, absoluta confianza. Representaron una vil pantomima con un esperado final. Salió el nuevo correo con un telegrama cifrado y volvió a los dos días alegando que había sido retenido y el mensaje destruido. ¡Qué farsa más mal representada! No entiendo qué pretendía con ella. ¿Capturar el mensaje? Aun siendo obvio su contenido, estaba cifrado.

En fin, de los escarmentados salen los avisados, así que puedes quedarte tranquila, no nos cogerán desprevenidos. Esta situación era previsible desde que llegamos. El capitán, trabajando con la fidelidad y el empeño correspondiente a su cargo, intentó, con los escasos medios a su alcance, lo imposible. No cabe reproche alguno.

Yo sigo echándote mucho de menos, aunque ya me voy haciendo a la nueva situación. Es extraño no tenerte cerca para hablar o besarte o simplemente mirarte. Me encanta recordar cómo arrugabas la nariz cuando te reías… No te enfades, pero cada día me cuesta más evocar tu

rostro, incluso hay veces que no lo consigo. No, no te he olvidado. Me acuerdo de ti cada noche… es solo que cuando pienso no logro ver la imagen de tu rostro. Es desesperante. Por eso, todas las mañanas, nada más levantarme y antes incluso de vestirme, cojo tu retrato y lo observo durante unos minutos. Aquella última fotografía que me diste es mi mayor tesoro. Estabas tan bonita, faltaba un mes para que dieras a luz y lucías con orgullo tu barriga, enorme y llena de vida; ha cambiado todo tanto desde entonces… Os quiero y rezo por vosotros a diario.

19 de junio de 1898

Los feligreses abandonaban la iglesia pausadamente, hablando por lo bajo entre ellos. Españoles y filipinos, diferenciados por la política, compartían la pasión por unas idénticas creencias; próximos a matarse entre ellos, rezaban juntos al mismo Dios. Las autoridades, privilegiadas con los sitios de las primeras filas, eran las últimas en salir. El capitán De las Morenas se despidió de sus compañeros y esperó en la puerta al sacerdote.

—Buenos días, padre, me comentó Alejo que quería hablar conmigo después de misa.

—Buenos días, señor comandante, gracias por esperarse. Soy consciente de que posee muchas obligaciones que atender, pero ¿le importaría acompañarme hasta el río? Han llegado dos fontines con arroz y voy a reunirme con ellos.

—Por desgracia cada vez tengo menos tareas… Pero dígame, padre, ¿en qué puedo ayudarle?

Los dos españoles salieron de la iglesia y tomaron el camino del río.

—Pues verá, Enrique, ando estos días preocupado por mis hermanos franciscanos que residen en Casigurán. ¿Sabe usted algo de ellos?

—No tardaré mucho en tener noticias suyas. Les envié una carta indicándoles que el distrito del Príncipe estaba incomunicado. Me puse a su disposición para cualquier asunto en que pudiera ayudarles. La barca correo debería regresar en un par de días.

—No estoy tranquilo sabiendo que están allí solos, y más ahora que la Guardia Civil ha abandonado sus puestos en el distrito para reunirse en Pantabangán. Carecen de cualquier tipo de protección.

—¿Cree qué tienen que temer algo de sus feligreses?

—No, de ellos no, pero sí del Katipunan.

—Les ofreceré que vengan a Baler con nosotros, aquí estarán más seguros.

—No sé si querrán abandonar a sus parroquianos, pero gracias por su interés —dijo el padre Carreño—. En estos tiempos ya no son seguras las Filipinas para los sacerdotes peninsulares.

—De todos modos, confío más en la gente de Casigurán que en la de Baler. Han demostrado más lealtad a España. Pagaron los cerca de tres mil

pesos que se les exigía por los impuestos; los de aquí reunieron poco más de trescientos.

Los dos hombres continuaron caminando hasta el río en silencio. Allí pudieron ver dos pequeños barcas de vela amarradas a la orilla. El sacerdote se adelantó y comenzó a hablar con los marineros en tagalo. El capitán, que apenas conocía unas pocas palabras en esta lengua, permanecía callado mientras observaba los tratos del franciscano.

—Padre —le preguntó cuando hubieron terminado—, ¿le han informado de algo que deba saber?

—Pues no mucho, vienen de Binangonán a vender palay. Yo suelo comprarles y luego lo revendo en el pueblo. Con la aportación de la comandancia y la recaudación del sanctórum no me alcanza para cubrir los gastos. Necesito de algunos negocios para poder sacar algún cuarto de más.

—Entiendo. —El comandante no quiso profundizar más en el tema—. ¿Y esta gente es de confianza?

—Pues supongo que podemos fiarnos de ellos tanto como de cualquier vecino del pueblo.

—¿Les puede preguntar si podrían llevar un mensaje al oficial al mando de la guarnición de su pueblo?

—Claro. —El cura se acercó al capitán y le hizo un par de preguntas—. Dice el arráez que estará encantado de colaborar. Saldrán mañana al amanecer, así que tiene usted ese tiempo para venir a darle el aviso.

—Veremos si este mensaje llega a su destino. Dudo mucho que lo haga, pero no perdemos nada por probar. Nuestra situación es tan desesperada.

24 de junio de 1898

El teniente Martín, el capitán De las Morenas y el doctor Vigil, que leía un ejemplar atrasado de *El Imparcial*, estaban en el despacho del cuartel de la Guardia Civil.

—Bien, podemos dar por hecho que el mensaje que enviamos con las barcazas no ha llegado a su destino. Aquellos mismos marineros, que por un lado se ofrecían a llevarlo, por otro sembraban el rumor de que Binangonán se ha revelado, así que no creo que lo entreguen a la autoridad adecuada. —El capitán remarcó la pronunciación de la última palabra.

—La verdad es que no confiaba mucho en ello. —Martín Cerezo ni tan siquiera levantó la cabeza del informe que estaba redactando.

—Le entiendo, teniente, pero entiéndame usted a mí, debía agotar todas las posibilidades aunque la probabilidad de éxito fuera escasa.

—Buenos días —dijo Alonso, que entraba en ese momento en el cuartel quitándose la gorra—. ¿Han visto a Alejo? Llevo un rato buscándolo y no lo veo por ningún lado.

—La verdad es que no… ahora que lo pienso —contestó el capitán—, no lo he visto en todo el día.

—Quería darle dinero y que comprara alguna comida especial para celebrar mi onomástica.

—Es extraño que no lo haya visto… ¿Dónde diablos estará este zángano? —De las Morenas se levantó inquieto—. Voy a ver si descubro en qué anda metido. —Antes de salir se giró y sonrió—. Por cierto, Juan, felicidades.

Pasados unos minutos, un soldado entró en el cuartel y solicitó que los tres oficiales se presentaran en la comandancia. De las Morenas, andando con pasos rápidos y murmurando, los recibió con grandes aspavientos.

—¡Ah! Ya están aquí. Ese desgraciado de Alejo ha huido.

—¿Está usted seguro? —preguntó Vigil.

—Ese miserable… Sí, doctor, sus cosas han desaparecido. Revisen sus pertenencias por si les faltara algo. Miedo me da la escabechina que puede haber hecho.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Un rato antes de acostarme. Hablaba en la plaza con dos vecinos. Me extrañó, pues era tarde, pero como Alejo era tan… peculiar, no le di

importancia.

—Se marcharía en algún momento de la noche —dijo Martín—. Estábamos aquí todos durmiendo, dudo que se haya podido llevar gran cosa. Por cierto, deberíamos escarmentar a los que estuvieron de guardia. Se escabulló en sus narices.

—¿Quiere que envíe un grupo a capturarlo?

—No, Alonso, no vale la pena, es tan solo un criado huido. Podrían emboscar a los hombres y pronto vamos a necesitarlos a todos. Hablaré con Novicio, tal vez pueda prestarnos ayuda. Alejo no era muy estimado por el Katipunan. No lo liberaron durante el ataque del cuatro de octubre. Quizá colaboren esta vez, aunque sea por mantener el engaño…

El Real, 25 de junio de 1898

Pasaba ya más de una hora del mediodía cuando Novicio Luna llegó. Antes de entrar examinó las rudimentarias defensas del campamento insurrecto, poco más que un foso y un parapeto de tierra, y asintió complacido al comprobar que estaban despejadas y libres de vegetación.

—¿Y bien? —preguntó a su lugarteniente al mando del reducto—. ¿Está aquí?

—Sí, llegó ayer un poco antes del anochecer. Lo trajeron con los ojos vendados como tú ordenaste.

—Perfecto. No hay que fiarse de esa serpiente. ¿Está todo preparado?

—Todo listo. No habrá ningún problema.

—No esperaba menos de ti. En un par de horas partiré a Baler para dirigir la operación. Esta noche vendrán los primeros. Habrá que apresurarse. Al final lo haremos en dos tandas y no en tres.

—¿Seguro que es una buena idea?

—¿Crees que soy un buen capitán, Severo?

—Sí… claro.

—¿Y por qué diablos todos cuestionáis mis órdenes?

—No, Novicio, solo es que me preguntaba si era buena idea perder el factor sorpresa. Gracias a él acabamos con el destacamento anterior.

—Esta vez no será igual. Los kastilas están advertidos. Nos esperan duros combates y no quiero que haya más bajas de las necesarias. No perdamos más tiempo. Quiero hablar con él ahora. ¿Dónde lo tenéis?

—En aquel bahay de allí. Le he puesto dos centinelas por lo que pudiera pasar.

Los dos oficiales insurrectos se dirigieron a la choza señalada. Un guardia les abrió la puerta y vieron que, tumbado sobre una esterilla, dormía alguien. Novicio se acercó y lo empujó levemente con el pie.

—Arriba, Alejo. Se acabó la siesta.

—…

—¡Maldita sea! ¡He dicho que arriba! —gritó mientras le propinaba un par de patadas en la pierna.

El hasta hace un par de días criado del capitán De las Morenas se levantó al instante.

—Hola, Novicio. No sabía que ya había amanecido.

—Por Dios, si es más de mediodía…

—Es que con la ansiedad de la fuga, la noche anterior no pegué ojo.

—Ya. Bueno, déjate de zarandajas, que tengo prisa. ¿Qué has escuchado que me pueda ser de interés?

—Muchas cosas. Ya lo creo que sí. Todo sea por ayudar a nuestra patria. Pero antes de contarte nada, permíteme que te haga un regalo. —Recogió un talego de lona que había en el suelo y lo abrió—. Mira esto. Te va a ser muy útil. —Sacó un sable y se lo tendió—. Está nuevo. Pertenecía al doctor Vigil. Dudo que lo haya sacado alguna vez de su funda. Es tuyo.

El líder tagalo lo cogió y lo sopesó.

—Gracias, pero prefiero un bolo.

—El sable es más elegante.

—Es arma de señoritos blancos.

—No, es para oficiales como tú. Te la regalo como agradecimiento por acogerme entre vosotros. Además tengo esto. —Dejó de nuevo el saco en el suelo y sacó dos prismáticos—. Este era del capitán y este de Alonso. No pude hacerme con el de Martín, sé que le tienes cierto cariño, pero cerraba su baúl con llave. Te los vendo por cien pesos cada uno.

—¿Cien pesos?

—Valen muchísimo más, pero quiero colaborar con la causa.

—¿Hay algo más ahí dentro? —Novicio desenfundó el sable, lo clavó en el talego y, tras comprobar que estaba vacío, lo lanzó contra la pared—. Esto es lo que vamos a hacer. Te daré veinte pesos por los dos. Y ya puedes empezar a contarme todo lo que sepas. Y ni se te ocurra racanearme la información, porque si no me gusta lo que cuentas o creo que me estás engañando, te juro que te corto la lengua y te llevo a rastras a la iglesia para entregarte a los kastilas.

27 de junio de 1898

—¡Mi teniente! —El cabo González entró corriendo en la comandancia —. ¡El pueblo está vacío!

—¿Cómo? —Alonso dejó la taza de café en la mesa y se levantó—. ¿No hay nadie?

—Esta noche han huido todos los vecinos. No queda un alma.

—¿Y nuestros centinelas no se han percatado de nada? —preguntó Martín —. Esto ya es demasiado.

—Solo vigilamos la plaza y sus accesos. Los tagalos lo saben y han sabido burlarnos a la perfección. De todos modos deberíamos agradecerles este aviso. No se han atrevido a atacarnos como la vez pasada.

—Sí. Tienes razón. Además, prefiero la franqueza de nuestra soledad que la falsedad de su compañía. —Martín dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó—. Bien, se acabó la lenta espera. Es hora de que nos ganemos el jornal.

—González, reúne a todos los hombres que estén francos de servicio. Tenemos que inspeccionar el pueblo. Voy a realizar una descubierta —ordenó el teniente Alonso, que ya se había colocado el correaje con sus armas—. Martín, encárguese de comenzar la mudanza a la iglesia. A partir de hoy dormiremos allí. Doctor, usted también deberá trasladar todo el material sanitario. Mi capitán, si necesita algún hombre, pídaselo a Martín. —Y, sin decir nada más, abandonó el edificio.

—Bueno, se terminó el desayuno —dijo el capitán De las Morenas—. Voy a prepararlo todo.

El teniente Martín, junto con un cabo y cinco números, trasladó los víveres que había en la comandancia y el palay que el sacerdote había comprado a las dos barcazas. El doctor Vigil, con sus tres sanitarios, reubicó en la iglesia el material que estaba a su cargo. Al no ser una cantidad excesiva, terminó su trabajo a la hora de comer. Contento con sus asistentes, les dio la tarde libre y se dedicó a ayudar al capitán De las Morenas.

Al atardecer se reunieron todos los mandos delante de la iglesia, junto a la gran cruz de madera de yacal que se levantaba en la plaza. Los hombres, apesadumbrados, no mostraban la alegría habitual. Sabían que aquella nueva mudanza, aunque garantizaba su seguridad inmediata, iba a devenir en una

larga e incierta reclusión. Rodeados de enemigos y en una inferioridad acobardante, su única esperanza consistía en la llegada de una procrastinada columna de auxilio. En contra de su costumbre, el doctor Vigil tomó la palabra de inmediato:

—Creo que mis dos sanitarios indígenas han desertado. Tras completar nuestras tareas, les di unas horas libres de servicio y no han vuelto. Faltan sus mochilas y sus mantas… Lo siento.

—No debió dejarlos ociosos —indicó Martín—. En momentos como estos, lo mejor es que la tropa no tenga tiempo para pensar.

—Usted no tiene la culpa de nada, esos miserables habrían desertado tarde o temprano. Mejor ahora que luego —alegó Alonso.

—Creía que eran buenos hombres. Confiaba en ellos.

—No se mortifique, doctor, no estaba en nuestras manos moldear su espíritu —dijo De las Morenas—. Es tarde para eso. Quizás España debió de comportarse mejor con ellos o quizá simplemente les sobrepasó el miedo a lo que se avecina. Creo que a algunos de nuestros hombres les ocurre lo mismo. No hay más que ver sus caras. No, no ha sido culpa suya, Vigil. ¿Cómo le fue a usted en la descubierta, Alonso?

—No hemos encontrado a nadie. Recorrimos el pueblo entero, pero no vimos un alma. Los muy ruines han huido con todos sus enseres. Además, se han llevado la ropa de nuestros hombres que tenían para lavar. Su la falta de pertrechos ya era acuciante, ahora…

—He hablado con el padre Carreño y le ha desaparecido un baúl que contenía unos trescientos ochenta pesos. Lo tenían todo preparado los muy cobardes —informó Martín—. Hemos trasladado las provisiones y los sesenta cavanes de palay a la iglesia, además de todos los bienes del destacamento.

—Realizaremos una descubierta diaria —ordenó Alonso—. Nos turnaremos en su mando. Mañana emplearé a todos los hombres francos de servicio en acarrear agua desde el río. Utilizaremos las tinajas que encontremos en las casas. Hay que recoger la mayor cantidad posible. Puede ser vital. Debemos aguantar hasta que vengan a liberarnos. Este destacamento no se rendirá, al menos mientras esté yo al mando.

—Resistiremos hasta el fin —añadió Martín.

—¡García!

—A sus órdenes, mi teniente. —El cabo se acercó a paso ligero desde la puerta de la iglesia.

—¿Ha establecido los turnos de guardia como le dije?

—Sí, mi teniente, pero hay un problema…

—¿Qué sucede, cabo?

—El soldado Felipe Herrero ha desaparecido.

—¿Mi asistente? —preguntó Martín—. ¿Y cuándo pensaba informarnos?

—Termino de darme cuenta…

—¡Maldita sea! ¡Corneta!

—A sus órdenes, mi teniente.

—Santos, toca llamada. —La tropa, al escuchar la corneta, se agolpó para salir de la iglesia. Martín preguntó sin esperar siquiera a que formaran—. ¿Alguien ha visto al soldado Herrero? —No hubo respuesta—. Entre cincuenta hombres, ¿nadie lo ha visto?

—Hará un par de horas lo vi ir al río a por agua, mi teniente —contestó Gregorio Catalán—. No lo he vuelto a ver más.

—Alcaide, Santa María, Pedrosa, Mir, Galvete. —Señaló a cinco de los soldados que se encontraban a su alrededor—. Acompañadme. Tened vuestras armas a punto. Catalán, guíanos a donde viste a Herrero por última vez.

Fueron hasta el río y no encontraron rastro del soldado. Al volver, el teniente Alonso les recibió con la noticia de que también habían desaparecido la mochila de Herrero, sus armas y su manta.

—¡Maldita sea! Esa rata traidora… —bramó Martín Cerezo—. Ya ajustaremos cuentas con ese cobarde en el futuro. Me voy a encargar personalmente de que lo fusilen.

—Todos a la iglesia, vamos a cerrar la puerta —ordenó Alonso. Los soldados accedieron lentamente al edificio. Cuando estuvieron dentro, colocaron entre dos la tranca. El breve crujido que produjo al dejarla caer sonó para muchos de ellos como el de la tapa de su sepulcro. Martín Cerezo miró alrededor suyo y observó a la tropa. Los hombres apenas conversaban. Se podía escuchar el murmullo de alguien que rezaba. Cabizbajos, se enfrentaban en solitario a sus miedos. El oficial negó con la cabeza un par de veces y dio un paso adelante.

—Gallego, venga conmigo. —Se acercaron a los bultos almacenados con sus propiedades. Martín se agachó y, tras rebuscar en su mochila, sacó una tela roja plegada que tendió al soldado—. Suba al campanario y colóquela en el sitio más alto, que se vea bien. —Loreto la desplegó y contempló la enseña del reino.

—Sí, mi teniente. —Y sonriendo, añadió—: En lo más alto.

—¡Hijos de España! —clamó Martín. Los hombres levantaron la vista y mantuvieron un silencio absoluto—. ¡Cazadores!, poneos en pie y saludad a vuestra bandera. Contempladla y ved más allá de sus colores y del escudo

bordado. Representa aquello que más amáis de nuestra patria: a vuestros pueblos y villas, a vuestros amigos y hermanos, a vuestras novias y mujeres, a vuestros padres y a vuestras madres. Observadlos, pues sois el orgullo de todos ellos. —Gregorio y Ramón, que se encontraban a su lado, asintieron con la cabeza—. En estas horas oscuras en que nuestro ánimo se quiebra y la muerte nos acecha, ellos nos miran y nos piden… No, nos exigen que cumplamos con nuestra obligación. ¡Cazadores! Debemos mantener nuestra bandera en el campanario, no permitamos que nadie la humille. ¿Lo permitiréis? —La mayoría de los soldados, ya en pie, agitaron el puño. Un coro de voces brotó de sus gargantas. Gritaban no una y otra vez. La tropa rugía enrabietada como si luchara ya en un fiero combate. El teniente, frío y distante por norma, sonrió satisfecho.

29 de junio de 1898

El soldado Félix García huyó mientras realizaba la descubierta que reconocía el pueblo. Aprovechó que marchaba el último de los catorce, se quedó rezagado y, en el momento más oportuno, se desvaneció entre la frondosidad tropical. El teniente Alonso no quiso internarse en la selva para seguirle por no arriesgar la vida del resto de sus hombres, pues no tenía constancia de los movimientos de los insurrectos. La deserción de un hombre era un golpe duro, pero perder a toda la sección hubiera sido trágico.

Por su parte, Martín Cerezo ocupó al resto de la tropa en demoler la casa del sacerdote. Trabajaron minuciosamente y clasificaron todos los materiales. Utilizaría la piedra para fortificar la iglesia y acopiaron madera, hierros y clavos para necesidades futuras. El derribo no fue completo, pues mantuvieron el muro perimetral de la antigua vivienda. El nuevo espacio resultante, con unas defensas de algo más de dos metros, serviría de corral o patio.

Alonso, tras la descubierta, llegó con doce cazadores a las puertas del improvisado cuartel. Allí se encontró con el comandante, que alimentaba a *Luna*. De las Morenas, al ver la cara del oficial, temió lo peor y preguntó intrigado.

—¿Qué sucede?

—A sus órdenes, mi capitán. Terminada la patrulla, el soldado García ha desertado. La moral de los hombres va a quedar muy comprometida.

—Sin duda les afectará, pero no todos están hechos de la misma pasta. El otro día pude ver cómo la breve arenga de Martín caló en muchos de los corazones de esos hombres. En su mayoría son buena gente.

—No lo sé, mi capitán, no lo sé. Eso pensaba yo, aunque visto lo visto…

—Usted que lo conocía más, ¿qué tal es García? ¿Tenía ascendente entre la tropa?

—Es un pájaro de cuidado. Ya intentó fugarse en Barcelona y en Port Said.

—Entonces esto es lo mejor que nos podía haber pasado. No hay que dejar que una manzana podrida contamine al resto. Ese cobarde tiene lo que quería. —De las Morenas elevó el tono de su voz—. Ya se le juzgará cuando se le capture. El decreto del capitán general lo establecía de manera bien

clara. La deserción se castiga con la pena de muerte. Que Dios se apiade de su alma. Sin duda, si hay que morir, prefiero hacerlo cumpliendo con mi deber y rodeado de mis camaradas, que solo en la selva o frente a un pelotón de fusilamiento.

En aquel momento se presentó Olivares y solicitó, de parte de Martín Cerezo, que el capitán se presentara en el patio. Allí encontraron al teniente discutiendo con el cabo Vicente González y varios soldados. En una esquina pastaban tres pequeños caballos filipinos.

—Pero, mi teniente —decía en ese instante el González—, ya quedó claro que la tropa solo podría recibir comida reglamentada.

—¿Qué sucede, Martín?

—Verá, mi capitán, he mandado traer estos animales para que, si se alarga nuestro encierro, podamos sustentarnos con ellos.

—¿Quieres que nos los comamos? —preguntó Alonso con un mohín de asco.

—Solo en el caso de que nos falten las provisiones. Apenas tenemos ya latas de carne de Australia.

—Y usted se opone, ¿no, cabo?

—Sí, mi teniente. Justo le recordaba al teniente Martín que la Capitanía General estableció que solo se podría suministrar a la tropa los alimentos recogidos en las raciones de campaña.

—Esto es una emergencia y, como tal, no está afectada por ese dictamen —dijo Martín Cerezo.

—Pero a nosotros nos descuentan el rancho de la soldada… solo pedimos que nos den lo que pagamos.

—González, ¿no entiende usted la gravedad de nuestra situación? —preguntó Martín entre aspavientos—. ¿No la entiende?

—Olivares, que se retiren todos los hombres del patio.

—A sus órdenes, mi teniente.

Alonso esperó a que los cazadores obedecieran. Cuando los tres oficiales se encontraron solos, dijo con hilo de voz:

—El cabo está en lo cierto, el destacamento no tiene por qué comer carne de caballo. Yo no estoy dispuesto a hacerlo —terció Alonso—. Me dan náuseas solo de pensarlo.

—Martín —De las Morenas se acercó y bajó la voz—, ahora mismo sufrimos problemas más acuciantes que la comida. Gracias a Dios no falta. Entiendo que tu medida podría ser útil en el futuro, pero hoy, con la moral de la tropa resquebrajándose, necesitamos infundirles ánimos. Darles pequeñas

concesiones. Deberías soltar a esos animales. ¿No crees? —El teniente, con el rostro rígido, asintió con la cabeza lentamente—. Martín —susurró el capitán —, hoy ha desertado otro soldado.

El teniente suspiró y se encogió de hombros.

—¡Olivares! —gritó, y cuando el cabo apareció por la puerta del corral, repitió—: Olivares, deshágase de esos malditos caballos. Espero que no los echemos de menos…

30 de junio de 1898

Los catorce hombres que constituían la descubierta caminaban separados entre sí por un par de metros. Martín Cerezo encabezaba la fila india. Andaba alerta y desafiante como un león que ha olfateado a un posible rival. Los soldados, con los fusiles cargados y al frente patrullaban recelosos por las calles silenciosas. La quietud del pueblo contrastaba con la constante actividad que lo había dominado hasta hacía unos días. La ausencia repentina de sus casi dos mil habitantes había convertido a Baler en un pueblo fantasma.

—Jesús, qué mal fario da esto —dijo José Jiménez con su marcado acento andaluz.

—Silencio en la formación —ordenó el teniente—. Les quiero callados y alerta.

Continuaron con cautela e inspeccionaron las afueras sin ningún tipo de novedad. Al aproximarse al puente de España, cuando apenas distaban cincuenta metros, les sorprendió una descarga cerrada. Parapetada en el cauce, una vociferante muchedumbre de insurgentes armados abrió fuego. La tropa tagala estaba dotada con armamento heterogéneo. Los más afortunados, apenas un puñado, manejaban modernos rifles capturados a los españoles; muchos llevaban viejas carabinas o simples escopetas de caza y otros tantos incluso usaban rudimentarios arcos y flechas.

—¡A cubierto! —gritó el cabo Jesús García.

—¡Cúbranse! ¡Fuego graneado! —Martín Cerezo desenfundó su revólver —. Disparen, cazadores, disparen.

Los soldados se guarecieron tras un pequeño muro de piedra y un desnivel del terreno. En la posición filipina sonó una corneta dando orden de ataque; los tagalos rebeldes abandonaron su parapeto y, aullando, se lanzaron a la ofensiva.

—Esos malditos usan nuestros mismos toques. Salen al asalto —dijo el cabo.

—Nos quieren flanquear, son demasiados, no podremos detenerlos mucho tiempo —dijo Martín—. ¡García! ¡Retírese hacia la iglesia con la mitad de los hombres!

—Sí, mi teniente.

—Les cubriremos. Cuando alcancen… —una bala rebotó en la tierra que se encontraba entre los dos cazadores, interrumpiendo al teniente— cuando alcancen aquellas casas —las señaló con el dedo— abran fuego de cobertura y nos replegaremos nosotros.

El cabo llamó a seis compañeros y se retiraron de manera escalonada hasta llegar a las viviendas señaladas por el oficial. Desde allí dispararon a discreción para facilitar que sus compañeros pudieran replegarse a lugar seguro. El tiroteo tagalo aumentó, dificultando los movimientos hispanos. Un grupo de insurrectos, envalentonados, pretendió cruzar por campo abierto. El que marchaba en cabeza, al ser alcanzado, soltó el fusil y cayó de rodillas. Gritaba mientras intentaba detener con las manos el torrente de sangre que manaba de su tripa. Un insurgente que avanzaba justo detrás de él trabó el bolo que esgrimía en el cinturón y se detuvo a socorrerle. Levantó al herido y le ayudó a caminar, pero a los pocos metros una bala le impactó en el cuello y los derribó.

A trompicones por entre los balazos, con las cabezas gachas pero en orden, el grupo del teniente alcanzó la casa.

—Mire, mi teniente, en aquel montículo. Comanda a los taos ese tal Novicio.

—Ya nos encargaremos de él más tarde. Mantengan el fuego. García, ahora repetiremos la maniobra hasta llegar al cuartel de la Guardia Civil. Hay que darse prisa o nos envolverán.

—Sí, mi teniente. Moveos, deprisa, los seis conmigo. ¡Vamos!, ¡vamos! —gritó para hacerse oír por encima de los disparos.

El cabo y sus hombres se replegaron en orden hacia su nuevo objetivo, pero a los pocos pasos, una bala perdida le impactó en el pie izquierdo y le hizo caer. Jiménez Berro corrió hasta él y le cogió por las axilas.

—¡Han herido a García! —El cazador lo arrastró para protegerlo tras los maderos sobre los que se levantaba el bahay. Allí, lo apoyó en uno de los pilares junto al que crecía una enorme mata de dondiegos—. Ya decía yo que esto daba mal fario —murmuró entre dientes.

—Sigan disparando, no dejen que avancen. —Martín Cerezo se acercó corriendo al cabo—. ¿Cómo se encuentra?

—¡Esos hijos de la gran puta me han destrozado el pie!

—Aguante, enseguida estará en manos del doctor. Alcaide, Jiménez, llévenlo a la iglesia. El resto mantengan el fuego. ¡No cejen!

Los once hombres restantes, con su oficial al mando, conservaron la posición para impedir el avance de las tropas rebeldes y así dar tiempo a sus

compañeros. Pasado el primer instante de alarma, se impuso la capacidad de reacción de los españoles, más experimentados, y la superioridad de su armamento. El máuser, cargado con peines de cinco balas de siete milímetros, los dotaba de una potencia de fuego envidiable. Además, usaba un nuevo tipo de pólvora que eliminaba las características y delatadoras nubecillas de humo que se formaban, hasta entonces, al utilizar un arma. Pese a su longitud, casi metro y medio con la bayoneta calada, era un fusil extraordinario: robusto, fiable y preciso.

El teniente Martín dirigía a sus hombres con aplomo. Encorvado, andaba casi de cuclillas de un soldado a otro repartiendo indicaciones y ánimos. Él, que había temido morir a cada momento durante la descubierta, sintió de pronto desvanecerse la ansiedad que unos segundos antes le agarrotaba el alma y, por fin, se veía libre del enorme peso que le había atenazado en las últimas semanas. Había desaparecido la tensión de la espera y la incertidumbre del futuro que le producían aún mayor desasosiego que la crudeza misma de la batalla.

El intercambio de disparos se prolongó durante más de diez minutos. Los soldados hispanos combatían sin hablar. Solo se oían, además de las estruendosas detonaciones, las órdenes del teniente, el ruido metálico que producían los rifles al mover el cerrojo y el cantarín sonido ocasionado por los peines al saltar. De vez en cuando, algún juramento hendía el aire para acompañar a un disparo certero. El preciso fuego español, muy superior al tagalo, inmovilizó a los rebeldes en sus parapetos. Tras perder el empuje fruto de la sorpresa inicial, se limitaban a mantener la posición y la cadencia de tiro. Un pequeño grupo de jóvenes filipinos, envalentonados y ansiosos, intentó rodearlos.

—¡Se me acaba la munición!, ¡necesito más peines! —gritó Catalán desesperado.

—Solo tengo dos —contestó alguien entre el tiroteo.

—Toma uno de los míos —dijo Boades.

—¡Aseguren el blanco! Catalán, Planas, Mateo, disparen a aquellos de allá, los que pretenden sobrepasarnos por la derecha.

—¿Dónde, mi teniente?

—Allá —Martín señaló con la punta de su revólver—, junto a aquellos haces de leña. Esperen a que se descubran al avanzar. Abran fuego a mi orden. ¡Ahora! ¡Acribillen a esos malnacidos! —Los tres cazadores dispararon y alcanzaron a dos filipinos. El resto continuó avanzando, pero dos nuevas bajas les obligaron a desistir—. Bien, muchachos, les hemos detenido.

¡Cazadores!, volvemos a la iglesia. —La tropa comenzó a desalojar la posición en orden—. Manténgalos a raya. Cuando quieran reaccionar ya estaremos a salvo.

1 de julio de 1898. Un día de asedio

El cabo García se recuperaba en la enfermería instalada apresuradamente por el doctor Vigil en la iglesia. Después de tocar diana acudieron varios de sus compañeros a levantarle el ánimo. Bromeaban y reían cuando oyeron una voz grave a sus espaldas.

—Buenos días, ¿cómo has pasado la noche, García?

—Con dolores, mi capitán.

—¿Una bonita muchacha de su pueblo? —preguntó el capitán.

El cabo, sorprendido por el chiste fácil del oficial, se rio, pero la sonrisa se transformó en una mueca de dolor. El médico se acercó a su paciente y comprobó que la herida no sangraba.

—Debería descansar un poco más —dijo mientras inspeccionaba el vendaje.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó De las Morenas.

—La bala le ha destrozado los huesos de la región tarsiana del pie izquierdo. No temo por su vida, pero el pronóstico es grave. Lo más importante ahora es impedir que se infecte. A ver si nos organizamos mejor y podemos trasladarlo a un lugar más tranquilo.

—Por mí no se molesten, aquí estoy bien.

—Bueno, por lo que comenta el doctor, vas a estar un tiempo rebajado de servicio. Tómatelo con calma y céntrate en recuperarte.

—Disculpe, mi capitán —dijo el cabo González—. El teniente Alonso solicita que se reúna con él. Los rebeldes han dejado un mensaje.

De las Morenas se reunió con los dos tenientes en la puerta principal. Martín tenía una nota arrugada en la mano y, al verlo aproximarse, se la dio. Los insurrectos solicitaban su rendición, pues, según ellos, la mayoría de las guarniciones españolas lo habían hecho ya. Decían contar con tres compañías capaces de, si fuera necesario, tomar la plaza al asalto. Asimismo prometían que, si capitulaban, respetarían las leyes internacionales y les darían un trato justo.

—Firma el mensaje ese miserable de Teodorico Novicio Luna. Menuda sarta de mentiras que cuenta —dijo Martín cuando De las Morenas levantó la

vista del papel—. Tres compañías… Un hatajo de miserables andrajosos es lo que tiene.

—Ya lo creo —añadió Alonso—. Van listos si se piensan que voy a rendir la guarnición.

—Es un vil embuste, pero, una cosa es cierta: nuestra situación es comprometida. Me hubiera gustado que no llegara este momento, pero como oficial superior, voy a asumir el mando. Supongo que estarán de acuerdo conmigo.

Martín miró a su compañero, que tardó unos segundos en responder.

—Por supuesto, mi capitán… ¡A sus órdenes!

—Descanse, Alonso. En cuanto se resuelva este embrollo el destacamento volverá a ser suyo y yo recuperaré mi puesto en la comandancia. Dado el aislamiento del distrito y los antecedentes más inmediatos, esto puede ir para largo. Deberíamos fortificar la iglesia… Reforzaremos puertas y ventanas de inmediato. Hay mucho trabajo por delante.

—Tiene razón, Enrique. Y lo primero es solucionar el abastecimiento de agua. Tenemos muchas tinajas llenas, pero no durarán demasiado… deberíamos cavar un pozo.

—Martín, no empiece otra vez con eso. Ya sabe lo que dijo Lucio, que en paz descanse, nunca encontraron agua.

—¿Estando tan cerca de ella y prácticamente rodeados de ríos? Se me hace imposible…

—Lucio era un buen hombre y afecto a nuestra causa.

—No lo dudo, pero quizá no profundizaron lo suficiente o quizás él mismo fue engañado en este asunto. Hay que intentarlo. No tenemos otra solución.

—Lo prioritario es parapetar las puertas y ventanas. Son demasiado accesibles tal y como están ahora.

—Solo pido cinco soldados, cinco. —Martín enseñó la palma de la mano abierta—. El resto del destacamento puede dedicarse a realizar los trabajos necesarios para reforzar el recinto.

—Es usted incorregible, Martín. —El capitán De las Morenas sonrió—. Está bien, con cinco hombres se dedicará a la excavación de un pozo y Alonso y yo, con el resto de la tropa, fortificaremos el recinto.

—Bien, voy a empezar ahora mismo. Es vital que encontremos agua, sin ella no resistiremos más allá de un par de semanas.

Saludó a sus compañeros y dio media vuelta para emprender su tarea, pero a los pocos metros el soldado Pedro Vila, el cocinero del grupo, salió a su

encuentro. Era el de más edad de todo el destacamento tras el capitán. Alto, de anchas espaldas, lucía una barba larga que cuidaba con mimo. Sus compañeros lo llamaban, unos con más y otros con menos cariño, el abuelo cocinero.

—A sus órdenes, mi teniente. ¿Me da su permiso para hablar?

—Sí, Vila, dígame.

—Verá, estaba ordenando los víveres como usted dispuso. Todo está perfectamente cuantificado y clasificado, pero soy incapaz de encontrar la sal. ¿Sabe dónde la pusieron?

—¿La sal, dice? No recuerdo haber transportado ninguna saca de sal.

—No tenemos ni apenas unos gramos…

—No se preocupe, no creo que la comida sosa le haga ningún mal a la tropa… solo serán unos días, a lo sumo dos o tres semanas. Vaya a preparar el rancho.

—A sus órdenes, mi teniente.

Martín Cerezo observó alejarse al cocinero y maldijo para sus adentros. ¿Cómo podía haber sido tan necio de olvidar avituallarse de sal? Ante la imposibilidad de solucionar este desatino se encogió de hombros y se dispuso a bregar con la tarea que había conseguido asignarse. Como él mismo había dicho, a nadie le importunaría no tomar sal durante unas pocas semanas.

El teniente empleó al cabo José Chaves y otros cuatro números. Después de estudiar el terreno, eligió el patio para emplazar el pozo. Martín Cerezo trazó un círculo en el suelo con una bayoneta y ordenó a los soldados que cavaran.

El capitán De las Morenas, antes de comenzar, trasladó al cabo Jesús García a la sacristía para permitirle descansar lejos del barullo que se iba a formar. Dividió a su tropa en cuadrillas y a cada una de ellas les asignó una sección. Alonso y él supervisaban y dirigían todas las obras. Asimismo marcó donde debían abrirse aspilleras que cubriesen todos los posibles ángulos de ataque. Ordenó que las dos puertas principales fueran cubiertas con sendos parapetos. La restante, que daba acceso desde la calle al ahora semiderruido convento, fue tapiada.

Pasadas las cinco de la tarde, los gritos de los soldados de Martín resonaron por toda la iglesia y sorprendieron incluso a los tagalos apostados en los alrededores. Los dos hombres que en ese momento se encontraban dentro del agujero saltaron y se abrazaron eufóricos.

—Bien hecho, cazadores —felicitó el teniente Martín—. Hay que profundizar más, así asentaremos la excavación y tendrá una buena solera.

—A la orden, mi teniente. —El cabo Chaves cavó y agrandó el suelo, pero, nada más hacerlo, se desplomaron parte de las paredes y lo cegaron de nuevo—. Se hunde…

—Habrá que reforzarlas. Desmontaremos uno de estos pilares y usaremos sus piedras —señaló uno de los dos que se levantaban en el corral. Antes sujetaban el techo, ahora se alzaban inútiles—. Como base pondremos un barril.

—El soldado Castro trabajó de cantero en la vida civil allá en Ávila. Nos podría ayudar —apuntó el cabo desde el fondo del pozo.

—Perfecto, solicitaré al teniente Alonso que me lo ceda.

El capitán y Alonso, atraídos por los gritos entusiastas, entraron al patio.

—¿Habéis encontrado agua? —preguntó el capitán.

—Sí, a unos cuatro metros —contestó Martín. Los dos oficiales se asomaron para examinar la obra—. Ahora, al cavar y debido a la fuerza del agua y a la poca consistencia del terreno, se derrumba, pero vamos a revestir la base con piedra y aguantará. En unas horas terminaremos.

—Enhorabuena, Martín —dijo De las Morenas—. Su tenacidad ha dado sus frutos. Y valga mi felicitación también para sus hombres. Han trabajo duro. Sin duda merecen una recompensa. Luego les haré llegar cinco de mis cigarros cubanos para que los disfruten después de la cena.

2 de julio de 1898. Dos días de asedio

El cielo encapotado había cubierto la luna durante toda la noche y había privado a los vigías de su tenue luz. Por eso, antes de romper el alba, cuando un viento de levante empujó las nubes hacia el interior de la isla, un artilugio sorprendió al centinela que custodiaba la fachada principal desde el coro. Una caña, de algo menos de dos metros de altura, se erguía a unos pasos de la iglesia. En el extremo superior sobresalía, como un raro tocado, una enorme hoja de platanera que cubría de la lluvia, o al menos eso pretendía, un papel doblado. El soldado avisó en el acto al cabo y al oficial de guardia.

—Parece que los rebeldes nos han dejado otro mensaje, —Alonso, después de mirar por la aspillera, se giró y, con un leve movimiento de cabeza, señaló a Rovira—. Salga a por él.

—A sus órdenes, mi teniente. —El soldado marcó la posición de firmes y enseguida se agachó junto al pequeño agujero practicado en la puerta para estos menesteres. Justo antes de deslizarse por él, se santiguó. Una vez fuera de la protección de los muros, y al ver la distancia que le separaba de la caña, pensó en cubrirla corriendo. Mientras se levantaba, escuchó la voz de Alonso.

—No te apresures o los insurrectos creerán que tienes miedo. —Rovira se giró y miró hacia la puerta. Lo creyeran o no los tagalos, él estaba asustado—. Recuerda que eres un mensajero y que ellos quieren que cumplas tu cometido: respetarán tu inmunidad.

El soldado, aunque no comprendía el significado de aquella última palabra, asintió y anduvo aparentando tranquilidad. Su corazón latía tan fuerte que pensaba que iba a despertar a todos los rebeldes de Filipinas. Cogió la nota con la mano izquierda y con la diestra arrancó la caña y se la llevó consigo a la iglesia.

El mensaje, dirigido al capitán, solicitaba de nuevo que se rindieran. Según los tagalos, dominaban la mayor parte de la isla de Luzón y tenían sitiada Manila. También se quejaba por la falta de respuesta al escrito anterior. De las Morenas explicó a los sublevados que no se hicieran ilusiones; su revolución fracasaría de nuevo. Les aconsejó deponer las armas y volver a aceptar la autoridad española que él representaba en el distrito del Príncipe. Por último, estableció un sistema para el intercambio de cartas

mediante banderas blancas y toques de corneta. Tras redactar la contestación, lo puso en práctica.

—González, iza un trapo blanco en el campanario. —El cabo subió con presteza y ató un trozo de sábana a una caña que colgó junto a la enseña española. El capitán, en cuanto le vio reaparecer en el coro, llamó al corneta —. Santos, toca atención. —Aguardó a que terminara y se asomó a ver si había algún movimiento en las posiciones enemigas—. Habrá que dárselo más mascado. Planas, dales una voz y diles que vengan a por su respuesta.

Pasados unos minutos oyeron la voz del centinela.

—Ha salido alguien desde la línea enemiga. Parece que viste nuestro uniforme. Creo que es… Sí, es Felipe.

—¿Herrero? —preguntó Martín.

—Sí, mi teniente.

—Déjeme que yo la entregue. Quizá, si hablo con él, consiga hacerle volver. Ha sido mi asistente, creo tener cierto ascendiente sobre él.

—Claro. —De las Morenas le entregó la carta—. Haz lo que creas oportuno.

El teniente agradeció el gesto y se retiró tras saludar. Dio sus armas al cabo Olivares y se arrastró por el agujero de la puerta. Después de sacudirse las perneras del pantalón, se caló su gorra blanca y esperó de pie, cerca de la gran cruz de madera, a su antiguo asistente. Este, al verle, aminoró el paso y agachó la cabeza. Martín esbozó una sonrisa ante aquella muestra de debilidad.

—Hola, Felipe, me alegra que venga usted a recogerla. Quería hablarle y decirle lo mucho que me decepcionó su fuga. No le creía capaz ni de deshonrar la bandera que juró defender ni de abandonar a sus compañeros, a sus amigos. —El soldado prófugo mantenía la vista sobre sus pies—. ¿Sabe que su acto le acarreará consecuencias fatales? Pero no es tarde —Herrero levantó la cabeza—, el informe de su deserción no ha podido ser enviado. Hablaré con el capitán y con el teniente Alonso, seguro que estarán encantados de olvidarse de un asunto tan espinoso. No es gusto de nadie fusilar a un compatriota. Solo tiene que regresar… Regrese con sus compañeros, Felipe. Le están mirando ahora mismo, no los abandone. Todos quieren que vuelva. —El soldado miró la iglesia durante unos segundos; al cabo, negó un par de veces. De un tirón le quitó la nota de la mano y se volvió sin pronunciar palabra—. Se lo advierto, es su última oportunidad. —El desertor ignoró el comentario y apretó el paso hacia las líneas tagalas—.

Miserable cobarde. Yo me encargaré de que le juzguen. —Y gritando añadió —. ¿Me oye? ¡Le llevaré delante de un pelotón de fusilamiento!

3 de julio de 1898. Tres días de asedio

—Buenos días, Ramón. ¿Qué sucede? —preguntó Alonso.

—A sus órdenes, mi teniente, avisé al cabo de cuarto porque pensé que usted debería ver esto. —Boades señaló un punto a través de una de las ventanas del coro, en el piso superior de la iglesia, justo encima de la puerta principal. El oficial miró por la tronera y vio que, siguiendo la línea de la calle Cisneros, habían excavado unos metros de trinchera.

—Vaya, deben haber trabajado toda la noche. ¿Has oído algo?

—Lo siento, pero con el rumor de las olas no pude distinguir nada. Debió haber ayer marejada, sonaban muy fuerte.

—Sigue con tu guardia y no te preocupes. Has hecho bien en avisar. —El oficial ya se marchaba, pero en ese momento sonó el toque de llamada desde las líneas filipinas y volvió sobre sus pasos para otear al enemigo—. Han sacado bandera blanca, quieren mandarnos un mensaje. Ramón, sube y cuelga la nuestra. La dejó ayer el cabo González recogida en la torre del campanario. —Se apoyó en la barandilla y pidió que avisarán al corneta—. Santos, toca atención. —Nada más se extinguió la última nota, apareció desde la trinchera insurrecta un hombre.

—Envían a Félix García —dijo Ramón Boades.

—¡Esos malditos solo envían desertores! —El teniente abrió completamente el postigo de una de las dos ventanas, que al estar en el segundo piso eran las únicas que no se habían inhabilitado—. ¡García, condenado traidor, no des un paso más! Diles a tus amos tagalos que si quieren comunicarse con nosotros, no recurran a gente de tu calaña. Al próximo lo recibiremos a tiros. Ahora pega la vuelta y regresa con los enemigos de tu patria. —Sin esperar respuesta, cerró con un fuerte golpe—. Ramón, quita la bandera blanca inmediatamente. Y si al bajar aún estuviera García, le pegas un tiro.

Alonso descendió del coro a grandes zancadas. Con las mejillas y las orejas coloradas, bajaba los peldaños de dos en dos, murmurando por lo bajo. Al llegar al suelo de la iglesia, se le acercaron De las Morenas y Martín Cerezo.

—Vaya, Juan, da gusto ver lo enérgico que se levanta usted —dijo el capitán sonriendo.

—¡Esos malditos han cogido por costumbre enviar desertores como mensajeros! No podía seguir permitiendo esta ofensa. Es un mal ejemplo para los soldados.

—Ha obrado bien —apuntó Martín—. No hay que dar cuartel a los traidores.

Un escopetazo truncó la paz de la mañana. Enseguida otras dos detonaciones se le unieron. Los tres oficiales se llevaron la mano a la funda de su revólver. Los soldados que no estaban de guardia abandonaron sus quehaceres y se apresuraron a recoger sus armas. Desde las trincheras tagalas comenzó un nutrido fuego de fusilería. Los mandos corrieron a las troneras más próximas para observar el ataque y dirigir la resistencia. Comprobaron que los tagalos tiraban con denuedo, pero desde posiciones estáticas, sin avanzar. Los descubrían por el humo que salía de la mayoría de sus rifles.

—¡Alto el fuego! —gritó De las Morenas—. ¡No respondáis de manera atolondrada! Debemos economizar la munición. Disparad solo sobre seguro. ¡González! ¡García! Comprobad si hay alguien herido.

—Bien, parece que hoy no se deciden a asaltarnos —dijo Martín mientras guardaba su revólver en la funda.

—Primero querrán desgastarnos —indicó De las Morenas.

El capitán se acuclilló para calmar a su perra, que con las orejas gachas gemía y se apretujaba entre sus piernas. El tiroteo de los insurrectos proseguía y resonaba como una tormenta.

—Pobre *Luna* —comentó Alonso—. Ya puede ir acostumbrándose al tiroteo. Este asedio parece que va para largo.

—Todos deberemos acostumbrarnos —apuntó Martín.

—He visto desde la ventana del coro que los rebeldes han comenzado a excavar trincheras alrededor de la iglesia. Se ve un trozo que va paralelo a la calle Cisneros.

—Desde el corral también se puede advertir que han empezado otra allí.

—Van a intentar cercarnos con una línea de baluartes y no podemos evitarlo. Una salida podría ser catastrófica —explicó De las Morenas—. Seguiremos con los trabajos de la iglesia sin prestar, por el momento, mayor atención a los indios. Veamos… —el capitán miró a su alrededor y, a la vez que hablaba, iba señalando— los dos portones están terraplenados. Todas las ventanas de la planta baja están cerradas y aspilleradas. Hemos practicado

troneras en el muro. La puerta del convento tapiada. ¿Qué proponen a continuación?

—El campanario es sin duda nuestro mejor puesto de observación, pero es de madera y no ofrece apenas protección. Hay que fortificarlo —dijo Alonso.

—De acuerdo, pero lo haremos por la noche. Así los hombres quedarán menos expuestos.

—Mi capitán, lo mismo ocurre con las paredes de la sacristía, su muro exterior de madera es el más vulnerable de todo el recinto.

—Tienes razón, Martín, y ya he pensado en ello. No tenemos piedras suficientes para reforzarlo, así que lo mejor será erigir otro muro alrededor del existente. Utilizaremos los maderos retirados de la techumbre de la vivienda del fraile. Los colocaremos dejando entre ambos un hueco de medio metro que después llenaremos de tierra apelmazada. Creo que tendrá la suficiente solidez. Habrá que practicar aspilleras en ambas paredes para defender esa sección. Más adelante cavaremos una trinchera en su parte exterior.

—Deberíamos levantar una línea con sacos entre la puerta del corral y la sacristía —opinó Martín—. Así, si el enemigo logra escalar los muros del patio, podremos establecer una segunda línea defensiva.

—Es buena idea. También podríamos abrir otra trinchera exterior que cubriera las dos puertas grandes. Marcharía paralela a los muros de la iglesia desde allí —el capitán señaló la principal—, hasta la del río. —Los dos tenientes asintieron en silencio—. Hay mucho trabajo pendiente. ¿Alguna sugerencia más?

—Una en materia logística. Tenemos gran cantidad de harina, pero carecemos de horno. Debemos construir uno —apuntó Martín—. Puede realizarlo Castro, trabaja bien la piedra. Hizo una buena faena revistiendo las paredes del pozo. Además, hay un par de soldados que trabajaron de panaderos; nos pueden asesorar en su diseño.

—¿De qué lo construiremos para que aguante el calor? —preguntó Alonso.

—Ya nos hemos encargado de eso. Castro y Pineda, uno de los panaderos, creen que el mejor material son las baldosas del suelo de la iglesia.

—Martín, parece que lo tienes todo pensando. Ponte manos a la obra.

El teniente saludó y se retiró, pero cuando tan solo se había alejado un par de pasos se giró.

—Se me olvidaba… Ayer, mientras vaciábamos una de las bodegas subterráneas para acopiar los víveres, encontramos varios cañones de avancarga, de esos que repartía hace siglos la capitanía para que los pueblos

se defendieran de los piratas moros del sur. Un día de estos deberíamos utilizarlos y dar un susto a los tagalos.

4 de julio de 1898. Cuatro días de asedio

El soldado Loreto Gallego apoyó su máuser en la pared y sacó del bolsillo de su mochila una carta vieja. Sin desvestirse siquiera, se tumbó en silencio junto a su amigo Ramón Boades, que había hecho la guardia anterior y aún dormía. Se pasó la mano por la frente y el pelo, empapados de sudor y soltó un exabrupto. Añoraba su tierra, el clima seco de la Valencia castellana, a sus gentes y, por encima de todo, la tranquilidad que da el no tener a más de doscientos enemigos intentando volarte la cabeza. Abrió el sobre y extrajo un relicario pequeño y la fotografía de su amada Clementa. Pasó un rato observándola, a veces se detenía a contemplar un rasgo de su cara y un recuerdo brotaba en su interior y lo trasladaba a su pequeña aldea cercana a Requena y a los últimos meses allí vividos. Las conversaciones furtivas que habían alimentado su amor y el duro encontronazo con la amarga verdad. Otras, permanecía con la vista fija en el retrato, pero sin mirarlo; pensaba en el futuro que le aguardaba si conseguía salir con vida de aquella guerra. Con cuidado, abrió el estuche y observó el tirabuzón moreno que allí guardaba. Aunque sabía que ya había perdido el perfume que alguna vez lo aderezó, se llevó el mechón de pelo a la nariz.

—¿Otra vez dándole vueltas al asunto? —Ramón bostezó y estiró los brazos. Vio a su compañero sonreír y se incorporó—. ¡Qué pesados son los indios! ¿No se cansan nunca de disparar ni de chillar como posesos? —Chasqueó la lengua un par de veces y notó la boca seca—. ¿Tienes agua? —Loreto le alcanzó su bombón de agua. Dio un trago grande y se echó un poco por el pelo—. Leñe, no termino de acostumbrarme al regusto a salitre. Bueno, ¿cómo van tus amores con Clementa?

—Desde aquí poco puedo hacer.

—Pues llevas casi media hora mirando ese dichoso retrato.

—Me ayuda. La fotografía me recuerda por qué me uní a esta guerra.

—¿Por qué te uniste? Pensaba que cumplías el servicio militar como yo.

—No, yo vine voluntario.

—Coño, Loreto, cómo eres… ¿Cuánto tiempo hace que somos amigos? Ya más de cinco largos meses, ¿no? —Gallego asintió con un ligero

movimiento de cabeza—. ¿Y hasta ahora no me has dicho que viniste voluntario?

—¿Qué importancia tiene?

Ramón se encogió de hombros.

—La verdad que ninguna, pero es el hecho de no contarlo. Eres muy reservado… Si no te llego a pescar con la foto de Clementa, seguro que ni me la enseñas.

—Pues vine sustituyendo al hijo de un ricachón de la comarca. Me pagaron un buen dinero, casi seis mil reales; estábamos necesitados en casa, así que no le di muchas vueltas. He podido guardar algo para mi futuro, en eso pensaba cuando te despertaste…

—En eso y en una cara de ensueño —bromeó Ramón—. Que he visto como mirabas la fotografía.

—A veces me imagino que, cuando vuelva, todo saldrá bien; otras, en cambio, pienso que todo se va a ir al garete y me dan ganas de…

—Tienes que abrir el pecho a la esperanza y verte con el triunfo en la mano, y más mientras estemos aquí encerrados; ya va a ser esto bastante duro, así que no te traigas preocupaciones de fuera. Además, yo creo que te va a ir bien con Clementa.

—¿Lo crees de veras?

—Claro.

—Llevo unos días pensando sobre un tema…

—Llevas meses pensando sobre un tema.

—No, no es eso. Bueno, algo de relación tiene, pero no es lo que imaginas. —Loreto se incorporó y miro a los ojos de su compañero—. Ramón, tú lo has dicho, nos hemos hecho amigos, yo confío en ti. Quería pedirte un favor, no te lo he comentado antes por… En fin, ya sabes cómo soy. —Ramón se rio de la turbación de su amigo.

—Coño, escúpelo de una vez y deja de marear la perdiz.

—Verás, Ramón. —Loreto guardó la fotografía en el sobre y sacó la carta de Clementa—. No te lo he pedido hasta ahora porque me avergonzaba que conozcas su contenido… ¿me la puedes leer?

—Vaya, aquel día que te vi junto al muro de la iglesia, di por hecho que sabías.

—¿Yo? ¡Qué va! No tuve tiempo ni mis padres dinero. Aunque me hubiera gustado ir, la escuela no da de comer. ¿Me la lees, por favor?

—Claro. —Fue a cogerla, pero justo antes se llevó las manos a los pantalones y las frotó varias veces a fin de secarse el sudor. La tomó con

delicadeza, como si fuera un frágil papiro antiguo, y la desplegó despacio, casi con reverencia—. ¿Ya te la han leído?

—Una vez, se lo pedí a un cura en Manila. ¡Ah! Prefiero que esto quede entre nosotros, no quiero ser la comidilla del destacamento.

—Claro, seré una tumba. Bueno, dice así. —Ramón carraspeó un par de veces y se acercó la carta a los ojos para facilitar su lectura en la penumbra—: Estimadísimo Loreto…

5 de julio de 1898.
Cinco días de asedio

Queridísima esposa:

Ya se han roto las hostilidades y estamos sitiados. Ha sucedido tal y como te comenté. Nos han cercado, obligándonos a refugiarnos en la iglesia. Sus enormes muros, de casi metro y medio de ancho, nos aíslan y defienden del enemigo. Aquí, en la casa del Señor, esperamos a que nos auxilie nuestro ejército. Solo debemos resistir. Tarde o temprano, a pesar de la guerra con Estados Unidos, vendrán a socorrernos.

Días atrás recibí un duro golpe. Mi asistente, un soldado peninsular y no tagalo, desertó, abandonando a sus compañeros y la bandera que juró defender. No mantenía con él una relación amistosa, pues existía entre nosotros la distancia natural que separa al oficial del soldado, pero aun así me ha afectado. Pensaba que era un buen mozo… Quizá allá, en su pueblo, lo fuera y aquí en Filipinas le haya superado el miedo. Tuve ocasión de hablar con él, ya que fue enviado como mensajero por los insurrectos, pero no logré que volviera con nosotros. No conseguí siquiera sacarle una palabra. Acabé gritándole que lo fusilaría. Tengo que controlar mi carácter y no perder los estribos con tanta facilidad. Saber templar el ánimo es una cualidad indispensable para cualquier hombre y más aún para un oficial.

Me entristece decírtelo, pero ya se ha vertido la primera sangre española. No te asustes, no ha sido la mía. El buen cabo Jesús García fue el infortunado. Le hirieron bajo mi mando directo durante la última descubierta que pudimos efectuar. No me acabo de acostumbrar a la responsabilidad que exige mi nuevo empleo. Cuando era un simple sargento todo era más fácil. Ahora la vida de mis hombres depende de mí, de mis decisiones, que marcan para bien o para mal el destino de cincuenta soldados. Aun así, a pesar de mis dudas, considero que puedo ser un buen oficial. Mis años de experiencia en el ejército son mi mejor aval. No soy un jovencito imberbe. Sí, estoy seguro de que lo lograré. Trabajando con brío conseguiré que estéis orgullosos de mí, pero he de estar atento; no debo cometer falta alguna. Ya he tenido un imperdonable desliz. Entre otras tareas, yo era el encargado de las

provisiones, y al trasladarlas a la iglesia, tuve el descuido de no proveernos de sal. Mis compañeros, afectuosos y considerados, me han exculpado, restando importancia al asunto. Dicen que solo es una pequeña incomodidad. Quizá solo sea eso, pero odio meter la pata.

En estos últimos días ha sido tal la tensión que hemos sufrido bajo el tiroteo constante del enemigo, tal la cantidad de tareas afrontadas y tan escasas las horas de descanso, que apenas he tenido tiempo de pensar en vosotros. No, no os he olvidado. Ya te dije que eso nunca sucederá. Siempre te querré. Siempre. Aunque permanezca sitiado mil días más, mi amor por ti no decaerá un ápice. Te lo dije cuando pedí tu mano y te lo repito ahora. Los dos somos uno.

6 de julio de 1898.
Seis días de asedio

El capitán, los dos tenientes y el médico provisional se sentaban a la mesa de la antigua casa del párroco. La habían trasladado a la sacristía, donde habían establecido un reservado a fin de conversar lejos de la tropa. Hablaban sobre los últimos sucesos y empleaban un tono alto para poder oírse por encima de las detonaciones de los fusiles tagalos, pero no tanto que pudieran escucharles los soldados.

—Las descargas enemigas son hoy más esporádicas. Voy a echarlas en falta —bromeó el teniente Alonso.

—Y ya se han cansado de gritar.

—No me extraña, mi capitán. Después de tres días deben de estar todos roncos. ¿Alguna novedad?

—Las trincheras tagalas siguen avanzando, no tardarán mucho en concluir el cerco —comentó Martín.

—Se acercan demasiado.

—¿Y qué podemos hacer, Alonso? —preguntó el capitán.

—De momento, y a mi pesar, nada.

—Ya llegará nuestra hora…

—Lo sé, Martín —dijo Alonso—, y, sin embargo, la espera se hace dura. Al menos se terminó la farsa aquella que vivíamos, siempre temiendo la emboscada y la traición.

—Parece que, con la normalización de nuestra nueva realidad, la moral de la tropa ha aumentado —dijo De las Morenas—. Veo a los soldados con más ánimos.

—A todo se acostumbra el hombre. A lo bueno y a lo malo, pero no hay duda de que estos muchachos son de casta —opinó el doctor—. Es una lástima que tengan que servir a su país de esta manera.

—Creo que los españoles tenemos lo que nos merecemos —sentenció Martín—. Los políticos, tanto unos como otros, son el fiel reflejo de nuestra sociedad. ¿Qué puedes esperar de un país que se preocupa más de las corridas de toros que de sus colonias, su política o de su ejército?

—Nada nuevo: *panem et circenses* —dijo el capitán—. Bueno, caballeros, dejemos los debates para los intelectuales, nosotros somos oficiales del

ejército español. Mejor centrémonos en los problemas del destacamento, que bastantes tenemos.

—Ayer quedó pendiente que estableciera los turnos de guardia de la oficialidad.

—Tiene razón, Martín.

—Disculpe, mi capitán, quiero pedirles que cuenten conmigo para lo que sea. No me ceñiré solo a mis labores médicas, colaboraré en todo lo que esté en mi mano.

—De acuerdo, doctor. Creo que, siendo cuatro, los oficiales deberíamos supervisar las guardias nocturnas por parejas y de manera alterna. Vigil formará una con Martín y Juan otra conmigo.

—Como usted mande. —Alonso desdobló un trozo de papel arrugado—. Por favor, acérquense un poco y podrán ver este rudimentario plano que he realizado de la iglesia. Como me pidió Enrique, he establecido los puestos de cada centinela, contando con la cantidad de tropa apta de que disponemos y con los necesarios descansos. Estas cruces marcan el lugar…

—Mi teniente —interrumpió Jaime Caldentey, el asistente de Alonso—, traigo el café que solicitó.

—Sírvelo.

—Como les decía, estas cruces marcan el lugar donde se situará cada hombre. Todos los puestos están cubiertos. El único punto que veo más débil es la parte norte. Deberíamos situar otro soldado en el altar. Uno solo no creo que sea suficiente, pero no tenemos más.

—Ha hecho un trabajo estupendo, bastará para vigilar a los taos —dijo el capitán mientras observaba el plano.

—¿Manda algo más, mi teniente?

—De momento, no, puedes retirarte. —Esperó a que su asistente hubiera abandonado la sacristía y continuó—. Una cosa más: se han terminado las latas de carne de Australia, hoy comeremos la última ración… No habrá más hasta que nos releven.

—Hasta que nos releven —repitió Martín Cerezo—. Nunca antes. —Y mirando a sus compañeros levantó la copa de jerez que tenía en la mano—. Nunca antes.

—Nunca antes —corearon sus compañeros.

—Nunca antes —murmuró Martín de nuevo y, asintiendo, consultó el reloj de su bolsillo—. Disculpen, caballeros, son casi las once, toca el cambio de guardia, si no les importa voy a supervisarlo. —El teniente se marchó una vez que se hubo abrochado todos los botones de la guerrera.

—Este hombre… siempre tan distante, tan metódico, tan reglamentario —opinó De las Morenas.

—Solo pretende ser un buen oficial —dijo Alonso.

—Lo es, pero tendría que aprender a relajarse un poco. Además, ha sido soldado raso y suboficial, debería tener más empatía con la tropa.

—Es un gran militar. Vive volcado por entero en su trabajo. Dice que le ayuda a superar la separación con su familia.

—Alonso, todos la echamos de menos.

—Ya, pero cada hombre está hecho de una pasta distinta. Y…

—¿Y?

—No… Nada… solo que hay separaciones y… separaciones.

7 de julio de 1898. Siete días de asedio

—¿Dan su permiso?

—Sin duda, padre, sin duda —contestó De las Morenas—. Me avergüenza que tenga usted que pedirlo. Esta es su iglesia.

—Ojalá llegué pronto el tiempo en que vuelva a ser únicamente la casa del Señor. De momento, más parece otra cosa. Casi no reconozco mi parroquia. ¿Les molesto?

El capitán se levantó y cedió su silla.

—No se preocupe y siéntese.

—Gracias, hijo, pero termino enseguida. Apenas les robaré tiempo. Quería aprovechar que están reunidos para comentarles que voy a proponer a los muchachos el rezo del rosario. Oraríamos todos los días al anochecer y, naturalmente, solo con la tropa franca de servicio.

—Me parece muy acertado, padre. A mí también me gustaría participar en la oración. Asistiré cuando mis actividades y mis pacientes me lo permitan.

—Me parece bien, siempre que no se obligue a nadie a acudir —dijo Alonso—. Debe ser voluntario.

—Obligar a alguien a rezar es tan absurdo como tirarle piedras a la Luna; no sirve para nada. Quiero que los hombres acudan con plena libertad. Seguro que estarán deseosos de solicitar la benevolencia de Dios.

—Sin duda. Sé por experiencia que en estas situaciones los hombres se suelen acordar más de Él —comentó De las Morenas.

—Bueno, pues ya no les molesto más.

—Espere, padre —llamó el doctor—. Una pregunta, ¿no va a celebrar misa?

—No puedo, hijo. Me encantaría, pero no puedo.

—¿Y eso? —preguntó el capitán—. Si necesita nuestra ayuda, no dude en decírmelo.

—Pues es tan simple como que no tengo vino para celebrar el sacrificio. Es imposible oficiar la eucaristía sin uno adecuado.

—Nosotros tenemos algo, no mucho. Disponga del que estime necesario, por eso no se preocupe.

—Gracias, Enrique, pero no es tan fácil. El vino de la santa misa ha de ser puro, sin ningún tipo de adición de azúcar o de cualquier otro producto. Debe ser lo más parecido al que tomó nuestro señor Jesucristo en la última cena. El que vosotros tenéis, y que me ofrecéis de manera tan generosa, no es apto para el oficio.

—¿Ni en una situación tan particular como esta?

—No, doctor, el código canónico es claro en esta materia. No admite excepciones.

—¿Me quiere decir que, encerrados en una iglesia, no vamos a poder asistir a misa? —preguntó incrédulo el doctor Vigil.

—Lo siento, pero es imposible. La legislación eclesiástica es inflexible. Si me disculpan, hay un par de hombres que me han pedido que los escuche en confesión. —Realizó una leve inclinación de cabeza y se retiró.

—Diantre —susurró Alonso a Martín—, por fin una buena noticia…

8 de julio de 1898. Ocho días de asedio

Sevilla

Carmen Alcalá andaba por la plaza de la Gavidia en dirección a la antigua casa solariega que albergaba la Capitanía General de Andalucía. Caminaba despacio, sufriendo los calores del sur enfundada en un vestido negro que le cubría hasta casi los talones. Cruzó el jardín sin mirar ni una vez siquiera la estatua de Daoiz, uno de los héroes del Dos de Mayo, y se acercó con paso cansado hacia los dos centinelas que custodiaban la entrada. Los soldados la ignoraron y siguieron marcando su férrea postura. Se cruzó con un comandante que se llevó la mano al ala de la gorra para saludarla al tiempo que sonreía tímidamente. En el zaguán, un sargento parapetado detrás de un escritorio atendía a una fila formada por unas diez personas. Guardó su turno y, cuando le llegó la vez, repitió, por tercer día consecutivo, su nombre y el objeto de su visita. El suboficial, sin levantar la vista del papel, masculló un seco «espere a que la llamen» e indicó con el dedo una puerta. Allí, en un antiguo trastero sin ningún tipo de ventana, habían habilitado una sala de espera. La mujer entró y se sentó en una de las desvencijadas sillas. Aquella reconvertida habitación olía a mantequilla rancia y puchero de verduras pasado, a humedad y agua de colonia barata, a resignación y miedo.

La mañana pasó entre bostezos y sudores. Al principio, las personas que aguardaban, retraídas, se mantuvieron distantes y el silencio dominó el ambiente. Tan solo lo rompía el rítmico ruido producido por los abanicos. Con el paso del tiempo, presas del tedio y la impaciencia, comenzaron a intercambiar sueños y pesares. Progenitores en busca de sus hijos, mujeres aterradas por una posible viudez y niños y jóvenes que querían un padre y no una pensión de orfandad. Todo tenía cabida en aquella sala.

A la hora de comer, varias personas se retiraron abatidas, malhumoradas y murmurando entre dientes. Desde las ocho no habían atendido más que a tres. Carmen calmó el apetito con un cucurucho de almendras garrapiñadas que, previsora y escarmentada, había guardado en el bolso.

En el transcurso de la tarde nada cambió. Tan solo que aquel asfixiante habitáculo estaba algo más vacío a causa de la marcha de los que ya habían desistido. Los mismos rostros cada vez más lánguidos, los mismos olores que lo impregnaban y se fortalecían con el paso del tiempo, la misma espera sin fin.

Cuando faltaban diez minutos para las siete, el sargento del turno de tarde se plantó en el vano de la puerta. Su voz autoritaria resonó entre aquellas paredes macizas.

—El horario de atención al público ha terminado. Por favor, vayan saliendo. —Un leve murmullo acogió las palabras—. Vuelvan ustedes mañana.

El militar se hizo a un lado para desbloquear el paso. La gente, refunfuñando, inició la lenta procesión hasta la calle. Carmen respiró hondo e hizo amago de levantarse, pero se detuvo. Era ya el tercer día que iba y no podía perder más tiempo. Debía volver a Baena con sus hijos.

—Señora, ¿no me ha oído? Tiene que salir.

—No.

—¿Cómo que no?

—No me moveré de aquí hasta que me atiendan.

—Hoy es imposible. Ya se lo he dicho: vuelva mañana.

—No.

—Haga el favor…

—No.

—¡Por Dios, señora!

La mujer de De las Morenas negó con la cabeza.

—¿Acaso quiere montar un escándalo?

—Solo pretendo que me reciban.

—¿Me obligará a sacarla por la fuerza?

—No se atreverá.

—¡López! ¡Querol! Venid aquí.

—¡Sargento! Soy la esposa de un oficial que sirve en ultramar y exijo ser tratada con respeto.

—¿Llamaba, mi sargento?

—Sacad a esta mujer de aquí. —Los hombres dudaron durante un instante antes de obedecer—. ¡Sacadla, cojones!

—Sí, mi sargento.

Se acercaron y, después de apartar las sillas circundantes, se situaron uno a su derecha y otro a su izquierda. Antes de tocarla miraron a su superior.

—¡Venga!

La cogieron cada uno de un brazo y la alzaron a pulso. Una vez de pie, la mujer se revolvió.

—¡Déjenme! —Los soldados obedecieron y la soltaron. Ella avanzó con rapidez y abofeteó al suboficial—. ¡Ni se le ocurra volver a ordenar que alguien me ponga la mano encima! —El militar, con los ojos desorbitados y las cejas alzadas, se llevó la mano a la mejilla golpeada y contempló a Carmen fijamente. Ella aguantó la mirada hasta que el hombre la desvió—. Ahora vaya y dígale a quien corresponda que hoy no me iré sin ser recibida.

—Señora… Espere aquí. Enseguida vuelvo.

La sufrida esposa se sentó de nuevo. Con un pañuelo se secó el sudor de la frente y la nuca. Estaba tan nerviosa que tuvo que cogerse la mano derecha para que no temblara.

Alrededor de veinte minutos después se presentó un cabo.

—Señora, me envía el sargento Porcar. Dice que lo siente mucho, pero que todos los oficiales se marcharon a casa hace más de una hora. Vuelva usted mañana.

Baler

Se encontraban en pleno tag-ulan, la temporada de lluvias en Filipinas, pero el día había amanecido claro y soleado. Novicia Luna había enviado un mensajero solicitando un alto el fuego parcial. Además, había ofrecido comida a los sitiados, pues, decía él muy ufano, se había enterado por Herrero, el asistente desertor del teniente Martín, de que las provisiones escaseaban. Para rubricar estas generosas ofertas mandaba un cigarrillo a cada uno de los miembros del destacamento y una cajetilla al capitán.

Los españoles aceptaron complacidos el ofrecimiento de la tregua, aunque remarcaron que solo duraría hasta el anochecer. Dieron las gracias al líder tagalo por la propuesta de suministrarles alimentos y le contestaron que no les hacía falta, pues disponían de abundantes y variadas provisiones. Como contraprestación a sus regalos, los oficiales enviaron una botella de jerez, que habían guardado para celebrar su liberación, junto con una nota que rezaba que brindaran a su salud. También adjuntaron seis de los cigarros habanos de media regalía del capitán.

Al atardecer, como se había pactado, se reanudaron las hostilidades. Una algarabía de toques de cornetines de órdenes envolvió la iglesia. Primero, y

desde más allá del cuartel general insurrecto, situado en las proximidades del llamado puente de España, sonó uno. Enseguida, otro respondió cerca de la comandancia. Uno nuevo se alzó desde detrás de las escuelas, un cuarto se unió en las inmediaciones de la calle Cisneros y, por último, uno más repicó en la de España.

Los oficiales españoles reaccionaron con presteza y posicionaron a todos los soldados disponibles. Incluso el cabo Jesús García, convaleciente de su herida del pie y pese a las quejas del doctor Vigil, agarró un máuser y se aprestó para el combate. Los cazadores escuchaban impasibles los preparativos enemigos. Con los fusiles cargados y apoyados en las troneras, deseaban que los tagalos se lanzaran por fin al ataque.

—Mi capitán —dijo Martín Cerezo—, esta es otra estratagema de los taos…

—Sí, parece que sí. Habrán querido simular que son muchos para ponernos nerviosos. Si fueran todos los que pretenden ser, sin duda ya habrían atacado… y sin tantos prolegómenos. Será mejor retirar a los hombres francos de servicio y que continúen las guardias como hasta ahora. De la orden.

—¡González! Que los hombres vuelvan a sus quehaceres anteriores.

—Sí, mi teniente. —El cabo se retiró y los cazadores que no estaban de guardia abandonaron las aspilleras.

—El enemigo no para de inventar toda clase de estrategias absurdas. —Como si hubieran oído a Martín Cerezo, los tagalos iniciaron otra nueva tanda de llamadas.

—Es una fanfarronada —alegó Alonso—. Un juego más de los taos.

—Sin duda —dijo el capitán—. Lo que no entiendo es qué piensan conseguir. Solo con toques de corneta no harán que nos rindamos.

Los insurgentes siguieron con este proceder durante varias horas, hasta que finalmente, después del anochecer, las cornetas enmudecieron sin haber servido para otra cosa más que asustar a los animales de la selva. Pero la calma duró poco; rompiendo la tranquilidad de la madrugada, los desertores del destacamento pregonaron su derrotismo:

—¡Os matarán a todos!

—¡Moriréis sin remedio!

—¡Los oficiales os engañan, no les hagáis caso. No tenéis por qué morir! ¡Abandonadlos!

—¡Rendíos y seréis bien tratados!

—¡Los oficiales van a provocar vuestra muerte!

—¿No se callarán nunca? —preguntó Loreto.

—No les hagas caso. Esas ratas traidoras sí que tienen todas las de perder —gritó Gregorio desde su catre.

—¡No tenéis escapatoria! ¡Moriréis todos!

—¡Salid de ahí y viviréis!

—Y siguen, los muy miserables…

—No les hagáis caso y se callarán. Que nadie les conteste —gruñó el cabo Olivares a voz en cuello—. Y dormíos de una vez, maldita sea, apenas queda tiempo para el cambio de guardia.

10 de julio de 1898.
Diez días de asedio

Juan Alonso, mientras la tierra se despedía aún del abrazo de las sombras, oteaba los alrededores de la iglesia desde el campanario. El trabajo de los filipinos en los últimos días había sido arduo; ya casi habían completado la trinchera que circunvalaba la iglesia. Los dos extremos, próximos a unirse, apuntaban hacia el que, hasta hacía unos días, era el cuartel de la Guardia Civil, situado a escasos quince metros al nordeste del templo. Además, habían fortificado varias de las casas que se cruzaban con la trinchera.

—Mala cosa —murmuró.

Martín Cerezo asomó la cabeza por el hueco de la escalera.

—¡Por Dios! Alonso, ¿qué haces aquí arriba?

—Sube y mira esto, ya casi nos han cercado. —Martín se acomodó a su lado y observó las defensas enemigas—. ¿Ves el cauce del río? Fíjate, está creciendo bosque en el camino. Dentro de poco no podremos verlo. Eso permitirá a los insurrectos utilizar el río a su antojo. No me gusta nada.

—No deberías exponerte tanto.

—Ni que fuera yo Blas de Lezo o el Gran Capitán; si me pasara algo estáis Enrique y tú. Necesito reconocer el terreno. Es la única manera de poder evaluar nuestra situación.

—¿Cómo crees que afectaría a la tropa la pérdida de su oficial en jefe?

—Ya no lo soy.

—Siento que hayas perdido tu primer mando, pero no te preocupes, ya te llegaran más. Además, será solo por unos días.

Alonso se encogió de hombros y continuó repasando la línea enemiga.

—Si se atrincheran en el cuartel nos lo harán pasar muy mal. Estarán demasiado cerca…

—Lo sé. ¡Debimos quemarlo en cuanto se marchó la gente! Nos faltó perspicacia, Alonso.

—Se supone que estábamos aquí para defender el pueblo, no para arrasarlo… En todo caso de nada sirve lamentarse. Preocupémonos por el presente. Deberíamos ordenar una salida.

—¿Con cuántos hombres?

—Creo que con uno bastará. Son solo quince metros, se puede terminar en un par de minutos.

—Sí, será lo mejor. ¿Quieres intentarlo esta misma noche?

—No, atacaremos en el momento que menos se lo esperen: a las dos de la tarde. La sorpresa nos garantizará el éxito.

Una detonación retumbó en la tranquila mañana. Enseguida, como aves respondiendo a la llamada, resonaron más disparos. Una bala perdida rebotó a unos metros de los dos oficiales.

—Alonso, bajemos, no conviene que nos pasemos de listos.

—Sí. Vamos a hablar con el capitán a ver si autoriza nuestro golpe de mano.

Enrique de las Morenas, tras escuchar el plan concebido por el teniente, asintió un par de veces dando su conformidad, y, aunque tenía alguna duda sobre la conveniencia de atacar en pleno día, terminó por dar su aprobación. Decidió también que, para no inquietar a los soldados, les informaría del asalto unos instantes antes de realizarlo.

A la hora convenida, tras una mañana jalonada de disparos y monotonía, los oficiales convocaron a los soldados francos de servicio y les informaron de la situación. Los cazadores escucharon atentos las explicaciones de De las Morenas sobre la preocupante línea de fortificaciones tagalas. Terminó su breve disertación y solicitó un voluntario para salir, en ese mismo momento, a quemar el cuartel de la Guardia Civil. Gregorio Catalán engulló la galleta que masticaba y se adelantó.

—Cuente conmigo, mi capitán.

—Catalán —un joven manchego de ojos vivos, mandíbula prominente y aire resuelto—, no quiero que se lleve a engaño: es una misión muy comprometida.

—Descuide, pero, por lo que usted dice, más peligroso sería que los indios nos encerraran en esa plaza de toros que traman construir a costa nuestra.

—Entonces, no se hable más. Necesitaremos un hachón. Ramón, Alcaide, Menor, rápido, encargaos. Prepárate, Catalán.

Gregorio se acercó a su petate y colocó su sombrero de jipijapa boca arriba; dentro depositó las cuatro galletas que aún tenía. Se desabrochó la guerrera y la estiró con cuidado sobre su catre. Era la única que le quedaba y no quería que se le quemara o manchara de hollín. Después fue al patio y se tiró por encima un par de cubos de agua del pozo. Sin más preámbulos volvió con el oficial.

—Cuando quiera, mi capitán.

—¿Lo tenéis listo?

—Toma, Gregorio —le dijo Ramón—. No hemos encontrado ni esparto ni alquitrán, pero hemos empapado estos trapos con petróleo y los hemos enganchado a la caña, así podrás alcanzar la techumbre del cuartel sin ningún problema. Servirá.

—Gracias. —La cogió con la mano izquierda y se santiguó con la derecha —. Allá voy.

—¿Llevas fósforos?

—Sí, mi capitán.

—De acuerdo. Que los hombres ocupen las secciones adyacentes al cuartel. Así le daremos el máximo apoyo posible. Bastará con dejar cuatro centinelas que vigilen la reacción enemiga en los otros sectores. Alonso, coloque algunos soldados también en el patio y la sacristía. Martín, dirija a los hombres de la trinchera de la puerta principal. Cuando quieras, Catalán. —Y tendió la mano al cazador—. Ve con Dios. Me encantaría salir contigo. —Tras cuadrarse, se saludaron militarmente—. Todos a sus puestos. Mantendremos la sorpresa hasta el final. Disparen solo a mi orden.

Gregorio, ya preparado, se acerca a la gatera. Respira hondo y tiende la caña a un compañero. Se echa cuerpo a tierra y repta a través del agujero. Al atravesarlo, se acuclilla, recupera su hachón improvisado y comprueba que el trapo humedecido sigue intacto, bien sujeto y sin embadurnarse de tierra. Con él al hombro comienza a bordear la iglesia en dirección norte. Anda despreocupado, a paso firme, pero sin apresurarse, más parece que lleva una caña de pescar que una tea; solo le falta silbar para componer una perfecta estampa campestre. Los tagalos tardan unos segundos en reaccionar; al cabo, alguien da la voz de alarma y dirigen sus armas contra él. Las detonaciones aumentan todavía más, pues sus compañeros comienzan a cubrirlo. Gregorio, ahora sí, agacha la cabeza y aprieta el paso. Alcanza el cuartel, se arrodilla y con una de las cerillas prende el trapo. Lo coloca sobre el tejado de nipa seca y la reacción es instantánea. El fuego se aviva con rapidez y, favorecido por el viento, comienza a expandirse. El soldado aplica la llama en varios puntos más, convirtiendo el cuartel en un infierno.

Los disparos arrecian a su alrededor, pero los tagalos no tienen facilidad de tiro; las descargas españolas son tan precisas que no pueden apuntar con tranquilidad. Aun así, una bala pasa por encima de la cabeza de Gregorio y le recuerda que debe apresurarse.

El cazador se dispone a volver a la iglesia; sin embargo, repara en los dos edificios de las escuelas, que, unos metros más al norte, se levantan en la

plaza. Nadie se lo ha ordenado, pero decide quemarlos también para que no sirvan de refugio a los rebeldes. Los proyectiles rebotan e impactan por la plaza, pero tiene suerte y llega indemne hasta las dos construcciones. Con la respiración entrecortada, coloca su antorcha sobre las enormes hojas circulares de los techos. Termina y lanza la caña dentro del colegio de las niñas. Sin perder un segundo, aprieta los dientes y corre hacia la iglesia. Los tiros son tan abundantes que Gregorio avanza convencido de que en cualquier momento recibirá un balazo. Escucha los gritos de ánimo de sus camaradas. Los ecos de sus voces resuenan con tal fuerza en su cabeza que anulan las detonaciones de las armas enemigas. Espoleado por el miedo y la esperanza, intenta aumentar su carrera. Los metros se suceden y el impacto fatal no se produce. Con un último empuje arriba a la puerta principal y se desliza por el agujero con una velocidad tal que parece que lo practique a diario. Sus compañeros cesan de disparar y lo vitorean al tiempo que se abalanzan hacía él para felicitarle. Le abrazan y frotan el pelo y lo alaban y aclaman y agasajan y él, emocionado, no es capaz más que de encogerse de hombros y sonreír.

—Eres un valiente —dijo Martín Cerezo.

—¡Un héroe, un héroe! —exclamó jubiloso el capitán De las Morenas—. El orgullo de tu patria. Ya me encargaré yo de que te recompensen como es debido.

—Menuda has organizado, Gregorio, un espectáculo digno de ver —gritó Ramón desde una de las troneras.

—¡Pues claro! ¡Digno de ver…! —repitió Alonso—. ¡Rápido! ¡Ocupad las aspilleras del este! Abrid fuego a mi señal. Si tenemos suerte cazaremos a algún incauto mirando el incendio. Disparad hacia el puente de España, hacia su cuartel general. ¡Fuego!

El teniente ordenó varias descargas que efectuaron de manera rápida y precisa. Cuando se extinguieron los estallidos pudieron oír los gritos y lamentos de los enemigos que se trocaron en una tormenta de insultos. Se escucharon toda clase de blasfemias, juramentos y palabrotas tanto en tagalo como en español. Los cazadores disfrutaron con aquel ataque verbal y rompieron en una carcajada conjunta. De las Morenas, satisfecho, autorizó a los soldados francos de servicio a abandonar la defensa. Gregorio fue hasta su catre, cogió su sombrero, se sentó y mordisqueó una de las galletas rancias.

18 de julio de 1898. Dieciocho días de asedio

Queridísima esposa:

Hemos recibido, a través de un fraile español, otra carta de los insurrectos filipinos. Nos incitan a rendirnos. Dicen que si capitulamos seremos embarcados inmediatamente para la Península. Fanfarronean alegando que somos de los pocos destacamentos que no lo han hecho ya. No les hemos contestado. Nuestra determinación es única y permanece fiel a España. Yo no sé si soy un héroe, pero muchos de los cazadores lo son. Lo he comprobado.

La realidad en la que nos encontramos, si bien al principio suscitó actitudes funestas que terminaron en varias deserciones, extrae de la tropa lo mejor que llevan dentro. Estoy rodeado de valientes. ¡Qué ejemplo muestran a futuras generaciones! Los actos de audacia y coraje se suceden sin fin. Estos soldados son dignos herederos de la gloriosa tradición de nuestra infantería. Después de un suceso heroico como el protagonizado por Gregorio Catalán, asistí a otro merecedor de idéntica consideración.

Unos días más tarde de esa hazaña, el capitán De las Morenas solicitó un voluntario para efectuar una nueva salida y quemar las casas que, próximas a la iglesia, se levantaban al sudoeste. Estas edificaciones, y ahí radicaba su importancia, eran las últimas que los tagalos poseían más acá de su trinchera. Se presentó Manuel Navarro León, un bravo, para esta peligrosísima misión, más incluso que la anterior, ya que los insurgentes, en buena lógica y por puro escarmiento, se hallarían más alerta. Este indómito cazador, tragándose el miedo que seguro que sentía, avanzó impertérrito y culminó la tarea encomendada al incendiar los bahays que se erigían a un par de metros de la línea enemiga. ¡Como te digo! En las mismas narices de los insurrectos. ¡Qué audacia la de este hombre! Regresó sin un rasguño y con una sonrisa en los labios, como si viniera de rondar a su novia.

Y hoy, hace unas horas, hemos presenciado un acto, si no épico, sin duda estremecedor. Los indios, que parece que han recibido refuerzos, han decidido ofrecer una nueva demostración de fuerza lejana, y

escribo lejana porque no han reunido aún el valor suficiente para efectuar un ataque frontal. Intentando amedrentarnos, han iniciado un tiroteo de fusilería. Nosotros, por ahorrar munición, hemos ignorado sus descargas, pero uno de los centinelas de la torre ha visto un blanco fácil y ha matado a uno de esos traidores. De inmediato, todas las armas insurrectas, calculamos que poseen alrededor de doscientas, han acribillado el campanario, levantando astillas y perforando sacos. Entre esa tormenta de proyectiles, Julián Galvete, que así se llama este soldado, ha localizado a otro tagalo desprotegido. Queriendo terminar con otro enemigo de su patria, se ha incorporado a pesar del fuerte fuego, y, mientras apuntaba, una bala ha atravesado su pecho. Gravísimo como estaba, ha bajado de su puesto para solicitar su relevo. Cargado con su máuser a la espalda, ha descendido por una escalera que es prácticamente recta y donde no hay más protección que una chapa de madera. Al llegar al coro, y sin pedir ayuda a los tres compañeros que allí hacían guardia, ha bajado a la nave de la iglesia y se ha presentado a Alonso. Yo me encontraba con él y he podido verlo todo. Galvete se apretaba el pectoral derecho con la mano izquierda, envuelta en sangre que chorreaba por su muñeca. Se ha cuadrado y ha dicho con voz serena: «Mi teniente, estoy herido, no puedo continuar en la torre». Como si las espantosas evidencias no fueran suficiente prueba, ha levantado la mano para que pudiéramos ver el balazo. ¡Qué tranquilidad de ánimo la de este cazador! Ni una queja, ni un lamento ni una petición de auxilio. Por desgracia, dice el doctor que su estado es muy grave. Esperemos que la extraordinaria energía mostrada hoy le ayude a reponerse.

En lo que a mí se refiere decirte que sigo bien. Doy cada día el máximo por defender España. Desde el momento en que me enfundé el uniforme y acepté las dos estrellas que lucen en mi bocamanga, contraje una deuda sagrada con mi patria. He de demostrar que no tengo miedo de saldarla. Empeñaré mi alma y mi vida en intentarlo y si llega mi hora caeré orgulloso y con la conciencia limpia. Nadie podrá decir que, en estos momentos de necesidad, el teniente Martín Cerezo olvidó su juramento.

No sé qué me deparará el futuro. Puede que sucumba mañana mismo o quizá sobreviva y vuelva laureado a nuestro amado hogar. Lo único cierto es que tú has formado parte de mi pasado. He disfrutado de tanta felicidad a tu lado que no sentiría pena alguna si falleciera

mañana. Gracias a ti, mi existencia ha sido plena. Si muero, por tu amor habré vivido.

Os quiero y os echo de menos. Siempre tuyo.

19 de julio de 1898. Diecinueve días de asedio

—¿Qué te parece como me han tratado? —preguntó Novicio Luna.

A su lado, Antero Amatorio contemplaba el camino embarrado a través de los prismáticos que un día fueron del capitán De las Morenas.

—Viene con muchos hombres. Debe traer al menos dos compañías.

—¡Qué falta de respeto! ¡Son unos desagradecidos! Después de todo lo que hecho yo por el Katipunan. Sin mí no se habría extendido por todo el distrito… Hacerme esto… Yo que prácticamente aniquilé al destacamento anterior y que he vuelto a poner en pie la revolución.

—No lo hiciste tú solo, Novicio.

—No he dicho tal cosa.

—Juraría que sí.

—Y le dan el mando a otro. Ahora que está a punto de rendirse la guarnición kastila… Se va a beneficiar otro de todo mi trabajo.

—No te preocupes. La revolución te exigirá sacrificios peores… —Ambos oficiales intercambiaron una larga mirada—. Además, será solo por un tiempo, en cuanto la iglesia sea nuestra él se irá y te quedarás al mando de todo el distrito.

Esperaron en la vereda hasta que la columna de refuerzo llegó a Baler. Novicio llevaba sus mejores prendas. Su camisa azul limpia, su salacot de hojas de nito y el sable del doctor en el cinto. Tras pasar revista a una improvisada guardia de honor e intercambiar unos saludos protocolarios, el coronel Calixto Villacorta asumió el mando de las fuerzas sitiadoras.

—No ha hecho un mal trabajo, Novicio. Son unas buenas fortificaciones. La única pega que veo es que no termino de ver claro si era necesaria su construcción. Una acción a tiempo hubiera evitado este esfuerzo.

—Pero Villacorta…

—De usted, soy un coronel, maldita sea.

—Sí… Disculpe, mi coronel… Decía que preferí salvaguardar la vida de la población. Los kastilas ya estaban escarmentados y usaban la iglesia ya como base. No hubiéramos podido…

—Tonterías. No lo intentaron siquiera. Y para colmo dejáis que un solo kastila os queme vuestros mejores baluartes.

—Ya he castigado a los centinelas que estaban de guardia. Tenga en cuenta que yo no puedo estar en todos lados…

—Excusas. No sabe más que poner excusas. Como oficial al mando usted es el máximo responsable. Si sus hombres son unos incompetentes es porque no has sabido convertirlos en auténticos soldados. Verá como todo cambia a partir de ahora. Lo primero que voy a hacer es enviar un ultimátum a los españoles para rendirse. Les daré veinticuatro horas Si aceptaban les trataremos con cortesía. Si lo rehúsan, los mandos kastilas serán los únicos responsables del daño que pudieran sufrir sus hombres, pues no tendremos compasión. El tiempo de la clemencia habrá pasado ya.

—Si puedo ayudarle en algo, mi coronel.

—Va a ser mi segundo en el mando. Aguinaldo aún confía en usted, pero no se relaje. Estaré muy encima de usted… ¿Y ese sable?

—Pertenecía a mi abuelo —mintió Novicio.

—Si alguna vez quiere venderlo, dígamelo.

—Le tengo mucho aprecio, pero igual, por una buena cantidad.

—¿Ya no le tendría tanto aprecio? Pues mire, quizá, si me lo regalara, podría olvidar ciertas negligencias suyas.

—Pero mi coronel, eso no es justo. Yo he obrado siempre con…

—¡Usted verá lo que hace! Debe saber que yo no repito las cosas.

Novicio lo miró fijamente y, sin pronunciar palabra, le entregó el sable. Se sentía como si hubiera rendido su pueblo al enemigo. Villacorta tenía razón, todo iba a cambiar.

21 de julio de 1898. Veintiún días de asedio

La respuesta del capitán De las Morenas al ultimátum fue clara y contundente:

> A las doce del día de hoy termina el plazo de su amenaza; los oficiales no podemos ser responsables de las desgracias que ocurran; nos concretamos a cumplir con nuestro deber, y tenga usted entendido que si se apodera de la iglesia será cuando no encuentre en ella más que cadáveres, siendo preferible la muerte a la deshonra.

Al consumarse el plazo señalado, los insurrectos abrieron un fuego muy nutrido. Los cazadores se prepararon para repeler el ataque, pero de nuevo los tagalos se limitaron a disparar contra la posición hispana con la única consecuencia de acribillar las paredes y, sobre todo, agujerear el tejado de zinc que la cubría. Los tagalos, reforzados por las tres compañías recién llegadas al mando de Villacorta, mantuvieron la cadencia de tiro hasta el día siguiente.

Tras pasar la noche disparando sobre los sitiados, el coronel Villacorta les envió otra nota. Los mensajeros elegidos fueron dos: uno algo entrado en carnes y de rostro ceñudo y otro más alto y fornido que enarbolaba una pequeña bandera blanca. Se presentaron ante la iglesia luciendo unas ajadas ropas de tosca tela blanquecina. A pesar de no vestir su uniforme habitual, varios cazadores reconocieron a uno de ellos.

—A sus órdenes, mi teniente, con su permiso.

—¿Sí? ¿Qué sucede, Jiménez? —Alonso preguntó sin girarse y continuó oteando desde la ventana del coro.

—Conocemos a uno de esos dos.

—¿Quién es? ¿Alguien que debamos saber?

—El más bajo de los dos era el cabo de la Guardia Civil Veterana que estaba al mando del puesto de Carranglán. Pasamos por allí con el destacamento del teniente Mota en septiembre, cuando vinimos hasta Baler. Se llama Jordi Mateu y es paisano de Jaime Caldentey.

—¿Han vuelto a enviar a otro traidor? Mira que les avisé. Jiménez, dispárales a un metro de sus pies, quiero verlos saltar.

—Un momento. —De las Morenas terminaba de acceder al coro por la escalera que la unía con la planta—. Quizá sea un prisionero y no un desertor. Nos entrevistaremos con él. Puede que nos informe sobre lo que está ocurriendo en Luzón. Le diremos a Caldentey que se comunique con él en mallorquín, así tendrán total libertad. No perdemos nada por probar. Alonso, instrúyele y que vaya a recoger la nota.

—Mi capitán, si a usted no le parece mal, yo iré con él para supervisar la situación.

—De acuerdo. Salid de inmediato.

Los dos cazadores, oficial y soldado, se reunieron con los dos enviados junto a la gran cruz de madera. El antiguo cabo, al ver a su paisano, levantó las cejas sorprendido, aunque no pronuncio palabra. Jaime, asistente del teniente Alonso, saludó y le habló en su lengua vernácula. Le preguntó sobre la situación actual de Filipinas, por los insurgentes que los asediaban e incluso le ofreció la posibilidad de unirse al destacamento. Jordi Mateu, que había permanecido todo el rato en silencio, observó a su convecino con los ojos húmedos. Contestó en castellano, con la cabeza gacha, mirando los destrozados borceguíes que calzaba el soldado sitiado.

—Jaime, sabes que tengo padres y cinco hermanos. Amo a mi patria, por eso vine a estas jodidas islas, pero ya he cumplido con mi obligación. Ahora me debo a mi familia. Quiero volver a Mallorca. Quiero casarme y tener al menos —dijo con una leve sonrisa— una hija que me cuide cuando sea mayor. No voy a morir en este extraño lugar. Eso es lo que os pasará si seguís ahí encerrados. Todas las guarniciones se han rendido. Es inútil. Nadie vendrá a auxiliaros. Estáis perdidos…

Alonso avanzó un paso y señaló con el dedo índice hacia la trinchera tagala.

—Quien está perdido eres tú, y ya te estás largando inmediatamente de aquí.

El cabo Mateu le tendió la misiva. El oficial la cogió con un fuerte tirón y dio la espalda a los dos mensajeros. Los dos mallorquines se contemplaron en silencio, el cabo suspiró y asintió casi de manera imperceptible.

—*Adéu*, Jaume.

—Muévete, Caldentey —gruñó el teniente, que ya se había alejado varios metros.

El soldado obedeció y volvió con los suyos, pero antes de adentrarse en la iglesia se giró para ver una última vez a su amigo.

Alonso le llevó el mensaje a su superior y esperó a que este compartiera su contenido. El coronel Villacorta indicaba que no estaba dispuesto a malgastar más munición, pero que no iba a levantar el sitio ni aunque pasaran tres años.

—Si siguen mandando tantas cartas, lo mejor será crear un servicio postal. —El chiste malo de Alonso provocó las sonrisas de sus dos compañeros.

—No sé para qué se molestan, si todas dicen lo mismo. ¿Aún no han entendido nuestra determinación?

—Claro que la entienden, Martín, es solo que no la comparten. —Alonso rio—. No son tontos, prefieren que salgamos desarmados a sacarnos de aquí por la fuerza.

—¿Qué os parece si tomamos la iniciativa? —propuso Martín Cerezo.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Alonso—. Estoy ansioso por entrar en acción.

—Utilizar alguno de los cañones que descubrimos en la bodega. Les daríamos un buen susto a los taos.

—Es una gran idea —dijo el capitán—. Servirá para mantener la moral de la tropa. ¿Cómo son y cómo se encuentran?

—Verá, Enrique, hay varios de distinto calibre. Son antiguos, de avancarga. Y no tendrán menos de doscientos años. No tienen cureña ni ningún tipo de accesorio, pero supongo que nos las podremos componer con lo que hay a nuestro alcance. Creo que, por si acaso, deberíamos emplear el más pequeño de todos.

—De acuerdo, pues —sentenció De las Morenas—. Pongámonos a ello de inmediato.

Seleccionaron uno de seis libras que, más allá de una poca herrumbre, se hallaba en buen estado y lo ubicaron en el corral. Lo dispararían a través de una de las troneras practicadas en la pared y que habían adecuado a la nueva arma. Tras llevarlo a pulso entre cuatro soldados, vertieron dentro de su ánima la pólvora negra sacada de cartuchos de Remington. Sobre ella pusieron varias hojas de periódico arrugadas en forma de bola que apretaron a fin de eliminar los restos de aire que pudieran quedar. Después, colocaron gran cantidad de balas y, para que estas no cayeran, más pelotas de papel apelmazadas con fuerza. Así cargado lo levantaron y trabaron su boca contra la aspillera. Para alzar la parte posterior del cañón y compensar la falta de afuste, usaron una cuerda que, atándola al cascabel, sujetaron a una de las

vigas maestras del techo del antiguo convento. El tenerlo en suspensión les permitió, aunque de una manera precaria, apuntar el arma. Por último, como detonante, cebaron el oído con pólvora.

—Bien, parece que ya se encuentra preparado. —El capitán se giró hacia la tropa y pidió un voluntario.

—Habrá que dar ejemplo —dijo Alonso.

Dio un paso al frente, pero Martín Cerezo apoyó la palma de la mano en el pecho de su compañero y lo retuvo.

—No te expongas, eres el jefe del destacamento. Yo lo haré. Retírense —añadió dirigiéndose a los soldados—. Todos fuera del corral.

No fue necesario repetir la orden. Los cazadores abandonaron el patio casi a la carrera. Al quedarse solo, sacó un fósforo y lo encendió. Con ademán vacilante se acercó a aquel rudimentario cañón, pero en lugar de aplicar el fuego al grano del fogón, lo apagó mientras negaba con la cabeza.

—Creo que deberíamos realizar la primera prueba con algo más de seguridad… dispararlo desde una distancia prudencial… Sí, será lo mejor.

—Sin duda, Martín —afirmó De las Morenas—. Estaba padeciendo por tu integridad.

El teniente ató una mecha a un extremo de una caña y la prendió. Parapetado detrás del muro, acercó la llama al oído del cañón. Al inflamarse la pólvora se produjo un fogonazo blanquecino y al instante se produjo una enorme explosión. A la vez que las balas disparadas atravesaban las defensas del bahay elegido como blanco, la pieza salió despedida con una velocidad infernal y chocó contra la pared opuesta que se encontraba a más de ocho metros. El muro tembló y se desprendieron pequeños trozos de cal. Los dos oficiales se miraron con los ojos como platos y la sonrisa congelada en el rostro.

—¡Cojones! —acertó a mascullar Alonso—. Menos mal que se te ha ocurrido lo de la caña, si no habrías terminado de bajo relieve sobre la pared.

31 de julio de 1898. Treinta y un días de asedio

El coronel Villacorta supervisaba el entrenamiento de una de las compañías. Los tagalos marchaban en filas de dos y se esforzaban en marcar el paso para no recibir las reprimendas de los suboficiales y, sobre todo, sus varazos. Los sargentos, veteranos del ejército y de la Guardia Civil, no racaneaban ni uno ni otro.

—Mi coronel, ya ha llegado la columna de Nueva Écija.

—¿Ha traído los cañones?

—Sí.

—Estupendo. Hay que emplazarlos ya mismo. Mañana mismo quiero que comiencen a bombardear la iglesia. ¿Cuántas piezas son?

—Son cuatro: uno de seis libras, dos de ocho y uno de doce libras. —Semejantes a los encontrados en Baler.

—Me gustaría ver la cara de sorpresa de los kastilas. Pero antes les daremos una última oportunidad. No podrán decir que no nos hemos comportado como caballeros.

Apenas una hora después, fray Carreño trazó la señal de la cruz con el óleo de los catecúmenos en el rostro del cazador Galvete. Las gotas de sudor que perlaban su frente, a pesar de que se la terminaban de limpiar, emborronaron la fina capa de aceite sagrado. El doctor Vigil se persignó. Concentrado en su paciente, escuchaba en silencio su respiración entrecortada. Apenas oía el murmullo que producía el fraile al rezar y aún menos el habitual tiroteo de los insurrectos. Permanecieron así durante un rato largo hasta que el pecho de Julián Galvete se rindió. El médico le tomó el pulso y, tras negar con la cabeza un par de veces, le cerró los ojos. Se lavó la cara y las manos y se presentó ante los oficiales para comunicarles el deceso.

—Ha aguantado tanto desde que lo hirieron que llegué a abrigar la esperanza de que sanaría. —Alonso se dejó caer sobre una silla.

—Esa herida penetrante tenía muy mal aspecto. Hice todo lo que pude…

—Hemos visto su desvelo, doctor —afirmó De las Morenas—. No habría tenido mejores cuidados en Manila.

—Es una pena, al menos cayó como un bravo —dijo Martín Cerezo.

—No será suficiente consuelo para su madre, pero es lo único que le podemos ofrecer —lamentó De las Morenas—. Informaré a la tropa y prepararemos la fosa.

—Ya deben saberlo. Se habrán enterado antes que nosotros. Esto es demasiado…

—No me quito de la cabeza —dijo Alonso distraído sin darse cuenta de que interrumpía a Martín— que estamos aquí encerrados como conejos en su agujero. Más nos valdría salir ahora con todo el destacamento y limpiar el pueblo de tagalos a bayonetazos.

—Sería un suicidio —alegó el capitán—. Por lo que sabemos, los insurrectos no bajan de cuatrocientos.

—Además, el relevo ya no tardará —dijo Martín.

—Ojalá que tu optimismo sea acertado. Si he de morir, que sea dirigiendo una carga de mis hombres, y no aquí, encerrado como un animal, sin otra cosa que hacer que aguardar y mortificarnos en una espera perpetua.

—Sabes que te seguiría sin dudarlo, pero no creo que sea necesario ese sacrificio.

—Por supuesto que no lo es —intervino tajante el capitán—. Como oficiales que sois, debéis velar por la tropa y no arriesgarla en absurdas maniobras. Tenéis que comprender que unas veces se debe imponer la reflexión y la prudencia y otras el arrojo y el valor. Si os inmoláis encabezando un alocado ataque, más que como valientes, moriréis como necios. Y os estaría bien empleado, por insensatos, si no fuera porque arrastraríais con vosotros a vuestros subordinados.

Casi una hora después, dos soldados, sin intercambiar palabra, cavaban una fosa en la sacristía. Mientras se afanaban en su tarea, varios compañeros los observaban desde la nave a través del umbral de la puerta. Apuraban las últimas colillas sin poder desviar la mirada de aquel agujero. José Jiménez se santiguó tres veces.

—¡Jesús! Qué mal fario da esto. Vamos a dormir al lado de una tumba.

—No seas animal, Jiménez, seguro que menos le gusta al pobre Julián. —Ramón habló sin levantar la vista de *Luna*, cuyo lomo acariciaba con delicadeza.

—Uno que no vuelve —señaló Alcaide, que, en cuclillas, observaba con fijeza la tumba. Se puso de pie y escupió al suelo—. No quiero acabar en una de esas.

—Yo tampoco —murmuró entre dientes Jaime Caldentey, que, sentado y con la espalda apoyada contra la pared, se mantenía cabizbajo para no mostrar

sus ojos enrojecidos.

—¿Y quién quiere? —preguntó Loreto—. Diablos, si hasta los oficiales querrán volver a casa…

—Si termino en una de esas —dijo el cabo José Chaves—, espero al menos no sufrir durante tantos días como Galvete.

—¡Perra suerte la suya!

—Alguien tenía que ser el primero, Ramón. Y Julián valía para eso tanto como cualquiera de nosotros. —Caldentey cogió la punta de cigarro que le tendía Loreto—. Si hubiera permanecido con la cabeza gacha, aún viviría.

—¡Por Dios, Caldentey! Un poco de misericordia.

—Solo os digo que si queréis salir vivos de este asqueroso edificio, no os hagáis los héroes… Para eso ya están los oficiales.

1 de agosto de 1898. Treinta y dos días de asedio

Villacorta observó el sol. Ya casi estaba en lo más alto. Los españoles tenían hasta las doce para contestar a su ultimátum. Si no rendían la iglesia, comenzaría a cañonearla. Miró su reloj y comprobó que faltaban más de treinta minutos. Se vistió con la mejor guerrera de las dos que tenía, cogió el sable del médico y se dirigió al cuartel general en el puente de España.

—¿Alguna noticia, capitán?

—No, mi coronel.

—¿Tiene usted hora?

Novicio dudó qué decir e, indeciso, permaneció callado.

—¿Son las doce menos cuarto?

Al ver que Villacorta ya tenía uno, no temió consultar su reloj.

—Sí, mi coronel.

—Bien. Esperaremos. Este tiempo les pertenece.

El jefe tagalo anduvo arriba y abajo por la estancia. Al pasar por delante de la tronera orientada hacia la iglesia, se detuvo a contemplar la posición enemiga. Permaneció allí de pie hasta que faltaron cinco minutos para cumplirse el término. Harto de esperar, se dirigió hacia la mesa para escribir una carta, pero, justo antes de sentarse, se escuchó la corneta española y uno de los soldados informó que habían izado la bandera blanca en el campanario. No fue necesario dar la orden. Enseguida un tagalo se apresuró a recoger la respuesta. Era breve, apenas contenía una frase: «El plazo señalado para bombardear va a terminar: puede usted principiar». Harto del orgullo kastila, arrojó la nota al suelo con desprecio.

—¿Mando abrir fuego?

—¡No! El capitán De las Morenas se cree muy listo, pero él no va a llevar la iniciativa. Ahora están preparados, así que esperaremos. Atacaremos cuando duerman… ¡los despertaremos a cañonazos!

A las doce de la noche, y desde tres puntos distintos, comenzó el bombardeo. Los tagalos acompañaban cada disparo del cañón con una descarga de fusilería y, siguiendo sus costumbres ancestrales, un griterío ensordecedor. Los chillidos, más semejantes a alaridos de animales que a

voces de hombres, envolvían el edificio. El alboroto era tal que parecía que de un momento a otro fueran a surgir de la selva miles de enemigos.

Los cazadores reaccionaron al instante y ocuparon sus puestos con total disciplina. Con la marcialidad aprendida a costa de poco entrenamiento y mucho combate, aguardaron en silencio la acometida insurrecta. Se mantenían quietos, con los máuseres listos, los dientes apretados y el ánimo tenso. El sudor cubría sus rostros y espaldas. Tenían miedo, pero ya fuera por sentido del deber, por vergüenza o por temer más a sus oficiales, nadie abandonaba su puesto.

La noche avanzó y los gruesos muros del edificio detuvieron sin inmutarse los proyectiles de estas piezas antiguas de artillería. Sobre las tres de la madrugada, una bala de hierro de ocho pulgadas impactó contra una de las ventanas laterales del coro. Voló la tabla y el fardo de lanas que la cubrían e hirió con fragmentos de madera astillada a los seis soldados que allí se encontraban. Ante la posibilidad de un ataque inminente, el doctor los atendió allí mismo.

La ofensiva se prolongó hasta el amanecer, pero el destacamento no lamentó más que alguna otra herida leve. La peor parte se la llevó el tejado de la iglesia. La chapa de zinc terminó tan deteriorada que dejó a los cazadores prácticamente a la intemperie. Así, la lluvia se convirtió en otro enemigo más.

3 de agosto de 1898. Treinta y cuatro días de asedio

—¡Eres un fullero de mierda! —Jaime Caldentey dio un manotazo y volcó la caja que servía de mesa de juego.

Manuel Menor, a quien iba dirigido el insulto, borró la sonrisa que hasta ese momento reflejaba su rostro. Aunque reaccionó y se levantó con presteza, no pudo evitar la embestida de Caldentey ni esquivar el puñetazo que le propinó en el estómago. Pero, gracias a su mayor fuerza y destreza, detuvo el siguiente y contraatacó, arreando a su rival un golpe en la clavícula que le encorvó. Sin perder un segundo, aprovechó su indefensión y lo agarró por la espalda de la cintura, y, tras zarandearlo un par de veces, lo lanzó contra el suelo. Manuel, que jugaba siempre de manera honrada y no tenía ánimos de revancha, no quiso pegarle más y no opuso resistencia cuando el cabo Olivares le bloqueó el paso. Gregorio Catalán asió por los hombros a Caldentey. Este bufó y se revolvió con violencia, pero el cazador mantuvo firme su presa y no logro liberarse.

—¡Suéltame!

—¡Estate quieto!

—¡Suéltame he dicho! Quiero ajustar cuentas con ese.

—Te ciega la rabia; si no sabes perder, no juegues.

—¿A qué viene este alboroto? —Alonso se aproximó con paso enérgico—. ¿Caldentey? No esperaba esto de ti. ¿Qué ha sucedido?

—Ese miserable hace trampas al jugar a la baraja…

—Mi teniente —dijo Manuel—, en mi vida he hecho trampas.

—¿Quién inició la pelea? —Los soldados, cabizbajos, callaron—. ¡He preguntado que quien inició la pelea! —Nadie respondió—. Olivares, ¿quién fue?

—Verá, mi teniente, no estoy seguro, pero creo que fue Caldentey.

—¿Catalán?

—Sí, fue él.

—¿Es cierto?

—Es un tramposo, solo quería darle su merecido…

—¡Silencio! No voy a tolerar, bajo ninguna circunstancia, riña alguna en el destacamento. ¿Me habéis oído? Si alguien quiere luchar que salga a retar a

los taos. No debería, pero voy a ser indulgente por esta vez. Menor, dos horas de guardia extra. Tú, Caldentey, cuatro. Id ahora mismo a cumplirlas. Después seguid con los turnos establecidos. Menor, al patio. Y tú a la ventana derecha del altar.

«¡Malditos hijos de perra! ¡Me hace trampas y termino yo castigado! ¡Yo! ¡Atajo de cabrones!… Manuel, esta no la olvido, ya te la devolveré… bellaco embustero, seguro que se guardaba las cartas… Así ganaba… Miserable… Vaya puñetazo que me ha dado en el hombro, cómo duele, no sé cómo, pero he de hacerlo, se la devolveré, peleando no podré, no, tendré que cogerle desprevenido o saldré trasquilado. Maldito cabrón, le patearé la cara mientras duerme. Mierda, cómo duele. Y los otros, el cabo y Gregorio, delatores, ruines, ratas despreciables, me la habéis jugado bien. Espero poder compensaros el favor… Y a Alonso, a él sí que se lo agradeceré. Sus próximas tazas irán recargadas, ya lo creo, sí, mi teniente, a la orden de usted, desagradecido, ingrato, tome su café, como a usted le gusta, con dos cucharadas de azúcar y un salivazo, sí, mi teniente, está muy bueno. Nos cuidaremos el uno al otro, me dijo. Ya veo cómo trata a su asistente, ya. Pandilla de miserables, hijos de puta, necios… Aunque el único necio aquí soy yo, por seguir enjaulado, viviendo este encierro sin fin; dijo Jordi que estamos condenados, que moriremos todos… Sí, debería escaparme, quitarme de en medio igual que ha hecho él. No quiero morir aquí, como Julián, muchos le seguirán, pero yo no… No quiero, yo quiero vivir, vivir, volver a mi casa, con los míos. No me quito de la cabeza la mortaja de Galvete, no, no quiero acabar en una. Esta no es mi tierra. No es mi guerra. Lo mejor sería saltar, largarme. Apuesto a que llego a la trinchera tao antes de que alguien se dé cuenta… ¡Mierda! ¿Huir así?, como un ladrón en la noche, no soy un cobarde… pero ¿qué les debo yo a estos? No tengo ningún amigo aquí, el único esta allá, Jordi, él sí miró por mi bien, fue sincero. En cambio, estos miserables solo me traerán pesares… ¡Ay!, tengo el hombro hinchado, menudo golpe, ese desgraciado de Manuel, ¡me vengaré!, sí, ¡sé cómo hacerlo! Ayudaré a los indios, les diré cómo acabar con estos desdichados, luego podré volver a casa, nadie sabrá nada, no seré un traidor. Todos estarán muertos. No le debo nada a nadie. Yo quiero vivir, vivir, no ser un héroe, yo viviré y volveré a casa, sí, volveré…, viviré. No hay nadie. ¡Ahora!… ¡Mierda! ¡Mierda!, mi hombro…».

El soldado Caldentey se descolgó por la ventana, rodó por tierra y se golpeó en el dolorido hombro izquierdo. Sin tiempo para lamentarse, se levantó y, tras agarrar su fusil, corrió, amparándose en la oscura noche, hacia

los baluartes enemigos. Conforme se acercaba comenzó a gritar: «kastila amigo, kastila amigo». Los tagalos, fieles a las promesas de asilo y perdón, lo recibieron con su anteriormente habitual hospitalidad.

4 de agosto de 1898. Treinta y cinco días de asedio

Después de desarmar al cazador, un teniente, acompañado de cuatro soldados, lo escoltaron a presencia del coronel Villacorta. Encontraron al jefe de pie, fumando con rápidas y cortas caladas. Vestía un traje de dril blanco impecable y unos zapatos de piel marrón. Caldentey se sintió avergonzado al presentarse con su uniforme ajado y sus borceguíes destrozados. Villacorta, que notó su incomodidad, se mostró amable y cordial.

—Pase, pase. No se preocupe, está usted entre amigos. ¿Quiere comer algo? ¿Beber algún licor? ¿Fumar?

—Un poco de tabaco estaría bien.

—Claro, enseguida. —El coronel rebuscó entre los documentos que cubrían la mesa. Apartó una servilleta y un periódico y encontró papel y picadura. Con su mejor sonrisa se los tendió al español—. ¿Cómo se llama usted?

—Jaime.

—Yo soy el coronel Calixto Villacorta.

—¿De dónde es, Jaime?

—De Mallorca.

—¡Ah!, dicen que es un lugar precioso. Recorrí algunas zonas de España cuando estudié allí, pero por desgracia Mallorca no fue una de ellas. No deberían haberle forzado a abandonarla para venir aquí. ¿Le gusta la tuba? —El soldado asintió con la cabeza y Villacorta le ofreció un vaso que llenó de una botella trasparente. Era un licor viscoso y de color parecido al del zumo de melocotón. De baja graduación alcohólica, lo llamaban el vino de la selva, ya que se hacía de coco o de hojas de palma—. Beba, beba.

—Gracias. —El desertor lo vació de un trago.

—Ja, ja, eso está bien, no se preocupe, lo rellenaré hasta que diga basta. ¿Así que usted es el asistente del oficial Alonso?

—Sí…

—Sí, mi coronel.

—Disculpe. Sí, mi coronel.

—Nada hombre, solo le informaba, no se sienta incómodo. ¿Cómo va todo por la iglesia?

—Pues… No sabría qué decirle —bebió del vaso un trago largo—, ¿qué quiere saber?

—¿Poseen mucha munición?

—Algo menos de once cajas.

—¿Y comida?

—La guarda el teniente Martín, pero creo que hay para varios meses.

—¿Han sufrido bajas?

—Un muerto y un herido grave.

—¿Solo?

—Sí, mi coronel.

—¿Les queda mucha agua?

—Excavamos un pozo en el corral. Nunca ha sido un problema. —Villacorta resopló y se pasó la mano por la nuca. Caldentey aprovechó y apuró el licor hasta terminarlo.

—¿Considera que hay alguna cosa que deba saber?

—Pues, nada especial que… Un momento… Sí, recuerdo que Alonso se quejó de que la parte norte de la iglesia no estaba bien protegida. Lo oí hablar de ello un par de veces con el capitán y el teniente Martín.

—¿La parte norte?

—Sí, en la zona del altar solo hay un centinela. Por la noche nos podríamos acercar sin que nos vieran.

—¿Nos?

—Si usted me lo permite, me gustaría ayudarles a terminar con el destacamento. Para que yo pueda vivir, ellos tienen que morir, al menos los oficiales… no quiero que me fusilen por desertor. Además, tengo algunas cuentas pendientes.

—Entiendo su postura. —El jefe tagalo rellenó de tuba el vaso de Jaime.

—Gracias, mi coronel.

—Si de verdad quiere luchar contra los kastilas, no habrá problema. Necesitamos hombres experimentados. Créame cuando le digo que haré todo lo posible por capturarlos. Tengo en mente varias iniciativas, van incluso más allá del uso de la fuerza. No durarán mucho, se lo garantizo. ¿Han fortificado el edificio?

—Sí, todas las entradas están reforzadas. Hará falta un gran número de hombres para tomarla, o un ataque por sorpresa…

—Deje que sea yo el que realice los análisis y emita los juicios, usted limítese a informarme. Describa el reducto de la manera más fiel. —Caldentey, al comprender que aquel coronel, a pesar de no llevar uniforme,

era igual de puntilloso que los que sí que lo llevaban, se mostró aún más solícito y contestó a cuantas preguntas le realizó el jefe insurrecto sin ningún tipo de réplica. Tras una hora de interrogatorio, Villacorta se dio por satisfecho y despidió al español, que se había bebido casi una botella de licor y estaba eufórico.

—Mi coronel. Necesitaré mi arma para poder luchar.

—Me temo que no podrá ser. Al menos hasta que demuestre su lealtad.

—Si he respondido a todas sus preguntas…

—Sí, pero deberá reconocer que ni siquiera usted tiene en alta estima su lealtad. —El español arrugó el ceño—. Teniente —ordenó al oficial que había traído al desertor y que permanecía en silencio junto a la puerta—, acompañé a Jaime a la batería del sargento Sebastián Roa. Es el único de nuestros artilleros que habla español. Allí podrá colaborar y participar en combate.

—No se arrepentirá. ¡Acabaré con todos!

Por la tarde, tras un inquieto y entrecortado sueño, Caldentey, con la boca pastosa y la cabeza dolorida, se puso a las órdenes del suboficial. Sebastián y sus cinco hombres manejaban uno de ocho pulgadas desde una trinchera al norte de la iglesia. El desertor llegó justo en el momento en que lo preparaban. Los servidores retiraron el arma, situada sobre unos sacos terreros, con unas cuerdas para cargar su boca sin que peligrara su integridad. Al finalizar la operación la colocaron de nuevo encima del parapeto mediante dos poleas sostenidas por dos estacas de palma clavadas a ambos lados de la pieza. Una vez estuvo todo listo, el español solicitó permiso al sargento para dispararla. El tagalo asintió sin pronunciar palabra y le cedió la mecha. El mallorquín increpó a Manuel y al teniente Alonso, y, tras maldecirlos un par de veces, aplicó la mecha al oído, produciéndose una fuerte explosión. Después de varias descargas precedidas siempre por la lenta y complicada maniobra de carga, el cazador se percató de la ineficacia de su fuego, pues el cañón rara vez estaba apuntado de manera correcta.

—Sebastián, si no lo dirigimos mejor, no conseguiremos nada.

—Los dos últimos soldados que lo intentaron están muertos, no arriesgaré más hombres.

—Pero así nunca lograremos un buen blanco.

—¿Vas a salir tú a colocarlo, valiente kastila? —El sargento repitió la pregunta en tagalo para que sus compañeros le entendieran. Varias risas secundaron la traducción.

—Sí, yo lo haré.

Recogió una manta del suelo para no quemarse con el hierro ardiente del tubo y se dispuso a abandonar la trinchera. Sebastián le cogió por el antebrazo y le pidió que no lo hiciera, pero el hispano, con una mueca de desprecio y un rápido movimiento se lo quitó de encima. Cogió carrerilla, dio un par de brincos y, ayudándose con la mano que tenía libre, trepó el terraplén. Jaleado por sus nuevos compañeros, envolvió con rapidez la pieza con la manta y comenzó a moverla. Apenas iniciada la tarea, una bala le atravesó la cabeza de parte a parte. Salió por el ojo seguida de sangre y pequeños fragmentos de masa cerebral y cráneo. Su cuerpo muerto se desplomó dentro de la trinchera y rodó por el parapeto hasta detenerse a los pies de Sebastián. Este lo miró y vio cómo un creciente charco rojizo envolvía la cabeza y empapaba la tierra. Se encogió de hombros y, esquivando al desertor caído, se acercó al cañón y, tal como estaba, lo disparó. La bala ascendió por encima de la iglesia y se perdió por entre la floresta. Sus hombres lo contemplaron en silencio hasta que ordenó, a viva voz y con insultos, que retiraran el cadáver y recargaran el arma. Mientras sus hombres cumplían sus tareas, el sargento Roa echó unas paladas de arena sobre el suelo humedecido con la sangre de Jaime Caldentey.

7 de agosto de 1898.
Treinta y ocho días de asedio

Cerca de la playa una bandada de tabones alzó el vuelo espantada por algún visitante inesperado. El fuerte sonido que producían las ramas de las palmeras, tindalos y acles al ser hendidas por el viento, se mezclaba con los alaridos de las aves nocturnas en una extraña sinfonía.

El grupo de tagalos al mando del teniente Pavía, el mismo que había escoltado a Caldentey, concluía los últimos preparativos en la penumbra. Las nubes cubrían el cielo en su totalidad y apenas podía verse a unos metros de distancia. Además de sus habituales armas, los hombres llevaban una enorme escalera, trapos y varias latas de petróleo. A la señal de Villacorta, toda la fuerza filipina disparó y un enjambre de balas envolvió la iglesia. Siguiendo el plan establecido, a los treinta minutos de iniciado el tiroteo, los soldados del teniente Pavía treparon por los terraplenes. Con la cabeza gacha y en silencio, avanzaron decididos hacia el reducto español. Sus compañeros, para no herirlos, dirigieron sus armas contra la fachada del edificio.

El grupo de asaltantes alcanzó la pared norte sin ser sorprendidos. No fue necesario que el oficial diera orden alguna, pues los hombres habían sido aleccionados con anterioridad. Levantaron la escalera entre cuatro y la apoyaron, sin dejarla caer, sobre el destrozado tejado. El golpe fue mínimo, pero el alero emitió un leve quejido metálico.

José Jiménez, el centinela español encargado de custodiar el altar mayor, escuchó el ruido. Sonó tan cerca que lo distinguió de las descargas de fusilería. Miró por la tronera del altar y no vio nada. Receloso y pertinaz, se subió a un cubo de madera y asomó la cabeza por encima del muro. A través de los agujeros en la chapa de zinc vio que sobresalían dos maderos extraños. Se colgó el fusil a la espalda y, agarrándose con las dos manos, se aupó a lo alto de una de las vigas. Desde allí contempló con claridad a los insurrectos, pues terminaban de encender la primera de sus antorchas. Un par de tagalos ascendían ya por la escala acarreando unas latas de petróleo. Jiménez apuntó con calma al primero de ellos y descerrajó su máuser. Sin perder tiempo, accionó el cilindro para evacuar el casquillo y encañonó al siguiente. Este soltó el recipiente con el combustible y huyó, pero no tuvo ninguna oportunidad; se desplomó contra el suelo con el pecho atravesado. El resto de

los asaltantes, sorprendidos y asustados, arrojaron las teas y escaparon a sus líneas. El más rezagado, que, arrodillado, encendía una mecha, se levantó y salió corriendo, pero solo dio unas zancadas y cayó herido de muerte. El cazador apretó los dientes mientras movía de nuevo el seguro hacia delante y después hacia atrás. Los filipinos huían para refugiarse en la oscuridad. Apenas había ya blancos y aun así hirió a uno más en la pierna. El joven insurrecto se levantó y avanzó unos metros, pero Jiménez no tuvo piedad y terminó con él con la última bala del peine.

El teniente Pavía tuvo la suficiente sangre fría para detenerse y, con una rodilla en tierra, apuntar con su vieja carabina hacia el lugar de donde venían los disparos, pero no avistó a su enemigo; se había tumbado sobre el travesaño para recargar. A los pocos segundos lo vio reptar con el máuser en ristre hasta el alero y disparó. Un trozó de zinc reventó con un fuerte estampido a menos de un palmo de la cabeza de Jiménez. El cazador, de manera mecánica, acercó el ojo a la mira del fusil y acertó al oficial en el pecho. Pavía soltó el arma y se llevó las manos a la herida. Su rostro no reflejaba dolor o miedo, sino sorpresa. Parecía que no creyese que toda aquella sangre que le brotaba del pecho era suya. Una segunda bala provocó que se desplomara y se diera de bruces contra el suelo.

Los insurrectos restantes de la partida, al ver que su oficial no había huido, volvieron enfurecidos al ataque y abrieron fuego contra el solitario kastila. Sus gritos atrajeron a sus compañeros y decenas de tagalos siguieron su ejemplo y se lanzaron al asalto contra la parte norte de la iglesia. Jiménez, al ver la cantidad de tagalos que se le venía encima, se descolgó de la viga, pero con tal celeridad que, debido al fuerte impulso, perdió el agarre y cayó, golpeándose la rabadilla al chocar contra el suelo. Dolorido, vio que le tendían una mano.

—¿Qué sucede? —Martín Cerezo tiró del soldado para ayudarle a levantarse.

—¡Mi teniente! ¡Han apoyado una escalera! ¡Los sorprendí! ¡Quería quemar la iglesia! Maté a varios y… ya se retiraban, pero vuelven al ataque ¡Son muchísimos!

—Bien hecho, soldado. Ahora defienda el muro, no suba al tejado de nuevo o le acribillarán. Ustedes dos, ayuden aquí a Jiménez. ¡Mi capitán! —gritó al verlo acercarse a la carrera junto con Alonso y un par de cabos—. ¿Es un asalto general?

—Parece que de momento solo atacan por aquí. Quiero que todos los hombres libres de servicio defiendan estos muros de inmediato. Martín, coge

a Olivares y la mitad de ellos y defiende el corral. Tú, Chaves, lleva los restantes a la sacristía, con el teniente Alonso. ¡Corre! Yo me quedaré aquí para coordinar las defensas. Ante la menor debilidad, avisadme en el acto.

Los oficiales y los cabos corrieron a cumplir los cometidos asignados.

—¡González! ¡Ven!

—A la orden de usted, mi capitán.

—Recorre los puestos de guardia y, de manera alterna, indica a los hombres que acudan aquí al oír el toque de corneta. En caso de peligro formarán un pelotón de refuerzo en cuestión de segundos. ¿Dónde diablos está Santos? ¡Lo quiero aquí ya! Cuando termines, habla con los tenientes y diles que sus secciones deben ignorar la llamada. ¿Lo has entendido? No quiero que a mitad de la refriega comience a reinar el caos. Corre y vuelve deprisa, te necesito aquí.

Los tagalos, a pesar de las bajas, avanzaban sin detenerse. Un grupo numeroso llevaba un par de escaleras pequeñas y se dirigía hacia el corral, pero allí, Martín Cerezo, apoyado por los hombres de la sacristía, opuso una resistencia feroz. Los sitiados, con una gran disciplina, abrían fuego, de manera coordinada y sostenida, a intervalos regulares. Ante la avalancha de metal, los filipinos no tuvieron más remedio que echarse cuerpo a tierra y mantener la posición a la espera de ayuda.

—¡Los hemos detenido! —dijo el cabo Olivares eufórico.

—Bien hecho —gritó Martín—. ¡No cejen! ¡Sigan así! Aguantaremos a los taos. —«Siempre y cuando sigan limitando el ataque al sector norte», pensó angustiado.

En la zona del altar, la situación era bien distinta. El fuego de los cazadores no reunía el suficiente ímpetu y no frenaba a los insurrectos. Apenas daban abasto para repelerlos. Catalán, con el arma descargada, auxiliaba a Jiménez a golpe de bayoneta.

—A la orden de usted, mi capitán.

—¡Santos! ¿Dónde diantre te habías metido?

—Estaba de guardia en la…

—¡Toca llamada! ¡Necesitamos refuerzos! —Al escuchar el cornetín, en el breve intervalo de tiempo que tardaron en recorrer los escasos treinta metros, ocho hombres acudieron al altar—. Ustedes tres ayuden a sus camaradas y el resto apilen esos bultos contra la pared. ¡Rápido!

Al terminar aquella improvisada peana, el capitán, armado con su revólver, se subió a la caja más alta, pero no logró asomarse. Los tagalos formaban una doble fila de tiradores y controlaban el acceso. Además, habían

inutilizado las dos aspilleras encajando a presión varios maderos. A los defensores tan solo les quedaba intentar que los insurrectos no penetraran en la iglesia. De las Morenas le voló la frente al primero que asomó y comprendió que apenas tenían tiempo. El enemigo no tardaría en acumular la tropa suficiente para forzar el muro. Agazapado, con la cara pegada a la cal del muro, vigilaba el alero del tejado. Se limpió el sudor de la frente con la manga de la guerrera y contempló a sus soldados. Alineados a su izquierda y derecha, pensó en lo disciplinados que eran. Justo en ese instante, por la experiencia que tenía sobre las tropas enemigas, se le ocurrió una posible treta. Era todo lo que tenía.

—González —susurró—. No hagáis caso ni de la de corneta ni de mis voces. —El cabo, sin comprender, levantó ligeramente las cejas—. ¿Está claro?

—Sí… Sí, mi capitán, está claro.

—Corre la voz, González. Santos, prepárate.

De las Morenas, con las manos haciendo bocina, gritó a pleno pulmón:

—¡Están desprotegidos! Ahora es el momento. Los cogeremos entre dos fuegos. Veinte hombres conmigo, el resto a la tapia. No quedará uno. Calad bayonetas. Abrid las puertas. Santos, toque de ataque. —El capitán, ante la perplejidad del corneta, hizo un gesto con las manos para que lo entendiera—. Toca, maldita sea.

Los insurrectos situados junto a la pared del altar, al oír la llamada temieron que los rodearan y comenzaron a romper filas y a huir hacia sus baluartes. Empezó como un leve goteo, pero enseguida, presa del pánico colectivo, la mayoría se sumaron a la retirada. Los más decididos y que aún no escapaban no tuvieron más remedio que correr a refugiarse. El capitán y los cazadores aprovecharon para ganar la posición en el muro y martirizar a los tagalos antes de que se escabulleran entre las tinieblas. El resto de las secciones filipinas, arrastradas por la desorganización de sus compañeros, se sumaron a la desbandada general. En menos de dos minutos el ataque se colapsó. Al desaparecer en la noche el último enemigo, los cazadores rompieron a vitorear. De las Morenas, exhausto por la tensión, sonreía satisfecho en silencio. Sentado sobre una de las cajas, con su revólver descargado aún en la mano, observó que se acercaban los otros oficiales.

—¡González! En cuanto se apague el último rescoldo de las antorchas, manda dos hombres a apropiarse de todo lo que hayan abandonado los insurrectos. Esas latas de petróleo nos serán muy útiles. Con la escalera no podrán y no veo forma de entrarla sin destrozar lo poco que nos queda de

cubierta. Súbanla a pulso y átenla a una de las vigas. Al menos ahí no la podrán utilizar. Ya la bajaremos en el futuro.

—Buena jugarreta, mi capitán. Los ha puesto en fuga —felicitó Martín Cerezo.

—Sí, brillante estrategia —afirmó Alonso.

—Gracias —De las Morenas sacó unas balas de su cartuchera y cargó su arma—, pensé que no perdíamos nada por intentarlo. Confié en que el caos producido por un nuevo ataque desordenaría sus filas. ¡González! Busca al doctor y pregúntale si necesita ayuda… —Guardó su revólver en la funda—. Déjalo, ahí viene con el padre Carreño. Doctor, ¿cuántas bajas hemos sufrido?

—Por el momento no he tenido que atender a nadie. Parece un milagro.

—¿Ni un herido con semejante tiroteo?

—Es un milagro. El Señor está al lado de los valientes —anunció el padre Carreño.

—No he visto muchos tagalos cobardes ahí fuera y mírelos ahora, sus cuerpos siembran la plaza. —Alonso se secó el sudor de la frente con un pañuelo—. Mañana permitiremos a los taos que recojan los cuerpos de sus compañeros. Es lo menos que merecen.

8 de agosto de 1898. Treinta y nueve días de asedio

Varios soldados francos de guardia, aprovechando la inhabitual tarde serena, se habían reunido después del rezo del rosario en el corral. Este sitio era el destinado para realizar todas las labores propias de un hogar. Se cocinaba, lavaba, acumulaban desperdicios y se vaciaban los cubos de excrementos a través de un agujero practicado en la pared. Aun así, este lugar se había convertido en el preferido de los cazadores: era el único donde disfrutaban el esplendido cielo filipino. En cuanto podían y el tiempo lo permitía, se reunían allí para distraerse y escapar de la monotonía. Sentados en el suelo formando un corro, gozaban de la brisa, charlaban y escuchaban las ignoradas descargas de fusilería tagalas. En estas horas de solaz daban cuenta de la disminuida ración diaria de vino. Pedro Vila lo servía de una pequeña garrafa de cristal reforzada con cáñamo.

—Saboreadlo, no habrá más. Es la última ración.

—Ni vino, ni tabaco, ni carne —dijo Ramón.

—Ni mujeres —añadió Josep Pineda.

—Ni esposa, ni suegra. ¡Ay! Qué tranquila es la guerra. —Vila sonrió—. Aún me preguntan por qué me he alistado… Si los oficiales mandan menos.

—Lo que daría yo por estar un rato con una dalaga —suspiró Pineda—. Una bella y complaciente.

—Y una buena botella —sugirió Alcaide.

—No, no, el licor en pequeñas cantidades. Con una botella soy capaz de pedir a la dalaga en matrimonio. No, no más de un par de tragos al día.

—Míralo, ahora huye del alcohol. Se nota que ya sabe cómo las gasta —rio Ramón.

—Sí que lo sé. Ojalá lo hubiera sabido antes. —Pineda, cabizbajo, se rascó la nuca.

—¿Hiciste muchos disparates borracho? —preguntó Jiménez.

—Algunos… Todavía estoy pagando por el mayor de ellos.

—¿A qué te refieres?

—¿No conoces la historia? Es buenísima. —Ramón dejó su vaso de hojalata vacío sobre la tierra—. ¡Cuéntala, Josep! —Pineda resopló y se pasó la mano por el pelo—. Venga, si te encanta contarla.

Los cazadores, tanto los que ya la conocían como los que no, jalearon y le animaron a relatarla. Sus repetitivas peticiones, acompañadas de bromas, chascarrillos y risotadas, terminaron por convencerle. De las Morenas, al escuchar el jaleo, decidió acercarse a ver qué sucedía. Fumaba una trompetilla, que adquirió previsor en Manila, y portaba un vaso de hojalata en la mano con su exigua asignación de vino. Por no molestar a la tropa, se apoyó en el dintel de la puerta del corral y bebió en silencio.

—¡Coño! ¡Qué pesados sois, cojones! Os mandaría a freír espárragos, pero no creo que haya muchos por aquí. —Los cazadores respondieron con un clamor de quejas y risas—. ¡Está bien! ¡Está bien! Lo contaré. —Los aplausos y los silbidos amortiguaron por un momento las detonaciones de las armas insurrectas. Pineda reparó en la figura de De las Morenas—. Disculpe, mi capitán, no le había visto.

—No quería interrumpiros, seguid, seguid, que me habéis picado la curiosidad. ¿No te importará que te escuche?

—Le advierto que no es una gran historia. —Se levantó y, llevándose el puño a la boca, carraspeó un par de veces—. Bien, como sabéis, yo vengo de una familia humilde, soy un sencillo panadero. Tengo la suerte, o la desgracia, que mis azotes me costó de joven, de tener un tío, mi tío Domingo, que es rector de una parroquia en Masnou. Gracias a él conseguí trabajo en un horno de Barcelona. Las jornadas eran largas, aunque no tanto ni tan duras como las del campo.

—Pues tenías razón, no es una gran historia —ironizó Alcaide.

—Paciencia, mi buen público, es la vida de un panadero, no del Quijote. Como decía, me gustaba el trabajo, hacer pan era agradable y la vida en Barcelona una maravilla. Tenéis que ver los espectáculos del Paralelo: guiñoles, vodevil, teatro, circo, conciertos y música de todo tipo, como si fuera siempre carnaval. Allí podías comer y beber por cuatro perras. En la taberna de Tere, *La Deslenguá*, preparan unas sardinas en escabeche buenísimas, su olor reviviría a un muerto. Cada quince días libraba y gozaba la ciudad. Ya lo creo que la gozaba —repitió guiñando un ojo—. Iba con mi gran amigo Enrique a los cafés, a buscar criadas que se sintieran solas para aprovecharnos de su inocencia. El bellaco era bueno, con su porte torero, sus modales de marqués y su labia de político las embaucaba como nadie. Y yo no le iba a la zaga. —Un coro de burlas, presumiendo su mentira, se alzó entre la audiencia—. No me lo invento, os lo prometo. Claro que no todo era tan fácil, muchas veces teníamos que huir de hermanos y demás parientes o

hacernos novios de ellas, que aún era peor. Y así vivía hasta que quiso el rey llamarme a su servicio. Me destinaron nada menos que a Filipinas.

—¡Eso me suena! —dijo Ramón.

—Pero para fortuna mía llegó mi buen tío al rescate. Muy generoso él, y a fuerza de insistir mi madre, pagó mi redención. Dos mil pesetas, no había visto yo tanto dinero junto en mi vida…

—¡Eso ya no me suena! Lo que hubiera dado yo por que fuera mi tío.

—Así, gracias a mi tío el páter, pude seguir de paisano. Pero un día, uno que no olvidaré nunca, el bellaco de mi amigo Enrique, y ahora entenderéis por qué lo considero así, me llevó a un café nuevo. Allí hablamos con las sirvientas de un industrial, pero no hubo manera de conseguir nada de ellas. Eran de esas que presumen de decentes y no dan su brazo a torcer. Cuando quisimos darnos cuenta, la tarde había pasado. No había tiempo ya para mozas formales, así que decidimos irnos a las tabernas cercanas al puerto; a beber barato y encontrar mujeres de esas que se arriman mientras escuchen el repicar de las monedas. Y ya lo creo que bebimos. Vino, mucho vino peleón y también algo de Calisay. A partir de ese momento mis recuerdos se vuelven confusos. Las damas de la noche, que bebieron nuestro licor y solo nos dieron charla, desaparecieron cuando nuestro dinero se esfumó. De la última tasca, ya con las claras del día, tuvimos que salir apoyándonos el uno en el otro. Caminamos un rato por la calle, razonando tontunas de borracho hasta que, no sabría deciros cómo, empezamos a discutir sobre quién de los dos era más hombre. Un tipo que nos escuchó, muy listo él, se metió en la conversación y nos engañó como a niños. ¿Sabéis dónde se prueba la hombría? En el campo de batalla, dijo él muy ladino. ¿Este? Si le libró del servicio un tío cura, no se acerca a un cuartel ni atado. ¿Yo? Grité indignado, tengo más redaños que tú. Me alisto al ejército ahora mismo. ¿Tú? Eso me gustaría verlo, me contestó. ¿Lo quieres ver? Pues vamos a la oficina de reclutamiento, verás a un hombre de verdad y no un cobarde como tú. Si te enrolas, me apunto contigo. Eso también lo quiero ver yo, le dije. Lo verás, dijo, ya lo creo que lo verás. No te dejaré solo, amigo. ¿He dicho amigo? Compadre, ¡hermano!, chilló en plena calle. Y abrazados por los hombros, disfrutamos la sincera amistad de los que comparten una cogorza. Nos dirigimos a la oficina de reclutamiento entonando canciones patrioteras y guiados por aquel tipo, muy amable él. Allí realizaron el papeleo con la mayor rapidez que he visto en mi vida. Enseguida redactaron mis documentos y, a pesar de mis continuos tambaleos, pude firmarlos. Me senté en un banco con Enrique a esperar su turno y cantamos una alegre sonata, pero un capitán, con mala leche y peor aliento, entró y, con

la vena del cuello a punto de explotar, gritó que nos callásemos de una santa vez, y digo santa porque estamos en una iglesia, no porque es la palabra que dijera él. Me bombardeó a salivazos al preguntarme la razón de aquella juerga que nos traíamos y sobre qué demonios hacíamos allí dos zánganos como nosotros; él se encargaría de meternos en cintura, por sus muertos que nos destinaban a ultramar. Perdí la merluza en el acto y el desgraciado de Enrique también, porque tuvo la brillante ocurrencia de largarse del cuartel a toda prisa. El tipo aquel, sin alarmarse, exigió sus doscientas cincuenta pesetas por presentarme y se marchó. Al pasar por mi lado, muy decoroso él, se tocó el ala del sombrero y me sonrió.

—Te liaron bien, ¿eh? —se burló Alcaide. Pineda resopló.

—¡Ay! Como podéis ver, aquel capitán, Dios lo tenga en su gloria, cumplió su palabra. A los dos días vino mi tío, mi buen tío Domingo, el rector de una parroquia en Masnou, a verme. El sinvergüenza de Enrique había tenido la decencia de comunicar mi destino a mi familia. El cielo se me abrió. «Mi buen tío les dirá que esto era un malentendido, que soy un calavera y no valgo para la milicia», pensé casi dando saltos de alegría. Corrí a abrazarlo, pero no pude llegar; cuando estaba a medio metro de él, me soltó el mayor bofetón que he recibido en mi vida, y os aseguro que he recibido muchos. Tanta fue su fuerza y mi sorpresa que caí al suelo. Allí me pateó una, dos y hasta siete veces mientras preguntaba por sus dos mil pesetas. Por fortuna dos sargentos lo pararon antes de que me rompiera alguna costilla. Menos mal que es un hombre mayor y no está hecho a trabajos duros. Tuve noticia suya unos días después. Me dijeron que había decido usar todas las posibles influencias que tuviera…

—No le sirvieron de mucho —interrumpió Catalán.

—Al contrario. Se aseguró de que acabará aquí, en Filipinas.

—Caray con tu tío, yo te envidiaba al principio tu historia.

—Sí, al principio mi vida era envidiable. Y ahora, aquí estoy, viendo mundo…

—Desde luego —De las Morenas sonrió—, cuando volvamos a casa, si no encuentras trabajo de panadero, búscalo en la farándula. No tardarás en ganar esas dos mil pesetas que reclamaba tu tío.

Aplaudieron todos los compañeros menos el soldado Francisco Rovira. Había escuchado el relato en silencio, sentado en un taburete, con la tez lívida y los ojos entornados. Sintió una repentina arcada y, al tratar de incorporarse, volcó con la rodilla su vaso de hojalata. Vomitó mientras su ración de vino aún intacta se derramaba sobre la tierra húmeda. Las protestas de sus

camaradas ahogaron el ruido de nuevas arcadas. Rovira, una vez que hubo terminado, permaneció quieto, de hinojos, apoyándose en la palma de la mano. Jadeaba y sufría violentos estertores. Cuando consiguió controlar la respiración, barboteó unas disculpas.

—Lo siento… Me encuentro fatal… y tengo… tanto frío…

El capitán De las Morenas se acercó al soldado y, con cuidado, lo ayudó a sentarse. Tocó su frente y notó que tenía un fuerte acceso de fiebre.

—Estás ardiendo, hijo. Jiménez, Alcaide llevadlo a la enfermería. Boades, busca al doctor por si no estuviera allí. Catalán, echa unos cubos de agua sobre el vómito. No os preocupéis. Son unas simples fiebres tropicales.

11 de agosto de 1898. Cuarenta y dos días de asedio

Madrid

Aquella tarde, como casi todas, el Café Suizo se encontraba repleto de caballeros que aguantaban de manera estoica el calor enfundados en trajes oscuros. La etiqueta social tan solo les permitía la libertad de despojarse del sombrero. Así vestidos, discutían sobre política o economía y, las más de las veces, sobre toros. Se hablaba con más fervor de la grandeza de un torero que de las operaciones militares de la guerra en curso. Y tal era su pasión que raro era el mes que no surgía algún duelo entre los contertulios.

Con las bandejas en alto y protegidos con un mandil que siempre llevaban impoluto, los camareros esquivaban a clientes y compañeros con una habilidad sorprendente. Era uno de los pocos sitios de Madrid donde las comandas se servían con puntualidad europea.

En el salón blanco, el único reservado exclusivamente para señoras, Carmen Alcalá degustaba un chocolate acompañada de Josefina, la criada familiar, y de sus cuatro hijos. Con una pequeña cucharilla metálica daba sorbos de su bebida a Enrique. Las cuatro niñas bebían agua de cebada servida en pequeños vasos de cristal. Josefina, que no tenía dinero para disfrutar de un ácido agraz, se mostraba, cosa insólita, silenciosa. En Baena, cuando visitaban de tanto en tanto un café, Carmen solía convidar a la sirvienta, pero en Madrid, con el aumento de gastos, apenas podía permitirse las consumiciones de la familia.

Compartió la última cucharada con su hijo y apartó la taza al medio de la mesa, lejos del alcance de sus manos infantiles. Sacó un pañuelo, uno barato de paño que llevaba para ocasiones como esa, y, a pesar de sus protestas, le limpió la boca al pequeño. Comprobó una vez más que sus hijas se comportaban con el decoro adecuado y llamó a uno de los camareros.

—Mozo, ¿podría traerme un diario?

—¿La señora prefiere alguno en concreto?

—*El Imparcial* estaría bien.

Lo habría pedido nada más sentarse, pero la impaciencia de los críos no se lo había permitido.

—Trataré de encontrar uno libre.

Al poco rato volvió el camarero con el periódico y la mujer del capitán comenzó a leerlo con avidez. Desde que había estallado la guerra se había convertido en una ávida lectora de prensa.

—¿Dice algo de padre?

—No, Carmencita, pero de Filipinas, sí. Hay muchas noticias, pero no veo que digan nada del pueblo donde sirve vuestro padre.

—¿Cómo va la guerra, señora?

—Mal. Los yanquis están atacando Manila. —Tras devorar las cinco columnas con las noticias de los combates que conformaban la primera página, Carmen pasó a la siguiente y reparó en uno de los titulares—. ¡Negociaciones para la paz! —Alzó tanto la voz que varias señoras se volvieron hacia ella—. ¡Mirad! Dicen que están negociando la paz con los americanos. —Josefina, que no sabía leer, miró el texto que señalaba su señora y se encogió de hombros—. ¡La guerra va a finalizar!

—¿Y quién ha ganado?

—Pues supongo que ellos, aunque eso ya no importa. Lo que cuenta es que las tropas volverán a casa.

—Pero el señor no estará muy contento. Ha perdido la guerra.

—A mí eso me da igual. Lo prefiero vivo y derrotado que muerto y victorioso. No, Josefina, ya se preocuparán los políticos por el desastre que han causado. Nosotros nos alegraremos de que por fin termine este infierno. Bastante han sufrido ya mi pobre marido y sus compañeros. Por no hablar de lo que hemos padecido las esposas y madres.

—¿Vuelve padre? —preguntó María, la cuarta de las hijas, que apenas recordaba a Enrique, ya que solo tenía dos años cuando este partió.

Carmen sonrió y acarició el pelo de la niña.

—Sí, mi cielo, dentro de unos meses estará aquí.

13 de agosto de 1898.
Cuarenta y cuatro días de asedio

Manila

Tras varios días de negociaciones secretas, efectuadas al más alto nivel a través del cónsul belga, los españoles y los americanos concertaron la rendición de la capital. Para salvaguardar el honor del general hispano, se había establecido la representación de una pantomima con fuego real.

A las nueve de la mañana, la escuadra estadounidense avanzó a media máquina hacia el fuerte de San Antonio Abad. Al llegar a distancia óptima de tiro, fuera del alcance de las baterías hispanas, inició el pactado bombardeo sobre los baluartes. Después de media hora, una lluvia torrencial obligó a los americanos a acercarse más a la costa. Sus descargas, ahora más precisas, abrieron brechas entre los muros y mataron a varios soldados.

En las defensas costeras, el alférez Ripoll recibió orden de proteger la retirada de una batería que se encontraba apostada en la trinchera comprendida entre los blocaos trece y catorce. Con sus veinticinco soldados indígenas la escoltó sin percances hasta la plaza. Los hombres, en su mayoría de etnia distinta a la tagala, permanecían fieles. Concluida su misión, volvió sobre sus pasos a su posición inicial.

Pasadas unas dos horas, y con el sol secando las cubiertas de los barcos, el comodoro Dewey ordenó enarbolar las banderolas de señales que conminaban a rendirse a los defensores. El capitán general, Fermín Jáudenes, consideró, con esta breve escaramuza, salvada su dignidad y la de su patria, y capituló al instante. Sin un atisbo de desazón, incluso aliviado, ordenó izar bandera blanca.

Un murmullo de rechazo recorrió las filas del Estado Mayor español y demás generales, jefes y oficiales. Un orgulloso coronel de caballería, ignorante del acuerdo previo, sufrió una conmoción al ver la sorprendente claudicación. Presa de la ira y de la impotencia, con lágrimas resbalándole por las mejillas, se abalanzó sobre Jáudenes y le reprochó su actitud. El general, que había prometido una resistencia a ultranza, avergonzado por las recriminaciones de su subalterno e incapaz de defenderse o tan siquiera de

reprender aquella insubordinación, no reunió el valor para mirarlo a la cara, le dio la espalda y se refugió en su despacho. El jefe, llorando como un niño abandonado por su madre, sacó su sable y lo partió en dos golpeándolo con fuerza contra su pierna. Lanzó los trozos al mar y corrió hacia el estandarte de su regimiento. De un tirón lo desenganchó del asta y lo escondió debajo de la guerrera.

—Te protegeré con mi vida —masculló—. Antes moriré que entregarte al enemigo. Te juro que yo sí cumpliré con mi deber.

Otro de los jefes, el coronel al mando de las defensas costeras, no pudo soportar esta nueva decepción. Hacía poco más de un mes, el anterior capitán general, Basilio Agustí, le había prohibido apoyar a la flota durante la batalla de Cavite, y tuvo que ver impotente cómo los yanquis, uno a uno, destrozaban todos los buques. Y hoy, de manera inexplicable, le habían vuelto a vetar el uso de sus baterías. Con los ojos enrojecidos y un regusto amargo en la garganta, el genuino sabor de la frustración, contempló aquella maldita bandera blanca. Se mecía inquieta al enfrentarse a la brisa que provenía de la bahía. Ese distintivo solo podía significar una cosa: había fallado. Ahora comprendía que debió ignorar aquellas órdenes ominosas y asumir la responsabilidad moral que sobre él pesaba. Debía haber apoyado a los hombres de la escuadra. Tras entender que su honor quedaría para siempre en entredicho, no le costó decidirse y actuar. Desenfundó el revólver, se lo apoyó en la sien y se descerrajó un tiro.

Al alcanzar de nuevo su puesto, el alférez Ripoll vio cómo un regimiento norteamericano avanzaba sobre la trinchera. Sin que nadie le hubiera avisado de la capitulación, organizó a su pequeña unidad y lanzó un ataque contra el enemigo. Dada su abrumadora superioridad, los norteamericanos aniquilaron a la sección hispana con facilidad. El joven oficial, herido en la mano izquierda, ordenó la retirada cuando ya solo quedaban tres soldados indemnes. Volvió lisiado, con su unidad diezmada a una ciudad rendida horas antes.

15 de agosto de 1898. Cuarenta y seis días de asedio

Baler

Se sucedían ya varios días de aguacero. Los cazadores, las veces que disponían de tal posibilidad, se apretujaban buscando los últimos sitios donde podían mantenerse secos. Hartos de cobijarse, en cuanto la lluvia aminoró, y a pesar de que aún chispeaba, salieron al patio. La alegría duró poco. Caminaban entre aquellas cuatro paredes trazando pequeños círculos, cabizbajos y aburridos, con el barro hediondo cubriéndoles hasta los tobillos. Pedro Planas, que había cumplido su servicio de guardia en el campanario, se les unió y les propuso cantar. Aceptaron en el acto; siempre era bienvenida cualquier actividad que fuera útil para romper la monotonía.

—Bien, organizad dos filas. La mitad delante y la otra detrás. Venga, que no es tan difícil. ¡Empecemos con *La marcha de Cádiz*!

Los hombres comenzaron a berrearla con la algarabía y desatino habitual, aunque esta vez sonaba algo diferente. Planas frunció el ceño y avivó el oído, pero los esporádicos disparos tagalos, el ruido producido por el mar embravecido y las últimas gotas de lluvia repiqueteando sobre el tejado, no le permitieron descubrir de dónde partía la mejora del coro. Levantó las manos reclamando silencio.

—A ver, algo extraño sucede, hoy no desafináis tanto como de costumbre. A ver… Catalán, no, tú ni de lejos. Chaves, menos… ¡Pineda!, creo que nunca te habías unido al coro. Canta tú solo la marcha.

El soldado asintió con la cabeza y entonó la canción.

Que vivan los valientes,
que vienen a ayudar,
al pueblo gaditano
que quiere pelear.
Y todos con bravura,
esclavos del honor,
juremos no rendirnos
jamás al invasor.

Al oírle, todos, hasta los que estaban de guardia, se giraron ensimismados para descubrir de dónde provenía aquel chorro de voz.

—¡Caray, qué maravilla! ¡Eres un barítono de primera! Tenía razón el capitán, lo tuyo es el mundo del espectáculo. ¿Cómo es que no te has unido antes a nosotros?

—Tenía mejores cosas que hacer. Ahora, en cambio…

—Durante un momento, y solo durante un momento, has hecho buenos a estos palurdos. Increíble. Venga, otra. ¿Conoces la letra del himno del batallón?

—Para no conocerla… Si siempre canturreáis las mismas canciones…

—Nuestro repertorio está acorde con nuestra calidad, ambos son escasos. Bien, si te lo sabes, cántalo desde el principio. Y el resto intentad seguir, dentro de vuestras limitadas aptitudes, la interpretación de Pineda. Os ayudará a mejorar, hatajo de zoquetes.

—Como sigas así, va a cantar quien yo te diga —se quejó Jiménez.

—Perdón, no se me ofendan las damiselas. Venga, Pineda, desde el principio.

El soldado cantó y su prodigiosa voz se elevó más allá de las paredes del corral, recorrió la iglesia y llegó incluso hasta las trincheras tagalas. Acostumbrados al desafino del coro, todos los oficiales y compañeros sin servicio se asomaron a escuchar aquel milagro. La voz grave y poderosa de Pineda sonaba tan hermosa que la vida en Baler, durante unos segundos, se detuvo a escucharla. Incluso los más fervorosos insurrectos, extrañados, cesaron sus descargas. Así el cazador interpretó, en un paraje casi en silencio, el último párrafo:

Viva el monarca que nos gobierna.
Viva la insignia del Batallón.
Viva España la hidalga tierra,
sea primero nuestro pendón.

Los tagalos, a pesar de que casi ninguno entendía el castellano, reanudaron sus descargas con mayor vigor al oír el nombre del país que les subyugaba. Protegidos por los muros, de algo más de dos metros de alto, el destacamento en pleno lo vitoreó y aplaudió durante un largo minuto. Las balas filipinas o pasaban alto y se perdían o se estampaban contra los toscos muros de mampostería, pero una, tras chocar contra la pared que compartía el corral con la iglesia, rebotó e hirió a Planas en la frente. El cazador cayó y se retorció por el suelo entre gritos y jadeos. El doctor Vigil, que se encontraba

entre el improvisado grupo que había salido a escuchar a Pineda, corrió a su lado. Mandó a dos soldados que lo sujetaran y, una vez inmovilizado, inspeccionó la herida.

—Ha tenido suerte, Planas, solo es una contusión en la parte media de la región frontal. —El soldado le miró con los ojos desorbitados y la boca abierta—. Un rasguño leve en la frente, no tema por su vida. Como le he dicho, ha tenido suerte.

—¿Suerte? —preguntó mirando la sangre que comenzaba a secarse sobre sus dedos.

—Sí, la bala le dio de refilón, un impacto directo habría sido mortal.

—¿Suerte?

—Tranquilo, túmbese. No se levante. Parece que se ha conmocionado. —El doctor le puso la mano en el pecho y empujó levemente para recostarlo, pero el cazador lo ignoró.

—¿Suerte ha dicho? Con todos los que estábamos aquí, me llevo yo el balazo, ¿y tengo suerte? ¡La de la fea!

—Bueno —sonrió el médico—. Es otro modo de verlo.

20 de agosto de 1898. Cincuenta y un días de asedio

Desde una de las ventanas del coro, los dos tenientes oteaban la plaza. Dos hombres, uno hispano y otro filipino, con la bandera blanca se acercaban a la iglesia.

—Parece que esta vez el mensajero es un sacerdote —dijo Martín Cerezo.

—Si no me equivoco, es el padre Juan López de Casigurán —advirtió Alonso—. ¿Vendrá a pasar el cepillo? —Mientras se asomaba a la nave de la iglesia pudo ver por el rabillo del ojo a su colega sonriendo—. Jiménez, indica cómo entrar al fraile. —Y volviendo sobre sus pasos, abrió la ventana —. ¡Padre, pase usted, pero que el tao se quede fuera!

—¿Otra pantomima? —preguntó Martín.

—No lo sé, bajemos a averiguarlo. A ver si al menos recibimos alguna noticia fresca.

Los dos oficiales descendieron hacia la planta principal, pero a mitad de camino se detuvieron al escuchar al cabo Olivares.

—Mi teniente, viene alguien más, parece que es el otro cura de Casigurán… El padre Arinaga, pero viste con ropa seglar.

—Minaya, el padre Minaya. Comprueba que sea él y baja enseguida a reunirte con nosotros, Martín.

Nada más traspasar la gatera, un penetrante olor acre y ácido sacudió las entrañas de fray López. Una atmósfera densa y cargada, más propia de una cochiquera que de un templo, lo envolvió y le produjo un involuntario mohín de asco. Se detuvo y entornó los ojos para acostumbrarse a la penumbra existente en la nave. Aunque el sol aún lucía con fuerza, la semioscuridad dominaba el templo. Apenas distinguió los rostros de los hombres que le ovacionaban y se acercaban a recibirlo. Con la cercanía y con las pupilas ya más habituadas, reconoció, gracias a sus visitas anteriores a Baler, a algunos de los cazadores. Destacaba entre ellos el comandante político-militar, pues, además de llevar su gorra blanca, era de los pocos que conservaba el uniforme completo. El capitán, después de besarle la mano, le invitó a seguirlo, pero el fraile, recordando dónde se encontraba, iglesia y no fortaleza, se dirigió a la pila del agua bendita y se santiguó. Enseguida, el resto de oficiales, acompañados del médico y del padre Carreño, se acercaron a saludarlo con

fruición. Más allá de un compatriota o un religioso, fray López representaba una bocanada de aire fresco. Una nueva oleada de aclamaciones anunció la entrada de un sonriente Minaya.

De las Morenas, sabedor de lo cruel que sería para los hombres mantener un encuentro aislado, mandó instalar una mesa en medio de la nave. Ante ella se sentaron los tres sacerdotes, el capitán, los dos tenientes y el médico. Los soldados francos de servicio, ávidos de novedades, rodearon la mesa inquietos. Durante unos largos segundos, los oficiales, temerosos, permanecieron callados. Sabían que su esperanza podía morir en el mismo momento en que hablaran los franciscanos. Al fin, De las Morenas carraspeó para templar la voz y les preguntó acerca de las noticias que portaban. El padre López narró todo lo que le habían dicho los filipinos sobre la marcha de la guerra.

—Sepan que nosotros venimos de Casigurán. Tan solo llevamos dos días en este pueblo —añadió Minaya—. No tenemos constancia de que lo dicho sea verdad.

—De modo que ustedes no han visto nada de lo contado.

—Nada. Todo nos lo dijo Novicio Luna. El muy traidor está al mando. —Minaya mostró un mohín de asco.

—Poco ha durado el tal Villacorta —dijo De las Morenas.

—Dijeron que estaba ausente, que había tenido que partir con premura para Nueva Vizcaya. No debe tardar en volver.

—Lo que deben saber —aseveró Minaya— es que no conocemos ningún hecho que podamos asegurar que sea cierto, solo rumores. Hemos preguntado e intentado sonsacar a nuestros captores, pero la mayoría no estaban informados de primera mano y muchas de sus noticias eran contradictorias.

—Lo dicho, una patraña más —sentenció Alonso—. Es impensable que nuestro ejército haya sufrido tal debacle. Esos bandidos pretenden engañarnos, pero no lo conseguirán.

—La misma cháchara de siempre —dijo el capitán—. Queridos padres, no vamos a dejarles en la estacada, así que ustedes ya no salen. Se quedan con nosotros. No permitiremos que vuelvan a caer prisioneros.

Martín Cerezo levantó las cejas de manera apenas perceptible mientras que Minaya, entusiasmado por la idea, sonreía abiertamente.

—Con gusto me quedaría —dijo López—, bien lo sabe Dios, pero señor comandante…

—Ya no puedo ejercer mi cargo. Ahora tan solo soy capitán del ejército.

—No creo que sea una buena decisión —continuó fray López—, si alguna vez caemos de nuevo prisioneros de los tagalos, nos pueden matar por fugarnos.

—No tema, padre. No permitiremos que vuelva a ocurrir. Disponemos de víveres y munición en abundancia. Antes de que se terminen deben venir a auxiliarnos. Esto no durará mucho ya. El socorro llegará en cuanto finalice la guerra entre España y Estados Unidos. Venza uno u otro, vendrán a rescatarnos. Esto es de razón y está basado en el derecho de gentes. Además, si tardaran más de lo esperado, tenemos médico y botiquín. —De las Morenas señaló al doctor Vigil.

—Les doy a ustedes mi palabra de que, llegado el caso, les curaré —prometió confiado el doctor.

—Como jefe del destacamento que soy —dijo Alonso—, me opongo a que salgan.

—Padres, ¿dónde van a estar ustedes mejor que en la casa de Dios? —preguntó Carreño.

—¡Nos quedamos! —Minaya se levantó de la silla y tendió la mano a De las Morenas, que le correspondió con un fuerte apretón—. Somos españoles, lo que sea de uno, será de todos. Permaneceremos juntos hasta la muerte o hasta la liberación.

—¡Viva España! —gritó el cabo Olivares.

Todos los hombres, tanto los franciscanos como oficiales y tropa, contagiados por la emoción, respondieron dando vivas a su lejano y despreocupado país.

—Soldado —Alonso apuntó con el dedo a uno de los hombres—, suba y arríe la bandera blanca. A partir de ese momento abran fuego contra cualquier indio que vean. Se acabó el parlamento.

21 de agosto de 1898.
Cincuenta y dos días de asedio

A primera hora del día, un cornetín filipino entontó la señal convenida para la negociación. Un soldado tagalo, descamisado, descalzo y con la consabida bandera blanca, llevó un mensaje del capitán Novicio. Se quejaba en él del incumplimiento de lo pactado, pues los españoles se habían saltado las leyes internacionales al retener a sus emisarios. Exigía su devolución inmediata y amenazaba con hacerles pagar esta felonía.

De las Morenas, tras leer el texto en voz alta, hizo una bola con la nota y la lanzó sobre la mesa.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó el padre Juan López con un leve balbuceo.

—No se preocupe. Ya le dije que no dejaremos a unos compatriotas en la estacada.

—No obstante —intervino Martín Cerezo—, son ellos los que deberían decidir su futuro. Esta será su última oportunidad para no enemistarse con los tagalos.

—Eso no es discutible. Entiendo que mi autoridad no llega ya más allá de estas paredes, pero sigo siendo el comandante político-militar del distrito del Príncipe. Y los frailes son los últimos habitantes a los que puedo socorrer.

—¿Y les obligará a sufrir nuestro destino? Mi capitán, ellos tienen elección.

—Y elegimos quedarnos. —Minaya se levantó de la silla—. Cuando entré aquí y me vi rodeado de compatriotas, me desapareció el peso que me había oprimido el pecho desde que me capturaron. No sé qué pensará el padre, pero yo me quedo.

—¿No seremos una molestia? —preguntó fray López.

—En absoluto. Será un placer contar con su presencia.

—Gracias, capitán. ¿Qué va a hacer al respecto de la queja de Novicio?

—Nada. Estoy harto de contestar mensajes sin sentido.

—¿No sería mejor darles una respuesta? —insistió el padre López.

—Lo único que quieren es que ustedes salgan, como no van a salir, no creo que les importe lo yo que pueda escribirles. Con todo, para que se queden más tranquilos, les enviaré una misiva y asumiré la decisión.

De las Morenas volvió a sentarse, cogió una hoja con el membrete de la Comandancia del Príncipe y una pluma estilográfica lacada en negro y escribió con rapidez una nota. Al terminar se la entregó a fray López, que la leyó en voz alta:

> El hombre que nosotros recibimos como parlamentario era uno que tenía bandera blanca. Lo respetamos en todo momento y volvió ayer mismo con sus camaradas insurgentes. En cuanto a los frailes, que no portaban insignia alguna de emisarios, se han quedado aquí porque creíamos que los mandaban para que nosotros, como españoles, los socorriéramos, pues vosotros no tendríais para darles de comer. De todos modos, es mi decisión retenerlos. Agradeceríamos nos remitierais lo que tengáis allí de ellos, si es que algo les habéis dejado.

De las Morenas, mientras se retorcía el bigote con una mano, contempló a los oficiales y frailes sonriendo. El teniente Alonso dio varias palmadas y se rio a carcajada tendida.

—Pagaría por ver la cara que va a poner el granuja de Novicio cuando lea el mensaje.

—No creo que le haga mucha gracia —aventuró el padre Juan López.

—Mejor, a ver si los enfadamos e intentan otro ataque, que nos lancen todo lo que tienen y así los liquidamos de una… Estoy harto… Quisiera acabar con esta interminable espera de una vez por todas.

—Paciencia, Alonso. —El capitán alzó la voz para hacerse oír por la tropa—. Nuestra mejor arma es la perseverancia. No tenemos ninguna prisa. Podemos aguantar un año si es necesario. Ya vendrán a relevarnos. Dejemos que sean los insurrectos los que se apresuren y cometan un error.

—Solo espero que no sea necesario aguantar un año —musitó Alonso al oído de Martín—. No sé si podría soportarlo.

Al anochecer, una algarabía ensordecedora surgió de las trincheras que rodeaban la iglesia. Los insurrectos emitían de nuevo sus salvajes bramidos para amedrentar a los españoles. Sus alaridos tremebundos llegaban desde todas direcciones. Los cazadores, habituados ya, no se inquietaban por semejante táctica, pero admiraban la magnificencia del conjunto. Durante más de treinta minutos mantuvieron la tormenta de gritos y alaridos para, de repente, cesar de golpe. El sorprendente silencio resultó aún más sobrecogedor. Una voz quebró la paz de la noche, un sujeto con fuerte acento tagalo, ora amenazaba, maldecía y vituperaba a los kastilas, ora los alababa e invitaba a desertar ofreciendo suculentas ofertas. Después de un rato, y tan

espontáneamente como había concluido, el ululato se reanudó con la misma virulencia. Y así, combinando el estrépito con el silencio roto por aquella voz solitaria, continuaron hasta las diez de la noche. El repentino mutis de la guerra se transformó poco a poco en el habitual coro de sonidos nocturnos. La selva y la mar competían por imponer sus candencias. Por esta noche, la extraña función del hombre concluía y comenzaba la de la naturaleza.

22 de agosto de 1898. Cincuenta y tres días de asedio

Una súbita descarga de fusilería y artillería despertó a los sitiados que todavía dormían. Los cazadores continuaron indiferentes con sus tareas; en cambio, los dos frailes, novatos en este trance, y que dormían ajenos a su nueva realidad, se sobresaltaron y, convencidos de la inminencia de un ataque, se levantaron del catre de un salto. López se hincó de rodillas y comenzó a rezar. Minaya, a medio vestir, se acercó a la tronera más cercana y preguntó al soldado que la vigilaba por el asalto filipino.

—No se apure usted, padre —respondió ufano Alcaide—. Ahí no asoma nadie la cabeza.

—¿No nos asaltan?

—¡Quia! Siempre se amedrentan. Ya saben cómo las gastamos. No, quédese tranquilo, no nos atacarán.

El hostigamiento tagalo siguió durante media hora. La mayoría de los disparos erraron e impactaron en el edificio sin otra consecuencia que ocasionar poco más que un arañazo en los muros. Pero uno de los cañones, cargado de metralla y bien apuntado por un atrevido y veterano artillero, acertó de pleno en una de las ventanas del coro. Los pequeños pedazos de hierro destrozaron parte del postigo e hirieron a dos de los soldados que allí se encontraban.

Poco más de una hora después, Vigil terminó de curar al último de los heridos. Bernardino, su joven asistente sanitario y que conservaba aún un ligero acento gallego aprehendido en su pueblo de Lugo, vertió agua sobre una palangana. El doctor, que no la había solicitado, agradeció su eficiencia con un gesto y se lavó las manos y la cara. Al terminar, fue a la mesa donde se reunían los oficiales y se dejó caer en una silla. Se frotó los ojos lentamente durante unos segundos y comenzó a tomar notas sobre su actuación para incluirlas en su posterior informe, aquel que esperaba redactar a su regreso a Manila.

—¿Cómo se encuentran los hombres? —Martín Cerezo levantó la vista del libro que leía.

—Bien, han sido heridas leves, por fortuna se encontraban resguardados cuando impactó la metralla. Uno tiene una contusión en la nuca, y otro, la

nariz herida. Nada que no pueda curar.

—¿Y Rovira cómo sigue?

—Igual. Hago lo que puedo, pero de momento no logro sanarlo. —Se llevó el puño a la boca para reprimir un bostezo.

—¿Está cansado?

—¿Y quién no lo está? —preguntó el doctor—. Apenas tenemos tiempo para dormir y cuando por fin lo conseguimos, la lluvia, los gritos o los tiros nos martirizan.

—¿Quiere que hable con De las Morenas para que le libere de las guardias nocturnas?

—No, no, ya dije que ayudaría en todo lo que haga falta. El destacamento no puede albergar personas ociosas. Será cuestión de acostumbrarme a los nuevos compañeros de sueño.

—Apreciamos su actitud, pero no podemos permitir que nuestro único médico enferme. Le necesitamos en plenas condiciones.

—No se inquiete por mí, he trabajado duro toda mi vida.

—Disculpe si le he ofendido, no era mi intención. Solo pretendía…

—No se disculpe, Martín. Le comprendo. —El oficial asintió con la cabeza y volvió a centrarse en el libro—. ¿Qué lee?

—Las andanzas de Gabriel de Araceli. Me lo ha dejado el capitán, dice que me ayudará a evadirme.

—La he leído, de la primera serie. Y ¿qué le parece?

—Pues… Esta clase de novelas siempre me hace plantearme qué parte es historia y qué parte es ficción. No es un género que me convenza demasiado, pero claro, este autor son palabras mayores. —Martín Cerezo señaló el nombre del escritor en el lomo del libro.

—Pero ¿le gusta?

—Sí, es entretenida.

—Pues disfrútela como tal y no le dé más vueltas. Recuerde que es una novela y no un tratado de historia. El autor siempre tiene la última palabra. ¿Cuál de todas está leyendo?

—Gerona.

—Muy apropiado. Solo espero que nosotros tengamos más suerte.

—Por fortuna, doctor, nuestros enemigos no cuentan con Napoleón. Ni siquiera son un ejército regular. Les venceremos. Jamás conseguirán doblegar a España. Al menos no ellos solos.

—¿Y con el apoyo de Estados Unidos?

—Eso ya es harina de otro costal. Hay que ser realistas, es un país enorme, pero supongo que ellos estarán más interesados en nuestras colonias americanas. Allí destinarán sus mejores buques y ejércitos. Aquí, si todos los destacamentos y guarniciones actúan con el máximo esfuerzo, si se defienden cual gato panza arriba, como nosotros, podremos triunfar. Solo tenemos que cumplir con nuestro deber.

23 de agosto de 1898. Cincuenta y cuatro días de asedio

Al pasar junto a un grupo de cazadores que hablaban en corro, el padre Minaya los saludó con un movimiento de la mano y una sonrisa. Los soldados, ávidos de cualquier novedad, aunque solo fuera una cara nueva, lo acogieron entusiasmados.

—Buenos días, padre, si puedo ayudarle en algo no tiene más que decírmelo.

—Gracias, cabo…

—José Olivares, para servirle a usted y a Dios.

—No te preocupes, Olivares, el estar rodeado de hombres de vuestro temple ya es suficiente para mí. Sois unos héroes.

—¿Héroes nosotros? —se rio Ramón—. Cumplimos con lo que nos mandan y punto.

—Tenemos una buena posición defensiva —dijo Olivares—, armas, munición y comida de sobra. ¿Por qué habríamos de rendirnos? Solo debemos aguantar hasta que llegue una columna de socorro. Ya oyó al capitán, no ha de tardar mucho.

—Claro, pero es una labor extraordinaria la vuestra. Casi dos meses de sitio no es poca cosa. Me ha asombrado la disciplina que mantenéis y las obras de fortificación que habéis realizado, pero sin lugar a duda, lo que más me ha impresionado ha sido el fervor religioso que profesáis. Es maravilloso que recéis el rosario todas las noches. —Varios de los soldados asintieron en silencio.

—Fue idea del padre Carreño, nos dijo que debíamos pedir, ahora más que nunca, por la protección de María Inmaculada. A muchos nos pareció lo más normal; al fin y al cabo esto es en una iglesia.

—Es bueno buscar el aliento en la Emperatriz de los Cielos.

—¿Sabe, padre? Ya lo hemos hablado alguna vez entre nosotros. Muchos creemos que la oración ha hecho que la Providencia del Señor nos ampare. Estamos seguros de que la Virgen Santísima nos protege. ¿Cómo si no se explica el hecho de que los tagalos nos disparan día y noche y apenas hay algún herido leve? El suelo y las paredes están llenos de balas suyas. No podemos sino dar las gracias a Dios…

Los dos tenientes caminaban de puesto en puesto de guardia. Se aproximaba las nueve de la mañana y hablaban con todos los centinelas antes del cambio de turno. Al pasar cerca del grupo del cabo y Minaya, escucharon la última parte de la conversación.

—El comentario de Olivares da que pensar, ¿no crees, Alonso?

—¿Sobre qué nos ampara la Virgen?

—Sí, me gustaría pensar que es cierto. Sería hermoso que, a pesar de la actitud mostrada en esta tierra por los frailes, de verdad nos guardara.

—Martín, por Dios, ¿te has dejado engañar por esta panda de beatos? El rezo del rosario y esa insensata creencia de la protección divina nos viene muy bien para mantener alta la moral de la tropa, pero ¿sabes? Me recuerda a aquella absurda perorata que contaba Novicio sobre su amuleto de cristal. Le protegía de las balas, decía. ¿Te acuerdas lo mucho que nos burlamos cuando nos lo contó el capitán? Pues no sé a ti, pero para mí emanan del mismo fanatismo. Ambos credos son fruto de la superstición.

28 de agosto de 1898.
Cincuenta y nueve días de asedio

Queridísima esposa:

El tiempo transcurre envuelto en un halo de uniformidad que dota a los días de una semejanza desconcertante. Al volver la vista atrás, no sabría distinguirlos sin mis anotaciones en el diario. Los recuerdos de una semana a otra se vuelven confusos. Mis actos son tan homogéneos y repetitivos que en ocasiones me detengo a pensar si ya he realizado alguna tarea. Las líneas del tiempo se tornan difusas, provocando que el ayer y el hoy se entremezclen. Esta incertidumbre sobre lo cierto y las constantes reiteraciones de lo cotidiano hacen más pesada y aciaga la espera.

He retomado mis cuentas: cincuenta y nueve días de asedio y guardias y tensión y combates y descanso deficiente y rancho mediocre y lluvia, mucha lluvia. ¿Hasta cuándo habremos de resistir? Hasta que nos releven. ¿Ha disminuido nuestro ánimo? En absoluto. Veo en estos jóvenes valientes que me acompañan el mismo afán por resistir que mostraron el primer día. Mentiría si dijera que no se quejan, lo hacen, pero de manera exigua y sin resentimiento, conscientes de su situación y de los males que conlleva.

Si bien ha pasado más de una semana, aún le doy vueltas a la decisión del capitán de acoger a los dos franciscanos. Entiendo su compasión cristiana e incluso su solidaridad con dos compatriotas, pero este edificio, aunque iglesia, es un puesto militar. No podemos permitir que pierda fuerza cobijando brazos inútiles para el combate. Nuestra capacidad defensiva debe primar por encima de todo; dos bocas más, a la larga, han de repercutir en las escasas raciones que poseemos. El padre Carreño se bastaba para satisfacer las necesidades espirituales de los hombres. Mejor habría sido que ellos siguieran en manos de los insurrectos, que, por otra parte, no les proporcionaron mal trato. Y es que no había necesidad de cobijarlos, pues no precisaban refugio.

He de reconocer que mi valoración puede verse influenciada por la pésima opinión que tengo del clero peninsular en Filipinas. Gran parte de la culpa de esta rebelión la tienen ellos. Sus constantes abusos, su

avidez de acumulación de tierras ha inducido al pueblo tagalo, antes fiel, a levantarse en armas contra España. A diferencia del teniente Alonso, no soy ateo, bien lo sabéis tú y Dios, pero su iglesia, que mal le representa aquí, ha acarreado muchos males a la causa española. De los políticos mejor ni hablar… Y ahora estos heroicos jóvenes deben pagar por los errores de otros.

Notarás por el tono de mi carta que ando desanimado. No te mentiré, nunca lo hago, mi moral flaquea. La vida tediosa que arrastro termina con el ánimo de cualquiera. Incluso mis recuerdos, por culpa de la horrorosa realidad, se han vuelto monótonos. He rememorado tantas veces lo mismos momentos que vivimos juntos…

Me entristece pensar en nuestra separación. Sé que algún día volveremos a vernos, pero se hace tan lejano. Rezo por que llegue el instante en que podamos encontrarnos y permanecer ya juntos por siempre. Quizá ocurra antes de lo que pienso. Solo Dios sabe cómo terminará este conflicto. Mientras dure, sufro la falta de comida y descanso, sufro las penurias de la guerra y, por encima de todo, sufro tu ausencia. Amarte fue un don de cielo; ahora comprendo que no lo aproveché al máximo. Siempre tuyo.

30 de agosto de 1898. Sesenta y un días de asedio

Un relámpago acabó por un instante con las tinieblas que cubrían el pueblo. Al momento, un enorme trueno lo secundó. La tempestad, que ya duraba un par de horas, arreciaba sobre Baler convirtiendo la tarde en noche. La fuerte lluvia golpeaba el tejado y se colaba por sus numerosos agujeros. Entre los charcos, los soldados, agazapados, se cubrían con aquello que tenían a su alcance, aguantando estoicos e impotentes. Debajo del techo del coro se refugiaba un grupo numeroso de cazadores. Sus voces se oyeron por encima de la tormenta.

—Mira que te dije que lo guardaras en secreto —gritó Loreto.

—Si no he comentado nada, nos habrán oído hablar —se defendió Ramón.

—Seguro que has bromeado a mis espaldas, siempre estás igual.

—¡Y dale! Ya te he dicho que no. Créeme. No sé si te habrás dado cuenta, pero no vivimos precisamente en el palacio del Escorial. Esto es muy pequeño, todo acaba por saberse.

—No debí contártelo…

—¿Contarme? Si hay que sudar la gorda para sacarte una palabra. Y, además, estás todo el día con esa pose tuya; esa mirada tan triste y ese hablar tan despacio… Solo te faltaba gritar su nombre desde lo alto del campanario.

—¡Clementa! ¡Clementa!

—¡Mi amor! ¡Clementa!

—¡Oh! Amor de mi vida, espérame.

—¿Ves lo que has conseguido?

—¡Otra vez! ¡Que yo no he dicho nada! ¿Y qué más te dará lo que digan? No seas crío.

—Ahora mismo, lo último que me apetece es que se burlen de mí.

—Mándalos a paseo y no les hagas caso. Solo lo hacen por aburrimiento. Si no les hicieras caso ya se habrían cansado. Míralos cómo se ríen los muy puercos…

—¿Qué sucede aquí? ¿A qué vienen estas voces? —Martín Cerezo se acercó al grupo acompañado por el capitán.

—No ocurre nada, mi teniente, no ocurre nada —se apresuró a decir Loreto con la esperanza de zanjar el asunto antes de que fuera a mayores.

—¿Qué sucede, Boades?

Ramón contuvo la respiración antes de contestar.

—Es personal, mi teniente.

—Mientras más de cincuenta hombres habitemos estos escasos metros sin posibilidad de separarnos, los temas personales no existen. No quiero que nada quiebre el espíritu de nuestra unidad. Por última vez, ¿qué sucede, Boades?

—Verá…, mi… teniente…, pues…

—¡Hable de una vez!

—Estos energúmenos se burlaban del soldado Gallego porque vive enamorado de una moza de su pueblo.

—¿Qué? ¿Y ya está? ¿Eso es todo? Pero ¿qué chiquillada es esta? ¿Por eso pegaban esos gritos? Me cago en la leche, esto parece el aula de un colegio.

—Verá, mi teniente, los muchachos solo hicieron un par de bromas, nada exagerado, pero él se lo ha tomado a la tremenda —dijo el cabo Olivares.

De las Morenas miró al aludido y vio el reflejo de la ira en su cara, hasta ahora siempre plácida y amable. Había visto esa mirada en compañeros y amigos suyos con anterioridad. «Diablos, si hasta yo mismo la he tenido», pensó recordando su época de cadete.

—Muchachos —dijo De las Morenas—, por el bien de nuestra convivencia, no soliviantéis a vuestros compañeros. Además, Loreto debería serviros de ejemplo. Llevamos dos meses aquí encerrados, no creo ya que tarden, pero no sabemos cuándo vendrán a liberarnos. Mientras tanto, será bueno para nuestro ánimo que nos aferremos a cualquier cosa que nos ilusione. La esperanza les ayudará a superar todas las dificultades. Deben anhelar la vuelta a España.

—Pero, mi capitán —observó Alcaide—, todos queremos volver a casa.

—Está claro, lo que pretendo decir es que busquen alguna razón especial, algo que ansíen con especial fuerza. Una razón que les ayude a soportar las penalidades de la guerra. Puede ser, como Loreto, una mujer, aunque también podría valer un trabajo, un proyecto, un objetivo. Todo lo que avive la llama de vuestro corazón. Espero que no, pero pueden venir tiempos peores; es conveniente que estéis preparados. ¿Cuál es tu razón, Boades?

—Me gustaría volver a trabajar las tierras, allá en Carlet. Creo que no hay nada como aquello.

—Perfecto. ¿Cuál es tu razón, Olivares?

—Yo quisiera obtener un buen empleo y formar una familia.

—Y tú, Pineda, aunque miedo me da… ¿Cuál es la tuya?

—Barcelona, quiero recorrerla… y gozarla de nuevo.

—El caso es que me lo imaginaba… —dijo sonriendo De las Morenas—, ¿y tú, Chaves?

—Me gustaría hacer carrera en el ejército.

—¿Un futuro oficial? Seguro que sí. Y bien, ¿cuál es tu razón, Gallego?

—Casarme con Clementa. —Loreto miró al capitán a los ojos—. Y me enfrentaré a todo aquel que intente impedirlo. Sea padre, hermano o amigo. Nadie me detendrá. Solo ella podría hacerlo.

—Tranquilo, hijo, que yo te doy mi bendición.

—Yo quiero volver a andar —dijo el cabo Jesús García sin aguardar a que le preguntara—. Solo pido eso.

—Tenga fe en Dios y en los cuidados del doctor Vigil. Es un buen médico. Hará todo lo que esté en su mano para que sane.

—Espero que sea suficiente —musitó el cabo.

—¿Y tú, Alcaide? ¿Cuál es su ilusión?

—Una sencilla, volver a casa de una pieza. Y hablo tanto de cuerpo como de mollera —dijo señalándose la sien—. Un tío mío sirvió en Cuba y regresó chalado perdido. Hasta se cagaba encima. Prefiero morir que vivir así.

—No sé si eso es exactamente una esperanza a la que aferrarse.

—Supongo que cada uno se agarra a lo que puede.

—¿Y usted, mi capitán? ¿Podemos preguntarle cuál es la suya? —preguntó Boades.

—¿Mi ilusión? La de cualquier padre de familia ausente. Ver de nuevo a los míos.

Madrid, 1 de septiembre de 1898. Sesenta y tres días de asedio

Por mucho que empujara el aro con el palo, Enriquito no sabía hacerlo rodar más allá de unos metros. Pretendía jugar como los mayores, pero solo tenía dos años y no era capaz. No sabía controlar su fuerza y, cada vez que intentaba impulsarlo, lo tiraba. Varios chicos mayores vieron su falta de habilidad y se burlaron. Enrique, al escucharlos, les sacó la lengua y les lanzó el palitroque. Al ver su comportamiento agresivo, la criada de la familia, Josefina, cogió al niño en brazos y lo llevó junto con su madre.

—Enriquito, hijo, no se lanzan cosas.

—¡Nenes malos!

—¡Ay! No sé qué vamos a hacer contigo. —Carmen revolvió el pelo de su hijo—. Anda, ve a jugar con tus hermanas.

—No, mamá —se quejó Carmencita, la primogénita de la familia—. No sabe saltar a la cuerda. ¡Tropieza siempre!

—Pues jugad a otra cosa, pero cuidad de vuestro hermano. No le deis trabajo a Josefina. Yo voy a resolver unos asuntos y ahora vengo.

—Sí, madre.

—Pero señora. ¿Otra vez va a ir al Ministerio?

—¿Y para qué hemos venido a Madrid si no?

—Si ya le han dicho varias personas que no pueden hacer nada.

—Esos eran unos don nadie. No pararé hasta que me reciba alguien importante.

—¿No estaríamos mejor en Baena?

—No volveremos sin mi marido, así que ve quitándotelo de la cabeza.

—¿Y si le escribe a casa? No se enterará usted.

—Ya te dije que Matilde me reenviará las cartas. —La señora hizo un gesto con la mano para cortar la discusión—. Estaos una hora más en el parque y después volved a la pensión. Yo acudiré por la tarde.

Carmen se acercó a sus hijos que jugaban en un corro, les dio un beso a cada uno y les ordenó, una vez más, que se portaran bien. El pequeño Enrique no quería separarse de su madre; lloró y se abrazó a ella con sus bracitos regordetes. La criada tuvo que agarrarlo para que no la siguiera.

Con el corazón encogido, pero sin volverse ni una sola vez, enfiló hacia el palacio de Buenavista. Este suntuoso edificio, antigua residencia de los duques de Alba, acogía desde hacía más de cincuenta años al Ministerio de la Guerra. En estos días había tanta gente que parecía un hormiguero azuzado. Carmen subió por la larga escalera central, adornada con tapices que copiaban escenas de grabados de Goya, y tomó el pasillo de la derecha para dirigirse a la Sección de Ultramar. Allí, tras varios días de personarse, había establecido cierta confianza con un joven oficial. Cuando la vio, el teniente Recuero se levantó y le besó la mano para ofrecerle sus respetos.

—Es usted infatigable.

—No hago ni la mitad de lo que mi marido haría por mí.

—Sepa usted que hoy tengo buenas noticias para usted.

—¿De veras? ¿Sabe algo de Enrique?

—No, no señora. No tan buenas.

—¡Oh!

La mueca de la mujer reflejaba a las claras la desilusión que se había llevado.

—Siento haberla confundido. No me expresé correctamente. Solo quería decirle que por fin ha venido el general.

—¿Y podré entrevistarme con él?

—Si no tiene cita, no creo.

—¿Entonces?

El teniente se inclinó hacia delante y se acercó a la oreja de la mujer, demasiado para el gusto de ella.

—Puede hablar con su ayudante, el teniente coronel Huertas. No sabrá decirle que no a una dama tan bella como usted.

Ella se ruborizó y, de manera inconsciente, dio un paso hacia atrás.

—Siento haberla incomodado, doña Carmen.

—No tiene importancia, pero recuerde que soy una mujer casada. Y bien, ¿dónde puedo encontrar a Huertas?

—No podrá acceder a su despacho si no tiene autorización.

—Pues estoy como al principio.

—No. El teniente coronel pasa por aquí al menos dos veces al día. Cuando lo haga yo le avisaré. Usted aproveche para abordarlo y hablar con él. Recuerde que, en el amor y la guerra todo vale. Es la mano derecha del general y el camino más directo para acceder a él.

—Gracias, teniente.

—Es lo menos que puedo hacer por usted. Eso sí, le advierto que seguramente irá para largo.

—No me iré mientras no hable con él.

—Lo imaginaba —rio—. Es usted un gran mujer, si me permite la familiaridad.

Ella, agradecida, le devolvió la sonrisa, pero no pudo dejar de recordarle de nuevo su condición.

Carmen se acomodó y se dispuso a esperar el tiempo que hiciera falta. Por delante de ella pasaron cientos de militares. Generales condecorados luciendo uniforme de gala como si el niño rey fuera a pasar revista, ordenanzas con traje de faena y oficiales que sirvieron en las colonias y que vestían el mismo uniforme rayadillo que su marido. Enrique… Lo echaba tantísimo de menos. Se enamoró de él la primera vez que lo vio con su uniforme de alférez. Al poco de casarse pasaron por malos momentos, no todo había sido perfecto, pero la llegada de su primera hija les convirtió en una verdadera familia. Y así, pensando en el pasado compartido, se adormiló sobre su asiento.

Cerca de la una, después de que el palacio se vaciara y la gente se hubiera marchado a comer, pasó por el ahora tranquilo pasillo un jefe que andaba con una ligera cojera. El teniente, nada más verlo, fingió una tos, pero Carmen, somnolienta, no se percató. Volvió a toser con más fuerza y, al sentirse ignorado, carraspeó con un tono exagerado. La mujer abrió por fin los ojos sorprendida por el escándalo. Recuero alzó las cejas y cabeceó en dirección al hombre, que ya se perdía por el corredor. Carmen se levantó a toda prisa, alzó el vestido para no pisarlo y corrió en su busca.

—Mi teniente coronel, espere.

El aludido se volvió lentamente, moviendo la espalda y no el cuello. Al ver a la mujer frunció el ceño. Era un hombre que estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Con poco pelo, se peinaba, sin fortuna alguna, a cortinilla para ocultar su calvicie. En su cara destacaba una verruga marrón grande como una uva pasa.

—¿Sí? —Mientras esperaba a que se acercara, repasó a la mujer. Bella, madura y con formas poderosas. Una delicia—. ¿Señora?

—¿Teniente coronel Huertas? —Carmen se detuvo a recuperar el resuello.

—A sus pies, señora.

—Verá, soy la mujer del capitán Enrique de las Morenas. Mi esposo sirve en Filipinas…

—Me marchaba a comer.

—Si fuera tan amable de atenderme. Será solo un momento.

—Está bien. Acompáñeme.

El militar tenía su despacho en una antesala situada entre un vestíbulo y la oficina del general. Era una habitación amplia. Las paredes se levantaban cubiertas de múltiples estanterías repletas de libros. Frente a la mesa que presidía la habitación había dos sillas para atender a las visitas y a unos metros detrás de ellas, pegado al único sitio libre del muro, un mullido sofá de tres plazas.

—Siéntese, por favor.

Carmen se acercó a una de las sillas.

—No, no. Aquí estaremos más cómodos. —Indicó el sofá con la mano. La mujer asintió y se sentó, ahuecando primero la falda, en uno de los extremos. El teniente coronel se colocó a su lado.

—Y bien, usted dirá.

—Verá, entiendo que son tiempos difíciles y que usted tendrá mucho trabajo, pero quería solicitarle… suplicarle, que, por favor, de curso a este expediente. —Tendió una hoja al militar—. Está dirigido por el capitán general de Andalucía al de Filipinas e indica que mi marido está enfermo.

—Ya veo. Pero este escrito es antiguo…

—Sí, llegó un mes después de que partiera. No debió embarcar jamás.

—¿Y aún no se ha curado?

—Necesita tiempo para descansar… tiempo que no ha tenido.

—De todos modos, la lucha ha terminado. Si hubiéramos conocido antes esta resolución.

—¿No podrían priorizar su repatriación? Tiene un hijo al que aún no conoce.

—Querida, podría hacer muchas cosas. —La mujer arrugó el ceño ante aquella familiaridad—. Podría lograr que tomara el primer buque que salga de Manila, podría agilizar sus medallas y pensiones e incluso podría conseguirle un ascenso, pero esa no es la pregunta adecuada.

—¿Qué quiere decir?

—La cuestión es: ¿qué puede hacer usted por mí? —Huertas se movió en el sofá y se acercó a ella. A Carmen le llegó su fuerte olor corporal y su aliento a aguardiente—. ¿Qué está dispuesta a hacer por recuperar a su esposo?

—He intentado todo lo que está en mi mano…

—Le vendría bien tener un amigo. Mi ayuda puede beneficiarle tanto… Y se sentirá muy sola… —Se aproximó aún más y puso una mano sobre su

rodilla. La esposa de De las Morenas se levantó como si la hubieran marcado con un hierro candente.

—¡¿Qué insinúa?!

—Más que insinuar, se lo he dejado bien claro, señora mía.

—Ni soy suya, ni lo seré nunca. —Se dirigió hacia la puerta con paso apresurado.

—Ya se apañará. Usted es la que tiene un hijo a su cuidado.

—¡Tengo cinco, miserable!

—¡Ja! Ya veremos cómo los mantiene si su marido no regresa. La hacienda pública está hundida. Las pensiones se retrasarán.

Tomó el tirador, pero, antes de abrirla, se volvió hacia el teniente coronel.

—Cuando mi marido vuelva le exigirá una satisfacción.

—Claro, si es que no ha muerto o está lisiado.

Abandonó el Ministerio enrojecida y sin levantar la vista del suelo. Caminaba deprisa, pues se había propuesto no llorar hasta que se encontrara en su dormitorio.

6 de septiembre de 1898. Sesenta y ocho días de asedio

—No se desgaste, padre. Sabe que no tengo nada en contra suya. Respeto y admiro su obra; cómo se afana en animar a los hombres y cómo se desvive por consolarlos. Simplemente es que no soy creyente. He visto mucha miseria y maldad para creer en Dios.

—No digas eso, hijo. Es solo que estás confundido. Es fácil perder la fe al complicarse la vida, pero yo te digo que, cuando más enrevesado esté todo, la recobrarás.

—¿Usted cree? —Alonso sonrió—. Porque yo no estoy muy seguro…

Le interrumpió una corneta llamando a parlamento. El oficial, que revisaba el estado de la trinchera que cubría las dos puertas principales, sacó la cabeza por encima del parapeto de tierra y contempló a un filipino que mostraba una bandera blanca.

—¿Puedo acercarme? —preguntó en tagalo desde la fortificación insurrecta emplazada en la calle Cisneros. Era el sargento Roa, bajo cuyas órdenes murió Caldentey.

—Venga sin miedo —contestó el teniente.

El fraile tradujo la respuesta al tagalo. Alonso se encaramó a lo alto del montículo con agilidad, tendió una mano a fray Carreño y lo aupó.

—Traigo una carta para el capitán De las Morenas, antiguo comandante político-militar del distrito del Príncipe.

Alonso esperó paciente la traducción del sacerdote.

—¿Cómo antiguo? Dígale que el capitán general no lo ha sustituido.

—Pero ahora gobierna el Katipunan —dijo el insurrecto por boca del franciscano.

—Y si eso es cierto, ¿qué hacemos aquí nosotros? Pregúnteselo, padre.

—Vamos, vamos, teniente, no pretendía ofenderle. Déjeme que le invite. ¿Quieren tabaco?

Alonso, no queriendo conceder aquella insignificante victoria a su enemigo, fingió no sorprenderse por el repentino cambio de idioma del filipino. Era un mestizo y vestía una raída chaqueta de alpaca y caminaba descalzo. Tenía boca y labios de rape, y ojos grandes y vivos. Sonriendo, ofreció un cigarrillo al sacerdote, que lo rechazó con un ligero movimiento de

la mano izquierda, y otro al militar español. Alonso lo agradeció con un leve gesto de cabeza y tomó tanto el que le ofrecía como el que correspondía al fraile. El mensajero se puso uno en los labios, prendió un fósforo y tras compartir la lumbre con el kastila, lo encendió. Novicio Luna, al ver cómo su enviado alternaba con los sitiados, decidió acercarse a ver si podía sonsacar algo de su situación. El vigía del campanario avisó de que un segundo insurrecto se acercaba a la trinchera. Extrañado, el capitán De las Morenas se asomó para sopesar la situación. Fray López, que estaba hablando con él, le acompañó. Los capitanes de uno y otro bando llegaron casi a la vez.

—Buenos días.

—Buenos días —contestó De las Morenas. La perra salió de la iglesia y se acercó al tagalo moviendo el rabo, que se agachó para acariciarla—. ¿Vienes a rendirte?

Novicio respondió con una carcajada.

—Celebro que después de más de nueve semanas encerrado aún tenga sentido del humor. Cuando se refugiaron en la iglesia, las naranjas de la plaza estaban verdes. Mírelas ahora, se pasan de maduras. Es una lástima que se pierdan. Puede enviar algunos soldados a recogerlas, no serán molestados.

—No, gracias, tenemos alimentos de sobra —dijo Alonso.

—Tómenlo como un regalo. Un poco de fruta fresca no les vendrá mal.

—Está bien —cedió el capitán—. Manden cuatro hombres a recoger las naranjas de la plaza —gritó volviéndose hacia la parroquia. Enseguida, dos parejas de soldados salieron cargados con unos cestos.

—Quiero que vea este presente mío como una prueba de la inutilidad de su persistencia. No me preocupa en absoluto el que dispongan de mucho o poco alimento. Manila ha caído. Todos los destacamentos españoles de la isla de Luzón han caído. Su resistencia es inútil. Deben rendirse.

—Me admira sobremanera —dijo De las Morenas— que nos digáis tales cosas. Nosotros somos cincuenta y hasta la fecha no habéis conseguido nada en absoluto. ¿Pretendes que nos creamos que se han rendido tantos destacamentos, ¡incluyendo la capital!, como decís? No las líes tan gordas, Novicio, que conozco tu juego; eres un embustero consumado.

—Los americanos son nuestros amigos. Compartimos los mismos ideales. Ellos nos entienden, fueron una colonia y lograron independizarse el siglo pasado. Por eso ahora nos apoyan con armas y soldados. Nos ayudan a emanciparnos y solo nos piden una indemnización por los gastos que han sufrido al venir en nuestra ayuda.

—¡Seréis desgraciados! —De las Morenas levantó el tono de voz—. ¿Así que los americanos son vuestros amigos? ¡Desdichados! Si España llega a salir de Filipinas, los yanquis os esclavizarán. Os ayudan ahora, pero os pesará este auxilio. Lloraréis, aunque ya no habrá remedio. Más os convendría ser leales a vuestra patria.

—Nuestra única patria son las Filipinas. Ha llegado la hora de quitarse el yugo español.

—Ya veremos si ha llegado la hora o no. Por el momento, debes saber que no me opongo a que la gente del pueblo venda comida, bebida o cualquier otro bien a los miembros del destacamento.

El mando filipino negó con la cabeza en silencio.

—Señor De las Morenas, ¿en qué quedamos? ¿Se entregarán ustedes?

Una gran carcajada brotó de manera espontánea del capitán español. Durante unos largos segundos, solo se oyó su alegre risotada. Novicio lo contempló y apretó mandíbula y puño, esforzándose por mostrarse sereno.

—¿Que en qué quedamos? —respondió aún con la sonrisa dibujada en su cara—. Muy sencillo. Vosotros os retiráis a vuestras trincheras y nosotros nos quedamos en nuestra iglesia, conque adiós y pasadlo bien. —Se dio la vuelta y se alejó.

—Si esas tenemos, retire inmediatamente a los hombres de la plaza. En cuanto vuelva a mis líneas reanudaremos el fuego.

—¿No te daba igual el alimento que tuviéramos? ¿Ves como eres un mentiroso?

—Vosotros cuatro, venid aquí ahora mismo —mandó el teniente Alonso. Los soldados volvieron a la carrera acarreando más de treinta kilos de naranjas.

—Padre López, es su última oportunidad de volver por las buenas. Si no lo hace, aténganse a sus consecuencias. El Katipunan no olvidará sus faltas.

El fraile agachó la cabeza y siguió andando hacia el foso sin contestar.

—¡Usted lo ha querido, padre!

8 de septiembre de 1898. Setenta días de asedio

En la enfermería, adosada al muro de la sacristía y revestida por una cubierta de madera, Vigil Quiñones reconocía a Gómez Carreño, el párroco de Baler.

—¿Y cuándo ha empezado a sentir dolor en el vientre?

—Pero doctor, si no es nada. No malgaste su tiempo conmigo.

—¿Ve lo que decía? No quería venir, ¡es un testarudo! —exclamó fray López.

—Ya le dije que tuviera cuidado con su salud. Estuvo muy enfermo en el pasado y no tiene edad para andarse con jueguecitos. ¿Cuánto lleva así?

—Desde anoche.

—¿Ha perdido el apetito?

—Ayer no probó bocado. Últimamente apenas come —contestó López ante el silencio de su colega.

—Padre, haga el favor y colabore.

—Si no es nada. Un poco de dieta y arreglado.

—Eso lo decidiré yo cuando acabe de examinarlo.

—No tiene fiebre. —Bernardino retiró el termómetro de la axila del paciente.

—¿Sufre diarrea?

—Sí. —Carreño suspiró y agachó la cabeza.

—Veamos, levántese el hábito.

—¡Esto es ridículo!

—Lo ridículo es su comportamiento infantil. ¡No me haga llamar a dos soldados para obligarle! Levántese el hábito, quiero explorarle el vientre.

—De acuerdo, de acuerdo. —El fraile se incorporó y tirando de los faldones lo subió hasta el pecho.

—Muy bien, ahora túmbese, por favor. —El fraile resopló de manera exagerada, pero cumplió la orden—. Veamos. —El doctor palpó con cuidado la barriga—. Noto el abdomen inflamado. ¿Tiene gases?

—¿Más de los habituales?

—Padre…

—Sí.

—Ya puede cubrirse y, cuando termine, vuelva a tumbarse. ¿Ha vomitado? —El sacerdote negó con la cabeza—. ¿Alguna otra molestia?

—Pues verá, siento las piernas cansadas y pesadas, como si tuvieran menos fuerza.

—No parece que se le hayan hinchado. Se deberá a la debilidad general propia de su estado. ¿Algo más?

—¿Le parece poco, doctor?

—Bien, es lo que yo me temía, padece una inflamación del intestino delgado y del grueso, una enterocolitis. Lo que vulgarmente se llama un catarro estomacal.

—Ya le dije que no era nada.

—Es más grave de lo que se cree, puede debilitar mucho su ya frágil organismo. Guardará reposo aquí en la enfermería. Deberá mantener ayuno durante un mínimo de veinticuatro horas y tomar una tisana que le voy a preparar. Cuando quiera hacer sus necesidades, pídale el orinal a mi ayudante; examinaré sus deposiciones. Bernardino, aplíquele paños calientes en el vientre. Cuanto más calientes mejor. Le aliviarán el dolor.

—Pero no puedo estar aquí todo el día. Tengo que dirigir el rezo del rosario.

—Padre, yo me encargaré, usted no se preocupe y descanse —dijo fray López.

—Los muchachos me necesitan. Debo ayudarles. —Hizo ademán de levantarse, pero el médico le puso una mano en el hombro.

—Ni se le ocurra.

—Pero doctor, ellos cuentan conmigo.

—Más razón aún por la que querrán que usted sane. Colabore, por favor, o me veré obligado a tomar medidas severas.

12 de septiembre de 1898. Setenta y cuatro días de asedio

Ramón regresaba de su guardia en silencio. Marchaba absorto, pensando en los disparos filipinos. En los escasos momentos en que cesaban por completo, después de tantos días y noches oyéndolos de manera ininterrumpida, echaba a faltar su compañía. Le inquietaba el silencio, como les sucede a los padres primerizos cuando cesa el llanto de su bebé de manera repentina e inesperada.

Apoyó su fusil contra la pared y, antes de sentarse, apartó dos balas achatadas que habían caído sobre el catre. Las sopesó, cerró la mano con los dedos ahuecados y las hizo sonar como una maraca. Pensó que, por fortuna, aquella era la única utilidad que habían tenido y sonrió aliviado. Con los proyectiles aún apretados en su puño, se quitó el tirante del correaje y su pestilente guerrera. Descolorida, una enorme mancha de sudor cubría toda la espalda. Al estirar de la manga, el hilo de la costura que la unía con la hombrera, podrido por la humedad, se partió en varios trozos.

—Mierda, lo que faltaba, solo me quedaba esta.

Loreto dormía en el catre adyacente y, al escuchar su queja, se incorporó sobre los codos. Con los ojos entornados preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Se me ha desgarrado la guerrera, la única que no me robó la desgraciada de la lavandera aquella. Una camisa, un uniforme completo y dos calzoncillos que volaron. Y aún puedo dar gracias de que me quedan otros dos, si no ya ves tú el panorama que me esperaría. Así, al menos cada semana puedo cambiarlos.

—Ese descosido tiene fácil arreglo. Déjamela y te hago un remiendo. Tenía pensado zurcir hoy varias prendas mías y darles un lavado. Y a la tuya le hacen falta las dos cosas. Aprovecharé que no llueve. Aunque iré luego; a esta hora siempre hay cola para utilizar los barreños.

—Gracias, Loreto, eres un buen amigo.

—Eso me gustaría, pero no sé si lo soy.

—¿Cómo dices? —Ramón bostezó, el día había sido largo y duro.

—Nada, déjalo. Descansa, ya hablaremos luego.

—No, no, dime. ¿Qué me decías? ¿No me irás a pedir perdón otra vez por la chiquillada del otro día? Te he dicho cuarenta veces que lo olvides.

—Verás, Ramón. —Loreto se sentó sobre el camastro—. Llevo un par de días dándole vueltas a un asunto.

—Tú siempre rumiando algo. Eres incansable.

—No, en serio, es que he caído en la cuenta de que yo te atormento con mis problemas y nunca te he preguntado… por tus sueños, por tus amores… por lo que tú buscas en la vida.

—¿Cómo? ¿Que qué busco en la vida? Coño, ¡eso es demasiado profundo para responderlo después de una guardia! Me la tenías que haber hecho antes, así hubiera tenido horas para pensar.

—En serio, Ramón…

—No te preocupes, Loreto.

—Sí que me preocupo, los amigos deben tanto dar como recibir. Yo nunca he cumplido este pacto tácito que implica la amistad.

—¡Coño! ¿De dónde te has sacado esa frase? ¿Qué carajo es eso de un pacto tácito?

—Es que… —Loreto se rio ante la perspicacia de su compañero—, comenté mis dudas al padre Carreño. Me dijo esa frase y después me la explicó.

—Ya decía yo… De todos modos tú quédate tranquilo, entiendo que…

—No, de verdad, me interesa. ¿Qué quieres hacer al volver a casa?

—Pues me gustaría… No sé… Encontrar un buen trabajo en Valencia, supongo… No, no. Soy un hombre de campo, no lo puedo negar. La capital mejor dejarla para ir de visita. Me gustaría volver a Carlet. No sé si sería capaz de mudarme… Sí, quiero vivir en mi pueblo. Encontrar una buena mujer y tener hijos. A ver si tengo tu suerte. Sí, una esposa y un terreno que bien trabajado me dé dinero para ir tirando sin ahogos. No pido nada más. ¡Ay! Al hablar del campo me he acordado del olor de la tierra mojada y del azahar. ¡Qué de recuerdos me han venido!

—Es extraño cómo echamos a faltar lo más insignificante, lo que forma el día a día. A veces es algo en lo que antes ni siquiera habíamos reparado o que incluso odiábamos.

—Ya lo creo. Ahora añoro mi cama. —Sacó una vieja lata de sardinas de debajo del catre y dejó caer dentro las dos balas. Al chocar con las otras que guardaba, emitieron un leve sonido metálico—. Voy a tener unos plomos buenísimos para pescar. —Ramón bostezó—. Déjame soñar con sol y azahares, escaparé de esta pestilencia durante unas horas…

Un grito interrumpió el bucólico comentario de Ramón. Los taos habían herido a uno de los soldados. Entre sus compañeros, que habían cesado toda

tarea, pasó Juan Chamizo, que, por su propio pie y cogiéndose con la otra mano el antebrazo derecho, ensangrentado y maltrecho, pasó maldiciendo en dirección a la enfermería. En torno a él se sucedían los gritos de aliento del resto de su tropa.

—Ánimo, Juan, ¡que eso no es nada! —jaleó Ramón—. El doctor te va a dejar como nuevo en un periquete.

—¡Me las van a pagar los indios! Por mis muertos que se la devuelvo.

—¡Qué mala suerte ha tenido! —Loreto habló cuando Chamizo ya se hubo alejado—. Si hoy apenas disparan los indios.

—¡Ay! Ahora sí que necesito soñar con azahares.

13 de septiembre de 1898. Setenta y cinco días de asedio

—¿Y bien, doctor, qué quería comentarnos?

Los tres oficiales y los padres López y Minaya se encontraban sentados alrededor de la mesa. Expectantes y serios, observaban a Vigil con interés. El médico carraspeó un par de veces y comenzó su exposición.

—Bien, no se les escapará que nuestro forzado alojamiento, aunque ha resultado un formidable fortín, no reúne las mejores condiciones para habitarlo. La humedad, favorecida por la viciada atmósfera y la permanente semioscuridad, lo invade todo y penetra hasta los huesos. El agua cargada de salitre y las escasas raciones formadas por alimentos en mal estado apenas nos ayudan a reponer las fuerzas que perdemos con nuestros constantes desvelos. Además vivimos rodeados de inmundicia. La higiene es pésima, por no decir inexistente. Dadas todas estas circunstancias, no es extraño que la enfermedad haya sorteado nuestras defensas. Francisco Rovira se recupera lentamente de una disentería que ha podido llevarlo a la tumba. Por fortuna, parece que ya comienza a asimilar alimentos. La que en realidad me preocupa es la de fray Carreño.

—¿No tenía un catarro intestinal?

—Sí, pero han aparecido nuevos síntomas que no son propios de esa dolencia. De hecho, el principal mal que sufre ya empezó a mostrarse hace tiempo, aunque no le di mayor importancia. El padre se quejó de malestar y pesadez en las piernas, era tan leve que lo asocié a la debilidad propia de la enterocolitis. Ahora sé que no. Se le han cubierto las extremidades inferiores de edemas depresibles y ha desarrollado de manera gradual dificultad para moverse. Además, presenta hinchazón en la cara. No me cabe ya la menor duda, sufre beriberi.

—¿Beriberi? —repitió Alonso con el ceño fruncido—. ¿Y es mortal?

—En efecto.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó Minaya.

—No se lo puedo decir con seguridad, pero dado su estado, y si la enfermedad continúa su progresión, no vivirá más de dos semanas.

Los dos frailes se santiguaron. El padre López, que conocía a Carreño desde hacía muchos años, rompió a llorar. Minaya, de manera inútil, trataba

de consolarlo.

—¿Cree que deberíamos entregarlo a los tagalos? Ellos podrían curarlo.

—No, Alonso. Soy el único médico en muchos kilómetros. Tengo a mi disposición los recursos del dispensario que venía a instalar aquí. Si hay una cura, haré todo lo posible por encontrarla. No creo que los taos puedan sanarlo.

—Entonces, ¿tiene posibilidades o está condenado? —preguntó Martín.

—No lo sé. De todos modos, y aparte de la salud del padre, hay algo más preocupante.

—¿A qué se refiere, Vigil?

—Creo… No, estoy seguro de que ha sido el primero en contraer el beriberi debido a la debilidad que arrastraba.

—¿El primero? ¿Es contagioso?

—Lo único que se sabe a ciencia cierta es que no se transmite por contagio entre los humanos, pero…

—Entonces ¿no lo es? —preguntó aliviado el teniente Martín Cerezo.

—Gracias a Dios —afirmó De las Morenas.

—Disculpen, quería decir que, a pesar de que la enfermedad no sea contagiosa, lo alarmante es que, en las circunstancias actuales, todos somos posibles víctimas del beriberi. Dios no lo quiera, pero es probable que en estos momentos haya ya más enfermos.

14 de septiembre de 1898. Setenta y seis días de asedio

Los oficiales, en completo silencio, se sentaban a la mesa. El doctor Vigil repasaba un manual de medicina y tomaba notas en un pequeño cuaderno. A su vez, Martín Cerezo permanecía enfrascado en la lectura de un libro y Alonso, con otro cerrado en su regazo, dormía reclinado sobre la silla. El capitán rascaba la cabeza de *Luna* absorto, no conseguía olvidarse de la horripilante advertencia del doctor. La perra, zalamera y solícita, se frotó contra su pierna al tiempo que agitaba la cola. De las Morenas la miró sonriendo y exclamó:

—Ay, mi *Luna*, lunera. ¡Qué alegría se va a llevar Enriquito cuando te vea! Dice mi mujer que adora a los animales. ¡Verás qué contento! ¡Con lo guapa y lista que tú eres!

Martín Cerezo, distraído por el abrupto y efusivo comentario, la contempló y alzó las cejas sorprendido… La belleza de aquella perra era algo muy discutible. Intentó volver a su lectura, pero el capitán, aburrido, continuó.

—Un día abandonaremos esta iglesia y te llevaré a España. Miradla, si parece que me entienda. Es de un inteligente…

—Y no es el más inteligente de los mamíferos, se sorprendería de lo que puede realizar un primate —aleccionó el doctor.

—Un compañero mío tenía un pequeño mono que, en cuanto te sentabas, saltaba a tu espalda y comenzaba a inspeccionarte el pelo y despiojarte… Bueno, a intentarlo, quiero decir.

—Eso no es más que un reflejo de su comportamiento en sociedad. Yo hablaba de aptitudes más propias del hombre que de animales.

Martín, tratando de ignorarlos, volvió a clavar los ojos en el mismo párrafo por tercera vez, pero fue interrumpido de nuevo por el capitán.

—¿Tú qué opinas, Martín?

—Disculpe, no prestaba atención. Estaba ensimismado leyendo. ¿Qué me preguntaba?

—¡Oh! Discúlpame tú, no pretendía importunarte. Continúa, continúa. La lectura es esencial, básica para el desarrollo del ser humano.

Martín, ansioso por continuar con las aventuras de Gabriel, asintió y retomó aquel párrafo que ya se presentaba interminable. El teniente Alonso, profundamente dormido, ladeó la cabeza sobre uno de sus hombros y comenzó a emitir un leve ronquido de manera rítmica. El resuello aumentó de intensidad hasta que tronó como los cañones tagalos. Martín suspiró y zarandeó a su compañero con el codo.

—Alonso, vete al catre. Allí descansarás mejor.

—Pero no le molestes, con lo a gusto que está —dijo el capitán.

—Si es por él, que se va a despertar con dolor de cuello. Venga, Alonso —le volvió a mover el hombro, pero esta vez con más cuidado—, vete al catre.

Alonso se levantó y mascculló algo que nadie entendió. Con los ojos entornados, dio una zancada vacilante, bostezó, se pasó la mano por el pelo y, al fin, se marchó. Martín Cerezo lo contempló hasta que su figura se perdió entre la semioscuridad reinante. Aliviado, volvió a aquel párrafo eterno, a ver si descubría lo que sucedía con el entrometido de lord Gray. Ávido, esperanzado, casi con prisa, devoró las líneas que faltaban…

—¿Aún con Gerona, Martín? —preguntó Vigil.

—No, doctor, ese lo terminó. Ya le presté el siguiente.

—Entonces, ¿está leyendo ahora… creo que era Cádiz?

—No, ya no. —Martín cerró el libro y lo dejó sobre la mesa—. Quizá en otro momento.

—¿No le gusta?

—Sí, es solo que…

—Disculpen, disculpen… ¡Doctor, venga usted!

—¿Ocurre algo, Chaves?

—Me manda su ayudante, le pide que vaya con urgencia a ver al soldado Rovira. Tiene la frente ardiendo y ha vomitado.

—Voy con usted, Vigil —dijo De las Morenas.

—Esa maldita disentería se ha agravado de nuevo. —El médico musitó para que solo le pudiera oír el capitán—. Temo por su vida.

En su camastro de la enfermería, Francisco tiritaba mientras el auxiliar sanitario y fray López le desvestían. A sus pies se extendía un pequeño charco de vómito que ya había sido pisoteado un par de veces.

—Padre —indicó Bernardino—, vamos a levantarle las piernas para poder retirar el camisón.

—Se ha hecho de vientre encima.

—No se preocupe, ahora lo limpiaré y cambiaré la sábana.

—¿Qué temperatura tiene? —preguntó el doctor que llegaba a la carrera.

—Casi cuarenta grados y medio.

—Chaves, vaya al pozo y traiga un cubo de agua. —El cabo marcó la posición de firmes y partió a paso ligero—. En cuanto vuelva le aplicaremos compresas con agua fría. Hay que rebajarle la fiebre. Voy a realizar un preparado a base de corteza de sauce. Bernardino, intente que beba. Está deshidratado.

El capitán se retiró con el doctor y, mientras este preparaba el medicamento, le preguntó en un susurro sobre el estado del paciente.

—No me hago esperanzas. Cada día está más débil. No consigo que su cuerpo tolere ningún alimento. Creía haberle estabilizado, pero ya ve… Si no logro que ingiera comida, su muerte es segura.

15 de septiembre de 1898. Setenta y siete días de asedio

Gregorio Catalán escarbaba en su marmita de hojalata con el extremo de la cuchara. Apartaba con desgana las durísimas habichuelas y los garbanzos que apenas conservaban su forma natural, pues los gorgojos los habían destrozado. Colocó la fiambrera en el suelo, recogió con desgana un trozo de tocino y un mendrugo de pan y los mordió.

—¿Te las vas a comer? —le preguntó Planas.

—¡Qué remedio! Aunque he pensado lanzárselas a los indios, si alcanzo a uno lo descalabro.

—Si no, me las das —dijo Luis Cervantes, un joven y vigoroso murciano que había sido ya distinguido por su actuación en combate.

—¡Mira este qué listo! ¿Por qué te crees que lo preguntaba yo?

—Yo qué sé —mintió Cervantes.

—¡Diablos! —gruñó Ramón—. Hoy el agua tiene más salitre que de costumbre. No entiendo cómo cocinando con ella quedan los alimentos sosos.

—Pero ¿cómo están tan duras? —Gregorio mordisqueó una habichuela que cogía entre los dedos.

—Es por esta maldita humedad. Las endurece. En este clima no se puede conservar nada. Todo lo estropea.

—Es que es increíble, mira. —Se apoyó una en el pulgar y de un fuerte capirotazo se la lanzó a Ramón, que comía distraído.

—¡Cabrón! —replicó este al recibir el impacto en plena frente. Todos los soldados, incluido él, comenzaron a reír la broma.

—Lo que yo te diga, un puñado sería la carga perfecta para el cañón.

—Traga metralla. —Ramón le lanzó una que Gregorio desvió con facilidad de un manotazo.

Mientras sus compañeros se regocijaban, Luis se agachó y recogió los dos improvisados proyectiles. Les vertió un poco de agua por encima para quitarles la tierra adherida y se las comió.

—Vaya, atento como un perro en un banquete de boda —se burló Ramón.

—No deberíais jugar con la comida —dijo Luis.

—Creo que a estas puñeteras ya no se les puede llamar así.

—Si se alarga más el asedio, llegará el momento que las echareis de menos.

—Bueno, tampoco dramatices, que solo hemos desperdiciado dos —dijo Ramón.

—Yo solo os lo advierto, por mí encantado. Más parte he tenido hoy.

—¿Cuánto tiempo más pensáis que vamos a estar aquí dentro? —preguntó Loreto.

—Ni idea —contestó Ramón.

—Creo —opinó Planas asumiendo la autoridad que le concedía ser uno de los cazadores de mayor edad del destacamento— que no tardarán mucho en venir a auxiliarnos. Al fin y al cabo ya llevamos aquí dos meses.

—Setenta y siete días —corrigió Loreto.

—Pues eso, ha habido tiempo de sobra, seguro que una columna de apoyo está en camino.

—Eso espero, o acabaremos todos como el padre Carreño.

—O como Francisco —indicó Alcaide.

—Vaya par de optimistas estáis hechos. Pronto saldremos de aquí.

—Ramón —dijo Alcayde—, tú lo ves todo muy fácil, pero díselo a ese desgraciado que se consume en la enfermería.

—No depende de si yo lo veo fácil o difícil, simplemente hay que usar el sentido común. Loreto o tú, Mir —añadió elevando la voz, pues quería que lo oyeran el mayor número posible de compañeros—. Tú serviste con el destacamento del teniente Mota. ¿Cuánto tiempo estuvisteis sitiados?

—Apenas dos semanas.

—¿Veis? Apenas dos semanas. Catorce días y enviaron una compañía en su ayuda. Nosotros llevamos setenta y siete días. ¿De verdad pensáis que no se habrá movilizado nada en nuestro favor? Cierto que se ha retrasado mucho, pero no ha de tardar.

—Más nos vale —dijo Alcaide—. Más nos vale.

16 de septiembre de 1898. Setenta y ocho días de asedio

Loreto bostezó y se frotó los ojos con la mano que no sujetaba el máuser. Su turno de guardia finalizaba y acusaba el cansancio de la larga jornada. Miró por la ventana aspillerada que cubría entre el altar y la puerta del río, y contempló de nuevo el mismo paisaje tranquilo que había vislumbrado a través de la luz de la luna durante las últimas horas. Una bandada de cacatúas malayas levantó el vuelo asustada por el toque de diana de los insurrectos. El escándalo de las aves precedió a la tormenta de fuego que se cernió sobre la iglesia. La mayoría de las balas terminaban enterradas en los enormes muros de mampostería. Algunos chocaban contra el tejado y arrancaban en ocasiones finos trozos de chapa de zinc.

El soldado tenía aún presente la herida de su compañero Chamizo y se situó a un lado de la tronera. Apoyó su fusil y procuró no permanecer demasiado tiempo delante del orificio. Cada poco se asomaba unos segundos en busca de objetivos. Los cazadores, habituados a los bruscos prontos de los filipinos, bromeaban entre ellos y apenas respondían al fuego enemigo, pues tenían orden de solo hacerlo cuando el blanco fuera seguro. Con tanto tiempo para practicar, se estaban convirtiendo en tiradores consumados.

A Loreto le tocó alargar la guardia, ya que De las Morenas, en previsión de un ataque enemigo, destinó a los muros a todos los hombres disponibles. Después de mantener el desigual tiroteo durante casi sesenta minutos, el oficial, desilusionado, decidió volver a establecer los turnos habituales.

—Hola. Me toca sustituirte —dijo Menache a modo de saludo.

—Hola. ¡Bendita la hora! Esta guardia se ha alargado demasiado. Ya llevo un rato con ganas de mear, si tardas más me lo hago encima.

—Disparan con fuerza hoy los taos, ¿eh?

—Ya se cansarán. —Loreto se colgó el máuser a la espalda y asintió a modo de despedida.

—Espera un momento. Me gustaría hablar contigo.

—Que sea rápido…

—Quería pedirte un favor.

—Si está en mi mano, cuenta con él.

—Eres una de las personas más honradas que conozco. Me gustaría que, si algo me sucediera, te hicieras cargo de mis cosas. Ten —le ofreció un trozo de papel—, le pedí al padre López que apuntara mi dirección. Aquí podrás enviarlo todo. Toma.

—No hay problema. —Loreto cogió el papel y, tras doblarlo, lo puso en el bolsillo de la guerrera.

—También me gustaría que guardases mi dinero.

—De acuerdo, pero si me lo robaran…

—Me fío de tu palabra. Sé distinguir a la gente y a ti te he calado: eres decente.

—Como veas…

—Si quieres puedo hacer yo lo mismo por ti.

—No es necesario, ya lo he hablado con Ramón.

—¡Ah!, comprendo.

—Si no me necesitas para nada más, me largo, que tengo cierta urgencia. —Menache negó con la cabeza—. Buena guardia, pues.

—Loreto… Gracias. —Gallego, sin girarse siquiera, levantó la palma de la mano como única contestación y corrió hacia el patio.

Tras aliviarse, decidió acercarse a la enfermería para saludar a Francisco Rovira y al padre Carreño, pero Bernardino, por orden tajante del doctor, no le dejó pasar. Los pacientes necesitaban el mayor descanso posible. Así que fue a su camastro y se acostó sin tan siquiera desvestirse. Enseguida cayó en un profundo sueño y no despertó hasta que pasadas cuatro horas Ramón lo moviera lentamente por el hombro.

—Han herido a Ramón.

—¿Boades? —preguntó confundido por el sueño e incorporándose con rapidez—. Menos mal —se contestó al reconocer a su amigo en la penumbra.

—A Mir.

—¿Cómo ha sido?

—Lo alcanzaron mientras apuntaba a través de una aspillera. Dos veces. Una en la cabeza y otra en el hombro.

—Espero que el doctor pueda salvarlo. Es un buen mozo. —Loreto bostezó. Volvió a cerrar los ojos y se tumbó.

—Te he despertado porque van a repartir el rancho. ¿Quieres comer ahora o luego?

—Ahora que está recién hecho. —Se incorporó, cogió su bombón y de un trago lo vació—. ¿Sabes? Menache me ha confiado su dinero y sus cosas por si le sucediera algo.

—Es un tipo raro. No se ha integrado en ningún grupo, él va siempre a su aire. Un día con nosotros, otro con aquellos. No se gana la confianza de nadie. Además, le he visto ciertos detalles que no me han gustado un pelo. Ten cuidado no te enrede en algún negocio sucio. No deberías haber aceptado.

—Tan solo le guardo el dinero. ¿Qué me cuesta hacerle el favor?

—Te puede salir muy caro.

—¿Qué quieres? ¿Que le dijera que no se lo hacía?

—Mejor hubiera sido.

—¿Qué tonterías dices? Yo no le veo nada raro. Quizá tiene algo de mal genio, pero aquí dentro es normal.

—Yo sé bien lo que me digo. Ándate con ojo con él, que tú eres muy buena gente y te piensas que todo el mundo es igual.

—Sé arreglármelas solo.

—No he dicho lo contrario.

—Pues no me trates como si fuera bobo.

—¿Te has despertado de mal humor?

—No, es que no sé a qué santo viene esta cantinela.

—Solo te advierto que vigiles tus compañías. —Loreto suspiró e hizo una mueca ante este nuevo comentario—. ¡Bah! Déjalo. Haz lo que te salga de las narices, Loreto. Voy a comer.

18 de septiembre de 1898. Ochenta días de asedio

Madrid

El paseo de Recoletos estaba abarrotado. Los carruajes, adornados con toda clase de escudos heráldicos y conducidos por criados elegantes, dominaban la vía. Entre unos y otros se cruzaban solemnes saludos y discretas sonrisas que las más de las veces se acompañaban de susurros con reproches malintencionados. La alta sociedad madrileña se había reunido, como la mayoría de las tardes que hacía bueno, en torno a estanques, fuentes y jardines para ver y dejarse ver. Madrid, la segunda ciudad más cosmopolita del país tras Barcelona, aún arrastraba costumbres de la España antigua. Todo el que quería ser alguien en la capital no podía escapar de esta rutina diaria. Los caballeros, con trajes oscuros y afilados bigotes. Las damas, enjoyadas y ataviadas con lujosos vestidos de vivos colores, estrafalarios sombreros y sombrillas a juego. Estimaban la blancura de su tez tanto como su honra.

El diputado Segura paseaba en una cómoda berlina junto a la marquesa de Squilache, un prohombre de su partido y su esposa. Circunspecto y ceremonioso, intentaba que su boca no mostrara la enorme alegría que sentía. Él, un recién llegado a la política nacional, compartía coche con una de las aristócratas más rimbombantes. Ya contaba con el apoyo de los liberales y, ahora, si jugaba bien sus cartas, le añadiría el de unas mujeres más ricas de España.

—Y bien, mi querido Gustavo Adolfo, ¿pasará mañana la velada con nosotros? —preguntó la marquesa.

—Por supuesto, *madame*. ¿Cómo perdérmela?

—Quizá, durante un tiempo, no pueda acudir a su palacio —dijo el compañero, un hombre mayor que había celebrado ya más de sesenta navidades.

—¿Se ha aburrido de mi compañía?

—Eso jamás, señora.

—Ha pedido acudir con la representación española que va a negociar el tratado de paz con los yanquis.

—Entonces, ¿se marcha?

—Solo por unas semanas. Y siempre y cuando forme parte de la comisión.

—Es curioso —dijo la marquesa—, los grandes próceres de la política huyen como de la peste de ese cometido; sin embargo, los jóvenes suspiráis por acudir a París. Pienso que, para lograr un buen acuerdo, lo mejor sería que fuéramos un grupo de mujeres. Íbamos a meter a los americanos en cintura. ¿No es así, querida?

La esposa del político, y a pesar de que lo consideraba un desvarío, sonrió ante el comentario. Los dos caballeros sintieron un pinchazo en su hombría y se miraron en silencio.

—Señora, no creo que sea un comentario justo —dijo Segura.

—Solo bromeaba. ¿Así que para usted es importante asistir a esa comisión?

—Todo lo que sea trabajar por mi patria es importante para mí.

—Relájese, que no estamos en un mitin.

—Puede suponer un paso adelante en mi carrera.

—Entiendo. Ojalá pudiera interceder por usted, pero carezco de influencia. —El diputado, que ya se había visto disfrutando de la ciudad de París, sonrió levemente para ocultar su amargura—. Por suerte para usted, conozco a gente que sí la tiene. ¿Se sabe quién encabezará la delegación?

—El presidente del Senado.

—¿Eugenio? ¡Oh! Delo por hecho. No me lo negara si se lo pido.

—¿Haría usted eso por mí?

—Por supuesto, me gusta ayudar a mis amigos.

—Muchas gracias, señora marquesa, es usted un ángel.

—Por el momento prefiero ser una mujer.

Durante el resto del paseo hablaron ya de temas más livianos. Contaron chismes y criticaron a algunas señoras y caballeros por los detalles más nimios de su conducta o vestimenta y alabaron, en contadas ocasiones, las virtudes de otros. Cuando las campanas de la iglesia de Santa Bárbara y las del monasterio de las clarisas unieron su repiqueo para llamar a los feligreses al rezo del rosario, el diputado Segura se sobresaltó.

—¡Vaya! ¡Ya son las seis de la tarde! Me van a disculpar, pero voy a tener que irme.

—¿Se marcha tan pronto?

—Sabrán perdonarme. Tengo entradas para el Español.

—¿Quién actúa? Podríamos haber reservado un palco.

—Señora, no tiene más que pedirlo y le cedo mis entradas. Para mí sería un placer…

—Es usted muy amable, pero vaya tranquilo. —Tiró del cordel de la campanita para indicar al cochero que detuviera el vehículo—. Le veré mañana.

El diputado se despidió de sus acompañantes y llamó a una calesa de alquiler.

—Es un joven excelente.

—Y ambicioso —añadió la marquesa—. Espero que valga tanto como él se cree que vale. Si no le va a resultar muy embarazoso. Claro que los necios son los últimos en enterarse de que lo son. Algunos incluso mueren sin saberlo.

—Pensaba que le resultaba simpático.

—No le hacía a usted tan ingenuo. Yo planto semillas. Algunas germinan. Otras no, pero la inversión, se lo aseguro, resulta rentable.

Baler

—Bien, sosténgalo así un momento.

—Sí, doctor.

Vigil cogió una gasa y, tras impregnarla en un poco de alcohol, limpió una de las tumefacciones de la pierna de Carreño. Agarró un pequeño pincel, lo impregnó en yodo y lo aplicó sobre la hinchazón.

—Esta era la última de este lado, continuaremos por el otro. Padre, vamos a darle la vuelta. Lo haremos muy despacio para evitarle molestias. Con cuidado, Bernardino, con cuidado.

—Mire, se han extendido al tórax.

El médico asintió en silencio y observó el edema. Negó un par de veces con unos casi imperceptibles movimientos de la cabeza y con un leve suspiró volvió a empapar otra gasa en alcohol. Mientras la aplicaba oyó que desde la puerta le saludaban.

—Buenas días —dijo el capitán De las Morenas, y repitió el teniente Martín Cerezo.

Vigil agradeció la interrupción, se encontraba saturado y su cabeza necesitaba un descanso. Precisaba salir de la enfermería, aunque fuera solo por unos minutos.

—Buenos días. Disculpen un momento, enseguida estoy con ustedes —dijo sin girarse al tiempo que alzaba la mano izquierda con el dedo índice extendido—. Sigue tú, Bernardino, ya has visto cómo se hace. Voy a ir a asearme un poco. Avísame ante la menor complicación. —Se levantó, cogió una jofaina metálica vacía, una pastilla de jabón y una toalla limpia que se colgó al hombro.

—¿Cómo están hoy los pacientes, Vigil? —preguntó De las Morenas.

—Hagan el favor de acompañarme al patio y hablaremos por el camino. Necesito despejarme un poco.

—Claro, doctor.

El médico sonrió mostrando su agradecimiento, pero fue un gesto tan leve y forzado que, enmarcado dentro de aquel rostro cubierto con una incipiente barba y aquejado de unas fuertes y marcadas ojeras, produjo a los oficiales una sensación funesta.

—¿Y bien, doctor? —preguntó Martín Cerezo nada más abandonar la enfermería.

—El beriberi está consumiendo al padre. Ahora presenta tumefacciones en el escroto y tórax.

—¿No ha sido útil su tratamiento?

Vigil miró a su alrededor, se paró, comprobó que no hubiera nadie cerca y se acercó a sus interlocutores.

—Verán —dijo con un hilo de voz—, he repasado varia veces toda la literatura médica de la que dispongo y apenas hay información sobre esta enfermedad. La ciencia tiene lagunas al respecto. No sé ni qué lo provoca, ni su periodo de incubación y, por supuesto, desconozco la cura. He encontrado un, *a priori*, interesante artículo en una revista médica. Explica el estudio de un investigador holandés. En él establece, aunque de manera no concluyente, que la causa es una infección microbiana. Hallaron un micrococo, un tipo de bacteria, en la sangre de aquejados de beriberi, pero como ya les dije, esta investigación es rebatible, ya que se ha podido constatar que el micrococo no se hallaba en todos los enfermos, y se encontraba también en una buena parte de los que no la padecían.

—Entonces, ¿lo produce una bacteria?

—No lo sé, si al menos tuviera claro eso…

El médico dejó la frase a medias, más dirigida a sí mismo que a sus compañeros y se marchó hacia el patio. Los dos oficiales, desconcertados por la breve explicación, se miraron en silencio. El capitán alzó los hombros y se apresuró a seguirlo. Vigil, al llegar al pozo, llenó una de las latas de carne de

Australia, que ahora servían de cubo, y vertió parte del agua en la palangana. Se quitó la guerrera, la colgó en uno de los clavos que sobresalían de la pared y empezó a lavarse. El capitán y el teniente se acomodaron en una de las sillas y le dieron unos minutos. Esperaron hasta que vieron que cogía la toalla. En ese mismo momento el capitán preguntó:

—¿Cuánto hace que no duerme, doctor?

—Últimamente he tenido mucha faena. Tengo tanto por leer, tantas pruebas por realizar. Esos hombres me necesitan.

—Debe cuidarse, Vigil. Es usted la persona más importante de este destacamento.

—¿La más importante? ¿De qué sirve un médico que no sabe curar? —Vigil suspiró y se dejó caer en una de las sillas.

—Puede que de momento le haya vencido esa maldita aflicción —dijo Martín Cerezo—, pero estoy seguro de que no tardará en revertir la situación.

—Y al pobre Rovira… A él tampoco lo salvaré.

—Doctor, los enfermos fallecen.

—Gracias, Martín, es un gran consuelo.

—Quiero decir que eso es lo normal.

—¿Normal? ¿Que se muera alguien a los veinte años? Si no fuera por la disentería y ahora por el beriberi podría haber alcanzado tranquilamente la cincuentena…

—No puede vencer siempre. La muerte termina imponiéndose.

—Eso es lo que me preocupa, siempre gana. ¿Cuántos vendrán después de Carreño y Rovira?

—Solo Dios lo sabe, Vigil. Lo que es seguro es que, si continúa así, desfallecerá. ¿Ha comido algo hoy? —preguntó De las Morenas.

—No. —Vigil se levantó y se abotonó la guerrera.

—Desayune y acuéstese unas horas. Descanse mientras Bernardino le releva. ¡Chaves! Venga.

—A la orden de usted, mi capitán.

—Dígale a Vila que le prepare un buen desayuno al doctor. —El cabo marcó la posición de firmes e hizo amago de retirarse, pero enseguida se volvió a cuadrar.

—Con su permiso, mi capitán. Quería preguntar al señor Vigil si luego podría atenderme.

—¿Sucede algo?

—No es nada grave, pero me gustaría consultarle. Llevo un par de días, no más, que noto las piernas cansadas. De vez en cuando siento un

hormigueo, como si se me durmieran.

—Acompáñeme a la enfermería. Le examinaré ahora mismo.

19 de septiembre de 1898. Ochenta y un días de asedio

Queridísima esposa:

Nuestra existencia, ya de por sí dramática, está adquiriendo un carácter funesto. Los soldados, bravos y decididos frente a los insurrectos, se hallan acobardados y timoratos ante el nuevo enemigo al que se enfrentan: el beriberi. Esta enfermedad, hasta ahora desconocida, habita nuestras peores pesadillas. No voy a intentar engañarte, yo también la temo. Contra los tagalos sé cómo luchar, para eso me he preparado toda la vida, pero no puedo hacer nada contra un microorganismo. La moral de la tropa se ha hundido y el miedo domina sus emociones. No les culpo. Solo hay un hombre capacitado para enfrentarse al nuevo enemigo: el doctor Vigil. Infatigable y de naturaleza optimista, ha aceptado el desafío. No podemos tener mejor paladín, pero no sé si será suficiente. Se repite el duelo bíblico entre David y Goliat, aunque esta vez el israelita no tiene la honda… Ni siquiera tiene la piedra.

El primero en estar afectado fue el padre Carreño, le siguieron el cabo Chaves y hoy mismo Ramón Donat. Además, Francisco Rovira, ya gravemente debilitado por la disentería, también ha contraído este infausto mal. Cuatro hombres en apenas unos días. Y eso no es lo peor. Sus compañeros ven y oyen su sufrimiento, advierten su triste destino. El cuerpo del fraile, paralizado y enflaquecido hasta el horror, se ha transformado en un guiñapo cubierto de edemas, sacudido por fuertes temblores, envuelto en profundos sufrimientos. Si Dios quiere llevarme a su lado, espero que sea de un balazo y no de manera tan cruel.

No me extrañaría que cualquier día nos despertáramos los oficiales solos en la iglesia. ¿Hasta dónde se le puede exigir lealtad a un hombre? ¿Cuál es el límite? Nosotros, a pesar de esta plaga endemoniada, continuamos resueltos a batirnos hasta el fin. La rendición ni se nombra. Me enorgullece decir que, en todo el tiempo que llevamos, no he oído a nadie, ni oficial ni soldado, mencionar tal palabra. Preferimos el espantoso calvario que sufre el padre Carreño antes que el deshonor y la humillación de someternos a los indios. Los

hijos de España nunca se rinden. Esa ha sido la máxima divisa de nuestra infantería desde los gloriosos tiempos de los tercios. Mantendremos su tradición cueste lo que cueste.

En estos días tristes y aciagos me he acordado mucho de vosotros. Tu retrato y la sonrisa que en él luces es de las pocas cosas que me reconforta, pero cuando pienso que el pequeño ya debería corretear… ¿Por qué tuvimos que separarnos?

Finalizo unas horas después; no pude continuar. La tristeza de mi corazón me anegó los ojos… Los hombres no deben verme llorar, confundirían añoranza con miedo. Como ves, no estoy bien de ánimos. La realidad es espantosamente dura aquí…, pero hay cosas que aún lo son más.

Os querré siempre.

21 de septiembre de 1898. Ochenta y tres días de asedio

—¡No lo entiendo! ¡No lo entiendo!

—¿Qué te sucede, hijo? —Fray Minaya cerró la Biblia que había tratado de leer en vano, pues su mente se evadía sin ceder al consuelo de la lectura. Desde donde se encontraban podían oír los lastimeros y lánguidos lamentos de Carreño, que alanceaban su concentración y aguijoneaban su ánimo.

—¿Por qué Dios tortura así al padre? —preguntó Menache.

—No es él, sino la enfermedad quien lo hace.

—Lo sé. Perdone, me expresé mal, pero es tan duro verlo en su estado actual. No comprendo qué habrá hecho para recibir tal castigo.

—No desesperes. Sabes que no se trata de eso. No dejes que el dolor controle tu raciocinio.

—Es tan duro verlo así… —contestó Jiménez—. ¿Cuánto tiempo deberemos permanecer aquí?

—Todavía quedan varios meses hasta que se terminen los alimentos.

—No creo que nunca lleguen a acabarse —dijo Menache—. El beriberi nos matará a todos antes de que esto ocurra.

—No digas eso, hijo. No pierdas el ánimo.

—¿Qué quiere que diga, padre? Digo lo que pienso. No saldremos de esta iglesia con vida. No hay remedio. Es mejor no hacernos vanas ilusiones y preparar nuestras almas para reunirnos con Dios. No debimos quedarnos…

—¿Interrumpo? —preguntó el teniente Alonso, que, acompañado del cabo Vicente González Toca, recorría el perímetro del edificio revisando las defensas.

—No, hijo. Solo hablábamos —contestó Minaya.

—Si necesita algo no dude en decírmelo. Que tenga un buen día. —Hizo el saludo militar y siguió con su inspección.

Cuando vio marcharse al oficial, Menache continúo con sus temibles augurios hasta que fue interrumpido por el sonido de un clarín. Tras esa señal, un murmullo de voces se alzó en las fortificaciones filipinas. Los gritos y las descargas de fusilería se sucedieron de manera frenética.

Todos los cazadores aptos fueron llamados a defender los muros. Emplazados tras sus fortificaciones, insultaban a los filipinos para incitarlos al

asalto. Con la muerte instalada entre ellos en forma de terrible plaga, la perspectiva de un ataque les parecía atractiva. Lo mejor que podría sucederles sería un final rápido y no la lenta agonía que soportaba fray Carreño.

Despertado por el griterío y las detonaciones de fusiles y cañones, Francisco Rovira intentó levantarse, pero le fue imposible, las piernas no le respondían. Maldijo su debilidad y se apoyó en los codos para incorporarse. A través de la puerta pudo ver a sus compañeros apurados en la defensa de la posición. Desesperado, nervioso y con la razón ofuscada, reclinó su cuerpo fuera de la cama, estiró los brazos para mitigar el golpe y se dejó caer al suelo. Mientras peleaba por deshacerse de la mosquitera, observó que debajo del catre se encontraba, olvidado por todos, su equipo. Sonriendo, se pasó la cartuchera por un hombro, caló la bayoneta en el máuser y se lo colgó a la espalda. Así cargado, se arrastró hacia la puerta de la enfermería. Desde allí vio que la entrada principal de la iglesia y el pequeño agujero que tenía en su base estaban desprotegidos y se encomendó su defensa. Para Rovira, mareado y debilitado por la fiebre y el beriberi, con las piernas inútiles, aquel breve recorrido se convirtió en su peculiar vía crucis. Alcanzó la puerta resollando, envuelto en frío sudor y presa de las moscas. Se descolgó el rifle y, tras apuntarlo a través de la gatera, quitó el seguro. No llegó a comprobar si estaba cargado; en ese momento perdió el conocimiento. Así lo encontraron sus camaradas, desmayado sobre su arma, tiritando y exhausto, pero empeñado en defender la posición. Igual de orgulloso que su patria, igual de inconsciente.

25 de septiembre de 1898. Ochenta y siete días de asedio

El día que murió fray Cándido Gómez Carreño amaneció una mañana sobria y taciturna. Unos espesos nubarrones anunciaban la inminente borrasca. El sol, lejano y frío, apenas calentó la mañana. Las frecuentes bandadas de aves multicolores, ante el fuerte viento que se había levantado, no se dejaron ver. Los filipinos, inquietos y agresivos por norma, despertaron apáticos. Sus fusiles y cañones permanecieron silenciosos a lo largo del día. Los españoles, carentes de preocupaciones externas, atormentados por sus propios males, cayeron en el más profundo desánimo. Si bien todos apreciaban al sacerdote y sentían su muerte inminente, lo que más sobrecogía su ánimo era el modo en que la enfermedad se había cebado con él.

Mientras el religioso agonizaba, un toque de corneta rasgó la tranquilidad reinante. Con el visto bueno de los sitiados, un hombre de mediana edad avanzó con una bandera blanca. De las Morenas subió al coro y lo contempló desde una de sus ventanas.

—Con su permiso, mi capitán —dijo el soldado Ramón Mir. El oficial lo contempló y desvió la mirada involuntariamente hacia el vendaje que cubría la cabeza del cazador.

—¿Sí, Mir? ¿Qué sucede?

—Conocí a ese hombre cuando estuvimos aquí con el teniente Mota. Se llama Pedro, aunque le llamamos «el marido de la Cenaida».

—No lo había visto nunca.

—Es que participó en el asalto nocturno… El muy miserable, precisamente él, que vivió unos años en España… Lo llevaron preso.

—Pues parece que ya está libre. —De las Morenas soltó el seguro y abrió el postigo de la ventana—. ¿Qué es lo que quieres?

—Hola, soy Pedro Aragón, vecino de Baler.

—Sí, el marido de la Cenaida.

El tagalo arrugó el ceño al oír el mote.

—Vaya, veo que alguien me recuerda.

—Más a su esposa que a usted. Le hacía preso. ¿Se benefició del mismo indulto que Novicio?

—No, me liberaron los americanos al conquistar Manila.

—¿Ya estamos otra vez con ese tema?

—El capitán general Jáudenes rindió la plaza el 13 de agosto. Deben creerme. Ha pasado ya casi mes y medio.

—¿Jáudenes? El capitán general es Agustí.

—Fue sustituido por su gobierno.

—Desde luego, a vosotros imaginación no os falta. Además, ¿pretendes que piense que han podido doblegar a más de trece mil españoles guarecidos tras fuertes muros cuando aquí no pueden con cincuenta atrincherados en una vieja iglesia?

—Me han enviado para que le cuente esto al párroco del pueblo, además de otros acontecimientos importantes.

—Fray Carreño está indispuesto. No le podrá recibir.

—¡Oh! Preséntele mis respetos. Dígale que Pedro Aragón le desea una pronta mejoría.

—Descuide, yo se lo diré. Si lo desea puede reunirse con el padre López, el párroco de Casigurán.

—Él me conoce menos, pero si no hay más remedio.

—Aguarde ahí, que van a buscarle. —Se volvió y llamó a uno de los soldados que hacían guardia en el coro—. Menache, dile al padre López que un mensajero insurrecto solicita parlamentar con él.

—A la orden de usted, mi capitán.

—¡Ahora viene! —gritó De las Morenas hacia la plaza.

El tagalo asintió con la cabeza y permaneció quieto y erguido. Mientras, el soldado bajó la escalera del coro y, ante las constantes preguntas de sus compañeros, se paró a explicar lo que había dicho el emisario.

Pedro Aragón se puso las manos a la espalda y comenzó a pasear por delante de la fachada de la iglesia mientras silbaba una sonata. En el interior, Menache, solicitado por todos, continuaba disfrutando de su repentina popularidad. Y cada vez, conforme repetía la supuesta noticia de la caída de Manila, añadía nuevos detalles de su cosecha.

El filipino cesó de caminar y se puso a recoger pequeñas piedras que lanzaba distraído. Tras arrojar un par de docenas contra la gran cruz de madera que se erigía frente a la iglesia, miró hacia la ventana y, harto de esperar, resopló. Entretanto, el cazador encargado de buscar al fraile recordó su misión al ver a Minaya. El sacerdote le indicó que López se hallaba en la enfermería, pero al ir allí, Bernardino le dijo que había acudido al excusado.

Un trueno retumbó con intensidad y anunció una repentina llovizna. El representante tagalo, desconfiado por la espera, temió un engaño kastila y se

retiró unos metros. Empapado ya por el constante sirimiri, vio, a través del vano de la ventana, hacer señas al capitán, que urgía al fraile a apresurarse y, autosugestionado por sus recelos, creyó que le tendían una trampa y corrió hacia las posiciones tagalas. De las Morenas tardó unos segundos en darse cuenta. Le gritó que aguardase, pero Pedro no quiso ya prestarle atención. Nunca más volvieron a saber de él.

Por la tarde, un par de horas antes del rezo del rosario, el padre Carreño murió tras recibir los sacramentos de la Iglesia católica. Sufrió convulsiones tan grandes y dolorosas que apenas tuvo aliento para confesarse. Envolvieron su cadáver con un sudario improvisado con la sábana que había utilizado en el catre del dispensario y, mientras los sacerdotes velaban el cuerpo, los cazadores prepararon su tumba en el altar mayor. Levantaron las tablas de la parte derecha de la grada del presbiterio y cavaron la fosa. Las campanas, a pesar de los ruegos del padre López, no doblaron por no informar a los sitiadores. Tras la emotiva y discreta ceremonia, todos los miembros del destacamento, incluso los que estaban en sus puestos de guardia, se unieron en una oración por el alma del difunto que enlazaron con el habitual rezo del rosario. Los soldados, al terminar, volvieron apesadumbrados a sus quehaceres cotidianos.

El teniente Alonso, con la gorra de plato en su regazo, miraba la tierra removida y la cruz que sobresalía por el entarimado. Martín Cerezo, sorprendido por la congoja de su amigo, se sentó a su lado.

—Te veo muy impresionado. No sabía que le tuvieras tanta estima.

—Soy ateo, no un miserable que disfrute con el dolor ajeno.

—Sabes que no quería decir eso. Me refiero a que no esperaba verte tan afligido. Al fin y al cabo eres un militar habituado a lidiar con la muerte.

—Siempre me afecta la de un compañero.

—A todos nos duele, pero es…

—*Sit tibi terra levis*.

—¿Qué has dicho?

—*Sit tibi terra levis* —repitió Alonso señalando la tumba—, que la tierra te sea ligera. Es la alocución fúnebre que usaban los antiguos romanos durante su república, antes del cristianismo. El equivalente a nuestro *requiescat in pace*.

—No la conocía. —Martín se encogió de hombros ante el extraño comentario.

—Quiero que sea el único epitafio que haya sobre mi sepultura.

—Pero Alonso…

—La muerte nos rodea y nos acecha en todo momento. Es mejor dejar las cosas en claro.

—Se hará como tú digas, no te preocupes.

—Prométemelo, Martín.

—¿No te fías de mí?

—Solo quiero tener la certeza de que se cumplirán mis últimas voluntades.

—Te lo prometo.

Los dos oficiales, sumidos en sus pensamientos, guardaron silencio. Permanecieron así hasta que Martín Cerezo, que se atusaba distraído el bigote, se dio cuenta de con qué fuerza asía su compañero su gorra. Los ojos de Alonso, por norma de una gran viveza, se mostraban apagados y ligeramente acuosos.

—¿Te sucede algo?

Alonso, sumergido en su más profundo interior, tardó en contestar.

—No… —Esbozó una sonrisa para apoyar su titubeante contestación—. Estoy bien.

Martín sabía que algo le sucedía, pero creyó que lo mejor sería no atosigarle. Decidió dejarlo tranquilo y se despidió con la simple excusa de revisar los puestos de guardia. Alonso, callado, asintió y ni siquiera lo vio alejarse. Quería hablar con su amigo, pero no había encontrado el valor suficiente. No sabía cómo decirle que hacía un par de días que sentía las piernas fatigadas y laxas.

27 de septiembre de 1898. Ochenta y nueve días de asedio

El doctor Vigil dormía reclinado sobre sus libros. Todavía con el lápiz en la mano; el sueño le había vencido mientras escribía. Sus últimos apuntes eran una suerte de garabatos indescifrables. Presentaba su cara una ligera y desarreglada barba que nunca encontraba tiempo de rasurar. Escuchó toser al cabo Chaves y levantó la cabeza de manera mecánica. Con los ojos entornados, mostraba en la cara las marcas fruto de su extraña duermevela. Se frotó los párpados, subió la intensidad del quinqué al tiempo que bostezaba. Cogió la taza metálica de la mesilla auxiliar, la llenó de agua y se la ofreció al cabo.

—Gracias, aunque no sé si vale la pena, enseguida la sudo.

—Debe beber toda el agua posible. Es importante que se mantenga hidratado.

—Doctor, ¿cree que tengo alguna posibilidad de sobrevivir?

—No piense en eso y duerma. Necesita descansar, cuanto más, mejor.

—No puedo pensar en otra cosa.

—Esos pensamientos funestos no ayudan en nada.

—Vi morir al padre Carreño, ahora veo a Francisco y sé que yo sigo su camino —masculló Chaves. Una lágrima descendió por su rostro hasta detenerse entre los pelos de la barba.

—¿Quiere que me quede aquí un rato?

—No quiero entretenerle. Ya estoy mejor. —Para corroborar sus palabras se secó la cara con la mano.

—Tonterías. Me gusta hablar con usted. Cuénteme algo de su pueblo. ¿Qué suelen hacer los días de fiesta?

El doctor acercó una silla al camastro y escuchó con interés. El cabo evocaba recuerdos de su infancia y juventud en tanto que Vigil atendía y se interesaba por los pequeños detalles que no le habían quedado claros. Conversaron una hora larga hasta que a Chaves le interrumpió la tos. No era fuerte y consiguió aplacarla con otro vaso de agua.

—Ahora duerma.

—Gracias, doctor. —El cabo le cogió la mano y le miró a los ojos—. Gracias.

—Venga, venga que necesita descansar.

—Le agradezco su esfuerzo. Aunque yo muera, no le culpo de nada. Sé que ha hecho todo cuanto le ha sido posible. Siempre está ahí, preparando recetas o leyendo esos enormes libros. Nunca le veo dormir.

Vigil no supo qué decir. A pesar de la bondad que demostraba Chaves, él se sabía como el máximo responsable. ¿Quién sino él, pensaba, sería el culpable de la muerte de aquel soldado?

—Es usted un buen hombre. Ahora hágame caso y duérmase.

Chaves le soltó la mano y se giró para contemplar a Rovira. Enfermo de disentería y beriberi. El aspecto de su compañero le aterraba, pero no podía dejar de contemplarlo. Aquel era su futuro. Su rostro demacrado asemejaba una mala copia de un boceto de El Greco.

Después de revisar a sus otros pacientes y comprobar que todos dormían, se volvió a sentar. Rebajó la llama del quinqué para no molestar a los enfermos y retomó el libro abierto que le había servido de improvisada almohada.

28 de septiembre de 1898. Noventa días de asedio

—No entiendo por qué no nos dejan jugar a la baraja —protestó Alcaide —. ¿Qué más les dará lo que hagamos en nuestro tiempo libre?

—Hombre, teniendo en cuenta que la última partida terminó con una pelea y una deserción… —dijo el corneta Santos.

—¡Qué tontería! Jaime ya lo tendría decidido mucho antes.

—¿Tú crees? —preguntó Menache.

—Pues claro. Seguro que cuando habló en mallorquín con su paisano, le puso al tanto del todo.

—Yo siempre he creído que fue un calentón —opinó Santos.

—Ese era más listo de lo que parecía —dijo Alcaide—. Ya se las habrá arreglado para volver a España. Y nosotros mientras aquí, encerrados con el beriberi y pasando más hambre que el perro de un ciego y más aburridos que un caracol en un cristal. Yo no aguanto más. ¿Qué decís?, ¿quién juega unas manos?

—Yo me apunto —contestó Miguel Méndez.

—Y yo —dijo Menache.

—¿Estáis locos? —preguntó Santos—. Como os pillen los oficiales os empapelan. Yo no quiero saber nada.

—Venga, turuta, que ya somos tres. Si juegas tú, montamos una buena.

—Yo me largo, no quiero líos. —El corneta se levantó, recogió su bombón y su máuser y se marchó.

—Será cobarde. Anda, Miguel, ve y dile al gallego que venga. Él no nos fallará.

—¿A Loreto? ¿Tú crees que ese querrá?

—¡A Loreto no! Al gallego decía, no a Gallego.

—¿A qué gallego?

—¿A cuál va a ser? A José Martínez… Y sé discreto.

—Hay que estar atentos, cuanta menos gente nos vea, mejor. Siempre hay alguien que puede ir con el cuento a los mandos —dijo Menache.

Como Alcaide había previsto, Martínez no dudó en unirse a la timba. Jugaron al tresillo, que permitía que los cuatro compitiesen de manera independiente, y se apostaron varios pesos para ver quién ganaba. Una caja

del revés sirvió de mesa. Al principio los jugadores se mostraban entusiasmados y bromeaban entre ellos, pero a medida que el lance avanzaba y llegaba a su fase final, se sumaron a las tensiones del asedio las propias del juego. Después de las primeras burlas e insultos, surgieron los reproches y las amenazas. Una apuesta doble tuvo la culpa de que Martínez y Méndez se enzarzaran al fin en un violento altercado. Discutían a grandes voces, sin hacer caso a sus compañeros de juego que les reclamaban calma. Dominados por la ira, se encararon y se propinaron un par de empujones. Alcaide, viendo el espectáculo que montaban, se anticipó y guardó las cartas, fichas y pesos bajo la caja. Hizo una señal a Menache para que le siguiera y se alejaron. En el momento en que se escabullían, apareció Martín Cerezo acompañado del cabo González Toca.

—¿Qué diablos sucede aquí? —gritó mirando repetidamente a los dos cazadores que discutían. Estos se cuadraron de inmediato.

—Nada, mi teniente —respondieron casi a coro.

—Conque nada, ¿eh? ¿No estarían jugando? Méndez, antes de contestar sepa que le estoy viendo los naipes en la mano.

—Sí, mi teniente.

—¿Así que jugaban a pesar de las órdenes recibidas? —preguntó el oficial. Durante unos segundos el silencio se adueñó de la iglesia. Solo se oían los disparos de los tagalos—. Respondan, ¿jugaban a la baraja a pesar de ser contrario a las órdenes?

—Sí, mi teniente. Solo queríamos pasar un rato agradable. Lo siento —se excusó Méndez.

—Y tanto que lo van a sentir. De eso me encargo yo. González, sígame con estos hombres.

Martín se dirigió hacia el baptisterio. Se alzaba entra las dos puertas principales de la iglesia y consistía en un mero saliente de forma semicircular que descollaba de la planta rectilínea del edificio. El oficial, al llegar, marcó con su sable una línea que seguía el trazado de los muros y miró a los dos soldados. Uno estaba cabizbajo y con los ojos vidriosos, el otro mantenía la vista fija sobre Martín.

—Saquen la pila bautismal y déjenla allí. González, quiero que Méndez y Martínez levanten un tabique aquí, siguiendo la línea que he dibujado, de forma que cierre el baptisterio. Ha de ser un muro sólido, pues va a ser el calabozo, así que dígale a Castro que supervise la obra. Coloquen como puerta una de las que desmontamos de la casa del cura.

—A la orden de usted, mi teniente.

—En cuanto se acabe la obra, la estrenarán. Van a aprender a respetar las órdenes. Ya lo creo que lo harán. Tres días aquí encerrados les dejará tiempo para pensar.

29 de septiembre de 1898. Noventa y un días de asedio

El teniente Alonso llevaba varios días ingresado en el dispensario. Aunque había silenciado los primeros síntomas, le había resultado imposible ocultar su situación al empezar a perder, de manera gradual, la capacidad de andar. Levantó la sábana y contempló con asco las tumefacciones que le cubrían las piernas. Por enésima vez intentó moverlas, pero fue en vano. Maldijo su suerte y se palpó la cara, que ya había comenzado a hinchársele.

—¿Necesita algo, teniente? —preguntó solícito fray Minaya.

—No, gracias.

—¿Quiere que le confiese?

—No, padre. —Su deformado rostro mostró una sonrisa—. ¿No cree que es un poco tarde para abrazar la fe?

—Nunca lo es, Alonso. Siempre es bienvenido el hombre que vuelve a incluir a Dios en su vida, ya lo dijo san Lucas en su Evangelio: «Comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado».

—Sería hipócrita por mi parte. Me he vanagloriado tantas veces de mi ateísmo.

—No lo sería si verdaderamente se arrepiente.

—Es que no lo hago… Verá, me atrae la idea de un Dios bueno y justo, pero no creo en ella. Me parece un invento de los hombres que ha servido tanto para darles consuelo como para esclavizarlos.

—Es usted una buena persona, Alonso, por eso me entristece aún más su manera de pensar. Está desorientado, ha excluido al Señor de su…

—No pierda el tiempo conmigo. Vaya con los soldados, seguro que requieren su asistencia.

—No lo pierdo si le hago pensar, hijo.

—Es que ahora estoy cansado, necesito dormir —mintió el oficial.

—Le dejaré descansar, pero tenemos que retomar esta conversación. —El sacerdote se despidió y abandonó la enfermería.

Chaves, que había escuchado toda el diálogo sin atreverse a intervenir, observaba perplejo al oficial. No entendía cómo un hombre tan cercano a la muerte renunciaba a la última posibilidad de salvación.

—Mi teniente. —El cabo luchó por controlar su respiración. Desde el día anterior había momentos en que le costaba respirar y se quedaba sin aliento —. ¿No cree usted en Dios?

Alonso estuvo a punto de ignorar la pregunta; no tenía ganas de hablar; sin embargo, se apiadó al verlo en tan mal estado. El miedo que reflejaba el rostro del cabo le hizo comprender que él sí ansiaba conversar.

—¿Tú crees?

—Sí, mi teniente.

—Entonces no tienes nada que temer.

—No voy a salir de esta. —Alonso lo miró sin saber qué decir—. Me preguntó el capitán sobre qué haría al volver a España. «Quiero hacer carrera en el ejército», contesté. Parece que va a ser muy breve.

—Me temo que no mucho más que la mía. —El teniente suspiró y se quedó contemplando el techo de la enfermería. Juan Alonso, tumbado en aquella cama, incapaz de valerse, solicitando ayuda incluso para hacer sus necesidades, quería aislarse y que nadie le molestara. Cerró los ojos y no dijo nada más hasta que oyó unos sollozos. «¡Oh, no! Lo que me faltaba», pensó —. ¿Qué te ocurre, Chaves?

—No quiero morir.

«¿Acaso piensas que yo sí?».

—No quiero morir —repitió el cabo gimoteando.

«¿Y quién quiere?».

—Tranquilízate, Chaves. La muerte siempre nos alcanza, es algo inevitable. Querías ser militar. Consuélate y piensa que caes defendiendo a tu patria, no hay mayor honor para un soldado. Sucumbiremos como hemos vivido los últimos meses, como héroes. Así seremos recordados. «¡Qué cosa tan extraña! Unos héroes que se cagan encima».

30 de septiembre de 1898. Noventa y dos días de asedio

—Buenos días, mi capitán. ¿Han enviado un paquete los insurrectos?

—Buenos días, Martín. Uno bien grueso, mire. —De las Morenas levantó un fardo que había sobre la mesa.

—¿No lo ha abierto aún?

—Le esperaba. ¿Viene el doctor?

—No puede, dice que Rovira está muy débil y no quiere alejarse de la enfermería. Ha pedido ya a los frailes que lo asistan.

—Entiendo. Ahora iré a verle.

—Está inconsciente… Ya no despertará.

—Lo siento, Rovira era un soldado bravo y un buen muchacho. Ha soportado el pobre una agonía larguísima. ¿Y cómo está Alonso? Todavía no he podido visitarle hoy.

—Muy desanimado. ¿Cómo no estarlo? Ve que la vida se le escapa por la posta.

—Esta maldita enfermedad… —De las Morenas hizo una mueca de asco.

Martín, resignado, se encogió de hombros y preguntó:

—¿Y si vemos qué nos envían los indios? A ver qué cuento nos quieren endilgar hoy.

—Apuesto a que el mismo de siempre. —El capitán desató el cordón que lo apelmazaba y rasgó el envoltorio—. ¡Caray, cuánto papelote!

—Deben de haber trabajado mucho los escribientes tagalos para preparar todos estos embustes. ¿Qué dice el primero?

—Veamos… Es del gobernador civil de Nueva Écija, el señor Dupuy de Lôme. Es mi inmediato superior. ¡Diablos! Su letra es exacta.

—¿Y qué dice?

El capitán leyó por encima parte de la misiva.

—¿Qué va a decir? Que hemos perdido Filipinas, que nuestra resistencia no tiene sentido… Lo de siempre. Desde luego que juraría que la letra es suya. Si dijera algo que no fuera tan incongruente, lo creería a pies juntillas. Voy a enseñarte unas cartas suyas y lo comprobarás.

—Es igual. Puede que sea suya, pero eso no implica su veracidad. Si la ha escrito Dupuy, seguro que le han forzado a redactarla. No es menester

comprobar las caligrafías.

—Tienes razón. —Dejó la carta aparte y cogió otra hoja—. Esta… es el acta de capitulación del comandante Génova, y este otro…, el acta de capitulación del capitán Federico Ramiro. Parece que siguen varias… Otras ocho más. Ya las leeremos luego. Total, vienen a decir todas lo mismo.

—Ojalá hubiera algún escrito del que nos pudiéramos fiar para conocer cómo transcurre la guerra en Filipinas.

—Aquí no hay más que patrañas —comentó el capitán, que ya leía el siguiente papel—. Aquí explica la rendición del comandante Ceballos, de guarnición en Dagupán. Dice que entregó setecientos cincuenta fusiles a los insurrectos.

—¡Qué barbaridad! Con semejante arsenal no le resistiría ningún indio. —Martín sonrió—. ¿Cuál será la próxima sandez? Estos ejercicios de imaginación comienzan a resultar entretenidos.

—Este narra, nada más y nada menos, la pérdida de Manila. Según pone, fue Agustí quien se rindió y no Jáudenes. No han sabido coordinar sus mentiras, el otro día, el tal Pedro Aragón nos dijo que fue al revés. Ya dice el refrán que antes se pilla a un mentiroso que a un cojo. Al menos coinciden en las fechas.

—Estos indios son unos chapuzas… Tanta documentación y tanto papeleo para luego descubrirse de una manera tan fácil.

—Mira lo que pone aquí. —De las Morenas señaló un párrafo—. Dice que el general Agustí se rindió a los tagalos porque estos habían capturado a su esposa.

—¡Qué desfachatez! Es imposible que un capitán general español se rinda a los indios. A los estadounidenses aún, pero jamás a los indios.

—Lo acompañan de otros parecidos donde, por lo poco que he leído, se narran rendiciones de otras ciudades importantes y de algunas unidades de la armada. —El capitán recogió estos informes y los colocó en el montón de los revisados.

—Ese último parece una carta.

—Sí. A ver quién la firma… Fray Mariano Gil Atienza, cura párroco de Palanan. ¿Lo conoce? —Martín Cerezo negó con la cabeza—. Yo tampoco, supongo que el padre López sí que sabrá quién es; lleva mucho tiempo en esta parte de Luzón.

—¿Hay algo de interés en la carta? —preguntó el teniente.

De las Morenas, tras leerla, dejó caer la hoja sobre la mesa y soltó un bufido.

—Básicamente viene a redundar en todo lo dicho con anterioridad. Que España ha perdido Filipinas y que, por lo tanto, nuestra defensa carece de sentido. Pide que depongamos las armas y advierte que seremos bien tratados.

—Lo de siempre, ¿no?

—Pues sí. No les entiendo; pretenden hacernos creer que España ha perdido el archipiélago en apenas unos meses.

—Es un sinsentido. Tenemos más de veinte mil soldados en Filipinas con experiencia en combate. Nuestros hombres están habituados al clima y están equipados con modernos y excelentes fusiles. Es imposible, no podemos ser derrotados de un modo tan estrepitoso. No nos tragaremos el anzuelo que tan burdamente nos tienden.

—Sin duda, Martín, sin duda. Si quieren tomar esta posición deberán hacerlo por la fuerza. Lo mejor será comentarle este nuevo embuste a Alonso sin entrar mucho en detalle. No conviene atosigarle.

Tras hablar con el teniente, los dos oficiales salieron a la trinchera exterior de la fachada principal y mandaron tocar llamada. Desde las líneas insurrectas, y mientras aún resonaba la corneta, se asomaron el coronel Villacorta y el capitán Novicio Luna.

—Seré breve —dijo De las Morenas—. No creemos ni una palabra de lo que dicen esos papeles. Los documentos son a todas luces falsos.

—Pero… ¡si hay una carta del gobernador de Nueva Écija! —exclamó Villacorta—. Usted, como comandante político-militar del distrito del Príncipe, depende de él. ¿No le parece suficiente su autoridad?

—No se trata de eso. Ya te he dicho que no creemos ni una palabra. El señor Dupuy no ha redactado esa misiva y, si lo ha hecho, ha sido bajo coacción.

—Y si ha sido una imposición, ¿no muestra eso que lo tenemos prisionero? ¿No podría ser una prueba más?

—En absoluto, una gota no hace mar.

—Son ustedes unos testarudos. No sé qué más necesitan. Sepan que tenemos con nosotros a varios de los que han capitulado —informó el coronel filipino.

—Pues tráigalos y hablaremos con ellos.

—Sí, claro, para que los encierren con ustedes como han hecho con los frailes. Por favor, capitán, no me tome por necio.

—No, eso vosotros. ¿Os pensáis que somos tontos? —preguntó De las Morenas. ¿Creéis que vamos a rendirnos por vuestras mentiras? Intentáis conseguir mediante engaños lo que no podéis lograr por la fuerza de las

armas. ¡Ea! Al diablo con esta conversación. No volváis a molestarnos con más farsas absurdas.

—La próxima vez traigan a sus testigos. Adiós, señores —se despidió el teniente Martín, y siguió al capitán, que ya entraba en el edificio.

Al otro lado de la puerta principal los esperaba el doctor Vigil Quiñones. El médico parecía que iba a desplomarse de un momento a otro; las marcas propias de la fatiga y el hambre impresas en su cara y cuerpo y el sudor que lo bañaba provocaban que solo se distinguiera de sus pacientes por la falta de hinchazones. Los oficiales, al verlo allí plantado, con la mirada perdida, se temieron lo peor.

—¿Qué sucede, Vigil? —preguntó De las Morenas. El aludido levantó la vista. Parecía sorprendido, como si hubiera despertado de un profundo sueño de manera repentina.

—El soldado Francisco Rovira ha muerto —dijo sin ningún tipo de preámbulo.

—Lo siento, pobre muchacho. —El capitán se quitó la gorra de plato blanca y se santiguó—. Esta noche rezaré por su alma.

—Una pena —se lamentó Martín—, era un joven excelente. Siento que haya tenido que morir así. Nadie merece este final.

—¿Dónde quieren que lo enterremos? —preguntó el doctor. Tenía los ojos enrojecidos y entornados, ya que la escasa luz que entraba por las aspilleras y la gatera le molestaba.

—Vigil, ¿cuánto hace que no duerme? Tiene un aspecto horroroso —apuntó el capitán.

—No sé… Ayer me eché un rato.

—Acuéstese, por favor. Debe dormir unas horas.

—Mi capitán, tengo más pacientes que cuidar.

—¿Y quién le cuidará a usted? —inquirió De las Morenas—. No me obligue a ordenárselo. No me gustaría tener que ponerle un soldado para que le vigile, pero, si es necesario, lo haré. Ya le dijimos que es el miembro más importante de este destacamento. Nos resulta imprescindible.

—De acuerdo, dormiré un rato. —Vigil bostezó y se frotó los ojos.

—Unas horas. —El médico asintió y, cuando ya se retiraba, se giró para volver a preguntar por el lugar de la tumba del soldado Rovira—. Lo enterraremos ahí mismo, en esa esquina —contestó De las Morenas—. Lo más cerca posible de la puerta que se empeñó en defender hasta el final.

1 de octubre de 1898. Noventa y tres días de asedio

París

El diputado Gustavo Adolfo Segura miraba por la ventana del segundo piso del Quai d’Orsay. Frente a él, artería fría de aguas oscuras, el Sena discurría manso. Un par de barcazas que transportaban carbón lo remontaban y dejaban tras de sí una fina nube de humo negro. En la otra orilla, un grupo de castaños languidecía bajo el frío aire otoñal. Sus hojas, ya marrones, cautivaban por la belleza efímera de su estampa. Tras ellos se levantaba un pequeño palacete que apenas alcanzaba a ver. Junto a este, un enorme edificio, cuyo nombre ignoraba y no se atrevía a preguntar, rodeado de andamios y coronado por una colosal cúpula de hierro y cristal, aún inconclusa, y por la que asomaba una grúa metálica. Aquella capital era fabulosa. A su lado, Madrid, que hasta ahora le había hechizado, parecía una ciudad de provincias.

La voz del embajador español en Francia le sacó de su ensimismamiento.

—Llegan tarde, caballeros. Los norteamericanos están esperando.

Montero Ríos, presidente del Senado y el político que encabezaba la delegación, se encogió de hombros. Se habían topado, de camino a la sede del Ministerio francés de Negocios Extranjeros, con tal cantidad de carruajes que en algunos momentos apenas habían podido avanzar.

—Esta ciudad es demasiado moderna para mi gusto. Y demasiado populista. Todo el mundo tiene un coche. Hay miles.

—Deben apurarse, excelencia, el protocolo indica…

—Está bien. Vayamos sin más dilación. Caballeros, la supervivencia de nuestro imperio está en juego. Recuerden las directrices del Gobierno. Debemos salvar Puerto Rico y, sobre todo, Filipinas. Hay que lograr que sus ambiciones se colmen con la adquisición de Cuba. Créanme que es posible. Me han informado que varios comisionados yanquis son contrarios a que su república genere un imperio. —Monteros Ríos miró a sus compañeros, que asintieron en silencio—. De acuerdo, pues, que comiencen las negociaciones. ¿Dónde se encuentra esa banda de pitaras?

—Les esperan en el salón de la paz. Sigan al ordenanza. Él les conducirá.

Un sirviente les saludó bajando despacio la cabeza y la espalda. Al terminar, hizo un lento ademán con su mano enguantada para que le siguieran. Los comisionados españoles entraron en la antesala de los ujieres y accedieron al antiguo salón del emperador. En otros tiempos su decoración ensalzaba la figura de Napoleón, pero hacía ya muchos años que habían borrado sus armas de los escudos y cambiado su estatua por una que representaba a Francia. Dominaba la habitación una enorme chimenea de mármol y bronce. El fuego del hogar estaba apagado. La frialdad del ambiente concordaba con la actitud de los estadounidenses, que los esperaban sentados en torno a una enorme mesa. Desde sus sillas, colosales y decoradas con profusión, semejantes a tronos medievales, los observaban con displicencia. Tan solo el presidente de su delegación, William Day, se permitió una tímida sonrisa.

Después de intercambiarse las credenciales, el hasta hace unas semanas secretario de Estado se levantó, apoyó con delicadeza los dedos de ambas manos sobre la mesa y habló en inglés con voz pausada pero firme.

Montero Ríos escuchó impertérrito y, cuando el norteamericano terminó su breve alocución, miró a su izquierda y preguntó a su compañero:

—¿Qué ha dicho, Garnica?

—No lo sé, Excelencia. Solo hablo francés.

—¿Ramírez?

—Yo hablo francés y alemán, pero no inglés.

El presidente del Senado se giró hacia su derecha y repitió la pregunta.

—Lo siento, nunca he estudiado idiomas.

—¿Segura?

El diputado desvió la mirada hacia la mesa y negó con un ligero movimiento de cabeza.

—Pues empezamos bien… —Montero Ríos se rascó una ceja y permaneció absorto durante unos largos segundos—. No queda sino seguir hacia delante.

Se alzó con tranquilidad y adoptó la pose que había ensayado en la habitación del hotel. Antes de que iniciara su parlamento, Jules Cambon, el embajador de Francia en Washington, le interrumpió. No hablaba el español con soltura, pero sabía lo suficiente para comprender el apuro de los delegados hispanos. El diplomático galo, que ya había ayudado al Gobierno de España en el acuerdo de alto el fuego, dijo en el idioma de su patria:

—Disculpen, caballeros. Creo que sería conveniente que, para acercar posturas y evitar equívocos, yo tradujera sus comentarios al francés. Si no

tienen inconveniente, comenzaré con las palabras de *mister* Hay. El caballero ha indicado los propósitos conciliadores que animan al Gobierno de Estados Unidos y a la comisión que lo representa. Ha añadido que harán todas las concesiones que sean justas, pues están animados por un alto espíritu de concordia. Ahora tiene la palabra el señor Montero Ríos. Habla un perfecto francés, así que no será necesaria mi intervención.

Este, que seguía de pie, arrugó la frente y negó con la cabeza. Varios improperios le vinieron a la mente, pero como hombre experimentado, supo contenerse. Después de quedar en entredicho, él no iba a ser menos que los yanquis.

—Permítame que me exprese en español. Creo que será lo más apropiado. —Sin esperar respuesta, carraspeó levemente y continuó con un tono más elevado—. Después de las declaraciones del presidente de la Comisión de Estados Unidos nos sentimos más confiados. Los vencidos solo pueden invocar la justicia. Si esta prospera, la Comisión de España se dará seguramente por satisfecha. No dudamos de que los representantes americanos, en sus conclusiones, procurarán inspirarse en un recto espíritu, recordando situaciones análogas atravesadas por aquel gran pueblo. No deben olvidar que van a tratar con los representantes de la nación que descubrió América y ayudó a Estados Unidos a conquistar su independencia.

Baler

El capitán y Martín Cerezo tomaban el desayuno antes del cambio de guardia. Aquella mañana había consistido en un café con azúcar y una tostada de pan. El teniente lucía una guerrera limpia y planchada, la última que le quedaba en perfecto estado, y leía un número atrasado de *El Imparcial*. Sentado así a la mesa, con la barba rasurada y el bigote atusado impecablemente, parecía que disfrutaba de una mañana de permiso en Manila. La delgadez de su rostro era lo único que reflejaba las penurias sufridas a lo largo de los últimos meses. De las Morenas daba pequeños sorbos a su café y miraba ensimismado el baptisterio reconvertido a calabozo. Se preguntaba si el teniente, al elegir esa ubicación, había tenido una doble intención.

—Martín, ¿no crees que tres días allí encerrados es un castigo excesivo? Esos muchachos llevan más de dos meses encerrados, haciendo guardias la mitad de su tiempo, en una atmósfera pútrida, con un rancho menguado,

aguantando la lluvia persistente. No pidas a los hombres más de lo que pueden dar. No todos poseen tu capacidad de aguante.

—Pero ¿Enrique, dígame, por qué no puedo reclamar a la tropa lo que me exijo a mí mismo?

—Es evidente, tú eres un profesional, ellos, algunos por voluntad propia y otros por imposición, solo permanecerán un tiempo en el ejército. No tienen ni tu preparación ni tu afán.

—Ahí es donde diferimos. Ellos, sitiados por los enemigos de su patria, deberían tener la misma disposición que yo. Ni les pido un manejo prodigioso del fusil, ni que sean excelente tácticos. No necesitan los conocimientos de un general, tan solo exijo actitud. No nos queda otra, al menos por el momento, sino reclamar a la tropa que rinda siempre al máximo. Por descontado, es obligación de los oficiales señalarles el camino con nuestro esfuerzo y trabajo.

—Ten cuidado con lo pides a los hombres, quizá sea demasiado. Las consecuencias pueden ser nefastas, y más en esta situación tan extrema.

—Estoy convencido de que a las personas, cuanto más se les exige, mayor es su rendimiento.

—Martín, haz caso a un oficial veterano, debes saber dónde está el límite de su tropa. Si lo sobrepasas puedes provocar indisciplina, deserciones e incluso un motín. Te repito la pregunta, ¿no crees que tres días allí encerrados es un castigo excesivo?

—En absoluto —respondió sin levantar la vista del diario.

—Aquello no tiene más de cinco metros cuadrados. Dos personas allí hacinadas lo deben pasar realmente mal. Y todo por jugar una partida de naipes.

—Mi capitán —Martín dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa—, en unas circunstancias como las nuestras, el mantener la disciplina puede ser la diferencia entre el éxito o el fracaso.

—No lo dudo, pero tu exceso también puede ser perjudicial. Necesitamos la adhesión incondicional de la tropa. No debemos soliviantarla con comportamientos despóticos.

—Esos soldados desobedecieron una orden. Debemos dar ejemplo. Ahora los hombres saben que dirigiremos esta posición con mano de hierro —dijo al tiempo que cerraba el puño con fuerza—. Además, no soy un tirano. Soy consciente de que ahí dentro el castigo será duro. He dado orden de que salgan cada seis horas para aliviarse y que todos los días anden durante treinta minutos. Además, les suministrarán agua fresca siempre que lo pidan.

—Me parece una buena idea, pero tampoco estaría mal perdonarles un día de encierro.

—Si lo hiciera, el castigo no tendría el mismo efecto. De todos modos, ya salen mañana.

—En base a nuestras circunstancias he intentado razonar contigo, pero eres imposible. Sé que nominativamente, y en ausencia de Alonso, eres el jefe del destacamento, pero recuerda que, como capitán que soy, aquí mando yo. Por lo tanto, que sea la última vez que pretendas darme una lección de disciplina. ¿Está claro? Yo ya era oficial cuando tú eras un simple soldado. En el futuro, antes de imponer una sanción de este tipo, me lo consultarás.

—Como usted mande, mi capitán. —Martín Cerezo lo miró a los ojos—. Como usted mande.

Nadie añadió nada más. Un silencio gélido se levantó como un muro de hielo entre los dos hombres. Aún duraba cuando se les unieron los dos frailes. Venían de ayudar en el dispensario y se habían retrasado tanto que sus desayunos se enfriaban sobre la mesa. López bebió un sorbo y mostró una mueca de asco. Echó agua y un poco más de azúcar en su taza, aclarando el café que todavía le faltaba por beber.

—¿Saben? —Removió la mezcla con la cuchara—. Llevo desde hace unos días pensando en el sufrimiento del pobre Carreño, que Dios lo tenga en su gloria. Al principio, y así lo hablé con el padre Minaya, creíamos que el Señor le mortificaba, pero, después de pensarlo con detenimiento, he llegado a la conclusión de que castiga a todo el destacamento.

—¿Cómo dice? —preguntó De las Morenas asombrado.

—Dios no está satisfecho con nuestra actitud, no le agrada la conducta que observamos, pues nos dominan algunas faltas fácilmente remediables. Creo que ha determinado purificarnos y hacernos purgar estos defectos para que, limpios ya de ellos, podamos dirigirle nuestras más fervientes oraciones, levantando nuestras manos puras y suplicantes, implorando su protección…

—Padre —cortó Martín.

—¿Sí, hijo?

—Cundirá el pánico entre la tropa si le escucha a usted ese discurso apocalíptico propio de un sacerdote del Medievo. Así que se lo advierto, no quiero volver a oírlo más. Como me entere de que le ha ido a un soldado con ese cuento, les pongo a los dos en manos de los insurrectos de inmediato. ¿Me han entendido?

—Pero oiga, no puede hablarnos así. Enrique, ¿permitirá esta desfachatez… esta felonía?

—Padre, el teniente Martín le quiere decir, de manera un tanto directa y brusca, que la moral de la tropa pende de un hilo. Ellos están convencidos, o al menos lo estaban hasta hace unos días, de que la Inmaculada los protege gracias a su sincero rezo diario. Si les dice que el Señor los ha castigado, los va a desmoralizar.

—Pero es que en verdad así lo creo, pero no solo a ellos, a todos nosotros.

—Esa es su opinión. ¿Está usted seguro de conocer, sin ningún tipo de duda, las intenciones de Dios para con nosotros? —preguntó el capitán.

—Claro que no, Enrique. Solo un loco o un necio creería conocerlas con exactitud.

—Pues será mejor que no se comporte como tal y guarde esa opinión tan funesta, ¿no cree?

2 de octubre de 1898. Noventa y cuatro días de asedio

La puerta del calabozo, con los goznes bien engrasados, se abrió sin emitir ningún ruido. Los presos, al ver que se movía, se levantaron con la rapidez que les permitieron sus cuerpos anquilosados. Miraron ansiosos a través del vano, pero solo distinguieron contornos. El contraste entre la luz del baptisterio, que disponía de tres troneras para iluminar aquel estrecho recinto, y la lobreguez de la iglesia, provocó que tuvieran que pasar unos segundos hasta que su vista se acostumbró a la penumbra.

Martín Cerezo y el cabo González Toca aguardaban en la puerta, tras ellos se arremolinaban varios cazadores que, aburridos y curiosos, habían acudido a presenciar la novedad. Un poco más retrasado, lo suficiente para no inmiscuirse en la escena, se había situado el capitán De las Morenas. Los reos, al distinguir al teniente, se cuadraron. Este avanzó despacio un par de pasos y los miró con fijeza a los ojos, primero a Miguel Méndez durante unos segundos que al soldado se le hicieron interminables y, después, a José Martínez, que, acobardado, bajó la vista.

—Espero que hayan escarmentado. La próxima vez no seré tan bondadoso.

—Sí, mi teniente.

—¡Quiero que esto sirva de lección a todo el mundo! —levantó la voz y miró al grupo de soldados que le rodeaba—. La indisciplina será castigada con severidad. Me gustaría no tener que volver a tomar en el futuro decisiones tan enérgicas —reparó en el capitán y lo saludó con un leve movimiento de cabeza—, pero no duden que lo haré si contravienen las órdenes o el reglamento. Les aconsejo que no me pongan a prueba en este punto. —El oficial volvió a contemplar a los dos hombres—. Pueden retirarse.

Tras añadir esto, Martín se fue hacia la enfermería para hablar con Alonso. Alcaide y Menache se acercaron a saludar a los liberados. Les tendieron un par de bombones con agua fresca recién sacada del pozo y varias galletas.

—Gracias, Alcaide —dijo Martínez mientras quitaba el tapón.

—Es lo menos que podemos hacer por vosotros. Os comportasteis como verdaderos camaradas al no denunciarnos.

—Menos mal que no lo hicimos —apuntó Méndez—, el cabrón este hubiera sido capaz de meternos a los cuatro en ese agujero.

—¿Y si llegamos a jugar al panguiguí? ¿Nos hubiera metido a ocho ahí dentro? —bromeó Martínez.

—Me alegro de que aún te quede humor. Debe de haber sido duro estar ahí tres días.

—A Dios gracias que el teniente se apiadó y nos suavizó el cautiverio, si no las hubiéramos pasado canutas.

—Para mí se ha terminado el juego. No quiero volver ahí dentro. —Méndez señaló el baptisterio con un movimiento de cabeza.

—Siento haberos metido en ese embrollo. No fue buena idea lo de las cartas —se lamentó Alcaide.

—No es culpa tuya —disculpó Menache—, todos lo quisimos. No entiendo por qué no nos dejan. El aburrimiento va a hacer que enloquezcamos. Tres días en ese agujero por jugar a la baraja. Al teniente se le ha ido la mano. Deberíamos protestar al capitán. ¿Habéis visto cómo se miraban? Seguro que él no estaba de acuerdo con este castigo.

—Lo mejor es dejarlo pasar. Total, ya lo han cumplido. No nos metamos en más líos.

—Pero, Alcaide… ¡Ha sido una injusticia!

—¿Estás tonto o qué? Estamos en el ejército, aquí no hay lugar para quejas.

—Ya protestamos en su día el atropello del rancho… y ganamos.

—Lo mismo va a ser. Te recuerdo que desobedecimos una orden.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Lo de siempre, agachar la cabeza y obedecer. De momento no jugaremos más a las cartas, ya veremos el futuro como viene dado.

—Esto es una mierda —sentenció Menache—, una autentica y gigantesca mierda.

5 de octubre de 1898. Noventa y siete días de asedio

Como tantos otros días, los cazadores francos de servicio se reunían en el patio. Hablaban entre ellos en pequeños grupos, pero en todos los corros se departía sobre lo mismo: los estragos del beriberi. Después de la muerte de Rovira, dos nuevos casos habían aparecido.

Como niños cogidos en mitad de una trastada, los cazadores se callaron cuando vieron que el capitán se unía a ellos. El oficial, sonriente, parecía ajeno a la desazón que dominaba el ambiente. A su lado, su abigarrada perra meneaba el rabo. Al ver a Ramón, se acercó al trote y frotó su cabeza contra la pierna en busca de una caricia.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, mi capitán —respondieron a coro casi todos los hombres.

—¿No está Pineda libre?

—No, está de centinela en la torre.

—Lástima, me apetecía escuchar una de sus historias. En fin, veo que hoy tampoco cantan. Ya han pasado varios días desde la última vez.

—No estamos de ánimos —respondió Planas.

—¿Precisamente tú no estás de humor para cantar?

—Es que en estos momentos…

—Quizás es en estos momentos cuando más lo necesitamos, ¿no crees, Planas?

—Puede, pero si no te nace, si lo fuerzas, pierde toda la diversión.

—No es que quiera obligarles, solo es que me extraña su actitud.

—Pero, mi capitán —dijo Boades.

—Hable sin miedo.

—Nuestra situación ha empeorado. Siempre ha sido complicada, pero ahora, con el maldito beriberi, si me permite la expresión…

—¿Qué esperabais? —De las Morenas se encogió de hombros—. Esta plaga es algo normal. Siempre, a lo largo de la historia, en los asedios prolongados brota algún tipo de epidemia. Pero en esta vida todo se supera. Con la ayuda de Dios y del doctor Vigil saldremos adelante.

—Ya han muerto dos, y hay otros cuatro enfermos además del teniente Alonso.

—Y lo normal es que aún afecte a más gente. Os noto desalentados. Comprendo vuestros temores, son naturales, pero debéis sobreponeros. Hemos de resistir. Con o sin beriberi, esta posición ha de mantenerse. —El capitán miró a los hombres y comprobó que varios asentían en silencio—. Aquí aislados no tenemos noticia sobre el transcurso de la guerra, pero si los taos cuentan con la ayuda de los estadounidenses, las hostilidades se habrán tornado más cruentas. Eso explica que aún no hayan podido venir a liberarnos. De ahí la importancia de conservar este edificio. Ahí fuera, calculamos que hay alrededor de quinientos rebeldes inmovilizados. Son hombres que no están combatiendo en el frente. ¿Entendéis? Solo con que nueve destacamentos hayan resistido como nosotros, habremos inmovilizado a más de cinco mil taos. Los insurrectos no soportarán esta situación durante mucho tiempo. Así es como podemos ayudar a ganar la guerra. Aguantando, día tras día, hasta que nos releven. Es duro, lo sé, pero no tenemos otra opción. ¿O acaso queréis que otros vengan a hacer nuestro trabajo? ¿Dejaremos que otros mueran por haber olvidado nuestro deber? ¡Jamás! Resistiremos y cumpliremos aunque perezcamos en el intento. Yo os juro que lo haré. Nunca me rendiré. Nadie podrá acusarme de cobardía. ¿Haréis lo propio los cazadores del Segundo? ¿Qué decís? ¿Cómo apuntaba tu canción, Planas? ¿Levantada y erguida la frente? ¡Canta, por el amor de Dios! —El soldado asintió y entonó el himno:

Levantada y erguida la frente
bien se puede a la patria volver.
Somos del Dos nobles soldados,
dignos seremos del Batallón.
Siempre en la brecha nos encontramos,
dando la vida por la nación.

9 de octubre de 1898.
Ciento un días de asedio

El fuerte olor del ácido fénico envolvía el dispensario y se imponía a las apestosas emanaciones de la nave de la iglesia. Con tantos nuevos pacientes, la pequeña enfermería se había visto desbordada. Ante la falta de camas, los habían acomodado en sus propios catres en la zona adyacente a la enfermería. Un precario techo de madera les protegía de las inclemencias del tiempo y les permitía colgar las ya escasas mosquiteras.

Cerca ya del atardecer, lluvioso como tantos, los sanitarios atendían a Alonso. El asistente abrió un paquete azul de algodón hidrófilo y lo tendió al médico. Este arrancó un trozo, lo humedeció en una mixtura y lo aplicó sobre las tumefacciones de las piernas del teniente, que se mordió los labios para no quejarse.

—¿Le duele?

—Solo cuando aprieta la hinchazón.

—Lo siento, es necesario.

—Haga lo que tenga que hacer, Vigil.

El doctor asintió ante la innecesaria aunque tranquilizadora autorización y continuó el tratamiento. El oficial mantenía los dientes apretados y la mirada perdida en la techumbre. Permaneció así hasta que Vigil anunció que había terminado la cura.

—Tiene muchas ojeras. ¿No duerme bien? —le preguntó.

—Los últimos días, no.

—Voy a darle bromuro, le ayudará. Necesita descansar.

—Ahora no, doctor, después. Ha quedado el capitán en venir a verme. Quiero hablar con él, no ha de tardar, ya han realizado el cambio de guardia.

—Está bien. Les dejaré un rato, pero no mucho. Debe dormir.

Al poco tiempo, De las Morenas entró a la enfermería. Vestía una ajada guerrera ya demasiado grande y que le quedaba un tanto ridícula. Saludó y departió con todos los enfermos hasta que llegó al catre de Alonso. Charlaban aún cuando el padre Félix Minaya se acercó.

—Disculpen que les moleste, hijos… Quería preguntarle a Alonso si podría visitarle luego. Tenemos una conversación pendiente…

—Me gustaría, padre, pero tengo órdenes del doctor. En diez minutos me dará un fármaco para ayudarme a dormir. Ahora estoy tratando asuntos militares de vital importancia con el capitán. —El aludido levantó levemente las cejas—. Será mejor que venga en otro momento.

—De acuerdo, mañana pasaré. Descanse, le hará bien. —Apretó la mano del teniente de manera afectuosa y se marchó.

—¿Asuntos militares de vital importancia? Si hablábamos de fotografía…

—Es que lleva varios días atosigándome. Pretende que me replantee mi ateísmo. Ya le dije que es tarde para mí, pero insiste.

—Quizá debería escucharle.

—Por favor, Enrique, no empieces tú también…

—¿Qué tienes que perder? No te hará daño, y quizá te haga mucho bien en el futuro.

—¿En el futuro inmediato, quieres decir?

—Por Dios, Alonso, no.

—Mira a tu alrededor —señaló con la cabeza hacia las camas de Chaves y Donat situadas a su izquierda—, sé lo que me aguarda. Negarlo es de necios. Hace días que lo asumí. Esperaba encontrar la muerte de manera más digna. Bueno, en verdad confiaba en no encontrarla —hizo un amago de sonrisa que en su cara hinchada resultó una mueca patética—, pero ya que la parca ha decidido cortar el hilo de mi vida, me iré con el mayor pundonor posible. Moriré siguiendo los ideales en los que he creído. El miedo a la muerte no me hará cambiar. Es lo único que me resta por hacer.

—No hables así. Ten esperanza. —La primera llamada para el rosario resonó entre los muros. El capitán sonrió y apretó la mano de Alonso—. Rezaré por tu salvación.

—¿Por la de mi cuerpo o por la de mi alma? —susurró cuando ya De las Morenas se había alejado.

El doctor Vigil, preocupado por sus dos pacientes más antiguos, se ausentó de la oración a su pesar, pues era fiel católico. El soldado Donat respiraba con dificultad y presentaba un extraño aspecto, con pies y muñecas desgonzados debido a la falta de tono muscular. El cabo Chaves, además de tener problemas para controlar el movimiento de los ojos, sufría episodios ocasionales de delirios.

La lluvia y el viento arreciaron, convirtiéndose en una fuerte tormenta. Los tagalos, ante el enérgico aguacero, cesaron el tiroteo y abandonaron sus posiciones buscando refugio en sus hogares. En la iglesia, los españoles se

apretujaron en las zonas todavía cubiertas por la techumbre y continuaron con sus oraciones.

Bernardino sujetaba la cabeza del soldado Donat mientras el médico le reconocía las venas del cuello, que sobresalían de manera poco natural y trazaban unas líneas azules que se perdían en su pecho. El cabo Chaves, sumergido en un agitado duermevela, se despertó sobresaltado y empezó a llamar a su madre a gritos. Intentó bajar de la cama, pero, para fortuna suya, el asistente estuvo rápido y pudo agarrarlo antes de que se desplomara. Mientras el doctor intentaba calmarlo, el cabo chillaba y su voz se imponía al trueno. Los soldados que oraban levantaron la cabeza, pero el padre López, al enunciar el avemaría, elevó el tono para llamar su atención y pronto todos volvieron a adoptar una pose pía.

—¡Madre! ¡Madre! —chillaba angustiado.

—Bernardino, hay que atarlo al catre antes de que se haga daño. Traiga una cuerda, ¡rápido! —El doctor sujetó a Chaves, que se debatía furioso, mientras el asistente abandonaba la enfermería a la carrera.

—Madre, madre —balbuceaba llorando Chaves—. No quiero morir, madre. No quiero morir…

Delante del altar los cazadores oraban en un vano intento de abstraerse de los lamentos de su compañero. Coreaban la vieja letanía, tantas veces repetida de las abadías monacales:

—Señor, morir habemos, ya lo sabemos —decía fray López.

—Señor, morir habemos, ya lo sabemos —repetían los hombres.

—Madre, madre, no quiero morir —gritaba Chaves desde la enfermería —. Por favor, madre…

10 de octubre de 1898. Ciento dos días de asedio

Vigil Quiñones comprobó que el cuerpo no tenía pulso, le cerró los ojos y cubrió la cabeza con la sábana. Agradeció a los frailes las atenciones que habían tenido con su paciente y les recomendó que se fueran a descansar. Se acercó a su pequeño escritorio repleto de libros desordenados y, suspirando, se dejó caer sobre la silla. Sentía como el dolor de cabeza le martilleaba la sien. Apoyó los codos sobre los tomos abiertos, se sujetó la cabeza y permaneció con los ojos cerrados hasta que recordó el trabajo pendiente.

Mientras bostezaba, levantó varios de los tratados y manuales y rebuscó entre el caos de papeles hasta que encontró un pequeño cuaderno de tapas forradas de cuero negro. Pasó varias de sus hojas y, al llegar a la que buscaba, lo colocó sobre la mesa. Consultó la hora en su reloj de bolsillo y vio que ya eran las doce y veinte. Con trazo firme y estilizado, escribió: «Hoy, diez de octubre de mil novecientos ochenta y ocho, ha fallecido a causa del beriberi el cabo José Chaves Martín, de la segunda compañía del Batallón de Cazadores número dos». Al terminar, leyó el breve texto que daba cuenta de una vida, y que, acompañado ya de otras dos inscripciones más, componía una lista funesta y tristemente inacabada. Dejó la pluma a modo de marcapáginas y, con una mueca de repulsión, lo desterró a una de las esquinas del escritorio.

Harto y cansado, Vigil suspiró y volvió a cerrar los ojos. Añoraba tiempos que habían sido mejores hasta hacía bien poco. Recordaba a su hermano mayor, capitán médico del ejército muerto en Cuba dos años antes. Se sabía en deuda con él, siempre le había respaldado y le había influido para llegar a convertirse en la persona que era. Como él, se licenció en medicina y cirugía. Gracias a su ayuda comenzó a ejercer en la sierra granadina. Y siguiendo su ejemplo se alistó en el ejército al año de su muerte. Y quizás, encerrado en ese viejo edificio, moriría en servicio como su hermano. Para escapar de estos infaustos pensamientos, se levantó y comenzó la ronda. Primero reconoció a los pacientes que se encontraban dentro del dispensario, los más antiguos y graves. A base de dosis de bromuro, el teniente Alonso dormía con placidez. El soldado Donat, el más afectado de todos, seguía sumergido en un letargo permanente. Su estado era tan lastimoso que se encontraba fuera de toda ayuda. «Al menos de la mía», pensó el doctor con tristeza. Constató que sus

estertores eran cada vez más aislados. Su cuerpo, enflaquecido hasta el mismo hueso, se asemejaba a la reseca mortaja de una tumba antigua.

Vigil comprendió la gravedad de Donat y salió de la enfermería en busca de Bernardino. El asistente dormía en su catre. Roncaba con fuerza y babeaba sobre la sábana que le servía de almohada. Conmovido por la placidez de su sueño, lo dejó descansar. Llamó al cabo de cuarto y le pidió que buscara a los frailes y al oficial de guardia. Mientras esperaba volvió a su escritorio y lo orden, clasificando los libros y amontonando sus notas. Al reparar en el cuaderno de tapas negras, lo cogió y lo dejó dentro de un cajón. Lo cerró con tanto ímpetu que despertó a uno de los soldados convalecientes.

—Buenas noches. ¿Qué sucede? —El capitán, advertido por Olivares, entró al dispensario—. ¡Oh, no! —mascculló al reparar en el catre de Chaves.

—Ha fallecido hará unos veinte minutos. Y Donat le va a acompañar en breve. Se encuentra muy débil. Ojalá me equivoque, pero no vivirá muchas horas.

—¡Dios mío! ¡Qué noche más amarga! Dos pobres muchachos que nos dejan… ¿Ha avisado a los frailes?

—Sí, le dije al cabo que les llamara inmediatamente después que a usted. No han de tardar.

—Bien, si está en lo cierto, son los únicos que pueden ayudarle. ¿Puedo hablar con Donat?

—Sigue inconsciente. Ha sido bendecido con una muerte plácida.

De las Morenas contempló el cuerpo del soldado roído por el beriberi y la sábana que cubría al cabo. Se pasó el dedo por la ceja lenta y repetidamente mientras mantenía la vista sobre aquel cuerpo inánime.

—¡Maldita sea! Todos estos hombres fallecen por mi culpa —dijo el capitán de improviso—. Como comandante político-militar, me hago responsable de sus muertes.

—¿Usted responsable? El encargado de los servicios médicos soy yo, así que…

—Si hubiera conseguido mantener la paz en la región y no les hubiera obligado a encerrarse en esta ratonera…

—Buenas noches, ¿han mandado buscarnos? —preguntó Minaya.

—Sí, padre. Donat les necesita. Deben administrarle el viático.

El sacerdote asintió y se acercó al soldado. Lo contempló durante unos segundos e intentó recordar el aspecto de su rostro cuando estaba sano, pero fue incapaz de hacerlo.

—Voy a preparar todo lo necesario.

—¿Sabes, Vigil? —dijo De las Morenas—. Lamento la muerte de estos muchachos. Lo siento como si perdiera un familiar, pero no logro quitarme a sus pobres padres de la cabeza. Esperarán en vano su regreso hasta que les llegué la funesta noticia. No me quiero ni imaginar el dolor de esas pobres gentes. Perder a un hijo es la peor tragedia que un ser humano puede vivir. ¡Y habrá tantas madres sin hijos al final de esta guerra! A pesar de todo, Vigil, debemos resistir. No importa que el dolor o la enfermedad nos paralicen. Por España, por nuestro honor, por las madres de los hombres que se salvarán gracias a nuestra defensa, hay que resistir. Nos ha tocado a nosotros. No podemos fallar.

—Ojalá vengan pronto a ayudarnos. Espero que nos socorran antes de que la iglesia se haya convertido en un enorme sepulcro.

Sin nada más que decirse, volvieron su atención sobre el cazador moribundo. Aún meditaban en silencio cuando los frailes iniciaron la administración del viático. Entre rezos y plegarias, la noche transcurrió lenta. A las cinco de la madrugada, el doctor Vigil buscó en el cajón del escritorio. Sacó el cuaderno de tapas negras y lo abrió por la página señalada con la pluma. Con trazo pesaroso escribió: «Hoy, diez de octubre, ha fallecido a causa del beriberi el soldado Ramón Donat Pastor, de la tercera compañía del Batallón de Cazadores número dos».

13 de octubre de 1898. Ciento cinco días de asedio

—Túmbenlo ahí. Enseguida termino de lavarme. ¿Dónde están los guantes de goma, Bernardino? Ah, sí, gracias. —Dos cazadores colocaron a su compañero sobre el catre dispuesto para curas de emergencia—. Tranquilícese, hijo. No parece nada grave. Relájese y aspire con fuerza. —El doctor apoyó una compresa sobre la nariz del soldado y aplicó una pequeña cantidad de cloroformo—. Bernardino, encárguese usted. Mire, se lo administraremos mediante dosis intermitentes por secuencias. No se apure, yo le iré indicando. Usted solo repita lo que he hecho yo. Tenga en cuenta que es preferible quedarse corto. Olivares, acerque ese quinqué y alumbre aquí.

El doctor recortó parte de la camisa, arrojó la tela sucia a un cuenco metálico y, después de limpiar bien la herida, observó el orificio de entrada del proyectil.

—Bernardino, ayúdeme a darle la vuelta. Cabo, alumbre aquí. —Giraron el cuerpo del paciente con delicadeza. La abertura de salida era del tamaño de una moneda. Tras hacer las comprobaciones necesarias, Vigil se percató de que la bala no había rozado ni costillas ni órgano vital alguno—. Si no fuera la segunda vez que le hieren, diría que el soldado Mir es un hombre afortunado. Saldrá de esta sin dificultad. Traiga a alguien con un paipái para mantener las moscas a raya. Bernardino, en cuanto terminemos la cura, lo dejaremos descansar hasta que despierte; luego lo sacaremos a uno de los camastros exteriores.

Al terminar la sutura, el médico lavó sus manos en una palangana y redactó el informe pertinente. Mientras lo releía, se presentó el cabo González Toca con orden del capitán para que, siempre que sus obligaciones médicas se lo permitieran, se personara en el coro. Vigil se aseguró de que no dejaba pendiente ningún asunto urgente y abandonó la enfermería por primera vez en los últimos dos días. Ascendió por la escalera y encontró al capitán De las Morenas y al teniente Martín, que, desde las ventanas, oteaban las posiciones enemigas.

—Deben tener un nuevo comandante… Eso explicaría la saña con la que nos disparan en los últimos días —comentó el teniente.

—Supongo que tiene razón… Pero siguen sin mostrar indicio alguno de que vayan a asaltarnos.

—Buenos días —saludó el doctor—. ¿Querían verme?

—Hola —contestó De las Morenas—. ¿Cómo está Mir?

—Para haber recibido un balazo está bien. Ha sido afortunado… dentro de lo que cabe. El proyectil pasó cerca de la cuarta costilla del costado derecho y salió por la espalda sin causar graves daños.

—¿Y Alonso? —preguntó Martín—. ¿Ha experimentado alguna mejora?

El doctor negó con la cabeza.

—Juan está muy grave. No creo que sobreviva una semana más.

—¡Maldita sea!

—Pobre muchacho… —musitó De las Morenas.

—No he podido hacer más por él.

—¿Ha logrado algún avance en su lucha contra el beriberi?

—Creo que sí, Martín. He comprobado que los últimos enfermos, al haberse favorecido de una detección precoz, tardan más en desarrollar los síntomas.

—¿Significa esto que podrá curarlos?

—No quiero dar falsas esperanzas… pero parece que algo atenúa el avance del beriberi. Quizá sean las limpiezas tempranas de las tumefacciones, quizá la dieta o quizás el descanso. No lo sé todavía. Les informaré en cuanto descubra algo. Si no les importa… volveré con mis pacientes.

—Claro, doctor. No queremos entretenerle más —dijo De las Morenas—. Un último asunto, ¿descansa usted lo debido?

—Sí, siempre y cuando el trabajo me lo permita.

—De acuerdo. Vuelva usted al dispensario.

El médico se despidió, pero, antes de bajar, se acercó a mirar por la ventana para observar el exterior. Quería contemplar el sol después de tantos días de lluvia y encierro. Su alma andaluza lo echaba de menos. Entornó los ojos para contrarrestar la luz que se filtraba a través de la rendija del postigo y sonrió al verlo. El mismo sol que había iluminado su infancia en Marbella y su juventud en Granada. Aún sonreía cuando escuchó un estruendo. Cerró los ojos al sentir un fuerte dolor y, tambaleándose, dio un par de pasos hacia atrás y cayó de espaldas.

—¡Han herido al doctor! —exclamó el capitán corriendo hacia él.

El teniente, arrojado contra la pared por la explosión, palpó su pómulo derecho y observó la sangre que impregnaba sus dedos. Reprimió un gemido y se arrancó una astilla.

—Martín, ven, échame una mano. Hemos de llevarlo abajo.

La mejilla le escocía, pero el teniente reaccionó y entre los dos oficiales acarrearon al doctor hasta el piso de abajo. Los soldados, al verlos llevando al médico malherido, callaban a su paso y, pasmados, cruzaban miradas de miedo.

Al llegar a la enfermería, Martín maldijo al comprobar que todos los catres estaban ocupados.

—¿Dónde lo ponemos? —preguntó a Bernardino, que observaba boquiabierto al médico—. ¿Dónde? ¡Maldita sea!

—Aquí —dijo al fin el asistente indicando con mano temblorosa el camastro que usaba Mir. Intentó ayudar al cazador a levantarse, pero el capitán se lo impidió.

—Quédate aquí. Vosotros —ordenó a dos de los soldados apiñados en torno al umbral—, acomodad a Mir fuera. El resto volved a vuestros quehaceres.

Mientras lo levantaban, Bernardino se afanó en preparar una sábana limpia que colocó sobre el catre tras retirar la manchada con la sangre de Mir. Los dos oficiales tumbaron allí al doctor, que, aturdido, gemía con debilidad.

—¿Ahora qué, Sánchez? ¿Qué necesita?

—Mi capitán, no soy médico ni tengo conocimientos de cirugía, solo soy asistente sanitario.

—Eres todo lo que tenemos.

—Mi capitán…

—Quítenme la guerrera —balbuceó Vigil.

El médico apretó los dientes mientras le retiraban la prenda.

—Bernardino, lávese las manos a conciencia y póngase unos guantes de goma.

—¡Rápido! —añadió el teniente.

—Martín… Está herido…

—Solo es un rasguño.

—Luego le examinaré.

—Sí, luego… Ahora no se preocupe.

El asistente, una vez preparado, se aproximó con pasos cortos y lentos, acobardado como un mal estudiante en día de examen.

—No tenga miedo, Bernardino. Solo va a reconocerme. Me ha visto hacerlo muchas veces. Limpie la herida con el agua que hervimos con hojas de eucalipto.

—Sí, doctor.

—Así, muy bien. —Vigil ahogó un grito de dolor—. Mire, ahí está el orificio de entrada. Ahora ladeadme para buscar el de salida.

—No veo nada.

—Me lo temía.

—¿Qué sucede? —El capitán pegó un manotazo para espantar las moscas que revoloteaban en busca de sangre.

—Hay que extraer la bala.

—¿Y quién lo hará? —dijo el teniente. Los tres hombres que rodeaban el camastro se contemplaron unos a otros nerviosos. El asistente sintió que las miradas se concentraban en él.

—Doctor… Yo no…

—Tranquilícese, hombre. No dejaré que hurgue en mi cuerpo. Yo mismo lo haré.

—¿Usted?

—¿Acaso quiere hacerlo usted, Martín?

—No, no, pero… ¿puede hacerse?

—No es lo habitual, pero sí, claro que se puede hacer… Aunque necesitaré ayuda.

—¿Podrá aguantarlo? —se interesó De las Morenas.

—Adormeceré la zona con anestésico local. Sí, inyectaré una solución de cocaína aquí. —Señaló con su dedo ensangrentado un punto alrededor del orificio—. Empecemos antes de que pierda demasiada sangre. Bernardino, ayúdeme a limpiarme las manos y póngame unos guantes. Necesitaré que alguien alumbre con un quinqué. También precisaré un espejo. Y, por el amor de Dios, espanten las moscas, no permitan que se posen sobre la herida.

14 de octubre de 1898. Ciento seis días de asedio

El capitán De las Morenas se acercó hasta la mesa donde se encontraba el teniente. Llevaba dos tazas de café que emitían pequeñas nubecillas de vapor.

—Buenos días, Martín. ¿Cómo ha transcurrido la noche? —preguntó mientras le tendía una.

—Muchas gracias. Lenta y húmeda… como siempre. Ninguna novedad.

—¿Se sabe algo de Vigil?

—Bernardino ha estado todo el tiempo con él. Yo pasé varias veces durante la guardia a visitarlo y lo vi descansar. Parece que evoluciona bien. Supongo que no queda otra que esperar.

—¡Caray con el doctor! —exclamó el capitán—. ¡Qué sangre fría demostró! Creo que ni aunque viva cien años olvidaré lo de ayer. Se ha grabado en mi mente a fuego: el fuerte olor del desinfectante mientras veía al doctor, mirando en el espejo, operarse con toda naturalidad, su breve sonrisa victoriosa al extraer la bala y el ruido metálico que provocó al dejarla caer sobre la palangana… ¡Y al terminar aún insistía en examinarle el pómulo!

—Sí, es un gran médico. Hemos tenido suerte.

—Sin duda. Y a usted, ¿le molesta la herida?

El teniente se encogió de hombros.

—Es solo un rasguño, no hay que darle importancia. Ya me lo curó Bernardino, con eso bastará. Será mejor no molestar a Vigil durante un par de días. Necesita descansar.

—¿Y los enfermos de beriberi?

—Deberán conformarse con los cuidados del asistente.

—Pobres muchachos. Ha sido un golpe muy duro para ellos contemplar cómo se desvanecía su última esperanza. Esa bala no solo hirió al doctor, también mató el escaso ánimo que aún conservaban.

—Tendrán que sobreponerse. Todos deberemos hacerlo. Bien, si me disculpa, voy a ver si puedo hablar con Alonso y le informaré de todo. —Apuró el café y dejó la taza sobre la mesa—. Luego dormiré un poco.

—Aguarde, que le acompaño.

—Si no le importa preferiría ir solo, no sé si se presentaran más ocasiones de conversar con él a solas.

—Entiendo, vaya con Dios, pues.

—Gracias.

Martín se dirigió a la enfermería con paso rápido, pero lo ralentizó conforme avanzaba. A mitad de camino se detuvo, se rascó distraído la oreja y permaneció así, cavilando, durante unos segundos.

—Mi teniente —interrumpió Olivares.

—Ahora no. Si necesita resolver algún asunto, hable con el capitán.

—A la orden de usted, mi teniente.

Observó al cabo irse y, suspirando, se dirigió de nuevo al dispensario. Al entrar lo recibieron los lamentos de los enfermos y el olor a ácido fénico. Vio al doctor que aún dormía y, tras saludar con la cabeza a su somnoliento ayudante, pasó de largo hasta el catre de Alonso, que se encontraba retirado y adosado a una de las paredes. Al sentir sus pasos, el teniente se volvió, mostrando su hinchado y deforme rostro.

—Tienes un aspecto horroroso, Martín —dijo quedo al ver a su compañero sin afeitar, más delgado, con ojeras y con la mejilla herida.

—Han sido unos días duros.

—Para que tú tengas ese aspecto, deben haber sido durísimos. ¿Qué tienes en la cara?

—No es más que una rozadura sin importancia. ¿Sabes que hirieron a Vigil?

—No tenía noticia. ¿Cómo está?

—Recibió un balazo aquí. —Martín indicó con el dedo la parte superior de la región lumbar.

—¿Cómo se encuentra?

—Su estado es grave, aunque parece que se recuperará.

—Sin su ayuda, el destacamento está perdido.

—No te preocupes… Tenías que haberle visto. Se operó a sí mismo para extraerse la bala. Lo realizó con un sosiego admirable, fue impresionante.

—¿Eso hizo? Sabía que tenía redaños. Tímido, pero con agallas. Y muy abnegado. Ya me olía yo, al no verle revolotear por aquí esta mañana, que algo extraño había sucedido. ¿Algún herido más?

—El soldado Mir un par de horas antes.

—¿Mir? ¿Otra vez?

—Sí, para él es la segunda vez. Su vida no corre peligro.

—¿Tres en un día? Son demasiados. ¿Han probado algo nuevo los tagalos? ¿Intentaron un asalto?

—La misma táctica de siempre. Mantienen un fuego constante desde sus trincheras, pero ahora es más nutrido. Ya sabes cómo son, unos días disparan con una furia inusitada y otros con una abulia total. No hay quien los entienda. Simplemente han estado más afortunados.

—¿Cómo se desarrolla el beriberi?

—Hay cada vez más enfermos, he tenido que suprimir un par de puestos de guardia, no tenía tropa suficiente para cubrirlos, pero no te preocupes por eso… Ahora que recuerdo, nos dijo Vigil, justo antes de ser herido, que parece que ha encontrado un remedio. Con todo el barullo lo había olvidado. Dice que los nuevos aquejados tardan más en desarrollar la enfermedad.

—Me alegro, al fin una esperanza para la tropa, aunque es un poco tarde para mí.

—No digas eso, Alonso…

—Mírame. Hasta yo sé que estoy en las últimas, así que haz el favor de no mentirme ni consolarme con palabras vacías.

—No pierdas el ánimo, nunca se sabe…

—Insistes en vano, Martín. Es obvio que estoy sentenciado. Es duro para mí morir así, postrado en la cama en mi juventud, consumido y sin fuerzas. Siempre me he considerado un hombre de acción, me hubiera gustado encontrar la muerte al frente de mis soldados…

—Así has vivido estas últimas semanas. Has encabezado la resistencia de tus hombres. Hay muchas maneras de ser un héroe. Tú has demostrado que lo eres.

—Poco me importa eso ahora. Quiero morir de manera rápida, no heroica. Es una tortura estar aquí postrado día tras día viendo cómo tu cuerpo languidece.

—Ten fe en el doctor. Descubrirá la cura.

—Así lo espero, por vuestro bien. Debéis resistir hasta el final. Yo lo he hecho, he cumplido con mi deber. No he podido dar más que mi vida.

—Nunca me rendiré. Nunca. Mientras la guerra continúe, nuestra defensa se mantendrá. Hasta que vengan a relevarnos. Nunca antes, nos comprometimos, ¿recuerdas? Nunca antes.

—Ahora te toca a ti acarrear la responsabilidad. Debes tomar el mando. No sé cuántos días más permaneceré lucido. Ya viste cómo terminó Chaves… —Martín asintió levemente—. Creo que ya nunca más haré una fotografía. Tenía pensado comprarme una máquina al volver a Manila. He visto aquí tanta belleza que retratar.

—No te mortifiques, Juan.

—Poco más puedo hacer aquí. ¿Recuerdas tu promesa?

—¿Mi promesa?

—Sobre mi epitafio: *Sit tibi terra levis,* que la tierra te sea ligera.

—Sí, no lo olvidaré… Espera, ahora lo comprendo… Aquel día, en el entierro del padre Carreño, ya sabías que padecías el beriberi. Por eso estabas tan extraño.

—Sí, hacía un par de días que notaba molestias en las piernas y…

—Y no me lo dijiste, no confiaste en mí.

—¿Cómo decirle a un amigo que te mueres? No es algo sencillo, apenas fui capaz de aceptar la noticia. No tenía fuerzas para compartirla.

—No tenías que haber pasado solo por ese trance.

—¿Me recriminas tú eso a mí? Cuando te conocí en el *León XIII* apenas soltabas alguna palabra. Creo que no escuché una frase tuya entera hasta después de desembarcar, cuando nos reunimos de nuevo para preparar el viaje a Baler. ¿Compartiste tus pesares con alguien? ¿Lo hiciste? No me pidas que haga lo que tú no pudiste.

—En aquel entonces éramos dos extraños, no se puede comparar.

—¿Qué quieres que te diga? Me acobardé… Nunca había estado tan aterrado en mi vida. No supe cómo abordar el tema… ni siquiera contigo.

—Hablar te hubiera venido bien. Yo…

—Buenos días —saludó Minaya a Bernardino, que se encontraba en el umbral de la puerta.

—¡Oh, no! El que faltaba. Si te pregunta el fraile dile que duermo —dijo Alonso, y sin esperar respuesta cerró los ojos y volvió la cabeza, acentuando su respiración para acrecentar el engaño.

—¿Qué? —balbuceó Martín—. No entiendo…

—Buenos días. ¿Cómo está usted? Me dijeron que le habían alcanzado.

—Buenos días, padre. Apenas un rasguño, unas astillas me impactaron en el pómulo.

—¿Y Juan? ¿Está despierto?

—No, no. En absoluto, está durmiendo. Sí, durmiendo.

—Me pareció que hablaban.

—No. Solo rezaba por mi compañero.

—¿Quiere que me una a usted en sus plegarias?

—No, no se preocupe. Atienda a los soldados. Yo me quedaré un rato aquí velando a Alonso.

—Como quiera, teniente. A ver si contagia algo de fervor a su amigo. Luego nos vemos. Quedé con Dios, hijo.

—Adiós, padre.

Alonso, con los ojos cerrados y aún fingiéndose dormido, no pudo reprimir una sonrisa. Esperó unos segundos para no ser descubierto y comenzó a reírse de manera gutural hasta que el dolor le hizo apretar los dientes.

—Desde luego —dijo cuando recuperó el resuello—, como actor no tienes precio.

—¡Me has hecho mentir! A mí, que me jacto siempre de decir la verdad… Y a un sacerdote… ¡Y en una iglesia! ¡Por el amor de Dios! ¿A qué viene esta niñería?

—Es que Minaya sigue empeñado en confesarme. Ya le dije que no, pero insiste.

—Pues vuélveselo a decir. No vuelvas a meterme en un embrollo así. Y sin avisar. Menuda vergüenza he pasado. Aún siento las mejillas coloradas.

Alonso se volvió a reír.

—No es necesario que lo jures. Te faltó tartamudear. —Se carcajeó hasta que de nuevo el dolor le hizo parar.

—¿Te duele mucho?

—Hay ratos que sí… Y cada vez más… Ahora que me acuerdo, quería pedirte un favor, Martín.

—Dalo por hecho.

—Ayúdame a escribir a mi padre.

—¿Eso es todo? No tenías ni que pedirlo.

—No, aún hay más. Me gustaría que contactaras con él tras mi muerte y que lo visitaras cuando vuelvas a la Península. Ahora vive con la parte de mi paga que le hago llegar. ¿Qué será de él cuando yo muera? Su pensión del ejército es irrisoria.

—No te preocupes. Yo me encargaré de poner al día los asuntos de tu padre. Cobrará las pensiones que le correspondan. Tienes mi palabra. Y si yo faltase durante el cerco, se encargará el capitán. Queda tranquilo. Es asunto resuelto. —Martín puso una mano sobre el hombro de su amigo.

Alonso sonrió, pero un pinchazo de dolor le hizo contraer el rostro.

—¿Quieres que te deje descansar?

—No, por favor, quédate un rato más. ¿Puedes?

—Claro. He finalizado la guardia nocturna ahora mismo. No tendré servicio hasta dentro de varias horas. Estaré contigo hasta que te duermas.

15 de octubre de 1898.
Ciento siete días de asedio

Con el permiso y agradecimiento del capitán, Ramón había sacado a *Luna* a pasear a la trinchera exterior por si el animal necesitaba purgarse el estómago. La llevaba cogida de una cuerda larga para que no pudiera correr hacia la plaza. El cazador observaba los orificios causados por las balas en la pared de la iglesia a la vez que acariciaba a la perra. Esta, agradecida y risueña, movía el rabo sin cesar.

A pesar de que aquel día los disparos de los tagalos eran esporádicos, el soldado estaba de cuclillas por no tentar a la suerte. La lluvia, fina y desigual, le mantenía empapado, pero la alta temperatura hacía que casi la disfrutara. Observó moverse algo en una rama de una mata de dondiegos que crecía por el filo de la trinchera. La examinó de cerca y vio un enorme caracol. Era casi tan grande como su mano y su concha se parecía a la utilizada por los cangrejos ermitaños. Lo cogió del caparazón y contempló con asco la mucosidad que manaba de él.

—Mira, *Luna*, ¿has visto qué grande es?

El can lo olisqueó, lo atrapó con los dientes y lo mordisqueó. Era tan grande que la mitad se le cayó al suelo.

—Pero, *Luna*, no seas asquerosa. Mira, Jiménez, se está comiendo un caracol vivo.

Su compañero, que cubría allí su guardia y sufría el agua durante ya varias horas, no se molestó siquiera en volverse y se limitó a soltar alguna obscenidad que Ramón no pudo escuchar. La perra se tragó el bocado y buscó por el suelo la parte que había caído. Después de comérsela, miró al soldado y ladró.

—¿Quieres más? No veo ninguno desde aquí. Cuando sea de noche y no esté de guardia, te busco uno. No será difícil. Toda esa humedad es un paraíso para ellos. Espera, echaré un vistazo por este otro lado.

Rebuscó sin suerte entre las hierbas que cubrían la pared de la zanja. Se levantó para poder mirar mejor y logró ver uno de gran tamaño, mayor incluso que el anterior, en la base de la cruz de madera de yacal que se alzaba delante de la iglesia, a unos metros escasos de la línea española.

—Allí hay uno enorme. *Luna*, no te muevas. —Ramón la obligó a sentarse—. ¡Quieta ahí! Buena chica.

El cazador, dispuesto a cogerlo, salió confiado de la trinchera y corrió con rapidez entre la hierba mojada hasta la base de la cruz y agarró el molusco. Se incorporó para volver a la carrera, pero varios disparos le hicieron tirarse cuerpo a tierra. El último rebotó a escaso medio metro. Maldijo su estupidez y reptó hasta que se dejo caer dentro del foso.

—¡Estás loco! ¿Adónde demonios ibas? Los tagalos han estado a punto de pegarte un tiro. Y yo he pensado por un momento que desertabas —gritó Jiménez—. No sé qué hubiera hecho.

Ramón jadeaba y resoplaba, más por el susto que por cansancio. Tumbado aún en el barro, levantó la mano derecha y enseñó su trofeo.

—¿Un caracol? ¿Has salido a por un caracol?

Asintió y sonrió.

—¿Para qué demonios lo quieres?

Bajó la mano y se la acercó a *Luna*, que se abalanzó sobre la pieza con rapidez.

—¿Para dárselo a la perra? ¿Te has jugado el tipo para darle un caracol a la perra? ¡Estás como una chiva!

—No sé lo digas a los oficiales —rogó Ramón, aún con la sonrisa en el rostro.

—Descuida, no les diré nada. No soy un niño chico para ir con el cuento a nadie. Eso sí, la próxima vez que te quieras suicidar, intenta que no sea en mi turno de guardia, por favor.

Ramón suspiró y se incorporó.

—Te lo prometo —dijo mientras se sacudía el barro de la ropa—. Tú no se lo digas a los oficiales… ni a Loreto.

16 de octubre de 1898.
Ciento ocho días de asedio

Las moscas zumbaban rabiosas alrededor de la mosquitera y se golpeaban una y otra vez contra su tela. Vigil, ante el incesante ruido de tan molestas compañeras, se despertó. Con abúlica desgana, abrió los ojos y contempló el vuelo de los insectos que proseguían, con absurda insistencia, con su lucha imposible. Cuando al fin se posaron sobre la fina gasa, el médico pudo oír la lluvia repicando contra el tejado de la iglesia y las numerosas goteras que desaguaban sobre la techumbre de la enfermería. Permaneció así, abobado por la somnolencia, hasta que pasados unos minutos largos se espabiló lo suficiente para comprender su situación.

—Bernardino —dijo con un hilo de voz. Carraspeó y volvió a llamar con un tono más alto y claro—. Bernardino.

El asistente, que se encontraba dando agua al soldado José Lafarga, se acercó enseguida.

—Buenos días, doctor. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Estoy algo desorientado y mareado… No recuerdo bien las últimas horas. ¿Cuánto he dormido?

—Pues… No sabría decirle. El tiempo necesario… Supongo.

—¿Cómo? —Se pasó la mano por la cara y notó que, más allá de su bigote, tenía la barba crecida—. ¿Cuánto tiempo? —bramó. Varios de sus enfermos se volvieron para mirarle.

—Desde que le hirieron.

—¿Y eso cuando fue?

—El día trece.

—¿Y qué día es hoy?

—Pues…

—Por todos los santos, Bernardino, deme una respuesta clara o lo mando de guardia permanente al campanario.

—Hoy es dieciséis.

—¿He dormido durante tres días? Pero… ¿Cómo?… ¡No me habrá drogado! Le dije que me diera una dosis de bromuro para descansar después de la operación. ¿Cuántas me administró?

—No lo sé, doctor.

—¿No lo sabe?

—Puede que seis o siete, quizá diez… No las apunté. No he podido llevar su historia al día. Déjeme que haga memoria. —El asistente entornó las cejas y comenzó a contar con los dedos.

—¡Maldita sea! ¿Cómo no la ha actualizado?

—He estado desbordado de trabajo. Tenía toda la enfermería a mi cuidado.

—¿Y por qué demonios me atiborró con fármacos? Aun herido podría haber sido útil.

—¡Fue orden del capitán! Me obligó a hacerle descansar.

—¿Así que De las Morenas está detrás de todo esto? Aquí el único titulado en medicina soy yo. ¿Acaso pretende usurpar mi autoridad médica? Hablaré con él, ayúdeme a levantarle.

—No puedo.

—¿Cómo que no puede? Venga, necesitaré apoyo.

—Me ordenó el capitán que no le dejará levantarse hasta que usted se examinara su herida.

—¿Alguna cosa más que deba hacer antes de recobrar el control de mi dispensario?

—Sí, debe tomar un desayuno completo. Café con azúcar, tostadas con tocino y galletas. Voy a decirle a Vila que se lo prepare. La tropa se va a alegrar mucho cuando sepan que usted está mejor. Vengo enseguida y le ayudo a examinarse. Tengo todo preparado.

—Solicítele dos soldados al capitán para que me ayuden a trasladarme. Quiero ponerme a trabajar en cuanto él deje de inmiscuirse en mi tratamiento.

—¿Le tengo que decir todo eso? —preguntó Bernardino con los ojos abiertos de manera exagerada.

—No —Vigil sonrió—, dígale solo que necesito dos soldados.

El asistente salió de la burda construcción que servía como hospital en busca del cocinero. Al cruzarse con varios cazadores, les comentó la lenta pero óptima mejoría de Vigil. Los hombres aplaudieron y silbaron; con la recuperación del médico veían germinar sus esperanzas. Los vítores se oyeron por todo el edificio y llamaron la atención de los que aún no conocían la buena noticia. El capitán y el teniente Martín Cerezo, debido a la algarabía general, se enteraron antes de que Bernardino les informara y fueron enseguida al dispensario. Vigil se extrañó al ver el entusiasmo de los hombres, pero al sentir el de sus compañeros y percatarse de que todo aquello era por él, se emocionó. Con los ojos empañados, mantuvo una sentida y

breve conversación con los dos oficiales hasta que, de manera un tanto abrupta, los despidió, pues su responsabilidad aguijoneaba su conciencia y deseaba, necesitaba, dedicar su escasa energía a los enfermos.

Tras examinar su herida y comerse el desayuno, más por obligación que por ganas, llamó a su asistente y comenzó la ronda de visitas. Se desplazaba en una silla normal, acarreada por dos cazadores, a la que habían añadido un par de finas vigas para sostenerla, a la manera de las antiguas sillas de mano.

El teniente Alonso, al verle, se incorporó para saludarlo, pero una fuerte arcada se lo impidió y le hizo vomitar con gran sonoridad lo poco que había logrado comer aquel día.

—¿Cómo está? —preguntó con dificultad entre jadeos.

—No diga nada. No se fatigue.

—Me alegra… El destacamento cuenta con usted —pronunció atropelladamente cuando comenzó a controlar los estertores.

—Respire con calma, Alonso. Cálmese.

Félix Minaya, que conversaba con los pacientes instalados en los catres situados en la nave de la iglesia, entró al oír el alboroto por si podía echar una mano a los sanitarios. Vio a Vigil y a Alonso conversar y se acercó a ellos.

—Doctor, da gusto ver que está otra vez al pie del cañón.

—Gracias, padre.

—Si puedo ayudarle en algo… ¡Teniente! Está despierto. ¿Le importa que hable con él?

—Necesita descansar.

—Seré breve.

—De acuerdo, solo unos minutos. Discúlpenme. Bernardino, ¿Mir está fuera? —El asistente movió la cabeza en sentido afirmativo—. Llévenme con él —pidió a sus portadores. El fraile siguió con la mirada a Vigil, que preguntaba a su ayudante acerca de las curas realizadas al soldado.

—¡Qué gran hombre! Un médico abnegado, patriota hasta la médula y, lo más importante, un buen cristiano.

—Sí —admitió Alonso con desgana.

—Y usted ¿ha pensado sobre lo que discutimos la última vez?

—Ya le dije que no insistiera, padre… —Se calló hasta que pasó el intenso dolor que lo atenazaba—. No pierda el tiempo.

—Y yo le dije a usted que no lo pierdo si le hago recapacitar.

—No voy a cambiar mi forma de pensar porque vaya a morirme. Nunca he tomado mis decisiones basándome en el miedo y no voy a empezar ahora, justo cuando todo termina —dijo jadeando, agotado por el esfuerzo.

—No es por miedo, hijo, es por amor. Por amor a Dios.

—Lo siento, me gustaría —Alonso apretó los dientes antes de seguir—, créame que me gustaría. Podría ser un gran consuelo, pero no puedo amar algo que me ha sido tan… ajeno.

—¿Ajeno? Dios nunca nos es ajeno. Él está en todas las cosas. Él siempre está presente. No encontrarle es vivir en la desesperanza, pues nuestra existencia, sin la promesa de la vida eterna, carece de sentido. El alma del ser humano no hallará descanso hasta que encuentre al Señor.

—Si eso es tal y como usted dice —gimió y apretó la sábana con la mano derecha, la única que podía mover—, ¿por qué suceden tantas calamidades? ¿Por qué Dios nos ha desamparado?

—Eso es lo que debe entender, Juan. Él nunca nos olvida, son los seres humanos los que se alejan del Todopoderoso. Esa es la razón de las desgracias que empañan la vida del hombre.

—Creo, padre, que Dios, desde el momento que nos creó, si en verdad es él quien lo hizo, tiene una responsabilidad para con nosotros. Igual… —respiró hondo y continuó— que un padre, por el mero hecho de haber engendrado a sus hijos tiene la obligación de alimentarlos y cuidarlos, Dios está obligado a preocuparse por nosotros. No, no puede crearnos tan imperfectos y abandonarnos a nuestra suerte. —Y con un hilo de voz apenas audible terminó—. No sería justo.

Alonso respiró varias veces de manera entrecortada y rápida. Se retorció, estremeciéndose, y ahogó un grito por puro tesón.

—¿Quiere que llame al doctor?

El teniente, incapaz de contestar, asintió con la cabeza mientras apretaba el colchón. El fraile se levantó corriendo y, al girarse, casi se chocó con Martín Cerezo.

—¿Qué sucede? —preguntó asustado.

—Sufre mucho. Voy a decírselo a Vigil.

—¡Vaya! ¡Apresúrese! —ordenó Martín acercándose a la cama.

El médico y los dos soldados que lo transportaban aparecieron al momento acompañados del fraile. Su asistente llegó corriendo tras ellos con un pequeño bote de láudano.

—Incorpórelo.

Llenó una cucharilla con la preparación de extracto de opio. Alonso intentó beberla, pero fue incapaz debido a los espasmos que le producía el dolor, y derramó el fármaco por la sábana y el camisón. Tanto se convulsionaba que tuvieron que agarrarlo entre todos para suministrárselo.

—Le dije que debía descansar —gruñó el doctor.

—Si apenas hemos hablado.

—No se preocupe, padre. El reproche era por mí, que no por usted.

—¿No le habrá vuelto a presionar? —inquirió Martín Cerezo.

—¿Cómo presionar? Si solo hemos charlado unos minutos. Además, un católico practicante como usted, debería saber más que nadie que solo busco el bien de Juan.

—Pero ya le dijo que no, déjelo tranquilo. ¿No ve en qué estado se encuentra? Tenga piedad.

—Si es precisamente ella la que me impulsa. Está en juego el alma inmortal de este hombre. Me compadezco de él, no quiero que termine en el infierno.

—Padre, no vuelva a molestar al teniente.

—¿Me lo está ordenando?

—Si es preciso, lo haré.

—No posee autoridad sobre mí. Yo no soy un militar. Además, le recuerdo que usted y sus hombres están invitados a la casa del Señor.

—Sí, encima. Le recuerdo yo a usted que nos hemos refugiado aquí por la guerra causada por el avaricioso clero peninsular.

—¿Qué barbaridad está diciendo?

—Bien lo sabe usted. Han maltratado a los indígenas durante siglos. Incluso ahora, no queriendo perder ninguna de sus prebendas, casi los han obligado a rebelarse.

—¡Teniente! No consiento que…

—¡Ya está bien! —cortó tajante el doctor—. Ya está bien —repitió con un tono más calmado—. Padre, haga el favor de atender a los pacientes de fuera.

—Sí, será lo mejor. Ya hablaremos, teniente.

—Cuando quiera. Sabe dónde encontrarme.

18 de octubre de 1898. Ciento diez días de asedio

Las primeras luces del alba mostraron un cielo claro. Los soldados que ultimaban sus guardias recibieron al sol con alegría. Lo peor de sus seis horas de servicio había pasado. La sorprendente tranquilidad de la mañana dominaba el ánimo de la tropa. Por primera vez en varias semanas, pudieron escuchar los sonidos variopintos de la selva cercana.

En la enfermería, el doctor Vigil revisaba su herida mientras esperaba que le trajeran el desayuno. En la pared opuesta, los frailes López y Minaya rezaban al lado de Alonso. La fragilidad de su salud les había hecho temer a todos que aquella sería su última noche. Tras soportar dolores espantosos, había sobrevivido, a su pesar, para ver el nuevo día. El oficial no llegaba a diferenciar la triste realidad que vivía de los distorsionados delirios que le atormentaban. Gemía cada vez con mayor intensidad hasta que se despertó empapado en sudor.

—No, no, por favor.

—¿Qué le sucede, Juan? ¿Qué tiene? —peguntó Minaya.

—¡No!… ¡No! —gritaba angustiado.

—¿Avisamos al doctor?

—No… No, por favor.

—Déjelo, Félix, delira —dijo fray López.

Alonso, que llevaba horas sin moverse y cuyo cuerpo exánime parecía consumido, se alzó como poseído por una extraña fuerza y cogió con violencia la manga del hábito al padre López.

—No quiero ir al infierno, no quiero… —gritó mirándolo fijamente.

Permaneció unos segundos así hasta que se desplomó exhausto sobre el camastro. Los dos sacerdotes se miraron extrañados, no sabiendo cómo reaccionar.

—¿Quiere preparar su alma?

—No, no, no quiero ir al infierno…

Minaya miró alrededor y vio al médico, que lo transportaban en su silla hacia ellos.

—Teniente… Juan. Debe acoger a Dios en su seno. Es la única manera.

—No, no, al infierno no…

—¿Se confesará?

—Sí, sí…

—¿Ha oído, doctor? —Vigil asintió y pidió a los soldados que lo acercaran hasta la cabecera del catre—. ¿Podré confesarle?

—Yo ya no puedo hacer nada por él, quizás usted sí.

—Pero, Vigil, ¿cree que está en sus cabales? —preguntó Minaya.

—A mi pesar, no lo parece —apuntó fray López.

—Desde ayer sufre episodios psicóticos. Pero quizá la cercanía de la muerte le haya afectado. No sería el primero. —Se acercó al rostro del paciente—. Alonso, ¿me oye? ¿Sabe quién soy?

—Doctor, doctor, no quiero ir al infierno, ayúdeme…

—Me ha reconocido, aunque parece presa de un ataque de pánico provocado por la psicosis, pero ¿qué mal puede hacerle? Confiésenle, padres, y adminístrele el viático. En su estado le beneficiará, no sé si podrá considerarse que su arrepentimiento sea sincero, pero al menos le calmará los nervios.

Mientras los sacerdotes atendían al moribundo oficial, llegaron sus dos compañeros, que, asombrados, vieron a Alonso cogiendo el crucifijo del rosario de Minaya.

—Padre, salga. Tengo que hablar con usted. —El fraile no le prestó atención y siguió asistiendo al paciente.

—Martín, no sé por qué razón, si por sus dolores, por sus delirios o por el desasosiego de su alma, pero sus dudas se han disipado —aclaró el doctor—. Ha decidido acercarse a Dios de nuevo.

—¿Lo ha resuelto él solo?

—Le doy mi palabra. Bien es cierto que puede deberse a un brote psicótico, pero hemos creído que sea como fuere, no le ocasionaría ningún mal. ¿No cree?

—Supongo que no… —contestó el teniente. Cabizbajo, mantenía los ojos vidriosos concentrados en la gorra que asía a la altura de su cintura—. Es solo que él nunca se habría confesado… de estar lúcido.

—¿Cómo está Alonso? —El capitán puso una mano en el hombro de Martín.

—No ha de tardar en librarse de esta agonía —contestó Vigil.

El tiempo transcurrió despacio mientras esperaban el último aliento de Alonso. Las horas se tornaron lentas, parecía como si el caprichoso destino se deleitase en torturarlo. Cuando por fin el médico dictaminó la muerte, una breve ráfaga de alivio sacudió a los presentes.

—Se ha ido un bravo que supo morir por España. Un gran soldado, pero sobre todo un buen amigo —dijo De las Morenas.

—Un excepcional amigo —logró decir Martín con la garganta cerrada por la emoción y las lágrimas por fin descendiendo libres por su rostro.

—Dios lo acoja en su seno —imploró Minaya—. Descanse en paz.

Todos repitieron la súplica del fraile, se persignaron y se prepararon para realizar un breve funeral. Como no podían sonar ni toques de corneta ni salvas, ya que advertirían al enemigo, mostraron su respeto al oficial caído con los soldados sanos formados y presentando armas al paso de su mortaja. Acordaron también enterrar su cuerpo en un lugar de privilegio, en la parte derecha del altar. Habían fabricado una rudimentaria cruz con dos tablas y discutían sobre la posible inscripción. Martín, que hasta ese momento se había mostrado reservado y poco participativo, zanjó la cuestión:

—El epitafio está claro, él mismo lo pidió el día que enterramos al padre Carreño. Ya sabía que estaba enfermo y no quiso decirnos nada.

—¿Y cuál es? —preguntó De las Morenas.

—*Sit tibi terra levis*.

—¿Cómo?

—Es el que usaban los antiguos romanos durante su república, yo tampoco lo conocía, significa que la tierra te sea ligera.

—Es hermoso. Está claro pues: teniente Juan Alonso Zayas y *sit*…

—*Sit tibi terra levis*.

—¿No creen que sería más apropiado *requiescat in pace*? —preguntó Minaya.

—No se trata de que sea lo más apropiado, padre —explicó De las Morenas—. Alonso lo pidió. Los demás no tenemos derecho a opinar. Hasta el hombre más pobre debe ser dueño de su epitafio, al fin y al cabo es lo único que muchos dejan atrás. Bien, daré orden de que lo graben de inmediato. —Se retiraba ya con los maderos de la cruz, pero se paró y se giró para contemplar a Martín—. Por cierto, dadas las circunstancias no te daré la enhorabuena, pero ahora ostentas el mando oficial del destacamento.

19 de octubre de 1898. Ciento once días de asedio

El teniente Martín Cerezo había pasado la noche en vela. Aun agotado, no lograba dormir. Dada la incapacidad de Alonso, había ostentado el mando de manera interina, pero las palabras del capitán habían provocado que se enfrentara a la nueva realidad. Aunque estaba al frente de la tropa, pero no de la posición, se consideraba el máximo responsable de la vida del grupo de cazadores que se guarecían en aquella vieja iglesia.

Se levantó antes del amanecer y, tras un rápido aseo, se sentó a la mesa para redactar un informe. Durante la ajetreada noche había llegado a la conclusión de que debían tomar medidas enérgicas.

Después de desayunar, se reunió con el capitán y el doctor Vigil para analizar la situación. Si bien la tropa y los dos oficiales se mostraban enjutos y cansados, el médico parecía exhausto, como si de un momento a otro se fuera desplomar sobre la mesa. Los dos militares lo contemplaron y cruzaron una mirada de inquietud.

—¿Está bien, Vigil?

—Sí, mi capitán.

—¿Cómo está su herida?

—No se preocupe por mí, me encuentro mejor que la mayoría de los hombres. Apenas quedan trece sanos…

—¿Cómo están sus pacientes?

—De los dos heridos de bala, Mir se recupera con normalidad, mientras que el cabo García no termina de sanar. El pobre sufre dolores horribles. No puedo hacer más por él. Necesita una operación que me es imposible practicar aquí. En cuanto al beriberi, al haberse generalizado, hay casos en todas las etapas del mal. Un par de soldados, por desgracia, están entrando en su recta final. El estado del resto varía. No a todos afecta igual, incluso hay unos pocos que apenas han desarrollado más que algún síntoma inicial También hay varios aquejados de disentería leve, como Gallego. Las condiciones de insalubridad en las que vivimos son un vivero para las enfermedades.

—Esa es la principal razón por la que les cité. Nuestra situación requiere que tomemos disposiciones excepcionales. He apuntado mis sugerencias. Aquí las tienen, disculpen que no haya tenido tiempo de pasarlo a limpio. —

Martín entregó el memorándum a su superior y cogió una cuartilla en la que había garabateado un esquema—. Como pueden ver, lo más urgente es sanear el edificio. Hay que combatir la miasma en la que vivimos.

—¿Qué sugiere? —preguntó el capitán.

—Ahí lo explico. Lo primero, una limpieza escrupulosa del edificio. Deberíamos reorganizar nuestros enseres y deshacernos de cualquier atisbo de basura. Habría que repasar metro por metro la planta de la iglesia hasta que todo quede inmaculado. Además, aumentaría la ventilación del edificio. Si quitamos el terraplén que cubre la entrada principal y practicamos unos agujeros en la puerta, además de servirnos de aspilleras, contribuirán a producir una corriente de aire que, aunque leve, ayudará a eliminar la atmósfera viciada que nos asfixia.

—¿No quedaría la puerta principal muy desprotegida? Quizá sacrificaríamos demasiado nuestra seguridad —opinó De las Morenas—. La enfermedad puede diezmarnos, pero si los tagalos toman la posición, se terminará todo.

—Había pensado en levantar una barricada que les impida el paso. Colocaríamos las cuarterolas de vino rellenas de tierra. Sobre estas unos tableros que sirvan como base y encima cajas que también contengan arena. Dejaríamos espacios para poder disparar a través de ella.

—¿No resultarían unos agujeros demasiado grandes?

—Sí, eso pensé, pero creo que podríamos reducirlos con fardos de mantas. Bien construido resultaría un parapeto eficaz.

—Los enfermos agradecerán la renovación del aire. Cuando entras al edificio desde la trinchera exterior, la peste es horrible. Y en el patio, a pesar de que está descubierto, huele casi igual —se quejó el doctor.

—Ahí, si el capitán admite mis sugerencias, también actuaremos. Se trata de efectuar unos agujeros en la pared para construir un urinario. En una noche oscura, saldrían un par de hombres y, con el máximo sigilo, realizarían una zanja con pendiente para que desagüe en una letrina. Así evitaremos que nuestros excrementos se acumulen al otro lado del muro.

—Es una buena idea. Deberíamos haberlo hecho antes.

—Sí, sin duda —añadió el capitán.

El teniente hizo un tachón en sus apuntes y repasó la siguiente anotación.

—Por otra parte, y como ha dicho antes, doctor, apenas quedan trece hombres sanos. Ni que decir tiene que con esa cantidad no cubrimos los puestos de centinela necesarios. Los he revisado y he llegado a la conclusión de que podemos eliminar algunos, pero aun así, faltarían soldados. Vigil, a

usted, como médico y oficial, le correspondería la complicada tarea de designar de entre los pacientes menos graves, aquellos que puedan prestar el servicio.

—Entiendo que no queda otra opción, pero ¿hasta dónde debo forzar a los enfermos?

—Usted es el único capacitado para saber la respuesta. Es una tarea ingrata pero imprescindible.

—¿Podríamos, en los puestos donde sea posible, prepararlos para que lo realicen sentados?

—No veo inconveniente —dijo Martín Cerezo.

—¿Cuántos hombres necesita?

—Todos los que pueda proporcionarme.

—Está bien, luego le entregaré un listado.

—Gracias, doctor, créame que comprendo los muchos quebrantos que le va a producir. Ojalá pudiera hacer yo esta labor. —El teniente miró su guion —. El último punto versa sobre nuestras guardias. Ahora que Alonso ya no está, deberíamos acometerlas de manera individual. Entre los tres cubriremos el día entero. Siempre que Vigil pueda apoyarnos. No sé si será correcto pedirle esto ahora, justo cuando hay más enfermos y él mismo está herido de gravedad.

—Si es preciso, lo haré.

—Bastante tiene usted ya con lo que tiene.

—Ya les dije que les ayudaría en todo lo que pudiera.

—Pero ¿se ha mirado en un espejo? —le preguntó De las Morenas—. No hace falta tener estudios en medicina para saber que necesita un descanso. Martín y yo nos turnaremos hasta que esté sano. Y es una orden.

21 de octubre de 1898. Ciento trece días de asedio

Queridísima esposa:

Sabíamos que íbamos a afrontar tiempos difíciles, pero cada día que pasa, el asedio se torna más duro y exigente. Empezamos luchando contra los insurrectos filipinos, combatientes feroces y obstinados. Es aliada suya la humedad asfixiante que todo lo consume, tanto cuerpos como objetos. Después se añadió el hastío fruto de la monotonía del encierro que hunde el ánimo de los hombres con más eficacia que el bombardeo tagalo. Ahora los enemigos se multiplican. Nos acosan también las enfermedades, el hambre y la fatiga. Tres rivales formidables y crueles, si por separado son espantosos, en conjunto se convierten en obstáculos casi insuperables.

Luchando con las escasas armas que tenemos, hemos terminado hoy una limpieza íntegra del edificio y una pequeña obra para mejorar la ventilación. Aunque sabemos que con esto no superaremos el mal que nos aqueja, esperamos al menos atenuarlo.

De momento, la moral de la tropa se mantiene. Los hombres comprueban asustados cómo unos compañeros enferman y otros mueren, pero ninguno ha rehusado abandonar el sagrado deber que nos ha sido encomendado. La bandera nacional, el símbolo más grande existente tras la Santa Cruz, ondea aún en lo alto de la torre. Y allí continuará mientras quede un cazador en pie para defenderla.

Hará unos días mantuve una pequeña disputa con fray Minaya. Reconozco que fui injusto. El lamentable estado de Alonso me alteró el ánimo y lo pagué con él. Pensé en disculparme, pero no quiero que el mando de este destacamento se vea influenciado por el clero. Ahora que se ha abierto un brecha entre nosotros, mejor mantenerla y cada cual a lo suyo, ellos a servir a Dios y yo a mi rey.

Juan Alonso, mi estimado compañero, amigo y mártir de la patria, se encargó de recordarme que debemos resistir, si es preciso, hasta el fin. No diré que fue en balde, pues conviene tener en cuenta su sacrificio, pero predicó para un converso. Como tú bien sabes, esa ha sido siempre mi máxima. Resistiremos hasta el fin. Solo la muerte nos

hará olvidar tal propósito. Ahora que soy el oficial al mando del destacamento, estoy seguro de que este será nuestro destino. Jamás cejaré. Nunca nos rendiremos, pues el capitán De las Morenas, mi superior, piensa igual.

Hace ya tres días que Alonso nos abandonó. Lo voy a echar mucho de menos, ha sido el mejor amigo que he tenido en los últimos años. Con él hubiéramos superado más fácilmente este trance. El calor de su amistad me ayudó en el pasado. En cambio, con el capitán no terminó de conectar. De las Morenas es un buen militar y un hombre benévolo, tan bondadoso que en ocasiones ralla la ingenuidad. La tropa le aprecia, no cabe duda, lo ven como a un padre. Yo con los soldados me muestro firme y autoritario, él complaciente y protector. Nuestras maneras de mandar chocan frontalmente. No hemos de olvidar que yo soy un teniente segundo con muy poca antigüedad y él es un experimentado capitán. Por el momento nuestra relación es cordial, espero que el tiempo no la agrie. Cumplo sus órdenes con el mismo brío y la misma disciplina que exijo a mis cazadores.

Con el doctor Vigil, por el contrario, no tengo ningún problema, es un hombre encantador. Infatigable, se esfuerza hasta más allá del límite por el bien común; es un ejemplo para todos. Siempre absorto en su trabajo, a la busca de algún remedio contra el beriberi. Si no está con sus pacientes, va cargado, como hoy en el desayuno, con algún tomo enorme que estudia concentrado. Apenas descansa. No entiendo de dónde saca toda esa energía. Eso sí, su cuerpo demacrado acusa el abuso del sobreesfuerzo que realiza. Espero que no caiga enfermo.

A pesar de las dificultades y los problemas, he de reconocer que esta situación tan comprometida es el anhelo de todo oficial. Siempre, desde bien pequeño, se fantasea con igualar gestas como la de Numancia, Sagunto o Zaragoza. El sueño de defender la patria en circunstancias extremas que nos empujen hasta el límite. Es un orgullo encabezar esta resistencia y, además, puede suponer un espaldarazo a mi carrera. Llevamos ya casi cuatro meses sitiados, espero que el Ministerio de la Guerra sepa recompensar los desvelos de mis hombres y los míos propios. Creo que lo merecemos.

Te escribo estas líneas con tu pequeño colgante enrollado alrededor de la mano. Siempre lo guardo cerca de mi corazón, donde habitaréis mientras viva. Me acuerdo de vosotros cada día y os tengo presentes en mis oraciones. Ojalá, al terminar esta infernal misión, no antes, pudiera

reunirme con vosotros. Daría todo lo que tengo por oler una vez más tu piel morena. Ese aroma no lo olvidaré nunca. Así olía la felicidad. Anoche, tumbado en mi catre y como un regalo de Dios, lo recordé y pude sentirlo. Durante unos segundos te tuve a mi lado. Fueron tantas sensaciones concentradas en un solo momento que de una alegría inmensa pasé al sollozo silencioso. Ni llorarte puedo en estos días aciagos… Siempre os querré.

22 de octubre de 1898.
Ciento catorce días de asedio

El cabo Olivares se levantó de un salto, colgó su máuser a la espalda y, bostezando, se dirigió a la mesa donde se encontraba el oficial de guardia.

—A sus órdenes, mi teniente —dijo al tiempo que se marcaba la posición y saludaba—. Me toca el servicio de cabo de cuarto, con su permiso voy a iniciar la ronda.

—Le esperaba hace cinco minutos, Olivares.

—Lo siento, me quedé traspuesto.

—Que no vuelva a ocurrir. Después de los oficiales, son los cabos los que tienen que dar ejemplo. Si no se comportan de manera disciplinada, la tropa no lo hará. Si la ronda ha de empezar a la una, debe ser a la una, y no cinco minutos después. ¿Entiende su importancia? No se lo explico por capricho. La disciplina es fundamental.

—Sí, mi teniente. No volverá a suceder.

—Estoy seguro. Es usted un buen cabo. Ahora vaya a empezarla.

—A las órdenes de usted, mi teniente —saludó, y se retiró agradeciendo para sus adentros que todo hubiera quedado en una mera reprimenda.

La noche, al encontrarse la luna cubierta por unos densos nubarrones, era oscura y silenciosa, pues los tagalos no disparaban. Los cazadores, en estas noches donde apenas se veía, tenían orden de guardar el máximo sigilo para que los vigías pudieran ayudarse con el oído en su solitaria labor. Lo único que se escuchaba en la iglesia eran los ronquidos de varios soldados acompañados de alguna que otra ventosidad.

El cabo, que apenas veía lo que tenía a menos de un metro, se acercó trastabillando hasta la pared. A partir de allí, y con una mano estirada para palpar el muro, comenzó su ronda. Inseguro y dubitativo, caminó despacio hasta el baptisterio, donde estaba el primero de los centinelas.

—Baptisterio —susurró. Un bulto se revolvió en la silla y contestó con un carraspeo de garganta.

A pesar de que nadie podría verle, Olivares asintió con la cabeza y siguió con su recorrido. Anduvo hasta el terraplén de la puerta que daba al camino del río, y tanteándolo con el pie, lo esquivó.

—Puerta —dijo quedamente. El centinela, que tumbado miraba por la pequeña gatera, golpeó dos veces el portón de madera.

Anduvo unos pasos vacilantes con el brazo extendido hasta que palpó de nuevo la pared. Se sirvió de tan inexpresivo lazarillo para avanzar, pero a los pocos metros chocó con un cubo medio lleno de agua que rodó hasta chocar contra la base del altar. Reprimió un juramento y, malhumorado, cojeó al siguiente puesto que se encontraba encima de un andamio de madera.

—Ventana —musitó con un tono tan bajo que el imaginaria solo lo advirtió porque el reciente estruendo le había avisado. El cazador respondió con una fingida tos.

Prosiguió hacia el altar, donde se sentó en la tarima y se descalzó para poder frotarse un rato los dedos doloridos del pie. En cuanto se hubo restablecido, reanudó su patrulla por las posiciones de guardia. No debía entretenerse. Su misión era de vital importancia: supervisaba a los soldados de guardia de manera continua para evitar que nadie se durmiera ni sucediera imprevisto alguno, como una inoportuna charla con uno de los españoles desertores. De ahí que los hombres nunca hablaran cuando el cabo de cuarto efectuaba la ronda. El enemigo no debía saber quiénes eran los que permanecían de guardia. Así evitaban que estos sufrieran influencias indeseables.

Yendo de puesto en puesto llegó hasta el patio, donde tres hombres estaban apostados de manera extraordinaria. En silencio, escrutaban la noche por encima del muro, intentando distinguir u oír algo entre las tinieblas.

—¿Cómo van los trabajos? —preguntó con un débil hilo de voz.

—Ya casi llevan dos metros de zanja.

—Estupendo, permaneced alerta.

Con prisa por terminar la primera rotación, se alejó para dirigirse hacia el siguiente.

Las rondas se fueron sucediendo sin novedad hasta que al iniciar la cuarta, el cabo vio que se encendía una luz en la enfermería. Aunque supuso que sería alguno de los sanitarios, decidió comprobar que todo estuviera en orden. En su escritorio, como tantas otras veces, encontró a Vigil que, apoyado con una mano sobre la frente, escribía unas notas.

—Buenas noches, doctor —pronunció entre dientes.

Si bien el volumen de su voz había sido muy bajo, el médico, acostumbrado al silencio y sumido en sus propios pensamientos, dio un respingo.

—¡Ah! Buenas noches, Olivares. ¿Otra vez de cabo de cuarto?

—Pues sí. Solo quedamos dos hábiles, así que nos repartimos la faena como buenamente podemos.

Vigil emitió un fuerte y largo suspiro.

—No hace falta que me cuente cuántos quedan. A García aún le estoy tratando el pie y Chaves se murió sobre ese camastro.

—Lo siento, doctor. No quería importunarle.

—No se disculpe, no era un reproche, aunque haya sonado como tal… Bueno, si lo era, le ruego disculpe mi humor.

Olivares hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—¿Necesita alguna cosa?

—Pues estaba a punto de llamarle. ¿Podría avisar a los frailes? El soldado Lafarga les necesita.

—¿Quiere decir que…? —El militar no se atrevió a continuar la pregunta.

—Me temo que sí.

—Mal comienza el día —dijo mientras se santiguaba.

—La disentería crónica lo ha debilitado hasta el extremo. Apenas le restan unas horas de vida. Avise también al oficial de guardia.

—Voy a buscarlos ahora mismo. ¿Puedo ayudarle en algo más?

El médico provisional del ejército español miró al cabo. Con una sonrisa apagada negó con la cabeza un par de veces y se sumergió de nuevo en sus apuntes.

23 de octubre de 1898. Ciento quince días de asedio

Duraba ya muchas horas. Demasiadas. La tormenta se había desencadenado por la tarde del día anterior y seguía eternizándose con inagotable energía. La lluvia caía con un ímpetu tal que colapsaba los agujeros del techo y anegaba el suelo con varios dedos de agua, pues la fortificación extrema del edificio impedía su correcto desagüe. Un grupo de soldados formaba una cadena y la achicaba con cubos. El ritmo de la fila era lento, algunos hombres afrontaban ya demasiadas horas en pie, otros estaban enfermos y, todos, famélicos.

La *colla* se había levantado de manera repentina y, para fortuna de sitiados y sitiadores, no la acompañaba un baguio. Cuando estos dos fenómenos atmosféricos coincidían la devastación era inmensa. Pocas construcciones se hallaban a salvo de su descomunal violencia. La iglesia de San Luis de Baler, de anchos y recios muros, desafiaba tanto a tempestad como huracán, pero su tejado, repleto de goteras y agujeros, no auguraba igual resistencia. El fuerte viento provocaba que la techumbre de la iglesia crujiera tanto que parecía que iba a desplomarse con cada envite del temporal.

Los postigos de las dos ventanas del coro, sujetos por las bisagras y el seguro, rebotaban contra sus marcos. Tal era el furor del aire que parecía que de un momento a otro fueran a desarmarse y fue justo lo que sucedió con la de la derecha. El herraje superior, arrancado de cuajo, dejó solo al inferior, que fue incapaz de resistir la tormenta más de unos segundos. El tablero salió volando como si un gigante le hubiera propinado un manotazo. Ante los gritos de los cazadores que estaban de guardia, varios compañeros acudieron en su ayuda, pero no lograron afianzarla. A pesar de los intentos ordenados por el teniente, tuvieron que desistir de su empeño y esperar a que la tempestad cesara.

Horas después, la furia de la naturaleza se calmó con la misma rapidez que la rabieta de un chiquillo mal criado. En cuanto cesaron el viento y la lluvia, los tagalos abandonaron el regazo de sus viviendas a la carrera y se apostaron en sus trincheras en torno a la iglesia. No querían que los kastilas se aprovecharan de la tormenta para obtener beneficio alguno. Un joven oficial observó la fachada de la iglesia y se percató de que faltaban las protecciones de una de las ventanas. Eufórico, ordenó a la sección bajo su cargo disparar

sobre aquel vano indefenso. Enseguida, todos los hombres de ese sector concentraron el fuego de sus armas en ese punto.

Los españoles tan solo pudieron protegerse. Movieron los catres a toda prisa a fin de evitar que los enfermos recibieran un balazo. Los proyectiles silbaban a través de la nave e impactaban contra las paredes interiores, incluso contra la pared del altar. Uno llegó a volarle la cabeza a un san José. El capitán De las Morenas, a la cabeza de varios cazadores, intentó tapar la brecha, pero tuvo que desistir ante la cadencia de las descargas enemigas.

Un grupo de insurrectos se subió a la techumbre de unos *bahays* y, desde allí tumbados, abrieron fuego. Las nuevas trayectorias se mostraron todavía más peligrosas y alcanzaron a Miguel Pérez, de centinela al otro lado de la iglesia. Una bala extraviada, en una guerra ya perdida, le dejó inútil la mano para el resto de su vida.

Los soldados apostados en el campanario desalojaron a los insurrectos que tiraban desde los tejados. Tres quedaron allí, tendidos durante horas, hasta que anocheció y los descolgaron para darles sepultura.

Aun así, hasta que la noche los arropó con su oscuridad, los cazadores no encontraron otra solución que mantener las cabezas gachas. Con la oscuridad, aseguraron por fin la ventana y colocaron también un par de trancas de refuerzo. Los pocos hombres que contemplaban a sus compañeros, aplaudieron y se abrazaron entre sí. Por fin habían cerrado la brecha. No sabían por cuánto tiempo, pero volvían a considerarse a salvo.

25 de octubre de 1898.
Ciento diecisiete días de asedio

El médico escribió el nombre completo y su procedencia en su cuaderno. Otro cazador más, a causa del beriberi, figuraba en la aciaga lista que Vigil pretendía entregar algún día en Manila. Otro hombre que, aunque luego se convertiría en un mero apunte estadístico, aquí representaba la trágica pérdida de un paciente, un camarada y un amigo. Vigil respiró hondo un par de veces en busca de una paz que no halló. Abrió el cajón del escritorio, introdujo el cuaderno en él y lo cerró con un fuerte empujón. Era consciente de que su actitud rozaba la superstición, pero no quería tener a la vista aquella condenada relación que le recordaba constantemente su fracaso.

El claustrofóbico ambiente de la enfermería le asfixiaba, así que ordenó que lo transportaran a donde se reunían los oficiales. Habían pasado ya doce días desde que lo hirieron y, aunque ya era capaz de andar trayectos cortos, no podía mantenerse de pie durante mucho tiempo.

Si bien no encontró a ninguno de sus compañeros, hastiado y con ganas de hablar, decidió esperarles. Abrió un libro que yacía abandonado sobre la mesa y leyó un poco para distraerse. Su cansancio era tal que se durmió antes de pasar un par de páginas. Así lo hallaron el capitán y el teniente al volver de un exhaustivo examen de las fortificaciones del edificio.

—¿Lo despertamos? —preguntó Martín Cerezo con un susurro.

—No sé… Creo que deberíamos dejarlo, se le ve tan cansado.

Le contemplaron de manera paternal. Tenía el libro sobre el regazo, la zona lumbar apoyada en una parte del respaldo de la silla y el resto de la espalda ladeada hacia delante. Su cabeza colgaba al frente y oscilaba arriba y abajo de manera ligera, acorde con su respiración.

—Dejémoslo, pues. Al menos hasta que nos traigan la comida. No ha de tardar.

Mientras esperaron el rancho cumplimentaron la burocracia pendiente de resolver. A la hora establecida llegó Pedro Vila, el cocinero, con dos platos de restos de garbanzos con tocino y un par de latas de sardinas. No hizo falta que se le ordenara, él mismo dijo que volvería enseguida con otra ración. El doctor tosió y De las Morenas aprovechó para moverle el brazo con suavidad.

Vigil abrió los ojos y se mostró extrañado durante los breves segundos que tardó en recordar dónde se encontraba.

—Disculpen, me he quedado traspuesto mientras les esperaba.

—Debería descansar más —aconsejó el capitán.

—Ya le he dicho varias veces que usted es el hombre más importante del destacamento. Si falleciéramos el capitán o yo mismo, podríamos ser sustituidos, pero ¿quién le sustituiría a usted?

El doctor se encogió de hombros y cambió de tema:

—El soldado Ramón López Lozano ha muerto.

—¿Ha avisado a los frailes? —preguntó el capitán.

—Han pasado las últimas horas con él. Ya está todo preparado. Solo resta que me digan dónde lo quieren enterrar.

—No sé si todavía queda sitio en la sacristía.

—Sí, aún caben allí un par de fosas —apuntó el teniente—. ¿Le parece bien que la preparemos allí?

—Es un sitio tan bueno como cualquier otro —contestó De las Morenas —. Al menos allí están recogidas y no tan a la vista de la tropa.

—¿Tiene más enfermos de gravedad? —se interesó Martín Cerezo.

—Pacientes de beriberi muchos. A Dios gracias ninguno está tan grave para temer por su vida, al menos en las próximas semanas.

—¿Hay algo más que podríamos hacer por ayudarles?

—Verá, Martín, sí hay un par de cosas que quería comentarles. Por eso les esperaba. Desconozco cuál es la cantidad y el estado de nuestras provisiones, pero, siempre que se pueda, deberíamos mejorar el rancho.

—Nuestros suministros durarán aún varios meses. —Martín sacó el listado de provisiones que actualizaba de manera constante con la ayuda del cocinero.

—En ese caso, creo que lo mejor será que aumentemos la ración diaria de comida, aun a costa de acortar el tiempo de nuestra resistencia.

—Veré qué es posible hacer, pero no creo que se pueda enriquecer mucho el rancho. Si hubiéramos conservado aquellos caballos, habríamos tenido carne fresca más tiempo.

El capitán, que masticaba en silencio, hizo oídos sordos y siguió comiendo.

—No debimos soltarlos —insistió Martín.

—Es inútil lamentarse —dijo al fin De las Morenas con desgana—. Ya te expliqué el motivo en su momento. Además, si no recuerdo mal, fuiste tú quien dio la orden de liberarlos.

—¡Porque nadie me apoyó!

—Es agua pasada, de nada sirve discutirlo —indicó Vigil—. Nos arriesgamos a que enferme la totalidad de la tropa. Están demasiado débiles.

El teniente repasó su listado en apenas unos segundos, lo había leído tantas veces que se lo sabía de memoria, y se lo pasó al capitán. Este tardó más en estudiarlo.

—Quizá —comentó— podamos aumentar algo la cantidad de tocino. ¿Cree que con eso bastaría? Es todo lo que puedo darle sin acortar sustancialmente la duración de nuestros víveres.

—¿De qué cantidad estamos hablando? —preguntó el doctor.

—No sé… Tendré que hacer cálculos. Quizá podríamos… dar lo que repartimos ahora y añadir un cincuenta por ciento más de tocino… durante unos días, a lo mejor unas semanas —ofreció.

—¿Eso es todo?

—Es lo único que garantizo. No obstante, lo estudiaré más a fondo, aunque dudo que pueda arañar algo más. Ya le informaré. ¿Algún asunto más?

—Sí, casi la mitad de la tropa va descalza. No es bueno para su salud que sus pies estén en contacto con esta tierra siempre húmeda.

—No tenemos repuestos —apuntó Martín—. Alonso los solicitó un par de veces a Manila antes de que nos sitiaran, pero ahí quedó la cosa.

—Pues es necesario ponerle remedio.

—Creo que un soldado, aunque no recuerdo quién, era zapatero en su vida civil. ¡Menache! —ordenó Martín Cerezo al primer hombre que vio—, dígale a Olivares que venga. No sé qué podrá hacer el soldado sin ningún tipo de material o útiles propios del oficio, pero confío en que idee algo que nos sirva.

En apenas un par de minutos se presentó el cabo.

—¿Me mandó llamar, mi teniente?

—Verá, me suena que tenemos un antiguo zapatero entre la tropa, pero no logro ubicarlo.

—Servidor.

—¿Usted?

—Sí. Trabajé durante unos años en Caudete. Producía y remendaba todo tipo de calzado.

—Perfecto. Habrá observado que muchos de sus compañeros van descalzos. Pues bien, dice el doctor que no es sano caminar sin calzado sobre

esta tierra infectada de miasmas. Así que quiero que fabrique unos zapatos adecuados para ellos.

—Pero… mi teniente, ¿pretende que haga veinticinco pares? ¿Con qué herramienta? ¿Con qué material?

—Olivares, no es necesario que sean de gala. Ni tan siquiera cómodos. Tan solo sencillos y prácticos. Tiene a su disposición todo lo que hay en la iglesia. Ideé un modelo que sirva de muestra. Cuando lo tenga terminado nos lo presenta para que le demos el visto bueno. Entonces les enseñará a sus compañeros cómo elaborarlo. ¿Queda claro?

—Sí, mi teniente, un modelo de prueba. ¿Para cuándo lo quiere?

—Si puede ser para mañana, mejor que para el día siguiente. Dele prioridad absoluta. Póngase a ello ahora mismo. Recuerde, algo sencillo y práctico.

El cabo se retiró tras marcar la posición de firmes y saludar.

—Es un hombre muy capaz. Seguro que se le ocurre una alguna idea —aseveró Martín Cerezo.

—Sería un avance el conseguir que todos vayan de nuevo calzados —comentó el doctor. Miró al capitán y frunció el ceño—. ¿Se encuentra usted bien? Le noto muy alicaído y callado.

—Estoy cansado, muy cansado.

—Acompáñeme a la enfermería y le examinaré.

—No será necesario —dijo intentando sonreír.

—Eso lo decidiré yo.

—No pretendía discutir con usted. Le digo que no será necesario, puesto que creo…, sé que mis temores se han confirmado. Sí, Vigil, padezco beriberi.

28 de octubre de 1898. Ciento veinte días de asedio

El capitán estaba sentado en el patio en una silla y mantenía los ojos entornados mientras apoyaba la cabeza contra una de las paredes. Su perra, hecha un ovillo, dormía bajo su asiento. De las Morenas había salido a contemplar a los hombres mientras preparaban las albarcas ideadas por el cabo Olivares, pero el sopor le condujo a un incómodo duermevela.

Tal y como el teniente le había pedido, el calzado resultante era, sobre todo, práctico y sencillo. No era más que un trozo de madera que cubría tan solo la planta del pie. Se sujetaba por dos tiras de tela conseguida a base descoser y cortar las mochilas. Era algo tan primitivo y rudimentario que el cabo no creía ni que se le pudiera denominar calzado.

Los soldados se afanaban en preparar los escasos materiales necesarios cuando una voz con marcado acento gritó desde las posiciones tagalas.

—¡Españoles! ¡Españoles!

—Ya está aquí el pregonero. Mira que llegan a ser pesados —protestó Ramón.

—Kastilas, ¿tenéis hambre? Nos sobra la comida.

—¿Y alguna dalaga para Pineda?

—Sí, para mujeres estoy yo. Ya me cuesta sujetar el remiendo este que llevo por pantalón.

—Kastilas, ya no estamos en guerra. Filipinas por fin es libre. No temáis. Podéis salir en paz.

—Qué cargantes llegan a ser —murmuró De las Morenas aún con los ojos cerrados—. No se cansan de repetir día tras días las mismas mentiras.

—¡Y usted que lo diga, mi capitán! —dijo Ramón.

—Manila se rindió en agosto. Obrad igual. Salid sin miedo.

—Manila rendida, qué disparate. Lo que yo les diga, un hatajo de mentirosos, eso es lo que son —dijo De las Morenas.

—Mi capitán, disculpe. ¿No deberíamos hacer algo?

—Sí, Boades, ignorarlos y continuar con el trabajo.

—Es que me sacan de quicio.

—Eso es lo que pretenden. Lo mejor es no hacerles caso. —De las Morenas sonrió—. Aunque, si os apetece un poco de guerra, contraatacar, ya

sabéis cómo se enervan cuando cantamos.

—Tiene usted razón. Cazadores, vamos… ¡El himno del batallón!

Antes de que empezaran, una nueva voz se alzó con potencia para cruzar la distancia que separaba a sitiados y sitiadores.

—¡Españoles! Soportáis en balde tantas penalidades. Toda la culpa es de vuestros oficiales sedientos de gloria. La pretenden aun a costa de vuestras vidas. No sufráis más. Aquí os darán toda la comida que queráis. Solo tenéis que venir con nuestros amigos filipinos.

—¿Esa voz? Parece…

—Es Felipe Herrero, maldito traidor. Si lo agarro, se va a enterar —dijo Pineda cerrando el puño.

—Os tratarán como amigos, no como prisioneros. Debéis creerme. Tan solo tenéis que cruzar la trinchera.

—Felipe, ¿eres tú? —preguntó Boades gritando.

—¿Ramón? Sí, soy yo. Me alegra oírte, compañero.

—Asómate para que podamos asegurarnos de que eres tú. —Y susurrando añadió—: Está Jiménez en la torre, ¿no? —Sus compañeros, incluyendo el capitán, rieron ante sus siniestras y claras intenciones.

—Sí, para que me metáis una bala en la cabeza. ¿Te crees que nací ayer?

—No sé cuándo naciste, pero sí que eres un hijo de mala madre.

—Veo que sigues tan chistoso como siempre. Pensé que el hambre te habría domado esa lengua tuya.

—Tiene gracia que uses tú esa palabra. El único domado aquí eres tú, perro de los tagalos.

—Ja, ja. ¡Qué equivocado estás, Ramón! Aquí no hay amos ni sirvientes. En la nueva república filipina somos todos iguales. No nos guardan ningún tipo de rencor y nos necesitan. Al cabo sanitario que venía con el doctor Vigil lo han nombrado secretario del coronel Villacorta. A mí, por mi gran trabajo, me han propuesto para capitán.

Una espontánea y conjunta carcajada surgió del patio de la iglesia. Los hombres rieron de manera estruendosa. Aunque el comentario del traidor les había provocado gran hilaridad, habían exagerado el efecto y volumen de sus risas con el único fin de molestarlo.

—Reíd, reíd ahora que podéis, pero recordad que el que ríe el último ríe mejor…

—¿A qué venían todas esas voces? —Martín Cerezo irrumpió en el patio seguido del cabo Vicente González—. ¿Quién diablos hablaba con el enemigo? ¿Era usted, Boades?

—Sí, mi teniente. Verá…

—Sabe de sobra que está prohibido mantener cualquier tipo de trato con los insurrectos.

—Pero, mi teniente, solo trataba… Los provocábamos para reírnos a su costa.

—¡Silencio! Le tenía en buen concepto.

—Martín —llamó el capitán al tiempo que se levantaba de la silla—. Le di yo permiso para que hablara con Felipe Herrero.

—Oh, no le había visto. —Martín Cerezo miró a De las Morenas sorprendido—. Me alegra no tener que castigarle, Boades. Es usted un buen soldado. Si me disculpa, mi capitán, volveré a mis obligaciones.

El teniente se marchó acompañado por el cabo. Al verlos desaparecer por la puerta de la sacristía, el grupo perdió la tensión y recuperó la jovialidad anterior. Ramón aprovechó y se acercó a De las Morenas.

—Muchas gracias, mi capitán.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por sacarme del aprieto… mintiéndole al teniente.

—¿Yo? Te equivocas, Boades. Puede que yo no te diera el permiso de manera explícita, pero autoricé tu comportamiento al ver tu falta y, como superior tuyo, no reprochártelo. ¿Entiendes la diferencia?

Ramón arrugó el ceño durante los segundos que tardó en comprender el razonamiento del oficial.

—Sí, mi capitán. De todos modos, gracias. Me ha salvado de una buena.

De las Morenas se volvió a sentar y cerró los ojos. Ramón se quedó de pie, observándolo sin saber si debía decir algo más o retirarse.

—¿Aún sigue ahí? Si no tiene nada mejor que hacer que mirarme, le agradecería que paseara a la perra. Está todo el día tumbada… Tiene que hacer ejercicio o se va a poner muy gorda.

2 de noviembre de 1898. Ciento veinticinco días de asedio

—La madre que lo parió, este tocino sabe a diablos. Parece que lo hayan pasado por la axila de un fogonero de un buque de tercera —dijo Menache tras tragarse un trozo ayudado por un sorbo de agua—. Casi estoy por carbonizarlo, seguro que así sabe mejor.

—Ahora no estaría tan mal probar la carne de carabao, ¿eh? —preguntó Alcaide.

Menache le miró y, mientras rumiaba su escaso rancho, gruñó un insulto que nadie entendió.

—¿Creéis que vendrán pronto a liberarnos? —preguntó José Jiménez.

—Yo creo que en la Capitanía General se han olvidado de nosotros —dijo Menache—. No entiendo cómo pueden tardar tanto.

—Será por la guerra con Estados Unidos. Tendrá a todas nuestras tropas ocupadas —terció Olivares—. No dudéis de que en cuanto puedan vendrán a rescatarnos.

—No sé. A mí todo esto me da muy mala espina.

—A ti todo te trae mal fario desde que vinimos a Baler —se quejó Olivares.

Jiménez miró a su alrededor y bajó la voz antes de hablar.

—¿No has visto cómo es la muerte por beriberi? Si no es para dar mal fario, que venga Dios y lo vea.

—No te preocupes —dijo Alcaide—. Ten en cuenta que tanto tiempo aquí nos beneficiará. Al fin y al cabo estamos en una iglesia, seguro que nos habrá abierto las puertas del cielo.

—Hoy por hoy preferiría un billete a España.

—Todos lo querríamos, Jiménez, pero, visto lo visto, quizás estemos más cerca de la otra vida que de la patria —opinó Menache—. Solo quedamos una docena sanos… ¿He dicho quedamos sanos? Ya he ido hoy siete veces a cagar y aún no es mediodía…

En ese preciso instante, el tiroteo insurrecto, que llevaba un par de días laso y esporádico, recreció. Los tagalos incluso dispararon algunos cañonazos, cosa ya inhabitual, provocando que los españoles le prestaran atención.

—Loreto —preguntó Menache al soldado que estaba de guardia en una de las aspilleras del corral—. ¿Algo de lo que debamos preocuparnos?

—Nada nuevo. Tiran desde sus madrigueras. Sobre todo de la casa aquella del oeste.

—Estos indios son unos gallinas —dijo Chamizo—, si ellos estuvieran aquí dentro, hace semanas que los habríamos desalojado a golpe de bayoneta.

—Si dices eso, Bizco, es porque no los conoces —comentó Olivares—. Lucharán mejor o peor, pero te aseguro que no son unos cobardes. He sufrido dos años de guerra, que se dice pronto. Y sé cómo pelean los taos. Ya lo creo que lo sé. Para desgracia mía, he contemplado muchas veces muestras de su valor.

—Ya será menos —bromeó Chamizo—. Si resultará que son unos héroes.

—Bizco, niño bonito, se nota que solo has servido de guarnición en Manila. Si como yo hubieras arrastrado tu culo por la selva detrás de esos pobres diablos, quizá les tendrías algo más de respeto.

—¿Por esos miserables desagradecidos?

—Si tan solo hubieras visto la mitad de cosas que yo… Te aseguro que no dirías eso. Esos que tú llamas gallinas, guerrean como demonios. ¿Has oído hablar de la batalla de Pérez Dasmariñas?

—No me suena. ¿Cuándo ocurrió?

—En marzo del noventa y siete.

—Yo no llegué a Manila hasta junio de ese año.

—He estado en tantos combates y escaramuzas que no sabría decirte el nombre de todas, pero aquella no la olvidaré mientras viva.

—¿Qué tuvo de peculiar?

—Marchábamos hacia Pérez Dasmariñas. Como siempre, nadie nos había explicado por qué, pero sabíamos que era una posición importante. Ya en las afueras nos encontramos una primera fortificación. Una línea triple de trincheras. Tuvimos que atacar y tomarlas con la bayoneta calada. Una a una, carga tras carga. Después de conquistarlas avanzamos hasta el pueblo. Los taos habían levantado allí una muralla de piedra repleta de troneras. De nuevo embestimos contra otra posición fortificada, soportando una vez más el fuego enemigo. Al alcanzar el muro nos dimos cuenta de que no teníamos ni una puñetera escalera: tuvimos que ayudarnos unos a otros para treparlo. Con los taos en fuga nos agruparnos y entramos por fin en el poblado. La batalla se dividió en mil combates sangrientos. Se peleaba casa por casa. La lucha solo terminaba cuando todos los defensores estaban muertos. Muchos de ellos no empuñaban más armas que *bolos* y *kris*, pero aun así se enfrentaban a

nosotros. Vi como un indio emboscado en un falso suelo abrió en canal a un compañero. El pobre me miró sorprendido. El tajo era tan grande que era incapaz de mantener dentro sus tripas. Intentaba sujetarlas mientras se desparramaban… —El cabo se calló durante un momento—. No logro recordar cómo se llamaba aquel desgraciado. Allí se quedó… No podíamos hacer nada por él y la lucha seguía. Conseguimos abrirnos paso hasta alcanzar la plaza principal. Se habían refugiado no menos de cien en el tribunal y otros tantos en la iglesia, los únicos edificios con muros de mampostería. Sus descargas eran tan intensas que no logramos tomar el tribunal. El coronel decidió que lo mejor sería quemarlo. Incluso mientras las llamas lo devoraban, los taos disparaban; solo pararon al derrumbarse el techo encima de sus cabezas. —Olivares respiró hondo y prosiguió con su relato—. Al ver semejante espectáculo, el coronel, no sé si por piedad o por estrategia, decidió que, para tomar la iglesia, sería mejor esperar a las piezas de artillería. Nada más llegar los cañones, los emplazaron y los dirigieron contra sus puertas. Las volaron y bombardearon a través de ellas. Como los insurrectos no se rendían, el coronel dio orden de quemarla también. Cuando el fuego comenzó a consumirla, los tagalos dieron por fin muestras de humanidad y se rindieron. Salieron con los brazos en alto, desarmados y dóciles. Ante nuestras indicaciones, se tendieron en el suelo sin oponer ya resistencia. Por fin la victoria era nuestra, pero la batalla no había terminado aún, los tagalos no habían dicho aún su última palabra. Salió del convento un último tao malherido. Cojeó hasta apoyarse en el marco de la puerta y contempló a sus compañeros tumbados. Recuerdo el odio que mostraba su cara. Los observaba con tal desprecio… Entonces levantó la vista y me miró. Os juro que durante unos segundos aquel hombre me miró. Los ojos le hervían de furia y odio. Parecía un demonio salido del infierno. Antes de que se moviera adiviné sus intenciones y quité el seguro del máuser. Como esperaba, atacó, blandió en el aire un enorme puñal malayo y gritó en tagalo algo que no comprendí. Sus camaradas se levantaron todos a una y con las manos desnudas nos atacaron. Ni se pidió ni se concedió cuartel. Ese día contamos más de cuatrocientos muertos tagalos.

—¿Sabes lo que gritó ese hombre? —preguntó Menache.

—Se lo pregunté a un dominico. «Adelante, deprisa». Como ves, nada del otro mundo, pero sirvió para que aquellos desgraciados se entregaran a una muerte segura. No, os aseguro que los taos no son unos cobardes.

—Puede que tengas razón —concedió Chamizo—, pero siempre tendrá más coraje un español que un indio.

—Sí, sobre todo los tres que nos han traicionado. Hazme caso, Bizco, no los subestimes, te ayudará a seguir vivo.

—Yo solo te digo que soy capaz de triunfar donde los indios han fallado.

—¿Estás hablando de algo en concreto o simplemente fanfarroneas?

—Ellos no han podido tomar esta iglesia ni obligarnos a que la abandonemos. Yo haré que abandonen su posición.

—¿Qué tramas?

—Voy a quemar la casa del oeste. Aquella que más nos da por saco.

—¿Estás loco? Te matarán.

—Yo te acompañaré —se ofreció Alcaide divertido—. Si vas a acometer esa locura, quiero verlo de cerca. Me encantará salir aunque sea por unos minutos nada más.

—¡Estáis chiflados! El capitán no va a permitir esa temeridad. Es un suicidio.

—Los únicos que morirán serán los tagalos. ¿No recuerdas que ya les hemos atacado dos veces? Si te falla la memoria, puedes ver sus ruinas calcinadas ahí fuera. Tengo que ajustar cuentas pendientes. —Chamizo señaló la cicatriz del antebrazo derecho—. Creo que ya va siendo tiempo de que me cobre la deuda.

4 de noviembre de 1898.
Ciento veintisiete días de asedio

El teniente Martín Cerezo entró en el dispensario con el papel arrugado en la mano. Tras hablar con el doctor sobre el estado de sus pacientes, se dirigió al catre donde descansaba De las Morenas.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra hoy?

El capitán sonrió y se encogió de hombros.

—No tan bien como me gustaría, Martín. ¿Han llamado los insurrectos a parlamento? Me desperté con el toque de Santos…

—Sí, le han mandado un recado. —Levantó la hoja doblada que llevaba y se la entregó al todavía, aunque ya solo de manera formal, comandante político-militar del distrito del Príncipe.

—Ya no se molestan ni en meterlas en un sobre. No nos tratan con consideración, teniente —bromeó—. ¿La has leído?

—No, va dirigida a usted. Contravendría el reglamento si lo hiciera.

El capitán asintió y desdobló el folio. Leyó con rapidez las cuatro líneas que contenía.

—Las tonterías de siempre. ¿Sería tan amable de pedirle a Vigil una pluma y algo donde apoyarme? Les contestaré aprovechando su nota.

El teniente volvió con la estilográfica y un grueso tratado de medicina.

—Gracias. —De las Morenas colocó la hoja sobre el libro—. No nos rendimos. Venid a buscarnos, cobardes —murmuró mientras escribía en grandes letras mayúsculas.

Martín sonrío al oír el escueto y conciso comentario.

—Haz el favor de entregársela a esos latosos. Mira que se repiten. Creo que se piensan que vamos a capitular por aburrimiento. No tiene sentido que nos envíen tantos mensajes repitiendo exactamente lo mismo una y otra vez. Piénselo, Martín, ¿por qué otra cosa lo hacen? Si ya saben que no claudicamos. Se lo hemos dicho mil veces. ¿Por qué vuelven a preguntar? La respuesta es sencilla: pretenden hastiarnos a golpe de letra. Es una estrategia algo burda, pero, desde luego, original. Debemos reconocérselo. O eso, o son unos infelices.

—Da gusto verle de tan buen humor. Pensé que lo encontraría más abatido.

—Solo estoy algo cansado.

—¿Le dejo descansar?

—No, hombre, no.

—¿Quiere que ya no le moleste con ningún recado de los indios?

—Al contrario. Esto me distrae. Mientras pueda escribir, ten por seguro que continuaré redactando estas cartas tan emotivas.

—Como usted diga, mi capitán. Sepa que quedo a su entera disposición para cualquier cosa que pueda necesitar.

—Eso mismo te digo yo. Hace semanas que no me pides ningún libro. ¿No te agradaron? Pensaba que disfrutabas leyendo nuestra historia novelada.

—Sí, me atraen, pero es que no dispongo ni de un mísero momento. Hay tanto trabajo pendiente…

—Perdona que te diga, si me permites la crudeza, que esa es una mala excusa. Si de verdad quisieras leer, leerías. Lo demás son cuentos y pretextos sin sentido. Una mera manera de autojustificarse.

—De verdad. Sabe que carezco del tiempo adecuado para la lectura.

—¿Me estás diciendo que no puedes ni dedicarle treinta minutos?

—¡Sí apenas tengo para dormir!

—Te he visto repasar la lista de las provisiones durante horas. Por más que hagas cálculos no van a crecer. Adminístrate mejor y hallarás un rato para ti. Te hará bien. El alma del ser humano siempre ansía revivir historias. Desde siempre, en cualquiera de nuestras edades, el hombre ha tenido ese anhelo. Te ayudará a olvidarte por un rato de los problemas que te rodean. Tú más que nadie necesitas evadirte. Lee, lo agradecerás; la magia de la literatura sazonará su vida.

—Haré lo que pueda… Y, por favor, tráteme como si fuera un oficial y no un muchacho imberbe. Mire, ya me crece el bigote.

—¡Anda! He vivido lo suficiente para verte bromear. O al menos intentarlo. ¿Quién lo diría?

El capitán se rio, pero su propio juego de palabras terminó por ahogar sus risas al revelar lo incierto de su condición. Aun así, no dejó que el futuro le estropeara el presente.

—¿Has visto, Martín? Es más fácil llegar a la gente con un poco de mano izquierda.

—Entre personas de igual rango, quizá… Con respecto a los soldados tengo mis dudas. Hay que mantenerlos firmes a base de ejemplo y disciplina.

—Sin duda, sin duda. No le voy a negar que no sea importante, pero no lo es todo. Le ruego que en el futuro empatice con la tropa.

—No sé si esa es mi función.

—Le ayudará a obtener su respaldo.

—Creo que ya nos lo hemos ganado. Los oficiales de este destacamento no solo sufrimos las mismas penalidades que ellos, sino que además les hemos conducido con éxito en nuestra defensa. El bueno de Alonso yace enterrado en el altar, muerto por la misma enfermedad que cercenó muchas de las vidas de sus hombres. No creo que el departir un rato con ellos pueda crear lazos más fuertes de los que hoy nos unen.

—No sea tan categórico, Martín, y no me niegue, al menos por mis años de servicio, que algo de razón, quizá, tengo.

El teniente se encogió de hombros y antes de contestar se atusó el pelo. De las Morenas, viendo su actitud, exclamó:

—¡Dios mío! Piensas que estoy equivocado por completo.

—Oiga, yo no he dicho nada.

—No ha hecho falta, tu silencio ha hablado por ti.

—No, no, mi capitán. No es eso.

—¿Qué clase de oficial piensas que soy?

—Se confunde. Yo no tengo una opinión negativa sobre usted. Lo que debe entender es que tenemos dos personalidades distintas. Esto hace que representemos dos maneras diferentes de ejercer el mando. No discuto que la suya sea menos válida. Me maravilla el magnetismo que desprende. Los hombres le respetan, le admiran y le seguirán hasta el fin, pero admita que yo, aunque no cuente con la simpatía de la tropa, también soy respetado. Yo no puedo actuar como usted sencillamente porque no me nace. Usted es campechano y abierto. Yo soy tímido y circunspecto. Tengo mi carácter y ya es tarde para cambiarlo.

—Nunca es tarde para cambiar, Martín. Incluso si se encontrara en mi lugar, no sería tarde todavía.

5 de noviembre de 1898. Ciento veintiocho días de asedio

—Haga lo que crea conveniente, Vigil —dijo Martín Cerezo.

—Gracias, Martín. Si no le importa, me pondré a ello de inmediato.

—Como usted vea. El médico se despidió del teniente y se acercó al baptisterio. Abrió la sencilla puerta de madera y examinó el pequeño recinto. Desde que lo habían habilitado como calabozo, apenas lo habían usado en dos o tres ocasiones y todas por periodos muy cortos. Vigil asintió con la cabeza un par de veces y, satisfecho, fue a la enfermería. Ordenó a Bernardino que preparara varias mantas y que las llevará al baptisterio, donde debería ir obturando con ellas las ranuras de las tres troneras. Asimismo encargó a Loreto y Menache que acarrearan agua hasta allí. Esperó a que regresara su asistente y lo dejó, tras darle instrucciones severas, al cuidado de los pacientes. Entonces anduvo al horno y se encontró con Pineda, que sacaba varias hogazas de pan recién hechas.

—¿Cómo va lo mío?

—Ahí las tiene doctor, bien calientes.

—¿Ya ha terminado de hornear el pan?

—Sí, estos son los últimos.

—Perfecto, acérquelas a las ascuas. Cuanto más abrasen, mejor. Enseguida vendrán a por ellas. Disponga un barreño para su transporte.

De nuevo en el dispensario, el médico ordenó a Loreto y Menache que llevaran a Pedro Izquierdo al baptisterio. Él se adelantó con una silla y comprobó que todo estuviera tal y como lo había ordenado. Tras corregir un par de detalles, evidenció que así era, y salió a recibir a su paciente, que llegaba en una camilla acompañado del padre López.

—Muy bien, muchachos. Siéntelo en esa silla. —Señaló la que él había colocado dentro del habitáculo.

—¿Manda algo más, doctor? —preguntó Loreto.

—Sí, vayan a por las piedras. Tengan cuidado no se quemen. Padre, ayúdeme a desvestir a Izquierdo. Es importante que el vapor limpie los poros de la piel para ayudar a eliminar los agentes patógenos.

Después de desvestirlo le estiraron las piernas, pues él ya era incapaz de moverlas, y las apoyaron en un cubo grande vuelto del revés. El soldado, con

la mente en perfectas condiciones, pero el cuerpo inválido de cintura para abajo, se mostraba dócil y colaborador en la medida de sus posibilidades.

Los dos cazadores volvieron con las piedras que había calentado Pineda y las colocaron junto a Izquierdo. Vigil entró al baptisterio un pozal lleno, se quitó la guerrera y, tras entregarla al padre Juan, cerró la puerta, quedándose solo con Izquierdo. Vertió un poco de agua sobre las piedras calientes y vio una columna de vapor levantarse con ímpetu. De inmediato los dos hombres comenzaron a sudar de manera copiosa. Tiró más agua y la densa nube cubrió el recinto. Vigil alargó en lo posible la limpieza de la piel de su paciente y aguantó hasta que se mareó. Cuando creyó que ya no podía resistir más, abrió la puerta de golpe. La ráfaga de aire fresco lo revivió, pero al dar dos pasos tuvo que buscar el apoyo del sacerdote. Empapado, boqueaba para recuperarse del ahogo, como si fuera un pez recién sacado del mar.

—¡Doctor! ¿Se encuentra bien?

Vigil asintió, pues aún luchaba por respirar. Señaló a Pedro y, entre jadeos, consiguió gritar:

—¡Sáquenlo de ahí, por el amor de Dios!

Loreto y Menache entraron corriendo al baptisterio y sacaron a su compañero cogiéndolo por las axilas y las piernas. En el breve tiempo que emplearon, sus guerreras, o lo que quedaba de ellas, se cubrieron de manchas de sudor.

—¡Qué calor más espantoso! —exclamó Menache.

—Llévenlo a la enfermería. No pensaba que iba a conseguir tanto vapor.

—¿Tiene que volver a pasar por esto? —preguntó el fraile arqueando las cejas.

—Claro, fray López —sonrió—, hoy es el primer día de su tratamiento. Espero que ayude a eliminar las toxinas de su piel. Creo que este puede ser eficaz. Esta vez sí.

6 de noviembre de 1898. Ciento veintinueve días de asedio

Las discusiones de los soldados no cesaban. Alguien había soltado, más en guasa que en serio, una disparatada idea que había cuajado entre sus compañeros. Emocionados por la ocurrencia, más por la novedad que por ella en sí misma, tres de los cazadores pidieron lápiz y papel al padre López para desarrollarla. Desde entonces no habían dejado de sucederse las riñas. Primero polemizaron ante la idoneidad del asunto, pues a varios de los soldados les había espantado por macabra y frívola. No entendieron aquel proyecto como la broma que pretendía ser. Un burdo intento por reírse de la realidad que los asfixiaba. Cuando la mayoría se dejó arrastrar por los entusiastas defensores del plan, comenzaron las discusiones acerca de quién la controlaría. Al fin se decidió que, en un principio, el encargado sería Alcaide, pero cambiaría de manos según las circunstancias lo requiriesen. Ahora la controversia surgía a raíz de por qué no se ponían de acuerdo en el orden de los nombres escritos en la lista.

—¡Calmaos, calmaos! —gritó Alcaide—. ¡Me cago en la leche! ¡Callad de una puñetera vez! —Algunos de los compañeros más próximos acataron la petición, pero la mayoría la ignoraron y siguieron parloteando. El cazador se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido tan fuerte que logró que hasta el último hombre le prestara atención.

—Bien, así está mejor, pandilla de desharrapados. Hacedme caso y zanjemos está cuestión cuanto antes.

—¿Qué propones? —preguntó Planas.

—No complicar el asunto. Lo mejor es que escribamos la lista entre todos. —Varios murmullos secundaron su propuesta, aunque no de un modo claro. A pesar de ello, decidido a no perder el control de aquella pequeña asamblea, retomó el hilo de su discurso—. Como estamos de acuerdo, empecemos. Con los primeros no tenemos dudas, ¿no?

Se oyeron un par de tímidos noes, varios negaron con la cabeza o se encogieron de hombros, pero el silencio fue la respuesta mayoritaria.

—Vale, apunto entonces a los tres miembros de la primera expedición al otro mundo. Juan Fuentes, Baldomero Larrode y Manuel Navarro. Estos desgraciados no van a tardar mucho en partir. Planas, encárgate de hablar con

ellos y que te den unos pesos a modo de tasa de embarque. Será una propina para los que les caven las fosas.

—No sé si estarán en condiciones de darme dinero. Creo que Baldomero es incapaz de hablar…

—El que pueda que te lo dé, y el que no, eso que se ahorra. Vale, la primera expedición queda lista para su salida. ¿A quién anotamos en la segunda?

—Supongo que uno de ellos será Pedro Izquierdo —dijo Menache.

—¿No le está aplicando el doctor un tratamiento que parece eficaz?

—Sí, pero ya sabéis cómo terminan todos los que enganchan el beriberi…

—Pues si nadie tiene nada en contra, ponemos a Izquierdo en la segunda expedición. ¿Quién más ha de acompañarle?

—¿El capitán? —sugirió Menache.

Los hombres le abroncaron y le cubrieron de improperios. Ellos podían morir, eran prescindibles, pero no el capitán De las Morenas. Sin él no habría resistencia, él era el corazón del destacamento.

—¿Qué queréis que os diga? A mí no me hace gracia; sin embargo, ya habéis visto sus piernas. Y la muerte no distingue entre señoritos y mozos.

Y así, según los grados de la enfermedad que presentara, cada uno de los cazadores fue ubicado en algunos de los futuros viajes al otro mundo. Establecieron un riguroso orden y dictaminaron quién enterraría a quién. La mayoría de los enfermos graves incluso pagaron su sepultura por adelantado. Todo lo registraron por escrito.

—¿Al teniente y a los frailes los metemos? —preguntó Gregorio Catalán.

—Sí —dijo Alcaide—, aquí no se escapa nadie. Claro que… los tres están muy sanos. ¿Dónde los ponemos?

—¿En espera de embarque? —bromeó Ramón.

—Buena idea. —Alcaide escribió sus nombres al final del papel—. Cuando lo actualicemos ya los incluiremos en futuras expediciones.

—¿Y el doctor? —dijo Menache—. Su aspecto es lastimoso. Parece que se vaya a desmayar de un momento a otro. Yo lo colocaría en la primera.

—Cierto, pero, que sepamos, no tiene el beriberi aún —dijo Alcaide—. Si a nadie le parece mal, irá en la segunda. No creo que dure mucho más, y siempre estaremos a tiempo de cambiarlo.

7 de noviembre de 1898. Ciento treinta días de asedio

Juan Chamizo no había olvidado su promesa. Aunque su padre no le proporcionó una educación óptima, sí que le enseñó a cumplir la palabra empeñada. En los últimos días había ideado un ataque nocturno contra las posiciones enemigas, pero lo descartó al darse cuenta de que así no superaría en gallardía a los filipinos. Él no solo se quería vengar, sino que pretendía humillarlos y aceptaba sin inmutarse el mayor riesgo que esto conllevaba. Su proyecto consistía únicamente en una salida, un golpe audaz supeditado al factor sorpresa. Un plan que ya había funcionado dos veces. «¿Por qué complicar lo que puede ser sencillo?», se preguntó Chamizo. Esperó a que Alcaide terminara su turno de guardia y juntos fueron a pedir autorización a Martín Cerezo.

—¿Qué es exactamente lo que pretenden?

—Verá, mi teniente. Hemos pensado en hacer una salida para quemar una posición enemiga como ya hicieron Catalán y Navarro.

—¿Dónde atacarían?

—Habíamos pensado incendiar la casa situada al oeste.

—¿Saldrían los dos?

—Sí, mi teniente —respondieron a coro.

—¿Se dan cuenta de que es una acción muy arriesgada? Tienen que cubrir una distancia que triplica, como poco, la que recorrieron sus compañeros. Además, van a atacar el emplazamiento enemigo más activo de todos los que nos rodean.

—Demostraremos a los taos que somos mejores que ellos.

—Sí, venceremos donde ellos han fracasado —dijo Alcaide—. Los expulsaremos de sus fortificaciones.

Martín se pasó la mano por el bigote mientras miraba a los dos soldados.

—Se enfrentan a una muerte segura. No les daré mi autorización, sería como permitir su suicidio. No acarrearé con esa responsabilidad. Les honra mucho el ofrecimiento, pero debo rechazarlo. Retírense.

Alcaide saludó y comenzó a alejarse, pero se paró al ver que su compañero seguía firmes.

—Mi teniente, ¿me permite hablar?

—Adelante, Chamizo.

—Desde esa casa nos disparan casi a bocajarro. Incluso pueden colocar allí un cañón y volar los maderos de la sacristía…

—¿No pretenderá darme un informe de nuestra situación?

—Disculpe… Si cree que es más fácil que lo haga uno solo, me presento voluntario.

—Parece que está empeñado en morir.

—No se trata de eso. Solo intento cumplir con mi deber. Por eso vine a Filipinas.

—Ya lo hace. Ahora vaya a descansar. No tardará mucho en entrar de servicio.

—Entonces… ¿Me dejará salir?

—Ya le he dicho que no autorizaré semejante locura. No cargaré con su muerte.

—¿Y si le firmo un papel? Dejaremos por escrito que es idea mía.

Martín Cerezo, sin pretenderlo, sonrió ante la ocurrencia del cazador.

—No lo hago por cubrirme las espaldas. ¿No entiende que no quiero que mueran?

—No moriremos… Se lo prometo.

—¿En serio? ¿Puede prometer eso?

—No…, claro que no.

El teniente volvió a sonreír.

—Aplaudo su valentía. Es usted un ejemplo para sus compañeros. Ahora retírese.

—Sí, mi teniente. Si me permite una cosa más. ¿Se lo pensará al menos?

Martín suspiró.

—Chamizo, es usted un testarudo. ¿Tanto interés tiene en perder la vida?

—Solucionaré un problema y ajustaré cuentas, nada más.

—Está bien. Les daré mi visto bueno… Aunque sigo creyendo que el peligro es demasiado grande. Lo haremos así: esperaremos un par de semanas. Si por aquel entonces piensan igual, autorizaré el ataque. ¿Usted también participará, Alcaide?

—Por supuesto, mi teniente.

—Pues en un par de semanas volveremos a hablar. No se sientan presionados. Entenderé que reconsideren su postura. Aprovechen el tiempo para recapacitar y denle vueltas al asunto. Ahora retírense.

Los dos cazadores saludaron y en cuanto se alejaron del oficial se abrazaron. Parecían los ganadores de un premio de lotería más que dos

voluntarios para una arriesgada misión. Entusiasmados, corrieron al patio para informar a sus compañeros que, sabedores de la importancia de su acción, aplaudieron. Menache los vitoreó hasta que cayó en la cuenta de algo en lo que no había reparado. Se levantó de un salto y se acercó a Alcaide.

—¿Es cierto? ¿Lo vas a intentar con el bizco?

—Sí, en un par de semanas.

—Entonces… Creo que deberías darme el listado de las expediciones al otro mundo.

—¿Qué dices?

—Hombre, no te vas a ir con los papeles. Podríamos no recuperarlos…

—¿Estás tonto o qué?

—Sabes que tengo razón.

—Anda y que te peguen un tiro los indios.

—Eso es más probable que te pase a ti, así que dame la lista.

—Serás… —Alcaide abrió el bolsillo de su guerrera y sacó un par de folios doblados que tendió a Menache.

—¡Ah! Y os pongo en la primera expedición. No te irrites, que si salís de esta, ya os vuelvo a recolocar.

8 de noviembre de 1898. Ciento treinta y un días de asedio

El capitán De las Morenas vomitó en la palangana que sujetaba Bernardino. Después de arrojar todo lo que alojaba en su estomago, se limpió la boca y el bigote con un paño de lienzo que le tendió el doctor.

—Siento causaros tantas molestias —dijo con un hilo de voz, pues aún luchaba por recuperar el resuello tras las arcadas.

—Eso es lo de menos, mi capitán. Ya es el tercer día que vomita lo poco que consigue comer. Tenemos que atajar esa indisposición o se va a quedar en los huesos.

—¿Cómo va el tratamiento del soldado Izquierdo? ¿Ha mejorado?

—No se preocupe por eso ahora. Voy a prepararle un fármaco a ver si conseguimos cortar esas nauseas.

—¿Y por qué otra cosa quiere que me preocupe? Ese nuevo tratamiento suyo con vapor tiene en vilo a todo el destacamento. Parece que ha encontrado algo eficaz contra el beriberi.

—Mi lucha no ha terminado aún.

—¿Quiero eso decir que…?

El doctor asintió y suspiró.

—Los primeros dos días, los baños de vapor detuvieron el avance de las tumefacciones. Hubo un par incluso que decrecieron, pero la sesión del tercer día, la de ayer, no surtió ningún efecto. He reconocido hoy a Izquierdo y está empeorando otra vez.

—Lástima —el capitán miró sus piernas antes de continuar—, habíamos puesto muchas esperanzas en esa cura.

—Mi investigación prosigue. Experimentaré nuevos remedios. Tarde o temprano he de encontrar el definitivo.

—Claro que sí, Vigil. Confiamos en usted. Tuvimos suerte el día que lo destinaron a Baler. No se entretenga más conmigo, vaya a sus quehaceres.

—En un par de horas le daremos una tisana. Mientras, descanse. Voy a ver cómo se encuentra Fuentes.

—¿Ha llegado su hora?

—Me temo que esta semana va a ser fatídica. El beriberi nos va a causar varias pérdidas.

El doctor se retiró y se acercó al camastro de Fuentes. El padre Juan López le confesaba arrodillado para poder aproximar su cabeza a la del soldado. Hablaban entre murmullos cuando el dolor del soldado lo permitía. Viendo que no podía hacer nada, Vigil decidió examinar a los pacientes que moraban fuera de la enfermería. Al salir se cruzó con el teniente Martín, que entraba para visitar a De las Morenas.

—Buenos días. ¿Cómo está el capitán?

—Cada vez más débil, lleva tres días que no puede ingerir alimento. Todo lo vomita.

—¿Y usted cómo está?

—¿Yo? —El doctor miró alrededor. Los catres de sus pacientes estaban en todas direcciones—. ¿Tiene tiempo de tomar un café?

—Lo siento, pero hoy no se ha hecho. Si quiere un agua con azucarillo… Podemos imaginar que paseamos por alguna alameda allá en nuestra patria.

—Pasear y un poco de charla… Me vendrán bien.

Con una taza de hojalata, saboreando aquel sencillo refresco tan popular en la pobre y lejana España, caminaron en silencio hasta que el doctor creyó encontrar algo de intimidad.

—¿Me preguntaba que cómo estoy? Se lo diré. Me encuentro cansado de trabajar sin obtener ningún resultado, de perder pacientes, de ver como los soldados, aun cubiertos de edemas, siguen confiando en mí y yo no puedo ofrecerles nada. ¡Nada!

—No se sienta culpable…

—Ya no lo hago. Al principio, con las primeras muertes por beriberi, estaba tan desesperado que llegué a pensar, impulsado por la lástima y por un erróneo remordimiento, que mi mala praxis era la causante de este mal. Mas ya concluí que no. He trabajado hasta la extenuación en noches sin fin. No sé ni los remedios que he probado. Dios sabe que he hecho todo lo humanamente posible por combatir esa enfermedad.

Martín Cerezo permaneció uno segundos en silencio antes de contestar. El razonamiento tenía sentido, pero no sabía a quién quería convencer el doctor: si a él o solo a sí mismo. Al mirarle a los ojos lo tuvo claro.

—Lo sé, Vigil… Y ahora, ¿cómo se siente?

—¿Ahora? Me siento perdedor, pero no fracasado.

—Esa sutil diferencia marca el ser un hombre o un botarate. Eso sí, recuerde que la partida no ha terminado aún, Vigil. Confiamos en usted.

—Sí, me lo han dicho tantísimas veces…

—No sé cómo, pero creo que usted nos sacará de esta. Tarde o temprano venceremos esta enfermedad. De un modo u otro lo conseguiremos.

9 de noviembre de 1898.
Ciento treinta y dos días de asedio

Gregorio Catalán y Timoteo López, un joven de carácter serio y reservado, agricultor en su Alcoroche natal, volcaron las primeras paladas de tierra sobre la sepultura. Era tal el desánimo y desesperación de los cazadores tras presenciar la muerte de tres compañeros que no cavilaron mucho en buscar el último acomodo de los nuevos caídos. Los iban a enterrar en una fosa situada casi de manera contigua al hospital. Los pacientes, además de que ya conocían la crudeza del beriberi, tenían ahora un tétrico recordatorio que podían contemplar desde sus catres. Aquellas tres cruces de madera no eran fáciles de obviar.

A Juan Fuentes, fallecido el día anterior, se le sumaron Baldomero Larrode y Manuel Navarro, el soldado que protagonizó la salida unos días después de la de Catalán. Ahora su cuerpo nutriría aquel archipiélago filipino que no amaba y que holló obligado por unos intereses que ni compartió ni comprendió.

Mientras los franciscanos seguían el ritual católico y oraban en latín, los hombres mantenían las miradas fijas en las mortajas. Apenas se movían más que para espantar alguna mosca molesta. El silencio se convirtió en el único homenaje que recibieron los caídos, fruto del respeto y del temor de sus compañeros. Tan solo lo quebraba el sordo e inolvidable sonido que producía la tierra al caer sobre los cadáveres y resbalar sobre los improvisados sudarios.

Con la última palada, la tropa recuperó su dinamismo. Unos leves murmullos precedieron al habitual vocerío de todas las mañanas y terminaron con aquel mutismo aciago. El destacamento, formado por hombres jóvenes en su mayoría, buscaba el amparo de la monotonía para olvidar y superar las penas. Optimistas por obligación, los soldados libres de servicio se juntaron con sus amigos más cercanos.

Vigil, de pie en el umbral del dispensario, rezó una breve oración y se santiguó despacio. Emitió un ligero suspiro y, cabizbajo, se dio la vuelta y anduvo hacia su mesa de trabajo. Esquivó los catres intentando no mirar a los enfermos. No se atrevía a enfrentarse a sus ojos, que lo observaban con una mezcla de esperanza y horror. De nuevo en su escritorio, releyó un par de

veces la lista de su cuaderno. Aquella relación le servía de estimulante para arañar horas al día. Tras apuntar un nombre siempre se juraba que ese sería el último. Esperaba que llegara el día en que esa promesa se cumpliera.

Menache, después de que los enterradores terminaran su faena, sacó la lista de las expediciones al otro mundo y dio por finalizada la primera. Además, ordenó que dieran, del peculio de los fallecidos, los pesos establecidos a los sepultureros por su labor. Como portador del documento, anunció a sus compañeros que los dos voluntarios formarían parte del segundo viaje.

—Me voy a cagar en la madre que te parió, Antonio. —Alcaide esgrimió la mano abierta. Intentó arrebatarle el papel de un tirón, pero Menache, atento, la retiró de su alcance.

—Vamos, Alcaide —contestó con una exagerada sonrisa—. Las normas son iguales para todos. Eso te pasa por bobo. No haberte metido donde no te llamaban. Por cierto, suelta la mosca.

—¿Yo?

—¡Claro! Para pagar a los que te entierren. —Alcaide apretó los dientes y se calló. Espoleado por su silencio y su mohín de repulsa, su compañero decidió seguir con la broma—. Pero estate tranquilo, que yo soy tan de fiar como un notario. Si los tagalos no acaban contigo, te devuelvo las perras. Igual tienes suerte y solo te dejan cojo.

—Te doy veinte pesos si me entierras tú mismo.

—¿Yo? Si es tu última voluntad, estaré encantado.

—¿Lo prometes?

—¿Es necesario?

—Quiero quedarme tranquilo —señaló el altar—. Jura por el Altísimo y delante de nuestros compañeros que si caigo en la próxima salida, me enterrarás.

—Lo juro por lo más sagrado. —Y, para refrendar su promesa, se llevó dos dedos a los labios y les dio un sonoro beso.

—Sois testigos de su juramento. Si caigo, Menache recuperará mi cuerpo y lo traerá a la iglesia, donde me dará cristiana sepultura. —El cazador aludido, al caer en la cuenta de su error, enrojeció. Las risas de sus compañeros terminaron con sus ganas de broma—. Bien. —Alcaide recuperó el listado de manos de Menache sin oposición alguna—, que alguien se haga cargo de las expediciones al otro mundo y apunte a Antonio en la segunda tanda. ¿Cuánto había que pagar?

10 de noviembre de 1898. Ciento treinta y tres días de asedio

Novicio sacó del bolsillo una bola de buyo y se la metió en la boca. Estiró una manta sobre el suelo, para que no se le dañaran las plumas, y, tras tumbar a Goliat, lo movía de derecha a izquierda un par de veces y lo soltó. Así el gallo adquiriría destreza para levantarse, algo vital en la arena. Un ave de pelea requería entrenamiento y atenciones constantes, pero podía aportar a sus dueños una gran cantidad de dinero. Muchos filipinos sufrían verdaderos sacrificios para criarlos y cifraban sus esperanzas de enriquecimiento en la crianza de un campeón. Las apuestas en la gallera podían ser elevadísimas. Después de semanas de preparación, muchos de aquellos gladiadores emplumados tan solo servían para enriquecer el caldo de un puchero. Continuó así durante diez minutos y pasó a practicar voladeras a fin de fortalecer las alas de su luchador.

Plegaba la manta cuando vio que se acercaba Antero Amatorio, el antiguo gobernadorcillo de Baler.

—Buenas tardes, Teodorico. ¿Adiestrando a Goliat?

El capitán insurrecto colocó la sapa, la bola que formaban los restos del buyo, en un lado de la boca antes de contestar.

—Buenas tardes, presidente. —Empleó el nuevo nombre dado a su cargo—. Poniéndolo a punto.

—Lo veo un poco desplumado.

—Sí, tu filibustero se lo puso difícil el otro día, pero al menos a Goliat no se lo han comido las viejas. ¿Vienes a retarme otra vez?

—No puedo, de momento solo tengo pollos. He venido para comentarte un asunto.

—Dime.

Antero miró a su alrededor, comprobó que no había nadie cerca, y aun así se acercó un paso a Novicio y se le dirigió en susurros.

—Mejor nos reunimos en privado.

—De acuerdo. Vamos dentro.

Le hizo una seña con la mano y los dos entraron en su *bahay*. El mobiliario era escaso. Una mesa con un *tinhoy*, candil de caña y aceite, tres sillas, un viejo arcón y una hamaca hecha con sacos de arroz. En una de las

esquinas, un pebetero de bronce desprendía una columna de humo aromático. El capitán cogió un cuenco de la mesa y se lo tendió a su invitado.

—¿Mascas? —Antero negó con un movimiento de cabeza—. Anda, coge un par para luego. Me ha salido muy bueno.

—Gracias. —Guardó tres bolas de buyo en el bolsillo.

—¿Qué tienes que decirme? ¿A qué viene este secreto?

—El coronel Villacorta.

—¿Qué le pasa?

—Lo sabes tanto como yo. Abusa del pueblo sin cesar. Toma todo lo que quiere, pega a los balereños. No hemos hecho una revolución para ir a peor. Mejor nos hubiéramos quedado con el fraile. Al menos él no quería acostarse con las lugareñas.

—En Baler tuvimos suerte en eso. No se le conocía barragana. Igual tenía otros apetitos…

—No digas eso, Novicio. Carreño es buena persona. Aunque tiene sus cosas, no es mal hombre.

—¿Y qué pretendes? ¿Le proponemos a los kastilas que nos cambien al coronel por el fraile? Por mí encantado, pero no creo que esos beatos europeos suelten a su sacerdote.

—Estoy hablando en serio. No podemos seguir así. Hay que hacer algo con Villacorta.

—¿Y si lo quitamos del medio? En tres días sale de viaje. Podíamos aprovechar…

—¡Aba! ¡No! ¡Eso no! No mataremos a uno de los nuestros… Otra vez.

—Entonces ¿qué quieres que haga?

—Tú eres el jefe del Katipunan en el distrito.

—Ya no. Él es mi superior. Quizá me podría quejar al general, pero si no se pone de nuestra parte, el coronel me lo haría pasar muy mal. Lo mejor es que tú, como presidente local, informes directamente al gobierno revolucionario.

—¿Yo?

—Sí, Antero. Envía una carta a Aguinaldo. No tienes nada que perder.

—¿Y si se entera Villacorta?

—Te sales de su ámbito militar, es casi imposible que le llegué noticia. Además, ¿me pides que lo haga yo porque tú no tienes valor para hacerlo? No te creía tan miserable.

El antiguo gobernadorcillo agachó la cabeza y se miró los pies descalzos durante un breve instante.

—¿Dices que se va de viaje? —preguntó al fin.

—Sí, estará fuera no menos de tres semanas.

—Pues de momento dejaremos las cosas así. Puede que cambie.

—Sí, igual vuelve convertido en un Cristo revivido. Menudo valiente nos has salido.

—¿Y tú qué? Dejaste que el teniente kastila te golpeara y no te defendiste. Te quedaste en el suelo acobardado. Todos te vimos.

—Si me levanto me tumba de otro puñetazo. No podía ganarle. Pero yo no olvido. Te aseguro que mi momento estará por llegar. Y todos lo veréis.

11 de noviembre de 1898.
Ciento treinta y cuatro días de asedio

El doctor repasó sus notas y preparó una nueva mixtura. Tras los últimos ensayos y sus pésimos resultados, había decidido cambiar su enfoque y probar un compuesto a base de fosfato blanco. Había leído un breve resumen del estudio de un médico francés donde lo utilizaban para combatir el raquitismo, mal que compartía algunos de los síntomas del beriberi. Emplearía aceite de hígado de bacalao, rico en dicha sustancia.

Cuando estuvo preparado, confeccionó una lista con el nombre de los pacientes de beriberi, apuntó la dosis que le correspondía a cada uno y ordenó a su subalterno que suministrara el preparado a todos los enfermos menos a los dos últimos, pues de estos se encargaría él mismo. Uno era Izquierdo, el soldado más grave, y el otro, el capitán.

—Bernardino, voy a ver a Izquierdo, espero que haya mejorado. Si no lo hiciera entre hoy y mañana, suspenderé los baños. Sería una crueldad seguir sometiéndolo a ese castigo. Creo que he errado… Una vez más. Cuando termine, disponga lo necesario para un baño de vapor. Si necesita ayuda, pídale al cabo Olivares un par de números.

El asistente, atareado con las mediciones del medicamento, asintió.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra hoy?

—El dolor es cada vez más fuerte, doctor. —Vigil comprobó que le faltaban varios dientes.

—Déjeme que le reconozca. —Los edemas cubrían sus piernas, llegaban hasta el abdomen e incluso le deformaban los testículos.

—Están peor, ¿no? Esta maldita enfermedad va a terminar conmigo.

—No voy a engañarle, Pedro. Tras los primeros baños de vapor pareció que el mal remitía, o al menos que detuvimos su avance, pero ahora ya no le afectan. Las tumefacciones se desarrollan igual.

—Estoy condenado. ¡Perra suerte la mía! ¿Sabe? Nunca he sido muy afortunado.

—No desespere. Hoy vamos a probar otro tratamiento.

—¿Tiene esperanzas en él?

—Si no las tuviera, no me hubiera molestado en prepararlo. He dado un giro a mis investigaciones.

—No… no quería ofenderle, doctor.

—Lo sé, Pedro. Discúlpeme usted a mí.

Vigil posó su mano sobre el hombro del soldado y la retuvo unos segundos mientras pensaba en algo que decir a aquel pobre hombre cuyo cuerpo se debilitaba como la luz en una tarde de invierno.

—Bien —dijo por fin—, ahora descanse. En unos minutos le trasladarán al baptisterio. Después le daré el preparado.

—¿Es necesario?

—¿No quiere probarlo?

—No, doctor, quería decir que si es necesario continuar con los baños de vapor. Como ya dijo que eran inútiles…

—Bueno, pensaba seguir con ellos durante al menos un par de días…

—Es que lo paso fatal allá dentro.

—Lo siento, pero debemos continuar con ese tratamiento; el resultado aún no es concluyente. Llevamos poco tiempo aplicándolo. Quizá, reforzado por el nuevo remedio, pueda ayudarle a experimentar una mejoría.

—Lo que yo le decía. Nunca he tenido mucha suerte.

—No se atormente y descanse.

—¡No hago otra cosa! ¿No podría salir un rato al jardín con mis compañeros?

—No, es mejor que no. Si quiere que venga alguno, le dejaríamos pasar unos minutos.

—¿Podría hablar con José?

—¿Cuál de todos?

—Jiménez, el de Huelva.

—Lo vi pasar hará una hora hacia su puesto de guardia.

—¿Y con Rafael Alonso?

—Está ingresado desde hace un par de días, pero no creo que haya problema en que venga aquí, sus síntomas son leves. ¿Puedo hacer algo más por usted? Si está en mi mano…

El soldado negó un par de veces con la cabeza.

—En ese caso, seguiré con mi ronda.

Cuando Vigil se hubo alejado lo suficiente para que no le oyera, Izquierdo masculló:

—Sí, doctor, hay una cosa, me gustaría morir en España, rodeado de los míos.

14 de noviembre de 1898.
Ciento treinta y siete días de asedio

La noche había caído sobre Baler. El día ya extinguido había contemplado la apertura de otra sepultura. Allá en la sacristía una nueva cruz se levantaba acompañada por otras que ya comenzaban a enmohecerse. Los pocos cazadores que estaban todavía sanos y libres de servicio permanecían sentados alrededor de sus catres. Hablaban entre ellos con murmullos para que no les acusaran de quebrar la orden de mantener el silencio nocturno. A través de las aspilleras, y gracias a la escasa actividad tagala, se podían oír los hermosos sonidos provenientes de la selva. Entre las tinieblas, los soldados vislumbraron una sombra que, mascullando, se acercaba al grupo con paso lento.

—¿Qué te pasa, Alcaide? Parece que sigas con el rezo del rosario —bromeó Ramón cuando logró reconocerlo.

—No eran palabras muy católicas las que pronunciaba.

—¿Sobre qué blasfemabas?

—¡Echo más de lo que trago! Parezco una puñetera vaca, me paso el día cagando.

—¡Silencio! —Se oyó amortiguada la voz del cabo de cuarto.

—Habla más bajo, que no te oiga Olivares —indicó Pedro Vila.

—Así estamos todos, no entiendo por qué te lamentas tanto. Ojalá eso fuera lo peor que nos sucediera.

—Mira que quejarse de una diarrea el día que hemos enterrado a un compañero.

—Ni que fuera culpa mía, Planas —se defendió Alcaide—. Yo lo siento tanto como vosotros, pero a él ya se le han terminado los pesares, mientras que a nosotros…

—¿Habéis visto? El doctor no deja de trabajar ni para asistir a los entierros. —Ramón señaló la ventana de la enfermería. A través de ella se apreciaba su figura preparando alguna mixtura.

—Hasta ahora no ha servido de mucho…

—Coño, Alcaide, ¡cómo estás hoy! —dijo Ramón—. Bonito humor traes.

—Eres un desagradecido —alegó Vila—. Vigil trabaja todos los días hasta caer rendido sobre su mesa.

—Quizá —dijo Alcaide—, si tuviera más ciencia, no debería esforzarse tanto. ¿No has visto de qué le han servido a Izquierdo sus remedios? Uno más entre las filas de los muertos.

—A este paso, ese destacamento será más numeroso que el nuestro —dijo Menache, que, de guardia en un puesto muy próximo a sus compañeros, permanecía más atento a su conversación que al exterior.

—¡Desagradecidos! —exclamó Vila—. Si no fuera por sus desvelos…

—¡He dicho que silencio! Me cago en todo lo que se menea —tronó la voz de Olivares.

Los cazadores, igual que colegiales pillados en medio de una trastada, se callaron de inmediato y se escurrieron hacia sus respectivos catres. Cuando llegó el cabo, no había ni rastro de aquella reunión.

—Si pillo a alguien rompiendo la orden de silencio —susurró a los oídos que sabía atentos—, por mi santa madre que ese desgraciado pasa una semana en el calabozo a pan y agua.

El teniente Martín, que dormitaba sobre una silla, se despertó al oír el segundo aviso de Olivares. Comprobó que el cabo tenía la situación resuelta y volvió a cerrar los ojos durante unos segundos, pero fue incapaz de dormir. Con la muerte de Alonso, la enfermedad del capitán y el enclaustramiento del doctor en el hospital, se había quedado como único oficial al mando. Así, él era el encargado de supervisar el trabajo diario y de realizar todas las guardias. Ya no había posibilidad de hacer turnos, pues nadie podía sustituirle. Fatigado, pero presa de mil preocupaciones que le causaban un sueño quebradizo, el oficial se frotó los ojos. Observó la luz del doctor encendida y fue a su encuentro. Con la pérdida de sus compañeros, el teniente había vuelto a sentir el despiadado abrazo de la soledad.

—Buenas noches, Vigil —susurró desde la puerta del dispensario.

El médico levantó la vista del grueso volumen de medicina y arqueó las cejas.

—Buenas noches, Martín. ¿Qué se le ofrece?

—He visto su luz y he decidido acercarme a ver si podíamos hablar un poco.

—Claro, me vendrá bien un descanso. No sé ni cuántas horas llevo ya leyendo sobre la parálisis de las extremidades.

—¿Ha hecho algún progreso últimamente?

—No, pero a pesar de que el nuevo remedio no sirvió para salvar la vida al soldado Izquierdo, sigo pensando que la enfermedad deviene de una deficiencia alimenticia.

—¿Está seguro?

—No, de momento no es más que una suposición.

—Si puedo ayudarle en lo que sea, no tiene más que pedirlo.

—Aumente el rancho de la tropa.

—Sabe que ya no puedo aumentarlo más. Pídame algo que esté en mi mano.

—¿No tendrá por casualidad una bobina eléctrica? —El teniente arrugó la frente ante la extraña petición y el médico no pudo evitar una sonrisa—. Me gustaría aplicar corrientes eléctricas para tratar las parálisis locales, pero mucho me temo que esto también va a ser imposible.

—Creo que, como usted mismo ha dicho, le convendría tomar un descanso.

—Sí, supongo que sí. ¿Cómo está la luna hoy?

—Oculta por las nubes. No creo que tarde en llover. ¿Quiere salir a la trinchera?

—Será un cambio agradable.

El doctor estiró los brazos, giró varias veces la cabeza para desentumecerse el cuello y se caló la gorra. Antes de marcharse, fue en busca de Bernardino, lo despertó y lo dejó al cargo de la enfermería. Caminaron sigilosos hacia la puerta principal, gatearon por el pequeño orificio que servía de entrada y salieron al exterior. Vigil, que marchaba el último, sintió la seductora brisa que procedía del mar y que arrastraba aromas con recuerdos y añoranzas de una infancia ya lejana. Aliviado, cerró los ojos y se refrescó con ella. Todavía arrodillado tras el paso por la gatera, permaneció así unos segundos, respirando vida. El teniente Martín, ajeno al sentir de su compañero, se adentró en la trinchera y despidió al soldado Gallego, que realizaba guardia en aquella posición. Loreto se acercó a la puerta de la iglesia y se topó con el médico, que disfrutaba aún del hálito marino en aquella extraña pose.

—¿Se encuentra bien, doctor?

El médico abrió los ojos y sonrió.

—Esta sensación es maravillosa. No me había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba hasta ahora. —Hizo amago de levantarse, pero se resintió de la herida y al tiempo que soltaba un gruñido, trastrabilló. Loreto le tendió la mano y le ayudó a incorporarse—. Gracias, Gallego.

—Si no me necesita, el teniente ha mandado que me retire hasta nuevo aviso.

—No, no, vaya tranquilo.

El cazador desapareció por la gatera y Vigil se acercó a Martín. Este se había situado donde la trinchera formaba un ángulo recto. Armado con el máuser del centinela, exploraba la noche con la escasa luz reinante. Al oír las pisadas del doctor, se volvió lo justo para preguntarle con un suave susurro:

—¿De verdad se encuentra bien?

—Claro, solo ha sido un dolor repentino al forzar la postura.

—He mandado dentro a Gallego para que podamos hablar de manera tranquila y, sobre todo, sincera.

—Entiendo, pero eso no cambia nada, sigo estando bien.

—No dudo de su palabra, lo decía por mantener una conversación sin tapujos.

—Es agradable gozar de un poco de intimidad.

—Entonces, ¿no ha obtenido ningún avance en su lucha?

El doctor miró al suelo y tardó unos segundos en contestar.

—No, de momento todos mis esfuerzos han sido infructuosos. Aún es pronto para determinar si el tratamiento con fósforo blanco ha tenido éxito o no. Espero al menos poder combatir algunos de los síntomas. De momento, estamos doblemente sitiados: fuera los tagalos, dentro el beriberi.

—Cierto, y no solo lo siento por los hombres, también por usted. Ha trabajado tantísimo. No entiendo de dónde saca tanta energía. —El doctor intentó hablar, pero Martín Cerezo no se lo permitió—. No sea modesto ni se mortifique, Vigil. ¿Cómo está Enrique?

—Grave, su tiempo se agota. Además de sufrir el beriberi, no consigue retener apenas nada de lo que come. Si sigue así no tardaremos mucho en perderlo.

—Hace un par de días que, más allá de unas pocas palabras, no he podido hablar con él. ¿Cómo se encuentra de ánimos?

—Lo sobrelleva con entereza. Es consciente de la responsabilidad que tiene para con los hombres.

—Sí —admitió Martín—, la tropa le aprecia.

—Más aún, incluso los soldados más veteranos lo han adoptado como una especie de figura paterna.

—Esa afectividad tan acentuada es un arma de doble filo que, Dios no lo quiera, puede volverse en nuestra contra en cualquier momento. —El teniente miró hacia la fortificación enemiga y permaneció en silencio durante unos breves segundos. Un perro ladró en la lejanía—. ¿Sabe? Aunque parezca cruel y miserable por mi parte, como jefe del destacamento, he tenido en cuenta esa contingencia. Debemos estar preparados para lo peor.

El doctor asintió de manera apenas perceptible.

—Si esto ocurriera —continuó Martín Cerezo—, la moral de la tropa se desplomaría.

—No solo me preocupa la vida del capitán. —El doctor avanzó y se acercó aún más al oficial—. Martín —dijo con un hilo de voz apenas audible —, temo por el futuro del destacamento. Llevo semanas desbordado y no cesan de surgir nuevos enfermos. Aún no he encontrado un remedio, y comienzo a dudar de si seré capaz de hallarlo. Temo por el destino de toda la tropa. Quizá ya estemos condenados…

—Sí, soy consciente de que cada día que pasa nos encontramos en una situación más apurada.

—Con todos mis respetos, una situación apurada la teníamos hace dos meses. Ahora estamos llegando al límite de nuestras fuerzas. Le advierto que, si no cambian las cosas, no creo que podamos prolongar la resistencia más allá de un mes.

Martín apoyó el fusil contra la pared del parapeto, se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo un par de veces.

—Sí, lo sé. No hace falta ser médico para darse cuenta, basta con ver al ritmo con que enferman los hombres. Por eso llevo varios días dándole vueltas a una idea. Vigil —musitó—, estoy pensando en realizar una salida.

—¿Saldrán al final Chamizo y Alcaide? ¿Les va a dar permiso?

—No he vuelto a hablar con ellos, pero, si llega el caso, cumpliré mi palabra. Ahora no pensaba en ellos, me refería a un ataque general, con el grueso del destacamento. Forzaremos a los tagalos a abandonar sus posiciones y así nos avituallaremos con sus pertrechos.

—¿No es muy arriesgado?

—Claro que lo es, Vigil. No jugaríamos nuestro destino en el envite.

—Creo que no es necesario decirle que la tropa no se encuentra en el estado más adecuado para someterlos a una batalla campal.

—Tendrán que hacer un esfuerzo, otro más… De todos modos, no estoy aún resuelto. Como ya en su momento le dijimos el capitán y yo a Alonso, será nuestro último recurso. Nuestro último recurso… —repitió—. Jamás llegué a pensar que nuestra situación pudiera ser tan drástica.

17 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta días de asedio

—¡Por fin! ¡Qué ganas tenía de probar el catre! —dijo Ramón Boades mientras se dejaba caer.

—¿Has hecho dos turnos de guardia seguidos? —preguntó Loreto, que sentado sobre una caja remendaba un pantalón.

—Alguien tenía que repetir y me ha tocado.

—Si quieres beber, ahí tienes mi bombón, aún estará el agua fresca. Lo termino de rellenar.

Ramón se incorporó, quitó el tapón a la caña y bebió con tal ansiedad que un reguero de agua se escurrió por su barbilla.

—¿Te importa que me la termine? —Su compañero negó con la cabeza al tiempo que sonreía—. Gracias. —Ramón pegó un nuevo trago y se echó por el pelo la que restaba. Suspiró y se quitó los zuecos y la harapienta guerrera. Tras soltar una sonora ventosidad, se tumbó de nuevo en su catre—. ¡Qué sueño tengo! —Bostezó de tal manera que sus palabras apenas fueron inteligibles. Cerró los ojos, pero, poco más de un minuto después, cuando solo había comenzado a amodorrarse, oyó que Loreto decía:

—Buenas tardes, padre.

—Buenas tardes, hijo. Venía a ver a Ramón, pero ya veo que está durmiendo —contestó fray Minaya.

—Sí, recién termina un doble turno de guardia y no podía más. Se acaba de acostar. ¿Es urgente? ¿Lo despierto?

—Tiene cierta importancia, pues el capitán De las Morenas quiere hablar con él.

—No hace falta, no hace falta… Aún no dormía. ¿Dice, padre, que el capitán quiere hablar conmigo?

—Sí, me mandó buscarle.

—¿Y sabe el porqué?

—Solo me envió por ti. Vístete y ven conmigo.

Ramón se levantó con la misma celeridad que si hubiera sonado el toque de llamada. Se adecentó todo lo que pudo con las deterioradas prendas que tenía y se apresuró a seguir al religioso. Mientras andaba tras él se volvió, miró a Loreto y se encogió de hombros.

En el camastro más separado de la enfermería, aislado del resto por una sábana extendida sobre una cuerda, yacía el oficial. El cazador aguardó tras la improvisada mampara divisoria entretanto el fraile comunicaba su llegada.

—Adelante —anunció Minaya.

El doctor Vigil, que atendía a otro paciente, le hizo una seña a Ramón para que se detuviera y se acercó secándose las manos con un trapo.

—Haga el favor de no cansarlo —cuchicheó—. Se halla muy débil. —Y sin esperar respuesta se acercó a atender a otro soldado.

Ramón, a pesar de que el médico ya le había dado la espalda, asintió un par de veces. Antes de entrar, hizo amago de llamar; no encontrando donde hacerlo, preguntó:

—¿Da usted su permiso, mi capitán?

—Pasa, pasa, Boades.

El cazador respiró hondo y apartó el lienzo para enfrentarse a aquella entrevista que le había dado mal pálpito desde el principio. Intimidado, pero con la decisión del que tiene la conciencia tranquila, se adentró dando un par de vigorosos pasos, marcó la posición de firmes y saludó.

—A las órdenes de usted, mi capitán.

—Acércate.

Ramón, por primera vez desde que había entrado en la estancia, miró a De las Morenas y, sobrecogido por su aspecto, no pudo reprimir una tenue mueca. El rostro del oficial, tras las penalidades sufridas en el asedio y, sobre todo, como consecuencia del mal que le devoraba, era poco más que una calavera cubierta de piel y pelo. Al darse cuenta de su error, Ramón trató de sonreír, pero reaccionó demasiado tarde.

—¿Tan mal aspecto tengo? —preguntó De las Morenas.

—Bueno… mi capitán…

—Ahora no mientas, Boades, tu expresión lo ha dicho todo. Ese mohín de repulsa que ha cruzado tu rostro ha sido más sincero de lo que tú puedas serlo ahora.

—Lo siento, mi…

—¿Qué tienes que sentir? Ni que fueras tú el culpable de esta peste que nos asola.

Ramón decidió que lo mejor que podía hacer era quedarse callado y esperar que el oficial cambiase de tema.

—Esta enfermedad es demasiado cruel. Lenta, imparable…, deteriora cuerpo y alma… En fin, no te he hecho venir para hundirte la moral. Verás, Boades, quería solicitarte un favor.

Ramón, ante la perspectiva de ver zanjado su desliz, respiró aliviado.

—Lo que usted mande, mi capitán.

—Ya te lo he dicho, quiero pedirte un favor, así que no se trata de mandar, sino de suplicar. Como tú mismo ya te habrás dado cuenta e incluso tu semblante ha manifestado, estoy en las últimas. —El soldado sintió como se ruborizaba de nuevo.

—No diga eso. Confíe en el doctor.

—En ocasiones, hasta las mejores voluntades fallan. Y más en este país nuestro… Bueno, vayamos al grano. Quiero rogarte que, cuando yo falte, cuides de *Luna*. Me hace mucha ilusión que vuelva contigo a España y se la des a mis hijos. Siempre quisieron tener un perro. Quería llevarlo yo en persona, pero no me va a ser posible.

—No se preocupe, mi capitán, si a usted le sucediera algo, yo me encargaría de *Luna*.

—El socorro no ha de tardar, así que confío que podrás satisfacer el encargo sin demasiadas dificultades. Te lo pido a ti porque eres el miembro del destacamento que más migas ha hecho con ella, pero no te sientas obligado a aceptar.

—Se lo prometo. Llevaré a la perra junto con sus hijos —dijo Ramón con un hilo de voz.

De las Morenas asintió y apretó la mano de Boades. Por fortuna, su parálisis no había ascendido más allá de las piernas.

—¿Desea algo más?

—¿Cómo va todo ahí fuera?

—Continuamos resistiendo.

—Resistid. Cumplid con vuestro deber como yo he cumplido con el mío.

—Lo haremos, mi capitán —balbuceó el cazador.

—Lo sé. Estoy seguro de que no fallareis. ¡Ah! Una última cosa. No es conveniente que tus compañeros sepan cómo me encuentro. Ya se enterarán cuando no quede otro remedio. —Ramón no aguantó más y, sollozando, abrazó al capitán. Este, perplejo ante aquella muestra de aprecio, ignoró la falta de etiqueta y se limitó a consolarlo.

20 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta y tres días de asedio

—¡Bandera blanca! —gritó en tagalo el soldado que hacía guardia en una de las fortificaciones de la calle Cisneros—. ¡Los kastilas han izado bandera blanca!

En unos segundos los ecos de su voz se espaciaron por todo el anillo de baluartes que rodeaba la iglesia. Los hombres que no prestaban servicio se levantaron expectantes a comprobar si la noticia era cierta. En ese mismo momento, y para completar el ritual establecido, la corneta tocó llamada. El oficial filipino al mando dictó las órdenes oportunas y, en breves momentos, un emisario se acercó al edificio para averiguar la causa de aquella repentina comunicación. Ante lo inusual de la llamada española, todas las tropas insurrectas ocuparon un puesto en la trinchera. Incluso los pobladores de Baler que no estaban enrolados en la milicia del Katipunan, ante la perspectiva de una rendición española, se acercaron a los reductos confiando en que por fin la paz se asentaría de nuevo en el pueblo.

El capitán Teodorico Novicio Luna, desde una de las casas fortificadas, contempló con los prismáticos cómo un cazador, impecablemente aseado y vestido, salía y daba un papel a su emisario. No lo reconoció, pero sonrió al ver que las facciones de su cara eran angulosas. «Ese soldado pasa hambre», pensó con satisfacción. En unos minutos Novicio leyó el papel, tras soltar un juramento, hizo una bola con él y lo apretó en su puño con una fuerza desmedida. Un teniente que estaba a su espalda, no pudiendo controlar su impaciencia, dijo:

—¿Se rinden?

—No.

—¿No?

—¡Ya te he dicho que no! ¡Maldita sea! ¿No te ha quedado claro? Arriad la bandera blanca y abrid fuego contra la iglesia. ¡Quiero a todos los tiradores en sus puestos!

—Sí, señor —gritó el teniente que había tenido la desgracia de dejarse llevar por la curiosidad. Acalorado y humillado, saludó y salió a la carrera del *bahay*.

—Pero Teodorico —preguntó el sargento Roa, que era amigo de infancia del capitán y que, por tanto, no tenía ningún miedo de su mal humor—, ¿qué han escrito los kastilas?

—Una locura, Sebastián. Escucha el mensaje que nos han enviado estos desgraciados. —Desenrolló la pelota de papel y leyó—: «Para demostrarles una vez más los filantrópicos sentimientos de los españoles, si deponen su actitud y nos rinden las armas, todo quedará en el olvido, pudiendo volver, desde luego, sus moradores al pueblo. En el caso de que sigan, como hasta ahora, desafiando la autoridad española, nos veremos obligados a romper toda comunicación con ustedes, pues no tenemos nada más que decirles y estamos hartos de escuchar sus absurdas patrañas». Y firma don Enrique de las Morenas y Fossi, vigente comandante político-militar de Baler.

—¿Pretenden que nos rindamos?

—No creo que sean tan ilusos. Algo traman, pero no sé qué puede ser.

Una fuerte descarga de fusilería tronó rompiendo la tranquilidad que la breve tregua había establecido. La acompañaba una retahíla de insultos procaces, que si bien no dañaban a los cazadores, al menos servían para atemperar los ánimos tagalos, furiosos después de ver frustradas las expectativas tan alegremente creadas.

—Ahí tienen su respuesta los kastilas —dijo Novicio—. Supongo que esos locos soberbios sabrán interpretarla.

21 de noviembre de 1898.
Ciento cuarenta y cuatro días de asedio

París

El carruaje traqueteó en un bache y los tres ocupantes saltaron en sus asientos. Wenceslao Ramírez, que dormitaba abrazado a su maletín de piel negra, abrió los ojos de manera desmesurada y reprimió un insulto. Segura ocultó una sonrisa y continuó mirando a través del cristal de la puerta lateral del landó. El cielo encapotado y la suave lluvia intermitente transmitían una atmósfera gris que encogía el ya retraído corazón de Segura. Aquella ciudad era preciosa, su vida nocturna inigualable, pero él no paraba de preguntarse si había obrado correctamente al luchar por aquel endemoniado puesto. En un principio, él y otros políticos igual de imberbes, habían creído que el formar parte de esta delegación supondría un espaldarazo a su carrera. En su ignorancia, llegó a pensar que le ayudaría a entrar en la élite política del país. Supuso, cuando los miembros de más peso del partido rehusaron tal honor, que les faltaba coraje y amor patrio. Ahora entendía que se había pasado de listo. Aquella comisión más parecía un castigo.

Desde el inicio de las negociaciones, la delegación española no había hecho más que recular. Aceptaron, no quedaba otra, la pérdida de la soberanía de Cuba. Se acordó la evacuación del ejército en la isla, pero llegado el punto de la transmisión de la deuda pública se tuvo que admitir el absurdo de que España perdiera el territorio, pero no las obligaciones que este tenía contraídas. Estados Unidos se quedaba con la isla y España con las cargas financieras. Después, la voracidad yanqui, avivada por la indefensión hispana, creció. Reclamaron Puerto Rico como contraprestación por los gastos de la guerra. Y tuvieron que ceder de nuevo. Después Guaján, la más grande de las islas Marianas. Y a principios de mes aniquilaron las últimas esperanzas españolas. Exigían Filipinas. Los comisionados hispanos contestaron airados, pues la posesión de estos territorios no se discutía en el protocolo firmado para el alto el fuego. Además, recordaron a los estadounidenses que habían conquistado Manila al día siguiente de acordado este.

El vehículo se detuvo ante la puerta del Quai d'Orsay con una sonora orden del cochero a los caballos. Segura fue el último en bajar. Con el gesto torcido, se colocó el sombrero y caminó lentamente hacia el edificio. Aquel día, en la décimo quinta sesión, esperaban la respuesta de los norteamericanos y no podía dejar de sentirse como un toro afeitado a punto de saltar a la plaza.

Nada más sentarse, y tras los protocolarios saludos, *mister* Day no perdió el tiempo. Sacó un documento de su portafolio, repartió una copia a cada uno de los asistentes y lo leyó en francés.

—El Gobierno de los Estados Unidos de América, a quien yo represento, exige la cesión de Cuba, Puerto Rico, la isla de Guaján y todo el archipiélago de las Filipinas. Asimismo rechazaba la transferencia de la deuda financiera generada por esos territorios. Como contraprestación a la entrega del archipiélago filipino, ofrece veinte millones de dólares. Si no son aceptadas estas condiciones, sobre las que ya no existe posibilidad de discusión, el presidente McKinley dará por concluidas las negociaciones y romperá el alto el fuego.

Los comisionados españoles tardaron unos segundos en responder. Montero Ríos, su líder, mostró el puño cerrado y contestó en un excelente francés.

—Ya les digo yo cuál es mi respuesta.

—Por suerte para todos, usted no es quien deba darla. Transmita el mensaje a su gobierno.

—¿Mensaje? Esto es un ultimátum. Y tuvieron la desvergüenza de hablar de justicia.

William Day se encogió de hombros y se levantó de la silla.

—No tenemos nada más de que hablar. Avisen a *monsieur* Cambon cuando tengan la decisión de su gobierno. Por favor, no se hagan esperar.

—¿Qué dirá Sagasta? ¿Aguantará esta nueva bravuconada? —Segura acompañó su última pregunta con un golpe en la mesa.

—¿Qué ha de hacer? Las opciones son muy limitadas. El ejército está colapsado. La armada destruida. La hacienda arruinada. Carecemos de aliados. Diablos, si hasta el Papa se posicionó en contra nuestra en el asunto de las Carolinas. ¿Qué propone, Segura? Entiendo su rabia. Yo también la siento, pero ya es tarde. Ya nada podemos hacer para salvar nuestras colonias. La oportunidad pasó. España va a despertar de su sueño imperial.

Baler

Los disparos seguían cayendo con furia sobre la iglesia. Impertérrito ya por costumbre ante las descargas, el teniente Martín Cerezo esperaba sentado a la mesa a que el doctor viniera a desayunar. Mientras leía las últimas notas que había tomado, escuchó que el médico le saludaba.

—Tiran con denuedo hoy los tagalos —comentó Vigil.

—Sí, están gastando mucha munición.

—Si puede saberse, Martín. ¿Qué diantre les dijo ayer?

El teniente dejó su cuaderno sobre la mesa y le miró.

—Les conminé a rendirse. —Levantó la taza y bebió un sorbo de café.

—¿Cómo?

—Les dije que, si claudicaban, olvidaríamos lo ocurrido y que, si persistían en su actitud, no aceptaríamos más mensajes suyos. Tan solo fue una excusa para romper el contacto con ellos.

—¿Y eso? ¿No es mejor que podamos comunicarnos? Es nuestra única oportunidad de informarnos de lo que sucede en el archipiélago.

—¿A base de embustes? Sería igual que leer uno de esos diarios de partido político que tanto abundan en España y que manipulan las noticias a su antojo. Se pierde el tiempo y el dinero. No, Vigil, no. Además, tenga en cuenta que es probable que De las Morenas ya no pueda firmarlos más. No quiero que, de ninguna manera, sepan lo que pasa aquí dentro. Por eso hice vestir al cazador que salió a entregar la nota con la ropa que dejó abandonada en su huida Caldentey. ¿Qué pensarían si vieran salir a un soldado cubierto de harapos?

—Sí, supongo que tiene razón.

—Claro Vigil, no le dé más vueltas. ¿Cómo está hoy el capitán? En cuanto termine el trabajo más indispensable, volveré a su lado.

—Mal. —El doctor dejó encima de la mesa la rebanada de pan tostado que estaba a punto de morder—, creo que no vivirá más de cuarenta y ocho horas. Se encuentra muy débil, ya vio lo mucho que le costó firmar ayer la carta. Además, sufre una pérdida de contacto con la realidad. Cuando lo dejé hablaba con su mujer. No paraba de repetir lo mucho que la quería.

—Pobre hombre, como si no fuera bastante el sufrimiento que ha arrastrado en las últimas semanas —se lamentó el teniente.

—Su comportamiento durante toda su larga postración ha sido admirable, así como la actitud de la tropa. Viendo el funesto fin de todos los enfermos de beriberi, es extraordinario que ni uno solo haya hablado de rendirse —comentó el doctor.

—No están haciendo nada extraordinario, solo lo que se espera de ellos. Recuerde que el infante español conquistó el mundo.

—Debería darles más crédito.

—No se trata de dar o quitar méritos. Cuando venga la columna de socorro, ya habrá tiempo de valorar lo hecho. Mientras…

—¡Doctor! ¡Doctor!

Los dos oficiales, sorprendidos por aquellos gritos, vieron al padre López, que corría hacia ellos levantándose los faldones del hábito.

—¡Doctor!

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó Vigil, que ya se había levantado y andaba hacia el sacerdote.

—¡Es el capitán! No logramos calmarlo. Bernardino le ruega que acuda de inmediato. Le necesita.

El médico se apresuró todo lo que su estado le permitía y entró en la enfermería seguido del fraile y del oficial. Al alcanzar el recinto reservado y apartar la sábana que lo separaba del resto de catres, vieron al asistente sanitario que luchaba con el enfermo para intentar acostarlo. De las Morenas porfiaba con una energía que todos creían agotada.

—¡Haced algo! Por el amor de Dios, haced algo —suplicaba entre sollozos.

Al ver al teniente, se calmó y le llamó:

—¡Martín! Manda que salgan a buscarlo.

—¿A quién? —preguntó asombrado el aludido, pero más dirigiéndose a Bernardino que al capitán.

—A Enriquillo, no me ha hecho caso y ha salido a jugar fuera de la iglesia. ¡Pronto! Manda a alguien, que lo van a atrapar los insurrectos. Por favor, por favor —repetía llorando, torturado por el recuerdo de aquel niño al que tan solo conocía por un par de retratos.

Martín miró indeciso al doctor, que se encogió de hombros.

—No se preocupe. ¡Bernardino! Dígale al cabo González que coja cuatro hombres y vaya a recuperar al crío.

—Sí… sí, mi teniente.

—Después de avisar al cabo —ordenó el doctor—, prepare una dosis de bromuro de potasio. No, que apenas nos queda. Mejor una de hidrato de cloral.

—Enriquillo, Enriquillo. Vuelve, vuelve.

—No se preocupe. He enviado un grupo de soldados para protegerlo.

—Es un buen chico, ¿sabes? En ocasiones un poco trasto, pero todo corazón.

—Como usted, mi capitán, que se le sale del pecho de lo grande que lo tiene. ¿Quiere que Martín y yo nos quedemos hasta que se duerma?

—Sí, doctor, quedaos. A mis hijas les gustará jugar con vosotros.

El ayudante llegó al fin con el fármaco solicitado por el médico. Entre ambos se las apañaron para que lo tomara, pero fue inútil; a los pocos minutos ya lo había vomitado. A pesar de todo, el capitán, que había llegado al límite de sus propias fuerzas, se calmó con la intervención del teniente y permaneció sumido en una apacible modorra durante varias horas. Su cuerpo, agotado y consumido hasta pesar menos de cuarenta kilos, parecía incapaz siquiera de levantar, al inspirar, el ligero peso de la sábana que le cubría.

Sus dos compañeros permanecieron al pie de su cama velándole de manera ininterrumpida. Apenas se separaron unos instantes para efectuar las tareas más indispensables y que no podían delegar a ningún subalterno.

Con las primeras sombras del crepúsculo, el doctor insistió en alimentar al capitán, pero, como había sucedido en las últimas semanas, fue incapaz de ingerirlo. Nada más darle el caldo, unas fuertes arcadas le hicieron arrojarlo. Extenuando, enseguida cayó en un intranquilo duermevela y pasó un rato así, entre lamentos y jadeó hasta que de repente dijo:

—Hola, amada mía. —Y sonrió. Martín levantó la cabeza y enarcó las cejas—. Estás guapísima, Carmen. ¡No sabes lo mucho que te he echado de menos!… Sí, por fin estamos juntos. Te juré que volvería… Yo también te quiero. Sabes que nunca he dejado de hacerlo. —Martín se frotó los ojos, pero no evitó que una lágrima le traicionara. A su lado, Minaya lloraba sin pudor ni consuelo—. Dame un beso más, y otro y otro. He soñado tanto con ellos… —El teniente se levantó, no podía soportar aquel soliloquio. No sin que le sangraran sus propias heridas. Avanzó un paso y al cabo, se volvió y se sentó. Sabía bien que fuera donde fuera no escaparía del tormento; lo llevaba bien dentro—. ¿Dónde estás, Carmen? No te vayas, no me dejes solo… ¡Ah, estás aquí! No podía verte. Pensé que te habías ido, que me habías abandonado. No lo soportaría. No puedo vivir sin ti…

22 de noviembre de 1898.
Ciento cuarenta y cinco días de asedio

Después de una noche llena de desasosiego e incertidumbre, el día amaneció radiante. El cielo estaba libre de nubes y el sol brillaba como en un cuento infantil. La fresca brisa marina anunciaba un día agradable, pero en el interior de la iglesia nadie reparó en las bondades del clima. La vigilia, escuchando los desvaríos del capitán, había transcurrido de manera lenta y despiadada. Con la llegada del alba, sus frases se convirtieron en meros balbuceos que finalmente se convirtieron en un funesto silencio. Hasta los más profanos en medicina comprendieron que no habría de hablar nunca más.

Poco antes de repartir el rancho de la comida, el doctor Vigil examinó al capitán. Compungido, se acercó a hablar con el teniente, que permanecía solo en la esquina del reservado más alejada del catre.

—Martín, ya nada puedo hacer por él. Sería conveniente que le aplicaran los sacramentos.

El teniente, descentrado por las prolongadas horas en vela y abatido por la esperada noticia, tardó en contestar. El médico interpretó su lentitud como duda y añadió para intentar convencerlo:

—Sabe que él lo hubiera querido.

—Sí, claro… Él lo hubiera querido. —Avanzó varios pasos hasta encontrarse con Minaya, que rezaba arrodillado junto a De las Morenas—. Padre —susurró—, ¿sería tan amable de avisar al padre López? Dice el doctor que deberían aplicar el viático. ¿Podrán en su estado?

—Claro, el capitán sí que fue siempre un sumiso hijo de la Iglesia católica. No me cabe la menor duda de que, si se encontrara consciente, él mismo lo habría solicitado. Le daremos la absolución sacramental y la extremaunción. Ahora —dijo levantándose—, si me disculpa, vamos a prepararlo.

Martín Cerezo contempló al sacerdote apartar la cortina para salir y negó con la cabeza un par de veces. Un leve quejido del capitán le hizo volver a la triste realidad. Durante unos segundos, sus lamentos atormentaron tanto al enfermo como a los presentes hasta que cesaron de manera repentina. Mientras el doctor comprobaba que la agonía de De las Morenas aún estaba por finalizar, entró su ayudante Bernardino y dijo:

—Mi teniente.
—¿Sí, Sánchez? ¿Ocurre algo?
—Los cabos González, Olivares y García solicitan hablar con usted.
—¿Los tres? Veamos qué quieren. ¿Puede acompañarme, Vigil?
—Quédese hasta mi vuelta, Bernardino. Al mínimo cambio, me avisa.
Salieron a la puerta del dispensario, allí les esperaban todos los cazadores libres de servicio. Al ver a los dos oficiales, los soldados se cuadraron, incluso el cabo Jesús García, que se apoyaba en una muleta a causa de la herida del pie.
—¿Qué sucede? —preguntó Martín Cerezo—. González, ¿no le tocaba guardia?
—He pedido a Santos que me sustituya, mi teniente.
—Bien. ¿Qué es lo que desean?
—Verá, mi teniente —intervino García—. Pedimos su permiso para poder velar al capitán. No queremos dejarle solo en este último trance.
Martín asintió, no se molestó en preguntar cómo se habían enterado que De las Morenas agonizaba. En aquella pequeña iglesia reconvertida en fortín era casi imposible mantener oculto algo tan grave.
—Bueno, no veo inconveniente, siempre y cuando el doctor no tenga nada que objetar.
—No sería apropiado que entrara tanta gente en la enfermería. Importunarían al resto de pacientes. Mejor será que saquemos aquí al capitán.
—Ya lo han oído. González, sígame con tres hombres.
Al volver junto al moribundo, Martín asió una de las esquinas del camastro. El cabo Olivares se acercó y cogió por el mismo lado.
—Mi teniente, déjeme. Yo me encargaré.
—No se preocupe.
—No es necesario que haga el esfuerzo.
—Olivares, voy a llevarlo yo. Si quiere hacer algo útil, retire la manta medianera para que no nos dificulte el paso.
—Sí, mi teniente. Disculpe usted…
Acomodaron el catre en mitad de la nave de la iglesia y se apiñaron a su alrededor. A una orden de Martín, los hombres se abrieron para ceder el paso a los frailes y al médico y de inmediato cerraron otra vez las filas. Con el corazón encogido, vieron como los franciscanos uncían a De las Morenas con el óleo sagrado. Al terminar, militares, sanitarios y religiosos se unieron en una oración común.

Los cazadores aguardaban callados, incapaces de cruzar palabra. Aquel silencio era el único homenaje a su alcance. Observaban a su oficial moribundo con la esperanza de recibir un último aliento suyo que abrigara su espíritu en la fría existencia que les esperaba…, pero la vida de De las Morenas se diluyó como una gota de agua sobre la tierra ardiente. Su cuerpo hizo lo que no había hecho su mente y se rindió. Su respiración se suavizó hasta que finalmente su pecho se detuvo. A media tarde, cuando el sol ya descendía y se ocultaba entre las cumbres de la sierra Caraballo, el médico certificó la muerte. Después de cerrarle los ojos, Vigil levantó la vista y contempló que la mayoría de los soldados lloraban. Esta imagen impactó en el alma del doctor y permaneció por siempre como uno de los más nítidos recuerdos del asedio. Aquel grupo de caras sucias, sollozantes y desesperanzadas, de hombres famélicos, harapientos y olvidados representó siempre para el doctor la más pura esencia de la tristeza. Sus quedos lamentos resonarían en su mente durante años.

El teniente se cuadró en señal de respeto, y saludó marcialmente al capitán por última vez. Se despidió así del militar y quiso hacerlo del amigo; entonces se arrodilló a su lado, cogió una de sus manos, la besó y elevó una oración por su alma.

Los cazadores no imitaron a su oficial y ni se cuadraron ni saludaron. Estaban hastiados. Ya habían sufrido antes la pérdida de compañeros y amigos, pero no la de alguien que les había servido de modelo y de apoyo. De las Morenas se había convertido en el patriarca del grupo. Se había ganado el afecto y la adhesión incondicional de todos. Si Martín Cerezo era el cerebro y la columna vertebral de aquella loca resistencia, Enrique de las Morenas era su corazón y su alma. Los soldados, cuando en el futuro le necesitaran, deberían bastarse con su recuerdo y su ejemplo, pues él ya no les reconfortaría. El destacamento se había quedado huérfano.

24 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta y siete días de asedio

Una corneta resonó desde los baluartes enemigos. Los cazadores cesaron sus conversaciones, aunque ya habituados a este tipo de contactos, no dejaba de ser una novedad que interrumpía la continuidad de su monótona vida. Martín Cerezo, que repasaba de rodillas el estado de las defensas de la sacristía junto con el cabo González Toca, levantó la vista contrariado. Los insurrectos, como él ya preveía, habían ignorado su aviso acerca de romper las comunicaciones. Le dijo al cabo que lo acompañara y subió por la escalera del coro. Antes de llegar, se detuvo un instante y mandó que se presentase Santos. Los dos soldados que hacían guardia en el piso superior se cuadraron al ver llegar al oficial.

—Mi teniente, ¿saco la bandera blanca? —preguntó Jiménez.

—No.

—Los taos envían un mensajero —se oyó gritar al centinela de la torre.

—A la orden de usted, mi teniente —se presentó el corneta.

—Hombre, Santos, ha sido rápido. Démosle una advertencia. Toque retirada. —Después de obedecer, el cazador se quedó firme—. Somos tan pocos que me es complicado tenerle cerca. Me gustaría poder librarle de las guardias, le necesito a mi lado —murmuró Martín Cerezo más como si hablara consigo mismo que con su subordinado.

—El enviado de los indios sigue avanzando.

Martín se acercó a la posición de Jiménez y contempló a través de las protecciones de la ventana al joven filipino que por única arma enarbolaba un trapo claro.

—No disparen. Pensaba que ya le habría quedado claro, pero o es un tonto o un testarudo. —Abrió los postigos y se asomó—. Oye tú, ya le dijimos a tus jefes que no queremos recibir ningún recado más. Estamos hartos de embustes. Pega la vuelta y diles a los tuyos que, al próximo que venga sin que ondee nuestra bandera blanca, lo recibiremos a tiros. —Sin esperar respuesta cerró con un fuerte golpe.

El tagalo corrió hacia sus trincheras como si todo el destacamento español lo persiguiera. Marchaba tan veloz y de manera tan atropellada que no reparó en que se le desprendió, del mástil que asía con fuerza, el lienzo que hacía de

enseña. Olvidado por los dos bandos, quedó abandonado en medio de la plaza durante semanas, hasta oscurecerse con el paso del tiempo.

—Caray, mi teniente, este no ha entendido lo de al próximo que venga. ¡Jesús, cómo corría! —dijo Jiménez.

—No era un testarudo, era un simple idiota. Bien, Santos, vuelva a su posición. González, busque a Chamizo y Alcaide. Dígales que quiero hablar con ellos. Si no me equivoco, creo que están comiendo el rancho en el patio.

El cabo, sabiéndose observado por el oficial, marchó a la carrera hasta la sacristía. Al entrar, oculto ya a los ojos de su superior, paró y, después de recuperar el resuello, se asomó a la puerta del patio y gritó:

—¡Bizco! ¡Alcaide! El teniente os llama.

Los dos cazadores se miraron y sonrieron; sabían lo que aquello significaba. Emocionados, se levantaron de un salto y se dieron un apretón de manos. El plato que descansaba sobre el regazo de Chamizo voló y desparramó su comida sobre la tierra húmeda. La perra, ante el repentino festín, compartió su alegría. Ellos, sin advertirlo siquiera, marcharon al coro entre risas y bromas. Al verlos cuadrarse, Martín Cerezo no se anduvo con preámbulos.

—¿Saben por qué les he hecho venir?

—Lo imaginamos, mi teniente —respondió Chamizo.

—¿Todavía siguen con aquel descabellado plan?

—Por supuesto, yo solo tengo una palabra y ya la empeñé.

—Bien, Chamizo, pero entienda, y usted también, Alcaide, que no dudaría de su valor ni les reprocharía nada si finalmente no se presentaran voluntarios.

—Los taos no nos amilanarán, mi teniente —intervino Alcaide.

—Eso ya lo sé, pero no es necesario morir para demostrarlo. Ya les dije que era una tarea… ardua, por no llamarla suicida. Pueden renunciar sin ningún miedo. Incluso podrían decir a sus compañeros que les he negado el permiso. No quiero que sean prisioneros de sus promesas. Entonces, ¿seguirán adelante?

—Sí, mi teniente —repitieron casi a la vez.

—¿Y qué proponen exactamente?

—Queremos arrasar el *bahay* de Hernández.

Martín contempló a los dos soldados y se atusó el bigote. Negó con la cabeza un par de veces y comenzó a caminar por el coro con aire ausente. Los dos compañeros se miraron en silencio y se mantuvieron firmes esperando la decisión de su superior. Al fin, este cesó su paseo y, tras quedarse unos interminables segundos parado, se acercó a sus hombres.

—Pienso que la misión que solicitan es, con mucho, la más temeraria de todas las efectuadas hasta ahora. El objetivo que persiguen es de suma importancia. Les honra mucho haberse presentado voluntarios. Mas creo que, a pesar de mis repetidas advertencias, no son conscientes del grave riesgo al que van a enfrentarse. El alocado brío de su juventud les puede salir caro. Iba a negarles la salida, pero Chamizo me ha recordado lo que un hombre nunca ha de olvidar: la palabra comprometida es sagrada. Yo les hice una promesa y la cumpliré. Preparen todo lo necesario. Mañana atacarán.

25 de noviembre de 1898.
Ciento cuarenta y ocho días de asedio

Queridísima esposa:

Aún no hace ni tres días que enterramos a Enrique y es probable que acabe de enviar a dos soldados más a la sepultura. He autorizado una misión que entraña un gran peligro. El riesgo es excesivo, pero debemos afrontarlo, pues cada vez nuestra situación se vuelve más apurada. El asedio, su crudeza y su ferocidad, nos exige sacrificios y acciones heroicas.

Dos cazadores se han propuesto eliminar la casa de Hernández. Este *bahay*, fortificado a conciencia por los insurrectos, queda al oeste de la iglesia. Desde allí, tan protegidos como están, nos disparan con total impunidad. Por eso, es vital que lo destruyamos y, si es posible, los situados a su alrededor. Esto, además, ayudará a recuperar la moral de la tropa, hundida desde la desgraciada muerte de nuestro querido capitán. Confío que, con la ayuda de Dios, todo saldrá como lo hemos planeado.

Martín dejó la pluma sobre la mesa y contempló su reloj. Se aproximaba la hora que había fijado para el ataque. Besó el colgante de su mujer que llevaba enrollado en la mano izquierda y lo guardó en el bolsillo de su guerrera.

—¡González! Dile a Chamizo que se reúna conmigo en el campanario.

—Sí, mi teniente.

El cabo se cuadró y, tras llevarse la mano a la sien, se retiró en busca de los dos soldados.

Martín Cerezo cerró el cuaderno, se abrochó la guerrera y, sin calarse su gorra, subió hasta el coro. Desde allí vio a Chamizo dirigirse hacia él. No lo esperó y ascendió al campanario con rapidez y decisión, pues la escalera de la torre, cubierta tan solo por una simple chapa de madera, era la parte más débil de toda la fortificación.

—No salude. No quiero que el enemigo me descubra —ordenó al centinela mientras se agazapaba entre los sacos terrenos y sacaba sus prismáticos. Eran nuevos, de fabricación alemana, y constituían una de sus

más preciadas pertenencias, pues le habían costado el sueldo de tres meses de servicio, o eso supondría cuando pagara el último de los plazos.

En unos instantes se unió a ellos Chamizo, que nada más asomar la cabeza por el vano de la escalera dijo:

—A las órdenes de usted, mi teniente.

El oficial, que oteaba la zona al oeste de la iglesia, la comprendida entre las líneas marcadas por la calle de España y la del Cardenal Cisneros, contestó sin volverse.

—Colóquese aquí a mi lado sin llamar mucho la atención. Y por el amor de Dios, cuando estemos aquí arriba, no me saluden. No quiero que me conviertan en blanco de los insurrectos. —Esperó a que el cazador se situará junto a él y, con cierto resquemor, le cedió sus gemelos—. Bien, mire las casas que rodean la de Hernández. No hace falta que le diga que, si queman las tres, mucho mejor para nosotros. Eso sí, no cometan la imprudencia de atravesar las defensas enemigas.

La construcción que pretendían destruir se levantaba al oeste de la posición española y estaba acompañada de otras dos, una al norte y otra al sur. A través de ellas cruzaba la trinchera que circunvalaba la iglesia. El de Hernández medía alrededor de cinco metros de altura. Como todos, se elevaba sobre unas columnas que llegaban aproximadamente a la cintura de un hombre. Pero, al igual que las cañas de las paredes y las conchas de las ventanas, estaban cubiertas por multitud de maderos y hierros que las ocultaban y reforzaban. Además, jalonaban la pared dos hileras de aspilleras superpuestas de tal manera que se podían usar a la vez. Una fila de soldados disparara desde el suelo de la zanja y otra desde el de la casa.

—Observe la gran cantidad de matorral que ha crecido en la plaza. Deslícense entre la vegetación y alcancen la casa de manera furtiva. Nada de lanzarse a una loca carrera.

—Lo que usted mande, mi teniente. ¿Cuándo quiere que lo intentemos?

—Ahora mismo. Durante los últimos días he observado que, a estas horas, entre que reparten el rancho y que es el momento en que más aprieta el calor, la actividad enemiga disminuye. Nos aprovecharemos de su falta de celo.

Chamizo, sonriendo, asintió y no pudo evitar palparse el antebrazo derecho, justo donde los tagalos le habían herido semanas antes. «Pronto ajustaremos cuentas», pensó.

—¿Habéis preparado lo necesario?

—Sí, mi teniente. Solo esperábamos sus órdenes.

—Pues ya las tienen. Bajemos a la nave.

En apenas un par de minutos descendieron por la escalera del coro; al ver al oficial los dos cabos se aproximaron.

—González, coloque de inmediato a todos los hombres francos de servicio en el corral y en la sacristía.

—A la orden de usted, mi teniente.

—Olivares, encárguese, con los centinelas que quedan en su zona, de defender el resto de la iglesia. Estese atento por si los indios intentan alguna jugada. ¿Están listos? —preguntó a los dos voluntarios.

—Sí, mi teniente.

—Salgan desde la trinchera de la sacristía. Oculten su avance con la vegetación, pues el sigilo será su mejor aliado. Y recuerden, antes que héroes, les quiero vivos. Si les descubren al poco de salir, vuelvan de inmediato. —Saludó militarmente y les estrechó la mano—. Son unos valientes. No me cabe la menor duda de que lo conseguirán.

Juan Chamizo sonreía en silencio en tanto que su compañero contemplaba cómo se alejaba Martín Cerezo.

—¡Mi teniente! —gritó cuando este estaba a punto de desaparecer por la puerta—. ¡No le defraudaremos! ¡Vamos a mandar al infierno a esos taos! Ya lo verá.

—No espero menos de usted, Alcaide.

—Ahora, hijos míos, arrodillaos para recibir la bendición de Dios —pidió el padre López.

Cumplieron con las obligaciones propias de un creyente católico, acentuadas en momentos tan duros como aquellos, y se dirigieron a la trinchera de la sacristía. Vestían solo unos viejos pantalones roídos y andaban descalzos, ya que los burdos zuecos que solían calzar ralentizarían la marcha. Al pasar entre sus compañeros, recibieron miradas de aprecio y complicidad, excepto del soldado Menache, que los contemplaba preso de la angustia y el miedo. José Alcaide lo vio y dijo:

—Suerte, Menache, que la tuya es la mía.

—Tranquilo, yo me encargaré de que cumpla su palabra —prometió el cabo Vicente González.

—Me alcancen o no, yo me pienso hacer el muerto. Todo vale con tal de que salga este.

Los cazadores se carcajearon. Alcaide aún sonreía cuando se persignó. Tras musitar un escueto adiós, se escurrió por el agujero que unía la sacristía con la trinchera. Allí le esperaba Chamizo, que con un movimiento de cabeza y hombros le recriminó su tardanza. Su espalda, humedecida por la

transpiración, brillaba al recibir los rayos del sol. Llevaban los dos una caja de fósforos y un palo de madera con esparto alquitranado en la punta. No cargaban con fusil alguno, puesto que solo les retrasaría. Además, en aquel terreno tupido, pero desprotegido, el disparar su arma les expondría demasiado a las balas enemigas.

Juan se limpia los ojos con el antebrazo y parpadea un par de veces. Observa a su compañero, que aguarda agazapado tras él con la mirada ausente. Respira hondo y cuenta mentalmente hasta tres, pero antes de finalizar, nota las manos pringosas por su propio sudor. Deja la caja de cerillas en el suelo y apoya la tea en el parapeto para que no se embadurne de arena y se restriega las palmas contra su pantalón durante unos largos segundos. Por fin, recoge ambos y nota con vergüenza un ligero temblor en sus dedos. Resopla y se vuelve otra vez a su compañero.

—¿Estás listo? —susurra.

Por toda respuesta, Alcaide, que está arrodillado, tiende la cabeza hacia delante, alza el trasero y suelta una ventosidad. Al incorporarse luce una gran sonrisa, mostrando el hueco que ha dejado el diente que le falta. Chamizo no puede evitar reírse mientras asiente. Sin pensarlo más, flexiona las piernas y se impulsa fuera de la zanja.

Anduvo agazapado unos pasos y se colocó detrás de una enorme calabacera. Desde allí contempló las posiciones enemigas, pero no advirtió ningún movimiento extraño en ellas. Divisó un arbusto grande, donde florecían hermosos dondiegos y se arrastró detrás de él recorriendo seis metros que le parecieron eternos. Apenas oía las aisladas detonaciones insurrectas, solo escuchaba el descomunal ruido, o al menos así lo percibía él, que producía al avanzar por entre las plantas. Jadeando, llegó al arbusto sin novedad. Buscó a su camarada y vio que este seguía un camino distinto. Se había desplazado unos metros hacia la derecha para buscar una zona más densa y serpenteaba a través del forraje sin detenerse. De hecho, en ese instante, terminaba de adelantarlo. Espoleado por el orgullo, Chamizo volvió a arrastrarse y no se detuvo hasta que por fin alcanzó el *bahay* de Hernández. Ambos soldados llegaron casi a la vez y se apoyaron en silencio contra la pared. Mientras trataban de recuperar el aliento, sus miradas se cruzaron y la satisfacción que reflejaban se convirtió en temor al escuchar que alguien, desde dentro de la vivienda, gritaba en tagalo. A esta voz se unió una nueva, iniciando un diálogo que ninguno de los dos comprendió. Alcaide se arrodilló e indagó por una de las múltiples troneras que la horadaban y contempló con

alivio cómo varios filipinos discutían sin haber notado la presencia de los españoles.

Entonces, sin perder más tiempo, y según habían acordado, se pusieron uno a la izquierda de la casa y otro a la derecha. Contaron hasta tres con los dedos y, al finalizar la cuenta, prendieron los fósforos. De manera automática y al unísono, se auparon apoyándose en las troneras y alcanzaron el tejado. Chamizo colocó la antorcha sobre las hojas secas y, nada más ver brotar la llama, descendió, o más bien resbaló hasta el suelo, y desde allí arrojó la tea al *bahay* más próximo. Alcaide, más calmado, aplicó la suya en dos puntos y, cuando vio brotar la llama, la tiró a la cubierta del tercero. Solo entonces le entraron las prisas y, de un salto, cayó sobre las plantas que cubrían la tierra.

Uno de los insurrectos levantó las cejas al percibir las sombras que cegaban las aspilleras y avisó a sus compañeros, que se callaron en el acto. No reaccionaron hasta escuchar el crepitar del incendio que se iniciaba en la techumbre. Dos abandonaron la vivienda a la carrera, pero el resto se lanzó a por sus armas. Los dos españoles, descubiertos al fin, iniciaron una frenética huida. Apenas habían avanzado cuando las balas comenzaron a sobrevolar sus cabezas. Los dos cazadores apretaron los dientes y, dando grandes zancadas, corrieron con toda la energía de sus cuerpos consumidos por el hambre y la fatiga, sin reparar en toda la suerte de piedras y pinchos que se clavaban en los pies. Martín, una vez sus hombres rebasaron el ángulo de tiro del patio y pudieron cubrirles sin peligro, dio orden de abrir fuego graneado.

Un disparo tagalo impactó a menos de un paso de donde se encontraba Chamizo, que, por puro instinto, se lanzó a la zanja de un salto. Por desgracia, no tuvo el empuje suficiente y se estampó de bruces contra el suelo, a un par de palmos de su objetivo. Ignoró el dolor y, revolviéndose como si alguien le hubiera atizado con un hierro al rojo vivo, reptó hasta ponerse a salvo. Un par de segundos después se dejaba caer Alcaide, resbalando sobre sus glúteos por el terraplén. Allí se quedaron, extenuados, asombrados ante la cantidad de proyectiles que impactaban contra la pared de la sacristía. Unos chocaban, se clavaban en la madera y levantaban mil astillas; otros, en cambio, llegaban con menos potencia y, tras chocar, caían a tierra. Uno de estos rebotó en la pared y golpeó, sin apenas fuerza, en la cabeza de Alcaide.

—¡Coño! —exclamó, y recogió el proyectil del suelo con cuidado de no quemarse—. ¡Qué mala baba tienen estos indios!

Los dos soldados, tumbados en lo más hondo de la zanja, rompieron a reír. Sus carcajadas, que acompañaban con aspavientos, resonaban tanto que los soldados de la sacristía podían oírlas entre descarga y descarga de los

fusiles. Cuando se calmaron, se estrecharon la mano con orgullo. Al acceder al fin a la sacristía los envolvieron los alegres gritos y los entusiastas vivas de sus compañeros. Todos querían abrazar y felicitar a los héroes, que, dóciles, se dejaban aclamar sin oposición. Menache, eufórico, aplaudía con más pasión que si estuviera en la más gloriosa tarde de toros.

Martín Cerezo los recibió con vivas muestras de alegría. Ordenó que les dieran agua fresca y los recompensó con un día de descanso. Al ver que los tagalos eran incapaces de controlar el incendio y que se retiraban, ordenó que cesaran los disparos. Las tres casas ardían coronadas por llamas majestuosas. El fuego, alimentado con los sueños filipinos, alcanzó varios metros de altura. Su humo gris ascendía hasta confundirse con las nubes. Desde las fortificaciones tagalas, una voz se elevó y dijo en perfecto castellano:

—¡Kastilas, sois unos cobardes!

Un espontáneo coro de risas fue la respuesta de los sitiados.

—¡Kastilas malditos! Vivís encerrados como ratas y cuando salís lo hacéis como ratas miserables. Venid ahora que estamos preparados y sabréis lo que es bueno. ¡Cobardes!

Alcaide se aupó utilizando una caja y contestó:

—¿Cobardes nosotros? Venid vosotros ahora a ver si podéis quemar la iglesia. Acabemos con esto de una vez por…

No pudo terminar su comentario porque alguien le pegó un fuerte tirón de la cintura y le hizo trastabillar. Contempló con estupor que había sido el teniente, que lo contemplaba con tal furia que parecía que le iba a abofetear de un momento a otro.

—¿Qué demonios hacen? ¡He dicho mil veces que está prohibido cualquier contacto no autorizado con el enemigo!

—Pero… Mi…

—No hay peros que valgan. ¿Cómo se cree que ha sonado esa última frase suya? «Acabemos con esto de una vez por todas». Les ha dicho que estamos desesperados. ¡Maldita sea!

Martín Cerezo se atusó el bigote y miró fijamente a Alcaide, que, avergonzado, bajó la vista. A su alrededor, los hombres habían cesado las celebraciones. Sus rostros obnubilados y su silencio alertaron al oficial. Solo entonces recordó una vieja discusión con De las Morenas.

—Bien, ¿no van a vitorear a Chamizo y Alcaide? Les aseguro que son unos héroes. Felicítenlos, abrácenlos, pero, sobre todo, imítenlos. No pueden tener mejor ejemplo. En el futuro, si notan que flaquean sus fuerzas, piensen

en la bravura que han demostrado hoy estos dos valientes. Todos la llevan dentro. Recuérdenlo. Recuérdenlo siempre.

Los soldados aclamaron a sus compañeros y dieron vivas a España. Martín Cerezo, por no cohibir la celebración, permaneció apenas un instante entre sus hombres y volvió a su mesa de trabajo. Allí permanecía cerrado su actual cuaderno de notas. Lo abrió y leyó la última frase: «Confío que, con la ayuda de Dios, todo saldrá como lo hemos planeado». Al repasarla no pudo más que reír. Sus dudas se habían transformado en certezas. Con la sonrisa aún embelleciendo su rostro, destapó la pluma y continuó.

> ¡Un éxito! Chamizo y Alcaide son dos nuevos héroes del panteón patrio. ¿Cómo vamos a perder las Filipinas con hombres así? El orgullo que siento al comandar una tropa formada por semejantes paladines es inenarrable. He notado como su moral ascendía de nuevo a niveles altísimos. Después de encajar numerosos golpes, a los hombres, les ha bastado con devolver uno solo para recomponer su presencia de ánimo.
>
> Y todo ha estado a punto de echarse a perder por una imprudencia de Alcaide. Soy consciente de que no lo ha hecho a propósito, simplemente se ha dejado llevar por el entusiasmo del momento. Aun así, estuve a punto de arrestarlo y mandarlo al calabozo. No puedo permitir que nadie se comunique con los insurrectos. Podríamos sufrir una avalancha de deserciones. Gracias a Dios, o mejor dicho y sin ánimo de blasfemar, gracias a De las Morenas, no actué siguiendo mis instintos y supe mantener la calma. De no haber sido así, nuestra victoria de hoy no habría dado más resultados que los estrictamente tácticos, importantísimos, aunque insuficientes para lograr el objetivo de resistir a ultranza. Necesitábamos una victoria tanto o más que un rancho adecuado.
>
> He tenido suerte al compartir destino con dos oficiales tan válidos como Alonso y De las Morenas. ¡Ojalá pudiera contar ahora con ellos! Los añoro y los necesito. Mi vida, en el último año (sí, sé que soy un egoísta al quejarme), está marcada por las partidas de los seres queridos. Con el capitán, a pesar de los desencuentros que tuve, llegué a entablar amistad, no tan profunda como con Alonso, pero sí sólida y afectuosa. Sencillo y de corazón noble, era buena persona y se hacía querer.
>
> ¿Y qué te voy a decir a ti que no te haya dicho ya? Tu recuerdo, errático e inesperado, aflora caprichoso en mi mente. Un detalle cualquiera hace que aparezcas ante mí con una fuerza cautivadora que

deja mi alma subyugada durante horas. Añoro el olor de tu cuerpo, ese aroma a esperanza que aún puedo rememorar incluso aquí, entre las fétidas emanaciones de la iglesia. Tan real, tan lejana. Te evoco y me duele. Te siento y sufro. Siempre tuyo, por siempre mía…

26 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta y nueve días de asedio

Madrid

El largo e inquietante toque de difuntos rompió la tranquilidad del hogar. Las campanas de la vecina iglesia repicaban con fuerza y teñían de negro los pensamientos de Carmen Alcalá. Permaneció absorta, escuchando el siniestro sonido hasta que la criada se presentó.

—Señora, han traído una carta.

—¿Una carta, Josefina? ¿De quién? —La sirvienta, analfabeta, se encogió de hombros. Carmen se levantó y le quitó la misiva de un tirón—. ¡Es de Filipinas! Pero… No conozco al remitente. Espero que no lo haya ocurrido nada a Enrique.

—Dios no lo quiera, señora.

La abrió con tanta rapidez que desgarró sobre y papel. Sus dedos temblaron al extraer el folio. Antes de leerlo, se persignó y respiró hondo. Sus ojos volaron por entre las letras prietas, pequeñas y negras que componían el manuscrito. Sin terminar de comprender su significado, se dejó caer en la butaca.

—¿Qué sucede? ¿Se encuentra bien el señor?

—No lo sé. —Josefina arrugó la frente—. La manda un compañero de Enrique… Un tal Gabriel Castelló. No lo conozco, según él combatieron juntos en Cataluña. Dice, aunque insiste en que solo es un rumor, que mi marido y los soldados destinados en Baler mantienen la lucha, que están sitiados por innumerables enemigos. Él cree que es cierto, aunque no lo ha podido confirmar más que a través de unos tagalos desertores de nuestro ejército.

—Pero ¿la guerra no ha terminado?

—Sí.

—¿Entonces?

—No lo sé, Josefina. Yo tampoco lo entiendo. Dice el capitán Castelló que ha intentado informarse en Capitanía, pero que Manila, tras la derrota, es un caos. Nadie le ha hecho caso. Tengo que hacer algo. No puedo permanecer

ociosa. Voy ahora mismo al Ministerio de la Guerra. Conseguiré que me atiendan. Deben ayudar a mi marido. Lo conozco bien. Él nunca se rendirá. Tú te quedarás con los niños.

—¿Quiere que recemos por el señor?

—Sí, elevemos una oración por él y por los muchachos que le acompañan. Ojalá vuelvan todos con sus familias.

Las dos mujeres se sentaron y, cabizbajas, musitaron unas frases en latín. Carmen apenas pudo repetir las primeras palabras. Su mente, abordada por múltiples dudas, se encontraba lejos de aquella habitación. Se preguntaba cómo podría hacerse valer en el Ministerio, si volvería a ver a su marido y, por encima de todas, como un ariete golpeando la puerta de un castillo, una cuestión la asaltaba una y otra vez: ¿por qué Enrique resistía? ¿Qué había más importante que regresar junto a su esposa y sus hijos? ¿Por qué no entregaba su sable y se rendía?

Baler

Chamizo y Alcaide disfrutaban de las últimas horas de su día libre. Después de haber dormido durante toda la noche y parte de la mañana, pasaban lo que restaba de tarde haraganeando en el corral. Gracias a sus compañeros, que a modo de recolecta habían renunciado cada uno de ellos a una cucharada de rancho, habían podido saciar su hambre, o al menos, engañarla con más cantidad de aquella comida rancia. Sentados sobre cajas vacías, con los pies llagados en alto, apoyaban la espalda en la pared, sin más tarea que espantar las moscas y disfrutar del escaso aire que hasta allí les llegaba. Los tagalos, enrabietados, mantenían un fuego nutrido y constante, pero se notaba, por la escasa eficacia que mostraban, que habían perdido su mejor baluarte.

—Ya os dije —comentó Chamizo— que sería capaz de sacarlos de sus madrigueras. ¿No lo dije?

Alcaide, con los ojos cerrados, asintió con la cabeza.

—¿No os dije también que me las pagarían? ¿No lo dije? ¡Ya veis si me las han pagado! Menuda lección les hemos enseñado a los taos…

—Por cierto, ahora que me acuerdo —interrumpió Alcaide—. ¿Quién tiene los puñeteros papeles?

—¿Los de las expediciones al otro mundo? —preguntó el cabo Jesús García—. Creo que los tiene Ramón Boades.

—Hay que decirle que nos ponga en espera. Al menos yo no tengo previsto embarcar en los próximos días. Maldito listado, en mala hora se nos ocurrió. No hay como figurar en primera posición para cogerle ojeriza.

Varios de los cazadores sonrieron ante la simpleza del razonamiento de Alcaide. Este bostezó y, tras carraspear, escupió una flema contra el suelo. Al ver entrar a Martín Cerezo en el patio, se levantó y se cuadró.

—Chamizo, Alcaide —dijo a modo de saludo—, con ustedes quería hablar. Estoy muy satisfecho con su actuación de ayer. Una gran hazaña. He redactado un informe donde reflejo su valor y sangre fría frente al enemigo. Les propondré para una condecoración. —Los dos soldados sonrieron esperanzados—. Si la Junta me hace caso, les otorgarán una medalla pensionada.

—Gracias, mi teniente —contestó Chamizo.

—Sí, gracias, mi teniente…

—No tienen por qué darlas. Este destacamento está en deuda con ustedes. Sé que esta recompensa queda muy lejana, por eso entiendo que preferirán algo… más inmediato. No es mucho lo que os voy a ofrecer, pero doy por seguro que sabrán apreciar su valor. —Abrió el bolsillo de su guerrera y sacó dos cigarros que enseñó a los cazadores—. El capitán me legó sus últimas dos trompetillas. Me dijo que las había reservado para una ocasión especial. No creo que haya otra mejor. Él estaría orgulloso… Lo estaba… De todos.

Martín Cerezo repartió los dos puros filipinos y estrechó la mano de los dos voluntarios. Los soldados contemplaron la escena con envidia. Para muchos de ellos lo peor del asedio no eran los disparos tagalos ni el hambre tenaz que sufrían, ni siquiera el temible beriberi, la ausencia de mujeres o de vino; lo más terrible era la falta de tabaco. Nada más desapareció el oficial por la puerta, varios de los hombres que no estaban de guardia se abalanzaron sobre los cazadores premiados.

—Alcaide, te doy dos pesos por ella.

—¡Yo cuatro!

—¡Seis!

—Diez pesos, ¡te doy diez pesos!

—Lo siento, pero no está en venta.

—¿Y tú, Chamizo? ¿La quieres vender?

—No creo que sea justo. Que alguien traiga un fósforo. Las compartiremos.

—¿Estás loco, Bizco? Tú compártela si quieres, pero yo me la voy a quedar. Si ya pagan diez pesos, imagínate lo que valdrá dentro de unas

semanas.

Varios cazadores insultaron a Alcaide, que negó un par de veces con la cabeza mientras sonreía y guardaba su cigarro.

—¡Serás cabrón!

—Bueno, todavía tenemos una —afirmó el cabo Olivares—. ¿Aún piensas convidarnos, Juan?

—Ahora soy Juan y no el Bizco, ¿eh? —se burló el cazador. Sus compañeros respondieron con un inquietante silencio que Chamizo interrumpió al cabo de unos segundos—. Tranquilos, ya os dije que lo compartiríamos. Saldremos a muy poco, pero al menos habrá una calada para todos.

—No seas tonto.

—¡Alcaide, rata miserable! —exclamó Olivares.

—Nos las hemos ganado jugándonos el tipo, así que es justo es que las disfrutemos nosotros. ¡Qué fácil es hablar! Me gustaría ver qué haríais vosotros en nuestro lugar. Otra cosa no, pero tiempo vamos a tener para ver cómo os comportáis en situaciones parecidas. A ver qué hacéis vosotros. Ya veremos entonces si sois tan generosos. Ya lo veremos, ya.

30 de noviembre de 1898. Ciento cincuenta y tres días de asedio

—Siento decirlo, padre, pero padece usted el beriberi. —El doctor empleó el tono de voz más natural que fue capaz de emitir.

Fray López cerró los ojos y asintió con un leve movimiento de cabeza. Detrás de él, Minaya reprimió un grito de angustia y se santiguó.

—¿Está seguro?

Vigil miró sorprendido a su nuevo paciente, no entendía como después de tantos casos todavía alguien dudaba de su criterio para reconocer esta maldita enfermedad.

—Por desgracia, sí. Puede que aún no sepa cómo combatir este mal, pero desde luego sí que sé identificar sus síntomas. Por el momento está en un estadio muy inicial. Vamos a intentar frenar su desarrollo. Ahora mismo comenzaremos su tratamiento. Súbase más la sotana y túmbese en el catre.

El doctor limpió las heridas del sacerdote con yodo. Le acompañaba en su labor el perenne tintineo del agua al chocar con la horadada techumbre del templo. La lluvia, después de varios días de extraña tregua, caía con fuerza sobre Baler. Ese murmullo metálico se había convertido, por su constancia, en una suerte de melodía que ayudaba a Vigil a concentrarse en su trabajo. La tormenta arreció durante varias horas hasta que ya cerca del anochecer comenzó a debilitarse y se convirtió en una fina llovizna.

Martín Cerezo había pasado las últimas horas estudiando el gasto estimado de víveres de las próximas semanas. Hastiado de calcular día tras día lo mismo y de desvivirse por estirar unos alimentos deteriorados y rancios en su mayoría, cerró el cuaderno de golpe y se acercó a la enfermería para preguntar a Vigil si lo acompañaba a la trinchera exterior. El médico no lo dudó y aceptó. Ya había atendido a los pacientes y en ese momento luchaba contra su somnolencia. Intentaba leer, con poco éxito, unas hojas repletas con anotaciones de sus estudios sobre el beriberi. Necesitaba despejarse y disfrutar de la brisa nocturna que traía la fragancia marina o selvática, según soplara el viento, pero que siempre le liberaba del hedor a muerte que reinaba en el dispensario. Después de varios encuentros habían comenzado, alentados por la soledad, a cultivar una estrecha amistad. Ya incluso se tuteaban en privado. Salieron a la trinchera principal y disfrutaron de la fragancia de los

dondiegos. Aquel era el aroma de su amistad, pero Martín Cerezo estaba demasiado tenso para conmoverse y fue directo al grano.

—Vigil, quiero participarte mi decisión. Vamos a realizar una salida con todos los hombres hábiles de que dispongamos.

—¿Ahora? Los insurrectos estarán alerta tras la escaramuza del otro día.

—Lo sé, por eso creo que será mejor atacar dentro de un tiempo. Cuando la monotonía se vuelva a adueñar de Baler.

—¿Tienes fecha?

—Había pensado en el veintitrés o veinticuatro de diciembre. Salir con una docena de hombres, y quemar el pueblo, arrasar todo lo que podamos a nuestro alrededor. Estoy convencido de que podemos ponerlos en fuga.

—Un jugada muy arriesgada.

—Lo es, pero es que, hoy por hoy, nuestras opciones son ya muy limitadas.

—¿Y la encabezarías tú?

—Sí, no creo que sea adecuado delegar el mando. Es una acción muy peligrosa.

—Por eso mismo. Recuerda que eres el único oficial que queda.

—¿Y tú? Como médico provisional de la Sanidad Militar te corresponde el grado de…

—Lo mío es la medicina. No sé si sería capaz de encargarme del destacamento. Convendrás conmigo en mi falta de marcialidad. Ni siquiera sé si seguiré en el cuerpo cuando termine la guerra. Creo que debería dirigir el ataque uno de los dos cabos. Tanto González como Olivares son soldados muy competentes. Ambos podrían comandarlo con éxito.

—¿No crees que perdería el respeto de la tropa? ¿Y si lo interpretan como un acto de cobardía?

—Tonterías. Ellos ya te han visto combatir antes. Estás fuera de toda sospecha. Me has dicho muchas veces que yo era imprescindible, pues bien, ahora tú también lo eres.

—Puede que tengas razón. Lo pensaré. Por cierto, ¿qué es eso de que no sabes si seguirás en el ejército? Creía que te gustaba esta vida.

—Es que ni tan siquiera sé si sobreviviré a la guerra. Yo también quería hablar contigo, Martín. Verás… No te lo había comentado, pero desde hace… Sé que debería haberte informado…

—¿Qué intentas decir?

El doctor suspiró y se calló durante un breve instante.

—He contraído el beriberi. Descubrí los primeros síntomas hace cuatro días.

—¡Dios mío! —exclamó Martín—. ¿Cómo te encuentras?

—Extenuado, pero con esperanza.

El teniente, al escuchar estas palabras, irguió la cabeza.

—¿Has descubierto algo nuevo? —preguntó mientras agarraba al médico por los hombros.

—No, pero estoy cerca, o al menos eso creo. Voy a empezar un nuevo experimento.

—¿Puedo ayudarte?

—En principio no, es una prueba muy sencilla.

—¿De qué se trata?

El doctor avanzó unos pasos y, tras sacar medio cuerpo fuera de la trinchera, arrancó varias hojas de una calabacera. Sacudió una para deshacerse del agua de lluvia que la cubría y comenzó a comerse una por el tallo.

—¿Qué haces?

—Intento probar si la ingesta de alimento, o mejor dicho, su ausencia, puede ser lo que provoque el beriberi. Mi teoría es que debe ser parecido a lo que ocurre con el escorbuto. Voy a añadir productos vegetales a mi dieta. —Abrió un morral que llevaba a la espalda e introdujo las hojas de calabacera.

—¿Y eso?

—Son para el soldado Rafael Alonso. Está en muy mal estado, intentaré que las ingiera, quizá le salven la vida… Deberías probarlo tú también. No te hará mal, y te ayudará a saciar el apetito —dijo, y le tendió una.

Martín dudó durante unos instantes, pero su hambre era mayor que su orgullo y la cogió. Los dos oficiales permanecieron en silencio un largo rato, agazapados en la zanja, rumiando las plantas, el doctor pensativo, el teniente avergonzado. Martín se levantó y miró hacia la plaza, donde, más allá de la trinchera y gracias a la lluvia constante y al abandono de la mano del hombre, habían crecido varias clases de helechos y orquídeas, dondiegos, plataneras aún pequeñas, calabaceras y matas de algodón de seda. Lo señaló y preguntó:

—Vigil, ¿no tendríamos que recolectar el suficiente para proporcionarlo a todos los hombres?

—Supongo que sí, pero eso ya depende de ti.

—¿De mí?

—Claro, ¿cuántas piensas que hay a nuestro alcance? Apenas llega para que coman dos durante un par de días.

—Entiendo. Las demás se encuentran más allá de nuestras defensas y habría que arriesgarse para conseguirlas —musitó Martín—. ¿Qué cantidad necesitaríamos para que coman al menos los enfermos?

—Pues no lo he calculado, pero bastante. Además deberían estar frescas. Es importante que no estén secas.

—¿Durante cuántos días habría que suministrarlas?

—No lo sé con exactitud…, supongo que mínimo unos cuatro para comenzar a notar sus efectos. Luego, si estuviera yo en lo cierto y fuera la cura, harían falta bastante más, quizá sobre otros siete.

—Son demasiados días, sería mucho riesgo para los hombres. Los tagalos nos cazarían como a alimañas. Resultaría un castigo mayor que el causado por el beriberi. Y ni tan siquiera sabemos si es la solución. —El teniente se pasó la mano por la frente—. Es un riesgo excesivo… Pero abandonarlos así, a su suerte, mientras nosotros nos alimentamos de manera furtiva… Esto no es propio de oficiales. Al menos no del que yo soñé ser…

4 de diciembre de 1898.
Ciento cincuenta y siete días de asedio

Loreto acercó una caja al muro, se sentó sobre ella y abrió el postigo izquierdo del coro lo justo para sacar el cañón del fusil. Sin más preámbulos, quitó el seguro del arma y, encovado, buscó algún posible objetivo a través de la pequeña pirámide que constituía la mira. Ante la ausencia de enemigos a la vista, se enderezó y continuó oteando desde su posición. Él, en la escasa instrucción recibida antes de su partida, no había sido uno de los mejores en las pruebas de tiro de su grupo, pero ahora, con paciencia y mucha práctica, se estaba convirtiendo en un tirador notable. Permaneció allí, quieto, como un tigre agazapado entre el boscaje, sin prisa. Esa iba a ser su única preocupación durante las próximas horas.

El sol continuó su eterno paseo y descendió para posarse tras las cumbres de las sierras. Loreto aguantó el primer tercio de su guardia sentado, procurando no terminarse el agua del bombón. Apenas intercambió algún comentario con el cazador de la ventana contigua. Contemplaba la plaza y las fortificaciones enemigas una y otra vez con obsesiva dedicación. Sin descanso y con frialdad, igual que un banquero repasa cuenta tras cuenta. Hacia mitad de su turno, observó a un tagalo disparar con una vieja escopeta. Lo hizo de manera tan atolondrada y rápida que tan solo estuvo un instante al descubierto. Loreto enfiló el arma hacia aquel punto y esperó un segundo disparo del filipino. Permaneció así durante veinte minutos, pero fue una espera vana; el insurrecto no volvió a mostrarse en toda la tarde.

Al poco de tocar las seis, Gregorio Catalán, el otro centinela del coro, apoyó su máuser en la pared y bostezó. Después de frotarse los ojos, preguntó:

—¿Sabes algo de Rafael? —Loreto negó con la cabeza—. Dicen que va a ser el próximo expedicionario.

El cazador valenciano dejó de mirar la plaza y prestó toda su atención a Catalán.

—No sabía que estuviera tan mal.

—Creo que hoy mismo ha soltado los cinco pesos. De esta semana no pasa.

—Mierda, es un muchacho estupendo.

—Todos lo son… y todos lo fueron.

Un bullicio que provenía del patio llamó la atención de los dos cazadores. Tras una salva de aplausos, distinguieron la voz de Pineda, que cantaba una letrilla que ninguno de los dos reconoció.

—¿Y eso? —preguntó Loreto extrañado.

—Algo iban tramando Planas y él sobre una fiesta en el corral.

La tonadilla, de aires picarones, provocó la hilaridad de la tropa. Sus carcajadas, sinceras y espontáneas, resonaban tanto que se adueñaron de la plaza. Cuando terminó la canción, una salva de aplausos y silbidos premió su labor. Los dos soldados del coro pudieron oír como Pineda lo agradecía brevemente y pedía que le acompañasen en la interpretación del himno del batallón. Un clamor de voces le secundó. Los tagalos, indignados ante el jolgorio kastila, comenzaron a proferir insultos y redoblar las descargas de sus armas. Los que no las tenían de fuego lanzaban flechas e incluso piedras.

—Mira qué bien —celebró Loreto—, por fin se asoman.

Apuntó el rifle hacia la sección del parapeto que se mostraba más activa. Podía contemplar varias cabezas agitándose, pero no se precipitó, sabía que habría mejores oportunidades. Vio a un insurgente que se encaramó a lo alto de la trinchera y ya no lo dudó; lo fijó en la mira, aguantó la respiración y disparó. La bala, poco más de once gramos de metal, voló por la plaza durante apenas una fracción de segundo y atravesó el pecho de aquel pobre desdichado. Desde el coro pudieron ver cómo el soldado enemigo se mantuvo un último momento erguido sobre sus rodillas para luego caer de bruces sobre el terraplén. El cazador intentó un nuevo tiro, pero los sitiadores ya se habían ocultado. El hombre alcanzado yacía inánime en el barro, de espaldas y con las piernas colgando por el interior del parapeto. Loreto pudo ver que alguien tiraba de ellas y lo arrastraba hasta la trinchera, de vuelta con los suyos.

5 de diciembre de 1898. Ciento cincuenta y ocho días de asedio

Una tormenta azotó Baler por la noche. Empujada por el fuerte viento, la cubierta amenazaba con enterrar a los sitiados que aún vivían. Parecía que la naturaleza conseguiría lo que los filipinos no habían logrado. Mas la iglesia había sido construida para perdurar y aguantó con firmeza los envites del temporal. El pabellón español, rasgado y descolorido, continuaba dando testimonio de la testarudez y coraje de aquellos soldados abandonados por Dios y por los hombres.

Cuando el sol impuso su soberanía ancestral e inició un nuevo día de sufrimiento, se oyó frente a la puerta principal de la iglesia una corneta tagala que ordenaba ataque. El teniente, que dormitaba apoyado sobre la mesa, aplastando su propio papeleo, se levantó de un salto.

—¡Todos a los muros! —gritó mientras se calaba su gorra blanca—. ¡Los enfermos que puedan andar que agarren su máuser y ayuden en la defensa!

Otra llamada insurrecta, repitiendo la orden de ataque, sonó por el oeste.

—¡Maldita sea! Más rápido, se nos van a echar encima. Olivares, refuerza la sacristía y su trinchera. González, la puerta principal. ¡Pedrosa! —gritó a uno de los soldados que hacía guardia en el coro, un corpulento jornalero de un pequeño pueblo de Orense—. ¿Qué ve?

—Se ve movimiento en la trinchera, pero de momento no avanzan.

—Informe de inmediato si observa algo fuera de lo común… Ojalá los indios se decidan a atacar de una vez —murmuró.

Un nuevo toque retumbó por detrás del altar de la iglesia y respondiendo a aquella orden, una voz tronó en las posiciones tagalas frente a la fachada.

—¡Primera compañía, avancen!

—Disparen en cuanto tengan el blanco claro. Pedrosa, ¿ve algo?

—Sin novedad, mi teniente.

Varias descargas cerradas y más órdenes se sucedieron, pero los insurrectos no abandonaron sus posiciones. Martín Cerezo, viendo que aquello no era más que otra jugarreta enemiga, retiró a los hombres de refuerzo. Los soldados maldijeron y refunfuñaron, pues aunque famélicos, exhaustos y aquejados de beriberi, se sentían molestos por no haber causado una dolorosa humillación a los insurrectos. Ansiaban su sangre, pues a ellos

culpaban de todos los sufrimientos pasados. Aquellos antiguos campesinos y artesanos, antaño pacíficos, anhelaban matar. Lo deseaban casi tanto como la llegada de una columna de auxilio.

Al llegar el ocaso, los dos oficiales se escabulleron por la gatera de la puerta principal. Impulsados por el hambre, aprovecharon la oscuridad para ocultar su indignidad. El cielo despejado permitía el paso de la luz proyectada por la luna, que aunque desde hacía ya cuatro días no mostraba su plenitud, sí lucía todavía un gran tamaño.

Vigil y Martín arrancaron varias hojas de calabacera y se agazaparon en la trinchera. El teniente comía con la vista fija en los charcos. Al comenzar la segunda fue incapaz de soportar aquel silencio sofocante, tragó el bocado que masticaba y preguntó:

—¿Ha experimentado alguna mejoría el soldado Alonso?

—No, solo logré que se comiera una hoja.

—¿Y tú?

—Es pronto para decirlo, demasiado pronto, pero creo que he ralentizado el avance de la enfermedad.

Martín levantó la vista y miró fijamente al doctor. Sus ojos, antes inertes, mostraban ahora la luz que solo la llama de la esperanza es capar de avivar en tan breve tiempo.

—Me he precipitado en mi juicio, Martín. No debí decirte nada. Aún no sé si ha dado resultado o simplemente me ciega mi afán por encontrar una cura. Entiéndeme, llevo semanas luchando contra esta horrorosa enfermedad. He perdido muchos pacientes, es probable que pierda más e incluso que yo mismo muera. No sé si mi juicio está lucido, puede que vea gigantes donde solo hay molinos.

—Confiamos en ti, Vigil. Eres un médico excelente.

—Lo sé, lo sé. Todos confían en mí. Hasta los muertos confiaban en mí.

El teniente, harto de frases manidas, no dijo nada y se llevó a la boca el último pedazo de hoja. Mientras masticaba, se levantó y contempló las plantas de más allá de la trinchera. A apenas un metro, justo donde la zanja formaba un ángulo recto, crecía un arbusto. Martín se acercó, pues le había parecido ver una calabaza, poco más grande que una naranja, pero seguro que mucho más sabrosa que una simple hoja. Sin abandonar la fortificación, se acercó lo más que pudo e intentó cerciorarse.

En ese momento, en las posiciones tagalas, uno de los sirvientes de un viejo cañón de avancarga distinguió la gorra de plato blanca del oficial y avisó al resto de la dotación.

—Vigil, ven. Mira esa planta de ahí.

—¿Cuál?

El sargento al mando de la pieza advirtió la presencia de un segundo oficial y ordenó cargar el cañón con un bote de metralla. Barrerían la trinchera y reventarían a los mandos kastilas.

—La calabacera que está más allá de esa piedra grande, junto a esa platanera que despunta. Fíjese bien, parece haya dado un fruto. ¿La ve?

—No. A ver, déjame. —El doctor se aupó y asomó el tronco por encima de la trinchera. El teniente le imitó y estiró el brazo y el dedo para señalar.

—Ahí, Vigil.

—Sí, parece una calabaza, ¿salimos por ella?

En las líneas enemigas, uno de los tagalos apretaba el taco con el atacador mientras otro apuntaba el arma, molestándose mutuamente. El sargento vio como los dos kastilas se resguardaban y dejaban al descubierto solamente las cabezas. Asustado por la posible pérdida de sus presas, dio la orden de fuego. El soldado que todavía cargaba se tiró al suelo. La detonación sorprendió a los dos españoles mientras discutían quién de los dos se expondría. Apenas tuvieron tiempo de agacharse. Escucharon como la metralla impactaba en la fachada de la iglesia, pero lo que en verdad llamó su atención fue ver volar el atacador, que ascendió hasta clavarse en la torre del campanario.

6 de diciembre de 1898. Ciento cincuenta y nueve días de asedio

Madrid

Rafael Gasset, el director de *El Imparcial*, revisaba, encerrado en su despacho, las cartas que llegaban a su nombre. Dirigía el periódico de mayor tirada del país y la cantidad de misivas era ingente. Aunque su ayudante ya había realizado una criba previa, Gasset las clasificaba en dos montones según fuera a leerlas o a almacenarlas para avivar el fuego de la estufa. Al ver escrito en una de ellas un trazo coqueto y elegante, la giró para averiguar su remitente. Carmen Alcalá Huelga. En un principio, despistado por el día a día, ese nombre no le dijo nada, pero enseguida rememoró a aquella preciosa mujer de largo pelo moreno y rizado de la que estuvo enamorado platónicamente durante casi un par de años. Carmen era la prima de sus primos y, antes de que la familia de ella se trasladara a Andalucía, habían coincidido muchas veces en el pasado. Recordó con nostalgia el último verano que estuvieron juntos en la sierra. Él era tan solo un chiquillo de apenas catorce años y Carmen, su adorada Dulcinea, rondaba la veintena. Nunca se atrevió a confesarle su amor, y aunque él no se enteró por aquel entonces, no era menester. Todos lo sabían. Rafael, con la ingenuidad propia del que nunca ha estado enamorado antes, se mostraba transparente; su pasión era tan clara como las mentiras de un niño. Pese a la diferencia de edad y de sentimientos, ella siempre lo trató con una dulzura y deferencia arrebatadoras. Esbozó una sonrisa al evocar su adolescencia y cogió el abrecartas. Sin darse cuenta, nada más rasgar el sobre se llevó la carta a la nariz y lo olió, aspirando un perfume que le resultaba extraño, pero que creyó identificar con aromas del ayer. Desdobló el folio y leyó el contenido, escrito con la misma letra menuda y refinada que había llamado antes su atención.

> Estimado Rafael:
>
> Espero que disculpes mi atrevimiento por escribirte después de tantos años, pero debo abusar de la poca confianza que todavía pueda existir entre nosotros, pues mi situación es desesperada. Como sabrás, me casé con un oficial gaditano.

Rafael apoyó la carta sobre la mesa. De repente, al leer esta última frase, recuperó sensaciones tan vivas como superadas. Más que la boda, que conoció por terceros, se acordaba de lo mal que lo pasó aquellos meses. Se alisó el pelo engomado, asegurándose de que estuviera en orden mientras pensaba en lo curioso que son los recuerdos. Enterrados durante años, brotan al mínimo instante y ocupan de nuevo tu mente con una claridad extraordinaria.

> Mi marido y padre de mis cinco hijos, el capitán Enrique de las Morenas, es un buen hombre. Si lo conocieras, llegarías a apreciarlo. A pesar de padecer problemas de salud, marchó a cumplir con su deber cuando su país lo destinó a Filipinas. Desde enero del año pasado, obra en nuestro poder una carta del capitán general de Sevilla y Granada en la que le exime, por enfermedad, de tener que viajar a ultramar. De nada nos ha servido, pues la misiva llegó cuando mi marido ya se encontraba en Manila.
>
> Antes de que comenzara la funesta guerra, Enrique estaba destinado como comandante político-militar en Baler, en el distrito del Príncipe.

Baler. Le sonaba de algo, pero no sabría decir de qué. Había tantos nombres que se habían hechos populares en la guerra y que él nunca había oído hasta entonces… Se levantó arrastrando la silla y abrió la puerta de su despacho con un rápido movimiento.

—¡Carrión!

—¿Sí, señor director?

—Busque las últimas referencias que tengamos de Baler y tráigamelas.

—Puede llevarme toda la mañana y hay unos asuntos…

—No le he preguntado cuánto va a tardar. Le he dicho que me las traiga. —Cerró de un portazo y dejó a su secretario con una maldición en los labios.

> Desde entonces, no he vuelto a saber nada más de él. Su última carta me llegó en mayo de este año. En el Ministerio, a pesar de mis constantes visitas, no han sabido informarme. Gracias a Dios, un antiguo compañero de mi marido me escribió diciendo que había rumores de que la guarnición de Baler aún resistía a los filipinos. Y esta es la razón de mi carta. Me gustaría pedirte, por el afecto que nos unió, que hagas lo que esté en tu mano para que se ponga fin a tan injusta situación. ¿Cómo es posible que el ejército español permita que unos soldados suyos sigan sufriendo los rigores de la guerra cuando la paz

> vuelve a reinar? Perdona si me crees muy atrevida, pero estoy desesperada y no conozco a nadie más que tenga una posición tan relevante como la tuya. Sufro por mi marido. La salud de Enrique es frágil y no podrá soportar mucho tiempo esta situación. Por favor, Rafael, ayúdame. Te lo suplico. Auxilia a Enrique y sus hombres. Nadie merece este olvido y menos los valientes que luchan por su país.

Volvió a dejar el papel en la mesa y comenzó a jugar con la punta de su bigote. Por supuesto que la ayudaría, ¿acaso no había sido su adorada Dulcinea? Y si ella era Aldonza Lorenzo, ¿acaso eso no le convertía a él en Alonso Quijano? ¿Y para qué servía un Quijote si no era para *desfacer* entuertos? ¿Y si, además de quedar como un caballero, esta historia aumenta la tirada y, encima, castiga al gobierno liberal? Rafael se repantigó en su silla, apoyó sus manos sobre su incipiente barriga y sonrió mostrando sus dientes de ligero tono amarillento.

8 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y un días de asedio

El doctor Vigil apuntó la nueva baja del Batallón de Cazadores Expedicionario número dos. Lo escribió con su trazo elegante, el que solo utilizaba para los informes oficiales: Rafael Alonso Medero. Dejó la pluma y apoyó la cabeza en la mano a la vez que releía aquellas tres palabras que solo importaban a unas pocas personas que se encontraban en la otra parte del mundo. Rafael Alonso Medero, pronunció, apenas se acordaba de él. Cumplidor con el servicio, tímido ante los oficiales, uno de esos buenos muchachos que pasan desapercibidos. Como él mismo había sido siempre. Rafael Alonso Medero, repitió, pensando que él podría ser el siguiente en agregarse a aquella maldita lista. Cerró el cuaderno y lo introdujo de nuevo en el cajón, lejos de su vista. No quería verlo nunca más. No quería volver a escribir en él. Demasiado había apuntado ya. Rafael Alonso Medero, recordó, otro nombre que no olvidaría. Otra víctima del beriberi.

El médico, apretando los dientes, se palpó la pierna izquierda. Hacía ya un rato que le dolía. Desde que les dispararon precipitadamente un cañonazo, los dos oficiales no habían vuelto a aventurarse fuera de la iglesia. La enfermedad se adueñaba de su cuerpo y él no podía defenderse. Se encontraba mareado y tan cansando tras otra noche en vela que cerró los ojos. Antes de que se durmiera, oyó a alguien llamar a la puerta.

—Buenos días, doctor —saludó el cabo González.

Vigil entreabrió los ojos y miró hacia donde venía la voz.

—Buenos días, González. ¿Desea algo?

—Me envía el teniente para preguntarle si puede ausentarse un momento del hospital. También me ha pedido que le entregue esto. —Le tendió una taza de café caliente—. Dijo que conociéndolo a usted, seguro que le haría falta.

—Gracias, me la tomo y voy.

El cabo saludó y salió del dispensario y Vigil volvió a quedarse solo con sus pensamientos, de los que solamente se libraba trabajando. Sopló sobre su bebida y sorbió un trago. Era el peor café que había probado en su vida, y

peor aún era que podía repetir esta frase todas las mañanas sin mentir, pues día a día empeoraba. Aun así, apuró la taza hasta el final. Después de varias horas sentado, le costó levantarse. La rigidez de la pierna zurda era tal que casi no podía utilizarla. Se colocó la guerrera y la gorra y salió de la enfermería cojeando. Nada más verlo, Martín Cerezo se acercó a saludarlo.

—Buenos días, Vigil. ¿Sabe qué día es hoy?

Atareado hasta la extenuación y avasallado por el beriberi, había días que no era consciente de la fecha en que se encontraban, pero hoy sí lo sabía. La terminaba de apuntar en su funesto cuaderno, junto al nombre del soldado muerto.

—Buenos días, Martín. Hoy es ocho de diciembre.

—¿Y qué celebramos?

—Un funeral.

—¿Cómo?

—El soldado Alonso ha fallecido.

—Pobre muchacho. Esperemos que sea la última víctima del beriberi.

El doctor asintió y se masajeó la pierna izquierda. Aquel dolor comenzaba de nuevo y cada vez era más fuerte. Conocía lo suficiente sobre la enfermedad para saber que los síntomas aún eran soportables; no iba a tardar mucho en cambiar. Le aguardaban dos semanas infernales, apenas catorce días de vida, asfixiados por un padecimiento atroz, parálisis e incluso, lo que él más temía, la pérdida de la razón.

—¿Te encuentras bien, Vigil?

El médico sonrió.

—Todo lo bien que puedo encontrarme. ¿Qué es lo que querías decirme?

—Tenía intención de festejar la Inmaculada Concepción, la patrona de la infantería española, pero ya no creo que sea procedente. Había pensado repartir buñuelos, café y una lata de sardinas por persona. Así escaparíamos durante unas horas de la monotonía.

—Creo que deberías seguir con tus planes.

—No sé si será adecuado. Con un soldado de cuerpo presente…

—El pobre Alonso ha muerto, ya nada podemos hacer por él más que darle cristiana sepultura y rezar por su alma. Sin embargo, el resto de la tropa sigue aquí, sufriendo dentro de estas cuatro paredes. Bienvenido sea todo lo que provoque un poco de distracción. Cuando tomen el almuerzo y saboreen los buñuelos, que elaborados con nuestra harina seguro que saben a demonios, evocarán los que probaron por última vez en su hogar y, quizá por un momento, puedan abandonar esta asediada iglesia y volver a casa.

9 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y dos días de asedio

Madrid

Los diputados, risueños como universitarios tras una eterna clase de derecho romano, se arremolinaban alrededor de las puertas del Congreso. La sesión, otra discusión sin fin sobre los presupuestos, se había eternizado y todos tenían citas a las que acudir. Gustavo Adolfo Segura se rezagó con respecto a sus colegas más afines para intentar hablar con cualquiera de los hombres fuertes del partido. Con estudiado disimulo, fingía leer unos papeles mientras controlaba de reojo el pasillo. Al ver acercarse al ministro de Estado, anduvo despacio hacia la puerta. Mantenía la vista fija en los documentos que portaba en la mano, tal fue su disimulo que casi chocó con el aristócrata liberal.

—Joven, tenga cuidado.

—Lo siento, excelencia, estudiaba estas enmiendas.

—¿Aún trabajando? ¿No ha tenido bastante por hoy? —Salieron juntos del edificio—. Mire qué noche: fría, pero bella. Y más a su edad. Vaya a relajarse y disfrute de una agradable velada.

—Es que mañana se van a tratar en la cámara y no he tenido tiempo aún de…

—Segura, porque se apellida Segura, ¿verdad?

—Sí, excelencia.

—Es usted un joven prometedor. Representa lo mejor de esta España nuestra. Lástima que se entremezclara con la comisión negociadora… Aun así, me gustaría conocerle más a fondo. ¿Tiene planes para esta noche?

—Nada que no pueda anular.

—Perfecto. Acompáñeme. Tomaremos algo en Lhardy.

—Disculpen, caballeros, ¿es usted don Gustavo Adolfo Segura?

Los dos hombres se volvieron sorprendidos hacia una madura y bella mujer de pelo moreno.

—A sus pies, señora.

—¿Sería tan amable de concederme unos minutos?

—Me encantaría, aunque ahora mismo me es imposible. No obstante, si quisiera volver en otro momento, será un placer atenderla. Tome mi tarjeta y, cuando regrese, désela a uno de los ujieres del Congreso…

—Solo será un momento.

—Atienda a la dama, Segura. Yo aguardaré. Le diré al cochero que iremos paseando hasta el restaurante. Señora. —El ministro se llevó la mano al ala del sombrero y se alejó unos metros.

—Usted dirá…

—Soy Carmen Alcalá. —El político besó la mano que la mujer le ofrecía.

—Es un placer. Disculpe que no le atienda en un lugar más reservado, pero tengo algo de prisa.

—Casi lo prefiero. Estoy más cómoda aquí que en un despacho frío y solitario…

Carmen se calló durante un par de segundos.

—¿Está bien?

—Sí, sí… Verá, yo… Siento molestarle, pero necesito su ayuda. Recurro a usted porque es uno de los diputados electos de mi provincia.

—¿Y exactamente en qué necesita mi ayuda?

—Mi marido es capitán del ejército y sirve en Filipinas. Se encontraba enfermo cuando embarcó, pero la excedencia del capitán general de Andalucía llegó demasiado tarde. Y ahora, con esta terrible guerra de por medio…

—Señora, es de dominio público que ha terminado. Su esposo regresará pronto.

—Mucho me temo que está en un error.

Segura alzó las cejas y respiró hondo antes de responder.

—Aparte de que es notorio y se publicó en todos los diarios, sepa que yo estuve en la comisión que negoció la paz con los yanquis.

—Tengo constancia de que no han cesado todos los combates.

—¿Cómo dice?

—Me ha escrito un compañero de mi esposo. Me dijo que el destacamento de Enrique aún resiste allá en Baler.

—¿Baler? ¿Dónde queda eso?

—En la isla de Luzón, en Filipinas.

—Gracias, sé dónde está Luzón, pero le digo que eso no es posible. Los combates cesaron hace meses.

—Me envía la carta un oficial de nuestro ejército. Merece toda mi confianza. El destacamento de Baler aún lucha contra los indios. Téngala.

Léala usted mismo y lo verá.

El político, indeciso, tardó un instante en recoger el sobre que la mujer le tendía. Después de una rápida lectura, se lo devolvió y dijo:

—Bien, aceptemos que ese rumor improbable sea cierto. ¿Qué podría hacer yo?

—El otro día el periódico le calificaba a usted como «un miembro importante del Gobierno».

—Exageró el periodista, tan solo soy un diputado. Quizás algún día, pero de momento no formo parte de él. Debería informar en el Ministerio de la Guerra.

—¿Cree que no lo he intentado? He luchado durante días por defender los derechos de mi marido, pero a nadie le importa su suerte.

Segura la observó. Los ojos de la mujer, subrayados por unas despiadadas ojeras, revelaban una angustia aún mayor de la que dejaban entrever sus palabras.

—Bien. Si es cierto lo que dice, es una situación gravísima. No permitiré que se siga derramando sangre española por una tierra que ya no es nuestra. Le prometo que haré lo posible por informarme sobre ese destacamento. Deme las señas de su marido. Los apuntaré y tomaré unas notas. —Aprovechó las propuestas de enmienda que aún llevaba en la mano y escribió la información en su reverso.

—¿De verdad va a ayudarme?

—Señora, un caballero solo tiene una palabra y yo he empeñado la mía. —Segura observó que el ministro consultaba la hora en su reloj de bolsillo—. Acuda a verme el próximo lunes… No, al siguiente. En dos semanas quizá ya le diga algo. Ahora, si me disculpa, me espera el señor ministro.

—Es usted un ángel, señor Segura.

El aludido sonrió e hizo un gesto con la mano para restar importancia al comentario.

—Haré lo que pueda. No garantizo más.

Se despidió de Carmen y se reunió con el ministro intentando no apresurarse; no quería demostrar la avidez que le reconcomía. Juntos anduvieron, sombreros calados y cuellos de los abrigos vueltos, la carrera de San Gerónimo hasta llegar a Lhardy. Uno caminaba encogido por el frío, que la vejez acentúa, y otro estirado como un orgulloso general en un desfile. En el restaurante, ya instalados en un reservado, se aliviaron con un caldo de carne. La conversación, mientras esperaban el resto de la comida, se dinamizó

por fin, pues hasta el momento se habían limitado a intercambiar unas escasas frases formales.

—Estos inviernos madrileños son demasiados duros para mí.

—En cuanto a climatología, los hay peores, créame. Eso sí, en política no recuerdo uno tan penoso. —El ministro se tomó la última cucharada antes de continuar—. Usted ya tuvo un cálido otoño en París…

—Aquello fue una escabechina. Los norteamericanos no paraban de exigir. Incluso temimos por las Baleares o Canarias.

El veterano político negó con la cabeza antes de contestar.

—Los ingleses nos dieron garantías de que su flota defendería Baleares. Y Canarias queda lejos de la zona de expansión yanqui.

—Pues sí que han tardado en apoyarnos los ingleses.

—Así son ellos, nos han hecho la vida imposible durante los últimos años, incluso retrasaron el paso de la flota de socorro por Suez… y ahora se ofrecen a ayudarnos. No quieren que nos posicionemos del lado de Francia.

—Deberíamos haber tenido aliados. Hemos estado demasiado solos. Ninguna potencia nos respaldó.

—España ha padecido la fallida política exterior de Cánovas. Pero no solo ha sido eso. Se han cometido tantos errores… y mucho hemos pagado por ellos. Necesitamos nueva savia, nuevos hombres que revigoricen la raza. Hombres como usted, Segura.

—Muchas gracias, señor ministro.

—No hablo por hablar, ahora que la guerra ha finalizado…

—No sé si eso es del todo cierto…

—¿Cómo dice?

—La señora que antes nos abordó cree que su marido todavía combate en una posición olvidada, dejado de la mano de Dios y de sus compatriotas.

—No sea melodramático, Segura.

—Lo siento, excelencia, pero la situación, de resultar cierta, es gravísima.

—Sí, usted lo ha dicho, de resultar cierta. Solo falta que lo sea. ¿Y dónde transcurre tan fantástica y épica resistencia? ¿Acaso aún poseemos un trozo de Cuba?

—En Filipinas.

—¿Y cómo posee esa señora información que desconoce nuestro gobierno?

—Le ha escrito un compañero de su marido destinado en Manila. Ella insiste en que lo ha comunicado en el Ministerio de la Guerra, pero que nadie le ha hecho caso.

—Es imposible. ¿Cuánto hace que nos rendimos? ¿Cuatro meses? Se debe tratar de un rumor infundado. De ser verdad, ya lo habría notificado el capitán general.

—Pero el general Ríos no se encuentra aún en Luzón…

—¿De verdad se ha tragado esa paparruchada? ¿Cree que hay un destacamento que aún se opone al enemigo?

—No cuesta nada indagar un poco. Si a usted no le importa, mañana mismo acudiré al Ministerio de la Guerra.

—¿Le ha gustado esa señora? No era una Venus, pero tenía sus buenos encantos. —Hizo un gesto con las dos manos—. ¿Quiere beneficiársela?

—¿Cómo? ¿Yo? En absoluto, señor… Si es una mujer casada…

—¡Cuán ingenuo es usted, Segura! Tiene que madurar. Hágalo antes de que sea demasiado tarde.

—No le comprendo…

—En este mundo pocas cosas son gratis. Y los favores se pagan. Y más en política. No le hacía a usted tan candoroso.

—El deber de un político consiste en ayudar a unos compatriotas.

—En el Ministerio están desbordados. Por Dios, si solo de Cuba están repatriando alrededor de doscientos mil soldados. Tendrá que remover Roma con Santiago para que le atiendan. Y tarde o temprano eso le pasará factura. No se comprometa por causas perdidas, de ahí solo se sale trasquilado. Hágame caso, el romanticismo ya pasó. Por no hablar del ridículo al que se enfrentará cuando se descubra que esa resistencia numantina es un bulo. Siga mi consejo y deje las cosas estar. Ese destacamento o está prisionero o, Dios no lo quiera, fue masacrado hace tiempo. Sería cómico que aún lucharan tras cuatro meses de paz. —El ministro sonrió—. ¡Qué idea tan descabellada!

—Había tanta vehemencia en su alegato.

—Ella debe creer en lo que dijo. Y no la culpo. ¿Qué otra cosa cabe esperar de una mujer alejada de su marido?

—Le he dado mi palabra de que la ayudaría. Incluso he quedado en recibirla la semana que viene.

—Hable con ella. Diga que ha hecho todo lo que ha estado en su mano. En cierto modo, no le mentiría. Escúcheme, Segura, y no se líe en batallas perdidas. Y más tras el desastre de París. No me gustaría que se truncara su carrera. Tiene usted mucho futuro.

—Excelencia… lo de París no fue culpa mía…

—Lo sé, pero hay gente de muy cortas entendederas y gente muy malintencionada, y de estos últimos existen muchos más, se lo aseguro. Si

arma ruido no tardarán en asociarle con aquel desaguisado.

El diputado enmudeció. El rostro, de natural moreno, perdió el color.

—No es justo, no es justo —acertó a decir al compás de su corazón acelerado.

—Cálmese. Tan solo tiene que dejar pasar el tiempo. España es una nación desmemoriada. Todo lo olvida. Limítese a no mostrarse. Con unos meses bastará.

—Quizá, si salvara a ese destacamento, podría redimirme.

—Olvídese de esas zarandajas y no se comprometa. Guíese por mi experiencia. Este gobierno ya está moribundo, no creo que dure más de tres meses, pero en la próxima alternancia le tendré a mi lado. Conseguirá un puesto importante. No desespere.

Baler

Al amanecer, Loreto Gallego dormía desde hacía un par de horas. No había tenido guardia, pero había ayudado a cavar la tumba del soldado Alonso. La habían abierto por la noche para que los insurrectos no pudieran apreciar sus bajas, ya que, por primera vez, habían enterrado a alguien en el exterior, en el escaso espacio que quedaba entre la trinchera que cubría la puerta principal y los muros de la iglesia.

En el catre adjunto, Ramón Boades se despertó con una extraña sensación. Sentía un hormigueo por la cabeza y las piernas.

—¿La tengo hinchada? —Se palpó la cara y encontró por sí mismo la respuesta. Aun así, Ramón no se resignó y volvió a formular la cuestión en voz alta, con la esperanza de que alguien le corrigiera.

Loreto, ante el tono de pavor de su amigo, se levantó de inmediato y como tantas otras mañanas, lo examinó. No hicieron falta palabras, su semblante confirmó el temor de Ramón.

—¿Tan mal está?

Sin contestarle, bajó de su camastro y se acercó para inspeccionarle más de cerca. *Luna*, que dormía a sus pies, levantó la cabeza curiosa.

—Vamos a ver. —Loreto no quiso mentir—. Tienes el mentón y esta mejilla algo hinchados. ¿Te has mirado las piernas?

—No, aún no. Sentí al despertarme hormigueo en la cara y enseguida pregunté.

—Déjame que les eche un vistazo, a ver cómo las tienes. —Apartó la fina manta que las cubría y descubrió un edema en la espinilla izquierda—. Sí, tienes una aquí. Lo siento.

Ramón suspiró y se dejó caer abatido sobre el catre.

—No pierdas la esperanza. Voy a buscar al doctor. Ahora vengo.

Hizo amago de ponerse de pie, pero Ramón se lo impidió con la mano.

—Loreto, espera un momento.

—Dime. ¿Necesitas algo?

—Quiero escribir unas cartas, ¿las enviarás por mí? Me gustaría decir adiós a los míos.

—Claro que lo haré, pero no seas bobo, no pienses en despedidas ahora.

—¿En qué quieres que piense? Sabes tan bien como yo que nadie supera el beriberi.

Sin saber qué decir e incapaz de consolarlo, se levantó en busca del médico. Antes de irse le apretó la mano y le sonrió, pero Ramón no pudo verlo, tenía la cabeza ladeada y miraba hacia las tumbas que se encontraban junto al hospital. Loreto, seguido por la perra, se alejó con paso titubeante. En los catres que rodeaban la puerta del dispensario, se encontró con el asistente sanitario.

—Bernardino, ¿dónde está el doctor?

—Durmiendo —contestó sin desviar la vista de su quehacer.

—¿No puedo hablar con él?

—Ni se te ocurra molestarlo a menos que te lo haya ordenado el teniente en persona.

—Es importante. Creo que Ramón tiene el beriberi. ¿Cuando se despertará?

—¿Acoso piensas que es un marqués que se levanta a mediodía porque sí? Está enfermo y se pasa todo el puñetero día tratando pacientes y probando remedios contra el beriberi. Solo duerme dos o tres horas al día y siempre cuando cae rendido por el cansancio. Y lleva así semanas. No, te aseguro que no le voy a despertar. ¿Has visto cómo está? Apenas tiene fuerzas para andar. Dejadle descansar, lo necesita más que nadie. Luego le reconocerá.

Apabullado por la perorata de Bernardino, regresó cabizbajo a su camastro. A lo lejos contempló a Ramón, que, tumbado, releía una vieja carta familiar. De los ojos anegados de Loreto escapó una gota que resbaló por el pómulo. Fue como la primera gota de una tormenta de verano. Tanto lloró que tuvo que salir al patio para lavarse la cara. Se frotó el rostro con agua fresca del pozo y sintió su sabor salado, igual que si bebiera de un río de lágrimas.

Apesadumbrado, retrasó su vuelta. Le angustiaba la realidad que le esperaba. No tenía idea de cómo ayudar a Ramón. La única y cruel certeza era que este iba a morir. Lo había visto en otros enfermos. Y Ramón también era consciente de ello. Conocía el infierno que le esperaba. Loreto frunció el ceño y escupió al suelo. Era un egoísta. Debía volver. No sabía cómo conducirse ni sabía qué decir, pero sí que sabía que, hoy más que nunca, Ramón lo necesitaba.

Manila

Transcurría la hora de la siesta y las calles se encontraban poco transitadas. Solo circulaban los habituales y pequeños carruajes, la mayoría vacíos, que tirados por un caballo recorrían la ciudad en busca de clientes. En las aceras, bajo la protección de las sombras que proyectaban los numerosos toldos, apenas andaban unos pocos individuos que, enfundados en ropas claras y frescas, desafían el calor por alguna obligación inaplazable. En una esquina de la plaza del General Moriones, sentados sobre el suelo sin pavimentar, una recua de presos descansaba esperando la llegada del rancho. Los americanos aún mantenían la costumbre de usar esas cuadrillas para arreglar las maltrechas calzadas manileñas.

Higinio Algar viajaba distraído en el asiento trasero de un quile. Su cabeza se movía siguiendo el balanceo que producían las ruedas al girar sobre el suelo adoquinado. Al encontrarse en una de las principales vías de la capital, y a pesar de la hora y de que el tráfico no era denso, el coche veía limitado sus movimientos por los otros carruajes. Higinio lo agradeció, a pesar de llevar más de dos años en Filipinas, aún no se había acostumbrado a la frenética velocidad que los cocheros nativos imponían a sus vehículos. Absorto en sus pensamientos, contemplaba sin interés los viejos edificios de dos plantas a través del sucio cristal de la ventanilla. Pasó frente a la fachada de la vivienda de un rico comerciante, que había tenido el estrafalario gusto y, sobre todo, el dinero necesario para decorar las columnas de la fachada con cariátides. Junto a su puerta vio a una docena de soldados norteamericanos que patrullaban la calle con sus rifles al hombro. Llevaban las guerreras azules de lana humedecidas con grandes rodales de sudor en espaldas y axilas. Y en sus caras, blancas y pecosas, destacaban sus mofletes sonrojados.

Higinio, corresponsal en Filipinas del diario *El Imparcial* de Madrid, reprimió un bostezo. Recién llegado de un agotador viaje desde Tayabas, al

sur de la isla de Luzón, no había tenido tiempo siquiera de asearse y cambiarse de ropa. En su casa le aguardaba un aviso que informaba de la llegada de un cablegrama urgente del director de su periódico. Esto le sorprendió, ya que el recién reinaugurado servicio resultaba muy caro, y más desde que estaba en manos norteamericanas y monopolizaban su uso. Terminada la guerra, no entendía qué asunto podía exigir tal celeridad.

Al llegar a su destino, bajó del carruaje y, tras calarse el sombrero de paja que usaba en los desplazamientos a través de la isla, dio unas monedas al cochero. El periodista, de estatura medía, tenía el pelo moreno, corto y rizado y lucía una frondosa barba en la que empezaban a advertirse algunas canas. A pesar de que no era un hombre que se preocupara por las apariencias, sintió cierta vergüenza al comprobar el lastimoso estado de su vestuario. La chaqueta de su traje blanco de lino se había oscurecido debido a la gran cantidad del polvo acumulado. Manchas de barro resecas cubrían sus zapatos y los bajos de las perneras. Viendo que nada podía hacer, se encogió de hombros y se acercó a la oficina de telégrafos. Al intentar abrir la puerta, se percató del cartel que indicaba que el establecimiento se encontraba cerrado. Soltó una maldición y descargó su frustración con un empujón al tirador. Como solo faltaba una hora hasta que abriera, decidió comer algo por los alrededores. Se contentó con una torta de cebolla y panceta acompañada de un vaso de vino. Entre bocado y bocado, aprovechó el tiempo para iniciar la redacción de la crónica del viaje en el que había cubierto la repatriación de un contingente de soldados españoles.

Llegado el momento y mientras esperaba su turno, se limpió los cristales de sus gafas de montura metálica. Empleó después el mismo pañuelo para secarse el sudor de la nuca y la frente. Al recoger el sobre, lo rasgó y, sin apartarse siquiera del mostrador, lo leyó. Bajo el sello que marcaba la aprobación de la censura estadounidense, decía:

> Quiero que, a partir de la recepción de este mensaje, priorice, por encima de cualquiera de sus actividades, el cubrir la defensa que tropas españolas protagonizan en Baler. Abandere la salvaguardia de esos desdichados soldados y promueva, por todos los medios que le sean posibles, el auxilio del destacamento. No ceje en su empeño hasta que alcance el éxito. Empléese al máximo. No repare en gastos. Es imperativo que tenga éxito. Comuníquenos sus progresos. Dios le guarde.

Higinio frunció el ceño, aunque llevaba días fuera de Manila alejado de sus fuentes, no le agradó enterarse de aquel hecho a través de su director en Madrid. Al menos parecía un asunto interesante. Sus últimas crónicas apenas habían tenido repercusión en un país hastiado de guerra. La opinión de la sociedad española sobre sus fuerzas armadas era tan baja que solo resaltaban las noticias que hacían referencia a los juicios en proceso para exigir responsabilidades a los militares.

El corresponsal guardó el papel en el bolsillo y salió a la calle. Miró su reloj y comprobó que aún tenía tiempo para acercarse a la Capitanía General a recabar datos sobre aquella defensa. Recordó el lastimoso estado de los prisioneros de Tabayas y no dudó ni un instante en que debía hacer todo lo posible por ayudar a los soldados de Baler. La responsabilidad del encargo le emocionó. Habituado a narrar los acontecimientos según ocurrían, ahora podría, por primera vez desde el estallido de la guerra, ayudar a forzarlos. Su trabajo podría contribuir a salvar a decenas de soldados españoles. No podía fallarles. Sus vidas dependían de él.

12 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y cinco días de asedio

Baler

El cocinero Pedro Vila repasaba su inventario del almacén y lo cotejaba con el que también había efectuado el teniente Martín Cerezo. Todos los días al anochecer, Vila presentaba un informe oral y pormenorizado de las raciones empleadas. Las cantidades descritas por el cocinero debían coincidir de manera exacta con las estipuladas en las previsiones del oficial y cualquier variación debía ser explicada en el acto. Si había que desechar un alimento porque se encontraba en demasiado mal estado, debía hacerse siempre con el beneplácito del teniente. Más de una vez había recuperado un saquete de harina porque los mazacotes que había formado al fermentar no estaban lo suficientemente duros o algunos kilos de tocino alegando que los gusanos que lo infestaban eran muy pequeños. Además, siempre había un cazador vigilando que no se hurtaran provisiones y se realizaban frecuentes e improvisados recuentos.

—¿Harina? —preguntó Martín Cerezo.

—Seiscientos noventa y cinco kilos con seiscientos gramos. Descompuesta, averiada y llena de bichos. Este maldito clima lo destroza todo.

—Conforme. —«Hemos gastado más de dos tercios», pensó el teniente «y eso que la he rebajado de quinientos gramos a cuatrocientos por persona y día. Debo repasar mis cuentas, pero si mis cálculos son precisos, durará cuarenta y siete días más. Voy a tener que reducir la ya menguada ración a la mitad. Espero que la tropa lo entienda»—. ¿Garbanzos?

—Noventa y siete kilos. Yo lo llamaría polvo de garbanzos con gorgojos.

—Coincido. —«Noventa y siete de quinientos, apenas alcanzan para llegar a año nuevo»—. ¿Tocino?

—Doscientos cuarenta kilos más aparte el peso de los gusanos que lo invaden.

—Limítese a informar y ahórrese los comentarios. —«Aquí nuestro consumo ha sido más moderado, disponemos aún de más de la mitad. Claro

que no lo comemos por lo mucho que nos asquea su sabor. No lo quiere ni la perra»—. ¿Habichuelas?

—Doce sacos de veinticinco kilos hacen un total de trescientos kilos justos, mi teniente.

—De acuerdo. —«Dura como grava, ni cocidas conseguimos ablandarlas. En cuanto terminemos con los garbanzos nos veremos obligados a consumirlas a diario»—. ¿Sardinas?

—Treinta y ocho cajas enteras más una con veintisiete latas hacen un total de… Déjeme que piense…

—Tres mil ochocientas veintisiete latas. Coincide con mi cálculo.

—Mi teniente, si me lo permite.

—Dígame, Vila.

—Creo que hay muchas que están podridas. Deberíamos repasarlas y tirar, o al menos separar, las no aprovechables.

—Son latas de conserva. Están cerradas y son muy resistentes. Se envasan así para que duren. Es imposible que les haya afectado este aire corrupto.

—Espere, que se lo enseño. —El cocinero se agachó y abrió una caja que tenía una gran mancha aceitosa en el costado, sacó uno de los envases y se lo acercó a la cara del teniente.

—¡Por Dios! ¡Qué peste más repugnante! —Se llevó la mano a la nariz—. Tiene razón, Vila. Esta tarde las revisaremos y separaremos las que estén podridas. Tire esa porquería bien lejos. No, déjela. La hojalata, una vez limpia, puede sernos útil. ¿Café?

—Dos botes enteros y otra que contiene siete kilos y ochocientos cincuenta gramos.

—De acuerdo. —«No sería mala cantidad si no fuera porque el anterior destacamento los desechó debido a su deterioro»—. ¿Azúcar?

—Noventa y nueve kilos.

—Bien. —«Por fin de algo nos sobra»—. Nos cuadra el inventario a la perfección. Comience a preparar el rancho.

El teniente se alejó hacia su mesa repasando las provisiones. Tenía que hacer nuevos cálculos ahora que debía desprenderse de a saber cuántas latas de sardinas. No contaba con ello. Se sentó y cogió del escritorio una carpeta que contenía una lista con todos los habitantes de la iglesia. Un oficial, tres cabos, un corneta, treinta y dos soldados, un médico y un asistente sanitario más dos sacerdotes. Apenas un puñado de hombres sanos, muchos incapaces de andar, siempre hambrientos, debilitados por el prolongado encierro, pero todos dispuestos a cumplir con su deber. Defenderían aquella posición hasta

la llegada del relevo o hasta el fin de la guerra. Nunca la abandonarían antes. Nunca antes. Honor o muerte, no había término medio posible.

13 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y seis días de asedio

—¡Kastilas, *gualán babay*! —gritó una voz desde las trincheras tagalas. Sin esperar respuesta repitió su consigna un par de veces. Los cazadores, que se reunían en el patio para el sarao vespertino, escucharon sus voces con claridad, ya que los filipinos mantenían callados sus fusiles desde el alba.

—¿Qué diablos dice el indio este? —preguntó Alcaide.

—Que no tenemos mujeres.

—¿Mujeres? —dijo Vicente Pedrosa—. Si me alisté voluntario para alejarme de la mía.

Hasta el teniente sonrió ante el comentario. Al cesar las carcajadas, los españoles escucharon al tagalo de nuevo, pero esta vez acompañado de un coro de voces femeninas que llamaba a los kastilas.

—Anda que estamos nosotros para hembras —dijo Timoteo López, un campesino que provenía de Alcoroche y que empezaba a sufrir los síntomas del beriberi.

—Sí, mejor harían en enseñarnos carne, vino o tabaco —comentó Planas —. Ni siquiera Pineda está para torear en esas plazas.

—¡Hombre! Si me enviaran una dalaga joven y guapa, ya encontraría yo la manera de consumar la faena.

—Venga, Pineda, menos lobos, que apenas puedes levantar el fusil.

—No se trata de levantar eso precisamente…

—Bueno, hijos, recordad dónde os encontráis —terció el padre Minaya, que no le gustaba el aire que tomaba aquella conversación.

—Disculpe, mi teniente. Pregunta el doctor Vigil si podría usted acercarse a la enfermería —dijo Bernardino.

—Claro, Sánchez, ahora mismo voy.

En ese momento comenzó a sonar una música en las posiciones insurrectas. Todos conocían la tonadilla, habitual en los bailes y cafés del archipiélago. Varios de los cazadores levantaron la cabeza nostálgicos. El oficial ordenó a la tropa que entonara el himno del batallón. No era una respuesta muy imaginativa, pero al menos bastaría para que no pudieran escuchar aquella puñetera canción. Cuando terminaron, dejó a Planas dirigiendo los cánticos y fue en busca del médico.

El cuerpo de Vigil, igual que su mente, no había sido rival para el beriberi. Su organismo, debilitado por el balazo y extenuado por la mala alimentación y la carencia del necesario descanso, se había postrado inerme ante la enfermedad. Mas no así su alma, que aún se mostraba indomable. Constreñido de nuevo a su silla de manos, con las piernas paralizadas y cubiertas de dolorosas tumefacciones, luchaba por atender a sus pacientes. Aunque la respuesta era aparente, Martín formuló la pregunta de rigor:

—Hola, Vigil, ¿cómo te encuentras? —El doctor negó con la cabeza—. Ten ánimo. Lucha como siempre has hecho contra esta plaga.

—Martín, yo ya me muero; estoy muy malo.

—¿Hay algo que pueda hacer? Te prometo que haré todo cuanto esté en mi mano.

—Si pudieras traer fruta o verdura de fuera quizá mejoraría, y, como yo, estos otros enfermos.

—Ya sabes que tenía proyectada una salida para la víspera de Nochebuena. Veo que no va a ser posible aguardar hasta esa fecha, así que la adelantaremos… Mañana atacaremos.

—No quiero que nadie se arriesgue por mí. Yo me refería a conseguirla de un modo más furtivo.

—Solo elegí esa fecha para distanciar esta salida de la que hicieron Chamizo y Alcaide. Mi idea era que los indios se confiaran de nuevo, pero no nos equivoquemos, el riesgo es prácticamente el mismo. Además, ahora la recompensa será mayor; salvaremos a más soldados. Sí, es un momento tan bueno como cualquier otro.

—No quiero ser la causa del infortunio en el destacamento. Decías que yo era imprescindible. Mira a tu alrededor… Está claro que ya no lo soy. Mis conocimientos médicos no han servido de nada. No merezco que nadie arriesgue su vida por mí, bastantes bajas provoca ya el beriberi.

—No hay más remedio que quemar el pueblo, y lo haremos mañana. Si no lo hacemos, nos devorará la epidemia. Voy a informar a la tropa, tenemos mucho que preparar. Discúlpame. —Saludó al doctor y se retiró, pero antes de abandonar el hospital se volvió hacia Vigil—. ¡Ah! Y todos los miembros de este destacamento estaríamos dispuestos a arriesgar nuestra vida por ti una y mil veces. —Y sin esperar respuesta se marchó. El doctor pudo escuchar como llamaba al cabo González y le ordenaba reunir a los soldados.

Unos minutos después, con todos los hombres exentos de servicio sentados delante de él, el teniente subió al altar y reclamó silencio con un gesto.

—¡Cazadores! Quiero haceros participes de la importante decisión que he tomado. Todos sois conscientes de las muchas necesidades que pasamos. Todos sabéis que la enfermedad nos castiga sin piedad. Todos acumuláis un rencor sin límites hacia los indios traidores que provocan nuestros males. Pues bien, ha llegado el momento de solucionarlo. Mañana saldremos y quemaremos el pueblo. He estudiado a los insurrectos y me he percatado de que, desde hace varios días, se ve menos movimiento en sus posiciones. Creo que, ante la imposibilidad de derrotarnos, han reducido sus fuerzas. Sin duda les harán falta en otros lugares. Ha llegado el momento de que realicemos una salida y les mostremos la gallardía de nuestra infantería. Castigaremos su deslealtad para con España. Los indios infames han pagado los desvelos de la nación generosa que trajo la luz del Evangelio a este oscuro rincón del mundo con la peor de las felonías. Mañana, catorce hombres al mando del cabo Olivares…

—Mi teniente, me presento voluntario para formar parte de la sección —solicitó Loreto.

—No esperaba menos de usted, Gallego, pero…

—Yo también me presento, mi teniente.

—Y yo…

Casi todos los hombres se propusieron voluntarios, incluso varios que apenas podían andar.

—Tranquilos, tranquilos. Dice mucho de vosotros que os ofrezcáis, pero solo participarán catorce. Y serán los que se encuentren en mejor estado físico. Los demás apoyaréis desde las troneras. Además de quemar el pueblo, intentaremos capturar algún prisionero para que nos informe sobre lo que verdaderamente ocurre en Filipinas. A primera hora nombraré a los soldados que van a participar en el ataque. Ahora descansen. Mañana es el día en que se cumplirán nuestros más próximos anhelos. Vencer o morir, no tenemos más opciones. No admitimos más opciones.

14 de diciembre de 1898.
Ciento sesenta y siete días de asedio

El día definitivo, aquel en el que quedaría sellado el destino del destacamento, Martín Cerezo se levantó una hora antes del alba. Sin calzarse siquiera se dirigió al patio para contemplar el cielo. Tenían suerte, apenas había nubes. Después de visitar al retrete, lavarse cara y manos y vestirse conforme al reglamento, subió a la torre del campanario. Exploró las posiciones tagalas con avidez y observó con detenimiento hasta el último detalle; su suposición era cierta. No sabía en cuánto habían menguado las fuerzas enemigas, pero era evidente que los insurrectos eran menos. Ni por un momento pensó que pudiera ser una trampa enemiga.

Loreto se había acostado inquieto y, por primera vez en mucho tiempo, se despertó sin que nadie le llamara. Aunque todavía no era oficial, sabía que era uno de los seleccionados. Ya que el teniente le había quitado la guardia nocturna. Sin duda los quería frescos para el día siguiente. Se agachó y acarició la tripa de la perra, que yacía de espaldas con las patas levantadas.

—¿Ya de pie? —preguntó Ramón desde su catre.

—Sí, no he dormido bien. Este maldito calor.

—Es la primera vez que te fastidia el sueño… Nunca te había oído quejarte.

—Ya sabes que yo no soy de los que se quejan.

—Tienes razón. Tú, con tal de no hablar… —Ambos sonrieron durante un breve instante—. Loreto… —Ramón se incorporó—. No me gusta que te hayas ofrecido voluntario por mí.

—Si es que me cansa estar aquí tanto tiempo. Me muero por salir a dar una vuelta. Vaya, mala palabra he usado. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Aunque hoy no me ha dolido, ya apenas puedo mover la pierna izquierda.

—Anímate, has oído los rumores. Dicen que el doctor ha dicho que comiendo fruta y verdura os curareis. Voy a traerte la calabaza más grande que haya. Y naranjas; no serán valencianas, pero ya verás qué bien te saben.

—Te lo agradezco mucho, Loreto. Eres un buen amigo… Por favor, ándate con cuidado. Que no te vuelen la cabeza por mi culpa.

—Tú por eso ni te preocupes. Ten en cuenta que tarde o temprano tú y yo íbamos a compartir la misma suerte. El beriberi nos iba a cazar a todos. Este ataque de hoy no es solo por los enfermos; es por todos los miembros del destacamento. Así que, si Dios quiere que me pase algo, no tengas el menor remordimiento.

—Como quieras, pero ten cuidado. Debes volver.

—Volveré.

—Hagamos un pacto —ofreció Ramón.

—¿Un pacto?

—Sí, lleguemos a un acuerdo. Uno que solucione todos tus problemas de una.

—No sé si te sigo…

—Para garantizarme que regresarás, me vas a prometer que vendrás a verme a Carlet en tu viaje de novios con Clementa.

—Pero… no puedo hacerlo. Si ni siquiera sé si sobreviviré a la guerra… ¿Y casarme con Clementa? ¿Cómo me voy a comprometer a eso? No depende solo de mí… ¡Por Dios! ¡Vaya cosas me pides!

—¿Ya no la quieres o no te ves capaz?

—No es eso, Ramón.

—¿Entonces? ¿No le dijiste al capitán que nadie te detendría?

—¡Ea! Está bien. ¡Te lo prometo!

Ramón, orgulloso de haber obtenido la palabra de su terco amigo, le estrechó la mano sonriendo. Quizá Loreto se había juramentado por dos imposibles, pero el simple hecho de comprometerse a ello infundió ánimos a los dos.

—Dice el teniente que os acerquéis al altar ahora —indicó el cabo González—. Vosotros tres también. —Señaló a otros cazadores que se encontraban más atrás—. Arread, que hay prisa.

Loreto Gallego tendió la mano a Ramón y le ayudó a ponerse en pie. Después se apartó y le dejó que cojeara hasta la reunión. Cuando los soldados se hubieron congregado, Martín Cerezo sacó un papel del bolsillo y, tras desdoblarlo, lo leyó:

—Estos son los seleccionados para el ataque de hoy: Alcaide, Bauza, Castro, Catalán, Cervantes, Chamizo, Fabregat, Gallego, López, Pedrosa, Ripollés, Santa María y Vila. Al mando estará el cabo Olivares. Preparad los equipos. El resto les protegerán desde los muros. Quiero que mantengan el máximo sigilo posible. La sorpresa es nuestra mejor baza. Recuerden que hoy nos enfrentamos al momento decisivo. Las penalidades sufridas y las muertes

de nuestros compañeros no habrán valido de nada si no triunfamos hoy. Hoy necesito, España necesita, que lo den todo y que cumplan con su deber. Igual que lo hicieron el capitán De las Morenas, el teniente Alonso y el resto de los cazadores caídos. No olviden que les observan desde el cielo. Hagan que se sientan orgullosos. —El oficial miró a sus hombres durante un instante—. Olivares, procede.

El cabo subió uno de los escalones que precedían al altar, saludó al oficial llevándose la mano al gorro de jipijapa y se volvió hacia la tropa.

—Os quiero listos en cinco minutos. Saldremos por el agujero que comunica con la trinchera de la sacristía, así que nos reuniremos allí. El primer objetivo serán las casas que quedan justo al norte. Sabemos que los indios tienen apostado al menos un centinela en la más cercana. Avanzaremos desplegados en abanico y la rodearemos para capturarlo. Después precederemos a la quema del pueblo. Iremos en dos grupos: Alcaide, Gallego, Pedrosa, López, Ripollés, Vila y Cervantes conmigo por la derecha. El resto, bajo el mando de Chamizo, por la izquierda. Fabregat, serás el encargado de llevar las cañas y los trapos empapados en petróleo. ¿Alguna pregunta? —Los cazadores se limitaron a guardar silencio—. De acuerdo. Padre, cuando usted quiera.

Los soldados que aún estaban capacitados para ello, que no eran muchos, se pusieron de rodillas y oraron. Los catorce recibieron la bendición del sacerdote y, tras santiguarse, marcharon a prepararse. Se mostraban exultantes; por fin iban a poder vengar el sufrimiento que habían recibido.

Terminado el plazo dado por el cabo, la sección de ataque se reunió en torno al agujero, poco más que un pequeño albañal, que unía el cuarto de aseo con la zanja.

—No saldremos hasta que nos encontremos todos en la trinchera, así que no os entretengáis —informó Olivares—. Cuanto menos tiempo estemos expuestos, mejor.

—Son las once. Salgan ya —ordenó el teniente—. Vayan con Dios y tengan cuidado. No se arriesguen más de lo necesario. Fabregat, irá el último. No salga hasta que les vea rodear la casa.

Olivares pasó su fusil a través del agujero y después se arrastró por él. Nada más acceder al foso se incorporó y apremió a los cazadores para que le siguieran. Azuzados por su superior, los soldados se deslizaron hacia la trinchera con notable rapidez. En un par de minutos habían pasado todos.

—Calad bayonetas. Mi grupo saldrá primero. ¡Que Dios os guarde! ¡Adelante! —ordenó el cabo, y saltó fuera del parapeto seguido por sus

hombres. Tras ellos, salieron los de Chamizo y se abrieron por el flanco izquierdo.

Los catorce avanzaban agachados, ocultándose entre la densa vegetación. Al alcanzar las proximidades de la fortificación insurrecta, antes de cruzar una tierra de nadie en la que no había donde resguardarse, Olivares detuvo a la sección y esperó durante unos segundos que le parecieron horas a que los hombres de Chamizo ocuparan sus posiciones.

En el *bahay*, un joven centinela tagalo atisbaba por la estrecha ranura que habían dejado al instalar los maderos que cubrían la ventana. Levantó las cejas al ver cómo un arbusto de sampaguita se agitaba y se desprendían varias de sus florecillas blancas. Unos pasos más atrás se movieron unos dondiegos y un enorme helecho. Sacó el cañón del anticuado rifle Remington por la tronera, tenía el espacio justo, y se dispuso a apuntar, pero los balbuceos de su compañero, un adolescente balereño, le distrajeron.

—Los kas… ti… las…

—¿Tú también los has visto, Samuel?

—Varias cabezas… por allí. —Y señaló el ala izquierda de los españoles.

—Yo por aquí he notado cómo se doblaban las ramas de unos arbustos.

Agazapado entre la maleza y sin posibilidad de distinguir a Chamizo y los suyos, Olivares creyó que ya habían esperado suficiente. Se persignó con la mano que no sujetaba el arma y murmuró:

—Virgen Santísima, protégeme. —Se irguió y gritó al tiempo que levantaba la mano—. ¡Adelante! ¡Al ataque! ¡Por España!

—¡Por España! —respondieron sus hombres. Y cargaron los catorce, vociferando como si fuesen hunos al saqueo de Roma. Los últimos titanes de un imperio ya extinto. Sus camaradas, a una orden del teniente, abrieron fuego de cobertura.

—Nos atacan… ¡Van a quemarnos vivos! —Samuel soltó su arma y corrió hacia la puerta. Los filipinos que se encontraban en la trinchera, entregados más a tareas domésticas que militares, se sorprendieron al oír sus chillidos.

Sus compañeros, aterrados por las súbitas voces y los disparos, corrieron tras él. Abandonaron armas, cazuelas y orgullo enloquecidos por la asfixiante ansia de vivir. Huyeron a través del baluarte y arrastraron en su desbandada a otros insurrectos, provocando una marea de miedo y caos.

El centinela que aún permanecía en el *bahay* sintió la granizada de metal que se estrelló contra las defensas, atronando y levantando astillas de madera, y contempló por la aspillera la carga de los catorce. No dudó ni un segundo.

—¡Los tenemos encima! —exclamó mientras descendía los escalones de un salto.

Los cazadores alcanzaron el parapeto enemigo y saltaron dentro. Sus gritos de combate se trocaron en un espeso silencio. Lo último que esperaban hallar era una fortificación desierta.

—No os dejéis sorprender y avanzad. Rodead la casa. Pueden atacarnos en cualquier momento.

La tropa obedeció al cabo y tomó posiciones. Los máuseres apuntaban hacia el *bahay*, pero sus miradas exploraban en todas direcciones.

—¡Rendíos o moriréis! —exclamó Olivares. Tras un breve instante repitió la orden y, al no obtener una contestación, tomó la iniciativa—. Gallego y Alcaide, entrad.

Los elegidos subieron lentamente la escalera de acceso. Con el fusil en ristre, intentaban amortiguar sus pasos, aunque su presencia era de sobra conocida. La puerta abierta mostraba claramente que la vivienda estaba vacía y los dos soldados respiraron aliviados.

—¡No hay nadie! —gritó Loreto—. El pájaro ha volado.

Alcaide rompió a culatazos los maderos que cubrían una de las ventanas y se asomó por ella.

—¡Mierda! Hemos estado muy lentos.

—Ya nos lamentaremos luego, ahora no hay un minuto que perder. Vila, trae fuego de esa hoguera. Será más rápido que los fósforos. ¡Venga, Fabregat! Reparte las cañas a los hombres de Chamizo. ¡Convirtamos esto en un infierno! Aplicad los trapos ardiendo sobre el tejado de las casas, después seguidnos. Los de mi grupo, detrás de mí avanzaremos en guerrilla hacia la comandancia. ¡Vamos!

Se internaron en la trinchera y comprobaron la precipitación de la huida del enemigo: abandonadas en un armero, encontraron dos escopetas, una carabina de mediados de siglo, un rifle Remington y un par de bolos tirados por el suelo. Alrededor de la hoguera que calentaba un cazo con arroz hirviendo, había varios taburetes tumbados. Encima de una mesa un cigarro encendido y un barreño con prendas claras y agua jabonosa.

Los cazadores continuaron hasta alcanzar el antiguo puesto del capitán De las Morenas sin hallar resistencia. Lo registraron y no descubrieron nada de interés. Aquella oficina se había convertido en algo tan ajeno que ni tan siquiera les inquietó con nostalgia. Escucharon ruidos y salieron a la plaza. Vieron a un filipino que huía por la carretera del río cargado con un fardo. Nunca supieron qué transportaba, pero le costó la vida a ese hombre. Una

descarga cerrada fue suficiente. El cabo, previendo un posible contraataque, ordenó a sus soldados que se pusieran a cubierto.

En la calle Cisneros, Novicio Luna, alertado por los gritos, salió a toda prisa de su *bahay*. Se topó con más de una docena de insurgentes que corrían como si escaparan del mismísimo diablo. Apenas la mitad portaban armas de fuego y dos no eran más que unos muchachos.

—¿Qué ocurre?

—¡Los kastilas nos atacan!

—¿Y huis? ¡Cobardes!

—Pero, *kapitang*…

—¡Son solo un puñado! No podemos dejarnos avasallar…

—Novicio, mira. —El sargento Roa señaló el humo que desprendían los primeros incendios. Su negra silueta ya se alzaba sobre Baler.

—¡Malditos kastilas! Tenemos que impedir que…

—Somos muy pocos.

—Suficientes. Ya encontraremos más hombres. Tú —señaló al más joven del grupo—, encárgate de mi gallo. Refúgiate en el bosque con él y vuelve al anochecer. Te hago responsable. El resto seguidme. Algo podremos hacer.

Los cazadores de Chamizo se reunieron por fin con los de Olivares y, mientras estos seguían vigilando, incendiaron la comandancia y el tribunal.

—¡Bien hecho! Ahora bordearemos la fortificación tao y arrasaremos con todo. ¡En marcha! Estad atentos y no os fieis de los indios. Esos malnacidos siempre están al acecho. —La sección le siguió, pero a los pocos metros, la corneta española ordenó retirada.

Dentro de la iglesia, Martín Cerezo comprendió la situación. Habían desalojado a los insurrectos, pero solo lograrían una victoria si conseguían aprovechar la situación. Había llegado el momento de asumir el mando en el exterior.

—¡Cazadores! —exclamó—. Necesito a todos los que seáis capaces de moveros. Tenemos que aprovechar la desbandada enemiga. Aquel que pueda andar, aunque sea arrastrando una pierna, que me siga fuera.

Frente a la fachada principal, donde se levantaba la cruz de madera, se topó con Olivares, que volvía al frente de su sección.

—Mi teniente, sin novedad. No hemos tenido ninguna baja.

—Estupendo. ¿Algún prisionero?

—No. Lo siento.

—No importa. Han hecho un trabajo formidable. Ahora hay que rematarlo. —Se dio la vuelta y contempló a los soldados que habían salido

tras él—. Tú, tú y tú —señaló a Ramón y otros dos impedidos como él—. Limítense a recolectar todas las naranjas que puedan. Hagan montones con ellas, luego las recogeremos. Chamizo, sigan quemando las casas que nos rodean. Este fuerte viento del nordeste que se ha levantado nos va ser de gran ayuda para propagar el incendio. Respeten las ubicadas al final de la calle España; la tropa de socorro necesitará un lugar donde dormir. González, coja dos hombres y limpien la vegetación que nos impide vigilar el río. No permitiremos que los insurgentes suban por allí sus pertrechos.

—Mi teniente…

—Dime, González.

—¿Quiere que retiremos la escalera que tenemos atada a las vigas, aquella que abandonaron los taos cuando intentaron pegarnos fuego?

—Bien pensado, cabo. Háganlo lo primero. Olivares, coja al resto de los hombres y comience a demoler las fortificaciones. Ampliaremos la zona polémica de la iglesia. Ha llegado el momento de librarnos del asfixiante abrazo de los indios.

Los cazadores se afanaron en sus respectivas faenas; eran conscientes de que, una vez superado el efecto de la sorpresa, los tagalos no tardarían en reorganizarse y lanzar un contraataque. Los hombres de Olivares cegaron con la arena del parapeto los fosos de las trincheras con extraordinaria rapidez, pues estaba tan húmeda que se desprendía con facilidad. El cabo los dirigía desde lo alto del terraplén, ajeno a las detonaciones que resonaban de tanto en tanto.

Los de Chamizo aplicaron las teas a las casas más cercanas. Las llamas se extendieron rápidamente gracias al viento proveniente del mar. Violentos remolinos de fuego se alzaban, como fieros gigantes ígneos, y devoraban las chozas. El humo que levantaban los incendios alrededor de la iglesia era tan denso que los españoles apenas podían ver el resto del pueblo. Debieron apostar dos centinelas, uno en la torre y otro en el altar mayor, para prevenir un posible ataque.

Finalizada su tétrica tarea, recolectaron las naranjas y calabazas que crecían en la plaza. El primer cesto con fruta entró en la iglesia arropado por los enfermos de beriberi, que gritaron eufóricos. Incluso uno, con las piernas impedidas, se dejó caer al suelo y se arrastró hacia ellas. Los frailes se encargaron de distribuirlas, repartiendo verdaderas limosnas de vida entre aquellos desahuciados. Devoraban las naranjas, ácidas, secas y pequeñas, como si fueran las más finas exquisiteces y despertaban así su dormida hambre de esperanza.

El teniente recorría la plaza sin cesar mientras dirigía las tareas y jaleaba a los cazadores. Estos, en su mayoría débiles y enfermos, trabajaban a buen ritmo espoleados por el ansia de vivir y el optimismo renacido. Se detuvo un instante a contemplar las ruinas calcinadas del centro de Baler y frunció el ceño al observar que unas viviendas se habían escapado del incendio.

—Pineda, vaya y queme aquellos cuatro *bahays* de allí. No quiero que quede uno en pie a menos de trescientos metros de la iglesia.

El soldado, desarmado y sin camisa, se acercó a los restos de un *bahay* cuyo fuego agonizaba y rebuscó hasta conseguir un palo que ardiera por un extremo. Armado con él, anduvo hasta el grupo de casas y prendió el tejado de la primera. Se disponía a incendiar la segunda cuando escuchó una palabra en tagalo. Para fortuna suya, sabía lo que esa voz significaba y se tiró al suelo nada más oírla. Al tiempo, una decena de fusiles disparó desde un bosque cercano. Pineda oyó aterrado cómo las balas volaban por encima de su cabeza y se incrustaban en los maderos y las cañas. Con la cara aplastada contra la tierra, jadeaba de terror, pensó en volver corriendo con los suyos, pero una nueva descarga le hizo comprender que en su huida resultaría un blanco demasiado fácil. Buscó la improvisada antorcha y se arrastró hacia ella maldiciendo por enésima vez aquella última borrachera de civil. Esperó a que los tagalos tiraran otra vez y se levantó de un salto. Sin detenerse, corrió hasta la segunda casa, lanzó el palo ardiendo al tejado y se tiró al suelo mientras este aún volaba. La nipa seca prendió con la rapidez acostumbrada. Las llamas, furiosas, exigían alimento. Las cañas de las paredes crepitaban con fuerza y detonaban al incendiarse, sonando como disparos de viejas carabinas. El viento y la voracidad propia del fuego provocaron que enseguida se inflamaran la tercera y cuarta casa, que se erigían adosadas. Pineda ya no soportó el inmenso calor que desprendían y se alejó reptando unos metros. Aguardó, paciente pero nervioso, a que la humareda creciera para enmascarar su fuga. En el momento en el que la nube de humo ocultó el bosquecillo donde se guarecían los insurrectos, volvió con sus compañeros.

—¿Algún problema, Pineda?

—Los taos, mi teniente, que son unos quisquillosos, pero mire cómo arden sus *bahays*.

—Ya lo veo —contestó el oficial—. Bien hecho.

—Mi teniente —dijo Olivares—, hemos terminado de cegar la trinchera sur.

—Perfecto. Continúen ahora con la del oeste. Y mande dos hombres a abrir la entrada principal de la iglesia.

—¡A la orden de usted, mi teniente! —gritó arrastrado por la euforia. Se acercó a los miembros de su sección, que aprovechaban el breve descanso para beber agua y comer fruta—. ¡Pedrosa! ¡Ripollés! Abrid la puerta principal. —Los dos soldados se miraron sin saber qué hacer—. ¡Cojones! ¿Es que no me habéis oído? —El exabrupto de su superior les espoleó y corrieron a cumplir lo ordenado—. El resto conmigo, tenemos mucho trabajo pendiente.

Los dos cazadores entraron al edificio deslizándose por la gatera y quitaron las dos antiguas vigas que habían pertenecido al tejado del convento y que trancaban la puerta. La primera de las hojas, la izquierda, la que siempre había estado abierta para recibir a los feligreses del padre Carreño, no se movió cuando tiraron de ella. Tuvieron que escarbar con sus bayonetas en la base y remover la tierra que estorbaba su paso. Al final, desde fuera, dejando caer su peso sobre los maderos, consiguieron que se abriera lo justo para facilitar el acceso. Repitieron varias veces la misma maniobra y tiraron, nivelaron y empujaron una vez tras otra hasta que las dos hojas estuvieron abiertas. Después de ciento sesenta y siete días, los rayos de luz reconquistaron el interior del edificio y ahuyentaron la pertinaz penumbra. Aunque el viento soplaba desde el norte y, por tanto, no entraba por el vano, los cazadores enfermos pudieron olfatear las fragancias tropicales y el olor del mar, los aromas de la vida que renovaban el aire fétido y estancado. Una espontánea aclamación prorrumpió de aquel grupo de condenados. Tras muchos días sufriendo el tormento del beriberi y el suplicio de conocer la horrenda muerte que les aguardaba, los soldados postrados aplaudían con entusiasmo, creyendo que por fin la esperanza había vuelto a sus vidas.

Entretanto, y aún refugiados en el bosquecillo desde el que habían intentado matar a Pineda, Novicio y los escasos hombres que le acompañaban aguardaban su oportunidad.

—No somos muchos, pero no permitiremos que anden tranquilos por nuestras calles. Vosotros dos, bordead el pueblo y, desde el norte, disparad a los kastilas que os encontréis. Y vosotros dos por el sur. —Mientras hablaba, su mano izquierda tocaba su *anting-anting*—. El resto atacaremos por el camino del río. Nos emboscaremos para sorprender a un grupo aislado.

Pese al hostigamiento tagalo, los soldados continuaron los trabajos sin interrupción durante varias horas. A media tarde, un inesperado y breve aguacero apagó los últimos rescoldos. Martín Cerezo, acompañado por seis hombres, removía las ruinas calcinadas de la comandancia militar. Apartó con la punta de la bota un amasijo ennegrecido y dijo:

—Recojan todo aquello que tenga algo de valor: hierros, clavos, tablas que aún sean de provecho e incluso cualquier madero que sirva como leña. No dejéis nada que sea utilizable por el enemigo.

—Mire qué clavo, mi teniente. Lo menos mide medio metro. ¡Coño!, ¡cómo quema! —Gregorio apartó la mano y lo dejó caer al suelo.

—Tengan cuidado. Catalán, vaya al hospital y pídale un par de mantas a Bernardino. Haremos unos trapos para trabajar sin achicharrarnos las manos. —Vio que González se aproximaba—. ¿Sucede algo?

—Mi teniente —saludó el cabo—, ya hemos despejado el trozo de bosque que…

No pudo terminar de hablar; una repentina descarga de fusilería provocó que todos se precipitaran el suelo.

—Disparan desde el lindero entra la huerta y los árboles —indicó Martín—. Tan solo son un puñado. Nos arrastraremos hasta que tengamos posiciones de tiro óptimas. ¡Síganme!

Guio a sus hombres a la única de las enormes vigas que había sobrevivido y, bajo su protección, abrieron fuego graneado.

—¡Olivares! ¡Atacan al teniente en la comandancia!

—¿Qué diablos? —El cabo soltó la pala y empuñó su máuser, que estaba a un par de metros colocado en pabellón con otros—. Fabregat, busca a Santos y dile que toque ataque.

—Está con el teniente.

—Mierda… Bueno, es igual. ¡Cazadores! ¡Todos conmigo!

La escaramuza terminó en cuanto los hombres de refuerzo se sumaron a la pelea. La superioridad numérica provocó que los tagalos se retiraran enseguida. Novicio era consciente de que, tal y como se había desarrollado el día, ya no era momento de arriesgarse. Hacía horas que habían perdido la batalla de Baler.

—Olivares, es usted un bravo. Su resolución ha sido admirable, pero debió esperar a que yo le llamara. Ahora, que vuelva la tropa a sus tareas.

—A sus órdenes, mi teniente. —El cabo saludó y marchó a por su pala.

—¿Qué decía, González?

—¿Cómo dice, mi teniente?

—Antes de que te interrumpieran los indios.

—¡Ah! Disculpe. Ya se me había olvidado. Hemos terminado de despejar el bosque tal y como usted nos ordenó.

—Bien hecho. Se ha comportado con una gallardía admirable ante el fuego enemigo. Ahora dirija la recolección de alimentos. Hay que aprovechar

todas las horas de luz. No sabemos cuánto tardarán los taos en reorganizase. Siga así, González. Está realizando un trabajo estupendo.

El cabo se cuadró de manera clamorosa, saludó llevándose la mano al pecho y, después de colgarse el máuser a la espalda, se alejó andando como si fuera un guardia real desfilando frente a la reina regente.

Por la noche, con los cazadores de vuelta en la iglesia, cerraron de nuevo las puertas. El jolgorio era más propio de un pueblo en fiestas que de una guarnición sitiada. Era tal que, por primera vez en cinco meses, las risas superaron a los quejidos de los enfermos. Los hombres, saciados con naranjas, tallos de plátano, hojas de calabaza y bongas, estaban eufóricos. Recostado sobre su catre del hospital, Vigil chupaba la mitad de una naranja. Al ver entrar al cabo, la dejó sobre la pequeña mesa contigua a su cama.

—¿Me buscaba?

—Sí, Olivares. Quería hablar con usted.

—A sus órdenes, doctor. Si puedo ayudarle en algo.

—¿Más aún? —preguntó Vigil—. Ya ha hecho bastante por mí. Y justo esa es la razón por la que le he llamado.

—No sé si le entiendo.

—Ha dirigido con éxito esta fantástica salida. Es usted un héroe; probablemente haya salvado la vida de sus compañeros… y la mía.

—Solo cumplí con lo que me ordenaron.

—Y de manera muy concienzuda. Ha realizado una hazaña extraordinaria.

—Debimos coger a los taos desprevenidos. Huyeron con los primeros disparos. Cuando asaltamos su trinchera ya no quedaba nadie. El incendio del pueblo terminó por romper cualquier resistencia. Solo hemos descubierto tres cadáveres entre los restos de las viviendas. Los demás tomaron las de Villadiego.

—No sea tan modesto, Olivares. Han demostrado un gran valor. No sabían a lo que se iban a enfrentar. Podían haber muerto mucho antes de alcanzar la trinchera. —El cabo se encogió de hombros—. Además, dice el padre Minaya que se paseaba por las posiciones tagalas con la mayor naturalidad. Exponiéndose mientras los demás andaban entre la maleza. Sí, un coraje más propio de héroes de otros tiempos. Por eso quiero mostrarle mi agradecimiento. Tome, mi posesión más valiosa. No tengo nada mejor que ofrecerle.

Recogió de la mesita un bulto envuelto en un pañuelo blanco y se lo tendió al cabo, que lo recibió con el ceño fruncido. Al deshacer el paquete, pudo contemplar un bello reloj de bolsillo.

—¿Le gusta? Es de plata labrada.

—Claro, pero no puedo aceptarlo.

—Tonterías, es suyo. —Le cerró la mano sobre el reloj—. Siento no poder ofrecerle algo mejor. Sepa que nunca olvidaré lo que ha hecho hoy. Siempre estaré en deuda con usted.

Lo que no imaginaban ni el doctor Vigil ni el Cabo José Olivares era que la carga de los catorce, que recuperó el control del pueblo durante unas horas, protagonizada por soldados desharrapados, sin importancia en la historia pero vital para los hombres de Martín Cerezo, se convirtió en la última conquista del imperio español en ultramar. Un imperio desaparecido hacía ya varios meses y cuya bandera solo ondeaba en la lejana y olvidada iglesia de San Luis de Baler.

15 de diciembre de 1898.
Ciento sesenta y ocho días de asedio

Queridísima esposa:

Te escribo exultante. Por fin puedo narrarte buenas noticias. El júbilo ha invadido mi alma y me ha liberado por unas breves horas de la responsabilidad que me abrumaba. Por una vez he logrado, si no vencer, al menos sí olvidar las múltiples dudas que me acosan y mortifican. ¡Qué victoria tan dulce!

La situación era tan desesperada que nos obligó a jugarnos nuestro futuro con un ataque sorpresa. Lo retrasé mientras fue posible, esperando la llegada de la tropa de auxilio, pero el imparable avance del beriberi me empujó a tomar esta medida tan desesperada y que pudo ser definitiva. De no haber ejecutado el asalto ayer, es posible que en menos de una semana hubiéramos sido incapaces de intentarlo. Esta enfermedad cruel no conoce la derrota, nos gana todas las batallas.

Gracias a Dios, la carga de los catorce fue un éxito. Una victoria que nos da vida y, por encima de todo, esperanza. La moral del destacamento se ha disparado. Tendrías que verlos, están risueños como nunca los había visto antes. Hoy han podido acompañar su rancho con vegetales frescos. Tal nimiedad les ha hecho sentirse libres. Si bien estamos de nuevo encerrados en la iglesia, apenas nos inquietan los sitiadores. Sus trincheras están cegadas, sus fortificaciones derruidas, alrededor de cien de sus casas quemadas. Solo encontramos, aunque seguro que hubo más, tres cadáveres entre los escombros. Sin duda hemos quebrado su ánimo con tan duro descalabro.

Seguro que nuestra victoria te parecerá increíble. No sé si yo mismo la creería de no haberla presenciado. Solo catorce hombres pusieron en fuga a centenares, forzándoles a refugiarse en el bosque. La sorpresa fue total y destruyó el coraje del enemigo. Ha ocurrido muchas veces a lo largo de la historia. Pero esta vez, además de contar con la sorpresa, habría que añadir, como causa de la victoria, la superioridad española, grabada a fuego durante siglos en la mente indígena. Los tagalos son conscientes de ello y temen nuestro arrojo y nuestro furor. Solo así se explica que más de trescientos hombres huyeran ante el ataque de poco

más de una docena de famélicos soldados españoles. Doy fe de que los tagalos no son unos cobardes. La desbandada general la originó lo imprevisto del asalto y los acertados recelos que les provocamos, que les forzaron a comportarse de manera instintiva, buscando refugio como hace el corzo al escuchar el aullido del lobo.

Este comentario, que puede parecerte baladí, es de una importancia capital. Demuestra que si se hubiera actuado con más energía en otros lugares, si en otras ocasiones se hubieran evitado flaquezas, si hubiéramos fortalecido el acertado juicio de los indios, otra sería nuestra situación actual.

Los soldados, en este contexto tan adverso, se han conducido de manera admirable. Todo aquel que podía andar, aunque fuera ayudado por una muleta o arrastrando una pierna, ha hecho lo posible por lograr la victoria. Incluso muchos cazadores, incapaces ya de moverse, sentados ante las troneras, apoyaron con sus disparos el avance de sus compañeros. Estoy orgulloso de mis hombres. Han demostrado que la infantería española, aunque olvidada por sus gobernantes, sigue siendo de las más temibles del mundo. Los dos cabos, no solo en la victoriosa jornada de ayer, sino también en las últimas semanas, han mostrado una actitud excepcional. Olivares, al mando del ataque, exhibió un coraje férreo. No se amedrantó ni titubeó en ningún momento. Se comportó como un nuevo Cid y guio a la tropa con su ejemplo. Un héroe enflaquecido, no pesará más de cincuenta kilos, harapiento, con la guerrera y el pantalón agujereado, lleno de remiendos y descalzo. Es la metáfora perfecta de nuestra amada patria. También es digno de mención González, de mi máxima confianza, siempre atento y servicial. Es el primero de los cabos. No pudo comandar el ataque porque lo ha debilitado la disentería aguda que padece. Aun así, ha trabajado en todo momento al máximo de sus fuerzas, sin ahorrar energía. Tuve mis dudas con él, pero he de reconocer que se ha ganado mi confianza.

Te decía antes que los cazadores han recuperado la moral. Ahora están alegres y se ríen por la cosa más nimia. Esta misma tarde lo he podido comprobar. Venían algunos acarreando hojas de calabaza y naranjas en cubos. Uno de ellos se ha acercado y me ha mostrado orgulloso una lata a medio llenar con pimientillos silvestres que había recogido. Ante mi pregunta sobre cómo era su sabor, se ha encogido de hombros. Le pedí uno, pero Pedro Vila me oyó y me dijo que si a alguien correspondía esa tarea era a él. Como cocinero del

destacamento no iba a permitir que me sucediera un percance por hacer yo su faena. Me pareció razonable su reclamación y le invité a probarlos. Vila agarró uno, que medía alrededor de seis centímetros, y se lo metió entero en la boca. Masticó un par de veces y asintió complacido, parece que pica algo, masculló. En cuanto sintió su verdadero ardor, más que sabor, levantó las cejas, arrugó la cara y un color rojo intenso se adueñó de su rostro. Escupió la verdura como si fuera un niño mal criado, sacó la lengua y la frotó con los dedos a la par que se quejaba mediante incompresibles balbuceos. Todos sus compañeros, avisados de su percance, se carcajeaban, algunos incluso se secaban las lágrimas mientras veían a Vila convulsionarse. Alguien se apiadó de él y le pasó un bombón de agua. El cocinero quitó el tapón y se refrescó con ella. No la bebía, simplemente se llenaba la boca y la expelía, continuó así hasta que lo vació por completo. Consiguió murmurar un «Dios mío, ¡cómo arde!». No pude evitar sonreír ante el contagioso jolgorio de la tropa que, en ese momento, era ya una tormenta de risotadas. El cocinero al fin se incorporó y comentó que creía que merecía una medalla, pues me había salvado de una buena. Una guindilla al lado de ese pimiento parecería un caramelo. Todos rieron, incluido él. ¡Cómo ha cambiado el ambiente de un día para otro! Y esos pimientos al menos le proporcionarán algo de carácter a nuestras tristes comidas.

Hoy, desde ya no sé cuánto tiempo, he podido dormir casi seis horas seguidas. Y he soñado contigo una vez más. De vuelta en España, al bajar del barco en el puerto de Barcelona, me esperabas en el muelle. Preciosa como siempre, con aquel vestido azul que te pusiste en la noche del baile de los suboficiales, con tus rizos castaños tapando las orejas y esa sonrisa que me enamoró. Al descender del buque intenté correr hacia ti, pero se interponía una banda que tocaba marchas militares. Una multitud de políticos engalanados y generales entorchados en oro y plata salían a mi encuentro y me felicitaban y zarandeaban. Te vislumbraba entre el gentío, sabiéndote lejana y borrosa como un recuerdo olvidado… y no te pude alcanzar, no te pude besar de nuevo. En ocasiones los sueños son igual de crueles que la realidad. Me he despertado confuso y apenado, pero, y te parecerá extraño, después de superar los primeros momentos de zozobra me he alegrado. Sí, me he alegrado y no por recordar la reciente victoria, sino porque he comprendido que Dios me ha dejado verte durante unos

segundos, allí de pie en el muelle, esperándome. Y ahora puedo cerrar los ojos y verte y acordarme de todos aquellos detalles que tanto amo. Tú, mi Fuensanta preciosa, mi niña por siempre. Te quiero, os quiero a los dos y no os olvido. ¿Cómo podría?

16 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y nueve días de asedio

Manila

Higinio estaba sentado a la pequeña mesa de que disponía en la redacción de *El Noticiero de Manila*. A cambio de algunos trabajos que publicaba con seudónimo, el diario le facilitaba un lugar donde ejercer su corresponsalía y así se ahorraba parte del dinero que le pagaban desde Madrid.

El periodista repasaba las notas que había tomado de sus intentos para socorrer al destacamento de Baler. Después de una segunda lectura, tamborileó con los dedos sobre la mesa. Dudaba sobre el paso que debía dar a continuación.

Lo primero que había hecho fue enviar un telegrama al Gobierno de España, presidido aún por Sagasta, y explicar la angustiosa situación en la que debían de encontrarse los defensores de la guarnición de Baler. La sorprendente respuesta fue, y al corresponsal aún le costaba creerlo, preguntar dónde se encontraba ese pueblo. Higinio indicó ese mismo día su longitud y latitud; pero desde entonces no había obtenido ninguna réplica a sus ruegos. Remitió un par de cablegramas más a Madrid, indicando la urgencia del asunto, mas nadie del gabinete liberal volvió a comunicarse con él.

Ante el silencio del Gobierno, decidió recurrir a la principal autoridad militar en la zona, el actual capitán general, Diego de los Ríos, para que ayudara a los que en definitiva eran sus hombres. Le telegrafió a Zamboanga, en la isla de Mindanao, la más al sur del archipiélago filipino. Allí el general disponía de un número considerable de hombres y de todos los barcos más pequeños, como cañoneros y torpederos, que no habían participado en la batalla de Cavite y, por lo tanto, habían escapado a su destrucción. Solicitó que destinará uno de esos buques para poder salvar al destacamento, pero, siguiendo el ejemplo de los políticos, el militar tampoco había contestado.

Siendo así las cosas, Higinio valoró las escasas opciones que tenía y se decidió por realizar una acción doble. Por un lado, debía convencer al público de su causa y para ello se valdría, como buen periodista que era, de la palabra. Había intentado contactar con las autoridades de modo directo, pero ante su

rechazo solo le quedaba recurrir al poder de la prensa. Abofetearía las conciencias de los ciudadanos para que levantaran sus voces contra sus apáticos representantes. Escribiría un artículo incendiario con el fin de resucitar el perdido fervor de sus compatriotas. Su guion ya lo tenía trazado en su cabeza. Comenzaría alabando la extraordinaria gesta de los soldados de Baler. El país, derrotado, abúlico y hundido, los convertiría de inmediato en sus nuevos héroes. Expondría todos los sufrimientos por los que debían de estar pasando y cómo, a costa de sus vidas, mantenían ondeando la bandera de la patria. La última enseña española que flameaba invicta en todo el archipiélago. Tras avivar el fuego de la ira en los lectores, explicaría la incapacidad de los gobernantes. Expondría sus vanos intentos por conseguir una respuesta de la administración acorde con el valor exhibido por los soldados y manifestaría su indignación por el obstinado silencio de las autoridades políticas y militares. Instigaría a que los mandos del ejército solicitaran la intercesión norteamericana. Y finalizaría de nuevo alabando el valor de los hombres de Baler, que han enseñado al mundo que la brava raza hispana no ha alicaído. Los relacionaría con Numancia, Sagunto y Zaragoza. Los héroes del pasado exigirían el auxilio de héroes del presente. Sí, este artículo enardecería a la sociedad. Otras voces se levantarían y ayudarían a remediar tan injusta situación. Hoy mismo lo escribiría y lo publicaría tanto en Filipinas como en España.

Además, y por otro lado, recurriría a otra vía para intentar solucionar la enquistada situación. Si los gobernantes españoles no hacían nada por salvar a sus propios soldados, quizá los nuevos dirigentes de la naciente República de Filipinas, aún no viciados por la política, mostraran mayor interés por proteger a los suyos. Viajaría y se pondría en contacto con ellos. El corresponsal suspiró y asintió con la cabeza. Desde luego era una acción arriesgada, pero sin duda era la que, a corto plazo, más posibilidades tenía de triunfar. Mañana mismo partiría. Dios quiera que no le costara la vida.

17 de diciembre de 1898.
Ciento setenta días de asedio

Posiciones filipinas en torno a Baler

Aunque llevaban ya más de dos horas cavando y les dolían los brazos, no podían detenerse, pues su vida dependía de la profundidad lograda. Los filipinos aprovechaban la noche y la lluvia para reconstruir la trinchera. Trabajaban en silencio en uno de los tramos donde los españoles menos la habían cegado. Habían improvisado una destartalada barricada para que los ocultara y protegiera, pero aun así no se sentían seguros. A media madrugada el aguacero amainó y las nubes se dispersaron. El atenuado resplandor de la luna creciente provocó que se recortaran las siluetas de los filipinos. De inmediato tres proyectiles volaron desde el campanario y el coro de la iglesia y derribaron a dos de los zapadores. El resto se tiró al suelo. Con los ojos cerrados y tapándose la cabeza con las manos, esperaron otra embestida de la muerte que no tardó en llegar. Los españoles dispararon varias veces, pero lo hacían a ciegas y no hirieron a nadie más.

Al cesar el tiroteo los sitiados pudieron escuchar los lamentos de uno de los caídos, el otro no se quejaría nunca más, y lo celebraron con entusiasmo. Cada pequeña victoria añadía una piedra al recientemente reconstruido muro de su ánimo.

El sargento Sebastián Roa, al mando del grupo de insurrectos, ordenó a sus hombres que reptaran hasta sus nuevas líneas. Retrocedieron los alrededor de trescientos metros que los separaban con lentitud exasperante. Se arrastraron por el barro azuzados por el miedo y guiados por el suboficial, que repetía a cada momento que agacharan la cabeza. Tuvieron que dejar atrás al soldado herido, pues no podían cargar con él sin exponerse. Alcanzado en la pierna izquierda, intentó volver por sus medios, pero había perdido mucha sangre y fue incapaz siquiera de recorrer la mitad del trayecto. El alba lo descubrió en terreno despejado y lo convirtió en un objetivo demasiado fácil. Nunca regresó.

Cuando superaron los primeros *bahays*, se escondieron tras ellos y se levantaron al fin. El sargento se presentó ante Novicio, que, desde una de las

viviendas, había visto lo ocurrido.

—Hemos tenidos que retirarnos, *kapitang*.

—Habéis hecho lo correcto, Sebastián. ¿Cuánto habéis profundizado?

—Me cubría hasta la cintura. No más.

—Hemos perdido ya seis hombres. Va a ser imposible recuperar la antigua línea de trincheras. —Novicio se dio la vuelta y contempló la mole de la iglesia en la penumbra y la tierra requemada que la rodeaba—. Vamos a tener que empezar a excavar aquí, bajo la protección de los *bahays*.

—Será un trabajo enorme.

—Sí, y hay que acabarlo lo antes posible. Mientras no lo hagamos los *kastilas* tendrán la posibilidad de andar a su antojo. —El capitán filipino se agachó y marcó con el índice un punto en el barro—. Fíjate, Sebastián, si esto es la iglesia, esas eran nuestras posiciones y estas serán las que construyamos ahora. —Trazo dos círculos concéntricos—. Debe ser casi cuatro veces mayor. Hay que traer a toda la gente que sea posible. Las mujeres y los niños trabajarán también. Empezaremos por dos sitios. Aquí, y por aquellas casas de allí. Una vez estén unidos continuaremos hacia fuera, hasta que les rodeemos otra vez.

—¿No irá la trinchera demasiado cerca del río? Si se desborda, la inundará.

—Ya nos preocuparemos entonces. Si es preciso pondremos una tarima. Que empiecen ahora mismo a cavar. Ocúpate, Sebastián. —El sargento se retiró, pero aún no se había alejado más que un par de metros cuando Novicio lo volvió a llamar—. Se me olvidaba decirte una cosa. He ideado un plan para contar con un nuevo aliado.

—¿Van a venir los americanos?

—No los necesitamos. Hablaba del tiempo, de la lluvia y de la humedad. Al fin y al cabo ellas también son filipinas. —El rostro de Roa mostró con una claridad infantil que pensaba que su superior desvariaba—. A ver si me entiendes. Los muros de la iglesia son grandes y duros, no podemos perforarlos, pero sí su tejado. Vamos a concentrar los disparos contra la chapa de zinc. Cuando reine la oscuridad quiero que se acerquen un puñado de voluntarios, apedreen la cubierta y huyan corriendo. Los kastilas no tendrán donde refugiarse. Nuestras tormentas nos ayudarán a apagar su fuego guerrero.

Manila

Higinio Algar se levantó antes de que amaneciera. Desayunó los restos de la cena del día anterior y, después de lavarse la cara y las axilas con ayuda de una jofaina, se vistió con las ropas más cómodas que tenía. Preparó un hato con un par de mudas, su revólver y varios cuadernos y esperó a que llegara su guía, un tagalo que había contratado numerosas veces en sus desplazamientos por las islas de Luzón. Justo cuando salían los primeros rayos de sol, oyó cómo Miguel llamaba a la puerta.

—Llegas tarde —dijo el periodista a modo de saludo.

—Lo siento, señor Algar, pero es difícil encontrar caballos. Si usted hubiera querido viajar en un quile…

Aunque no era un buen jinete, Higinio prefería sufrir las penalidades de la silla de montar que viajar aterrorizado en el asiento de un carruaje, saltando en todas direcciones, esperando el inevitable momento del accidente. No entendía el complejo de auriga romano que sufrían los cocheros de aquel archipiélago. Ni dándoles propinas por ir despacio conseguías que fueran a una velocidad moderada.

—¿Hacia dónde nos dirigimos esta vez?

—Iremos a los campamentos taos que rodean Manila. Allí indagaremos hasta que podamos hablar con alguna de sus máximas autoridades.

La capital estaba en poder de los estadounidenses. Estos incluso habían prohibido la entrada a las tropas nativas. A estas alturas, los patriotas filipinos ya comenzaban a darse cuenta de que habían cambiado un amo por otro.

Al arribar el pueblo de San Juan de Monte, encontraron el primer piquete de soldado tagalos, pero no tuvieron ningún problema para continuar. Siguiendo sus indicaciones, se desviaron hacia el norte para alcanzar Bulacán, donde esperaban que se hallara el general Llanera. Al llegar a la ciudad, desde un pequeño altozano que se levantaba justo al sur, Miguel señaló una miríada de tiendas que se erigían junto al río. Por encima de ellas sobresalía un mástil con una bandera negra en la que resaltaba una letra ka mayúscula blanca junto a una calavera con dos tibias cruzadas.

—Mire, señor Algar, la bandera del general Llanera.

—Sí, hemos tenido suerte, dudaba de que aún permaneciera aquí.

Avanzaron hacia el campamento al trote hasta que dos centinelas le dieron el alto. Uno de ellos les condujo a otro grupo más numeroso de soldados que custodiaba la entrada. Allí, un jovencísimo teniente, un mulato que no sabía hablar castellano y que llevaba una guerrera raída y cubierta de manchas, les interrogó sobre los motivos de su visita. Después de que Miguel se los

explicara en tagalo, les entregaron los dos revólveres que portaban para defenderse de los posibles ataques de los bandidos que infestaban los caminos y los condujeron a una de las muchas tiendas de campaña requisadas al ejército de la antigua metrópoli. A mediodía, una mujer le dio a cada uno una ración de morisqueta con pollo y una banana. Cuando ya pensaban que no iban a ser atendidos, se presentó un asistente y les indicó que Llanera les recibiría. Los guio entre una maraña de tiendas instaladas sin ningún tipo de criterio hasta que alcanzaron un pequeño claro donde había un par de mesas cubiertas por un toldo. Una de ellas estaba vacía y en la otra un hombre que debía cruzar ya la cuarentena se afanaba por redactar un documento. Lucía uniforme de rayadillo de un oficial español al que le había quitado sus insignias y añadido las propias del generalato. Durante unos minutos escribió sobre el papel hasta que, con trazo rápido, estampó su firma y lo dejó en una bandeja. Entonces, por primera vez se fijó en el corresponsal y su guía. Les hizo un gesto con la mano indicándoles que se acercaran.

—Preséntanos y después pregúntale si es el general Mariano Llanera —pidió Higinio a Miguel.

—¿Así que un periodista kastila quiere entrevistarme? —El mando filipino se repantigó en la silla y se apoyó sobre su respaldo. Su castellano era bueno; apenas tenía acento.

—Buenos tardes. Soy Higinio Algar, trabajo para *El Imparcial* de Madrid. ¿Es usted el general Mariano Llanera?

El militar asintió con la cabeza y permaneció unos segundos examinando el rostro del corresponsal.

—¿De Madrid? Después de perder la guerra, creo que no tendrá mucho que relatar a sus lectores. ¿No es hora ya de abandonar Filipinas?

—Siempre hay algo que contar. Ahora cubrimos la repatriación de nuestro ejército.

—Cuanto antes se vayan, mejor para todos.

—Justo eso es lo que piensan nuestros soldados.

El filipino le miró y sonrió.

—¿Y qué es lo que desea de mí? ¿Una entrevista? Pero siéntense. —Señaló las dos sillas que había frente a su escritorio—. Disculpen que no les invite a beber; cuando estoy de campaña no me permito ningún lujo. Solo puedo ofrecerles agua.

—No se preocupe, con agua bastará, pero más tarde —contestó el periodista—. Verá, mi general, venimos de Manila para solicitarle un favor.

—¿Un favor? ¿A mí? ¿De qué se trata?

—Supongo que sabe que hay un destacamento español que todavía resiste a las tropas revolucionarias.

—Sí, en Baler. ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Quería rogarle que pusiera fin a ese disparate.

—Si me dejaran, movería mi brigada y les daría un escarmiento. Una vez allí, terminaría todo en menos de un día.

Higinio escuchó la amenaza y bajó la vista. Se atusó la ceja con el dedo y, cuando creyó que ya se había mostrado lo suficientemente contrariado para satisfacer el orgullo del general, dijo:

—Yo había pensado en un final menos… sanguinario. La guerra terminó. Es una crueldad que muera nadie más. Podría enviar a un oficial español, de los muchos que tiene prisioneros, para que hable con el destacamento de Baler y les explique que su resistencia es inútil.

—¿Y por qué no se lo pide a su gobierno?

—Filipinas ya no es española, por eso he creído que lo mejor es pedírselo a la nueva administración revolucionaria. Los políticos de Madrid ya no tienen ninguna autoridad aquí.

—Cierto, lo que no entiendo es por qué tendría yo que molestarme en ayudar a los kastilas. ¿Sabe cuánta gente perdí a manos de sus compatriotas? ¿Sabe cuánto sufrimiento causaron?

—Hágalo aunque sea por caridad cristiana.

—¡Ja! Lo que me faltaba por oír. La misma caridad cristiana que mostraban sus frailes con mis compatriotas. Sepa usted que soy masón.

—Pues hágalo por la fraternidad que tanto promulga la masonería, y si no, hágalo al menos por sus hombres.

—¿Por mis hombres?

—Estoy seguro de que los soldados de Baler les han causado gran cantidad de bajas. Usted puede terminar con esa sangría. Además, mi general —Higinio se incorporó en la silla, se acercó a la mesa y clavó el dedo índice en él—, usted sabe que la guerra de su patria con Estados Unidos es inminente. No han vencido en su revolución para que ahora les mangoneen los yanquis. ¿De veras quiere empezar una guerra contra un enemigo tan potente con un destacamento detrás de sus líneas?

Llanera asintió lentamente, no le gustaba reconocerlo, pero aquel entrometido kastila tenía razón. Como general, si algo había aprendido era a reconocer una buena idea. Lo más prudente era terminar con aquella insensata resistencia de manea negociada.

—De acuerdo. Voy a despachar dos mensajeros. Uno a la provincia de Nueva Écija para que envíen un oficial kastila a Baler y otro para notificarlo a las tropas allí emplazadas.

—Gracias, me encargaré de que todo el mundo conozca y honre su misericordia. Ha salvado usted muchas vidas.

—Solo hago lo mejor para la República de Filipinas.

20 de diciembre de 1898. Ciento setenta y tres días de asedio

Baler

—¿Ve lo que le decía, mi teniente? —preguntó a voz en cuello Olivares para hacerse oír por encima del estruendo que provocaba el aguacero. Oficial y cabo, subidos en dos escaleras, examinaban el alero del tejado. La cubierta de zinc, tres días después de que los tagalos la hubieran convertido en su objetivo, parecía un cedazo gigante. Con el buen tiempo cribaba los rayos del sol, iluminando el edificio, pero en los numerosos días de lluvia era casi igual que estar al raso.

—Tienes razón. Se acumula el agua sobre la cornisa. Si dejamos que duerma ahí, terminará por pudrir la madera y será incapaz de soportar el peso de la techumbre.

—¿Qué quiere que hagamos?

—Nada más amaine la tormenta, la fijaremos a los muros. Utilizaremos los clavos enormes que rescatamos de las ruinas de la comandancia. Es importante que los anclemos de tal forma que la dotemos de pendiente. Prepáralo todo y avísame cuando se pueda empezar. Estaré en el hospital.

Aunque el dispensario y la zona adyacente seguían repletos de pacientes de beriberi, cualquier lego en medicina podía observar que los nuevos alimentos añadidos al rancho habían producido una mejoría inmediata. Los dolores y las tumefacciones, aquellos edemas espeluznantes que tanto les habían asustado, comenzaron a desaparecer. Los más aquejados, antes recubiertos de hinchazones, vieron como sus cuerpos se secaban de tal manera que se podían contar sus huesos. Enjutos y desgarbados, más que personas se semejaban a cadáveres momificados.

Además, y también desde el día catorce, los españoles, con el enemigo a más de trescientos metros de distancia, abrían la puerta principal todos los días. El mal olor, aquella atmósfera pútrida malsana, se desvaneció por fin. Como las nuevas trincheras filipinas quedaban al oeste, ya que las casas desde donde partían se hallaban unas al noroeste y otras al suroeste, los sitiados

disfrutaban del terreno situado al este de la iglesia. Así, todas las mañanas sacaban a los enfermos para que, apoyados en los muros, gozaran del sol.

El teniente, antes de entrar al hospital, se quitó el impermeable de hojas de nipa y lo colgó de uno de los clavos que servían de percha. Después de saludar a Bernardino y a los pacientes que encontró despiertos, se acercó a hablar con el doctor Vigil, que, sobre el catre, se examinaba la parte trasera de los muslos con ayuda de un espejo.

—Hola, Vigil. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Muy bien, Martín. Ya comienzo a recuperar el movimiento de las piernas.

—Me alegro mucho. Has conseguido vencer al beriberi.

El médico miró a los lados y vio que los pacientes más próximos dormían; aun así, continuó con un susurro:

—Llegué a creer que terminaría con todos nosotros.

—Yo también. Espero que no vuelva a resurgir.

—No lo hará… mientras consigamos verduras y frutas.

—Ya me encargaré yo de eso —prometió Martín cerezo—. ¿Tienes el listado que te pedí?

—Sí, toma. —Cogió una hoja de papel sobre la mesita contigua y se la tendió al teniente.

—Gracias, Vigil. Veamos: dos heridos graves, quince con beriberi incluyendo al padre López, tres soldados con disentería aguda y dos con calenturas tropicales. Si no he errado al sumar, hacen un total de veintidós. —El doctor asintió con la cabeza—. Contando al padre Minaya, somos cuarenta y uno los sitiados. Así que más de la mitad siguen enfermos. Quedan aptos para el combate dieciocho hombres. Espero que los indios no se decidan a atacarnos. No resistiriamos un asalto.

Posiciones filipinas en torno a Baler

Villacorta, con los brazos en jarras, negaba con la cabeza al contemplar la desolación causada por la carga de los catorce.

—No me lo puedo creer —murmuró—. Es que no me lo puedo creer. Te dejo solo unos días y, a mi vuelta, me encuentro esto… ¡Esto! —repitió gritando.

—Ya le dije que no contaba con los hombres suficientes.

—¡Aba! Si aún será culpa mía.

—No quería decir eso, Calixto.

—¿Cómo Calixto? ¿Es que no sabes nada, maldito ignorante? ¡Soy un coronel! ¡Trátame como merezco!

—Disculpe, mi coronel.

—¿Qué diantre pasó?

—Fue el día catorce. Atacaron los kastilas en tromba el *bahay* fortificado que quedaba al norte de la iglesia. No eran menos de cuarenta. Enseguida pusieron en fuga a la docena de soldados que protegían ese reducto.

—Eso lo entiendo. Lo que no logró comprender es cómo no aprovechaste para aniquilarlos con el resto de los hombres. Tuviste una oportunidad única.

—Lo intenté, pero se creó una desbandada total. Solo conseguí que me siguieran una veintena. Costó varios días reunirlos de nuevo.

—Podías haber terminado con este maldito asedio de una vez por todas. Si hubiera estado yo… No has sido capaz ni de recuperar las fortificaciones.

—No había nada que recuperar, mi coronel. Las cegaron. Intentamos reconstruirlas, pero nos exponíamos demasiado. Perdimos seis hombres.

—¿Y no se te ocurre otra cosa que cavarlas aquí? ¿Has visto lo lejos que está la iglesia? ¡Diablos! Si los kastilas salen a pasear sin miedo. Míralos qué tranquilos caminan.

—Por eso he puesto a todo el pueblo a trabajar en la trinchera. Hay que terminarla lo antes posible.

—¿Y cómo quieres que defendamos esta monstruosidad? Es muchísimo más grande que la anterior.

—Si usted lo cree conveniente, mi coronel, prepararemos ochos retenes a lo largo de toda la excavación. Si los kastilas nos asaltaran, nosotros nos reuniríamos en estos puntos. Así evitaremos la desbandada y la tropa estará concentrada para lanzar un contraataque y aniquilarlos.

—Me parece genial, ¿por qué no caíste en la cuenta antes?

Novicio miró a su superior y desvió la vista hacia el suelo; de manera instintiva su mano izquierda buscó el *anting-anting*.

—Nunca pensé…

—Ese es tu problema, que no piensas.

—Todo lo contrario. Llevo días dándole vueltas a un asunto.

—¿Quiere reconstruir la gallera?

—Sí, claro, pero no, no es eso, mi coronel. ¿Por qué salieron los kastilas? ¿Por qué se arriesgaron tanto? Creo que se encuentran al límite de sus fuerzas. Y creo también que, ahora que ha regresado usted con el grueso de nuestros hombres, deberíamos lanzar un ataque contra la iglesia.

—Dirá que se encontraban al límite de sus fuerzas, porque, gracias a ti, ya se habrán recuperado. Quizá, si solo hubieran salido unos pocos, podría significar que el resto no estaban en condiciones, pero si participó todo el destacamento al completo… ¿Por qué dijo que eran alrededor de cuarenta? ¿No?

—Casi cincuenta, mi coronel.

—Entonces nada. No es el momento de precipitarse. Nos centraremos en terminar el cerco. No quiero adelantar acontecimientos, pero tengo una sorpresa para los kastilas.

—¿Una sorpresa?

—Sí, me han prometido un cañón moderno capaz de perforar los muros de la iglesia. En cuanto nos llegue, se pueden dar por muertos.

23 de diciembre de 1898. Ciento setenta y seis días de asedio

Madrid

Abandonó el edificio del Congreso y se dio de bruces con el frío de la capital, pero, lo que de verdad heló la sangre del diputado fue escuchar una voz a sus espaldas.

—¡Buenos días, señor Segura!

El político cerró los ojos y ahogó una maldición. No la recordaba con claridad, pero aquel saludo tan efusivo solo podía pertenecer a la mujer que llevaba varios días asediándole. Cazado y sin posibilidad de escape, se volvió mientras componía su rostro y su humor para la ocasión. Sonrisa en ristre acompañada de simpatía a raudales, como requería el manual del buen político.

—Buenos días, señora. Me comentó el ujier que vino el otro día a buscarme.

—Sí, tal como habíamos quedado…

—Tendrá que disculparme, pero padezco una agenda ajetreadísima.

Carmen asintió y permaneció en silencio. No se atrevía a preguntar. Temía la respuesta tanto como la ansiaba. Al fin, tras unos largos segundos, dijo:

—¿Y bien? ¿Ha podido ayudar a mi marido y sus hombres?

Gustavo Adolfo Segura respiró hondo antes de contestar.

—Me temo que no. He hecho todo lo posible, tanto en el Ministerio de la Guerra como en el de Estado y no he logrado nada. Y lo he intentado al máximo nivel… No debería decirle esto, pero nuestra administración está sumida en el caos. El inmenso trabajo de repatriar a las tropas aglutina todas sus energías. Nadie ha querido malgastar esfuerzos en algo que tiene todos los visos de resultar una quimera.

—¿Una quimera? ¿No les basta la palabra de un oficial?

—Entiéndame, no desconfían de la palabra del compañero de su marido. Desconfían de su fuente. Recuerde que le informaron indios desertores. Convendrá conmigo que es normal que genere algún tipo de dudas.

—Puede que no sean las personas más fiables del mundo, pero el asunto es gravísimo. Deben actuar inmediatamente.

—Lo sé. Y así se lo hice ver, pero no hubo manera. No se lo tome a mal. Tenga en cuenta que nuestros recursos son muy limitados.

—¿Que no me lo tome a mal? ¿Abandonan a mi marido y dice que no me lo tome a mal?

—Señora, el Gobierno no está de brazos cruzados. Hay muchos soldados que mueren de enfermedades allá en el trópico.

—No discuto eso, pero bastaría con informar a la Capitanía de Manila. Seguro que allí podrían destinar a alguien para que esclareciera el asunto.

—Le recuerdo que Filipinas ya no es una posesión española. No podemos disponer de ella a nuestro antojo. Tenemos que ponernos de acuerdo con yanquis e indios, que hasta hace poco eran nuestros enemigos. No es una tarea fácil. Miré, yo seguiré intentándolo, pero tenga en cuenta que soy un diputado con poca… solera, apenas poseo contactos. Por cierto, ¿ha escrito al remitente?

—Sí, al día siguiente de que me llegara la carta.

—O sea, que no llegará contestación antes de mes y medio y eso con suerte. En todo caso, si recibe una nueva o alguna prueba de que su marido aún resiste, tráigamela de inmediato. Reforzará nuestra posición.

—Sí…

—No desespere, ya verá como el día menos pensado le tiene de vuelta. —El diputado miró el reloj y comprobó que tenía tiempo de sobra—. Discúlpeme ahora, pero tengo que coger un tren. Voy a casa a pasar las fiestas. En cuanto regrese retomaré su problema con más fuerzas.

—¡Que Dios le pague sus desvelos, señor Segura! Es usted un santo.

—Tan solo cumplo con mi deber. —Se despidió de la mujer, y, cuando ya se había separado unos metros, se volvió hacia ella—. ¡Ah! ¡Feliz Navidad!

—Sí —dijo Carmen mientras veía alejarse al diputado—. Feliz Navidad…

Baler

—Mi madre —contaba Chamizo mientras removía con la mano agua mezclada con harina dentro de un cubo—, si el año ha sido bueno, prepara cabrito a la pastoril. En mi pueblo se crían unos chivos estupendos. Algunos años teníamos que conformarnos con una sopa de ajo con chorizo. Las dos últimas Pascuas que pasé en casa no nos llegaba ni para el chorizo. La

filoxera estaba acabando con las vides y apenas habíamos podido vendimiar. Además, las industrias cerraban y se ofrecían más manos que de costumbre. Mi única opción fue alistarme voluntario.

—Lo que daría yo ahora por una sopa de ajo —suspiró Ramón Boades, y vertió unos puñados de yeso en la masa que preparaba Chamizo.

—Puestos a soñar, pide el cabrito. Nunca habrás probado ninguno como los que hace mi madre. Además, siempre hay alguien que va a Málaga a por dulces para celebrar la Navidad. Marcha con mil recados y vuelve con un cargamento de confites, borrachuelos, turrón de Alicante y toda clase de golosinas. El año pasado… No, ese ya estaba en Manila, hace dos años no compramos, como ya os he dicho no había perras, pero al menos pude ahorrar cuatro reales para un pato de dulce. La Epifanía no es lo mismo sin él. —Chamizo miró la mezcla que amasaba y vio que ya casi tenía la consistencia adecuada—. Echa un poco más, Ramón.

—Pues mi familia celebra siempre la Nochebuena en Manlleu, en casa de mi tío el rector —dijo Pineda—. No tenemos otra opción. Eso sí, he de reconocer que es generoso. Su gobernanta prepara pavo, que yo solo lo he probado allí, y después de cenar nos convida a mantecados y polvorones mientras él prepara la misa del gallo. A las doce asistimos todos a la ceremonia. Yo, nada más terminar, me escapo a la taberna en busca de mis amigos.

—¿Ese es el que te zurró la badana? —preguntó Ramón.

—Sí, mi cariñoso tío. Gracias a él gozo de vuestra compañía.

—Hizo bien el hombre. Ahora sigues sus pasos.

—¿Cómo que sigo sus pasos?

—Claro —dijo Ramón—. No pasa día sin que no estés en la casa del señor, ayunas, rezas el rosario a diario, trabajas de sol a sol. Te has convertido en un monje benedictino.

—Ja, ja. ¡Serás desgraciado! —exclamó Pineda—. ¡Lo peor es que llevas razón!

—Esto ya está. Pineda, llévasela a Alcaide y tráete otro cubo —ordenó Chamizo.

La víspera de Nochebuena transcurría tranquila. El tiempo era apacible, solo se distinguían unas pocas nubes lejanas que no enturbiaban el abrasador poderío del sol. Los tagalos se centraban en reconstruir su línea defensiva y apenas inquietaban a sus enemigos con algún que otro disparo esporádico.

En la iglesia, la nostalgia se adueñó de los cazadores. Como la moral continuaba alta tras la rotunda victoria y aún no sufrían de nuevo los rigores

del asedio, la añoranza no derivó en una gris melancolía, sino que les produjo un gran entusiasmo. Y así, se propusieron celebrar el nacimiento de Cristo con toda la alegría posible. Prepararon una gran cena e idearon toda clase de espectáculos para distraerse.

Los soldados, además de encargarse de las constantes guardias y sus quehaceres habituales, tapaban los agujeros del techo con la argamasa fabricada por Chamizo y Boades a partir de agua con yeso y harina. Como la mayoría de los orificios no eran muy grandes, el trabajo se realizaba con celeridad. El teniente Martín supervisaba la tarea y repartía indicaciones a los operarios. Poco a poco la cubierta recuperaba su apariencia original, aunque fuera a costa de cientos de parches. El oficial se preguntaba si aquella masilla aguantaría las lluvias tropicales.

Mientras, en las líneas filipinas, dentro de una de las casas que habían sobrevivido al reciente incendio, la expectación era manifiesta. El coronel Villacorta caminaba sin cesar de un lado a otro del *bahay* que utilizaba como despacho. Esperaba una visita importante, alguien que podía ser capaz de poner a fin a la absurda batalla que se libraba en Baler. El jefe filipino, harto de perder oportunidades de promoción, ambicionaba salir de aquel tedioso puesto de una vez por todas. Y la única manera de resarcirse del tiempo perdido era abandonarlo con la rendición de la guarnición kastila.

La noticia no había tardado en filtrarse entre la población y los soldados de Baler, por eso, en cuanto oyó que estos armaban un gran revuelo, supo que la anhelada columna por fin había llegado. Salió a la calle y contempló a la veintena de hombres que la formaban. Reconoció algunos de aquellos rostros, pero su corazón no dejó de latir de manera atropellada hasta que localizó a la persona que buscaba. Le costó encontrarla porque en ese momento estaba de espaldas y tapada por dos de las mulas que había traído la partida. Al reconocerla, se acercó dando grandes zancadas.

—¿Es usted el capitán Belloto? —preguntó, y le tendió afectuosamente la mano.

—Sí. —El oficial reparó en la sorpresa del tagalo, que miraba extrañado al español que le acompañaba—. Este es mi ayudante, el sargento Álvarez.

—El general Llanera envió un mensajero hace dos días advirtiendo de su llegada, pero no dijo nada del ayudante. De todos modos los dos son bienvenidos —añadió sonriendo.

—Gracias, esperamos no importunarle, aunque si lo hacemos, toda la culpa es de su general. Aún no entiendo qué hago aquí.

Al coronel se le congeló la sonrisa al oír el comentario. Ni se le había pasado por la cabeza que el prisionero no quisiera colaborar.

—Estarán cansados del viaje. Pasen a mi *bahay* a refrescarse y comer algo. Luego descansarán hasta mañana.

—Se lo agradezco, aunque antes me gustaría dejar las cosas claras para evitar malentendidos. ¿Qué tiene usted pensado?

El coronel asintió cariacontecido; cada palabra que pronunciaba aquel hombre le producía escalofríos.

—Mañana enviaré un mensajero a sus compatriotas y solicitaré que se reúnan con usted. Llevará tres cartas. Una mía ofreciendo la suspensión de hostilidades hasta que terminen las negociaciones, otra del padre Gil Atienza, un sacerdote franciscano…

—Sí, lo conozco.

—Lleva unos días con nosotros, luego podrá saludarle si lo desea. Ha redactado un documento en el que certifica la identidad de usted y ruega a los españoles que le hagan caso.

—¿Y la tercera? —preguntó Belloto con el rostro fruncido.

—Será suya y pedirá su rendición.

—¡Yo no tengo autoridad para eso! Y aunque la tuviera, no obligaría a ese puñado de héroes a claudicar. ¿Cómo podría ordenarles semejante cosa? Mi honor de oficial me lo impediría.

—¡Usted sabe que la guerra ha terminado!

—Sí, mi patria ha sido vencida por Estados Unidos, pero no veo tropas yanquis por aquí.

—¿Y no podía al menos decirles eso? Les evitará sufrimientos inútiles. La hora de resistir ya pasó.

—De acuerdo, se lo diré, aunque con dos condiciones: me reuniré con el capitán De las Morenas cuando me dé su autorización por escrito y mi comunicación con él será siempre verbal. Necesito salvaguardarme. No quiero que me sometan a consejo de guerra por incitar a una plaza a capitular. En menudo brete me ha metido su general. ¿Qué le parece, sargento? Pretenden que les ayude a rendir un destacamento español.

—Yo de usted mandaba al infierno a estos indios desharrapados.

El coronel levantó las cejas al escuchar el comentario del suboficial. Iba a contestarle, pero prefirió hacerse el sordo. Necesitaba, al menos por el momento, a aquellos endemoniados y tercos españoles. ¿Es que no había nadie con sentido común en aquel condenado país?

24 de diciembre de 1898.
Ciento setenta y siete días de asedio

Al amanecer, y desde hacía ya varias horas, una lluvia débil pero pertinaz descargaba en Baler. El agua se deslizaba por el tejado y caía sobre los aleros del edificio. La gran mayoría de los remiendos aguantaba la prueba sin desprenderse. Martín Cerezo caminaba fijándose en el techo y asentía satisfecho ante las escasas goteras. Después comprobó que no hubiera ninguna novedad en los puestos de guardia y habló con Vila, que cocinaba platos especiales para celebrar la Nochebuena.

Los soldados libres de servicio repasaban sus actuaciones y practicaban con sus instrumentos, recuperados de entre los que tocaban los habitantes de Baler en las procesiones de la Semana Santa. Ese día se adelantaría el cambio de turno de guardia para que todos pudieran disfrutar de la fiesta. Los frailes, aunque no tenían posibilidad de oficiar la misa de los pastores, sí querían pronunciar un sermón especial y dar la oportunidad a la tropa de adorar al niño.

Tan solo el doctor permanecía al margen de los preparativos navideños, y no por falta de ganas, pero aún tenía mucho trabajo pendiente. Y, sin embargo, estaba eufórico; gracias a Dios o a la carga de los catorce, no había vuelto a escribir en aquel cuaderno cuyo recuerdo detestaba. Parecía que el beriberi había sido derrotado. La mayoría de los aquejados se habían recuperado con una rapidez inusitada. En diez días los pacientes casi ya no presentaban síntomas. Enfermos desahuciados y a un paso de la sepultura se encontraban ahora sanos… Todo lo sano que podían estar en esas circunstancias y con esos alimentos. Parecía, como atestiguaban los frailes, digno de una intervención divina.

Una corneta sonó en las posiciones enemigas pidiendo parlamento. Martín Cerezo, como había establecido desde la muerte del capitán, ignoró la llamada tagala. Al cabo de unos minutos volvió a repetirse. El oficial esta vez ni siquiera levantó la cabeza del cuaderno y continuó escribiendo. Los cazadores que tenía a su alrededor, después de consultarse entre ellos con la mirada, siguieron su ejemplo. El toque se repitió de nuevo cada dos o tres minutos. Tras escucharlo más de quince veces, el teniente, mitad por curiosidad mitad

por que dejaran de importunarle, accedió a recibir al enviado de los insurrectos.

—Bien, veamos qué quieren los indios. Hoy están especialmente pesados. Santos, toque llamada. ¡Santa María! —gritó al vigilante que estaba en la torre—. ¡Coloca la bandera blanca!

Los ecos de la contestación del corneta español se perdieron entre la parcheada techumbre.

—Viene un tao por la calle Cisneros —indicó Menache, de guardia en el coro.

—¡Caray! ¡Qué prisas! ¿Tendrán algo importante que decirnos?

—A ver si se van a rendir, mi teniente —bromeó Boades.

—¿Querrán probar la cena de Vila? ¡Cocinero! Prepara trescientos platos más —rio Alcaide.

—Venga, vuelvan a sus ocupaciones. González, dígale al doctor que se reúna conmigo en nuestra mesa —ordenó Martín Cerezo, y se dirigió hacia la puerta principal. Salió del edificio y mandó que cerraran el portón. No quería que el soldado insurrecto pudiera espiar el interior. Aguardó tranquilo junto a la gran cruz a que llegara el mensajero. No era de Baler, o eso pensaba el teniente, que no lo conocía. Andaba descalzo a la manera tagala y llevaba un pequeño bulto en la mano que le tendió en cuanto estuvo lo suficientemente cerca. El oficial le dijo que esperara sin miedo hasta que él saliera, pues tenía que informar a De las Morenas. Volvió a entrar en la iglesia, examinando los remitentes de las misivas y yendo directo a conversar con el doctor en la mesa que compartían.

—Mire Vigil, nos han enviado tres cartas los insurrectos. Esta parece firmada por un tal capitán Belloto. Dice que es de los nuestros. ¿Lo conoce?

—No.

—Yo tampoco. Veamos qué dice. —Rasgó el sobre y extrajo una breve nota—. Pide nuestra venia para reunirse con nosotros. Solicita contestación por escrito. ¿Será un nuevo ardid? ¿Querrán saber quién está al mando?

—¿Y si en verdad es un oficial español que quiere hablarnos? —preguntó el doctor—. Quizá debería atenderle. No tenemos nada que perder.

—Siempre hemos asumido que las noticias que nos proporcionaban los insurrectos eran falsas porque no las acompañaban de ninguna prueba. Si tantos destacamentos se habían rendido, ¿por qué no nos presentaban a algunos de sus oficiales? Puede que por fin este capitán justifique sus palabras. Creo que lleva razón, Vigil. Lo mejor será recibirlos.

—A ver si conseguimos saber algo de lo ocurre en Filipinas.

—Entonces estamos de acuerdo. Veamos qué más tienen que decirnos. Esta es de un tal fray Atienza. González —llamó al cabo que esperaba órdenes alejado unos metros—. Dígales a los padres que hagan el favor de venir.

—Búsquelos en la enfermería, hace dos minutos los dejé allí —aconsejó el doctor.

El cabo se retiró después de cuadrarse y saludar.

—Mientras abriré la última. Está escrita por… Villacorta. Veamos… dice que nos ofrece la suspensión de las hostilidades mientras duren las negociaciones… Como si nos hiciera falta… Este coronel no aprende. Si tuviera un puñado más de hombres lo iba a escarmentar.

—No es mal día para pactar un alto el fuego.

—Eso es cierto, pero si no acepto la suspensión de las hostilidades, ¿tomarán nuestra posición? Mira que han tenido tiempo…

—¿Nos buscaba, teniente? —preguntó fray López.

—Sí, padre. Siéntense. Los taos nos han remitido tres cartas. Una de un capitán español, un tal Belloto, otra de Villacorta y una última de un fraile llamado Mariano Gil Atienza. ¿Lo conocen?

—Sí, y usted también.

—¿Yo? No recuerdo haberlo visto nunca.

—Es un fraile franciscano como nosotros. Estaba de párroco en Palanan. Ya recibió un mensaje suyo en otoño.

—Ahora que lo dice…, sí que me suena. En aquel fajo enorme que nos remitieron… Sí, lo recuerdo. Luego comprobaré si las letras coinciden. Veamos qué dice. —Despegó la solapa del sobre y sacó una cuartilla doblada —. Viene a decir lo de siempre: que todas las Filipinas son del gobierno revolucionario y que nuestra resistencia es inútil. Ruega que escuchemos al capitán.

—Debería seguir el consejo del padre Mariano —opinó fray López.

—Sí, el doctor y yo habíamos llegado a la misma conclusión. A ver si podemos sacar algo en claro. Bien, no decepcionaremos a los taos. Voy a reunirme con Belloto. Se lo comunicaré a su enviado, que, si no ha salido corriendo, estará fuera. Si me disculpan.

El oficial se levantó y se dirigió a la puerta. Tras abrirla lo justo para poder salir, la cerró y se acercó al filipino, de pie junto a la gran cruz de madera de yacal.

—Dile a tus superiores que el capitán De las Morenas autoriza la reunión con Belloto. Que venga esta tarde, a las cinco, pero que acuda solo. Yo le

esperaré aquí mismo. Dile a Villacorta que no aceptamos la supresión de las hostilidades. ¿Me has entendido?

El insurrecto afirmó con un movimiento de cabeza.

—Estudié tres años en la Universidad de Madrid.

—Pues de bonita forma lo agradeces. —El oficial se dio la vuelta y llamó a la puerta para que le abrieran.

—¿No tiene que darme la autorización por escrito? —preguntó el mensajero—. El coronel Villacorta me dijo que…

—Nada de eso me ha dicho el capitán.

—Pero…

—¡No hay peros que valgan! Arrea ya con los tuyos o mando que te revienten la cabeza de un tiro.

El filipino se dio la vuelta y corrió hacia sus fortificaciones, temiendo que, cada paso que daba, fuera el último.

Después del rancho de mediodía, el teniente ordenó instalar una mesa enorme formada con los tablones rapiñados a los insurrectos y apoyados en barricas vacías. Aquella noche los hombres francos de turno de guardia cenarían juntos. A falta de sillas emplearon bancos de la iglesia. Para alumbrarse, además de antorchas, fabricaron bujías artesanales con latas perforadas dispuestas para albergar un pequeño cabo de vela en su interior.

A las cinco de la tarde Martín Cerezo, tal y como habían acordado, se personó en el exterior de la iglesia. Los filipinos lo vieron e informaron a Villacorta.

—Ha salido un oficial kastila, mi coronel.

—Ahora es su turno, capitán.

—Ya le dije que no me entrevistaría con ellos si no recibía una autorización por escrito.

—Ya escuchó al mensajero: De las Morenas ha consentido la reunión.

—No quiero que se me acuse de colaboración con el enemigo. No voy a contribuir a rendir una plaza si no queda todo debidamente detallado por escrito. ¡Podrían fusilarme!

—¡Pero si la guerra ha terminado! Filipinas ya no les pertenece. No ha de sufrir represalias.

—Se equivoca. Esa posición es española. Mire la bandera que ondea en lo alto del campanario.

—¿No siente camaradería hacia sus compatriotas? ¿Cómo se piensa que va a terminar este cerco? Hábleles, que sepan que cumplimos los acuerdos

internacionales en el trato de prisioneros. Dígaselo: no tienen nada que temer. Su experiencia puede servirles de ejemplo.

—¿Yo? Si alguien da ejemplo, son ellos. ¿Cómo voy a osar yo, un capitán prisionero, solicitar a ese grupo de héroes que se rindan?

Villacorta dijo unas frases en tagalo que, por el tono, parecían juramentos. Belloto miró a su asistente, que sonreía en silencio.

—Sargento, ¿qué ha dicho?

—Dice que está usted igual de loco que los soldados encerrados en la iglesia. Que España es un país de tercos y que somos orgullosos hasta el absurdo.

—Sepa que eso que usted denomina locura, yo lo llamo heroísmo. Gracias a Dios, mi ejército no me ha dotado ni de la autoridad ni del mandato para eso que usted pretende, así que renuncio a cualquier tipo de contacto con los miembros de la guarnición de Baler.

—Si es preciso le obligaré. Estoy harto de los kastilas.

—Ni bajo tortura hablaré con ellos.

—Eso lo veremos. —El jefe insurrecto dio una orden y varios hombres se abalanzaron sobre Álvarez.

—¡Malditos indios! —bramó el suboficial. Empujó a uno de los tagalos, pero otros dos le cogieron por los brazos y un tercero le propinó un culetazo en el estómago, haciéndole caer de hinojos.

—Capitán Belloto, si no se reúne con De las Morenas, fusilaré a su asistente.

—¡Cobarde!

—Decídase.

—¡Jamás!

—Usted lo ha querido. Preparad las armas.

El sargento continuaba arrodillado, le habían atado las manos a los pies por detrás de la espalda.

—Miserable. ¿Qué culpa tiene él?

—¡Carguen!

El ruido de los fusiles resonó en la tarde. Al oírlo, el suboficial escupió y maldijo a los insurrectos.

—¿Se sigue negando? —Belloto no contestó—. ¡Apunten!

—¡Fusíleme a mí en su lugar!

—¿Eso es lo que quiere? ¿Morir?

—¡Sí!

—¿No sería mejor ayudar a sus compatriotas?

—Con su rendición solo os ayudaría a vosotros, miserable cobarde.

—Usted se lo ha buscado, kastila insensato. ¡Ponedlo junto al otro! —Dos soldados filipinos le cogieron por los brazos y lo colocaron junto a su asistente—. ¡Apunten!

El capitán se santiguó y comenzó a murmurar un padrenuestro con los ojos cerrados.

—¡Fuego!

Los dos militares españoles oyeron el retumbar de los rifles, pero no sintieron ningún balazo. El oficial abrió los ojos y vio al pelotón de fusilamiento en posición de descanso.

—¿Qué se pensaban? ¿Que soy un indio asesino? Al menos tenía que intentarlo. Mañana volverán con el general Llanera. Aquí no sirven para nada. ¡Maldita sea! —Y se alejó hacia su *bahay* gritando insultos en tagalo. Los soldados y vecinos de Baler se apartaron asustados a su paso.

El teniente Martín, que ya estaba impaciente por llevar más de un cuarto de hora esperando y no tener noticia alguna de los insurrectos, se tiró al suelo al oír las descargas del amañado fusilamiento. A pesar de percatarse de que habían sonado lejos, decidió que las conversaciones habían terminado. Entró al edificio y ordenó retirar la bandera blanca del campanario.

Llegada la hora de la cena, se trasladó a todos los pacientes del dispensario y se situaron en torno a la mesa. El resto de los cazadores, limpios y afeitados o con las barbas y bigotes impecables, se presentaron vestidos con las ropas menos estropeadas de que disponían. Martín Cerezo presidió la mesa, a su derecha se situaron Vigil y el padre Minaya, mientras que a su izquierda se sentaron el padre López y dos de los cabos: Jesús García y José Olivares, pues Vicente González prestaba servicio de cabo de cuarto. El resto de la tropa se colocó según sus propias apetencias y amistades.

Vila y sus dos ayudantes ocasionales no se hicieron rogar. Entraron con unas fuentes donde había, a modo de ensalada, hojas de calabaza con tomates. Después sirvieron, de un gran puchero con la base requemada, un guiso de alubias con tocino y pimientos. Una vez que la cena estuvo repartida, y antes de empezar a comer, el teniente se levantó. De inmediato, las conversaciones cesaron. Todos los rostros se volvieron hacia al oficial.

—Soldados, cazadores del Segundo Batallón Expedicionario. Permitidme unas pocas palabras antes de iniciar la celebración. En esta noche tan familiar, todos desearíamos estar en España con nuestros seres queridos. Puede que os consideréis desafortunados, olvidados o abandonados, pero yo os digo que nunca os habéis encontrado más arropados que hoy, con vuestros nuevos

hermanos, que no dudarían en sacrificar sus vidas por las vuestras. En adelante siempre recordareis la Nochebuena que vais a pasar en Baler. Puede que hoy no comamos mazapán de Toledo ni avellanas, pero nunca, ni siquiera cenando en el Palacio Real, podríais sentiros tan orgullosos de haberos sentados a una mesa como esta. Con vuestros camaradas formáis una hermandad eterna basada en el honor y la hidalguía. El honor de reconocer que hay un deber que cumplir y la hidalguía para empeñar la vida en ello. Como únicos testigos de vuestra gesta están la historia y nuestra gloriosa bandera, que gracias a vuestros desvelos aún muestra sus alegres colores al viento, demostrando a ese hatajo de traidores que está tierra todavía es España. —Una ovación refrendó las palabras de Martín Cerezo, que esperó unos segundos antes de pedir silencio con las manos abiertas—. Y ahora cenemos y disfrutemos. Padre López, ¿quiere bendecir la mesa?

—Por supuesto, hijo.

Soldados y oficiales agacharon la cabeza y escucharon la bendición en silencio. La cena transcurrió con el bullicio y alegría propios de la fiesta. A la hora de la entrada del postre, calabaza asada y dulce de cáscara de naranja, los cazadores aplaudieron e hicieron saludar, igual que si de un actor famoso se tratará, a Vila, que no sabiendo si le tomaban el pelo o de verdad le felicitaban, mostraba una sonrisa de compromiso.

Para finalizar la cena y como única bebida disponible aparte del agua salobre y fangosa del pozo, se sirvió café, que en las últimas fechas comenzaba a ser una novedad. El teniente aprovechó la ocasión para volver a hablar.

—Sé que no es muy adecuado brindar con café, pero me gustaría que alzáramos nuestras tazas en reconocimiento del hombre que ha hecho posible, con sus constantes desvelos y atenciones, que sigamos defendiendo esta posición. —Martín levantó su bebida—. Por el doctor Vigil. —Los soldados, sinceramente agradecidos, secundaron al oficial. El médico se levantó con dificultad y los interrumpió.

—Gracias, muchachos, pero, al igual que vosotros, yo solo cumplía con mi deber. Creo que hoy, en esta noche tan entrañable, es justo que nos acordemos de aquellos que ofrecieron a su patria lo máximo que una persona puede ofrecer: su vida. Por el capitán Enrique de las Morenas.

—Por el teniente Juan Alonso —dedicó Martín.

El cabo García se levantó apoyándose en el hombro de Olivares.

—Por el cabo José Chaves.

José Jiménez se puso de pie:

—Por el soldado Julián Galvete.

Después de él, sus compañeros continuaron homenajeando al resto:

—Por Francisco Rovira.

—Por Juan Fuentes.

—Por Manuel Navarro.

—Por José Lafarga.

—Por Pedro Izquierdo.

—Por Baldomero Larrode.

—Por Ramón Donat.

—Por Rafael Alonso.

—Por Román López.

—Por el padre Carreño —recordó fray Minaya.

—Por que Dios haya acogido a todos ellos en su seno —rogó el padre López.

Tras recordar a sus compañeros fallecidos, comenzó la primera de las actuaciones. Olivares tocaba el cornetín y el soldado Planas el bombardino. Interpretaban de manera notable el conocido villancico *Pastores de Belén*. Los cazadores, incluso alguno de los que estaban de guardia, se unieron a ellos entonando la letra. En el siguiente, *Nochebuena noche santa* se le unieron más instrumentos: una flauta, un requinto, un bombo, un par de tambores y varios hombres que solo disponían de latas y palos. El tono cadencioso de los percusionistas acalló los instrumentos de viento, que ya apenas se escuchaban. Era tal la algarabía que, según supieron más tarde, se podía oír a más de dos kilómetros de distancia. Los tagalos, que también celebraban la Nochebuena, respondieron con toda clase de insultos, pero el estruendo de los tambores ahogaba sus gritos. La banda continuó largo rato mientras el resto de soldados palmeaban acompasados a aquel extraño ritmo. Parecían más una partida de guerreros zulúes que un destacamento hispano.

Finalizada la larga sesión musical y después del cambio de guardia, se interpretaron cuatro piezas teatrales, desde un alegre sainete perfectamente ensayado a un truculento drama tan improvisado que causó el regocijo de todos, actores incluidos. Pineda cantó fragmentos de conocidas zarzuelas y un par de soldados se atrevieron a hacer equilibrios con platos que por fortuna eran metálicos. Ramón enseñó varios trucos a la perra del capitán, pero la actuación quedó inconclusa cuando alguien lanzó al animal un caracol. Con la huida de *Luna* y las quejas y reproches de su cuidador se dieron por terminados los actos. Habían preparado tantas actividades que tuvieron que posponer algunas hasta el día siguiente. Los cazadores estaban contentos, y sí,

también orgullosos de haber compartido esa velada con sus compañeros. Una velada que, aquellos que sobrevivieran al asedio, la recordarían el resto de sus vidas.

27 de diciembre de 1898. Ciento ochenta días de asedio

Madrid

El día no había amanecido frío, al menos no más que otros de diciembre, pero el general no lograba calentar sus viejos huesos en aquel inhóspito despacho del palacio de Buenavista en Madrid, sede del Ministerio de la Guerra. Se levantó por tercera vez en la última hora y anduvo unos pasos, golpeando fuerte el suelo para desentumecerse los pies. La calefacción de esa ala del edificio estaba estropeada desde hacía un par de semanas y el militar, que había pasado los últimos años de servicio en las cálidas colonias hispanas, acusaba la inclemencia del duro clima madrileño. «Demasiados años en Cuba y Puerto Rico», pensó añorando los suaves e irreconocibles inviernos caribeños y aquellos años de juventud cuando su organismo no le importunaba con sus constantes quejas. Dio un suspiro y volvió a sentarse. Aunque no le gustaba pensarlo, desde hacía unos meses, cada vez que recordaba los largos años empleados sirviendo en el ejército, no podía dejar de preguntarse si todos aquellos esfuerzos en defensa de un imperio ya desaparecido habían servido para algo. Tantas vidas malgastadas, tantos años dilapidados, tanto dinero derrochado por mantener un sueño caduco…

Movió la cabeza un par de veces, para espantar aquellos funestos y derrotistas pensamientos que no eran propios de él, ni de su formación ni de sus ideales. Observó sobre su enorme mesa de roble negro la bandeja que contenía los documentos pendientes de revisión y, al comprobar el enorme fajo que le aguardaba, soltó una maldición. Era increíble la cantidad de burocracia que podía generar una guerra perdida. Tomó el primero de los papeles y, después de ponerse sus lentes, lo leyó sin ningún interés. Era una larga lista de oficiales embarcados desde Cuba y enumeraba los periodos en que habían causado baja por enfermedad. Tras su aburrida lectura le dio el visto bueno y cogió otro de los documentos. Unos golpes a la puerta de su despacho le sirvieron para evadirse por un rato de su tediosa tarea.

—¿Da vuecencia su permiso, mi general?

—Pase, Huertas —dijo al reconocer la voz de su ayudante.

—El café con leche que ordenó. —El teniente coronel hizo un gesto con la mano y un ordenanza entró en la habitación con una bandeja. La dejó en la mesa y se retiró.

—Espero que esté caliente, en este maldito despacho hace más frío que en la calle. ¿Sabe algo de la calefacción?

—Dicen que se han dado las órdenes oportunas, que no debe tardar en estar arreglada.

—Ya… Para verano la tendremos. Tráigame el anís. Al menos me aseguraré de calentarme por dentro.

Huertas abrió uno de los archivadores y sacó una botella que contenía no más de tres dedos de licor. El general le quitó el tapón y vertió un pequeño chorro sobre su café apenas humeante. La probó con un ruidoso sorbo y ordenó a su ayudante que se retirase. Cuando este cerró la puerta, volvió a servirse hasta llenar la taza. Después, para evitar chismorreos malintencionados, ocultó el anisete en el último cajón de su escritorio.

Repasó con rapidez varios de los informes, leyendo por encima listas interminables que no le importaban en absoluto, sin oponer objeciones, a la vez que daba pequeños tragos de su entontado café. Al retirar varios de los papeles, descubrió en la bandeja una carpeta gris. Su rotulo decía a grandes letras negras: protocolo de concesión de méritos militares. Abrió la carpeta y fue examinando una a una todas las hojas. Cuando llevaba poco menos que la mitad del fajo, se percató de que el sol comenzaba a ocultarse, así que decidió terminar pronto con el papeleo. No quería permanecer ni un minuto más del necesario en aquella habitación glacial. Fue pasando las hojas y las firmó sin reparar en su contenido. Mientras despachaba una, intentó coger la taza con la mano libre, pero al no prestar atención derramó el café con leche anisado sobre la mesa. Solo contenía ya una cortina, así que no hubo mucho estropicio. Lo más dañado fue el último documento que había firmado. Lo recogió y lo secó como pudo con un pañuelo de tela. Tras asearlo, comprobó que todavía fuera legible: «Protocolo de concesión de la Cruz al Mérito Militar con distintivo rojo al teniente segundo de la escala de reserva don Juan Alonso Zayas por sus extraordinarios actos de valor ante el enemigo, el día de su bautismo de fuego, en el ataque y toma de Baón el doce de junio de mil ochocientos noventa y siete, en la isla de Luzón, en el archipiélago filipino». El general asintió aliviado al comprobar que todo el cuerpo del texto era legible. Lo que el militar ignoraba era que ese oficial había muerto hacía justo setenta días, olvidado en su puesto, víctima de una guerra ya finalizada, y que

los hombres de su destacamento llevaban casi seis meses asediados. Y aún pretendían resistir hasta la llegada de su relevo.

Manila

Tras la firma del Tratado de París, que certificó la pérdida del archipiélago, España había cedido el palacio de Malacañang, junto al río Pásig, sede tradicional de la Capitanía, a los estadounidenses. El grueso de la administración hispana, transformada ahora en una Comisión Liquidadora, tuvo que trasladarse a Santa Potenciana; la residencia del segundo cabo, el militar de rango inmediatamente inferior al capitán general. Allí, en una de sus antesalas, se encontraba Higinio Algar. Sentado en un cómodo sofá, leía una novela a la vez que jugueteaba con el ala del sombrero que mantenía sobre su regazo. Ansioso, contemplaba de tanto en tanto el constante revuelo de funcionarios civiles y militares. Poco antes de comer, y cuando la gente había ya empezado a abandonar el edificio, un capitán de artillería se le acercó.

—¿Señor Algar?

Higinio levantó la cabeza y asintió.

—Venga conmigo, el general le recibirá ahora.

Guardó el libro a toda prisa en un pequeño portafolio negro con las esquinas desgastadas y siguió al oficial por varios pasillos hasta que alcanzaron una puerta doble con el escudo de España labrado en sus hojas. El capitán llamó y abrió sin aguardar a que respondieran. Aunque dudó durante un instante, el periodista avanzó tras él. Entraron en una amplia estancia ricamente decorada y que desprendía un desagradable olor a cuero húmedo y caduco. Casi en el centro de la misma, más próximo a un lado que al otro, se alzaba orgulloso un formidable escritorio de roble oscuro. Tras él, junto a la bandera del reino, habían colgados numerosos cuadros que representaban a personajes insignes de una época mejor o, al menos, más gloriosa. Adosados en las otras paredes, excepto en la ocupada por un gran ventanal, se erigían unas estanterías llenas de volúmenes y archivos. Algunos estantes se encontraban vacíos. Los tomos de un tratado de estrategia militar formaban pilas en el suelo junto a unos arcones de madera. De espaldas a ellos, un hombre uniformado miraba a la calle a través de los enormes cristales.

—Mi general, el corresponsal de *El Imparcial* está aquí.

Francisco Rizzo, la máxima autoridad española en Manila, se volvió lentamente, con desgana. Tenía el pelo corto y las patillas cubiertas de canas. En su cara, dominada por una prominente nariz, destacaban unas oscuras ojeras que contrastaban con el tono macilento de su rostro.

—Buenos días, mi general —saludó Higinio.

—Buenos días —contestó Rizzo con un tono tan bajo que al periodista le costó entenderlo. El asistente hizo amago de marcharse, pero su superior se lo impidió—. No se retire, capitán. Esto no irá para largo.

Rizzo se acercó hasta la silla que había detrás de su mesa y se sentó, apoyándose en su gran respaldo tapizado en rojo. Antes de hablar suspiró, como si el hacerlo le supusiera un esfuerzo.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, excelencia, ahora que la guerra ha terminado e incluso se ha firmado el tratado de paz, el interés de nuestros lectores en Filipinas se dirige hacia un solo punto…

—No tengo mucho tiempo, así que le agradecería que abreviara.

Higinio levantó las cejas sorprendido por la brusquedad de la interrupción y, tras unos segundos de incertidumbre, continuó:

—Supongo que estará al tanto de que hay un destacamento en Baler que todavía resiste a los insurrectos tagalos. A los antiguos insurrectos, quiero decir.

—Sí, claro. Nos han llegado multitud de quejas gracias a su artículo.

—Solo pretendía inducir a las autoridades a despertar de su letargo. Allí se encuentran soldados españoles en combate. ¿Qué piensan hacer?

—¿Yo? Nada.

—No entiendo…

—Le recuerdo que mi jurisdicción se circunscribe a las tropas que se encuentran en el término de Manila. Como seguro que sabe —el general se calló durante un instante; Higinio, con acierto, interpretó que el militar había reprimido un insulto—, Filipinas ya no nos pertenece. Nada puedo hacer por la guarnición de Baler.

—Pero, siendo segundo cabo, su jurisdicción…

—Yo no soy tal, ni siquiera ocupo su despacho. —Hizo un gesto con los brazos para mostrar la estancia—. Además, ese cargo ya no existe.

—¿Y a quién debo recurrir? ¿A nadie le importa la suerte que corran aquellos hombres?

—Hable con el general Ríos. Como antiguo capitán general, está al mando de la Comisión Liquidadora. Responde de todos los intereses de los españoles

en estas desagradecidas islas.

—Pero está en Mindanao.

—El gobierno le ha ordenado que se instale aquí antes de fin de año. Ya no debe tardar.

El corresponsal, que había permanecido de pie, puesto que nadie le había invitado a sentarse, se adelantó un paso y miró a Rizzo con desprecio.

—No entiendo cómo son capaces de abandonar así a los suyos. Le aseguro que no lo entiendo. No es de extrañar que hayamos perdido la guerra de manera tan bochornosa si el ejército no…

En ese momento, el capitán, callado y distante hasta ahora, se acercó al periodista a grandes pasos señalándole con el dedo índice.

—Tenga cuidado con lo que dice o me veré obligado a enviarle a mis padrinos.

Higinio, que no era un cobarde pero no tenía ninguna gana de enfrentarse en duelo con un oficial, se puso el sombrero y salió del despacho sin despedirse.

—Los intelectuales son todos iguales, unos pusilánimes.

—Ha hecho usted bien en ponerlo en su sitio, Penadés —dijo el general intentando un triste esbozo de sonrisa—. Estos periodistas no sé quién cojones se piensan que son. Si no les atamos en corto, llegará un momento que podrán decir todo cuanto quieran. ¿Se imagina el poder que acumularían?

29 de diciembre de 1898. Ciento ochenta y dos días de asedio

El cabo Olivares enseñaba en la mano varias pelotas de masilla seca y endurecida. Martín Cerezo cogió una y, después de examinarla, contempló el techo de la iglesia. Los rayos de luz volvían a colarse por una infinidad de agujeros mostrando el ruinoso estado de la cubierta. La pasta no había aguantado más que unos días.

—Soporta bien las lluvias, mi teniente, pero no el calor sofocante que sufrimos después.

—Sí, es una combinación muy mala, pocos materiales la resistirían.

—¿Quiere que volvamos a taponarlas con la masa? Quizá, si la endurecemos…

—No vale la pena. Tendremos que buscar otro remedio.

—Mi teniente, con su permiso.

—Dígame, Santos.

—Un tío mío, allá en Mallén, construyó un cobertizo para guardar los aperos con una cubierta de zinc parecido a esta. Hará unos cuatro años descargó una granizada que lo acribilló. El pedrisco era enorme, casi del tamaño de un huevo. Nunca había visto algo tan grande. Recuerdo que los ancianos del pueblo…

—Vaya al grano —dijo el oficial.

—Verá. Lo reparamos con pedazos de hojalata. Yo le ayudé. Como nosotros somos varios hermanos y mi tía solo ha parido hembras, de vez en cuando le echamos una mano en el campo.

—¿Y cómo lo hicieron?

—Cortábamos trozos, los doblábamos sobre sí mismos y los metíamos en el agujero a presión siguiendo la línea del tejado, para que no afectara el desagüe de las lluvias. Desde entonces han aguantado, aunque claro, el clima maño no se parece mucho a este.

—Es una buena idea y tenemos centenares de latas de sardinas vacías. Olivares, que tres hombres comiencen a prepararlo. Santos, vaya usted también y les explica cómo se hace.

—¿Medimos los agujeros y las cortamos? —preguntó el cabo.

—No, sería un trabajo descomunal. Háganlos a discreción. Los hombres que los coloquen subirán con un cubo lleno, ya las ajustarán según sus necesidades. Empiecen ya.

Martín Cerezo se dirigió hacia la puerta principal. Por el camino observó a los soldados, parecía mentira que dos semanas antes muchos habían esperado a la muerte. Aunque enflaquecidos, sus cuerpos no presentaban ningún síntoma de la odiada plaga. Habían desaparecido las tumefacciones, las parálisis, los dolores y los hombres agonizantes. Martín se prometió que aquello no podía volver a ocurrir. Haría todo lo posible por mantener a la tropa lejos de esa condenada enfermedad.

Al alcanzar la entrada del edificio, le llegó desde fuera la voz del padre Minaya que conversaba con algunos soldados. Temeroso por el discurso del religioso, permaneció oculto y escuchó entre las sombras.

—Ellos, almas ateas, están mucho más desmoralizados que nosotros —predicaba el fraile—. ¿Sabéis por qué? Es sencillo. Vosotros esperáis vuestro relevo en Dios y en la Santísima Virgen María, a quien imploramos a diario. Así, con esa compañía, la ilusión nunca abandona al buen cristiano. Sin embargo, los indios, guiados por los del Katipunan, han renunciado a la fe verdadera; por lo tanto, no hallan ningún consuelo y la dilación se les torna larga y amarga…

Al percatarse de que la prédica del sacerdote no era la que él había temido y que no menoscababa el ánimo de la tropa, Martín salió de la iglesia. Sentado junto al muro, al franciscano hablaba con cuatro cazadores que escuchaban en silencio. Después de saludarlos, pasó cerca de ellos sin prestarles más atención y se dirigió hacia la parte norte. Un poco antes de la pared exterior del altar mayor, más allá de la trinchera que protegía la puerta del camino del río y la principal, habían plantado una huerta para que suministrara verdura a los miembros de la guarnición. Allí crecían pequeñas matas de pimientos y tomates recogidas por los alrededores. Además, habían sembrado con semillas de calabaza todo el foso de la trinchera y su terraplén.

En el plantío se encontraban Ramón Boades y Gregorio Catalán, que lo limpiaban de malas hierbas y plagas molestas. *Luna* hurgaba con el morro en una de las más crecidas. El oficial, al verla, palmeó y pegó un grito.

—¡*Luna*! ¡Fuera! ¡Perra mala!

Los dos soldados levantaron la cabeza sorprendidos por las voces de su superior. El animal, asustado, se encorvó con las orejas gachas y el rabo entre las piernas.

—¿Qué sucede, mi teniente?

—Estaba mordiendo esa tomatera.

—¿*Luna*? —preguntó extrañado—. Es raro, nunca ha hecho eso.

—Esa de ahí, la más frondosa.

—Déjeme que mire… ¡Ah! Claro… —Ramón hurgó en el follaje y sacó un caracol descomunal, del tamaño de su mano, muy carnoso, de color gris brillante por la baba que humedecía en exceso la mucosa. Tenía una concha llamativa, parecida a las de las caracolas marinas, de un marrón claro—. Esto es lo que buscaba la muy bribona. Le encantan.

—¿Se come eso?

—Sí, no deja ni la concha. Mire. —Y lanzó el molusco a la perra, que lo cazó al vuelo. Empezó a mordisquearlo, pero era tan grande que se le cayó la mitad. Se tragó el trozo que tenía en la boca y enseguida buscó el que restaba por el suelo.

—¡Puaj! Sí que le gustan… Por cierto, ¿habían repasado ya esa fila? —Martín señaló la que había servido de refugio al caracol.

—No, mi teniente, hemos empezado por el otro lado —contestó Catalán—. Ya ha visto el tamaño de esos bichos, es imposible no descubrirlos.

—De acuerdo, prosigan con su labor. Esta huerta nos surtirá de verduras. Gracias a ella evitaremos contraer de nuevo el beriberi. Así que cuídenla como si les fuera la vida en ello, porque en verdad les va.

31 de diciembre de 1898.
Ciento ochenta y cuatro días de asedio

El doctor Vigil, sentado en la mesa, pasaba unas notas a limpio mientras esperaba a que les trajeran el desayuno. A su lado, Martín Cerezo, repasaba las cuentas entre quejas y maldiciones. A los pocos minutos apreció Vila con la ración de pan que correspondía a cada uno de los oficiales acompañada por una loncha de tocino y un pequeño tomate.

—Vigil, aprovecha, que a partir de mañana rebajaré a la mitad la ración de harina. Las cuentas son claras y me obligan a ello. Es la única manera de alargar nuestra defensa.

—Pensaba que la comida obtenida del exterior nos había servido para ahorrar vituallas de la despensa.

—Han complementado la dieta, pero he tenido que seguir repartiendo las mismas raciones.

—¿Y después? ¿Qué haremos cuando se termine la harina?

—Compraré a los frailes el palay que guardaba el padre Carreño.

—Tengo algo ahorrado. Si lo necesitas, es tuyo.

—No creo que haga falta. La comandancia tenía dinero, no mucho, pero supongo que alcanzará. ¡Caray! No había pensado en eso. ¿Crees que el padre López pedirá mucho?

—Pues… no sé. Todo será hablarlo con él, parece un hombre razonable.

—Sí, sobre todo si lo comparamos con Minaya. He de averiguar, por si hemos de negociar, a cuánto lo adquirió el padre Carreño. A malas le haré un pagaré. De todos modos, con arroz o sin él, resistiremos, puede que no tenga claro cómo, pero sí que lo conseguiremos. Recuerde que juramos aguantar hasta la llegada del relevo. Nunca abandonaremos antes la posición. Nunca antes.

El médico asintió en silencio e intentó morder la rebanada de pan, pero estaba tan duro que tuvo que empaparlo con agua. Martín repasó otra vez sus cuentas y comprobó que sus cálculos no estaban equivocados. Al terminar, cogió el calendario americano que tenía y arrancó la última hoja.

—Ya se acaba el año —comentó el teniente—. No me ha proporcionado más que disgustos. Espero que el noventa y nueve sea mejor. Fácil lo tiene…

—A pesar de nuestra situación, no creo que nos podamos quejar. Tenemos compañeros que se cambiarían gustosos por nosotros. Ellos no verán el nuevo año —dijo Vigil.

—Tienes razón, soy un egoísta. No debería quejarme y menos con esas cruces a la vista.

—No te atormentes y cómete el pan. Aprovecha que está caliente, que hoy ha salido duro como la cara de un demonio.

—Me alegra que ahora no tengas tanto trabajo y podamos hablar más a menudo —dijo Martín—. Me encontraba solo peleando contra el mundo. Echaba de menos la camaradería de otros oficiales. Es reconfortante tenerte por colega y… amigo.

El doctor sonrió y bebió un trago de agua.

—A mí también me alegra salir de la enfermería, pero lo que más agradezco es que, por fin, se haya esfumado el hedor a muerte.

Vigil mojó un trozo de pan y lo masticó lentamente. Al tragárselo, miró a su colega durante unos instantes hasta que se decidió:

—¿Te puedo hacer una pregunta, Martín?

—Claro. —Apartó la hoja donde hacía las cuentas y el lápiz y se acercó el desayuno.

Vigil miró a los lados para ver si había algún soldado cerca y dijo con un discreto murmullo:

—Con sinceridad, ¿crees que van a venir a socorrernos?

—Sin ninguna duda. Le aseguro que vendrán. Lo que no sé es cuándo, por eso nuestra obligación es mantener esta posición el máximo tiempo posible. Los combates estarán resultando muy duros, pero, tanto si nuestro país gana como si pierde, alguien tendrá que venir. Es solo cuestión de tiempo.

—¿Y si de verdad nos han derrotado?

—¿Con tanta rapidez? No puede ser. Tenemos casi veinticinco mil hombres, aquí solo éramos cincuenta y fíjese… De todos modos, y suponiendo lo peor, ¿a qué viene inventarse una entrevista con el tal capitán Belloto? ¿Por qué intentar otro burdo engaño? Con la guerra ganada, en poco más de una semana podrían presentarnos todos los jefes y oficiales que quisieran. ¿Por qué se inventan uno? No, ya le digo yo que no nos han vencido.

—Desde luego su razonamiento parece lógico. Yo tampoco entiendo a qué vino la pantomima del otro día para, al final, no presentarse nadie…

—Son unos ineptos, ni tan siquiera saben mantener un burdo engaño hasta el final. ¿Sabe lo que creo? —El teniente cogió el tomate, no más grande que

una ciruela, y le dio un bocado que apenas masticó antes de tragarlo—. Que están desesperados y ya no saben qué hacer. Pienso que tienen prisa porque nos rindamos. Y eso solo puede suponer que la guerra les vaya mal. Es de pura lógica. Sí, el socorro no ha de tardar.

1 de enero de 1899. Ciento ochenta y cinco días de asedio

—Pero ¿esto qué es? —El soldado Menache mostró el trozo de pan que le correspondía.

—Tu ración de hoy —contestó Vila, y apartó de la lumbre el perol donde hervía el guiso.

—¿Esta mierda? Si es pequeñísima.

—Menache, se ha reducido la cantidad de harina a la mitad —explicó el cabo González—. Órdenes del teniente.

—Con tan poco no sobreviviremos. Nos va a matar de hambre a todos.

—No te quejes, que hoy tenemos un menú especial por ser Año Nuevo: habichuelas con manteca. Trae.

Vila removió el puchero y sirvió algo más de medio cucharon en el plato inferior de la olla marmita que le tendía el soldado.

—Venga, el siguiente.

—¿Eso es todo? —se lamentó Menache—. ¡Por Dios!

—Deja de tocar las narices y lárgate a comerte el rancho —exigió el cabo.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Martín Cerezo—. ¿A qué viene este jaleo? ¿Tiene algún problema, Vila?

El cocinero apoyó el cazo en la mesa y se limpió las manos con un trapo.

—Pues verá, mi teniente…

—Es que le faltaba un poco de cocción a las habichuelas, pero ya están en su punto —indicó González.

—¿Y por eso tantas voces?

—Sí, pero ya están listas —contestó Vila con la cabeza gacha, sin desviar la vista del guiso que no paraba de remover.

—¿Usted tiene algo que decir, Menache?

—No, mi teniente.

—Me pareció escuchar que sí. —El oficial observó al cazador, que mantenía la mirada fija al frente. Permaneció así durante unos tensos segundos y después pasó a examinar el inescrutable rostro del cabo González —. Óiganme todos. Las provisiones se agotan. Debemos racionarlas para poder mantener esta posición hasta que llegue la tropa de socorro. No es un capricho mío, bien saben que el doctor y yo comemos la misma cantidad de

rancho y pasamos la misma hambre. Sé que es una situación dura, pero es nuestra única posibilidad, así que en adelante no quiero escuchar la menor queja sobre el rancho. ¿Queda claro?

El silencio fue la única respuesta que obtuvo. Asintió complacido ante la disciplina demostrada por la tropa, se hizo servir su ración y se retiró a su mesa. Finalizada la comida, repasaba distraído un viejo ejemplar del periódico *El Imparcial* cuando un trueno anunció un aguacero repentino. La lluvia cayó abundante, aunque laxa, sobre la malhadada cubierta. Martín se levantó para verificar si los nuevos parches instalados gracias a la idea de Santos resistían. La mayoría impedía la entrada de agua, tan solo algunos puntos aislados mostraban regueros que encharcaban el suelo. En su inspección se cruzó con el cabo José Olivares, que terminaba de ser relevado de la guardia y marchaba a comer.

—¿Ha visto? El techo aguanta a la perfección.

—Sí, mi teniente, parece que el maño estaba acertado.

—Ya lo creo.

—Deberíamos dar tres vivas por el tío de Santos —el cabo sonrió—, va a conseguir que podamos dormir secos en los días de temporal.

—Parece que hemos solucionado un problema. Otra preocupación menos por la que inquietarse.

2 de enero de 1899. Ciento ochenta y seis días de asedio

Posiciones filipinas en torno a la iglesia

—Haga el favor de leerla, padre:

—«Baler, a dos de enero de mil ochocientos noventa y nueve. Señor presidente de la República de Filipinas: Somos conscientes de que su excelencia tiene que atender muchos y complejos asuntos. Levantar una república es tarea titánica y no querríamos importunarle con nuestros asuntos domésticos. Mas es sabido que este tipo de gobiernos se basa en defender el interés personal de todos y cada uno de sus ciudadanos. Por ello nos atrevemos a molestarle y distraerle de tan magna obra, esperando que nos pueda dedicar el tiempo necesario para satisfacer nuestra humilde petición».

—Me gusta este párrafo, muestra respeto y reconocimiento, pero también defiende el derecho de los balereños a ser escuchados.

—Se supone que por eso habéis luchado. Por cierto, ¿no crees que deberías identificarte? —preguntó el fraile Gil Atienza.

—Bastará con firmar la carta.

—¿Y por qué no la escribes tú?

—Mi letra cuesta entenderla. Con la suya causaremos mejor impresión. Continúe.

—«Desde hace meses, nuestro muy amado pueblo sufre el inmisericorde flagelo de la guerra, cuyo eco se silenció tiempo ha en el resto de la isla de Luzón. Como usted bien sabe, la guarnición española, encerrada dentro de la iglesia, resiste heroicamente a nuestros soldados».

—Esto hay que cambiarlo, padre. Quite eso de heroicamente y califique a nuestros soldados como victoriosos.

—No serán los de aquí, pero como tú quieras, hijo. «… resiste a nuestros victoriosos soldados. Imposibilita así la vida de mi gente, pues no puede desarrollar sus actividades cotidianas. Por ello, muchos de sus habitantes se resisten a volver y todavía moran en nuestro campamento oculto en la selva. Pero es que, además de sufrir las penalidades provocadas por los kastilas, Baler, y esta es la verdadera razón de esta carta, soporta innumerables

vejaciones a cargo de Calixto Villacorta, comandante en jefe de las tropas revolucionarias en el distrito del Príncipe. El coronel atempera con los vecinos su frustración, causada por sus ineficaces intentos de tomar la posición enemiga. He recibido multitud de amargas quejas por sus constantes maltratos, y como su autoridad es superior a la mía…».

—¡Eso no puede dejarlo así! ¡Jamás he reconocido eso! Yo soy la máxima autoridad política. Él tan solo es un militar que se halla de paso, realizando un servicio, que, por otra parte, se muestra incapaz de cumplir.

—¿Le gusta más ostentando él una mayor autoridad usurpada por la fuerza de las armas?

—Así mejor, pero intente dejarlo todavía en peor lugar. No tenga miedo de ser demasiado rudo.

—«… y como se ha adueñado él de la autoridad que legítimamente me corresponde, abusando del poder que le confiere el mando de las tropas revolucionarias, ha provocado que mi gente se encuentre desamparada. Siendo así las cosas, como yo soy incapaz de satisfacer sus humildes peticiones, me veo en la obligación de suplicarle a usted que vele por el bien de mis conciudadanos».

—¡Genial, padre!

—«Sin otro particular y esperando la pronta resolución de nuestro agravio, nos despedimos agradeciéndole su dedicación, recordándole que Baler estuvo y estará siempre del lado de la noble causa que usted representa. Firmado: Antero Amatorio, gobernadorcillo de Baler».

—Padre, lo sabe de sobra. El cargo se llamaba así durante la época colonial. Ahora que somos libres, soy presidente local.

—¿Dónde se ha visto que haya un presidente en un ayuntamiento?

—Escriba la carta de nuevo con los cambios que le he dicho y pondré mi marca. Quiero que salga dentro de media hora. Ojalá sirva para mejorar nuestra situación. Necesitamos un cambio… y terminar de una vez con los kastilas.

Manila

Esa misma mañana, a primera hora, había aparecido en la redacción un soldado con un mensaje. Era tan temprano que Higinio todavía no había llegado. Al cruzar el umbral, cuando le dijeron que un militar le aguardaba, arrugó el ceño y se temió lo peor; creyó que el incidente con el capitán, pese a

su prudente retirada, había trascendido. El corresponsal, actuando con el mayor disimulo posible para no menoscabar su reputación, y aunque conocía a varios compañeros que habían salido ilesos, siempre evitaba los duelos. Cuando trabajaba en Madrid apenas había entrado un par de veces en la sala de esgrima habilitada en la redacción de *El Imparcial*. Se tranquilizó un poco al ver que el mensajero era un simple cabo, pero no respiró aliviado hasta que leyó el recado. El general De los Ríos le citaba para ese mismo día en su despacho en Santa Potenciana.

Ese militar había resultado ser un mando eficaz y enérgico. Tras la rendición española, rechazó la ayuda americana y con sus propias tropas retomó a los filipinos la provincia bajo su mando para después cederla a los estadounidenses. Como una burla del destino, el Gobierno, que ignoraba aún esta meritoria acción, decidió que asumiera la Capitanía General el mismo día de la rendición. Lo retuvieron hasta la firma del tratado y tuvo que soportar él los agravios del enemigo y la humillación de la derrota.

Cuando Higinio Algar llegó a palacio, después de enseñar a varios guardias el despacho que lo citaba, apenas le hicieron esperar unos minutos. Un teniente coronel circunspecto y callado y que alguien había identificado como el ayudante del general, lo condujo ante una enorme puerta con doble hoja de madera clara de haya. Tras llamar dos veces y soltar un lacónico «espere aquí», el jefe desapareció durante un breve intervalo. Enseguida regresó y le ordenó que pasara. De los Ríos, un hombre corpulento y enérgico que hablaba con un fuerte vozarrón, lucía bigote y perilla grisáceos que le proporcionaban cierto aire bohemio. Tras la presentación, fue directo al meollo del asunto.

—Le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para salvar a esos hombres. Lástima que no me llegara ese telegrama que envió a Mindanao; hubiéramos ganado unas semanas preciosas. Entienda que mi autoridad es limitada y que el auxilio requerirá tiempo. Voy a tener que solicitar la venia de los norteamericanos.

—Muchas gracias, mi general. —Higinio sonrió al sentir que por fin alguien compartía su preocupación.

—Tenemos que proceder con presteza. Los indios ya se están dando cuenta de que la ayuda yanqui no les va a salir gratis. No tardarán en enfrentarse. Hay que actuar antes de que las operaciones bélicas de unos y otros nos perjudiquen.

—Si hay algo que pueda hacer.

—Nos ayudaría que nos diera un respiro y dejara de soliviantar a la gente.

—Únicamente quería que se precipitaran los acontecimientos. Solo he usado las únicas armas que se manejar. Comprenda que debía llamar la atención.

—Y a fe que lo ha conseguido. Pero ya ha hecho bastante, señor Algar. Ahora me encargaré yo. Le mantendré informado de mis progresos. Es lo menos que puedo hacer. El ejército está en deuda con usted.

—Muchas gracias. Da gusto ver a un general competente y responsabilizado con sus obligaciones. Hasta ahora solo había encontrado obstruccionistas.

De los Ríos asintió, se acercó al corresponsal y bajó el tono de voz.

—Entienda que sus artículos y la presión popular han levantado ciertas ampollas.

—No entiendo el porqué. Yo solo pretendía ayudar a esos desdichados.

—Para ser periodista, desconoce bastante el género humano. ¿No se da cuenta de que hubo muchísimas guarniciones que, en mejor posición que la de Baler, se rindieron sin apenas presentar batalla? ¿Cómo cree que les ha sentado su noticia a esos oficiales? ¿En qué lugar les deja esta resistencia numantina?

—¿Quiere decir que se les ha abandonado por despecho?

—Puede que haya influido, pero también tenga en cuenta que desalojamos estas islas después de siglos de ocupación; la burocracia que produce es apabullante. Y, también hay que decirlo, la moral de los hombres está por los suelos. Además, ¿por qué piensa que los hombres de Baler son héroes y no un puñado de malhechores? ¿No ha pensado que pueda existir una razón oculta? ¿Por qué mantienen la defensa cuando el país ya se rindió hace meses? No tiene sentido.

—¿Porque… quieren cumplir con su deber? —dijo Higinio con tono de duda.

—Al menos ahora lo pregunta y no lo afirma. El deber de un soldado termina cuando sus superiores le liberan de él. Ya se encargó de eso el hatajo de políticos miserables y corruptos de la capital.

—¿Y por el honor de sus armas?

—¿Honor? Lo perdimos hace tanto que ya no queda nada que defender. Ahora muchos compañeros míos se soliviantan por los ataques de la prensa, pero al primer disparo corrieron a refugiarse lejos del frente. —De los Ríos, sabiendo que no debía hablar así de sus compañeros delante de un civil, negó un par de veces con la cabeza—. Como le he dicho, voy a hacer todo lo

posible por auxiliarlos. Sí, enviaré una columna en cuanto pueda, pero le advierto que algo huele a podrido en Baler.

—¿Cuándo calcula que saldrá?

—No depende de mí, pero nunca antes de una semana. Esperemos que sean capaces de seguir resistiendo.

7 de enero de 1899. Ciento noventa y un días de asedio

Iglesia de Baler

Desde hacía veinte minutos, el teniente Martín Cerezo y el cabo González esperaban el amanecer tumbados en el campanario. La quietud de la alborada era plena. Los tagalos no habían dado señales de vida durante toda la noche y ahora, además, por unos breves instantes, la naturaleza callaba, pues los animales nocturnos se retiraban a sus madrigueras y los diurnos comenzaban a desperezarse, permitiendo así que el rumor de las olas arribara sin ninguna distorsión hasta los hombres de la torre. El constante vaivén del oleaje, con su rítmico son, auxiliado por el frescor matutino, acunaba las torturadas mentes de los dos españoles y las sumía en un desahogo liberador. Los primeros rayos de sol despabilaron al oficial de su ensimismamiento. Levantó la cabeza, vio al cabo que roncaba ligeramente a su lado y le despertó empujándolo con el codo.

—Ya es de día.

—Sí, mi teniente. Siento haberme dormido.

—No tiene importancia. A estas horas se encuentra uno aquí arriba tan relajado. En fin… Vamos a ver cómo se hallan las obras de la fortificación tagala.

Los dos militares se incorporaron y, arrodillados, atisbaron por entre los sacos terreros las posiciones tagalas. El teniente sacó los prismáticos de su funda.

—Estos condenados trabajan duro, ya han unido con una trinchera las casas del noroeste y el suroeste —dijo el cabo.

—Sí. Y fíjese —señaló Martín—, ya han comenzado a trazar otra línea desde aquella casa. A ese ritmo, en un par de días tendrán completa la mitad de la trinchera.

—Nos van a cercar otra vez.

—Solo era cuestión de tiempo.

—Pues vaya…

—¿Qué pensaba, González? ¿Que se iban a quedar de brazos cruzados? Así al menos se mantendrán entretenidos.

—Es que, después de lo que ha mejorado nuestra situación, se me hace muy cuesta arriba volver a sufrir la crudeza del sitio, mi teniente.

—Ni por asomo nos asfixiará como antes. Los tenemos, en algunos puntos, a más de cuatrocientos metros. Será todo muy distinto. Ya lo verá. Le he hecho subir aquí para enseñarle unas notas que tomé unas semanas antes de que comenzará el asedio. —González no entendía a qué se refería su superior, pero asintió con ademán serio—. Apunté en una lista los objetos que se hallan a alrededor de trescientos metros de la iglesia a fin de que los hombres pudieran guiarse y saber cuándo levantar la chapa del alza del fusil. Hasta el momento, con las trincheras tagalas tan cercanas, no había sido válido, pero es ahora cuando pueden empezar a sernos útiles. Quiero que todos los miembros de la guarnición conozcan estas referencias. Deben saberlas mejor que el padrenuestro.

—Sí, mi teniente. Yo me encargo. ¿Cree que los indios van a lanzarse al asalto?

Martín no respondió, continuaba oteando las posiciones de los enemigos con sus prismáticos.

—¿Mi teniente?

—No lo sé, pero siempre es una posibilidad. No estoy en el lugar de sus oficiales. Quizá lo hagan si se produce la llegada de un nuevo mando. Alguien ansioso de gloria que intente resolver esta situación que sin duda les avergüenza.

—¿Los detendremos?

Martín Cerezo levantó las cejas sorprendido. Parecía que aquel hombre le hubiera leído el pensamiento. Llevaba un rato valorándolo en silencio y no había alcanzado una conclusión. Al menos no una que el cabo debiera escuchar. No tenía ni idea que cuál sería la solución de esa incógnita; dependía de tantos factores… Pero sí sabía la contestación que debía dar.

—¿Sabe usted la cantidad de bajas que les causaríamos antes de que llegaran a los muros de la iglesia? Y luego tienen que penetrar las defensas exteriores y, si rebasaran estas, todavía quedarían las interiores. No, los taos no soportarían que les ocasionáramos tantísimas bajas. Se retirarían mucho antes. —Miró al cabo y sonrió—. No, no debemos amedrentarnos por un posible ataque enemigo, bastante más lo temen ellos…

8 de enero de 1899.
Ciento noventa y dos días de asedio

Posiciones filipinas en torno a la iglesia de Baler

Para alegría de unos y desespero de otros, el combate no duró más de veinte segundos. El gallo rival, un *bulique* blanco y sin cresta, saltó tarde y recibió el impacto en pleno vuelo. Al caer al suelo ya no tenía vida. *Goliat*, manteniendo el equilibrio con las alas estiradas, le había clavado su navaja de más de cuatro dedos de filo hasta tres veces en el pecho. Experto luchador, no había quitado ojo a su rival desde que el soltador se lo arrimó para que le picara. Nada más sentirse libre, con el cuello negro erizado, cargó cegado por la rabia humana que le impulsaba a matar. Un instante después, y mientras aún revoloteaban plumas que no eran suyas, caminaba erguido y bravucón.

Las blasfemias y los insultos se mezclaron con las risas y el tintineo de los pesos de plata que cambiaban de manos. La pasión dominaba incluso a los pobres y niños que no habían apostado. Como todos los domingos por la tarde, la gallera hervía. El público en el graderío se hablaba a gritos. Emocionados, se narraban una y otra vez cada detalle de la breve pelea. En la rueda, la zona más próxima a la arena, los hombres felicitaban al dueño. Aquella ave suya había resultado un gran luchador y estaba consiguiéndole un buen dinero. Con diez triunfos seguidos se había convertido en un gran campeón. Demasiado grande para Baler.

—No existe un David que derrote a mi Goliat —dijo Novicio Luna. Era consciente de que, a partir de hoy, iba a ser difícil encontrarle un contrincante. Solo podía recurrir a picar el amor propio del resto de criadores.

Más abucheos que aplausos respondieron a sus palabras. El capitán sonrió mientras recogía las monedas de los perdedores, que, en lenta procesión, desfilaban delante de él. Cuando terminó, las guardó en su talega y se acercó a Alfonso Sus, cabo sanitario desertor del destacamento de Baler y secretario del coronel Villacorta.

—¿Cuánto me debes ya?

—*Kapitang*, ya le dije que no tenía dinero y me dijo que no pasaría nada.

—Y no pasa nada, pero tendremos que confirmar la cantidad, ¿no?

—Cuarenta pesos.

—Es una deuda grande. —Sus no respondió y tan solo emitió un leve suspiro—. ¿Cuándo crees que me pagarás?

—No sé… En unas semanas.

—Eso puede ser mucho tiempo.

—Usted ya sabe lo difícil que es conseguirlo aquí…

—Pero hay una manera, Alfonso. Podrías ganar bastante dinero.

—¿Cómo?

—La pregunta correcta sería ¿dónde? En Manila.

El prófugo levantó las cejas e, instintivamente, tiró la cabeza hacia atrás.

—¡Aba! ¿Y qué diantre hago yo allí? Me cogerán preso los kastilas.

—De ellos no tienes nada que temer. Han perdido la guerra. Ya no mandan en Filipinas. Además, nadie sabe que has desertado. Piénsalo. ¿Ha salido de aquí algún sitiado? Nadie ha podido informar en Manila.

—¿Y para qué quiere que vaya yo allí?

—A cobrar tus alcances. Es fácil, te presentas en tu cuartel y dices que llevas prisionero desde hace meses. Les cuentas que el destacamento se rindió en julio. No te voy a mentir. Te harán preguntas, pero te creerán, ¿no ves que serán las primeras noticias que tengan del asedio? Hasta ahora solo tienen rumores.

—No sé yo, *kapitang*. Prefiero no arriesgarme. No quiero que me fusilen.

—Estate tranquilo, que no hay ningún riesgo. Todo el dinero que te den los kastilas para ti. Además, te perdonaré los cuarenta pesos y cuando vuelvas te daré otros veinte.

—¿Y usted qué gana con este negocio? Porque, si no he entendido mal, me paga por ir a cobrar mi sueldo.

—Ahora comprenderás mis motivos, y espero que también los compartas. Lo hago, como tantas otras cosas, por la causa revolucionaria. Según me han dicho, los kastilas se están poniendo nerviosos. Publican en sus periódicos artículos en defensa del destacamento de Baler. Pretenden venir a rescatar a sus compañeros.

—¿No ha acabado la guerra?

—Sí, pero negociarían con los americanos y con nosotros. Quieren enviar una columna para convencer de una vez a De las Morenas, Alonso y al energúmeno de Cerezo.

—¿Y no será mejor que vengan y se los lleven?

—¡No! Esto solo puede terminar de una manera: ¡con nuestra victoria! Créeme, es necesario. Mandará un mensaje a cualquiera que piense

desafiarnos. Nada resiste a nuestra revolución. Vienen tiempos difíciles y necesitamos todos los triunfos que podamos conseguir.

12 de enero de 1899. Ciento noventa y seis días de asedio

—¿Ya ha vuelto el correo? —preguntó extrañado Antero Amatorio—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que partió? ¿Una semana?

—Once días, señor.

—¿Y dónde está? ¡Quiero verle!

—Fuera, esperando a que usted lo reciba.

—Pues que entre, Rodríguez.

El secretario anduvo un par de pasos para abrir la puerta del despacho y llamó al mensajero. Enseguida entró un hombre joven, de poco más de veinte años, que vestía únicamente un pantalón corto que alguna vez había sido de color blanco.

—¡Ignacio! Cómo me alegra verte.

—Y a mí verle a usted, señor gobernadorcillo.

—Presidente local, presidente local. Ese es el nombre correcto de mi cargo. El otro no es más que un recuerdo de la época colonial… Bueno, no perdamos tiempo. ¿Qué noticias tienes?

—Tenga, me la dio uno de los ayudantes de Aguinaldo. —Y sacó de un morral tres sobres. El enviado les dio la vuelta y observó que uno mostraba un círculo en el lado anverso, otro una cruz y un tercero estaba libre de marca. Cogió este último y se lo ofreció a Antero.

—¿Y eso?

—Fue idea de un secretario. Como no sé leer, hizo estos dibujos para que yo supiera a quién debo entregar cada una de las cartas. El sol para Novicio Luna y la cruz para el coronel Villacorta.

Antero Amatorio sonrió ante la elección de los símbolos y rasgó impaciente su sobre. Observó una letra trabajada y minuciosa y que copiaba a la perfección los trazos de los cuadernillos de caligrafía. La misiva decía:

> Barasoain, a ocho de enero de 1899
>
> Señor presidente local de Baler:
>
> Sirva la presente carta para notificarle que hemos tenido en cuenta, con carácter de urgencia, la queja que nos planteó.

Como usted mismo expuso, una república nace para garantizar el bienestar de todos y cada uno de sus miembros. Esto solo se consigue situando a los ciudadanos bajo el imperio de la ley; nadie puede situarse por encima de ella. Por esta razón me ha alarmado sobremanera la indefensión en la que se encuentran, decidiéndome a ponerle fin de inmediato.

He resuelto destinar al coronel Villacorta a Nueva Écija. Recibirá sus órdenes a la vez que usted esta misiva y se verá obligado a partir en el plazo de seis horas. Al mismo tiempo, el capitán Novicio Luna, natural de Baler, asumirá la dirección de las tropas revolucionarias.

Estas medidas restablecerán la paz en el pueblo, a expensas de conseguir la rendición de la guarnición kastila, la última que resiste en Luzón. Para este efecto, en las próximas semanas enviaré una fuerza de cinco mil hombres apoyada por cuatro baterías modernas. El destino de esas tropas invasoras está sellado.

Sus problemas se solucionarán de acuerdo con el sentir de la ciudadanía. Ahora que la revolución está alcanzando sus metas, es hora de recoger los beneficios obtenidos con nuestra lucha. Aguardan momentos gloriosos a Filipinas y a todos sus ciudadanos.

Firmado: Emilio Aguinaldo, presidente provisional de la República.

—¡Excelente! Lea, Rodríguez, véalo usted mismo. —Y tendió el folio a su secretario—. ¿Y traes alguna noticia más? ¿Qué se cuenta por Malolos?

—Se decía que estaban a punto de aprobar la constitución.

—¡Creí que no viviría para verlo!

—Me dijo el secretario que la aprobarán en menos de dos semanas.

—Después de tantos años, por fin nuestro primer código de leyes… ¿Y los americanos? Filipinas no será una nación hasta que Manila sea su capital. Una Manila filipina.

—No sé, Don Antero… Escuché comentarios alarmantes. Dicen que los kastilas nos han vendido a los americanos por veinte millones de dólares. Otros decían que eso es imposible, que es un rumor que han inventado los kastilas para distanciarnos de nuestros amigos… No sabía qué creer.

—Espero que tengan razón los que dicen que es un rumor. De confirmarse, significaría que hemos cambiado un amo por otro. ¿Para eso han muerto tantos bravos hermanos?

13 de enero de 1899. Ciento noventa y siete días de asedio

Teodorico Novicio Luna había asumido, desde el día anterior, la comandancia de las tropas en Baler. Aún no se había disipado la polvareda de la columna de Villacorta cuando ya había reunido a todos sus soldados y a los civiles y les había exhortado a redoblar el esfuerzo por la causa republicana. El anuncio de la promesa del presidente Aguinaldo, la próxima llegada de una brigada, fue recibido con una tremenda ovación. Por fin su pueblo iba a liberarse del demonio de la guerra. Desde primera hora del día recorría el parapeto acompañado de dos de sus tenientes. Uno de ellos era Roa, el sargento que había estado al cargo de una de las piezas de artillería y que terminaba de ser ascendido.

—Ya hemos construido más de la mitad de la trinchera. Está bien, pero tenemos que ir más rápido. Quiero que las fortificaciones estén concluidas para cuando lleguen los refuerzos prometidos por el presidente. Hay que poner a cavar a todos los hombres que no tengan armas de fuego. Traeremos voluntarios de San José de Casignan y de Casigurán. Sebastián, encárgate tú. Sal lo antes posible. Diles que tan solo los emplearemos un par de semanas.

—¿Solo un par?

—No serán muchas más. Tú di eso.

—Sí, *kapitang*.

—Vamos a organizar a los soldados en cuatro retenes, uno por punto cardinal. Ya se lo expliqué a Villacorta. Si los kastilas nos asaltan de nuevo, nos agruparemos en ellos y, mientras uno resiste, los otros tres contraatacarán. Esta vez no habrá desbandada. Si salen, acabaremos con ellos. No les daremos tregua. —Novicio se subió a uno de los andamios y contempló la iglesia a través de una de las troneras practicadas en las cañas—. En una hora quiero que disparemos con todo lo que tengamos. Mantendremos el fuego hasta que yo lo ordene. Vamos a mandarles un mensaje. Hagan lo que hagan, pase el tiempo que pase, siempre estaremos aquí. Su única salida es la rendición… o la muerte. Voy a liberar a Baler de extranjeros de una vez por todas. De una manera u otra, acabaré con ellos. Os lo juro.

Iglesia de Baler

Una hora antes del anochecer, después de una corta y suave lluvia, un par de córvidos cruzaron el cielo hacia el oeste. José Jiménez, que custodiaba la aspillera inmediata a la puerta del camino del río, los distinguió. Mientras los observaba una idea cruzó por su mente. Haciendo honor al tipo de tropa a la que pertenecía el destacamento, apuntó a uno y lo derribó en pleno vuelo. Como él no podía salir, llamó a Gregorio Catalán y le ofreció la mitad del ave a cambio de que él fuera a recogerla. El soldado conquense dudó durante un instante, pero el hambre que le torturaba favoreció que desechara rápidamente sus prejuicios y saliera a por el cuervo. Fue fácil de encontrar, pues el animal se retorcía por el suelo intentando incorporarse. Catalán lo atrapó y con un brusco movimiento de las manos le rompió el cuello. Volvió al edificio mostrando su trofeo a los compañeros que lo miraban sorprendidos. Mientras lo desplumaba, varios cazadores se arremolinaron a su alrededor, contemplando aquella tarea que, con otras aves, había sido tan habitual. Al terminar sacó su bayoneta, cortó la cabeza y separó las vísceras, con cuidado de no quitar el hígado.

—¿Os vais a comer un cuervo? —preguntó fray Minaya levantando las cejas.

—Padre, ya sabe lo que dicen: a falta de pan…

—La verdad que no deja de ser carne —opinó Vila—. Igual hasta tiene buen sabor.

Ramón Boades, que venía del patio, se abrió paso entre sus compañeros y vio como Catalán espetaba el ave con un palo grueso.

—Gregorio, ¿me darás las sobras para la perra?

—No creo que hayan, Ramón, pero te daremos los huesecillos.

—¡Gracias! *Luna* se pondrá muy contenta. Últimamente la pobre vive de caracoles y algún chusco de pan más duro que la cara de los generales que nos tienen aquí olvidados.

14 de enero de 1899. Ciento noventa y ocho días de asedio

—Termina de salir el sol y ya hace un calor asfixiante. ¡Nunca me acostumbraré a esta tierra! —se quejó Alcaide.

—Ayúdame con la tranca, que cada día pesa más.

Loreto apoyó las dos manos sobre el grueso madero y esperó a su compañero. Entre los dos lo levantaron y lo apoyaron contra la pared. Emilio Fabregat, un cazador que había perdido la mitad de los dientes a causa de la enfermedad, y el padre López, que paseaban charlando, se acercaron a los dos soldados que actuaban de porteros. Entre los cuatro abrieron la puerta y salieron a la trinchera a respirar el aire limpio del exterior. Conversaban tan distraídos que hasta pasados varios minutos no repararon en que, a unos veinte metros de la entrada principal, alguien había clavado un palo del que colgaban, acunados por la brisa, un legajo de papeles.

—¿Qué es eso? —preguntó el sacerdote.

—¿Nos habrán dejado un mensaje los taos? —dijo Fabregat con el ligero acento que le confería su dentadura mellada.

—No puede ser otra cosa. Hay que informar al teniente.

—Tienes razón, Loreto. Ve y coméntaselo —ordenó el sacerdote.

Martín Cerezo decidió ignorar el nuevo intento de comunicación de los tagalos, pero la insistencia del doctor y del padre López le hizo recapacitar; podrían encontrar información útil. Mandó a un soldado a por el fardo de papeles, que resultaron ser varios periódicos envueltos con una fina tela y atados con un cordel. Los diarios, filipinos aunque escritos en español, eran tres números de *La Independencia* y cuatro de *La República Filipina*. Martín y Vigil los leyeron con auténtica avidez, a pesar de figurarse cuál sería su contenido. Anhelaban encontrar algún dato que les ayudara a esclarecer su situación, aunque pronto las expectativas del teniente quedaron confirmadas. La mayoría de las noticias constituían un repetido ataque contra los españoles. Vigil leía su ejemplar con el ceño fruncido y en silencio. En cambio, Martín no paraba de hacer aspavientos, bufar y soltar improperios.

—Menudas idioteces… Lástima de papel malgastado… ¿Y esta derrota de nuestras fuerzas? —Señaló el texto dándole un golpe con el dorso de la mano —. ¿No decían que había terminado la guerra hacia unos meses?

El doctor, por mera educación, asentía de vez en cuando sin prestar atención a su colega, pues intentaba centrase en la lectura.

—¿Qué le parece, Vigil? Así nos tratan estos tunantes, esta chusma a la que rescatamos, a riesgo de nuestras vidas, de la barbarie en que vivían. A nosotros que les cristianizamos. ¡Desagradecidos! —El teniente arrugó varias hojas, hizo una bola con ellas y la lanzó al suelo.

Vigil dobló su ejemplar y lo dejó caer sobre la mesa, encima del resto de periódicos que esperaban lectura para proclamar lo que, según sus redactores, era la realidad más pura. Juan López rompió su silencio mostrando el que leía.

—Escuchen esto. Me ha desconcertado.

—¿El qué?

—Esta noticia trascribe un cablegrama proveniente de Francia. Dice: «La paz entre España y los Estados Unidos de América ha sido reconocida y ratificada por los representantes de una y otra nación reunidos en París. El país norteamericano entregará veinte millones de dólares por las deudas contraídas en Filipinas».

—Plantea más dudas de las que despeja —dijo Vigil—. Si es cierto, la guerra ha terminado, pero ¿quién ha ganado?

—Según esa noticia, parece que nosotros. Los americanos nos abonan veinte millones como indemnización —afirmó Martín—. ¿Qué fecha tiene ese diario?

—Es de… 18 de diciembre.

—De hace casi un mes… Si hubiéramos vencido ya debería haber llegado el socorro. —Martín se atusó los dos lados del bigote—. No tiene sentido.

—¿Y si hemos perdido y nos dan esa cantidad por la compra del archipiélago? —preguntó Vigil.

—Si han conquistado las islas Filipinas, ¿por qué pagan por ellas? Yo, por muchas vueltas que le dé, no comprendo nada. —López dejó su ejemplar sobre la mesa.

—Deberíamos actuar como hacían antaño y quemar este legajo en la hoguera.

—Sí, doctor, lo mismo había pensado yo. Es la única manera de aprovecharlos. ¡Olivares! Llévese todas estas gacetillas y déselas a Vila y a los panaderos. —Golpeó el fardo de diarios—. ¡Pura basura! Que las usen para prender el fuego.

—Hay que ser optimistas, Martín. Al menos nos han proporcionado combustible —comentó el doctor con una sonrisa apagada, sabiendo que su chanza no era graciosa.

—Sí, es de agradecer, pero ¿sabe lo que me preocupa de todo este asunto?

—¿Que alguno de esos embustes sean ciertos?

—¿Esas secreciones de oruga? Tanto me da perder batallas imaginarias o que un español vestido de indio robe a una señora en Manila o que nuestros frailes quieran quedarse como simples hacendados… No, lo inquietante es que los taos hayan dejado ese mamotreto a veinte metros de nuestra posición y se hayan retirado impunes. ¿Y si llegan a colocar una mina junto a uno de los muros?

—No lo había pensado.

—Podríamos estar muertos. Lo primero que voy a hacer es castigar con un doble turno de guardia a los centinelas que vigilaban la parte sur. Servirá para escarmentar a la tropa y mantenerla alerta. Deben permanecer más atentos… Es de importancia capital.

—Pero ayer la noche fue muy oscura, era la primera de la luna creciente y, además, se mantuvo el cielo cubierto.

—Lo sé, Vigil. Tenemos que idear algo que nos ayude en situaciones como las de ayer; no sea que el día menos pensado los tagalos nos hagan saltar por los aires.

Manila

El cabo indígena esperaba la vez en la cola entre los numerosos soldados que iban a ser reasignados. El ejército español, colapsado por la derrota, había sido incapaz de agruparse y sus unidades se hallaban desperdigadas por toda la isla de Luzón. Su repatriación significaba una tarea colosal.

Todos los días se agolpaban tras las mesas infinidad de hombres uniformados que pretendían volver a casa. Después de cuatro horas de cola, le llegó el turno al cabo. Un viejo sargento, que lucía un enorme bigote más propio de un káiser, lo llamó con desgana.

—El siguiente.

—Me envían desde la Sanidad Militar. Aquí tiene mis documentos. —El tagalo le tendió un papel con membrete del ejército.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Tú no querrás volver a la Península? —El burócrata se rio por lo original de su chiste.

—Venía a cobrar mis alcances. No he recibido ninguna paga desde junio del año pasado. Caí prisionero con el destacamento de Baler y he estado…

—¿Has dicho Baler?

—Sí.

—¿En el distrito del Príncipe?

—Sí, ¿por qué lo pregunta? ¿Tiene alguna importancia?

—Espera aquí. Enseguida vuelvo.

El suboficial se levantó y fue a hablar con un capitán. Con el corazón acelerado, el tagalo vio como este se volvía. Era un veterano, con el escaso pelo cano. Lo contempló durante un breve instante, dijo algo y salió por una puerta.

—Espera un momento. Te va a atender un oficial directamente —informó el sargento tras volver al puesto.

—Pero…

—Aguarda allí, cabo. —Le devolvió su documento—. El siguiente —llamó sin prestar ya atención al filipino.

El sanitario se retiró y permaneció en pie sin saber qué hacer. Tuvo la tentación de irse, pero se contuvo al recordar lo que le dijo Novicio: era imposible que alguien le descubriera. Su testimonio sería la fuente más fiable de los kastilas. Ellos no tenían idea de lo que en verdad sucedía.

—¿Estaba usted destinado en Baler? —preguntó una voz a sus espaldas.

El tagalo se giró y vio que un oficial de rostro enjuto lo miraba fijamente.

—Sí, mi capitán.

—¿Cómo se llama?

—Soy el cabo Alfonso Sus Fojas, de la cuarta brigada sanitaria.

—¿Dónde está su uniforme?

—Disculpe, me cogieron prisionero los insurrectos y se apropiaron de todas mis cosas. No tengo más que lo que llevo puesto, por eso quería cobrar mis alcances. Hay que tener en cuenta que, estando cautivo, no me suministraron rancho, así que no me lo deberían descontar y…

—Eso puede esperar. ¿Cómo le capturaron?

—Pues… cuando el destacamento se rindió.

—¿Se ha rendido? ¿Cuándo?

—Resistimos dentro de la iglesia durante más o menos un mes. Luego el capitán De las Morenas dijo que era inútil continuar la resistencia, que la guerra estaba perdida.

—¿Y el teniente Alonso qué dijo? Él mandaba la tropa.

—No lo sé. Yo apenas hablaba con ellos. Solo soy un cabo. Con el único oficial que tenía relación era con el doctor Vigil.

—Y después de entregarse, ¿dónde los llevaron?

—Permanecimos unas semanas en Baler. Seguimos residiendo en la iglesia, que convirtieron en nuestra cárcel. Después de un tiempo trasladaron a los oficiales. No sé a dónde. A nosotros nos llevaron a la provincia de Nueva Écija.

—Yo estuve prisionero allí hasta hace menos de un mes. En San Isidro.

—Nosotros más al norte, por Pantabangán.

—¿Cómo escapó, Sus?

—Fue fácil. Les dije que quería entrar en su ejército y me liberaron. No tienen casi sanitarios. Al cuarto día me fugué y vine directo a Manila.

—¿El resto de la tropa sigue allí?

—Sí, los que no han muerto sí.

El oficial hizo un gesto dando a entender que comprendía perfectamente las palabras de Sus.

—Acompáñeme. Voy a redactar un informe. Había una columna de auxilio dispuesta a salir hacia Baler el próximo lunes. Es una lástima que ya no haga falta.

Cabizbajo, el sanitario Sus murmuró:

—Sí, es una lástima.

19 de enero de 1899. Doscientos tres días de asedio

Baler

—Gracias por acompañarme, Vigil. Tu presencia puede ser importante, al fin y al cabo tienes mejor trato con los frailes que yo.

—Ya viene el padre.

—Espero que colabore y no se muestre reacio a nuestra idea. No me gustaría, pero si es preciso me haré valer por la fuerza.

—No creo que sea necesario, Martín.

—Dios te oiga, y sus ministros a él —murmuró el teniente.

El franciscano se acercó en silencio y, tras saludar, se sentó frente a los dos militares.

—¿Deseaban verme? Tengo que ir a preparar el rezo del rosario.

—Sí, padre. No se preocupe, seremos rápidos —contestó el teniente—. Verá, como sabe, he tenido que disminuir a la mitad la cantidad de pan diaria. Además, en un par de días se van a terminar los garbanzos.

—Dada la escasa ración que recibimos, ya imaginaba que nuestra situación era muy apurada.

—Apurada es poco —dijo Vigil—. ¿Ha visto a los hombres? Están famélicos.

—Sí, cazan y devoran cualquier animal que caiga en sus manos. Ayer incluso vi como asaban una especie de ratón peludo.

—Entonces, ¿lo entiende? Sabe que necesitamos más alimentos.

—Eso está claro, hijo, aunque no veo a dónde pretendéis llegar.

—Habíamos pensado que nos podría vender los cavanes de palay de fray Carreño.

—Por mi parte no hay problema, pero tenga en cuenta que no son solo míos. El padre Carreño, que en paz descanse, nos los legó al padre Minaya y a mí. Tendrán que pedírselos a él también.

Martín Cerezo se dejó caer abatido sobre el respaldo de la silla. El doctor se encogió de hombros, llamó al cabo de cuarto y le pidió que buscara al

fraile, pero López le interrumpió, anunciando que él mismo lo haría. Al levantarse de la silla, miró al teniente y le dijo:

—No sé preocupe usted, que aunque hayan tenido sus diferencias, Minaya es un alma caritativa y un gran español. No les defraudara.

El oficial esperó a que se alejara y murmuró:

—¿Qué no me preocupe? Ese energúmeno me va a querer sacar todos los cuartos.

—Ten fe, Martín. A poco que posea un mínimo de empatía, colaborará.

—Sí, que se lo digan al pobre Juan.

—Creo que os lleváis mal porque sois igual de tercos.

—¡Por Dios, Vigil! No me compares con ese.

—Yo solo digo que si los dos cedierais un poco…

—¡Chitón! ¡Que vienen los frailes! Miré qué cara de autosuficiencia trae fray Minaya. Sabe que tiene la sartén cogida por el mango…

El aludido, que no pudo escuchar el susurro del oficial, se acercó a la mesa y se sentó apoyando las palmas de la mano sobre el tablero. Fray López se acomodó a su lado en silencio, quedando los dos franciscanos enfrentados a los militares.

—¿Desean hablar conmigo?

—Sí, padre. —Martín carraspeó antes de continuar—. Usted lleva ya unos meses viviendo con nosotros. Sabe perfectamente cuál es nuestra situación. —Fray Minaya asintió—. Pues cada día que pasa se torna más y más angustiosa…

—Padre, lo que el teniente le quiere pedir con tanto circunloquio es que le ceda los sesenta cavanes de palay —apuntó López.

Martín, con la boca abierta, levantó las cejas sorprendido por la brusca y directa intervención. Desconcertado, intentó retomar el hilo del discurso.

—El destacamento lo precisa para sustentarse. He hecho cuentas y podemos abonar un precio de mercado. Si le parece poco, le extenderé un pagaré por el que usted exija… —El oficial se calló y maldijo su atolondramiento, acababa de desmantelar toda su negociación.

—No hace falta que nos pague. Si les hace falta el palay, cójanlo, no necesita nuestra autorización, pues suyo es. Todo sea por los defensores de España.

—No, no es menester. Dispongo del dinero de la comandancia, no mucho, pero podremos acordar un precio justo. A ver… son sesenta cavanes y cada uno tiene veinticinco gantas de capacidad, o sea setenta y cinco litros. Hacen un total de cuatro mil quinientos. Yo había pensado en liquidarlo todo por…

—Ya le he dicho que no queremos venderlo. Acéptelo en nombre del padre Carreño, Dios lo tenga en su seno.

Martín miró al doctor y después a los dos franciscanos.

—Entonces, ¿no quiere que pague nada por ellos?

—Así es.

—Se lo agradezco, pero de todos modos le extenderé un recibo por si algún día necesitara el dinero.

Minaya se levantó y, una vez de pie, miró a Martín Cerezo.

—Teniente, si no entiende usted el significado de la caridad cristiana, quizá debería hablar, no conmigo, pero sí con el padre López. Él le podrá ilustrar, le aseguro que no le hará ningún mal.

Manila

—¿Cómo? ¿Que se ha anulado la columna de socorro? —preguntó atónito Higinio Algar.

—Sí, ya está todo solucionado —respondió el general De los Ríos—. Por fin podremos olvidarnos de este embrollo.

—¿Qué ha sucedido? ¿Han llegado a un acuerdo con las autoridades revolucionarias?

—Por fortuna no ha hecho falta negociar con los indios. El pasado día catorce se presentó en su acuartelamiento el cabo Alfonso Sus, uno de los sanitarios destinados a Baler. Nos ha explicado con detalle cómo transcurrió el asedio: terminó hace meses.

—¿Meses? —preguntó el periodista levantando las cejas.

—Ya le dije que se apresuraba, forjaba unos héroes que quizá no eran tales.

—Pero no puede ser, mi general.

—Siento que haya perdido su historia, Algar, pero la realidad rara vez se presenta como nos gustaría.

—¿Podría hablar con el cabo Sus?

—Sí, no creo que haya problema, aunque pierde el tiempo. Mire, le voy a prestar un último favor. No debería verlo, pero se lo mostraré por ahorrarle trabajo a usted y terminar con este lío cuanto antes. —De los Ríos abrió una carpeta que tenía sobre la mesa y extrajo un documento que entregó al periodista—. No hace falta que le diga que es confidencial. Es el informe que redactó el capitán Roldán tras entrevistarse con el sanitario. Roldán estuvo en

Baler al mando del destacamento que sufrió un primer asedio. Hace un mes que escapó del cautiverio de los tagalos. A pesar de todo iba a acompañar a la expedición. Su experiencia y conocimiento del terreno podía haber sido una gran ayuda.

Higinio asintió y se zambulló en la lectura del informe del capitán.

—Esto es mentira —dijo cuando tan solo llevaba leyendo una veintena de segundos.

—¿Ya lo ha terminado? —preguntó el general frunciendo el ceño.

—No es necesario, ya en el primer párrafo hay incongruencias. Le digo que ese hombre miente. Es muy posible que sea un desertor. Debería apresarlo hasta que el asunto se aclare.

—¿Qué está diciendo? Sus acusaciones son gravísimas. —Su vozarrón facilitó que le oyeran desde el otro lado de la puerta.

—Lo sé, pero tengo constancia de que en diciembre la guarnición de Baler continuaba con su resistencia. No se rindieron en julio, por lo tanto, Sus miente. ¿Y por qué miente? Es fácil de imaginar…

—¿Cómo tiene esa certeza? ¿Dispone de comunicación directa con Baler?

—El mes pasado me entrevisté con Llanera, el general filipino.

—Esta sí que es buena. ¿No va a creer antes a un insurrecto que a un soldado de nuestro ejército?

—¿A uno que desertó? Le aseguro que tengo razón. Mande traer al cabo y hablaré con él. Verá como le sacamos la verdad.

—Empiezo a hartarme de este asunto. Voy a mandar a buscarlo ahora mismo y lo aclararemos de una vez por todas.

24 de enero de 1899. Doscientos ocho días de asedio

Bulacán

Gregorio del Pilar, apodado el general niño por tener solo veintitrés años, fumaba un cigarro sentado en el porche del *bahay*. Con su guerrera blanca, sus orejas de soplillo y su peinado con raya al lado más parecía un monaguillo que un militar. Se sirvió un poco de tuba en un vaso y lo apuró de un golpe. Mientras esperaba a que le llevaran la comida, llegó un correo. El soldado descabalgó de un salto y se anunció al centinela.

—Déjalo pasar. ¿Alguna novedad? —preguntó Del Pilar tras realizar los saludos pertinentes.

—Vengo de Malolos. Me envía el presidente Aguinaldo. —Le tendió un sobre—. Traigo órdenes.

—Sírvase un trago. Le vendrá bien. —Reparó en que no había ningún vaso limpio en la mesa—. Mejor llévese la botella y bébasela a mi salud.

—Gracias, mi general.

Rompió el lacre con el sello presidencial y extrajo la carta.

> A Gregorio del Pilar, amigo y muy estimado general.
>
> Al recibir la presente reunirá su brigada y, en el plazo máximo de una semana, se pondrá en camino hacia Baler, en el distrito del Príncipe. Allí resiste la última guarnición española de la isla de Luzón. Acabe con ella y ponga fin a más de tres siglos de dominio kastila. Obre como usted estime necesario, pero es preciso liquidar ese foco de imperialismo.
>
> ¡Viva la República de Filipinas!

Baler… Algo había oído. Apenas cincuenta hombres resistían atrincherados en una vieja iglesia. Un hecho insólito y vergonzoso para la causa revolucionaria. Él se encargaría de terminar con esa desfachatez. Dos días. Una vez llegase, tan solo necesitaría dos días. En el primero, machacaría la posición con su tren de artillería moderna y, en el segundo, lanzaría a sus casi cinco mil hombres al asalto. Aunque no resultaría una batalla muy

gloriosa, le habían concedido un gran honor. Derrotar a la última fuerza colonial. Con esa victoria nacería una nueva nación.

29 de enero de 1899. Doscientos trece días de asedio

Baler

El cabo González y Menache manejaban con lentitud unos grandes mazos de madera con los que mondaban el palay o al menos lo intentaban. Desde que los frailes lo habían regalado al destacamento, el teniente había instaurado un turno de dos horas que realizaban los soldados libres de guardia. Durante este intervalo, empleaban sus escasas fuerzas en separar la cáscara del fruto con ligeros y reiterados golpes. Los sacerdotes, que conocían la técnica por haberla visto realizar a las mujeres tagalas, les enseñaron el modo de hacerlo, pero la falta de experiencia se hacía sentir demasiado. Cuando terminaban, debían vaciar los morteros en un tambor con pequeñas oquedades que unido a un tornillo sin fin era capaz de separar los granos partidos de los enteros. Por fortuna para ellos, el padre Carreño disponía de las herramientas necesarias, pues solía comprar palay y lo vendía después descascarillado. Para los cazadores resultó ser una tarea costosa y, las más de las veces, infructuosa, ya que el arroz terminaba convertido en harina. Aunque pronto la aborrecieron, jamás la rechazaron: bien comprendían su importancia.

De pie junto al mortero, acosado por las moscas que se posaban sobre su espalda sudorosa, Menache movía el enorme mazo y acompañaba su faena con un torrente de lamentos y blasfemias. El cabo González escuchaba en silencio, concentrado en hallar el balanceo adecuado para quitar el salvado y no pulverizar el grano.

—Me cago en leche, menudo trabajito…

—No te quejes tanto, que me tienes harto.

—¿Sabes a mí lo que me tiene harto?

—¿A ti? Todo. No paras de gimotear por cualquier cosa.

—Es que no sé qué carajo estamos haciendo aquí.

—Cumplir con nuestro deber.

—¿Deber? Eso es cosa de los señores oficiales. A los del pueblo eso nos queda muy lejos. Yo lo único que sé es que el teniente está jugando con

nuestras vidas. Las arriesga sin consideración, como si fuéramos soldaditos de plomo.

—Cuidado con lo que dices —susurró el cabo—. Si te oye, la vas a liar.

—Que me oiga, tanto me da… —murmuró Menache a pesar de la jactancia que contenían sus palabras—. Alguien tendría que hablar con él y hacerle entrar en razón.

—Si el capitán no hubiera fallecido.

—¿Ese? Otro loco que no estaba dispuesto a dejar a nadie vivo. ¿Y todo por qué? Por una guerra que es probable que hayamos perdido…, pero a mí no me lían. Un día de estos me largo de aquí.

—¿Qué dices? —El cabo soltó el mazo y, mientras este rodaba por el suelo, se abalanzó sobre el soldado y le empujó contra el muro—. ¡Maldito loco! ¿Sabes que debería dar parte al teniente? No quiero ni pensar el tiempo que te mantendría encerrado en el calabozo…

Menache, con los dientes apretados y el ceño fruncido, se soltó de la presa de González con un brusco movimiento. Al hablar, una salva de saliva sucia y viscosa acompañó sus palabras.

—Puñetero oficial… No le tengo ningún miedo… y a ti menos. Sé de sobra que comulgas con mis ideas, tú también quieres largarte de aquí, pero no tienes las narices de decirlo.

—Calla, desgraciado.

—Si no nos vamos de aquí, esta iglesia será nuestra sepultura. No hay esperanza. Tenemos que comer pajarracos, ratas y lagartos para no morirnos de hambre. Roemos hojas para no caer enfermos, soportamos la lluvia día sí y día también, y eso que ahora es temporada seca. Siempre de guardia y, por si fuera poco, además este trabajo de chinos… ¿Por qué narices sufrimos tanto? —El cabo recogió el mazo, limpió con la mano unas pequeñas manchas de barro y continuó desgranando el palay—. González, sabes de sobra que tengo razón, aquí dentro solo nos espera la muerte. El otro día, en la última tormenta, si nos pilla la cornisa que se cayó no lo hubiéramos contado. Antes de que se hicieran las goteras había varios catres allí… En cambio, si salimos, no habrá nada que temer. Los indios nos han prometido mil veces que nos tratarán bien. Ellos deben de estar igual de hartos que nosotros.

—¿Y cuándo te cojan los nuestros? ¿Entonces qué, eh? ¡Te fusilarán!

—Primero tendrán que agarrarme. Si, como ellos dicen, los taos han ganado la guerra, no habrá peligro. Y, si aún se combate, ya me las compondré para no dejarme ver. Al menos estaré vivo, cosa que si me quedo no podré asegurar.

—Lo tienes bien pesado, Menache.

—¿Acaso aquí podemos hacer otra cosa? Nuestra única posibilidad es salir de aquí cuando antes, o terminaremos dentro de una tumba. El teniente no se rendirá nunca. No le importan las muertes que pueda causar. Solo tiene en mente el cumplir con su absurdo deber y con las malditas ordenanzas militares. Al infierno con ellas. No voy a dejarme el pellejo aquí en Filipinas. Yo regresaré a casa. Puedes acompañarme, está en tu mano. ¿Quieres volver a España?

1 de febrero de 1899. Doscientos dieciséis días de asedio

Manila

El capitán Miguel Olmedo se presentó en el palacio de Santa Potenciana con el mejor de sus uniformes. Para sorpresa suya, el último gobernador y capitán general español de Filipinas y que actualmente ostentaba el mando de la Comisión Liquidadora, le había ordenado que se personase ante él de inmediato.

Un teniente coronel, de aspecto imperturbable y que racionaba palabras y movimientos como un avaro el dinero, le aguardaba en el vestíbulo. Le condujo, en silencio y a través de pasillos y escaleras, al despacho del general. El ayudante entró y dejó a Olmedo en la antesala. Este empleó el breve tiempo de espera en andar un poco y así templar los nervios que le rugían en el estómago.

—Su excelencia le recibirá ahora —anunció el teniente coronel con aquel semblante carente de nervio y que siempre, desde bien joven, le había caracterizado, aunque muchos se empeñaran en buscar su origen en la melancolía propia de la edad madura o en la indolencia provocada por la derrota y la guerra.

El capitán, con su gorra blanca de plato bajo el brazo, irguió la espalda y estiró la guerrera cuidando de que no se viera ninguna arruga. Accedió al despacho con estudiada marcialidad y sin fijarse en la suntuosa decoración que lo rodeaba. Se situó frente al escritorio principal, marcó la posición de firmes y saludó.

—A la orden de vuecencia.

Empleó un tono tan bravío que su voz resonó en el inmenso despacho. Un gran mastín que dormía junto a la bandera alzó las orejas y, curioso, ladeó la cabeza contemplándolo. Dos oficiales sentados en unos pupitres auxiliares levantaron la vista durante unos segundos y se permitieron una breve sonrisa antes de volver a sus escritos. Sin embargo, el antiguo gobernador no se inmutó y continuó concentrado en la lectura de un documento que tenía entre las manos. Con el ceño fruncido, se pasaba la mano por su cabello. El tiempo

transcurrió de manera tan lenta que casi desquició a Olmedo. Se mantuvo firme, notando como una gota de sudor descendía por su espalda. Enfrente de él y al lado de la silla del general, el impertérrito teniente coronel se erguía con mirada ausente, hierático, como si fuera una cariátide que formara parte de la decoración. Cuando ya el capitán dudaba si debía volver a presentarse, De los Ríos cerró la carpeta con un golpetazo y la lanzó sobre su escritorio.

—¡Cuánto sinvergüenza se ha lucrado a costa de la patria! Si me dejaran repartir justicia se iban a enterar.

Su ayudante se inclinó con escrupulosidad de mayordomo inglés y susurró unas palabras en su oído al tiempo que le tendía un nuevo expediente.

—¿Va a venir Algar?

—No hemos podido localizarlo, excelencia. —El general levantó la vista y observó por primera vez al oficial, que permanecía firmes.

—¿Así que usted es el capitán don Miguel Olmedo? —Abrió el cartapacio y ojeó los documentos que contenía.

—A la orden de vuecencia.

—Tiene una hoja de servicios excelente.

—Gracias, mi general.

—Me hubiera gustado tenerlo bajo mi mando. Supongo que querrá saber por qué le he hecho venir. Si mis informes son correctos, usted conoce al capitán Enrique de las Morenas. ¿Es cierto?

—Sí, está casado con una prima mía, pero ya lo conocía de nuestra época de colegiales. Además, hemos servido juntos varias veces. Es un buen amigo.

—¿Sabe dónde está destinado?

—Pude hablar con él un par de días antes de que partiera. Me comentó que le habían nombrado comandante político-militar del distrito del Príncipe.

—Habrá leído las noticias de los diarios, ¿no?

—Sí, cómo no. Es impresionante lo que está haciendo Enrique. Siempre fue un gran militar.

—¿Impresionante? No sé si esa es la palabra que emplearía yo para definir su comportamiento.

—Mi general, no entiendo…

De los Ríos movió un par de veces la mano para indicar a Olmedo que olvidara lo dicho.

—Su país le va a exigir un último esfuerzo en Filipinas, capitán. Necesito que vaya hasta Baler y hable con esos héroes o locos o lo que quiera Dios que sean y les obligue a deponer su actitud. Me preocupa que esta guarnición pueda incumplir alguno de los puntos recogidos en el Tratado de París. Queda

aún mucho prisionero por repatriar y no podemos permitirnos contrariar al enemigo. Tenga este documento que recoge mis órdenes por escrito y que presentará al capitán De las Morenas. Él no está al mando del destacamento, pero es quien ostenta mayor graduación de los allí presentes. Haga todo lo posible por entregárselo a él en mano.

—¿Cuándo debo partir?

—Mañana mismo. Y vista ropa de paisano. Los yanquis no quieren que enviemos militares tras sus líneas. Hace poco más de dos semanas nos autorizaron una columna y ahora solo permiten un grupo pequeño. No más de un oficial y un par de ayudantes ¡Y sin uniforme! ¿Qué más les dará? Estos tocineros son así… En fin, *vae victis* que dijo el fulano aquel. Y pensar que ya estaría solucionado… Menuda nos lio el maldito cabo desertor. ¡Ah! Una cosa más. Sepa, y esto que le voy a contar es extraoficial, que creemos que van a estallar las hostilidades entre los norteamericanos y los indios en cualquier momento. Así que apresurese. De todos modos, como no queremos dejarle en la estacada, hemos solicitado una autorización al general norteamericano Otis y otra al que los taos llaman presidente Aguinaldo, así estará cubierto con respecto a los dos bandos. Vaya a Malolos, allí le asignaran una escolta tagala que le conducirá a Baler. ¿Alguna duda?

Tras recibir de manera tan repentina y abrupta ese torrente de información, Olmedo sintió que quería formular mil preguntas, pero solo una cuestión germinó en su cerebro con tanta fuerza como para pedir consejo.

—¿Y si no quieren rendirse?

—¿Qué? ¿Cómo no van a…? ¡Por Dios, Olmedo! —dijo al tiempo que golpeaba la mesa y se ponía de pie—. Si se resisten a aceptar una orden directa mía los declararé en rebeldía y… ¿Por qué iban a rechazar mi autoridad?

—No lo sé, mi general. Solo era una pregunta hipotética.

—Pues déjese de tonterías y céntrese en el éxito de su misión… ¡Estoy harto de oficiales faltos de iniciativa y de redaños! ¡He visto cientos! ¡Y así nos ha lucido el pelo! —gritó sin esperar la réplica que sabía que no llegaría —. Teniente coronel Aguilar, dele el despacho y los salvoconductos. Mañana al alba partirá. Puede seleccionar dos ayudantes, capitán Olmedo. Buena suerte, espero verle en unos días de vuelta. —Y se sentó de nuevo, agarró otro documento y se sumergió en él de tal manera que no llegó a escuchar la tibia respuesta del oficial.

—A las órdenes de vuecencia.

—Saldrán de dos en dos —dijo Martín Cerezo—. Colocarán las veinte latas y volverán a la iglesia. Es una tarea fácil. El cielo estará cubierto y no habrá mucha visibilidad. No hablen y no las hagan sonar unas con otras. Las dejan en el suelo y las tapan. Es importante que entiendan esto. Solo deben cubrirlas, no enterrarlas. Un poco de tierra evitará que brillen cuando reciban los rayos del sol. Así dificultará que el enemigo las vea, pero si las entierran no servirán para nada. Necesitamos que, si los taos nos acechan en noches oscuras como esta, tropiecen con ellas y las hagan sonar. ¿Alguna pregunta?

—Mi teniente, ¿no basta con ocultarlas entre la maleza?

—Cuanto mejor las camuflemos, más efectivas serán. Vila las tiene preparadas en sacos. Para no perder tiempo en el exterior, cada pareja llevará un capazo con arena. Cójanla ustedes mismos del corral. El cabo González les asignará la zona que tienen que cubrir. Los emparejamientos son: Boades con Jiménez, Chamizo con Fabregat, Menor con Pedrosa, Gopar con Planas, Santa María con Mateo y Gallego con Sanz.

—Mi teniente —dijo Loreto.

—¿Qué ocurre?

—Sanz ha ido a ver al doctor. No se encontraba bien.

—Alcaide, sustitúyale usted.

—A la orden, mi teniente —contestó el aludido maldiciendo su suerte.

—Empezaremos dentro de un par de horas. Prepárenlo todo, y en cuanto lo tengan listo, aprovechen y descansen un rato, pues saldrán varias veces a lo largo de la noche. Les dejo con el padre Minaya para que les bendiga.

—Arrodillaos, hijos míos.

Martín Cerezo se acercó a su mesa y cogió su diario. Sin darle tiempo siquiera a abrirlo ni a besar el colgante de su mujer que siempre enrollaba en su mano izquierda, apareció el doctor Vigil. Colocó una silla al lado del oficial, se sentó e inclinó su cuerpo hacia él hasta que le pudo susurrar al oído:

—Martín, tenemos que hablar.

Martín levantó las cejas sorprendido por el tono apresurado y la actitud misteriosa del médico.

—¿Sucede algo, Vigil?

—Verás, hará unos veinte minutos se presentó el soldado Sanz en el hospital. Llevaba varios días aquejado de una disentería leve, pero ahora me ha dicho que le duele la pierna izquierda. No ha bastado que me dijera nada

más. Le he examinado y tiene un par de edemas, uno en el empeine y otro en la espinilla.

—¿Beriberi? —preguntó Martín Cerezo con los ojos abiertos, sin ocultar el miedo que sentía.

—Quería decírtelo antes de que se enteré la tropa. Ya sabes cómo va esto; no tardarán.

—¿Cómo ha ocurrido? ¿Acaso no come verduras?

—No lo sé todavía. Deberé investigarlo a fondo.

—¿Implica esto que volveremos a enfermar?

—No tiene por qué, puede ser un caso aislado. Voy a supervisar la dieta de los hombres. Así nos aseguraremos de que todos comen lo necesario.

—¿Qué más podemos hacer?

—De momento, nada.

Martín agachó la cabeza, se pasó la mano por el pelo un par de veces y murmuró algo que Vigil no pudo entender.

—El beriberi otra vez —repitió el oficial cuando se incorporó—. ¿Cómo afectará esta noticia a la tropa?

—La aceptarán con la resignación de siempre.

—Va a ser un golpe durísimo para su moral… Solo espero que no se desmoronen. Podría ser nuestro fin.

3 de febrero de 1899.
Doscientos dieciocho días de asedio

Queridísima esposa:

Anteayer encajamos un golpe durísimo. Nuestro más negro espectro ha resurgido del pasado: el soldado José Sanz ha contraído el beriberi. Mis hombres se encuentran desconcertados ante la súbita reaparición de la siniestra plaga. Se creían libres de este mal, su enemigo más temible y el único al que no saben combatir. Un adversario que creían vencido y que cercenó, entre terribles sufrimientos, las jóvenes vidas de muchos de sus compañeros.

Entiendo su temor y lo comparto. Tú debes saberlo, no me avergüenza reconocerlo. Observo los rostros de mis hombres y encuentro allí el mismo miedo que aprisiona mi alma. Entiendo que sus fuerzas flaqueen, pues les basta recordar las muertes de sus amigos para temer al beriberi más que al mismo diablo. Estos dos últimos días no he cesado de recordar a mis dos camaradas. Cierro los ojos y contemplo el descarnado cuerpo de Enrique llamando a su hijo o la deformada cara de Juan, y cómo se retorcía y gritaba incapaz de soportar el dolor.

Esta mañana reinaba el silencio en el interior de la iglesia. Un silencio asfixiante como el de una misa de difuntos, roto tan solo por los cuchicheos de algún soldado atemorizado buscando consuelo. Hoy no hemos escuchado ni bromas jocosas ni risas francas ni gritos de alegría celebrando la muerte de algún enemigo de España. Incluso la perra ha permanecido callada toda la mañana sin reclamar atención con sus ladridos.

Este clima de postración puede ser desolador para la tropa. Las esperanzas surgidas gracias a nuestra victoria del catorce de diciembre se han disipado como niebla expuesta al calor de mi tierra extremeña. Y no puedo hacer nada por ayudarles más que mostrarme confiado, aunque ni yo crea mi engañosa pose.

Vigil sigue comportándose como el gran médico y oficial que es. Vigila la alimentación de todos los miembros del destacamento, incluyendo la mía, y nos examina en busca de putrefacciones. De momento, y es lo que les repito una y otra vez a los soldados, nadie más

ha enfermado de beriberi. El doctor cree que es un caso aislado agravado por la disentería. Confiemos que así sea y podamos librarnos de esta maldita plaga por siempre.

Con el padre Minaya, tras mi deplorable comportamiento cuando nos regaló el palay, he intentado un acercamiento. Pero ha sido del todo imposible. Dice Vigil que somos igual de testarudos… Quizá tenga razón, aunque yo soy consciente de mi error. No me esperaba esta actitud tan caritativa, creía que era alguna añagaza para obtener réditos en el futuro. Sabes que no tengo en mucha estima al clero peninsular que ejerce su ministerio aquí en Filipinas. He visto sus abusos. Reconozco que, llevado por mis recelos, actué mal. Él, en cambio, no da nunca su brazo a torcer; sé que me califica de masón a mis espaldas. Desde el incidente con Juan, que por cierto aún no hemos esclarecido, apenas me trato con él. Creo que lo mejor será continuar así y mantener con él una relación fría, templar los ánimos y no dejar que nuestra mutua animadversión enturbie más la convivencia.

¿Y qué decirte que no te haya dicho ya? He colocado tu retrato bajo el destartalado toldo que protege mi camastro. Así, al tumbarme, te contemplo sin que nadie observe mi desazón. Ojalá pudiera estar contigo, entre abrazos, besos y mimos y no aquí, preso del hambre y prisionero de mis convicciones, rodeado de moscas y blanco de los tagalos que buscan con denuedo mi cabeza. Anhelo oler el agua de colonia que rodeaba tu cuello; su suave aroma a jazmín me evocará por siempre aquellos maravillosos días de verano. ¿Ves? Enseguida que pienso en ti, la melancolía me derrota. Mi alma se doblega ante tu recuerdo como no lo hace ante la furia enemiga. Tengo que olvidar. No te lo tomes a mal, y disculpa mi borricada, seguro que olvidar no es la palabra más adecuada, es demasiado cruel; supone renunciar a tanto, pero es que el recuerdo hiere más que el presente. Por eso intento postergarlo y arrincono tu memoria en un rincón de mi mente, mas brota espontánea y me ayuda a no volverme loco en este océano de desesperanza, temor y eterna espera. Quiera o no, aun ahora eres el faro que guía mi cordura. Seguiré tu luz hasta el último de los días, cuando llegue al fin nuestro relevo salvador o venga a buscarme la muerte. Siempre tuyo, promesa o castigo, no hay diferencia.

4 de febrero de 1899. Doscientos diecinueve días de asedio

Arrabales de Manila

Al ver alejarse a su sargento, y como sabía que ya nadie le molestaría durante un buen rato, Robert Grayson se desabrochó la camisa azul para combatir el pegajoso y sofocante calor filipino.

Por una vez había tenido suerte en la asignación de la guardia. Le había tocado proteger el puente de San Juan, cerrado al tránsito y por el que nunca pasaba nadie. Era uno de los puestos más tranquilos donde podía servir. Y además tenía a alguien bajo su mando, aunque este no fuera otro que aquel imberbe muchacho, Orville Miller. Un paleto recién alistado del condado de Thayer que no cesaba de formular preguntas absurdas.

Desde donde se encontraba, Robert, del Primero de Infantería de los Voluntarios de Nebraska, escuchó con claridad las campanas de los relojes de la ciudad tocando las ocho de la tarde. El soldado sonrió. Solo le quedaba una hora y terminaría su turno de guardia. Al fin disfrutaría de un breve permiso, que incluía lo que restaba del sábado y todo el domingo. Quería probar suerte en los cafés de la zona del puerto. Las mujeres filipinas eran preciosas y Robert ardía en deseos de experimentar el tacto de sus labios, la calidez de su cuerpo y el aroma de sus pechos. Ansiaba obtener la atención de las mujeres que se le había negado tanto en su Inglaterra natal como en su país de adopción. El pobre ingenuo esperaba deslumbrarlas con la grandeza de su patria, sus casi seis pies de altura y la gran perilla que cuidaba con esmero. No reparaba en que su enorme cabeza de frente despejada, su gran nariz rota ladeada hacia la izquierda y su prominente barbilla resultaban tan poco atrayentes para las muchachas filipinas como para las inglesas o estadounidenses.

El centinela caminó unos metros por el puente hasta llegar al ojo central, se acercó al borde, apoyó con cuidado su viejo rifle Springfield en el pequeño muro que ejercía de barandilla y se subió sobre su piedra marrón de un salto. Silbando entre dientes una vieja canción inglesa, se desabrochó el pantalón y

sacó el pene. Trazaba líneas con la orina sobre las aguas verdes cuando escuchó a Orville, que con su voz aguda le sacaba de su breve distracción:

—Robert… ¡Robert!

—¿Qué quieres? Me vas a gastar el nombre de tanto usarlo. Todo el puñetero día igual.

—Vienen cuatro hombres.

—¿Qué dices?

El soldado terminó de manera abrupta su meada, salpicando de gotas de orín su uniforme, y se volvió a otear el camino de San Juan del Monte. Orville tenía razón, cuatro tagalos vestidos de rayadillo a la usanza española seguían la senda rectilínea que unía el pueblo con el puente. Bajó del murete, recogió su fusil y le quitó el seguro.

—Orville, prepara tu arma. —Los cuatro extraños todavía se encontraban lo suficientemente lejos y no se distinguían sus caras.

—¿Prepararla? ¿Vamos a atacar a nuestros aliados?

—Ya oíste al teniente. Ningún filipino debe acceder a Manila por este puente. Dijo que usáramos la fuerza si era necesario. Te aseguro que si no entran en razón, no dudaré en usarla. —Avanzó un par de pasos y levantó una mano—. *Halt*! —exigió manteniendo el brazo en alto. Vio que su orden era ignorada, masculló un insulto y gritó *halt* de nuevo al máximo volumen que fue capaz de lograr. Al ver que no se detenían, descerrajó su fusil al aire. El estampido rompió la calma matutina y espantó a un par de calaos, pero no intimidó a ninguno de los cuatro tagalos.

—¿Qué hacemos, Robert?

—Cúbrete con el muro, agáchate. —Empujó a su compañero para que cumpliera su orden—. Mierda, tenía que pasar en mi turno.

El yanqui los encañonó. Distaban alrededor de cien metros y avanzaban con los rifles colgados a la espalda. Podía verles mover la boca, pero no les llegaban las palabras de ánimo que se transmitían unos a otros.

—Robert, ¡no se han detenido!

—¡Ya lo veo, joder!

—Pero Robert…

—Mierda…, no podemos permitir que se acerquen más… Son cuatro.

—¿Robert?

—¡Cierra la puta boca de una maldita vez!

Grayson apuntó y apretó el gatillo. La bala se perdió sin alcanzar a nadie. Cargó y se tomó más tiempo para apuntar. Al fin, descerrajó el rifle y el tagalo situado más a la derecha rodó por el suelo. Los otros tres siguieron

andando sin prestarle atención. Un tiro de Orville hizo que otro cayera de espaldas. Se encontraban tan cerca ya que los dos norteamericanos pudieron ver como uno de los dos filipinos supervivientes oscurecía la parte delantera del pantalón. Un balazo a la altura del muslo hizo que este se estampará de bruces contra el barro del camino. El cuarto tagalo, incapaz de resistir la presión, salió corriendo hacia sus líneas. Robert alzó su fusil y contempló cómo huía; al ver que Orville apuntaba, le desvió el arma de un manotazo justo en el momento en que este disparaba. La bala, ruidosa y envuelta en una nube de humo, impactó en el agua a unos metros de donde se encontraban.

—Déjalos que se vayan.

—¡Los hemos parado!

—Si no se han defendido… No entiendo qué pretendían hacer, parecía como si quisiesen que los matásemos.

El tagalo herido en la pierna se irguió trastabillando y se acercó a sus camaradas. El primero en caer yacía muerto; el segundo, alcanzado en el pecho, pronto lo estaría. Aun así, lo agarró por los hombros e intentó arrastrarlo; enseguida se dio cuenta de que era incapaz. Sin darse por vencido, tiró de él sin poder moverlo más que medio metro. Los dos estadounidenses contemplaban su baldío esfuerzo desde el puente sin saber qué hacer. Pasados diez minutos, el filipino moribundo expiró y su compañero, después de llorar un rato a su lado, se retiró cojeando.

Los cuatro voluntarios solicitados por el presidente Aguinaldo habían cumplido con su misión: habían forzado la guerra contra Estados Unidos. El magnánimo liberador se había convertido en rudo opresor. Filipinas anhelaba la ansiada independencia y no dudaba en volver a llamar a todos sus hijos a la lucha. Pese a que habían forzado la situación, no se hallaban preparados para la rápida reacción de sus antiguos aliados. Esa misma noche los estadounidenses concentraron su artillería y, apoyados por la flota que operaba desde la bahía de Cavite, bombardearon los campamentos filipinos y causaron más de tres mil muertes antes del amanecer.

5 de febrero de 1899. Doscientos veinte días de asedio

Madrid

La joven anduvo un paso y se detuvo para dejar que el hombre vislumbrara sus formas a través de la bata de gasa negra. Con estudiada lentitud, la abrió y arqueó los hombros para que se deslizara entre sus brazos. Su pelo largo, castaño y lacio caía suelto a ambos lados de su cara. Apenas sobrepasaba la veintena y era guapa, muy guapa. Quizá demasiado. Maquillada con profesionalidad, sin exageraciones ni estridencias, poseía la belleza de una diosa romana resucitada. A nadie extrañaba que fuera una de las prostitutas más cotizadas de la capital. Hizo una leve genuflexión al tiempo que esgrimía una sonrisa pícara acentuada por un ligero movimiento de la lengua.

Su cliente, el diputado Segura, apuró de un golpe el champán, dejó la copa en la mesilla y se levantó impulsado por el deseo. Se acercó a la joven con sonrisa de tiburón, colocó las manos sobre sus nalgas y la atrajo hacia sí. Olía a sándalos y rosas, a excitación y lujuria. Con la torpeza y el ardor de un adolescente primerizo, comenzó a besarle los pechos, que empujados por el férreo corsé despuntaban hasta casi alcanzar la altura del hombro.

—*Du calme, mon chou*. No vayas tan rápido. *On a tout le temps du monde*.

La mujer le obligó a sentarse sobre la cama y se colocó encima de él. Tiró del corbatín para deshacer el nudo y le desabrochó los botones de la camisa. Le besó el cuello con suavidad, alternando los labios con lentos movimientos de la lengua. Al notar cómo crecía la excitación de su cliente, comenzó a frotar el culo contra su entrepierna. Segura se dejó hacer hasta que advirtió que estaba a punto de eyacular.

—No aguanto más. —Se levantó, teniendo cuidado de que la mujer cayera sobre la cama, y acabó de desnudarse. Lo hizo con tal celeridad que parecía que la ropa le quemaba. Atrajo a la joven tirando de sus piernas, le quitó las bragas con un rudo tirón y la penetró. Y era cierto que no aguantaba más, pues su excitación era tal que terminó tras unas breves sacudidas.

—Joder, qué triste. —Segura maldijo y se dejó caer sobre la cama.

La prostituta se aseó en un pequeño reservado cubierto por un biombo chino. Rápida como su cliente, enseguida se sentó a su lado. Su dedo índice jugueteaba con el ensortijado pelo del pecho del político:

—Tranquilo, *mon chou*, ya te dije que no tenemos prisa. —Rellenó la copa y se la tendió—. *Ma nuit t'appartient*. Voy a levantar a tu amigo y me volverás a hacer tuya, *ça te va?*

No hizo falta que el hombre contestara, ella le besó en el cuello, chupeteó un pezón y bajó lentamente hacia el pene, que apenas tardó en reaccionar.

—¡Ah! —balbuceó entre jadeos. Su mano agarró la sábana y la retorció con fuerza. El licor bailó incontrolado y se derramó por su cuerpo. Tuvo que clavar los pies en el colchón para que las piernas no le temblaran. Sus gemidos, acompasados con la laboriosidad de la joven, crecieron y su pasión se desbordó de nuevo.

La noche, gracias a la juventud del político y, sobre todo, la experiencia y profesionalidad de la tenaz y complaciente mujer, se prolongó hasta poco después que el sereno diera las cuatro. Tras una despedida rápida y fría, Segura, a pesar de que sabía que le invitaba la compañía transatlántica, dejó cinco duros de plata con la efigie del rey niño. Nunca una meretriz, que además era bellísima, le había tratado con tanta dedicación. Y no era un novato en estas lides.

San Isidro

El jinete, montado en un pequeño caballo filipino, alcanzó al galope la columna de soldados de infantería que marchaba hacia el este de la isla de Luzón. La encontró al norte de San Isidro, a menos de cien kilómetros de Baler. Avanzó por la orilla del camino hasta llegar a la vanguardia, desorganizando las filas de soldados y recibiendo sus quejas e insultos. Se detuvo un instante para limpiarse el sudor y el polvo de la cara con la manga de la camisa y, tras distinguir al hombre al mando, espoleó de nuevo a su montura. Gregorio del Pilar impartía órdenes para preparar el descanso de su brigada después de un duro día de marcha. El mensajero detuvo el galope a un par de metros de él.

—¿A qué viene tanta prisa, soldado?

—¡Mi general! ¡Ha estallado la guerra! Los americanos mataron a tres de los nuestros que querían entrar al barrio de Santa Mesa en Manila.

—¡Hijos de puta! Los yanquis nos la han jugado. ¡Malditos sean! Sabía que tarde o temprano pasaría. Los expulsaremos de nuestras islas como ya hicimos con los kastilas.

—Traigo un correo urgente del presidente Aguinaldo enviado a través del general Ricarte. Los americanos han cortado el cable por Marikina, así que de momento no habrá más comunicaciones. Sus nuevas órdenes, mi general.

Del Pilar recogió el sobre con tanta prisa que se le cayó. El papel con el mensaje revoloteó por encima de su caballo hasta posarse en el suelo. Un sargento se apresuró a recogerlo y se lo tendió servicial a su superior. Este lo asió con firmeza y, sin limpiar el barro que se le había adherido, lo desdobló y leyó su contenido. Tras una primera lectura, realizó una segunda en voz alta para que pudieran enterarse sus hombres.

> Estados Unidos ha roto las hostilidades y, contraviniendo su mismo espíritu fundacional, pretende convertirnos en su colonia. Una vez más nos vemos obligados a liberar a nuestra patria del invasor. Este nuevo enemigo, traidor e infame, merece la lucha más obstinada. No descansaremos hasta que seamos los amos de nuestro destino.
>
> Como ve, los acontecimientos se han precipitado y no es posible que continúe con su actual misión, pues usted y sus hombres son de vital importancia en esta lucha que se aproxima. Al recibir la presente, cesará la marcha de su brigada sobre Baler y establecerá una línea defensiva en Kaloocan. Allí se le sumarán dos compañías de la brigada de Pampanga dirigidas por el comandante Kanlas. ¡Viva la República de Filipinas!

Los soldados, suboficiales, oficiales y jefes del general respondieron al unísono, vitoreando a la república por la que estaban dispuestos a dar su vida sin saber que muchos de ellos lo harían en breve. Gregorio del Pilar, el general niño, no dejaría nunca de serlo, pues fallecería antes de terminar el año protegiendo la retirada de su presidente. Con él morirían veinte mil patriotas filipinos y más de un millón de civiles. El sueño de la libertad resultó, a pesar del alto precio pagado, inalcanzable para un país cuya población rondaba los nueve millones de habitantes.

7 de febrero de 1899.
Doscientos veintidós días de asedio

Baler

Loreto y Ramón, que por primera vez en diez días habían coincidido en el periodo de descanso, pasaban la tarde juntos. No hacia ni una hora que habían abatido un pájaro de vivos colores y cuya especie desconocían, pero había caído tan lejos que no habían podido recuperarlo. Desde entonces buscaban caracoles para la perra cerca de la trinchera que cubría la puerta principal y la del camino del río. De la espalda de Ramón colgaba un morral fabricado con una lata que hacía meses había contenido veinticinco kilos de café. Allí dentro tenían ya dos de esos enormes caracoles. Habían encontrado un tercero, pero les fue imposible quitárselo a la perra, que se lo comió en el acto. Alcaide, en la trinchera, cumplía su servicio de guardia y les observaba aburrido hasta que algo llamó su atención:

—Ramón, se ha movido aquel arbusto de allá, mirad qué diablos lo ha empujado.

—¿No habrá sido el viento?

—No, se ha meneado de manera muy brusca. Echad un vistazo y, si hay caza, la repartimos entre los tres.

—¿Dónde? —Ramón señaló la exuberante vegetación que los rodeaba.

—Ese que está a vuestra derecha, cerca de esa platanera. El que tiene tantas flores azules.

Ramón levantó la mano dando a entender que le había quedado claro y se acercó a un par de metros de la mata.

—Loreto, prepara el fusil, yo iré por detrás y asustaré a lo que quiera Dios que se esconda allí para que huya en tu dirección.

—Ya lo hago yo, que la perra te seguirá y puede lanzarse a por la presa en mal momento. A ver si la vamos a liar.

—De acuerdo.

Loreto se colgó su máuser a la espalda, se armó con el palo más largo que encontró y bordeó el matorral despacio para no espantar a la posible presa antes de tiempo. Una vez situado, esperó a que Ramón estuviera preparado.

Este se llevó el arma a la altura de la cara y, tras apuntar, asintió levemente con la cabeza.

—¡Ox! ¡Ox! —gritó Loreto, e hizo todo el ruido que pudo mientras se aproximaba al arbusto, pero de allí no salió nada. Al acercarse a menos de un metro, hurgó con la vara y notó que algo se liaba en ella, la levantó y contempló cómo un ofidio reptaba hacía su mano—. ¡Santo Dios! ¡Una cobra! —Arrojó con fuerza palo y animal, que cayeron a unos metros a su izquierda.

—¡No! —exclamó Ramón.

—¡Es peligrosísima!…

—¡Qué cojones! ¿No has visto las rayas amarillas? Era una serpiente del árbol, una culebra… No era venenosa. Las cobras son todas del mismo color.

—No me iba a parar a ver si tenía rayas o no. ¡Casi trepa hasta mi mano!

—Vamos a ver si la vemos, corre, ha caído por aquí. —Ramón ya estaba en la zona donde habían caído—. Busca, *Luna*, busca.

La perra, que ya había ayudado a cazar un par de roedores, husmeó nerviosa entre las plantas. Enseguida la encontró escondida bajó las hojas de varias matas de dondiegos y ladró furiosa. Asustado, el reptil se revolvió con endiablada velocidad y le mordió en el hocico. Ramón, mientras *Luna* gimoteaba y huía hacia la iglesia, pegó un culatazo a la culebra, pero falló por unos centímetros. Acorralado y desorientado, el animal trató de huir por entre las piernas del soldado, que tuvo la habilidad, o más bien la suerte, de atraparla con un pisotón.

—¡Loreto!, dale con la bayoneta.

Este lo intentó un par de veces, pero no pudo asestar el golpe definitivo, pues la culebra no paraba de moverse, sisear y lanzar dentelladas al aire. En el último intento estuvo a punto de clavarle los colmillos. Enfurecido, el cazador acuchilló donde el blanco le pareció más fácil, a unos centímetros del pie que la aprisionaba. Fue un tajo tan fuerte y tan limpio que partió en dos mitades a la desdichada serpiente. Cegada por el repentino dolor, se enrolló sobre sí misma y se convirtió en un objetivo fácil para el cazador, que ya no falló. La hirió varias veces hasta que por fin le cercenó la cabeza y terminó con el sufrimiento del animal. Ramón se agachó, recogió los dos trozos más largos y los levantó orgulloso y contento. Su próxima cena incluiría carne fresca.

—Caray, Loreto, menos mal que no quería hacerme un cinturón. Menuda escabechina. Está más agujerada que mis calzoncillos.

Su amigo se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? Y bastante he hecho… Les tengo pánico desde que me mordió una de pequeño. Además, lo importante es que la maté, ¿no?

—Sí, eso sí.

—Menudo susto me ha dado al principio. Casi me cago encima y tú querías que le viera las puñeteras rayas amarillas ja, ja.

—Venga, vamos a ver cómo está la pobre *Luna*, que se ha llevado la peor parte. ¿Quién limpió el último bicho? —preguntó, y se dirigió hacia la trinchera.

Loreto suspiró y golpeó unas flores con la palma de la mano.

—Me toca a mí… Nunca he limpiado una serpiente.

—Ni yo. No creo que sea tan difícil. Le quitas las vísceras y la piel estirando, como a los conejos, y la troceas.

—¿Podemos comer eso? ¿No será venenosa? —dudó Alcaide al verlos venir.

—Verás qué guisado más bueno nos sale. Lástima no tener ajos y pimienta —comentó Ramón.

—No sé yo.

—Yo rebajé mis escrúpulos el día que disminuyó la ración de pan. Puede que sepa a rayos o que le pegue mal al estómago, pero ¿sabes lo que te digo? Que peor sienta el hambre.

13 de febrero de 1899. Doscientos veintiocho días de asedio

Cuatro soldados colocaron la mortaja de José Sanz Meramendi en la tumba que se había cavado en el exterior de la iglesia, entre la pared del altar y el huerto. La introdujeron, igual que en los entierros anteriores, sin ningún tipo de pompa, pero con todo el respeto y ternura que aquellos rudos hombres eran capaces de exteriorizar. Lo trasladaron con una delicadeza extrema, más como si estuvieran acunando un bebé que un cuerpo sin vida. Un cazador depositó varios racimos de pequeñas flores blancas del arbusto de algodón de seda sobre la sábana que servía de sudario.

Vicente González y Antonio Menache no asistieron al sepelio, ya que se hallaban de guardia en el coro. El primero suplía durante unos minutos a Alcaide, que había solicitado acudir. Nada más ver desaparecer a su compañero por la escalera, Menache fue directo al asunto que llevaba días queriendo retomar.

—¿Qué te parece?

El cabo, que se había acercado a una de las ventanas, escudriñaba por la estrecha rendija que se había practicado en el postigo para que sirviera de tronera. Continuó oteando, ausente.

—¿Qué te parece? —insistió, y esta vez levantó algo más la voz.

González suspiró y observó a su compañero durante unos segundos. Antes de hablar desvió la vista de nuevo hacia el exterior.

—¿A qué te refieres? —dijo, a pesar de que sabía la respuesta.

—Hoy ha muerto otro de los nuestros. Otro que podría haberse encontrado ya en su casa con su familia si no fuera por la terquedad y estrechez de miras de los señores oficiales. —Pronunció las últimas palabras escupiéndolas, siseando las eses como una serpiente.

—¿Crees que no lo sé?

—¿Y qué piensas al respecto?

—¿Yo? ¿Qué más da?

—Deja de defenderte con preguntas. Te hice una hace días y aún estoy esperando. Necesito tu repuesta, aunque por tu comportamiento creo conocerla.

—No sé de qué diablos hablas…

—¡Eres un cobarde! Tu miedo te matará, pero yo no estaré aquí para verlo. Ya lo he decidido, me largo de este maldito agujero. Estoy harto. Mis huesos no acabarán en una de esas tumbas. En la próxima noche oscura que esté de guardia, me largo. Si fueras listo, te vendrías conmigo.

—¡Yo no soy un traidor!

—No se trata de deslealtad. Es una cuestión de… prioridades, sí, eso es. ¿Qué prefieres, morir encerrado como un conejo por una causa perdida o volver a España con los tuyos?

—¿Sabes cómo castigan a los desertores en tiempo de guerra? ¡Los fusilan!

—¡Tú lo has dicho! En tiempo de guerra. Hace meses que terminó, pero nadie quiere verlo. ¡Estáis todos ciegos!

—Y tú estás empecinado en dar por cierto lo que dicen los taos.

—No es lo que ellos digan, es de sentido común. ¿Cuántas semanas más tendrás que estar encerrado para que te des cuenta? Yo lo tengo claro, González. De esta iglesia solo saldremos con los pies por delante. Prefiero jugármela fuera. Allí será más fácil sobrevivir y te aseguro que sufriremos mucho menos. Además, prefiero las balas de un pelotón de fusilamiento que el maldito beriberi, la puñetera disentería o las punzadas del hambre. Yo ya he elegido, ahora te toca a ti. Te lo voy a preguntar por última vez. ¿Quieres volver a España?

El cabo González apoyó su fusil en la pared y miró al suelo, mientras observaba los toscos zuecos que calzaba, contestó:

—Sí.

—¿Te vendrás conmigo?

—Sí, pero nada más salir, nos dirigiremos a Manila y nos presentaremos a la autoridad militar. Así nos enteraremos de qué diablos ocurre.

—No creo que eso sea una buena idea. Lo mejor será pasar desapercibidos.

—Si acudimos a la Capitanía General, y la guerra de verdad ha terminado, mandarán a alguien a solucionar este entuerto. Haremos un favor a los compañeros…

—¿Jugándonos nuestro pellejo? No lo veo claro. Lo primero que debemos hacer nada más salir es informarnos de qué carajo está pasando en estas condenadas islas. Cuando sepamos la verdad, decidiremos el siguiente paso.

—De acuerdo, eso será lo mejor. ¿Cuándo tienes pensado que nos vayamos?

—¿Iros adónde?

José Alcaide apareció por la escalera que daba acceso al coro. Los dos soldados, lívidos y demudados, no añadieron nada más, pero ya era demasiado tarde. El cazador recién llegado les observaba con una enigmática sonrisa mitad burla mitad desdén. González y Menache lo miraron boquiabiertos, preguntándose cuánto habría oído.

—Vaya, veo que se os ha comido la lengua el gato. Y eso que estabais muy parlanchines… Ya habéis tenido suerte de que os haya descubierto yo y no el teniente. Pedazo de inútiles.

—¿De qué estás hablando? —El cabo intentó recuperar la autoridad que el cargo le confería—. No me mosquees, que te meto un paquete…

—¿Ahora tirando de galón? —Alcaide se rio como si hubiese oído un chiste, avanzó un par de pasos y se acercó a los dos soldados—. ¿Y después de hacer planes para pasarte al enemigo? No te sabía yo tan caradura.

—No sé de qué cojones hablas…

—Sí, ¿qué estupideces estás diciendo?

—No os hagáis los tontos… Ese disimulo lo podríais haber tenido antes y me habríais ahorrado dolores de cabeza.

González le puso una mano sobre el hombro, pero Alcaide la retiró de un manotazo y se lanzó sobre él, le puso el puño derecho con el índice extendido a escasos centímetros de su cara y exclamó:

—¡Que sea la última vez que me pones la mano encima! ¿Estamos? —Al escuchar el tímido sí mascullado por González, sonrió mostrando su dentadura mellada. Sabía que le confería un aire siniestro que respaldaría su amenaza—. De todos modos, no tenéis nada que temer. No voy a ir con cuentos al teniente. No soy un soplón. Prefiero ir a la mía y que cada uno apechugue con sus actos.

—¿No dirás nada? —preguntó Menache.

Alcaide lo miró con tal mueca de despreció que parecía que de un momento a otro le fuera a escupir en la cara.

—Ya te he dicho que no.

—¿Quieres venir con nosotros?

—Con vosotros no iría ni a la puerta de la calle. Sois unos zopencos que no sabéis ni guardar un secreto. Estoy más a salvo aquí dentro, pasando hambre y sirviendo de diana a cientos de taos que planeando algo con vosotros.

—¿Prefieres morir aquí dentro?

—Menache, tú preocúpate por ti, que yo sé cuidarme solo. Y por el amor de Dios, id con tiento, el próximo desliz seguro que os sale más caro.

Cerca de San José de Casignan

—Aún quedan varias horas de luz. Continuaremos hasta que oscurezca y acamparemos en el camino —ordenó Olmedo—. Así, mañana temprano estaremos en Baler.

—Pero, señor capitán, eso no es prudente, podemos encontrarnos tulisanes y desertores de los tres ejércitos —respondió el intérprete tagalo.

—¿Eso lo ha dicho el teniente?

—Sí.

—Dígale que yo no tengo miedo ni a los bandidos ni a los desertores… Y que él tampoco debería tenerlo.

Se puso en camino sin esperar la respuesta de los tagalos, seguido por el sargento y el soldado que le acompañaban. Estaba harto de aquella misión que se había torcido ya en el mismo despacho del general. Aún le escocían las palabras del viejo: falto de iniciativa y de redaños. Las llevaba grabadas a fuego en el corazón. Desde entonces las cosas habían empeorado sin remedio y en cada etapa había surgido una complicación. Los americanos habían invalidado por motivos burocráticos el salvoconducto que le habían expedido y hubieron de esperar todo un día a que les entregaran unos adecuados, con lo que la partida se retrasó al tres de febrero. Anduvieron desde Manila, controlada por los estadounidenses, hasta el sector filipino, donde pudieron alquilar una tartana guiada por un tagalo. Como todos los cocheros de aquel país, no sabía conducir el carro de otra manera que no fuera a galope tendido. Mientras botaban entre los baches, traqueteaban por los caminos, mareados y espantados como grumetes ante una feroz tormenta, esperaban el inevitable accidente que sabían no tardaría en llegar. Al cruzar un recodo, una de las ruedas traseras se metió en un denso lodazal y se frenó de golpe. El carruaje volcó y el impetuoso cochero y los acongojados kastilas salieron despedidos. Después de un segundo e innecesario percance, obligaron al tagalo a que cediera su puesto al sargento. Así consiguieron avanzar sin más percances hasta la capital provisional filipina. El estallido de la guerra les cogió lejos del nuevo y repentino frente, pero los rugidos del bombardeo americano les acompañaron durante el breve descanso nocturno que disfrutaron.

En Malolos consiguieron una nutrida escolta de más de veinte hombres y los parabienes del gobierno revolucionario. Los dos primeros días marcharon sin apenas incidentes, pero el tercero no avanzaron más que un par de kilómetros, ya que una fuerte tormenta descargó durante más de diez horas.

Con los caminos abnegados y cubiertos de barro, la marcha se endureció. Los ya de por sí pésimos caminos filipinos se habían convertido en inaccesibles. Se vieron obligados a abandonar el carro y continuar a pie. Los intricados e indómitos torrentes, crecidos por la ayudante lluvia, dificultaban aún más la tarea. Se enmarañaban tanto que, para seguir su camino, tuvieron que cruzarlos varias veces. Uno lo vadearon hasta en cuarenta y siete ocasiones. Además, no habían gozado de un adecuado reposo, pues les había tocado vivaquear las últimas tres noches.

Pese a todo, a Olmedo, la cercanía del final del viaje y, sobre todo, el objetivo del mismo, le impulsaban a seguir avanzando con el ánimo intacto. Salvaría a su amigo Enrique y a sus hombres del infierno que seguro estaban viviendo.

14 de febrero de 1899. Doscientos veintinueve días de asedio

Baler

—¡Teodorico! ¡Teodorico! ¡Ha llegado una columna! —exclamó el teniente Roa a la vez que aporreaba la puerta de su habitación.

—¡Los refuerzos! —Novicio esquivó a la dalaga que dormía desnuda junto a él y se levantó de la cama de un salto—. ¡Por fin! Hoy mismo terminaremos con los meapilas. —Recogió un pantalón del suelo y, después de ponérselo, abrió la puerta del cuarto lo suficiente para que el otro oficial admirara su última conquista.

—No, *kapitang*. Son solo algo más de veinte hombres…

—¿Cómo? ¿Solo veinte?

—¡Y parece que los dirige un kastila!

—Muchos se han sumado a nuestra causa…

—Pero es que dice que pertenece al ejército español.

—¿Qué? ¿Dónde se encuentran?

—Ahí fuera, esperándote.

Novicio Luna salió de su *bahay* a la carrera. No reparó siquiera en que no llevaba ni su gorra ni su sable ni su guerrera. Tan solo un viejo pantalón de lino blanco y el *anting-anting* de cristal rebotando contra su pecho.

—¿Quién está al mando? —preguntó a los tres españoles que fumaban y hablaban entre sí.

—¿Quién lo pregunta? —dijo Olmedo tras observar el desaliñado aspecto del tagalo.

—Soy el capitán Novicio Luna. Comandante de las tropas revolucionarias en Baler.

—Bonito uniforme se gasta usted…

El filipino reparó en ese momento en su aspecto y, avergonzado, se justificó.

—Disculpe, acabo de levantarme ahora mismo, ayer tuve servicio nocturno y…

—Ya… Bueno, vamos a lo nuestro. Soy el capitán don Miguel Olmedo, enviado especial del general don Diego de los Ríos y comisionado por su presidente para parlamentar con la guarnición española que resiste en la iglesia. Tome, un despacho de su gobierno que me dieron en Malolos.

Novicio leyó la comunicación con avidez. No eran más que unas escuetas líneas que le exigían la máxima colaboración con el español.

—De acuerdo. Podemos empezar cuando usted lo crea necesario, pero si quiere comer algo antes o descansar un poco, estaré encantado de…

—En absoluto. Ya hemos perdido bastante tiempo en el viaje. Nos ha costado once días, casi el triple de lo necesario. Voy a hablar con ellos ahora mismo.

—Como prefiera. —El tagalo se adelantó un par de metros—. ¡Corneta! ¿Dónde diablos está el corneta? —Los filipinos se miraron unos a otros desconcertados. Al cabo de casi medio minuto, un soldado tagalo salió corriendo de detrás de una casa subiéndose los pantalones—. ¡Alfredo! ¡Maldita sea! Cuando estés de servicio no debes alejarte de mí. ¿Cuántas veces he de decírtelo? Toca atención. Y que alguien traiga una bandera blanca. —Se volvió hacia Olmedo—. Habrá de tener paciencia. Últimamente sus compatriotas se muestran reacios a recibir cualquier comunicación. Quizá tarden en contestar.

—¿Cómo sabremos si aceptan parlamentar?

—Repetirán la llamada y ondearán bandera blanca.

—Proporciónenle una al sargento Ortega y llévenme al camino que conduce a la iglesia. A lo mejor, si me ven, se deciden antes. Usted, Sanz, quédese aquí —dijo al tercero de los españoles, un soldado valenciano de algo más de cuarenta años que se había alistado voluntario para huir de los familiares de una antigua querida embarazada.

—Teniente Roa, conduce al capitán a la trinchera. Alfredo, vuelve a tocar. Insiste hasta que contesten. Javier, túrnate con él. Y acompañad a Roa. Olmedo, les esperaré en el puente de España. Si necesita algo, hágamelo saber.

El aludido saludó de manera marcial y siguió al teniente. Novicio los vio desaparecer por entre las fortificaciones y escupió al suelo.

—Estos malditos kastilas aún se creen los amos de estas islas. Tiene la desfachatez de pedirme cuentas por mi uniforme y él ni siquiera lleva uno. ¡Y encima se ha presentado cubierto de barro! En fin, esperemos que hoy se larguen de una vez para siempre.

Más allá, entre las fortificaciones tagalas, Olmedo ascendió un terraplén que cruzaba la trinchera y contempló la asediada iglesia. Observó cómo la bandera de su patria ondeaba en lo alto del campanario. Los colores habían perdido su fuerza, tenía agujeros y remiendos, pero flameaba orgullosa, señalando que aquel extraño fortín aún resistía al enemigo.

—¿Ha visto, mi capitán? —El sargento la señaló con el dedo—. Solo por esto el viaje ha merecido la pena.

—¿Cómo no he de verla? Se me ha encogido el corazón. Está ajada y, sin embargo, nunca me pareció tan hermosa.

Dentro del edificio, los cazadores levantaron la cabeza al oír resoplar de nuevo el cornetín proveniente desde las trincheras filipinas que llamaba, de manera muy desafinada, solicitando parlamento. Los soldados que estaban en el patio cesaron todas las conversaciones y contemplaron al teniente, que, sentado cerca de ellos, leía una novela. Ajeno a las miradas, continuó con la vista clavada en el libro. Durante unos segundos solo se oyó la desentonada melodía que solicitaba parlamento. Martín levantó la cabeza y dijo mientras pasaba una página.

—Ese arroz no se va a pelar solo. No paren, continúen batiendo.

Los dos encargados de descascarillar el arroz, que lo contemplaban ensimismado, asintieron y reanudaron su monótona labor.

Otra llamada resonó, pero también fue ignorada. Los toques de corneta se fueron siguiendo uno detrás de otro. Y así, durante casi una hora, sin dar tregua, incordiando con sus reiterados avisos a los cada vez más nerviosos españoles. El cabo Olivares se presentó ante el oficial y, después de saludar, dijo:

—Mi teniente, informa el centinela del campanario que hay varios hombres en la calle Cardenal Cisneros con bandera blanca.

Martín cerró el libro de golpe a la vez que soltaba un sonoro suspiro y se levantó maldiciendo lo oportuno de aquella convocatoria; justo coincidía con el primer descanso que se tomaba en tres semanas. Subió a la torre acompañado por Olivares y observó a través de sus prismáticos al grupo que esperaba.

—Dos de ellos son españoles, pero no llevan ningún tipo de uniforme ni distintivo. ¿Quiénes diablos serán? —se preguntó Martín Cerezo en voz alta.

En ese instante, uno de los hispanos, uno que llevaba un sobre en la mano, hacía una señal al corneta para que cesará de tocar. Le dijo algo al abanderado y, acompañado de uno de los soldados filipinos, se dirigió hacia el puente de España.

Alfredo, el tagalo que acompañaba a Olmedo, señaló la fortificación principal y dijo varias palabras en su idioma de las que el español solo entendió «capitán». Siguió su indicación y vio que Novicio Luna, advertido de su presencia, salía a su encuentro. Se había vestido con el uniforme y todos los complementos de que disponía.

—Ya le dije que tuviera paciencia.

—Prefiero forjar mi suerte.

Novicio se encogió de hombros y levantó las palmas de las manos.

—No entiendo lo que quiere decir.

—No esperaré a que acepten el parlamento, si no responden a la próxima llamada, iré igualmente.

—Vaya con cuidado, que le pueden volar la cabeza.

—Son tropas españolas, respetarán la bandera blanca.

—Usted verá lo que hace. Es su pellejo, no el mío.

—He venido aquí para pedirle que, en el caso de que muera, recupere este sobre y se encargue de que lo reciba el capitán De las Morenas. Puede suponer el fin de todo este embrollo.

—Descuide, se lo haré llegar. Tengo tanto interés como usted en que acabe. Desconozco si lo sabe, pero yo soy de Baler. Mi pueblo padece mucho con este sitio. No podemos mantener a tanto soldado aquí. Somos pobres. Necesitamos la paz. Aunque, eso sí, al menos no nos vemos en la obligación de comernos los cuervos, como hacen los suyos.

—No se preocupe, la vida da muchas vueltas, quizá le llegue el día.

—No se ofenda, que es verdad, se les deben estar acabando las provisiones. Ojalá eso les ayude a decidirse por la rendición. Aunque no me crea, espero que culmine su misión con éxito. ¿Necesita algo más?

—Me gustaría redactar un mensaje donde explique mi actuación al general de los Ríos. Se lo daré al sargento que vino conmigo para que, en el caso de que fallezca, lo entregue en Manila.

—Acompáñeme adentro y le dejaremos lápiz y papel. Tendrá que disculparme, pero no tengo ni tinta ni pluma.

Pasados diez minutos, desde la posición española, Martín vio salir de nuevo al enviado y dirigirse hacia su situación original.

—Ja. A ese ya le han zurrado la badana por retirarse antes de tiempo y le han mandado de vuelta.

Al llegar al borde de la trinchera, donde cruzaba con la calle Cisneros, mandó al corneta, mediante un gesto universal, para que volviera a tocar atención.

—¿No se lo decía yo? El desertor ha ido a pedir órdenes y le han dicho que continúe con el cuento. Bien, dejémosles actuar. Ya se cansarán. Olivares, hoy que hace bueno vamos a repasar cómo se encuentra la cornisa.

El cabo y el oficial descendieron de uno en uno por la torre. Cuando Martín Cerezo se encontraba a mitad de camino, sonó una nueva llamada filipina. Al momento, el centinela del campanario se asomó al hueco de la escalera:

—Mi teniente, uno de esos hombres avanza hacia aquí con la bandera blanca. ¿Le disparo?

—No, no lo haga. Echaré un vistazo antes.

Martín bajó hasta el coro y abrió los postigos de la ventana izquierda, desde donde tendría mejor ángulo para ver al emisario.

—No abran fuego. Chamizo —mandó al centinela que se encontraba en el exterior—, cuando se encuentre a unos treinta metros, dele el alto. Enseguida bajo. Yo hablaré con él, que nadie más le dirija palabra.

Martín aceleró el paso y bajó hasta la planta de la iglesia, mientras cruzaba el umbral de la puerta, oyó que Chamizo gritaba:

—¡Quieto o disparo!

Olmedo clavó en tierra el asta con la bandera blanca y levantó las manos mostrando que no llevaba armas. Martín llegó a la trinchera, donde se hallaba el padre Minaya acompañado de varios cazadores y trepó por el terraplén. Desde allí observó al emisario y dijo:

—¿Quién vive?

—Soy el capitán de infantería don Miguel Olmedo.

Los soldados comenzaron a reír pensando que era otro burdo intento para engañarlos. Ni uno solo de los que lo contemplaban, ni siquiera Minaya, creyó que aquel sujeto fuera un capitán español. Pensaban que era un insurrecto o, a lo sumo, un desertor.

—¿Capitán? —preguntó Martín—. ¿De qué ejército?

—¿De qué ejército ha de ser? ¿No reconocen en mí a un compatriota?

—Por desgracia no todos los compatriotas que hay en estas islas son leales.

—¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Soy uno de los oficiales del destacamento. ¿Y qué se le ofrece a usted?

—Obedezco órdenes del capitán general De los Ríos. Debo entrevistarme con Enrique de las Morenas.

—El capitán ni habla ni recibe a nadie. Le han engañado ya muchas veces y se ha propuesto que no vuelvan a hacerlo. Dígame lo que desea y yo se lo

haré saber.

—Esta vez no tiene nada que temer. Traigo un oficio para entregárselo personalmente a Enrique de las Morenas. —Lo sacó del bolsillo y se lo mostró a Martín Cerezo.

—Bien, ahora le envió a alguien para que lo recoja.

—Ya le he dicho que no puede ser. Son órdenes directas del general: solo al capitán y en mano.

—Y yo le he dicho que él no va a salir. Así que, si quiere, déselo a un soldado y, si no, retírese.

—De acuerdo, usted gana. Tómelo, pero recuerde que va dirigido a él.

—Chamizo, vaya por ese sobre.

El cazador se colgó el máuser a la espalda y subió sin dificultad por el pequeño montículo que hacía de parapeto. Al aproximarse, Olmedo le hizo algunas preguntas en voz baja que ignoró. Sin pronunciar palabra, agarró el sobre y volvió a la trinchera.

—Espérese —dijo Martín cuando hubo recibido el despacho—, voy a llevárselo al capitán.

Entró en el edificio y se reunió con el doctor, que había observado la escena desde una de las troneras más cercanas. Los hombres se arremolinaron a su alrededor expectantes, pero silenciosos. El teniente no tuvo corazón para echarlos. Estaban tan ansiosos como él por conocer el contenido de aquel mensaje.

—Veamos qué dice este nuevo embuste, doctor. —Lo abrió y leyó en voz alta—: «Habiéndose firmado el tratado de paz entre España y Estados Unidos, y habiendo sido cedida la soberanía de estas islas a la última nación citada, se servirá usted a evacuar la plaza, trayéndose el armamento, municiones y las arcas del tesoro, se ceñirá a las instrucciones verbales que de mi orden le dará el capitán de infantería don Miguel Olmedo y Calvo. Dios guarde a usted muchos años. Manila a primero de febrero de 1899. General don Diego de los Ríos». Y va a nombre del señor comandante político-militar del distrito del Príncipe, capitán de infantería don Enrique de las Morenas y Fossi.

—¡Qué ceremonioso! —comentó el doctor—. Ni que fuera dirigido a la reina regente.

—Una chapuza más de los filipinos. Es innecesario redundar tanto, o se indica el cargo oficial o se cita a la persona con nombres y apellidos, pero no las dos cosas a la vez.

—Eso pensaba yo —opinó Vigil—. ¿Y a qué arcas del tesoro se refiere?

—No lo sé, el que ha escrito este despacho posee una fantasía enorme. ¿Se ha fijado, doctor, en que el documento no tiene ningún tipo de registro? A nadie se le ha ocurrido dejar constancia por escrito de nuestra comunicación. Estos taos siguen pensando que somos tontos. Nada, la misma música de siempre. En fin, despediré al farsante ese.

El teniente volvió a salir a la trinchera que defendía las dos puertas principales de la iglesia. Esta vez apenas fue seguido por un par de hombres.

—El capitán De las Morenas ha dicho que está bien, que puede usted retirarse.

—¿Cómo? No me lo creo. ¿Le ha entregado el oficio? Si Enrique lo hubiera leído sabría que estoy aquí. Hemos sido condiscípulos y está casado con una prima mía. Es inconcebible que no salga a recibirme. ¡Es uno de mis mejores amigos!

—Esas son sus órdenes.

—No me creo que Enrique me trate así. Somos uña y carne. Yo le presenté a su mujer… Me ha comisionado el general para esta misión únicamente por mi relación con él.

—Quizá la amistad se perdió con su uniforme.

—Lo dejé en Manila por orden de los americanos.

—Claro, ahora mandan ellos en nuestro ejército.

—No, pero en Filipinas sí. Nos impusieron esa obligación para poder venir aquí a rescatarlos. Al menos déjenme que me quede con ustedes, así podré descansar una noche en la iglesia.

—Lo siento, pero eso es imposible.

—¿Y dónde voy a dormir yo?

—Donde lo haya hecho los últimos días.

—Salí de Manila el día tres y he llegado hoy. Un viaje durísimo. Me gustaría dormir con mis compatriotas en mi primera noche en Baler.

—Ya le he dicho que no.

—No entiendo… ¿Qué reparos pueden tener en que un hombre, un compatriota suyo, solo y desarmado, entre en la iglesia? ¿Ocultan algo?

—Claro, nuestro entramado defensivo. No se lo enseñamos a cualquiera.

—Le aseguro que yo no soy un cualquiera. ¿Y qué quiere que le diga al general?

—Dígale que quedamos enterados.

—¿Y cuándo debo volver por la respuesta?

—Si mañana a las nueve de la mañana tocamos atención e izamos bandera blanca, acérquese. Si no lo hacemos, no se moleste, porque no habrá

contestación.

—Espero, por su bien, que recapaciten. Si no existe ningún cargo sobre su conciencia, pueden rendirse con total tranquilidad. Queden con Dios.

El emisario desclavó la bandera y, después de echársela al hombro, miró por última vez a Martín y se retiró cabizbajo. Por toda despedida, el teniente levantó la mano y saludó como un civil. Al regresar a la iglesia encontró que la mayoría de los cazadores habían vuelto a sus quehaceres habituales. Solo el oficial médico y los frailes le esperaban. Los cuatro caminaron hacia la mesa donde compartían tanto la escasez de la comida como las largas horas de vigilia. Una vez sentados, el doctor exteriorizó lo que todos pensaban:

—Ni por asomo ese hombre es un capitán español.

—Más parecía un buhonero —dijo el padre Minaya.

—Ese escrito se encontraba lleno de incongruencias y desatinos. Distaba mucho de ser un documento oficial. —Mientras hablaba, Martín ojeaba un libro que había cogido de la pequeña estantería.

—Me hubiera gustado tanto que fuese real… Poder salir de aquí y volver a España.

—Algún día, Vigil. Algo me dice que cada vez estamos más cerca de lograrlo —dijo el padre López.

—¡Este es! —exclamó el teniente señalando una de las páginas—. Escuchen: «Artículo setecientos cuarenta y ocho del Reglamento de Campaña. Recordando que en la guerra son frecuentes los ardides y estratagemas de todo género, aun en el caso de recibir orden escrita de la superioridad para entregar la plaza, suspenderá su ejecución hasta cerciorarse de su perfecta autenticidad, enviando, si le es posible, persona de confianza a comprobarla verbalmente».

—Queda claro que hemos actuado correctamente —afirmó el doctor—. La falsedad de ese oficio es evidente.

—Sí, no hay ninguna duda —dijo Martín después de haber vuelto a repasar el texto—. «Aun en el caso de recibir orden escrita de la superioridad»… Casi parece que esté redactado para nosotros. Mañana a las nueve mandaré varias descargas de fusilería, así a ese capitán de folletín no se le ocurrirá presentarse sin permiso como hoy. Prefiero que no enrede a la tropa con mentiras. Son corazones sencillos, es fácil influirles.

—No le demos más vueltas. Tengo un poco de tiempo libre. Si les apetece podríamos jugar al dominó. Hace mucho tiempo de la última partida.

—Tienes razón, Vigil. Voy a por las fichas.

Mientras tanto, en las fortificaciones tagalas, Olmedo se reunía con el sargento Ortega y el soldado Sanz. Había rechazado una amable invitación de Novicio alegando que no se encontraba de humor. No quería decir ninguna inconveniencia delante de los tagalos. El capitán fumaba y mantenía la vista clavada en la iglesia.

—¿No come, mi capitán? —preguntó el sargento.

—No tengo mucha hambre.

—Aproveche, la morisqueta está caliente —insistió levantando la escudilla realizada con la cáscara de medio coco.

—Gracias —contestó Olmedo, recogió su ración y se acuclilló junto a sus hombres—. Aún no entiendo —dijo con los dedos pringados, pues comían con las manos a la manera tagala— cómo no me ha recibido. Hay algo que no encaja en todo esto y me temo lo peor. Enrique no me trataría así. Él jamás pensaría que yo soy un desertor por el mero hecho de verme sin uniforme. No, me conoce bien. Incluso sabiéndome un traidor, habría salido a saludarme.

—Puede que esté enfermo —dijo Ortega.

—Lo que yo creo es que está prisionero o, Dios no lo quiera, muerto. Y lo han matado sus propios oficiales. Por eso alargan esta absurda resistencia.

—¿De verdad cree que le han asesinado?

—Ojalá me equivoque, pero todo apunta a que está prisionero o muerto. Eso seguro. Que hayan sido sus hombres explicaría su tozudez. No encuentro otra interpretación.

El sargento hurgó en su macuto y sacó una caja escaqueada. En el centro de cada una de las casillas había un pequeño agujero.

—¿Jugamos una, mi capitán?

—No, gracias, Ortega. No me quito de la cabeza a mi amigo Enrique ni a esos pobres desgraciados. No sería buen rival.

—Mi capitán, ¿le importa que dé una vuelta por el pueblo? —preguntó Sanz.

—Vaya si quiere, pero no se meta en líos con las tagalas.

El soldado saludó con una leve inclinación de cabeza y, después de lavarse las manos en la vasija de agua que los filipinos colocaban para asearse, se marchó atusándose el pelo.

18 de febrero de 1899. Doscientos treinta y tres días de asedio

—¡Doble guardia durante dos días por llegar cinco minutos tarde al relevo! ¡Y tuve la perra suerte que tenía que estar el teniente ahí para verlo! —se lamentó Alcaide nada más entrar al patio.

—Como te oiga quejarte, verás —le advirtió Planas.

—No hay peligro, termina de salir con Olivares hacia la trinchera exterior. ¡Qué mierda! ¡Rediez! —Pegó una patada a un cubo de agua y lo volcó.

—Controla esa ira, hijo. Que no te arrastré y devore tu virtud.

—Lo siento, padre —se disculpó Alcaide—. Me dejé llevar.

—Ese es el problema, te dejas llevar y te puede perder. La ira nunca es una buena amiga. Solo te traerá dificultades. Debes aprender a controlarla.

El soldado Ramón Ripollés, de Morella, que con su poco más de uno setenta era uno de los más altos del destacamento, entró triunfante en el patio con la presa que había abatido. En su mano derecha mostraba, colgado por las patas traseras, un animal del tamaño de un gato. Por encima del puño sobresalía un rabo peludo y negruzco. Parecía algún extraño tipo de roedor, pero no se podía apreciar bien porque le faltaba casi la mitad de la cabeza.

—Mirad lo que he cazado —dijo orgulloso.

—Enhorabuena, Ripollés, parece un guiguí —comentó Minaya—. Y le has dado de lleno en la cabeza, qué puntería tan buena tienes.

—¿Un qué, padre?

—Un guiguí. Es una ardilla propia de Filipinas.

—Eso creía yo, que había matado una ardilla, pero esto me despistó. —Extendió con la mano izquierda la membrana que unía las dos extremidades de un costado del animal.

—Eso hace que ralentice sus saltos. Extiende las cuatro patas y su cuerpo se frena en el aire. Es asombroso. Así puede saltar más lejos o dejarse caer al suelo desde la copa más alta.

—Eso hacía en el momento que le disparé. ¿Y se come? ¿No será venenoso?

—¿La membrana?

—No, el guisguis este.

—Se dice guiguí y sí, los tagalos se los comen.

—Gracias, padre, pues voy a pelar al bicho antes de que este asqueroso tiempo húmedo lo corrompa.

Ripollés colgó al roedor del gancho que habían instalado en el jardín y lo despellejó igual que a un conejo. Su compañero y tocayo, Ramón Boades contempló como lo despellejaba. La perra, que iba detrás de él moviendo el rabo, se sentó entre sus piernas. Al verlos, Ripollés reprimió una mueca de fastidio.

—¿Te sobrará algo? Ya sabes, para *Luna*.

Ripollés terminó de sacar la piel del roedor y la colgó del respaldo de una silla. Después de cocinar al animal, la curtiría y usaría su suave pelambrera como suela de los incómodos zuecos.

—Lo siento —se disculpó el morellano—. Esta vez no tengo nada que ofrecerte.

—¿Nada? ¿Ni siquiera las vísceras?

—Las vamos a freír con un poco de grasa del tocino. Sabes que comparto la caza con Fabregat, así siempre hay algo de más que llevarse a la boca. El bicho este no da para mucho.

—¿Y los huesos?

—Prepararemos un caldo.

—¿Y la cabeza?

—Lo mismo.

—Vaya.

—Entiéndelo, Ramón. No puedo dar a *Luna* lo que me hace falta a mí. Si quieres, dentro de un par de días, cuando hayan perdido la sustancia, te podré dar los huesos.

—Algo es algo…

—Ripollés tiene razón. —Planas cumplía en el patio sus dos horas de servicio de mondar el palay—. No podemos alimentarla cuando apenas tenemos para nosotros.

—Lo entiendo, yo estoy igual que vosotros. La pobre solo come los gusanos que vienen en la comida y los caracoles que nos encontramos entre la vegetación.

—Al menos esos abundan —apuntó Ripollés.

—Oye, yo si quieres te soluciono el problema de la perra y te hago un favor —se ofreció Menache.

—¿Tú? ¿Cómo?

—Te la compro por cinco pesos. Aprovecha ahora que aún tiene carne, dentro de unas semanas valdrá menos.

—¡Serás desgraciado!

—Vale, te doy siete…

—Déjalo ya, sabandija.

—¿Qué pasa, que solo tú puedes hacer chistes? —preguntó Menache.

—Ya os lo dije —cortó Alcaide—. Os advertí que cuando llegaran las dificultades no seríais tan generosos. Y me criticasteis, me llamasteis miserable… miraos ahora vosotros.

Posiciones filipinas en torno a la iglesia

El capitán Novicio Luna suspiró y dejo el folio encima de la mesa. Frente a él, el teniente tamborileaba con los dedos sobre una taza vacía ya de chocolate.

—¿Qué dice el despacho? —preguntó Roa al fin.

—Nada bueno, Sebastián. Estamos en guerra contra Estados Unidos desde el día cuatro.

—Mierda. Otra guerra no… Yo pensaba que, si vencíamos a los kastilas, podríamos vivir en paz. Me fie de las amables palabras de los yanquis.

—Tú y unos cuantos más. ¡Cómo nos han tomado el pelo los muy cabrones!

—Viéndolo ahora, quizá fuimos demasiado ingenuos.

—¿Quizá? ¿Qué más pruebas necesitas? Se han reído de nosotros, pero acabaremos por tirarlos de nuestras islas. Antes o después, Filipinas será independiente… Por cierto —Novicio Luna cogió el papel de nuevo y señaló un párrafo—, aún hay más malas noticias. Y nos afectan de manera inmediata…

—¿Qué ocurre?

—El general Del Pilar y su brigada no vendrán. Les hicieron darse la vuelta cuando ya se encontraban en San Isidro.

—¿Tan cerca?

—Sí… Si le hubieran dejado habría liquidado a los kastilas y regresado a Manila en poco más de una semana… Y Baler ya sería libre… —Novicio dio una palmada en la mesa—. Esto no va a terminar así. Comprendo que las tropas hagan falta en otros frentes, pero nuestros dirigentes han demostrado que no valoran lo que aquí está en juego. Voy a hacer lo imposible porque entiendan la importancia de vencer aquí. No se trata de matar a cincuenta soldados. Se trata de borrar su ejemplo y de mostrar que nuestra voluntad es

más férrea que la de cualquier invasor. Deben comprender que esta victoria sería un mensaje para los enemigos de Filipinas: la revolución es imparable.

—¿Qué tienes pensado?

—Te vas a quedar al mando. Acaba las fortificaciones según lo planeado y mantén a los hombres en forma y alerta. Y sobre todo no te dejes sorprender. Si no envían refuerzos, al menos que nos cedan los medios para triunfar. Cañones modernos y de buen calibre que sean capaces de reventar los muros de la iglesia. Voy a ir a ver al general Llanera. Y si él no me hace caso, iré a ver a Aguinaldo. Llamaré a todas las puertas que haga falta, pero no volveré sin artillería. Con ella seremos invencibles; ¿cómo podrían detenernos los kastilas?

19 de febrero de 1899. Doscientos treinta y cuatro días de asedio

Madrid

—¡Enriquito, no corras! ¡Y tú, María, dale la mano a Josefina!

Tras una hora de misa, en que había empleado más tiempo en apaciguar el comportamiento de su hijo que en atender a la celebración de la eucaristía, la mujer del capitán De las Morenas y sus hijas abandonaban la iglesia de San Luis, en la calle de la Montera. Desde que se habían mudado a la capital acudían los domingos a esta parroquia, pues les quedaba cerca de la pensión donde se hospedaban. Las dos mayores se comportaban ya como señoritas educadas, la tercera tenía sus días y la cuarta y, sobre todo, el quinto se mostraban menos dóciles a las normas de urbanidad. El pequeño iba cogido de la mano de su madre, que tenía que ir tirando de él para que no se lanzase al suelo.

—Enriquito, pórtate bien o te daré una azotaina.

—¿Podemos ir a tomar un chocolate? Hace tiempo que no vamos.

—Lo siento, Carmencita, no puede ser, os quitará el apetito y no comeréis. Si queréis, y aprovechando que luce el sol, nos acercarnos a ver los tranvías eléctricos.

Las hermanas celebraron la propuesta con aplausos. Carmen suspiró y se alejó de la puerta de la iglesia. Ya no podían permitirse el lujo de visitar un café. Los pocos ahorros de que disponía se le agotaban con una rapidez desesperante. Había escrito a su padre pidiéndole dinero, pero todavía no le había llegado respuesta. Sin su ayuda no podría seguir residiendo en Madrid.

Se encaminaron hacia la Puerta del Sol, y, no habían andado más que unos metros, cuando una voz la sacó de sus negros pensamientos.

—¡Doña Carmen! ¡Doña Carmen!

Mercedes, su patrona, corría por la calle llamándola a gritos. Era una cordobesa viuda de un coronel de artillería muerto en Cuba. Vestía luto riguroso y el pelo recogido en un moño alto. Con una mano agitaba un periódico por encima de su rechoncha y congestionada cabeza mientras que

con la otra se levantaba la falda. Montaba tal alboroto que transeúntes y feligreses se volvieron hacia ella.

—Mire, mire…

—Tranquilícese, doña Mercedes, ¿qué sucede?

—¡Su marido…! —Respiró varias veces hasta que controló el resuello. La mujer del capitán la cogió de las manos con fuerza.

—¿Qué ocurre?

—¡Su marido sale en *El Imparcial*! ¡Es un héroe! Vea, vea, en la página dos. —Recogió el periódico que le tendían y lo abrió por la hoja mencionada —. Ahí…

—«El destacamento de Baler» —leyó la esposa del militar.

—¿Hablan de padre?

—Parece que sí, mi niña.

—¿Y qué dice, señora?

—A ver… dejadme que lea: «En medio de las tristezas y amarguras que representan para el pueblo español las últimas guerras y la pérdida desdichada de nuestro poderío colonial, ensancha el ánimo al descubrir un episodio tan heroico como el que vamos a referir. Baler, población de alguna importancia en el extremo oriental de la isla de Luzón, estaba defendida por un puñado de peninsulares, que no llegaban a sesenta, y por una veintena de negritos fieles a nuestra bandera».

—¿Cuándo dicen algo de padre?

—Ahora enseguida. No me interrumpas, luego os contaré lo que sucede. «La triste noticia de nuestra derrota no tardó en llegar a aquel apartado rincón del archipiélago magallánico. El oficial al mando de la escasa guarnición de Baler, capitán De las Morenas, no quiso creer en un desastre tan grande e inconcebible como la completa destrucción de nuestra escuadra y la pérdida de Cavite y tomó las medidas oportunas para la salvaguardia de la población. Y este puñado de héroes, sin esperanza alguna de auxilio ni comunicación con nadie, se defendió contra las embestidas de millares de insurrectos que cada día estrechaban más el cerco».

—¡Bien por su marido! —exclamó Doña Mercedes al tiempo que aplaudía.

—«Un día llegaron a oídos de los sitiados los preliminares de la paz, la suspensión de hostilidades en Manila y la entrega de la capital, pero el intrépido capitán De las Morenas tampoco quiso dar crédito a semejantes hechos, y reiteró más enérgicamente las órdenes de resistir a todo trance, órdenes secundadas bizarramente por sus subordinados».

—¿Padre es un capitán intrépido? ¿Eso es como un pirata?

—¡Niña! Deja a tu madre que lea, leñe.

—«Ante tan obstinada y valerosa defensa, el jefe de las fuerzas filipinas que sitiaban Baler salió de Nueva Écija acompañado del capitán de la Guardia Civil española don Carlos Belloto con el fin de conseguir la rendición del pequeño y heroico destacamento. El capitán Belloto se negaba a desempeñar esta triste misión; pero, a pesar de sus súplicas y sus protestas, fue obligado a ello por los rebeldes, que lo condujeron entre bayonetas. Ignoramos cómo sería acogido en Baler; lo único que podemos asegurar, en vista de las noticias obtenidas en Manila, en el Batallón de Cazadores Expedicionario número dos, al cual pertenecen los sitiados, es que el día veinticinco de diciembre último aún no se había rendido el valeroso destacamento. Con posterioridad corría el rumor de que se había pactado una suspensión de hostilidades y que el general Ríos se estaba ocupando de la evacuación de Baler…».

—¡Bien! ¡Han acordado la paz!

—Siga leyendo, doña Carmen, que ahora viene lo mejor.

—«¡Honor y gloria a estos héroes que solo han consentido en arriar la bandera de la patria, en tan alto sitio colocada y mantenida por ellos, cuando han recibido órdenes terminantes y expresas de un general español! De este puñado de valientes nada más conocemos los nombres del capitán De las Morenas y del médico militar Vigil de Quiñones; aunque estamos seguros de que el Gobierno acordará una recompensa verdaderamente extraordinaria para todos los heroicos defensores del destacamento de Baler».

—¡Vuestro padre es un héroe, niñas! ¡Y está vivo! Ahora mismo nos vamos a celebrarlo a casa con un buen tazón de chocolate.

—Pero doña Mercedes…

—No se preocupe, corre de mi cuenta. Es lo menos que puedo hacer.

Carmen Alcalá asintió de manera mecánica y agradeció el gesto con una leve sonrisa. En aquel momento su mente alborotada únicamente podía pensar en su marido. No cesaba de repetirse que ojalá fuera cierto el rumor que hablaba de un acuerdo de paz. Quizás esta España herida necesitara héroes, pero ella no. Ella tan solo necesitaba la vuelta de su esposo.

21 de febrero de 1899. Doscientos treinta y seis días de asedio

Baler

—Alcaide, ven un momento, queremos hablarte —le susurró alguien con acento gallego al oído.

El soldado, que se encontraba sentado en el suelo charlando con Vila y Planas, se volvió para ver quién le hablaba. Con sorpresa contempló que eran Miguel Méndez y José Martínez. Desde el incidente de la partida que concluyó con los dos arrestados, apenas se había juntado con ellos, al menos cuando el teniente pudiera verlos. Estuvo a punto de ignorarlos, pero el tono y la forma que habían empleado habían avivado su curiosidad. Se levantó limpiándose el barro del pantalón y se reunió con ellos.

—¿Qué pasa?

Antes de contestar, Martínez miró a los dos lados a fin de asegurarse de que nadie le escuchara.

—Vamos a darle a la baraja. ¿Quieres unirte?

—¿Estáis locos? ¿No tuvisteis bastante con los tres días a la sombra?

—Esta vez será distinto. No nos pillarán.

—Ya… —Alcaide miró a Méndez y sonrió—. ¿Tú no decías que para ti el juego se había terminado?

—No creí que casi cinco meses después aún seguiríamos aquí.

—Tú tranquilo, que no nos pillarán —insistió Martínez.

—¿Y cómo vais a hacer para que no os descubran? Esto es pequeñísimo y todo acaba sabiéndose.

—Muy fácil. Participará solo gente de confianza, nada de deslenguados, y lo haremos en el coro. La clave está en esperar a que el teniente se acueste.

—¿Y os lo va a decir? Porque os recuerdo que no sigue ningún horario estricto.

—Suele dormir algo todas las tardes, no mucho, lo suficiente para poder estirar la noche. Dejaremos a uno abajo, junto a la escalera, para que vigile al teniente. Al mínimo peligro, nos avisará.

—Parece que lo tenéis todo pensado.

—¿Te unirás?

—¿Quién vigila?

—No lo sabemos aún. Buscaremos a alguien y le pagaremos un par de pesos que se recogerán de los que juegan.

—Andad con tiento. Es un papel importante. No vayáis a dárselo a un pardillo.

—Descuida. Empezaremos hoy. Nada más se duerma subimos al coro.

—Me toca guardia. Veré si alguien puede reemplazarme.

—¡Estupendo! —celebró Martínez—. No olvides traer tu dinero.

Sobre la hora estimada, cerca de las cuatro, Martín Cerezo, después de pasar casi toda la noche acompañando al doctor, se metió en el catre. Enseguida, los intrigantes de la timba subieron al coro uno tras otro. Utilizaron una caja vuelta del revés como superficie de juego y la acercaron todo lo posible a la pared para evitar que fuera vista desde la planta de la iglesia. Al final, tras consultar a los más propicios e ignorar al resto, se habían decidido seis. Los dos organizadores, Méndez y Martínez más Ripollés, Santa María, Bauza y Menache. Este, al ver que faltaba uno, comentó:

—¿No viene Alcaide?

—Está de guardia, pero le van a cambiar parte del turno.

—¿Entonces vendrá?

Martínez se encogió de hombros.

—Al menos eso dijo…

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Loreto, que cubría la ventana del coro más próxima a ellos.

—¿No te has dado cuenta aún? —Méndez sacó unos naipes y los barajó.

—Como os vea el teniente se va a liar.

—Tranquilo. Está todo pensado. —Loreto miró a Chamizo, su compañero en la otra ventana. Este le hizo un gesto con la mano quitándole importancia —. Haced lo que queráis, pero no nos metáis en líos.

—Venga, dejaos de historias y empecemos, que tenemos poco tiempo —apremió Bauza.

—¿A qué jugamos, Menache? ¿Monte, tresillo o tute?

—Yo creo que mejor a algo con partidas más cortas, como las siete y media.

—Sí, tienes razón. A las siete y media. Oye, y ¿quién vigila?

—¿Algún voluntario?

Nadie respondió; todos habían acudido allí a divertirse y escapar del tedio, no a sentarse a pie de la escalera a esperar a que se despertara el teniente.

—Pues lo sortearemos —dijo Martínez—. La carta más baja se queda de centinela. Cogió las que le ofrecía Santa María, las barajó y repartió una a cada uno. Conforme sus compañeros le daban la vuelta, él las cantaba.

—¡Sota!, ¡siete!, ¡rey!, ¡siete!, ¡cuatro! —Y entonces giró la suya—. ¡Cojones! No le podía tocar a otro.

Sus compañeros rieron al ver que le había tocado un tres.

—Tranquilo, José, así estamos seguros de que no has hecho trampas —bromeó Méndez.

—Carajo, qué suerte la mía.

—Venga, empecemos —dijo Menache—. La carta más alta, banca…

Los cinco jugadores comenzaron con la partida al tiempo que Martínez descendía cabizbajo a ocupar su puesto de vigía. El catre del teniente, en su obsesión por controlarlo todo, estaba situado justo en la mitad de la planta del edificio, así que el soldado podía permanecer sentado en los peldaños de la escalera, y vigilar a su superior.

Nada más iniciarse la partida, los soldados, desbocados por la emoción del juego, se comportaron como si se encontraran en el casino de su pueblo.

—No, no, yo tengo mis dos cartas descubiertas, así que esta me la tenías que haber dado tapada. ¡No la quiero!

—¡Porque no te vale, tramposo!

—¡La culpa es tuya! Así a la próxima estarás más espabilado, que eres tú el que se ha equivocado. Ahora te fastidias y apechugas.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando un apurado Martínez subió a llamarles la atención.

—¡Maldita sea! ¡Callad! —Y murmurando añadió—: Se os oye en toda la iglesia, ¿es que no sabéis divertiros en silencio?

—Mira lo que llevo ganado. —Santa María agitó un puñado de monedas que tintinearon en sus manos ahuecadas.

—Me alegro, pero controlaos o terminaremos todos en el calabozo.

A la media hora aproximada llegó Alcaide y subió al coro sin poder evitar una sonrisa burlona que Martínez atajó con un par de insultos. Como se habían aburrido de la simplicidad de las siete y media y habían decidido cambiar al tute, Alcaide tuvo que esperar junto con Bauza a que finalizaran. Los hombres, conforme avanzaba la partida y se manifestaba la igualdad de triunfos, vibraban con cada lance.

Martín Cerezo se despertó envuelto en sudor. Sacó los pies del catre y se incorporó, pero aún somnoliento, permaneció sentado. Martínez se arreglaba uno de los zuecos y no lo vio hasta que levantó la cabeza y las miradas de

ambos se cruzaron. El teniente, al ver el pánico reflejado en el rostro del soldado, levantó las cejas. No entendía qué le pasaba a aquel hombre. Se abrochó la guerrera y, al ponerse de pie, escuchó, proveniente del coro, que, al tiempo que alguien cantaba las cuarenta, otros vitoreaban. Observó al soldado dirigir la vista hacia arriba y, luego, otra vez, hacia él. En ese instante lo comprendió todo. Se colocó la gorra de plato blanca y avanzó con paso firme en dirección a la escalera. Martínez lo contempló, pero no pudo aguantar la mirada y, con la cabeza gacha, se marchó cojeando con la abarca en la mano.

Al acceder al coro el oficial confirmó sus sospechas. Los hombres, embobados con el juego, no se percataron de su presencia hasta que Chamizo, y enseguida Loreto, se cuadraron y saludaron llevándose la palma de la mano al pecho y colocándola perpendicular al fusil, que mantenían alineado con su cuerpo.

—A la orden de usted, mi teniente.

Alcaide y Bauza, con la sonrisa congelada en el rostro, se cuadraron en el acto. Los otros cuatro se quedaron boquiabiertos. Menache soltó las cartas como si quemaran y se levantó de un salto. Méndez, Santa María y Ripollés lo imitaron, poniéndose firmes.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —bramó el oficial—. Les dije que no me pusieran a prueba, que nunca más desobedecieran una orden y lo han vuelto a hacer… —Se volvió y después de acercarse a la barandilla del coro gritó—: Doctor, Olivares, González, vengan. Suban aquí.

Mientras los tres hombres acudían a su llamada, Martín Cerezo daba pequeños pasos en silencio. Su respiración rápida y silbante, igual que la de un toro a punto de embestir, daba cuenta de su ánimo. No miraba a los infractores, que seguían plantados firmes. Siguió caminando hasta que Olivares le sacó de sus pensamientos.

—¿Llamaba, mi teniente?

—¿Y el doctor y González?

—Aquí estamos, mi teniente —respondió el cabo desde la escalera.

—Buenas tardes, Martín, ¿qué desea?

—¿Que qué deseo? Si se lo dijera, Vigil… Verán, esta pandilla de… tunantes ha desobedecido la prohibición de jugar a la baraja. Miren ahí las pruebas, las monedas amontonadas en esa improvisada mesa y las cartas esparcidas sobre ella y por el suelo… El incauto de Ripollés aún las aprieta en la mano. —El aludido, que no se había dado cuenta hasta ese momento, dudó entre mantener la posición de firmes y arrojar lejos las cartas—. ¡Suéltelas,

hombre! Suéltelas… —Abrió los dedos, pero había apretado tan fuerte los naipes y le sudaban tanto las manos que tuvo que sacudirlas para quitárselas de encima—. Les aseguro que a partir de hoy se les van a ir las ganas de tocar un naipe. Ya lo creo que sí. ¡Méndez! Usted es reincidente, ya pasó tres días en el calabozo con Martínez y no aprendió nada… ¡Espere! Ahora lo entiendo. ¿No tendrían a su compañero de centinela? —No dijeron nada, pero Martín pudo notar cómo al menos tres de ellos cambiaban el semblante—. Ya decía yo que me parecía rara su actitud. Voy a repetir la pregunta por última vez. Espero una respuesta sincera. ¿Está implicado Martínez en esta confabulación?

Un silencio incómodo creció en el coro. La mirada del oficial, que iba de uno a otro buscando indicios de culpabilidad en sus semblantes, provocó que la escena fuera aún más asfixiante. Los hombres se sentían como la indefensa gacela que se topa repentinamente con el león. A nadie extrañó que se derrumbara Santa María, aunque bien podía haber sido cualquier otro. Solo Menache y Méndez aguantaban sin mostrar ningún tipo de turbación.

—¡Sí! Sí, sí… —exclamó entre sollozos Santa María.

—¿Sí qué, soldado?

—Sí, estaba en el ajo. Además, creo que fue todo idea suya, no jugó porque en el sorteo le tocó hacer de vigía.

—Pues valiente guardián está hecho. Fue su conducta la que me hizo sospechar… —Martín Cerezo torció el gesto y negó con la cabeza—. Bien, entonces la cosa está clara. Méndez, como tres días de arresto no les quitaron, ni a usted ni a Martínez, su afición al juego, probaremos con siete días. Espero que aprendan la lección. ¡Olivares!

—A sus órdenes, mi teniente —contestó este a la vez que se cuadraba.

—Escolte a Méndez hasta el baptisterio y después busque a Martínez y llévelo allí también. Ambos comenzarán con su nuevo bautismo de inmediato. Y, por su bien, espero que no haya una tercera vez.

El cazador penado siguió al cabo sin que fuera necesario impartir ninguna orden más.

—Bauza, Santa María: han sido buenos soldados hasta ahora. Tres días de encierro les servirán para volver a la senda correcta. Cumplirán sus sanciones juntos, en segundo turno, justo tras los reincidentes. Menache, también tres días en el calabozo. Nunca hubiera imaginado esto de usted, Ripollés, y mucho menos de usted, Alcaide, que ha sido un ejemplo para sus compañeros… Tres días cumplirán los tres en último lugar.

—Mi teniente, si me permite —rogó Alcaide.

—No, no le permito nada.

—Pero, yo solo veía cómo jugaban…

—No diga bobadas.

—Es injusto que me castigue solo por mirar. Doctor, usted que es un hombre…

—¡Basta! Esto ha llegado demasiado lejos. ¡González! Sáquelo de aquí antes de me harte y le escarmiente aún más.

Por el bien de su compañero, González lo sacó a empujones del coro. Sin embargo, al llegar a la escalera, aún pudo volverse y decir:

—Pero, mi teniente…

—Se acabó su suerte. ¡Cinco días de arresto! Los demás, desalojen el coro. Solo quiero aquí a los soldados de servicio. Gallego y Chamizo, pasarán un día en el calabozo y harán un turno doble de guardia por no informar al cabo de cuarto como era su obligación.

Menache, Bauza, Ripollés y Santa María se marcharon arrastrando los pies, enmudecidos, incapaces siquiera de erguir la cabeza. Santa María lloraba emitiendo quedos y cortos gemidos. Alcaide bajó los escalones de dos en dos mientras insultaba a Martín entre dientes. Sus ininteligibles comentarios, crueles y vengativos, le encendieron aún más. A punto de llorar por la rabia contenida, apretaba los puños mientras maldecía. A su lado, González trataba de calmarlo.

—Lo mejor será que lo veas lo menos posible durante unos días.

—Voy a perderlo de vista, pero para siempre. No aguanto más.

El cabo miró a su alrededor para comprobar que nadie lo hubiera oído y lo arrastró del brazo hasta la esquina más próxima, justo donde se encontraba la tumba de Galvete.

—¿Qué dices, desgraciado? ¿No eras tú el que se quejaba de nuestra cautela?

—Me largo de aquí. Lo he decidido. Juro que no cumpliré el castigo criminal que me ha impuesto el cabrón con pintas este. Se ha terminado el tener que soportar su puta disciplina.

—¿Te vendrás con nosotros?

—Aún no sé ni cuándo ni cómo, pero sí te aseguro que me largo de aquí…

22 de febrero de 1899. Doscientos treinta y siete días de asedio

Loreto, de guardia en una de las aspilleras del altar, sacaba parte del cañón de su rifle por la apertura y lo movía lentamente en busca de algún tagalo desprevenido. Cada vez costaba más encontrar enemigos que se expusieran.

El soldado valenciano servía con el torso descubierto, pero llevaba puesto el correaje de cuero sin teñir y que, con un tirante en bandolera, le cruzaba el pecho con cuatro cartucheras. Solo le quedaba una guerrera en condiciones y la reservaba para el futuro. La vestimenta, y por necesidad, era el único punto de la disciplina castrense que se había relajado. Podían ataviarse como quisieran siempre que guardaran las formas más decorosas. Después de siete meses de asedio, que muchos ya habían iniciado con la ropa justa, nadie más allá de los oficiales mantenía el uniforme completo.

La transpiración, con su reconocible olor acre, humedecía su pelo y parte de su espalda. Además, y conforme se sucedían los días en el trópico, había ennegrecido el correaje provocando que perdiera su original color avellana. A pesar de estar en invierno, la temperatura apenas había bajado unos grados.

Aburrido, observaba a sus compañeros acudir al reparto de la cena, y se distraía reflexionando por enésima vez sus propios y manidos pensamientos, miles de veces planteados, ora pesimistas ora optimistas. Volvió a mirar por la tronera y tan solo encontró más hastío y soledad. Por eso se alegró cuando alguien le dio un poco de conversación.

—Hola —dijo a sus espaldas una voz que enseguida identificó.

—Hola, Menache.

—¿Cómo llevas la guardia?

—Más tranquila que la de ayer, eso seguro.

—Siento que te castigaran por nuestra culpa.

—No pasa nada. Eso sí, de haberlo sabido no os hubiera dejado jugar.

—¿Serías capaz de haber ido con el cuento al teniente?

—No, eso nunca.

—Me encanta tu nobleza. Ojalá la vida también me hubiera permitido ser así.

Loreto, incómodo por la alabanza de su compañero, se encogió de hombros y dijo lo primero que le paso por la cabeza:

—Lo que no puede exigirnos es que nos convirtamos en unos soplones. Eso fastidiaría más la convivencia que las riñas del juego.

—Tienes toda la razón. ¿Y lo que le ha hecho a Alcaide? Castigarlo sin haber jugado…

—Eso ya… vosotros sabréis, pero si no jugó es porque no le dio tiempo, no por falta de ganas.

—¿Tú con quien estás?

—¿Yo? Con el destacamento.

—Pues entonces…

—Es que, el teniente, te guste o no, forma parte de él. Y hay que reconocer que aunque es duro, sabe bien lo que se hace. No sé si con otros oficiales habríamos llegado tan lejos.

—Ese es el problema, que quizá hemos ido demasiado lejos.

—¿No querrás que nos rindamos a los taos?

—Lo dices de una manera que parece algo terrible. ¿Qué hay de malo en rendirse? La vida seguiría igual… ¿Qué se nos ha perdido en Filipinas? ¿Acaso tú tienes alguna hacienda por aquí?

—No, pero tenemos un…

—¡Ni lo menciones! Siempre estáis igual. Todos nombrando esa dichosa palabreja y demás majaderías que os han metido en la cabezota. Eso es cosa de oficiales y señoritos. No nos conciernen a los desheredados. Por culpa de su egoísta sentido del deber, el teniente nos tiene aquí encerrados muriéndonos de hambre. Pero si él no quiere aceptar la realidad y rendirse, es cosa suya. No tenemos por qué morir nosotros.

—¿De qué estás hablando?

—¿Tengo que explicártelo? A buen entendedor…

—¿No estarás pensando en…? —Loreto se contuvo, no tenía valor ni para pronunciar la palabra.

Menache asintió lenta y repetidamente.

—¡Estás loco! —Loreto dio un paso atrás—. ¿Por qué cojones me cuentas esto?

—Nos vamos a largar varios de aquí y te doy la oportunidad de que te unas al grupo. Eres un hombre decente, de los pocos que he conocido, y no mereces morir aquí.

—Yo no voy a ninguna parte. Me iré cuando se vaya todo el destacamento. Nunca antes.

—Sabía que dirías eso, pero tenía que intentarlo.

—No deberías habérmelo dicho. Ahora mismo debería informar al teniente. No quiero ser cómplice de una deserción.

—¿Quién ha hablado de eso? Con la guerra terminada no existe tal cosa. Nuestro servicio acabó con ella.

—Eso es mentira y lo sabes… Joder, en menudo aprieto me has metido.

—No es tan complicado, olvídalo y ya está. Si se entera el teniente nos fusilará. Y lo sabes. ¿No querrás que me ajusticien? Si me he arriesgado a contártelo ha sido por salvar tu vida.

—Anda, vete de aquí.

—No puedo, aún no he terminado —dijo Menache—. Necesito que me devuelvas el dinero. Me va a hacer falta dentro de poco.

—No digas más, no me des ninguna explicación. El dinero es tuyo. En cuanto esté franco de servicio te lo doy, pero hoy tengo turno doble, así que tendrá que ser mañana.

—De acuerdo, no hay prisa, mañana hablamos. Piénsatelo mejor. Aprovecha que aún puedes.

—No, el que tiene que pensárselo eres tú. ¿Te das cuenta de que todo el sufrimiento de los últimos meses no habrá válido para nada? Te lo ruego, Antonio. No te dejes llevar por un mal impulso.

—De verdad que eres buena persona. Cándido, pero buena persona. Dios te guarde —dijo Menache, y se alejó riendo entre dientes, como si hubiera dicho algo muy ingenioso. Su tétrica sonrisa fue lo último que Loreto vio desaparecer en la penumbra del anochecer.

23 de febrero de 1899.
Doscientos treinta y ocho días de asedio

Ramón, sentado en su camastro, empujó varias veces con el pie el catre de Loreto hasta que lo despabiló. Este, después de realizar un turno doble, se había acostado al amanecer. Rendido por el sueño durmió casi las tres primeras horas de un tirón hasta que el sol comenzó a calentar el zinc y la hojalata del tejado. El calor le despertó y avivó sus pensamientos. Angustiado, maldijo las confidencias de Menache. Ansiaba olvidar e intentaba descansar, pero no consiguió ninguno de los dos propósitos.

Al abrir los ojos, contempló a su amigo, que le tendía uno de los dos platos que formaban su olla marmita.

—Anda, aprovecha que aún está caliente y entra mejor.

Loreto, que se encontraba casi tan exhausto como cuando se acostó, se espabiló a sabiendas de que su amigo tenía razón.

—¡La leche! Qué cara traes. Llevas unas ojeras de impresión.

—No he dormido bien. —Se incorporó y recogió su escasa ración de arroz con panceta acompañada de un pequeño chusco de pan.

—¿Cómo te encuentras?

—Derrotado.

—Déjame que te examine las piernas. A ver si vas a tener alguna hinchazón.

—No es necesario, Ramón. Es simple cansancio.

—No cuesta nada.

Ramón dejó el plato de comida que aún humeaba sobre la cama y se agachó para inspeccionarle las piernas sin escuchar las repetidas quejas de su compañero.

—Pues parece que no tienes nada.

—¡Ya te lo dije, leches! Creo que hoy voy a comer solo. ¿Te importa? —preguntó a la vez que se levantaba—. Buscaré alguna sombra en la trinchera y dormitaré ahí un rato después de comer.

Ramón contestó que no le importaba, pero su amigo ya se encontraba demasiado lejos para oírlo. Al principio, y hacía ya tantos meses que le costaba recordarlo, Loreto se había mostrado muy introvertido y mantenía las distancias con sus compañeros. Poco a poco se había abierto y ahora apenas

había rastro de esa timidez inicial. Mientras le contemplaba andar hacia la puerta principal, creyó ver, en sus adustos, distraídos y pausados ademanes, al primigenio Loreto. Entonces ya no le cupo duda, algún asunto grave le preocupaba. Aislados como se encontraban, el quebranto de su amigo solo lo podía causar alguien del destacamento. No podía dejar solo a su amigo en aquel trance, y quisiera él o no, le ayudaría.

—*Luna*, a este le pasa algo. —La perra, que se encontraba sentada frente a él, inclinó la cabeza y miró de lado a su amo.

A las cuatro de la tarde le tocó a Ramón entrar de servicio. Vigilaba una de las troneras de la puerta del río, por lo que controlaba toda la nave de la iglesia. A mitad de tarde, vio dirigirse a Loreto hacia su catre. Allí abrió la mochila y sacó de ella el morral del pan, donde escondía su dinero. Lo contó y separó una parte que se guardó en el bolsillo. Sabía que su amigo guardaba también el de Menache, aunque conociéndolo como lo conocía, intuía que ese no era el problema. Sabía que él era incapaz de haber tomado algo que no fuera suyo. Con las monedas y billetes en la mano subió hasta la ventana del coro y, tras intercambiar unas breves palabras con Menache, se lo entregó. Este, al recibirlo, sonrió y comenzó a hablar. Loreto escuchó sin abrir la boca durante un instante, negó con la cabeza y con las manos repetidas veces y se marchó. Ramón asintió, no sabía lo que sucedía, pero ya había descubierto quién formaba parte del problema.

Tras ser relevado del servicio, y después de aliviarse con cierta urgencia, se acercó a la trinchera principal, seguido por *Luna*, y vio a Loreto que, sentado en el foso con los brazos apoyados en sus rodillas, permanecía absorto mirando el terraplén. Hasta que Ramón no se sentó a su lado, no se percató de su presencia. A los lejos, los soldados tagalos disparaban con desgana su interminable letanía.

—Hola, ¿así que estás aquí? Me ha costado horrores encontrarte.

—Llevo aquí un buen rato. —Loreto acarició la cabeza de la perra, que se había acercado a saludarlo.

—¿Y qué narices haces en este agujero?

—Tomo el fresco y aprovecho la tranquilidad para pensar.

—¿En Clementa?

—Sí… entre otras cosas.

Permanecieron un rato callados; entretanto, *Luna* husmeaba entre las hojas de calabacera mientras movía el rabo imitando el movimiento de un diapasón.

—Ramón, ¿tú sabes por qué continuamos aquí?

—¿Dónde?

—En Baler.

—Pues porque obedecemos órdenes, como hemos hecho siempre desde que llegamos a estas puñeteras islas.

—Sí, pero ¿son sensatas?

—Es tontería cuestionar eso, solo somos un par de soldados. ¿Qué te pasa? —Ramón rio—. ¿Has tenido una crisis de fe?

—Simplemente me digo que qué diantre hacemos aquí.

—¿No lo recuerdas? En el muelle del río Pásig nos dijeron que protegiéramos Baler hasta que llegara el relevo…

—Sí, recuerdo también que se dijo que veníamos para dos meses y llevamos más de un año. Nos dicen tantas cosas…

—¿A qué vienen de repente tantas dudas? Entiendo que estés harto de permanecer aquí encerrado, pero sabes muy bien que no tenemos otra opción.

—Es que… A veces no le encuentro sentido a nuestra resistencia. Por eso te he preguntado y te lo vuelvo a preguntar. ¿Qué hacemos aquí?

—Cumplimos con nuestro deber.

—Sí, con esa palabreja se excusa todo. Es nuestro deber, sí. ¿Y cuál es el deber del país con nosotros? ¿Por qué tenemos que dar nuestras vidas por un país que nos ha olvidado?

—Verás, Loreto, yo hace mucho que no pienso en eso, si es que alguna vez lo pensé. Llevo aquí desde el noventa y seis; vine de quinto, no voluntario como tú. Voy para tres años de guerra… No es que no ame a España, nunca la eché tanto de menos como ahora, pero yo no defiendo este edificio por la gloria de la patria ni por satisfacer el orgullo de algún general cobarde refugiado tras la mesa de su escritorio. Yo, si sigo empeñando mi vida en esta condenada defensa, es por ti, por Gregorio, por José, por Pineda, por Juan, ¡diablos! Hasta por el teniente. Lucho para que, juntos, salgamos todos vivos de aquí y podamos volver a casa. Cuanto más aguantemos aquí dentro, más tiempo seremos amos de nuestro destino. Si nos rendimos y nos entregamos a los indios, es posible que no veamos otro amanecer. ¿Recuerdas el discurso que nos endilgó en teniente antes de cenar en Nochebuena?

—Sí, estábamos hambrientos y con ganas de juerga y él no paraba de hablar. —Loreto añadió una leve sonrisa nostálgica.

—¿Lo escuchaste? Dijo que íbamos a cenar con nuestros nuevos hermanos. Así lo entiendo yo —se dio un par de golpes con la palma de la mano abierta sobre el corazón—, aquí están todos mis compañeros, mi nueva

familia y si es necesario moriré por ella. Como ya hicieron el capitán y tantos otros antes y después que él.

—Sí, eso es lo que yo pienso, pero no sé decirlo como tú.

—Y si lo piensas, ¿a qué vienen todas esas preguntas derrotistas?

—Quería que me ayudarás a ordenar mis pensamientos, a encontrar respuestas…

—Entiendo, creo que me van encajando las piezas, pero aún no lo tengo todo claro. ¿Qué es lo que pasa exactamente con Menache?

Loreto, con cara de jugador pillado en un farol, se calló uno segundos.

—¿Cómo sabes que…?

—He visto que le devolvías su dinero. Cuéntame qué sucede y qué te angustia tanto.

Antes de contestar, comenzó a morderse la uña del meñique. Al descubrir que su amigo tenía conocimiento de parte del dilema, una oleada de sensaciones contrapuestas le embargó el alma. Se sentía aliviado, necesitaba compartir su problema con Ramón, pero no quería cargarlo con la pesada losa que ya portaba él. Aunque nunca supo si fue por egoísmo o por amistad, decidió contárselo todo.

—Menache me ha pedido su dinero porque quiere desertar.

—¡¿Qué?! ¡Será hijo de perra!

—Yo he intentado convencerlo, pero no he sido capaz. ¿Podrías hablar tú con él? Tú tienes más labia, quizá lo logres.

—A esa rata traidora no hay nadie que lo convenza. Lo que me extrañaba es que no lo hubiera intentado aún. Ya te dije que ese no era alguien de quien te pudieras fiar. Lo que hay que hacer es avisar al teniente y que se encargue de él antes que esto vaya a mayores.

—Si lo entregamos, lo fusilarán…

—Eso no es asunto nuestro.

—Nunca has sentido simpatía por Menache.

—Pues claro que no, Loreto. No te fíes de una víbora, en el momento más inesperado te picará.

—Te equivocas con él. Me lo contó para darme la oportunidad de escapar. No tenía por qué hacerlo. Se ha arriesgado por mí.

—¡Oh! Vaya honor, te ha pedido que te conviertas en un delincuente como él. ¡Despierta, Loreto! Lo único que hacía era buscarse un cómplice para la fuga. Díselo al teniente.

—No puedo romper su confianza… Sería sentenciarlo.

—¡Claro que puedes! Es más, debes. Este dilema solo tiene dos respuestas posibles: o te mantienes fiel a tus compañeros o sirves de coartada a un traidor. No hay otra posibilidad. Son los dos lados de una moneda. Elige una.

—No condenaré a Menache…

—Elige. O el destacamento o él. El bien de uno es el mal del otro.

—¿Y por qué no podemos dejarlo pasar?

—¿Qué estás diciendo, insensato? ¿Te crees que es tan fácil? ¿Sabes cómo nos afectaría? Amén de que podría informar a los taos de nuestros puntos débiles. No, no podemos permitir que ocurra. Si no das parte tú, lo haré yo.

—¡No te corresponde a ti decidirlo! —Loreto se puso de pie y su compañero lo imitó.

—¿No? Estoy viendo a mi mejor amigo a punto de condenarse y ¿pretendes que me quede quieto?

—Si fueras mi mejor amigo no traicionarías mi confianza.

—Lo soy. Voy a salvarte de ti mismo. Eres demasiado bueno para salir bien parado de un brete como en el que te ha metido el cabrón de Menache.

—Si ni siquiera sabemos si lo va a hacer. Igual se arrepiente y solo peca de palabra.

—Sí, o igual se va dando un paseo hasta Manila y vuelve con refuerzos… No digas disparates.

—Pues si quieres, para ahorrar tiempo, coge tu máuser y pégale un tiro.

—Yo no he dicho eso.

—¿Cómo que no? En todo momento has mostrado el odio que le tienes.

—Solo digo que el teniente debería saberlo. Ya decidirá él.

—O que te pregunte a ti, que lo tienes todo clarísimo.

—Eres más terco que una mula.

—¡Bah! Contigo no se puede hablar. —Loreto se volvió para salir del foso y Ramón le puso una mano en el hombro para retenerlo.

—Espera un momento.

—¡Que me dejes en paz! —Gallego le apartó de un fuerte empujón en el pecho. Ramón no esperaba esa brusca reacción, tropezó con la perra y cayó al suelo golpeándose en la rabadilla. Derribado sobre el sucio fango, vio a su amigo abandonarle y dejarlo atrás como si fuera un mal recuerdo. Ramón se sintió más solo de lo que nunca antes se había sentido en Baler. Sin el respaldo de Loreto, fue incapaz de acudir al teniente. No, su amigo tenía razón, no podía traicionarlo.

24 de febrero de 1899.
Doscientos treinta y nueve días de asedio

José Jiménez Berro se sentó sobre una lata que hacía muchos meses había contenido carne de Australia. Llevaba, por todo uniforme, una guerrera sin mangas y un pantalón que, de tantos cortes que le había dado, apenas era mayor que unos calzoncillos. Mientras silbaba una vieja coplilla, enroscó dos baquetas, formando una de más de ochenta centímetros de largo que le permitiría limpiar el cañón de su máuser. Enganchó en la ranura de la parte superior un trapo y lo introdujo con delicadeza por el tubo hueco de acero fundido y comprimido. Se acomodó el fusil sobre la pierna y, sosteniéndolo del guardamano con la izquierda, desplazó la baqueta a través del cañón y limpió el ánima con movimientos giratorios.

Sabiendo lo mucho que dependía de su arma, Jiménez la trataba con un mimo excepcional. Con el máuser era, sin duda, uno de los mejores del destacamento. Ya cuando ingresó en el ejército demostró cierta pericia con el fusil, pues sus padres tenían una pequeña propiedad en Ayamonte que le permitía cazar de vez en cuando. Y con el transcurso del sitio se había convertido en un tirador excepcional. Su puntería, de puertas adentro de la iglesia, era ya legendaria.

Como todos los días antes de servicio, y a pesar de que hoy le tocaba guardia nocturna y era probable que no lo utilizara, su rifle lucía un aspecto magnífico. «Mi *Angustias* siempre se acicala para ir a trabajar», solía decir mientras palmeaba orgulloso su culata de madera desbastada de nogal.

A la hora señalada se presentó ante el cabo de cuarto que repartía los puestos. Le tocó la ventana aspillerada que se encontraba al lado de lo que había sido la entrada de la vivienda del cura, puerta que ahora estaba terraplenada y junto a la cual se había construido el horno. Dio gracias a Dios por que no estuviera encendido y se aprestó a pasar la noche.

Sobre las diez, cuando los compañeros libres de servicio ya dormían y el silencio reinaba en el edificio, Jiménez oyó un ruido a sus espaldas. Se giró y vio una sombra, que cubierta por una manta y calzando unos de aquellos peculiares zuecos, se metió dentro del aseo. Sorprendido por tan rara conducta permaneció atento y vio cómo alguien se encaramaba a la pequeña escalera que había dentro y observaba el terreno descubierto. Jiménez, para no

producir un revuelo innecesario, le dio el alto en voz baja. La sombra le ignoró y permaneció inmóvil. Como no sabía si le había oído, se acercó unos pasos y volvió a decirlo. El extraño se volvió hacia él y bajó por fin. Varios segundos interminables después pudo reconocer a Menache, que, armado con su máuser, salía del escusado.

—¿Qué cojones hacías?

—Timoteo creyó oír algo raro. El teniente me ha mandado para que echara un vistazo. —Y sin esperar respuesta desapareció tras el muro que cubría la entrada de la sacristía.

A Jiménez le extrañó que hubiera realizado este servicio embozado en una manta y con tanta discreción, pero, como para él suponía un problema ya resuelto, no le dio más vueltas. O al menos no tantas como Loreto, que al verlo regresar a su catre embozado en la manta, con el fusil y su mochila al hombro, tuvo claro cuáles habían sido sus intenciones. Después de mil vueltas, sin poder soportar el cargo de conciencia que le ahogaba, se levantó resuelto y se dirigió al baptisterio. Junto a él, de guardia, se encontraba su compañero Boades.

—Tienes razón… Mañana hablaré con el teniente.

Ramón asintió con la cabeza, contempló a su amigo en silencio y mostró sus dientes, tintados de un suave color vainilla, mediante una leve sonrisa.

—Gracias, Loreto.

—Si tenía que elegir, mi elección estaba clara… siempre la supe…, pero yo no quería tomar esa decisión.

—¿Y quién querría? —preguntó Ramón. Y más bajo, casi en un susurro, como si hablara solo, dijo—: ¿Quién querría condenar a un amigo?

25 de febrero de 1899. Doscientos cuarenta días de asedio

—¿Es usted consciente de la gravedad de los hechos que está denunciando?

—Sí, mi teniente. Es por eso que me he creído en la obligación de comunicárselo. —Loreto se mantuvo firmes. Para mejorar su estampa marcial, había decidido vestirse con la última guerrera que le quedaba en condiciones, la que guardaba para el momento de la liberación, pero transpiraba de tal manera que una mancha de humedad cubría ya toda la espalda y parte del pecho.

—¿Y no sabe si tenía algún cómplice más?

—Le he dicho todo lo que sé… aunque, ahora que recuerdo, habló un par de veces como si fueran varias personas.

—¿Nombró a alguien?

—No y no le pregunté. Lo rechacé desde el principio. Nunca quise saber nada. Quizás hice mal…

—Ha obrado como corresponde. No se torture, Gallego —dijo Vigil.

—Ha demostrado un alto sentido del honor. Quizá le volvamos a llamar. Por el momento no le comente esto a nadie. Ahora retírese —ordenó Martín.

Loreto saludó al teniente, que correspondió con vehemencia, y se retiró.

—¿Qué piensas, Martín?

—Es un asunto grave, pero no me pilla de nuevas. Tenía que suceder tarde o temprano. No todos los corazones tienen el mismo temple. Y menuda pieza es Menache. Un reo reconvertido por la fuerza a soldado en colonias. Según consta en su expediente, ya intentó escapar en Port Said cuando venía hacía aquí. Seguro que cuanto ha denunciado Gallego es cierto.

—Yo pensaba que este problema se solucionó con las primeras defecciones. No esperaba más. Supongo que el sitio está resultando demasiado duro.

—No es excusa, Vigil. Es el peor crimen que puede cometer un militar.

—Está claro y no lo disculpo. Solo quería decir que el pobre Menache ha aguantado siete meses. Si el relevo hubiera llegado ya, no se habría convertido en un traidor.

—Todos sufrimos igual y solo él ha elegido el camino fácil.

—Ojo, que por lo que parece, pueden existir cómplices.

—Sí, eso es lo que más me preocupa. Tenemos que ir con mucho cuidado, Vigil. No sabemos qué soldados son de confianza.

—¿Cómo actuaremos?

—Tú, con el cabo González, interrogarás a los que estuvieron ayer de guardia en la parte exterior. Alguno debió de ver lo que hizo. Mientras, Olivares y yo hablaremos con él. Utilizaremos la sacristía para estar aislados.

—De acuerdo.

—Cuando termines, reúnete conmigo. ¡Olivares!

El cabo, que se hallaba alejado unos metros a la espera de órdenes, anduvo hasta situarse delante de su oficial, se cuadró y dijo:

—A la orden de usted.

—Quiero que dentro de cinco minutos vaya a por Antonio Menache y lo lleve a la sacristía. Que le acompañen dos soldados por si se resiste.

—¿Cómo dice, mi teniente?

—Lo que ha oído, vaya con cuidado.

Martín Cerezo recogió sus útiles de escritura y mandó que llevaran una pequeña mesa y tres sillas. Colocó una al fondo de la habitación, casi apoyada en la pared, y situó el resto del mobiliario enfrente, ocupando el pasillo que dejaban libre las tumbas. Mientras esperaba, sacó el revólver de su funda y verificó que estuviera cargado. Pasado el tiempo previsto, Olivares se presentó puntual con Menache escoltado por dos cazadores. Sus caras tensas mostraban claramente que no comprendían nada. El teniente les mandó que custodiaran las dos puertas de acceso a la sacristía con la orden explicita de no dejar pasar a nadie.

—Menache, supongo que sabrá a qué viene todo esto. —Martín arregló los folios sobre la mesa. A su lado, sentado también en una de las sillas, el cabo lo miraba con el ceño fruncido. Delante de ellos, con rigidez marmórea, el presunto traidor permanecía de pie con la vista fija al frente.

—No sé de qué me habla, mi teniente.

—Ha sido acusado de intento de deserción. Olivares, quiero que usted sea testigo de todo. ¿Qué tiene que decir, Menache?

—He servido fielmente durante el año que llevamos en Baler. Nunca he pensado en desertar.

—¿No se lo ha comentado a nadie?

—Jamás.

—Bien. Ya sabemos que alguno de los dos miente. Ahora solo hay que averiguar quién.

En la nave de la iglesia, el rumor de que algo extraño pasaba se extendió enseguida por entre los hombres del destacamento. Se hicieron toda clase de elucubraciones sobre el posible delito que había cometido su compañero. El cabo, en cuanto se pudo librar del doctor, se reunió con Alcaide.

—¿Qué te parece? El teniente ha detenido a Menache.

—Lo sé.

—¿Qué vamos a hacer? Nos puede involucrar en la fuga. —González no podía parar de restregarse las manos.

—¿A mí? Ya os dije que no huiría con vosotros. Sabía que erais unos chapuzas. Yo, si fuera tú, aprovecharía que aún eres cabo para apartar a dos que estuvieran de guardia y así poder escabullirme entre los muros.

—Serás fariseo. No lo niegues ahora, que tú habías decidido largarte de aquí.

—¡Déjame en paz, anda!

González miró a Alcaide, que permanecía sentado sobre su catre.

—Desde luego, vas de listo por la vida y a veces pareces tonto. Sé que no estás tan comprometido como yo con Menache, pero te recuerdo que juraste delante de él que ibas a huir. ¿Crees que si se pone a piar no cantará eso? ¿Tan ingenuo eres? Estamos los dos de mierda hasta las orejas, así que, si se te ocurre algo, dilo ya.

Alcaide se incorporó y borró la sonrisa de autosatisfacción. Había olvidado por completo su arrebato de cólera tras la partida de cartas.

—Veo que ya has recordado tu juramento.

—No me castigarán por eso. Fue solo un calentón.

—Sí, y tampoco ibas a jugar las cartas. Solo mirabas. Veo que tu especialidad es tirar la piedra y esconder la mano. ¿No escarmientas nunca? ¿De verdad crees que el teniente lo dejará pasar?

—Si dice algo Menache, me lo cargo.

—¿No se te ocurre nada que no termine frente a un pelotón de fusilamiento?

—Pues… podríamos…

—¿Y si nos vamos por las bravas como has dicho antes? Podría relevar a los guardias del patio y saltar aprovechando su ausencia.

—No llegaríamos muy lejos. El resto de centinelas no tardarían en vernos. No me la juego con su puntería.

—¿Y si armamos un pequeño incendio que los distraiga? —El cabo se había sentado sobre el catre y no paraba de mover las manos mientras hablaba.

—Creo que no deberíamos arriesgarnos. A Menache le conviene tanto como a nosotros no decir nada. En el momento que asuma su culpa estará perdido —reflexionó Alcaide—. Eso es. Tienes que advertirle. Dile que a malas, si lo condenan, una noche lo sacaremos del calabozo y nos fugaremos con él.

—De acuerdo. Lo intentaré, pero está aislado.

—No olvides que, después de los oficiales, estás tú al mando. Eres el primero de los cabos. Ve y convéncele de que no diga nada y le ayudaremos a escapar.

Mientras tanto, Vigil, después de interrogar los centinelas, se apresuró a acercarse a la sacristía para informar a Martín, pero Eustaquio Gopar, el soldado canario que controlaba el acceso, se lo impidió.

—Lo siento, doctor, pero se me ha ordenado que no pase nadie.

Sorprendido por la actitud del cazador, suspiró contrariado:

—¿Cree que también me incluye a mí?

—Disculpe, lleva usted razón. Pase. —Se hizo a un lado y fue a abrir la puerta, pero Vigil no le dejó.

—¡Espere! Dígale al teniente que salga, utilice el pretexto de que no me ha dejado pasar siguiendo las órdenes recibidas. —Gopar levantó la cejas al oír la extraña orden—. No se preocupe, yo se lo explicaré.

El cazador desapareció unos segundos y reapareció enseguida acompañado por Martín.

—Pero, hombre de Dios, ¿cómo le niega el acceso al doctor?

—Eso digo yo. —Y, tirando del brazo de Martín, lo apartó del vano y cerró la puerta—. Disculpa mi burda estratagema, Martín. Quería hablar contigo sin que nos viera Menache.

—¿Has averiguado algo?

—Jiménez Berro ha confirmado lo referido por Loreto. Le vio otear desde lo alto del muro del aseo. Iba cargado con todo su equipo y al preguntarle dijo que le habías enviado tú a investigar un ruido.

—¿Conque yo le envié, eh? Ya sabemos quién es el que miente.

—¿Ha confesado?

—No, se mantiene sereno y reivindica su inocencia. Pasa y verás.

—De acuerdo. ¡Ah! Una última cosa, se me ha ocurrido una pequeña artimaña que puede servir para sonsacar a Menache, pero necesito que pasen unas horas para llevarla a cabo. La iré madurando y, si veo que es factible usarla, te informaré sobre la marcha.

—Como veas, Vigil.

—Gopar, si en un par de horas no he salido, quiero que me avise. Pero hágalo de un modo discreto. Se acerca y me lo dice al oído. ¿Comprende?

El soldado, aunque no entendía nada, asintió. Los dos oficiales entraron en la sacristía y se acomodaron en dos de las sillas que se encontraban junto a la mesa. El cazador acusado se puso firmes al verlos.

—Bien, Menache. Entonces, ¿sigue diciendo usted que es inocente?

—Sí, mi teniente. Jamás he pensado en abandonar mi puesto. Yo juré defender nuestra bandera.

—Es cierto, lo juró. Y espero por su bien que no lo haya olvidado…, pero centrémonos en el asunto. Entonces, ¿niega usted haber estado anoche en la antigua vivienda del cura?

—Sí, bueno, quizá salí una vez al escusado. No lo recuerdo bien.

—¿No han transcurrido ni doce horas y ya no se acuerda?

—Si es que aquí todos los días parecen iguales, mi teniente. Cuesta distinguirlos.

Martín, en su interior, no pudo evitar darle la razón; él a menudo sentía lo mismo.

—¿Salió ayer al patio o no?

—Sí, creo que sí, mi teniente. ¡Ah! Sí, ahora caigo en la cuenta. Tenía calor y me metí en el aseo para refrescarme.

—¿Cubierto con la manta y llevando el fusil?

—No.

—Pues uno de los centinelas dice que lo vio así.

—Y que se subió a la escalera del aseo y observó el campo abierto —intervino el doctor por primera vez—. Cuando el centinela le dio el alto, mintió diciendo que se lo había mandado el teniente.

—Yo… no recuerdo…

—Tiene usted una memoria muy frágil.

—No, doctor, ahora me acuerdo. Oí unos ruidos que venían de fuera y me subí a la silla para ver qué pasaba, pero no descubrí nada.

Unas voces les llegaron a través de la puerta de la sacristía. A pesar de que se encontraba cerrada, se podían escuchar con claridad las quejas del cabo González.

—¿Cómo que no me dejas pasar? Eso habrá que verlo.

—Son órdenes del teniente.

—Pero… ¿te ha dicho que no pase yo?

—No, me ha mandado que no entre nadie. Y eso hago. Así que atrás, pega la vuelta y déjame en paz, González.

—No deberías desafiarme, Eustaquio. No tienes ni idea de cómo las gasto.

—Yo solo cumplo con mi obligación.

Martín Cerezo abrió la puerta y se plantó en el vano. Su cara mostraba una furia difícilmente contenida.

—¿Qué sucede aquí? ¿Tiene algo importante que transmitirme?

—No… Solo quería reunirme con usted por si… por si pudiera serle de ayuda. Sabe que puede contar conmigo.

—Sí, por eso mismo lo he dejado al cargo mientras dure el interrogatorio. Verifique que no hay ningún problema. Avíseme si surge algo que sea de importancia capital. En caso contrario, no nos interrumpa. —Sin añadir nada más, cerró y volvió su atención a Menache, que seguía contestando preguntas de Vigil.

—No, doctor, yo no dije que me había enviado el teniente.

—Cuando salió al patio, ¿llevaba o no el fusil?

—No, creo que no.

—Hay muchos puntos que no coinciden con los datos que manejamos. Debería hacer memoria.

—Se lo digo tal como pasó, doctor. Me desperté acalorado y salí a refrescarme. Al meterme en el aseo oí un ruido y subí al parapeto a ver de qué se trataba. Al no descubrir nada, volví al catre.

—¿Y la manta con la que se cubría? ¿No tenía tanto calor?

—La llevaba para secarme después de darme una *pozalada*. Así se queda húmeda y refresca la noche.

Tomó el relevo el teniente y prosiguió las pesquisas con una sagacidad feroz, pillando a Menache en multitud de descuidos. Los prejuicios iniciales de Martín se confirmaron con las incontables mentiras que el soldado intentaba endilgarles y que en ocasiones eran ridículamente infantiles. El cazador aseguraba su inocencia y blandía su compañerismo y el sufrimiento pasado como pruebas irrechazables de su adhesión al destacamento. Mientras oficial y cazador lidiaban entre sí, el doctor cogió una de las hojas nuevas del teniente y, doblándola en cuatro partes, se la introdujo en el bolsillo de la guerrera.

El tiempo pasó con los bandos firmes en sus posiciones. Vencido el plazo que le había dado, Gopar llamó a la puerta y pidió permiso para informar. El cazador, con los restos de su sombrero de jipijapa en la mano, se acercó hasta el oficial médico y se inclinó para poder hablarle al oído.

—Le recuerdo que ya han pasado dos horas.

—¿Está usted seguro de que le ha dicho eso?

Todos los hombres de la estancia se volvieron para mirarlo. Gopar, indeciso, contestó con un tímido sí.

—Dígale que salgo de inmediato.

—A la orden.

El doctor se levantó, pero antes de irse se acercó al teniente y susurró.

—Mi artimaña está en marcha. Vendré en un rato.

Vigil salió de la habitación y fue a la enfermería. Una vez en su mesa, sacó la hoja que había tomado del teniente y escribió sobre ella. Al terminar, trazó un garabato por firma y se guardó el manuscrito en el bolsillo. Llamó a Bernardino y atendieron a los pocos pacientes que allí moraban: dos soldados que presentaban calenturas tropicales y otro que sufría una disentería leve. Después de cumplir con sus labores sanitarias, se hizo servir un vaso de agua con azúcar y lo saboreó mientras pensaba en el plan que se había trazado. Cuando creyó que ya había pasado un tiempo adecuado, se dirigió de nuevo a la sacristía. Al tomar el pomo, antes de girarlo, se detuvo, cerró los ojos, respiró hondo y por fin entró abriendo la puerta de golpe.

—¡Ya está todo aclarado! —dijo, y mostró el papel redactado por él.

—¿Qué sucede? —preguntó Martín.

—Traigo una confesión jurada. En ella se acusa al soldado Antonio Menache de haber promovido la deserción entre varios hombres del destacamento.

—¡Eso es mentira! —exclamó el aludido—. Yo nunca he querido desertar.

—No dice eso aquí. —Mostró la presunta confesión y la plantó sobre la mesa de un manotazo—. Me ha contado cómo lo sedujo y le hace máximo responsable del intento de huida.

—¡Es imposible!

—¡Sus cómplices le han delatado! ¡Está perdido!

—Le digo que es imposible. Nadie puede acusarme de nada. Soy inocente.

—¿Está seguro? —El doctor apoyó una mano sobre el tablero—. Escuche esto: «El soldado Antonio Menache me provocó a lo largo de los últimos meses y me incitó a cometer un acto de sedición. Sin atender a mis quejas y recelos iniciales, socavó mi voluntad durante semanas…».

—¡Eso no es cierto! ¡Miente!

—Sabe que sí. Él ha decidido redimirse para librarse de parte de la pena que le corresponde.

—¡Pero no es verdad!

—Es el tercer hombre que le desmiente. Ya no es la palabra de uno contra la de otro. Sus compañeros le están condenando —dijo Martín Cerezo.

Menache, acorralado por sus miedos y dudas, miró el papel manuscrito que le acusaba e, igual que otros tantos antes, temió el poder de la palabra escrita. Recordó la intervención del cabo González y cómo se ofreció a colaborar con el teniente y comprendió que su destino estaba sellado.

—Vicente no me traicionaría. Ya me ha cubierto otras veces. —Aún se resistía a creerlo—. ¿O ha sido Alcaide? Sabía que no le tenía que haber dicho nada. Ese cerdo no es de fiar.

Vigil miró con cierto disimulo a su colega. Ya tenían un nombre, pero al parecer había involucrado una tercera persona. Si no le fallaba la memoria, había al menos dos cazadores llamados así en el destacamento.

—¿Es consciente usted de que con la potestad con que me arropa mi cargo y con estas pruebas podría mandar que le fusilaran ahora mismo? —Martín señaló el papel escrito por el doctor.

El soldado se dejó caer de rodillas y se frotó los ojos anegados en lágrimas originadas por un miedo y arrepentimiento que llegaba, como tantas otras veces, demasiado tarde.

—¿Admite que la confesión es cierta? —dijo el oficial médico, que había atrapado a su presa y ya no podía soltarla. Era imperativo saber cuál de los dos soldados llamados Vicente era el culpable.

—No, el cabo estuvo conmigo desde el principio. No le convencí de nada.

El teniente levantó las cejas e intercambió una mirada con su colega.

—¿Afirma que Vicente González, el primero de los tres cabos y que ejerce funciones de sargento, pretende desertar?

Menache levantó la cabeza y miró a su superior sin entender su pregunta.

—Sí… claro. ¿No es suyo el escrito?

El cabo Olivares, que había permanecido callado durante todo el interrogatorio, no pudo evitar un taco y una imprecación contra su compañero.

Una vez vencida la tenaz resistencia inicial, Menache se desmoronó. A partir de ahí fue fácil arrancarle la verdad. Reveló, entre sollozos y suplicas de perdón, todos los detalles de su plan.

Al final del día, con los últimos rayos del sol perdiéndose entre las estribaciones de la sierra Caraballo, Martín había encerrado a los tres soldados involucrados en el baptisterio. Se vieron obligados a desalojar, para alegría suya, a los que cumplían el castigo por la última partida de cartas. Desde entonces un soldado custodiaba siempre su puerta. El destacamento se

llevó un duro golpe. Saber que varios de sus hermanos, hombres por los que habrían dado sus vidas, habían maquinado la idea de venderlos, fue algo que hundió más su moral que la acuciante falta de comida.

Sentados a la mesa que solían compartir, el doctor y el teniente bebían, o más bien padecían, un café. Lo tragaban en silencio, a pequeños sorbos, mientras recapacitaban sobre la tarde vivida. Martín, para dar ejemplo, reprimió una mueca y al dejar su taza vacía sobre la mesa dijo:

—Vigil, has estado fenomenal. Ha sido todo un acierto tu intervención.

El doctor, que soplaba su café, levantó la vista y miró al teniente a la vez que se encogía de hombros.

—Si quieres que te diga la verdad, no me enorgullezco. Lo he hecho por el destacamento, y lo repetiría, pero después de tanto tiempo luchando por salvar la vida de estos hombres, no me resulta fácil condenarlos.

—Lo entiendo, pero hemos actuado correctamente. Ellos han sido los que nos han metido en este atolladero.

—Aun así. Es triste que hayamos llegado a esta situación. Algún día se deberían buscar a los verdaderos culpables. Ellos son los que han perdido a estos tres desgraciados.

—A mí, lo que me preocupa ahora es que esta semilla no haya arraigado en más corazones. Después de lo hoy vivido, está claro que no nos podemos fiar de nadie.

27 de febrero de 1899. Doscientos cuarenta y dos días de asedio

La noche, acunada por los afables sonidos de la selva filipina, transcurría tranquila. Los disparos tagalos habían cesado y los sitiados podían disfrutar de una efímera paz nocturna. La luna iluminaba como solo puede hacerlo en los países tropicales. Era tal la claridad que parecía que se encontraban en los minutos que preceden al crepúsculo. Los hombres libres de servicio dormían desde hacía varias horas. Sus ronquidos resonaban por toda la iglesia. Luis Cervantes, antiguo labrador murciano, prestaba guardia en el coro. Aunque en este puesto siempre habían servido dos hombres, desde hacía un par de días lo cubría solo uno. El cazador miró por la tronera y levantó las cejas al vislumbrar una sombra extraña por los alrededores de la trinchera tagala. Era algo tan inusual que en un principio no dio crédito a sus ojos. Permaneció atento, rezó un padrenuestro y rogó por que la imagen no hubiera sido una ilusión. Justo antes de terminar la oración, unas siluetas confirmaron sus recelos. Estaban aún lejos, pero la luz de la luna bastaba para reconocer a aquellos formidables animales. Un hato de carabaos avanzaba hacia la iglesia. Aunque los distinguía con total perfección, Cervantes decidió esperar unos minutos. Los vio pacer sin impedimento alguno. Avanzaban adentrándose en la plaza, hacia tierra de nadie, donde la profusa vegetación filipina crecía libre. Acostumbrados al ser humano, los búfalos de agua no temían su presencia.

—¡Cabo de guardia! ¡Mi teniente! Vengan a ver esto.

Martín Cerezo, que dormitaba dentro de su catre, se levantó de un salto y cogió el cinto que colgaba de un travesaño de su toldo. Desde allí, en paños menores y mientras abría la funda de su revólver reglamentario, preguntó:

—¿Qué sucede, Cervantes? ¿Nos atacan?

—No, mi teniente. No se lo va a creer. Tiene que verlo usted mismo.

—Dígame qué diablos pasa, maldita sea, no me tenga en ascuas.

—Carabaos. Hay más de veinte a menos de doscientos metros de nosotros.

—¿Qué dice? No puede ser.

—Mírelos, y siguen acercándose. —Señaló la tronera practicada en el postigo de la ventana.

Un vítor surgió de la multitud de soldados que veían cómo uno de sus más grandes anhelos estaba a punto de convertirse en realidad. Todos los hombres, incluso los recién despertados, comenzaron a aplaudir y aclamar la buena noticia.

—¡Silencio! —ordenó Martín Cerezo—. Silencio he dicho. Tenemos que andarnos con cuidado. No espantéis a los animales.

El destacamento obedeció en el acto por costumbre y disciplina, pero al comprender el razonamiento de su superior, el sigilo ya fue sepulcral.

—Olivares.

—A la orden, mi teniente.

—Coja a tres hombres y abran la puerta principal. Háganlo con la mayor discreción posible. Jiménez, Adrián, Catalán, Eufemio Sánchez y Ripollés. —Martín Cerezo seleccionó a los mejores tiradores del destacamento—. Salgan con su arma a la trinchera principal. Los quiero allí en un minuto. Pedrosa, Gallego, Boades, Chamizo, dispongan unas cuerdas y estén atentos a mi llamada.

El oficial se vistió tan rápido que no se colocó ni la guerrera ni su gorra de plato. Al alcanzar la fortificación exterior, el grupo de tiradores ya se encontraba allí con las armas a punto. El oficial entornó los ojos para poder escrutar la manada, que pacía ajena a la tensión que habían creado.

—Bien, disparen los cinco a la vez sobre aquel de allí. El que está más esquinado y que ahora mismo está levantando la cabeza. ¿Lo ven?

—¿El de la izquierda, mi teniente?

—Sí, que termina de dar un par de pasos. Apunten a la paletilla. Avisen cuando estén preparados. Fuego a mi orden. —El ruido metálico producido por los cilindros de los máuseres secundó sus palabras.

—Preparado.

—Listo.

—Listo.

—Ya.

—Preparado.

—¡Fuego!

La descarga sonó y el carabao, de alrededor de setecientos kilos de peso, cayó abatido a menos de veinte metros del edificio. El resto de la manada salió corriendo hacia las líneas enemigas. Una fuerte y espontánea ovación surgió de la iglesia.

—Traigan las cuerdas y átenlo. Estén alerta por si los indios intentan algo.

Salieron cuatro cazadores a la carrera, pero al llegar junto al cadáver del animal tuvieron que tirarse cuerpo a tierra. Los proyectiles silbaron por encima de ellos con endiablada insistencia. Martín Cerezo desplegó toda la tropa disponible a ambos lados para no herir a sus propios soldados y abrió fuego de cobertura. Por fin, tras varios minutos inmovilizados, pudieron enganchar al animal y arrastrarlo hacia la trinchera. Tiraron de él sin desfallecer, clavando los pies en tierra y apretando los dientes, sin prestar atención a las balas que surcaban el aire. Cuando apenas faltaban diez metros, salieron varios compañeros a ayudarles. Con un último esfuerzo lograron introducirlo en la trinchera, los cazadores cayeron exhaustos y sudorosos, pero sus sonrisas eran aún mayores que sus jadeos.

Al despuntar el alba comenzaron a desollarlo y trocearlo en grandes filetes. Los asaron insertándolos en improvisados espetones que colocaron directamente sobre el fuego. Tenían que comerse la carne antes de que la humedad la pudriera, pues, al carecer de sal, no podían conservarla. Para la primera comida cocinaron casi cien kilos. De nada sirvieron los consejos del doctor ni las órdenes del teniente, la tropa se comportó como si se encontraran en el banquete de un enloquecido emperador romano. Los dos oficiales decidieron que era mejor dejarlos hacer que contravenir sus instintos más básicos. El olor de la carne tostándose al fuego fue algo que los soldados no pudieron soportar. Consumidos por semanas de obligado ayuno, se lanzaron sobre ella sin darle tiempo siquiera a asarse. La devoraron con las manos. Mordían y engullían sin apenas masticar. Tras el salvaje almuerzo, sus debilitados estómagos no pudieron aguantar la ingesta de tanto alimento y la mayoría de los hombres terminaron descompuestos. Vomitaron y sufrieron fuertes dolores de barriga, pero, por primera vez en muchas semanas, cegaron el pozo del hambre.

2 de marzo de 1899. Doscientos cuarenta y cinco días de asedio

Varios cazadores pasaban la mañana en el jardín junto a la piel del carabao, que habían tendido de una cuerda para secarla al sol. El teniente quería confeccionar con ella unas abarcas que sustituyeran a los rudos zuecos de madera. Aunque el animal había durado hasta el día anterior, sus efectos aún se hacían sentir en el ánimo de la tropa.

—Me siento fenomenal. Ha sido un placer comer carne después de tanto tiempo. —Vila se palmeó el abdomen, que apenas mantenía la línea del cuerpo.

—Por fin un plato tuyo ha causado sensación —bromeó Boades.

—A mí, después de calmar el hambre, lo que me apetece…

—Padres, proteged a vuestras hijas, Pineda *el Garañón* está suelto —terció Catalán.

—¿Qué es eso, si puede saberse?

—Si lo supieras, Pineda, te parecería un halago.

El doctor, que sabía perfectamente lo que era, sonrió. Llevaba alrededor de hora y media sentado en una silla en el patio y había permanecido callado, con un libro entre las manos que no leía y que empleaba a modo de barrera para aislarse del mundo. Las pocas veces en que la rutina diaria de oficial y médico le permitía pequeños descansos, gustaba de hacerlos así, rodeado de sus compatriotas, mientras meditaba en silencio sobre los problemas que le acuciaban. Casi todos los hombres estaban con el torso desnudo y portaban poco más que taparrabos. Los únicos soldados con pantalones eran los afortunados que habían aprovechado unas viejas cortinas de tela basta.

A la hora de la comida, de nuevo con las estrecheces propias del asedio, el doctor se reunió con el teniente y los frailes. Comieron su ración de arroz aderezada con un leve toque de pimiento picante y una pequeña calabaza. Vigil aprovechó para exponer una idea que había estado rumiando por la mañana.

—Creo que deberíamos hacer algo al respecto del vestuario de la tropa.

—Sí, en algunos casos están rozando los límites de la decencia —dijo el padre López.

—Me gustaría ayudarles —dijo Martín—, pero todo escasea. No tenemos telas, ni hilo para coser, ni siquiera agujas…

—Eso pensé hasta que caí en la cuenta de por qué me hallaba yo aquí. Viendo nuestra situación, creo no equivocarme si digo que va a ser imposible establecer una enfermería.

—Sí, por el momento también lo veo algo difícil —bromeó el teniente.

—Bien, pues he pensado que podríamos entregar calzoncillos y camisas de la enfermería a la tropa. Incluso he hablado con Ripollés, el soldado que fue sastre, y me ha dicho que es posible confeccionar prendas a partir de las sábanas.

—¿Y cómo las cosería?

—Dijo que deshilacharía una tela y así conseguiría hilo. Las agujas las obtendría a partir de alambre. No serán muy finas, pero podría costurar con ellas.

—Por mí no hay inconveniente. Los hombres lo agradecerán, Vigil. Apuntaremos las entregas y se lo descontaremos de la paga.

6 de marzo de 1899. Doscientos cuarenta y nueve días de asedio

El día amaneció con la segunda mejor noticia que podía recibir el destacamento: se había cazado un nuevo búfalo de agua. Finalizado el festín, donde los hombres se dieron un atracón de carne y esperanza, los que no tenían servicio se retiraron a descansar. Ramón, tras dormir una hora, seguía aún eufórico y decidió plasmar una idea que hacía tiempo le rondaba. Era un tanto absurda, pero en su imaginación funcionaba de maravilla. Preparó los materiales que necesitaba y, una vez listo, cavó cerca de la puerta principal dos zanjas de tres metros de largo por algo más de un palmo de ancho y profundidad. En el medio y a cada lado de los canalillos levantó tres caballones. En un madero, con la punta carbonizada de un palo, escribió un número uno y lo clavó al final de uno de los canales. En el contiguo hizo lo mismo pero trazó un dos. Del morral sacó varios hierbajos que depositó en un extremo de los surcos, justo bajo las tablas numeradas. Las regó con agua de su bombón y comprobó que todo estuviera en orden.

—Esto ya está listo. ¡Venid, camaradas!

Varios soldados qué habían contemplado con curiosidad el trabajo de Ramón se acercaron a curiosear.

—¿Ahora ya nos vas a decir de qué se trata? —preguntó Eufemio.

—Claro. He hecho esto para divertirnos un rato.

—¿Cómo?

—Ahora lo veréis. —Ramón se agachó y de un cubo que tenía a sus pies sacó dos de aquellos enormes moluscos. Grandes como puños, su viscoso cuerpo sobresalía por entre sus dedos—. Os presento a *Guerrita* y a *Lagartijo*.

—¿Los vas a torear?

—No llega a tanto mi arte. Vamos a hacer una carrera.

—¿Con esos?

—¿Tienes un pasatiempo mejor?

—Hombre, pues…

—No sé por qué, pero me lo imaginaba. Debéis tener en cuenta que la emoción no está en la velocidad, sino en el resultado. Veréis cómo disfrutaremos. Elegid uno y apostad por él. Yo un peso por *Lagartijo* —dijo Ramón, y levantó la mano que lo sostenía.

—Venga, yo por *Guerrita*. Te cubro y me juego otros cuatro. ¿Quién acepta? —dijo Catalán.

Los cazadores se animaron y cruzaron apuestas no muy cuantiosas, pero que añadían mordiente a la carrera.

—¡Vamos a empezar! ¡Atentos! El primero que llegue al montón de hierbajos, gana. ¡Adelante! —Ramón se arrodilló y situó a los corredores en sus puestos.

El llamado *Guerrita*, al sentir el contacto de la tierra, se apretujó en su caparazón. En cambio, *Lagartijo,* haciendo honor a su vivaracho nombre, no defraudó y comenzó a arrastrarse, pero hacia el caballón que quedaba a su derecha. Los soldados, viendo la calidad del espectáculo, se carcajearon.

—Un poco de paciencia, que se tienen que hacer con la pista. Nadie prometió que esto fuera a ser rápido.

—¡Un espectáculo grandioso…! Uno no avanza y el otro se sale del circuito.

—A ver si os pensáis que estáis en el hipódromo. ¿Qué carajo esperabais de una carrera de caracoles?

Ramón recogió a *Lagartijo* y lo volvió a colocar en la pista. El molusco avanzó hacia la meta. *Guerrita,* una vez confiado, salió de su caparazón e inicio su lento arrastre.

—¿Veis? ¡Os lo dije! Venga, ¡corre!

Los soldados, mientras coreaban a su animal favorito, intercalaban toda clase de chistes y bromas. Las carcajadas, sinceras e infantiles, dominaban en el ambiente igual que en una mañana de Reyes. Hasta los sacerdotes se habían sumado al jolgorio general y contemplaban risueños el espectáculo. *Lagartijo*, más espabilado, sacaba casi tres palmos de distancia a su rival. Los que habían apostado por él, aunque fuera un mísero peso, estaban entusiasmados. Entre los gritos y vítores nadie se percató de que la perra cruzaba por entre las piernas de la gente. De un salto se plantó en medio de la pista y, con una rápida dentellada, arrancó medio cuerpo del caracol que marchaba en primera posición.

—No, *Luna*, no… —Ramón se llevó las manos a la cabeza.

—Eso no vale…, ya ganaba…

—¡Loreto! ¡Estaba a tu cuidado!

—¿Qué quieres? De repente ha salido corriendo. La he llamado, pero no me ha hecho caso. Te dije que mejor la ataras.

—Caray, se ha merendado a *Lagartijo* con una rapidez que ni el mejor Miura… —dijo Catalán con voz alegre, pues terminaba de ahorrarse cinco

pesos.

13 de marzo de 1899. Doscientos cincuenta y seis días de asedio

Alumbrado por el débil resplandor de una vela, el doctor Vigil de Quiñones se atusaba el bigote mientras leía un volumen de medicina tropical. Desde hacía semanas se servía para sus quehaceres del amplio surtido de cirios del padre Carreño, pues el escaso combustible de los quinqués se reservaba para emergencias médicas. Mientras, el resto de la iglesia permanecía en una lúgubre oscuridad. Cada cierto tiempo, como alma en pena, veía pasar al cabo de guardia. A mitad de madrugada, de entre las tinieblas surgió la figura del teniente Martín. Bajo la línea de sus ojos se extendían las lívidas manchas de dos ojeras.

—Buenas noches, Vigil.

—Buenas noches, Martín. ¿No puedes dormir?

—Hace ya unos días que no descanso bien —contestó el teniente sentándose en su silla.

—¿Y eso?

—Desde la intentona de los tres desertores, no logro conciliar el sueño. Aún sigo dándole vueltas. Ya se me hacía cuesta arriba que Alcaide participara, pero González… Era de mi máxima confianza.

—Supongo que todos tenemos un límite.

—Eso es lo que me preocupa. ¿Cuántos más se encontrarán a punto de desmoronarse?

—No creo que haya más desertores entre la tropa. Son buenos muchachos. Hemos tenido suerte al apartar las manzanas podridas.

—Ojalá lleves razón. No soporto esta situación. Al menor cuchicheo me despierto. Tengo los nervios a flor de piel.

—Si quieres, puedo proporcionarte algún remedio.

—Te lo agradezco, pero mejor que guardes los fármacos para los enfermos.

—Solo pretendía ayudarte.

—Siento si he sido brusco. Es solo que los medicamentos, cuanto más lejos, mejor. ¿Cómo marcha la noche?

—Sin novedad. Estaba releyendo un libro para entretenerme.

—¿Es interesante?

El doctor enseñó la portada y el teniente, al leer el título, soltó un bufido.

—Si quieres te lo dejo.

—No, gracias.

—Podría ser un buen remedio contra el insomnio.

—Seguro. —Martín rio—. ¿Sabes, Vigil? Hay que ver qué bien te has integrado en el servicio. Lo poco que cuadrabas al principio. Siempre me he preguntado cómo terminaste en el ejército.

—Lo mismo me he preguntado yo muchas veces.

—Disculpa, no quería pecar de curioso.

—No te preocupes, Martín. No tengo nada que ocultar. A decir verdad, te vas a reír si te digo el motivo real.

—¿Y eso?

—No me malinterpretes. Hace años que pensaba alistarme. Provengo de una larga familia formada en la milicia. Francisco, mi hermano y mentor, que me animó y ayudó en mis estudios de medicina, murió en Cuba siendo capitán médico.

—Lo siento, Vigil. No conocía tu pérdida.

—Falleció a causa de la fiebre amarilla —dijo con un leve suspiro—. Siempre tuve el propósito de retomar su labor, aunque la razón última para enrolarme fue huir de un mal de amores.

—¿Qué me dices? —El teniente levantó las cejas y no pudo ocultar un asomo de sonrisa.

—Una mujer de la Alpujarra donde ejercí durante casi once años. Una belleza andaluza de armas tomar. No diré su nombre, pero por su culpa estoy aquí. Mi intención era servir en Filipinas y, al terminar, viajar a Japón. Quiero dar la vuelta al mundo. Esta será mi primera etapa.

—¿Dejarás el ejército?

—Esa era mi idea. Al menos al salir de España, pero con el paso del tiempo me he ido encontrado a gusto en la sanidad militar.

—Ya te lo he dicho en alguna otra ocasión. Eres un médico excelente. Sería una lástima que te perdiéramos.

—Gracias, Martín.

El silencio los separó durante un instante, uno pensaba en el ayer, otro en el mañana.

—¿Puedo… puedo hacerte una pregunta?, si no es mucha indiscreción —dijo el teniente.

—No veo por qué no.

—Estabas muy unido a tu hermano, ¿no?

—Sí, a pesar de la distancia, me trató como a un hijo. Sin su ayuda no sería médico. Me ayudó a costearme la carrera. Al obtener la licenciatura me regaló el caballo con el que visitaba a mis pacientes.

—¿Cuándo comenzaste a superar su muerte?

—Dicen que el tiempo acaba cerrando las heridas del alma, pero yo creo que de las pérdidas de los seres queridos uno no se sobrepone nunca. Es un lastre que debemos arrastrar el resto de nuestra existencia. Lo más que puedes hacer es acostumbrarte a su peso.

—¿Y si ese peso del que hablas termina por aplastarte?

El doctor observó extrañado el rostro serio de su compañero. A la luz del cirio no podía afirmarlo, pero juraría que su compañero tenía los ojos vidriosos.

—¿Te encuentras bien?

Martín bajó la vista y permaneció unos segundos callado. Al fin, con un hilo de voz contestó:

—Sí… es tan solo que… a veces me ahogan las responsabilidades que conlleva este asedio.

—Pensé que te agobiaba algo más.

—No, no… ¿Qué más podría abrumarme? ¿No te parece que ya tengo bastantes sinsabores?

17 de marzo de 1899.
Doscientos sesenta días de asedio

Madrid

Alrededor de tazas ya vacías de café y chocolate y envueltos en olorosas nubes de buen tabaco, varios hombres se enzarzaban en discusiones sin fin. Sobre las dos mesas se esparcían una docena de periódicos matutinos que hacía horas que habían sido leídos. Las apenas cuatro hojas que los formaban yacían exánimes, rellenas de información ya compartida. Su reducida vigencia se perdía mientras las rotativas componían las nuevas tiradas vespertinas. Pero, por el momento, y del mismo modo que un día alimentarían el fuego de una estufa, hoy alimentaban el debate.

Esa semana, las tertulias en cafés, siempre populares y ruidosas, se habían revigorizado, puesto que se habían disuelto las dos cámaras y se habían convocado nuevas elecciones a mediados de abril. Había llegado la hora del cambio del poder. En esa democracia adulterada los dos grandes partidos se sucedían en él de manera continua. Era triste, pero más triste era aún que fuese el único modo que habían encontrado las clases dirigentes en este país atrasado y repleto de orgullo para traspasarse el poder sin violencia. En aquel momento hablaba un senador vitalicio, antiguo ministro conservador. El hombre, un caballero mayor, apoyaba una mano sobre su bastón con empuñadura de marfil y plata mientras empleaba la otra en aleccionar a sus contertulios. Como un viejo maestro, movía el dedo índice al compás de sus palabras.

—Debe usted entender que la pobreza siempre va a existir. Siempre habrá una última capa social formada por jornaleros, obreros, artesanos y demás ralea. Y es preciso, por el bien de la nación, controlar a esta masa y evitar que se alce. En primer lugar, es necesario reducirlos mediante la caridad. El Estado tiene que mejorar la calidad de su vida mediante la creación de centros sanitarios y de instrucción pública. Deberá extremar su vigilancia en las grandes ciudades, donde viven apiñados y es más fácil que surjan desórdenes. El español ordinario es simple, tan solo quiere un empleo que le dé para

comer y tomar unos vinos y, de tanto en tanto, algo de diversión. Y para eso Dios ha inventado los toros.

—¿Y en segundo lugar? —preguntó un escritor que intuía la respuesta y buscaba provocarla.

—Si estas medidas profilácticas fallasen habría que recurrir a la fuerza. No podemos permitir una subversión del orden.

—Los cañonazos a tiempo de los que hablaba Napoleón, ¿no? —El diputado Segura, tras intervenir, asintió varias veces para mostrar su aprobación.

—Exacto.

—Ha pasado casi un siglo desde entonces y sus pensamientos no han evolucionado nada. —El escritor se subió el puente de las gafas, cosa que hacía a menudo, lo necesitara o no—. Ese razonamiento suyo ya lo expresó el difunto Cánovas. Si no recuerdo mal, él decía «contener al pueblo mediante la ilustración». Yo creo que, más que contenerlo, hay que liberarlo con la ilustración. Solo así escapará del yugo de la ignorancia que, durante tantos años, ha adormecido a nuestra raza.

—Claro, y cuando todo el proletario esté educado. Cuando todos sean ingenieros, médicos o abogados. ¿Quién manejará las máquinas? ¿Quién cultivará los campos? ¿Usted?

—Ese argumento suyo es una simple reducción al absurdo.

Un camarero se acercó y susurró unas palabras al oído de Segura. El político le dio una moneda al tiempo que se disculpaba con los contertulios por su repentina despedida. Con el sombrero calado, abandonó el local con presteza. En la puerta le esperaba el ministro saliente.

—No sé cómo se sienta a escuchar las sandeces que escupe ese cretino. Yo me veo incapaz. Es un cabeza hueca con el que es imposible dialogar. No tardaría en llegar al insulto y uno, aunque se conserva bien, no está ya para lances de honor. Mi brazo ha perdido fuerza y velocidad.

—No le he oído decir disparates. Es más, ha dicho cosas muy juiciosas.

—Si no es lo que dice, es como lo dice. Además, no tiene ni un pensamiento original. Únicamente repite lo que oye. Ya lo entenderá con el tiempo.

—¿Tuvieron algún roce en el pasado?

—Si solo hubiera sido uno…

Segura sonrió antes de preguntar.

—¿No me habrá llamado para contarme sus tiranteces con él?

—No, claro que no. Vámonos. Iremos paseando.

—De acuerdo, pero ¿adónde?

—Vamos a Café de la Iberia.

—¿A La Iberia? ¿Estará Sagasta?

—Sí, y casi todo el Gabinete saliente, además de Ramón y Cajal y Galdós. Una tertulia de altura. Me ha pedido el presidente que le lleve. Tal y como están las cosas, en un par de años volverá a serlo. Tiene que saber, Segura, que va a conservar usted la plaza en el Congreso y, cuando sea de nuevo nuestro turno, accederá a una secretaría. Ya le dije que si continuaba a mi lado tendría un porvenir esplendoroso.

Gustavo Adolfo Segura se limitó a mirar al ministro y realizar un gesto con la cabeza. En eso nunca había tenido dudas, su futuro estaba en lo más alto, pero había llegado la hora de conocer cuál sería el coste del atajo que le proporcionaba su mentor.

—Le estoy muy agradecido. He aprendido mucho a su lado y me ha facilitado sobremanera el camino. Sé, y no olvido que fue usted mismo quien me lo enseñó, que en este mundo todo tiene un precio. ¿Cuál es el que yo debo pagar?

—Me gusta que sea tan franco. Y tan aplicado. Mire, Segura, yo ya tengo una edad. No tardaré en retirarme. Tan solo le pido que me cubra las espaldas cuando no esté. Cuide de mis intereses como yo cuido ahora de usted.

—No tendrá ni que pedírmelo. —Y con un apretón de manos terminó por vender los últimos rescoldos de su integridad.

Baler

Por primera vez en mucho tiempo los soldados iban vestidos todos iguales, aunque fuera a fuerza de lucir un curioso uniforme. Portaban camisas de la enfermería que, a la mayoría, dada la enjutez de sus cuerpos, venían grandes. Varios de ellos engullían la comida sentados sobre latas en el suelo del patio. Loreto recogía con el índice los granos de arroz que quedaban esparcidos por su plato de hojalata y se los llevaba de uno en uno a la boca. Cervantes chupaba el suyo, lamiendo hasta el último resto de la exigua grasa que lo impregnaba. Tras las cacerías, los españoles no habían vuelto a ver a la manada. Sin carabao que añadir al rancho, este había retrocedido a las estrecheces habituales. Los cazadores volvieron a sentir los aguijoneos en el estómago.

—¡Qué poco nos ha durado la dicha! —Ramón dejó caer su plato en tierra haciendo que girara sobre sí mismo.

—Espero que vengan pronto a ayudarnos, no sé cuánto aguantaré comiendo tan poco —se quejó Cervantes.

—Aguantaremos lo que haga falta —atajó el cabo Olivares—. Parece que vengáis de familias nobles. ¿Nunca pasasteis hambre en España? Yo os aseguro que sí. ¿Por qué pensáis que dejé el campo para hacerme zapatero? Forma parte de nuestra vida. Deberíais estar acostumbrados.

—Pero es que tantos días sin apenas comer…

—Te juro, Ramón, que podría ser peor —dijo el cabo.

—¿Cómo?

—Podríamos no tener agua.

—Sí, claro, o que lloviera pedrisco todos los días. Solo faltaría…

—Lo digo en serio. Es un martirio que no has sentido nunca. Hablo de sufrir sed durante horas y no tener nada líquido a mano más que tu propio sudor o tu orina. La sed te asfixia, te marea, te deja sin energías. Es mucho más duro que el hambre. Os lo digo yo, que la soporté. Y aquí en Filipinas, que se sufre mil veces más.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace ya más de dos años. En el… noventa y siete…, sí, en la conquista de Silang.

—¿Participaste? Yo también —dijo Bernardino, el ayudante sanitario. Con el paso del tiempo el acento solo le brotaba cuando se enfadaba.

—Sí, en la brigada del general Jaramillo —contestó Olivares.

—Yo estuve con la de Galbis.

—Y yo con la División Lachambre —añadió Loreto.

—¿Has peleado en primera línea, Bernardino? No lo sabía —dijo Ramón Boades.

—No siempre he sido asistente sanitario. En un principio me asignaron al batallón provisional número uno. Mientras muchos de vosotros aún os escondíais en las faldas de vuestras madres, yo ya peleaba por nuestro rey. Participé en la conquista de Cavite durante la rebelión tagala del noventa y seis y noventa y siete. Allí, en Silang, mi unidad tomó el pueblo de Pamplona. Fue una batalla dura. Tuvimos que desalojar a los taos a bayonetazos. Había más de dos millares atrincherados en una colina. Tenía las pendientes ligeras, pero los condenados las habían cubierto de parapetos. No os figuráis lo mucho que nos costó.

—Fue en esas fechas —continuó el cabo— cuando todos los de mi compañía sufrimos lo indecible, agobiados por una sed que espero no volver a experimentar jamás. Esos días los recuerdo como si los hubiera contemplado desde fuera… No sé si me explico…, como si asistiera a una obra de teatro y me viera combatir. Es una sensación extraña. Un día de mediados de febrero salimos de madrugada y marchamos por esos parajes abruptos hasta que a las once de la mañana alcanzamos el cerro Tagatay. Allí, en lo alto, un fortín nos impedía el paso. Nos tocó tomarlo. Hacía un calor espantoso y, al empezar el combate, hacía ya rato que todos los bombones se encontraban vacíos. Conquistamos aquel maldito bastión y allí pasamos la noche, acosados por la falta de agua… No hubo manera de encontrarla. Para mala suerte nuestra, ese día apenas llovió unas débiles gotas al anochecer. Llamamos a la fortificación el fuerte de la sed. Al amanecer, avanzamos por el camino más intransitable que he visto en estas islas, y os aseguro que he visto muchos. No podíamos desplegarnos y debíamos marchar apretados bajo un sol de justicia que parecía haberse aliado con los indios. A eso de las tres de la tarde alcanzamos la loma. Llevábamos más de treinta seis horas sin beber, andando por la montaña en este condenado clima húmedo. ¿Os lo imagináis?

—Yo no puedo ni soportar una guardia sin llevar lleno el bombón —dijo Loreto. Los cazadores asintieron en silencio.

—Tenía la lengua pastosa, cubierta de mis propias babas resecas. Los labios llagados y un enorme dolor de cabeza. No todos pudieron soportarlo. Muchos compañeros se quedaron desperdigados por el camino. Desde lo alto del collado vimos que el enemigo nos cerraba el paso al río con un fuerte parapeto. Los oficiales nos organizaron en unos minutos, simplemente restablecieron las unidades en el tiempo que tardaron en situar la artillería. Esta vez no nos bendijo ningún cura, pues los dos que nos acompañaban se habían quedado cuidando a los rezagados. El coronel Núñez se puso al frente, desenfundó su sable y su revólver y nos dio la arenga más breve y efectiva que recuerdo: «Muchachos, detrás de ese fuerte que defienden un puñado de cobardes insurrectos se encuentra el agua. ¡Viva España!». No hacía falta decir más. El jefe se volvió y se lanzó al asalto montaña abajo. Todos nosotros, chillando igual que locos, corrimos detrás de él. Tomamos la posición en cuestión de minutos, cargando sin detenernos, como si fuéramos tropas de caballería. Toda la brigada, sin distinguir soldados, oficiales o jefes, se metió en el riachuelo hasta que nos hartamos de beber. Dejamos la orilla repleta de armas desperdigadas. Soltábamos el fusil y, sin más, nos metíamos vestidos. Recuerdo que dos que no sabían nadar se metieron donde no hacían

pie y se ahogaron. Si en lugar de encontrar un río hubiéramos hallado una fuente, os aseguro que no sé cómo habríamos reaccionado. Creo que hubiera sido imposible mantener el orden. Teníais que haber visto la ferocidad que se apoderó de nosotros aquel día. La sed hizo que nos volviéramos locos. Por eso os digo que, aquí, las cosas siempre pueden ir a peor.

20 de marzo de 1899.
Doscientos sesenta y tres días de asedio

—¡Ja! He vuelto a hacer carne. Ya van tres hoy —exclamó José Jiménez Berro desde una de las aspilleras del patio.

—¿Lo mataste? —le preguntó Catalán.

—Creo que este escapará con vida. Me pareció que se llevaba la mano al hombro antes de caer.

—A lo mejor, con un poco de suerte, le has atravesado un pulmón.

—¿En el hombro?

—Bueno —contestó Catalán—, no creo que, con lo rápido que habrá ocurrido, estés completamente seguro de dónde puso la mano. Tú mismo lo has dicho: «me pareció…».

—De todos modos, a ese se le van a pasar las ganas de dispararnos durante un tiempo. Está fina hoy mi *Angustias*.

—Contigo siempre lo está. La tratas mejor que Josep *el Garañón* a sus conquistas —dijo Chamizo riéndose.

—Claro, Bizco, es que bien cuidada, esta es un arma excelente.

—¿Cuántas balas has gastado?

—Tres. —Enseñó tres dedos y sonrió.

Eustaquio Gopar y Marcelo Adrián cumplían con su servicio de pelar el palay. Meneaban los morteros con un movimiento cadencioso, como si hubieran realizado aquella faena toda su vida. Con sus cuerpos sudorosos, esqueléticos y en paños menores, parecían dos galeotes sacados de un trirreme romano.

Luis Cervantes y el cabo Olivares accedieron al patio con un cubo, un haz de leña y varios utensilios de cocina. Encendieron un fuego que, al emplear leña humedecida, levantó un denso humo blanco. Cuando la fogata alcanzó una llama viva, montaron un trípode de metal del que colgaron la cazuela con agua. Antes de que se calentara, sacaron uno de aquellos enormes caracoles que tanto abundaban por la zona y lo metieron dentro.

—¿Os vais a echar al coleto uno de esos? —Catalán hizo un mohín de asco.

—Manda narices que un español pregunte eso —se quejó el cabo.

—No hace mucho, alguien dijo lo mismo sobre un cuervo y ahora ya ves, todo lo que pasa cerca de la iglesia nos lo zampamos —dijo Cervantes—. Todo menos esto, pero eso va a cambiar. Además, si la perra se los come no serán venenosos. Incluso puede que estén buenos.

—¿Esa cosa? Ni de lejos. Si sus cagarrutas ya son más grandes que los caracoles de mi pueblo…

Cuando rompió a hervir, vaciaron la olla y volvieron a llenarla de agua fría. Lo hicieron así cuatro veces para purgar al animal y quitarle las posibles impurezas. La última vez que llenaron el perol, añadieron los pocos ingredientes que tenían para darle algo de sabor: dos diminutos tomates que habían guardado del día anterior, medio pimiento picante y varias hojas de calabacera. Cuando creyeron que el mastodóntico molusco estuvo cocinado, quitaron el recipiente del fuego con cuidado de no derramar el líquido, que vertieron a partes iguales sobre sus platos. Cervantes cogió el machete y, usándolo como un enorme mondadientes, sacó toda su carne, la partió en dos trozos iguales y dejó elegir uno a Olivares. El cabo cortó un pedazo, lo masticó un par de veces y lo tragó.

—Podría estar mejor —dijo levantando los hombros—, pero no está mal, aunque, eso sí, este lo hemos dejado un poco duro.

Luis Cervantes cogió su porción de carne, mojó la punta en el caldo de su plato y le dio un bocado directamente, sin entretenerse en cortarlo con el machete. Movió la mandíbula con lentitud, paladeando el molusco, disfrutando de su sabor.

—Hombre —explicó tras tragárselo—, el caldo podía tener un poco más de sustancia, pero el caracol está mucho mejor que el tocino agusanado. Creo que su sabor tan repugnante ha servido para entrenarnos y que ahora podamos comer cualquier cosa.

—Siempre y cuando venzas tu repugnancia. —Catalán estiró los labios al tiempo que fruncía el ceño.

—¿Quién se puede permitir tenerla aquí? —preguntó Cervantes—. Nadie que pretenda sobrevivir.

23 de marzo de 1899.
Doscientos sesenta y seis días de asedio

Manila

El sol todavía ascendía, pero el calor que hacía intramuros ya empezaba a ser agobiante. Higinio se abanicaba pausadamente con un paipái mientras caminaba sumido en sus pensamientos. Andaba tan concentrado que los movimientos de su mano se habían vuelto mecánicos y muy espaciados. Su rostro serio y tenso reflejaba la preocupación que sentía; la entrevista de hoy era muy importante. Desde el principio, todas sus iniciativas para auxiliar a los defensores de Baler habían sido infructuosas. Al inicio había logrado cierto éxito, pues al menos había conseguido que se les prestara atención, pero en el último mes se había estancado. En los cables, su director se mostraba cada vez más impaciente y molesto. De hecho, en el que llevaba en el bolsillo de su traje, recibido tres días antes, le exigía resultados inmediatos.

Higinio, tras semanas acudiendo a los mismos lugares, decidió llamar a una nueva puerta. Aunque esta no pertenecía a ninguna autoridad civil o militar, mantenía un gran ascendiente sobre el pueblo. Ahora que todas las demás tentativas habían fallado, se lamentaba en no haber reparado antes en ella. En una tierra que había sido española durante casi cuatrocientos años, la Iglesia católica tenía un poder superior al que le concedía el ordenamiento jurídico. Con tres bandos en juego, era la mejor opción.

Al doblar la esquina se topó con el palacio. El sencillo edificio de dos plantas tenía una decoración exterior austera. Su ornamento principal recaía en las volutas que conformaban las celosías de los balcones del piso superior. Detrás se extendían unos ventanales formados por arcos dobles de medio punto. El corresponsal sacó el reloj de su bolsillo y comprobó satisfecho que llegaba puntual. Le había costado dos días conseguir la cita con el arzobispo de Manila y no quería desperdiciar esta oportunidad. Podía ser la última.

Al llamar a la puerta, un sacerdote moreno, alto y delgado, que vestía una sotana negra, lo condujo hacia una hermosa habitación. En ella destacaban dos cristaleras de pavés abovedadas con madera y que se levantaban de manera simétrica a los dos lados de la sala. Uniendo ambas había un bello

secreter coronado por otro ventanal con trazos uniformes. En el centro de la habitación, una enorme mesa con la superficie pulida y limpia, brillaba al recibir la luz que entraba por las vidrieras. Al lado de ella se levantaban dos rígidos butacones.

—El reverendísimo señor arzobispo vendrá enseguida, espere aquí —ordenó el sacerdote con el tono bajo propio de alguien acostumbrado a convivir con el silencio.

A los pocos minutos de espera apareció. Nozaleda era alto y corpulento, con nariz aguileña y pequeñas lentes metálicas. Vestía sotana blanca y fajín morado. En la parte posterior de la cabeza llevaba puesto un solideo del mismo color. Al ver al periodista sonrió y se dirigió hacia él al tiempo que le ofrecía su mano.

—Excelencia reverendísima. —Higinio realizó una genuflexión para besar el anillo de amatista. El religioso asintió y con un gesto le indicó que se sentara en uno de los butacones.

—¿Qué es lo que desea, hijo? Me ha dicho mi secretario que le urgía verme.

—Quería solicitar su ayuda.

El religioso levantó las cejas sorprendido.

—¿En qué puede asistirle un hombre de iglesia como yo?

—En verdad, yo no necesito el auxilio, es para unos compatriotas nuestros que lo merecen más: la guarnición de Baler. A pesar de que la guerra terminó hace meses, todavía resiste a los insurrectos.

—Sí, leí la noticia en los periódicos. Es una situación angustiosa. Aquellos pobres jóvenes aislados… Lo que no comprendo es cómo podría yo ayudarles. ¿No sería mejor que intervinieran las autoridades o el ejército?

—Créame que lo intenté, pero por unas causas u otras, no lo han solucionado.

—¿Y espera que yo triunfe donde ellos han fracasado?

—Estoy seguro de que, para los norteamericanos, usted es un interlocutor más valido que cualquiera de nuestros generales o políticos. Como máximo dirigente de la Iglesia en Filipinas, les resultará un aliado muy apetecible. Querrán ganarse su amistad.

El arzobispo se mantuvo en silencio mientras asía con ambas manos su enorme cruz pectoral. Higinio notó su indecisión y se alarmó. Necesitaba su ayuda y debía conseguirla como fuera; recordó aquellos rumores maliciosos sobre el religioso. Los emplearía, sí, con ellos le presionaría. A estas alturas ya no tenía nada que perder.

—Debe comprender, reverendísimo, que el socorro de esos soldados será agradecido por nuestra nación de manera entusiasta. Son solo un puñado de hombres, pero en esta época tan oscura que atravesamos, su valor puede alumbrarnos y servirnos de guía. Además, el rescate de estos héroes le ayudaría a combatir las infundadas sospechas que ciernen sobre usted.

—¡Eso son calumnias y nada más que calumnias! —exclamó el religioso —. Todo el mundo en Manila sabe que yo no colaboré en su rendición. Incluso siendo presidente de la Junta Civil puse los bienes de la Iglesia a disposición de la patria.

—Claro, aquí estamos al tanto, pero ¿y en Madrid? No dude de que mi diario sabrá arroparle como usted se merece.

—Siempre he intercedido a favor de los prisioneros españoles. No es justo que me acusen de desleal.

—Ya conoce los periódicos liberales. Si la verdad no les vale, la cambian a su antojo. Si socorriera a la guarnición de Baler, cerraría muchas bocas. Se verían obligados a alabarle o, al menos, a callar de una vez.

—No creo que haga falta, mi patriotismo ha quedado demostrado.

Higinio sintió que se le fallaban las fuerzas y se recostó sobre la butaca. Su apuesta había fallado.

—Entonces… —Intentó hablar, pero solo le salió un hilo de voz y tuvo que carraspear antes de poder continuar—. Entonces, ¿no va ayudar a esos desgraciados?

—Yo no he dicho eso. Me pondré en contacto con el comodoro. Voy a dictarle una carta a mi secretario en la que rogaré a Dewey que actúe a favor de esa guarnición. Le solicitaré que envié un barco de su escuadra para socorrer a nuestros muchachos.

El arzobispo Nozaleda observó que la cara del periodista recuperaba el color y se regocijó. Este joven engreído había intentado manipularlo sin darse cuenta de que terminaba de jugar con él como un tahúr juega con las cartas. Auxiliaría a los hombres de Baler por caridad cristiana y porque le vendría bien para cerrar opiniones malintencionadas, pero no iba a dejar que el plumilla supiera que sus presiones habían fructificado.

26 de marzo de 1899.
Doscientos sesenta y nueve días de asedio

Baler

Desde hacía treinta días, Menache, Alcaide y González compartían los estrechos metros que formaban el baptisterio. Menache y el cabo lo habían aceptado con resignación, aunque durante las primeras noches fue frecuente escuchar sus sollozos. En cambio, José Alcaide se mostraba pendenciero y desafiante. Ora gritaba denigrando al teniente y a varios de los soldados, ora acusaba a sus compañeros de presidio. En ocasiones maldecía y blasfemaba como si hubiera enloquecido. Nunca aceptó su destino ni su culpabilidad. Alegaba que todo se había urdido en su contra. Los otros dos presos tuvieron que establecer unos turnos de vigía para protegerse de él, pues, en cuanto se dormían, los molía a patadas. No deponía su actitud ante ningún castigo o amenaza. La única medida consistía en quitarle el rancho. Durante el primer mes la emplearon en tres ocasiones.

Ahora, tras tanto tiempo encerrado, su ánimo se había hundido y ya apenas hablaba con nadie. Su rabia se había convertido en un denso odio que crecía con sus elucubraciones y razonamientos obtusos. Permanecía siempre sentado junto a unas de las tres aspilleras, contemplando con la mirada perdida el exterior de la iglesia. Sus compañeros habían aprendido a ignorarle y lo dejaban tranquilo, esperando que siguiera así durante mucho tiempo.

El cabo Olivares abrió la cancela acompañado por Ramón y Loreto, que llevaban sus fusiles colgando a la espalda. Un hedor rancio le hizo girar la cabeza en busca de aire limpio. Menache, sucio y desaliñado, se levantó a coger su plato y el de González. El de Alcaide lo dejaron en el suelo, cerca de la antigua lata de habichuelas que ahora servía como orinal. No fue por menosprecio ni por burlarse de él. En ese pequeño receptáculo no había sitio para más. Sin intercambiar palabra con los reos, cerraron la puerta aliviados y se alejaron de aquel lugar. El baptisterio se había convertido en una parte de la iglesia que los cazadores procuraban evitar. Resultaba incómodo ver presos a sus antiguos camaradas. Allí encerrados había personas a las que habían considerado más que amigos y que eran culpables de un delito que podía

haber supuesto la muerte de todos ellos. Aun así, no los despreciaban, sino que los compadecían; esos desgraciados habían sido más débiles que sus miedos. Nadie se consideraba mejor que ellos, simplemente pensaban que, por alguna extraña razón, habían tenido más suerte.

—Olivares, si no mandas nada más, tenemos trabajo que hacer en el jardín —dijo Loreto.

—¿Qué trabajo? —preguntó extrañado el cabo.

—Nos toca cumplir las dos horas de servicio del palay.

—Pero, Loreto, ¿no os ha informado nadie?

—¿De qué? —dijo Ramón.

—Se ha terminado. Ya no queda nada más que pelar.

—Leñe, qué alegría más triste me acabas de dar. Otra cosa que se termina.

—Olivares —Martín Cerezo se acercó a los tres cazadores que le saludaron—, le buscaba. Quiero que se presente al anochecer en la sacristía. Seleccione cinco números y reúnanse allí conmigo.

—¿Escojo a alguien en particular, mi teniente?

—A los que usted prefiera de entre los que estén francos.

—¿Tendrán que ir equipados con algo especial?

—No, ya he hecho que acarreen hasta allí lo necesario. Vamos a dar un susto a los tagalos, que últimamente están muy tranquilos.

—Entonces, ¿llevamos los fusiles? ¿Cuánta munición repartimos por hombre?

—No, es pronto para eso. Cada cosa a su tiempo, Olivares.

28 de marzo de 1899. Doscientos setenta y un días de asedio

—Vaya, vaya, mira lo que me he encontrado. —Martínez rio con sonrisa de hiena.

El soldado Salvador Santa María, que buscaba caracoles entre las plantas cercanas a la huerta, levantó la cabeza sorprendido.

—Lo has hecho muy bien —continuó Martínez—, siempre cerca del teniente o del doctor, pero si algo he aprendido en esta puñetera iglesia es a tener paciencia. Y ha dado sus frutos. Ya lo creo que sí.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Santa María con un ligero tartamudeo.

—No te hagas el tonto. Sabes muy bien de qué hablo. ¿Pensabas que olvidaría tu chivatazo?

—Yo… —Dio un paso atrás.

—Claro que no lo pensabas, por eso te refugiabas en los oficiales.

—Verás, José…, yo no iba a decir nada, pero el teniente lo sabía…, y me preguntó, me miró fijamente con esos ojos tan fríos que tiene… Me puse nervioso. Lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Sabes cuánto tiempo estuve en ese maldito agujero? —Martínez dio dos pasos y le agarró de la camisa.

—Perdona…

—Toma perdón. —Le propinó dos puñetazos en la boca del estómago. Salvador se dobló y cayó de hinojos llevándose las manos a la barriga. Martínez le cogió del pelo y, de un fuerte tirón, le levantó la cabeza—. Mira cómo perdono a los soplones. —Lo abofeteó varias veces, pero al ver que su compañero no oponía resistencia, se tranquilizó y lo soltó con desprecio—. No eres hombre ni para defenderte. Maldita rata cobarde. —Escupió un salivazo con rabia contra el suelo.

En el momento que se giraba para alejarse de él, salieron de la trinchera principal los dos oficiales. Al verle de rodillas, magullado y con el semblante descompuesto, cerca del llanto, el teniente se acercó y preguntó:

—¿Qué sucede aquí? —Martín pasó sus ojos de uno a otro. Ninguno de los dos habló—. ¿Ha ocurrido algo que deba saber, Santa María?

—Nada, mi teniente —contestó con la vista clavada en el suelo—. Estoy buscando caracoles.

—¿Le ha importunado Martínez?

—No.

—Míreme. —El soldado mantenía la cabeza baja como el perro que espera un castigo por la trastada cometida—. ¿Tiene algo que decirme?

—No, mi teniente.

Martín Cerezo lo contempló unos segundos y se encogió de hombros.

—Como usted quiera. Si tiene algún problema no dude en contármelo. Prosigan. —Sin añadir nada más se alejó de sus dos hombres. Vigil, antes de seguirle, observó a Santa María, pero este se agachó e hizo como si rebuscara entre la maleza.

Cuando José Martínez vio a su superior desaparecer tras el muro del altar principal, se acercó aún más a Santa María, sin percatarse de que el doctor, que caminaba más rezagado, se detenía antes de doblar la esquina. El cazador esgrimió el dedo índice a escasos centímetros de la cara de su compañero:

—Veo que es verdad eso que dicen los maestros de que la letra con sangre entra, pero vas dado si te piensas que esto va a cambiar algo. Sigues siendo el asqueroso soplón que hizo que me encerraran cuatro días interminables en el calabozo. Y me libré de más por lo que me libré, pero el teniente me cambió los días por guardias dobles… Ya te lo he agradecido… Te doy esta cuenta por pagada. Ojo, si vuelves a cruzarte en mi camino te mando a la enfermería a guantazos.

Tras comprobar que no ocurría nada, Vigil reanudó la marcha y se unió a Martín, que examinaba las troneras y a los hombres que se encontraban detrás de ellas.

—¿Qué crees que estaba pasando allí? —preguntó.

—Me pareció que Martínez abusaba de Santa María.

—Esa impresión me dio a mí también, aunque cuando aparecimos nosotros ya se iba, así que es presumible que ya hubiera terminado todo.

—Sí —confirmo Martín—, ya le había pegado.

—Estaba asustado y dolorido, se llevaba las manos al estómago y apretaba los dientes. Además, tenía los ojos vidriosos y las mejillas enrojecidas, sobre todo la izquierda.

—Caray, qué observador eres. Yo no reparé en eso.

—¿Por qué le habrá pegado?

—Creo que se trata de un ajuste de cuentas. Al fin y al cabo, él fue quien confesó la participación de Martínez en la última timba.

—¿No tendríamos que hacer algo? —preguntó Vigil—. Se supone que deberíamos protegerlo.

—Sí, por eso pregunté, pero él no quiere volver a delatarlo. Es normal, a nadie le gusta ser un chivato. Lo mejor será dejarlo correr.

—¿Sabiendo que un soldado ha golpeado a otro?

—¿Crees que sancionar otra vez a Martínez ayudaría a Santa María? Lo más probable es que este se volviera a vengar y le propinara otra paliza. Y recuerda que esta ya la ha sufrido. Si él hubiera querido que le castigásemos, me lo habría dicho al preguntarle, pero ha preferido callarse. Es su elección.

—Pensaba que un escarmiento adecuado ayudaría a mantener la disciplina y la unión del grupo.

—Vigil, es un caso ya cerrado. ¿A qué reabrirlo?

—¿Y si Santa María decide tomarse la justicia por su mano?

—Le falta… iniciativa. No obstante, los vigilaremos. Mira, esto es lo que te quería enseñar. No señales ni te detengas, que no sospechen nada los insurrectos.

El doctor vio una zanja larga y estrecha. Partía de la trinchera de la sacristía y, en línea recta, alcanzaba casi hasta donde había estado la primera línea de fortificación enemiga. No era muy honda, rondaba el metro, por lo que no supo interpretar cual sería su uso.

—¿Así que eso es lo que han cavado las dos últimas noches?

—Sí, ¿qué te parece?

—No tengo la menor idea de lo que es.

—Una trinchera, aunque algo rudimentaria.

—¿Tan poco profunda?

—Claro, se trata de sorprender a los tagalos. ¿Ves? La hemos excavado sin despejar la vegetación que se levanta a ambos lados. Los indios no se habrán dado cuenta de nada. Ahora podremos controlar el paso de sus tropas por la calle España. Menudo susto les vamos a dar.

—¿Y cuándo piensas emplearlo?

—Hoy mismo. En unas horas. Debes ayudarme a supervisar todas las defensas. Es posible que los indios tomen represalias. Hay que estar preparados.

—¿Crees que es adecuado provocarlos?

—No he concebido este ataque por eso. Se trata de dar una un puñetazo sobre en la mesa y hacer saber a los insurrectos que todavía estamos aquí. Y no escondidos ni asustados, sino orgullosos. Que sepan que nuestro ánimo sigue intacto.

Una hora antes del anochecer, Olivares y siete hombres más se apostaron en la trinchera recién abierta. Para no ser descubiertos, avanzaron reptando hasta sus posiciones. Las órdenes eran claras: debía atacar al enemigo y aprovecharse de la sorpresa y de los nuevos ángulos de tiro disponibles. Los cazadores esperaron agachados y en completo silencio. Por fin oyeron el barullo provocado por varios hombres que salían confiados del puente de España. El cabo mandó preparar las armas. Los soldados alzaron la chapa del alza de sus máuseres para poder apuntar a más de trescientos metros. A la orden de fuego se pusieron de pie con exacta precisión y vaciaron las cinco balas de su peine. Todos a una, se refugiaron en la zanja y alimentaron con rapidez su arma. A una voz de Olivares, los ocho se levantaron, y siguiendo la misma cadencia, agotaron la munición. Por tres veces más repitieron la operación, y en todas ellas los cazadores mostraron igual orden y pericia. Los filipinos, acobardados por el repentino e inesperado ataque, rompieron filas y salieron corriendo buscando refugio. La primera de las descargas fue letal para su pequeño grupo. Tres de ellos cayeron muertos en el acto. La siguiente, con la mayoría ya resguardados, apenas causó dos heridos leves. Las restantes fueron más efectistas que prácticas, pues impresionaron a los sitiadores con la meticulosidad y exactitud de su disciplina.

Después de vaciar cinco peines, los cazadores recorrieron la zanja marcando el paso mientras ignoraban los primeros disparos que los insurrectos dirigían contra ellos. Al llegar a la iglesia, sus compañeros los recibieron con vítores y aplausos. El teniente, emocionado, les felicitó uno a uno. La perra, nerviosa por la estruendosa actitud de los hombres, ladraba a su lado. El jolgorio terminó en una improvisada velada de canto y baile en el jardín.

Aquel nuevo ataque distrajo a los hombres y les hizo olvidar, al menos durante un par de días, las estrecheces que sufrían. Ese fue el mayor éxito de la operación. El odio que sentían por los insurrectos era tan grande que la consciencia del mal causado aliviaba, en parte, las punzadas del hambre. Los cazadores, sin exteriorizar el miedo que sentían, se preguntaban si, después de esta nueva lección, el enemigo pasaría al ataque. Muchos de ellos, incluyendo el teniente, deseaban una batalla campal que pusiera fin, con su victoria o su muerte, a aquel interminable asedio. Martín Cerezo sabía que, con las raciones cada vez más reducidas, nunca estarían tan fuertes como ahora.

Esa misma noche, Gopar mandó avisar al doctor, que ejercía de oficial de cuarto. Desde su posición en la trinchera exterior se podía escuchar, entre otros sonidos, uno muy característico: el que emite el hacha al cortar madera.

El doctor confirmó sus sospechas: los filipinos construían algo al este de la iglesia. La noticia se expandió rápida entre los soldados que servían de centinela. Los españoles no podían hacer nada, tan solo aguardar la luz del día para descubrir en qué había consistido el trabajo de los filipinos.

29 de marzo de 1899. Doscientos setenta y dos días de asedio

Los primeros rayos de sol confirmaron sus temores. Una nueva trinchera cerraba el camino de la playa. La zanja, que aún no tenía los parapetos terminados, distaba algo más de trescientos metros de la iglesia. No se veía ningún vigía, parecía que los tagalos la hubieran abandonado.

—Vamos a destruirla, mi teniente —rogó Olivares.

Martín, con el semblante retraído, la revisaba con sus prismáticos.

—No. —El oficial siguió observando la nueva fortificación—. Parece una trampa. Es extraño que esté tan desierta. Igual nos esperan. El riesgo es demasiado alto. Y todo por destruir la obra de una sola noche. No vale la pena. Hoy no atacaremos. Que la tropa siga con sus tareas.

—¿Pueden salir, mi teniente?

—Sí, pero que vayan con cuidado y no se alejen…

Una bala perdida rebotó en una de las vigas de la torre y alcanzó a Martín Cerezo, que cayó hacia atrás. El cabo se abalanzó sobre él y le levantó la cabeza.

—¿Está usted bien?

—Sí… Me he caído más por la sorpresa que… ¡Oh, Dios mío! ¡Mis gemelos! —El proyectil había atravesado lateralmente uno de los tubos y había terminado impactando contra el otro. Al moverlos sonaron como una maraca abollada.

—Le han salvado la vida, mi teniente. Quédese con eso.

Martín alzó la vista. Su mirada zozobraba, parecía la de un niño que ha descubierto roto su juguete favorito.

—Si aún no los he terminado de pagar…

Tiempo después, sobre las diez, Ramón Boades, armado con una vara larga, apartaba las plantas más grandes en busca de algo que se pudiera comer. Llevaba más de treinta minutos escudriñando y no había encontrado siquiera un caracol. Desde que Cervantes y Olivares los habían introducido en la dieta del destacamento, su presencia había disminuido con celeridad. Lo que antes le suponía una labor de apenas cinco minutos se había convertido en una tarea fatigosa. Cuando ya llevaba más de una hora empeñado en su tarea, Loreto salió a su encuentro.

—¿Aún no has encontrado nada?

—No, y ya no sé qué hacer. Ayer *Luna* tampoco comió. Mírala, se está quedando en los huesos.

—Como todos, Ramón.

—Ya, pero ella no tiene la culpa de nada.

—¡Leñe! ¿Y qué culpa tengo yo?

—Ya sabes a qué me refiero. Tú eres un ser humano. Ella es un animal inocente.

—Tampoco pierdas el norte. Es solo un perro. Te recuerdo que tienes a más de treinta compañeros pasando hambre.

—Lo sé. Y lo siento, pero mírala. Es toda bondad. ¿Qué culpa tiene?

—Y dale con la culpa. Ni que yo hubiera declarado la guerra.

—Solo digo que no me gusta ver sufrir a un ser tan…

—Mira, Ramón, sé que le prometiste al capitán que se la llevarías a sus hijos y que los compañeros, que te ofrecieron su ayuda, te han dejado solo, pero debes entender que por encima de ella, estamos nosotros.

—Noto en tus palabras un aire que no me gusta. Te aseguro que *Luna* volverá a España conmigo.

—Dios te oiga, Ramón.

Los dos amigos siguieron buscando durante un rato, pero no hallaron nada que saciara al animal. Para ellos encontraron unos tallos que si bien no tenían buen sabor, estaban muy ácidos, al menos servían para engañar mínimamente el estómago.

Posiciones filipinas en torno a la iglesia

Los cuatro cadáveres estaban extendidos en varias estoras dentro del *bahay*. Las mujeres de más edad les habían puesto unos rosarios en las manos. Sobre sus rostros hieráticos y lívidos las moscas revoloteaban pegajosas. Novicio no pudo dejar de mirar la herida que uno de ellos presentaba en la frente. Era un agujero de bala tan grande que sin duda su dedo habría cabido dentro.

—Estos tres cayeron en la emboscada kastila, *kapitang*. A Victorino le acertaron más tarde desde la iglesia.

—¿Cuántos han caído en mi ausencia?

—Dieciocho muertos y alrededor de treinta heridos.

—¡Casi cincuenta bajas! Maldita sea, Sebastián, te dije que cuidaras de los hombres y no los expusieras.

—No he intentado ningún ataque, pero aprovechan cualquier descuido para dispararnos.

—Esto es todavía peor que lo de alimentarlos con carabaos. Menudo plan de fraile borracho.

El teniente Roa no sabía qué decir, si mentir y apropiarse de la estúpida idea de acercar la manada de carabaos para tener carne fresca o reconocer que le habían desobedecido deliberadamente. Aunque de mayor autoridad militar, él, un forastero, no había sabido imponerse a los cabecillas balereños.

—Lo siento, *kapitang*. Fue un gran error.

—De eso no hay duda. En fin, de todos modos, esto no va durar mucho.

—¿Lo ha conseguido?

—Te dije que no volvería hasta que me hicieran caso.

—¿Cuántas piezas?

—Bueno… solo una, pero está casi nueva. Ven a verla.

Salieron del *bahay* y se encontraron con alrededor de un centenar de hombres descansando en ambos lados de la calle. Una reata con cinco mulas se alineaba detrás del caballo de Novicio. Portaban cureña, cañón y ruedas por separado. Las dos últimas llevaban unas enormes cajas de madera. Era un cañón de montaña Plasencia modelo mil ochocientos setenta y cuatro de ochenta milímetros.

—Traigo también una carta de Aguinaldo para los kastilas donde les explica que la guerra acabó. Y unos diarios. Pero no se los daré si no es preciso. —Señaló la pieza de artillería—. ¿Has visto qué preciosidad? En cuanto me lo asignaron salí corriendo como si fuera un ladrón. ¿Has empezado la excavación?

—Ayer llegó tu mensajero y empezamos en cuanto oscureció. Puse a todos los hombres a trabajar. Avanzamos bastante. ¿Quieres verla?

—Sí, vamos. Hay que emplazar el cañón hoy mismo.

—¿En la nueva trinchera? No está fortificada.

—Pues quiero que comience a disparar esta misma noche. Los españoles van a tener un despertar muy ruidoso.

—¿Crees con ese bastará? No lo veo muy grande.

—Será suficiente. Quizá no con uno o dos disparos, pero la iglesia no aguantará muchos impactos. No tardará en desmoronarse y enterrar a los kastilas. Si no es que se rinden antes…

30 de marzo de 1899. Doscientos setenta y tres días de asedio

El teniente Martín Cerezo contemplaba la zona de nadie a través de una aspillera del coro. Se llevó la taza a los labios y bebió un ligero sorbo de aquella bazofia que antes había sido café. Los miembros del destacamento se habían acostumbrado, en las pocas ocasiones que se incluía en el menú, a tomarlo a pequeños tragos, pues su sabor era tan áspero que no había otra manera de beberlo. Martín apretó los dientes; no se permitía una mueca de repulsa.

Eran ya las cuatro y media y la noche, después de que los tagalos pusieron fin a sus trabajos, se había vuelto tranquila. Se tapó la boca con la mano para reprimir un bostezo y se masajeó la sien con delicadeza. Sentía desde el crepúsculo un dolor que no cesaba de martillearle. Llevaba así unos días, con jaquecas fuertes e intermitentes. No le había dicho nada al doctor porque lo achacaba a la falta de descanso. Desde que comenzó el sitio, nunca había sido adecuado, pero tras el intento de deserción, sus horas de sueño se habían reducido al mínimo. Cuando al fin se metía en el catre, aunque exhausto, era incapaz de dormir con la continuidad necesaria. Cualquier ruido le alarmaba. Y ya le afectaba en sus cada vez más largas jornadas de servicio. El día anterior, cabeceó varias veces mientras el doctor le informaba del estado de sus pacientes. Ahora, cubriendo la guardia nocturna, tenía que pasear para no quedarse traspuesto. Se había sentado y le había sido imposible no amodorrarse. Sus nervios excitados le habían sobresaltado en cuanto había cerrado los ojos. La estampa que presentaba, haciendo equilibrios en la silla, había sido la imagen del quiero y no puedo. El vivo retrato de España, que quería permanecer despierta en el concierto internacional, aunque carecía ya de fuerzas para ello.

Martín se acercó a la escalera que descendía hasta la planta de la nave, pero el toque de una corneta enemiga le hizo volverse. Esa corneta ordenaba atacar. Como respuesta a su llamada, retumbó un potente disparo de cañón. El sordo silbido que produjo el proyectil al surcar el aire se transformó en un potente trueno cuando impactó contra los recios muros del templo. Secundaron el cañonazo más de un centenar de descargas provenientes de

todos los puntos cardinales. Martín se apoyó en la barandilla y, sacando parte de su cuerpo por encima de ella, gritó:

—¡Nos atacan! ¡A las armas!

Los soldados, que se habían despertado con el estruendo del ataque, respondieron con entrenada marcialidad y se situaron en sus puestos con rapidez. Sus rostros rígidos, las armas preparadas. Habían identificado el sonido de aquel cañón, y no era una de las habituales antiguallas que habían intervenido hasta ahora. Tronaba como la artillería de montaña que tanta veces les había apoyado en sus ataques en sierras, colinas y selvas. Otro disparo disipó las dudas de los pocos que aún las tenían. Nuevamente le siguió una inmensa nube de proyectiles, lanzados no de una sola descarga, sino a discreción, prolongándose en el tiempo. Durante unos segundos cesaron y el cañón rugió una vez más. Martín miró al cabo Olivares y a Santos, el corneta, que se habían acercado para recibir órdenes.

—¡Maldita sea! Parece que los insurrectos han capturado uno de nuestros cañones. ¿Están todos en sus puestos?

—Sí…, mi teniente… —respondió el cabo sin la marcialidad acostumbrada.

—¿Sucede algo, Olivares?

—Verá, los hombres temen que puedan destrozar los muros con esta pieza más moderna…

—¡Qué tontería! Son de más de un metro de ancho. Aguantarán perfectamente.

El cañón tronó de nuevo y un proyectil impactó contra la fachada principal y retumbó a lo largo de la iglesia. Fue tal el estruendo que parecía que se iba a derrumbar. Ante la posible proximidad de una batalla final, los cazadores se santiguaron, pero la pared aguantó sin presentar el más mínimo resquebrajamiento.

El bombardeo se sucedió durante toda la noche sin interrupción, combinando tiros de cañón y fusilería. Cuando faltaba media hora para el alba, el cabo Olivares reunió a José Jiménez, Marcelo Adrián, Salvador Santa María y Timoteo López. Al aparecer Martín Cerezo, se cuadraron.

—Voy a ser breve. Han sido seleccionados porque son los mejores tiradores del destacamento. A partir de ahora mismo quedan liberados de realizar guardias nocturnas. Antes de que amanezca se situarán en la torre y en el coro. Desde ahí busquen a los servidores de ese maldito cañón y mátenlos. Quiero que los tagalos tengan tanto miedo que no se atrevan a usarlo o, al menos, a apuntar. ¿Está claro?

—Sí, mi teniente —respondieron, hinchados de orgullo, los cuatro a la vez.

—Jiménez, Adrián. Ustedes dos al campanario. Santa María y López al coro.

Con la llegada del día, los tagalos continuaron con el bombardeo. Los artilleros, parapetados en una *bahay* fortificado, disparaban a través de la ventana y tras cada tiro la cubrían con una estera de cañas. A pesar de estas precauciones, los dos soldados españoles apostados solo necesitaron diez minutos para determinar su posición. Jiménez y Adrián, pacientes y experimentados, apuntaron el fusil y aguardaron hasta que los filipinos se descubrieron. Nada más vieron moverse la estera, aguantaron la respiración. Coordinados con perfección, dos de los hombres que servían el cañón cayeron muertos. El tercero dio un paso atrás y lo accionó de manera atolondrada. Fue el primer fallo de los insurrectos con la pieza de artillería moderna.

Los tagalos no supieron con certeza de dónde habían partido las descargas letales, pero lo intuían. Por sentido común, dirigieron sus armas hacia el campanario. Los dos soldados aguantaron el diluvio de metal refugiados entre los sacos terreros. De vez en cuando alguna bala impactaba contra la campana y la hacía repicar. Siempre que eso ocurría, Jiménez sonreía y repetía el mismo chiste: «la una». Mientras los proyectiles filipinos los envolvían, Adrián aún pudo alcanzar a otro de los artilleros. Por fin, con esta nueva baja los tagalos cesaron el fuego.

Pasadas un par de horas, una corneta resonó, pero ahora llamaba a parlamento. Varias más repitieron el mismo toque y rodearon la posición española con sus estridentes notas. Martín Cerezo decidió no contestar. Los tagalos insistieron una decena de veces, pero, ante el silencio de los españoles, ataron los papeles que querían entregar a un palo y los fueron enseñando por encima de la trinchera mientras rodeaban la iglesia. Al tiempo, un soldado insurrecto gritaba que era una carta de Aguinaldo y varios periódicos filipinos que demostraban el fin de la guerra.

—Si ha terminado, ¿por qué nos han atacado con tanta saña? —dijo Martín a los hombres que se encontraban cerca. Estos asintieron dándole la razón—. ¿A qué viene este bombardeo? Los intentos de los indios son cada vez más patéticos. ¡Son tan simples!

Al ver que rechazaban mantener conversaciones, Novicio ordenó reanudar el ataque. Estaba decidido a finalizar aquel molesto asedio. Y si no lo conseguía negociando, lo lograría mediante la lucha. Habría jurado liberar

Baler y no se detendría hasta que ya no ondeara aquella maldita bandera rojigualda.

1 de abril de 1899.
Doscientos setenta y cinco días de asedio

El ruido volvió a repetirse. Esta vez se alzó tan claro a través de la oscura noche que a Loreto Gallego no le quedó ninguna duda de su naturaleza: lo originaba alguien que andaba entre la maleza. A juzgar por los sonidos, los debían de producir varias personas. Se acercaban a la iglesia siguiendo una extraña mecánica. Recorrían unos metros para luego detenerse, entonces comenzaba una especie de rumor nuevo: un sonido más grave, estruendoso y uniforme, como si arrastraran algo pesado a través de la densa vegetación que había crecido descuidada en la antigua plaza de Baler. Mientras permanecía atento a las tinieblas que lo rodeaban, escuchó un clic metálico. Habían pateado una de las latas esparcidas en torno a la iglesia. Un silencio demasiado denso refrendó sus pensamientos. El cazador no lo dudó más y se acercó apresurado hasta Emilio Fabregat, el siguiente centinela, para ordenarle que fuera a dar aviso al oficial de cuarto.

En un instante se personaron Martín Cerezo y Vigil Quiñones. Los tres españoles accedieron al patio y se subieron a las cajas que servían de zócalo, pero el cielo encapotado impidió que distinguieran nada. Más allá de unos escasos metros, los elementos del paisaje perdían sus formas y se difuminaban y confundían con la oscuridad. El señorío de la noche era absoluto. Mantuvieron expectantes el silencio y no tardaron en escuchar el ruido que había alarmado a Gallego.

—¿Qué diablos arrastran? —preguntó el doctor entre susurros.

—Igual es una mina y pretenden derruir el muro. Sea lo que se sea, debemos actuar de inmediato. Loreto, despierte a cinco compañeros y que vengan aquí con sus armas. Usted —hizo un gesto con la mano a Fabregat para que se aproximara—, prepare dos teas y tráigalas aquí ahora mismo. —El soldado masculló una apresurada respuesta y se retiró a cumplir la orden. Antes de que se alejara, Martín matizó su petición—. Tráigalas apagadas y procúrese unos fósforos. Las prenderemos aquí.

Loreto llegó enseguida con otros cinco cazadores y el teniente les hizo subirse en silencio a las cajas para que pudieran disparar por encima de la tapia. Apoyaron los máuseres y esperaron las órdenes de su oficial. El teniente se retorcía los dedos mientras miraba hacia el pasillo que comunicaba

con la sacristía. Al ver a Fabregat, se abalanzó sobre él y le quitó las dos antorchas. Un fuerte olor a petróleo se apoderó del patio.

—Perfecto, coja una, doctor. En cuanto estén encendidas, las lanzamos fuera de aquí. Yo la tiraré en esta dirección. Usted arrójela hacia el otro lado.

—De acuerdo.

—Fabregat, denos lumbre. Prepárense para disparar —ordenó a los seis cazadores apostados.

Los dos oficiales juntaron sus teas. El soldado sacó un fósforo y lo encendió. A pesar de que no hacía aire, lo cubrió con una mano para evitar que se apagase. Al contacto con la pequeña llama, una bola de fuego surgió emitiendo un rugido. Las antorchas volaron trazando círculos y rompieron la densa oscuridad. Cuatro tagalos se encontraban a poco más de diez metros. En ese momento tiraban de unas cuerdas que arrastraban un armatoste. Estaba formado por varios troncos entrelazados, siguiendo el patrón de una balsa. Sobre estos habían colocado unas planchas de metal oxidado. Estos viejos trozos de hierro, de formas irregulares, no alcanzaban a tapar toda la superficie, y dejaba algunos pequeños trozos sin protección. Además, le habían añadido dos enormes travesaños que partían de su base y servían, a modo de patín, para desplazarlo.

—¡Han construido un mantelete! —exclamó el teniente.

Sorprendidos por la repentina luz, los tagalos se intentaron resguardar, pero los dos que tiraban de las cuerdas centrales no tuvieron oportunidad de llegar. Fueron alcanzados antes de dar un paso. Los otros dos soldados se apretujaron detrás del parapeto. Arrodillados, se tapaban la cabeza con las manos mientras un diluvio de balas impactaba contra su defensa. Al comprobar que esta resistía, los tagalos recuperaron la iniciativa. Uno cavaba la tierra con una pequeña pala mientras que el otro lanzaba la arena extraída contra la única de las teas que permanecía encendida. Enseguida las sombras volvieron a tutelar la noche. Después del fragor producido por los fusiles, una intensa calma se adueñó de la iglesia y su contorno. Durante un breve instante, hasta la cercana selva se paralizó asustada. Antes de que la vida nocturna se reanudara, escucharon un quedo gemido que se repitió un par de veces. Tras él volvió el silencio que fue roto al poco por un llanto. Los españoles escucharon cómo alguien los insultaba en tagalo con una potente voz argentada. A los improperios les siguió la estridente descarga de una vieja escopeta. Los cazadores se agacharon instintivamente, pero los perdigones, disparados sin apuntar, impactaron en mitad del muro y levantaron diminutos trozos de la mampostería.

—Martín, ¿qué cree que pretenden?

—No tengo ni idea, pero tenemos que vigilarles de cerca hasta que sepamos qué traman.

—Mi teniente, ¿quiere que salgamos a liquidarlos? —se ofreció Fabregat.

—No, podría ser una trampa. De momento, esperaremos. Traiga otras dos teas por si hicieran falta. Usted, Vigil, retírese a descansar, la noche se presenta larga y es tontería que estemos los dos aquí.

2 de abril de 1899.
Doscientos setenta y seis días de asedio

Posiciones filipinas en torno a la iglesia

—*Kapitang*, nadie se ha ofrecido como voluntario. —El teniente Roa movía mientras hablaba el alero del sombrero que llevaba en las manos.

—¿Cómo? —El cabecilla filipino dejó la taza con tanta fuerza que parte del salabat que desayunaba cayó sobre la mesa.

—Dicen que es muy peligroso… que prefieren atacar la iglesia que servir en el cañón.

—¡Malditos cobardes! Veremos si se atreven a decírmelo a mí. —Novicio Luna cogió el revólver que tenía en la mesa y se levantó.

—Entiéndeles, Teodorico. Ya han muerto cinco de los seis artilleros que vinieron contigo y otros dos de los nuestros. Tenemos que protegerlos mejor.

—Nadie dijo que la revolución fuera a ser fácil.

—¿Y por qué no lo disparamos lejos del alcance de sus rifles?

—¿Lo apuntarás tú desde tres kilómetros?

—No, *kapitang*. Apenas sabía usar el viejo.

—Cierto, y es que no somos artilleros. Podríamos destruir medio pueblo antes de acertar en la iglesia. Porque yo no tengo ni idea de cómo se maneja. Ya viste que su dotación tampoco era muy habilidosa. Además, desde más cerca producirá más daños. —Abrió el revólver y comprobó que estuviera cargado—. Vamos a reclutar voluntarios. Después comprobaremos cómo les va a los del mantelete.

El cielo comenzaba a clarear. En la selva, las primeras bandadas de pájaros se alzaban ruidosas en busca de alimento. Los monos jugueteaban entre ellos y aullaban saludando al nuevo día. En el pueblo, los dos bandos enfrentados se preparaban para un nuevo día de combate.

Dentro de la iglesia, los ánimos, al comprobar que la intentona filipina no había ido a más, se habían tranquilizado. Con el amanecer descubrieron que los dos atacantes supervivientes habían excavado una trinchera de apenas dos metros. Martín no sabía cuál era su objetivo, pero intuyó que no era más que una tímida provocación del enemigo. La única utilidad que le veía, aparte de

intentar poner nerviosa a la tropa, era de servir de puesto de observación. Los insurrectos, agazapados en el agujero, detrás de la protección de madera y metal, no podían moverse, pues ya habían recibido dos avisos. El primero, una bala perdida, rebotó a un metro de ellos, y partió la rama de un arbusto. El segundo, un tiro directo, pasó tan cerca de sus cabezas que los tagalos escucharon su siniestro silbido sonando como la misma carcajada de la muerte.

Martín formó a los hombres libres de servicio cerca de la puerta principal. No quería que el enemigo se enterara de sus palabras. Indicó a la tropa que desde ese momento no quería oír ninguna queja sobre la comida. No debían llegar ecos de sus problemas a los que montaban guardia fuera. Era vital no transmitir información al enemigo.

Mientras el teniente arengaba a la tropa, el último de los artilleros filipinos que quedaba preparó la pieza con calma. Habían transportado el cañón por la noche a otro *bahay* fortificado y aún no lo habían disparado, por lo que los españoles desconocían su ubicación. Entreabrió con el cuchillo las cañas de la estera que cubría la ventana y a través de la ranura apuntó la pieza. La bala chocó contra la cubierta originando un agujero del tamaño de un palmo, y se estrelló en el suelo a unos metros de los soldados formados y que en ese justo momento rompían filas. Los españoles se tiraron cuerpo a tierra y se llevaron las manos a la cabeza, pero el proyectil no estalló. Tardaron unos segundos en darse cuenta de su suerte. Se miraron unos a otros sorprendidos y contemplaron el objeto que, debido a su mala facturación, les terminaba de perdonar la vida. Medía poco más de diez centímetros y era un cilindro cerrado por las dos partes. El soldado Pedro Planas fue el primero en reaccionar. Se levantó y caminó hasta el proyectil. Detrás de él se colocó el cocinero.

—¡No lo toque! Puede que queme.

—Sí, mi teniente.

—Dejadme.

Vila avanzó unos pasos, empuñó su bayoneta y con la punta meneó con delicadeza el obús. Al moverlo, la tapa inferior se soltó y cayó al suelo empujada por un montón de balines del tamaño de una moneda de diez céntimos.

—Es un bote de metralla —explicó Martín Cerezo.

—Con todos mis respetos, mi teniente, esto se parece más a un bote de pimientos. —Planas se acercó y, tras comprobar que estaba caliente, pero no

quemaba, lo cogió y lo agitó. El artefacto sonó como un sonajero metálico—. Mirad, nos bombardean con latas de pimiento morrón.

Todos los presentes, aún conmocionados por el impacto, se rieron estruendosamente. Sus repentinas carcajadas atrajeron la atención de los cazadores que estaban de guardia. Planas, al ver la expresión de sorpresa de sus compañeros, levantó el proyectil y repitió la broma. Esto provocó más risas entre los cazadores de la formación y dejó aún más perplejos al resto de los soldados, que no se habían percatado aún de cómo el azar o la Providencia había salvado a casi la mitad del destacamento.

6 de abril de 1899. Doscientos ochenta días de asedio

Posiciones filipinas en torno a la iglesia

Novicio Luna se abrochó la guerrera y, cariacontecido, se giró hacia el teniente Roa, que se limitó a encogerse de hombros. Una pequeña columna llegaba y a su frente, en ese mismo instante se terminaban de dar cuenta, marchaba un teniente coronel. Novicio maldijo para sus adentros. Ahora que se veía tan cerca de su objetivo le volvían apartar del mando… Y para colmo de males por un kastila.

El teniente coronel, antiguo capitán de infantería del ejército español, dio el alto a la veintena de hombres que lo secundaban y se apeó del caballo. Era bajo, de piel enjuta y curtida por el sol. En esos momentos sonreía y se podían ver las dos prótesis de plata que completaban su dentadura.

—Buenos días, señor —dijo Novicio con un tono de voz vivo y firme, intentando ocultar la desazón que sentía.

—Buenos días. ¿Y usted es?

—Disculpe… Soy el capitán Novicio Luna, oficial al mando de las fuerzas en Baler.

—Bien, bien. —El español, sin darle siquiera la mano, se giró hacia sus hombres y les dio varias órdenes. Iban a pie, y eran todos filipinos menos uno, su asistente. Los dos últimos guiaban una recua de mulas cargadas con cajas —. Capitán, necesito un lugar fresco, si es que existe algo así por aquí.

—¿Cómo dice, señor?

—Una fresquera o algo parecido.

Novicio levantó las cejas.

—Señor, ¿trae víveres?

—No, algo que le gustará más: munición de artillería y dinamita. Hay que almacenarla en un sitio donde se soporte mejor el calor o cuando suban las temperaturas comenzará a sudar nitroglicerina y se tornará inestable. Por eso hemos viajado de noche.

—¿Va a utilizarla contra la iglesia, señor?

—Para eso me han enviado aquí. Por cierto, soy el teniente coronel don Celso Mayor. Y no me llame señor, que no soy un hacendado. No me gusta nada esa costumbre yanqui. Llámeme por mi empleo, como se ha hecho en estas islas toda la vida.

—Sí, mi teniente coronel.

—Bien. Guíe a mis hombres a donde puedan guardar la dinamita.

—Sí, claro. Teniente Roa, encárgate. ¿Puedo preguntarle cuándo piensa utilizarla?

—La próxima noche oscura que haya nos arrastraremos hasta la iglesia y le volaremos un muro. El resto será cosa suya.

—¿No va a asumir el mando?

—No. En cuanto la explosione volveré a Malolos.

—Pues tendrá que esperar al menos un par de semanas. Justamente hoy hay luna llena.

—No hay problema. Así mis hombres y yo descansaremos. No todo va a ser guerrear.

El mercenario español se rio y mostró de nuevo sus brillantes dientes de plata. Novicio, aliviado, le acompañó. La sonrisa metálica del jefe, que antes le había estremecido, ahora le enardecía, pues no era él quien debía temerla.

Manila

El arzobispo Nozaleda, sentado ante su escritorio, leía la correspondencia del día. Junto al tintero destacaba un barroco crucifijo dorado engarzado con un par de rubíes y en el que por pura decencia no se había representado la imagen de Jesucristo. Cada vez que terminaba de leer una de las cartas, tomaba notas en un cuaderno pequeño de tapas rojas para después dictar la respuesta a su secretario.

Mientras garabateaba sobre la página en blanco, alguien llamó a la puerta con dos ligeros golpes.

—Adelante.

—Excelencia reverendísima. —Su secretario se acercó a la mesa—. Ha venido un marinero estadounidense con un mensaje del almirante Dewey.

—¿Almirante? ¿No era comodoro?

—Su gobierno le ha ascendido gracias a su victoria en Cavite.

El arzobispo asintió y recogió el sobre que le tendía su asistente.

—Veamos qué contesta.

Levantó un abrecartas plateado y rasgó con cuidado el borde. Sacó el papel y leyó la breve nota redactada en un titubeante español.

—¡Excelentes noticias! Los americanos van a enviar un barco a Baler. En un par de días zarpará. Parece que, por fin, el destacamento va a ser rescatado. Me alegro, su gesta merece un final digno.

—El marinero espera respuesta, reverendísimo padre.

—Despídalo. Dígale que mañana mismo le remitiremos la carta que nos solicita para que el capitán del buque se la entregue al comandante de la guarnición. Mire a ver si tenemos un plano de la costa de ese distrito que pueda facilitar la acción de los americanos.

El secretario asintió y se retiró, pero antes de que abandonara la habitación, el arzobispo le volvió a llamar.

—Una cosa más. Envié una nota al corresponsal de *El Imparcial* para que publicite la noticia.

—Sí, excelencia reverendísima.

—No, mejor no le comunique nada. Esperaremos a que vuelva el barco con el destacamento. Entonces lo anunciaremos a bombo y platillo.

7 de abril de 1899. Doscientos ochenta y un días de asedio

Baler

La presión asfixiante que sufrían los españoles comenzaba a influir en el ánimo de la tropa. El continuo tiroteo, proveniente desde todos los puntos del cerco dificultaba la recogida de comida del exterior. Además, los alimentos, y calificando como tales a cualquier animal que encontraban y la gran mayoría de los vegetales, habían comenzado a escasear a causa de la incesante depredación. El hambre se había convertido en su mayor enemigo. No era un rival nuevo, ya hacía tiempo que peleaban con él, pero, viendo los cuerpos de los hombres, se notaba que perdían la batalla. De este martirio no se libraba ni *Luna*. De hecho, la pobre perra era quien más lo sufría, pues no tenía asignada ninguna ración. Había perdido mucho peso, le sobresalían, revelando la triste realidad, los huesos de las costillas en los costados. Ramón se acuclilló y la acarició despacio. Tan solo con mirarla se le formaba un nudo en la garganta. *Luna* levantó la cabeza y movió el rabo alegre para reclamar más caricias. El cazador sacó del bolsillo un trozo pequeño de panceta y se lo lanzó a la perra, que lo engulló en un segundo.

—¿Otra vez dándole tu comida? —se quejó Loreto.

—Solo es una migaja.

—Migaja a migaja es como desaparecen tus fuerzas. No deberías darle nada. De todos modos ya no tendrás más tocino. Me ha dicho Vila que mañana se van a repartir las últimas raciones. Otro alimento que se termina…

Ramón señaló el lomo enjuto y huesudo y dijo:

—Mira cómo está la pobre…

—Ella al menos tiene sus caracoles.

—¿Cuánto hace que no come uno?

—¡Pues que salga a buscarlos! Siempre está a tu sombra, que se espabile.

—¿Qué quieres? Es un animal doméstico. Yo no sé cuánto más va a aguantar comiendo tan poco.

—Mejor le iría si se fuera con los indios.

—¡Eso es! Voy a ir a hablar con el teniente —dijo Ramón golpeándose la frente con la palma de la mano.

—¿Le vas a pedir que la incluya en el rancho?

—Te estás volviendo muy gracioso tú, ¿eh?

—A la fuerza ahorcan…

Ramón hizo un gesto con la mano quitando importancia al comentario de su amigo.

—Voy a pedirle que me deje entregarle la perra a los indios.

—¿Entregarles la perra?

—Claro, ellos la alimentarán.

—¿De veras crees que va a permitírtelo? Últimamente está de un humor de mil diablos…

—No pierdo nada por intentarlo.

—Es una mala idea, Ramón, pero, si vas, te acompañaré.

—Gracias, no hace falta. Mira, no voy a darle más vueltas. Voy a ver si se lo puedo decir ahora mismo.

Ramón se levantó del catre y llamó a *Luna* para que le siguiera. Se acercó a la mesa donde se encontraban los dos oficiales, se cuadró y saludó:

—A sus órdenes, mi teniente. ¿Da usted su permiso?

—Sí, Boades. ¿Qué desea?

—Verá, usted sabe que estoy cuidando la perra del capitán De las Morenas. Le prometí que la llevaría conmigo a España y se la daría a sus hijos.

—Le debe resultar un encargo difícil de cumplir. No hay más que ver al animal —intervino el doctor.

—Sí, por eso he venido. Me es imposible alimentarla. No puedo encontrar comida para ella. He pensado que podríamos enviársela a los taos.

Martín Cerezo levantó las cejas asombrado. El doctor, que intuía la respuesta de su colega, bajo la vista hacia los papeles de su mesa.

—Eso es del todo imposible, Boades. Hace unos días les prohibí que se quejaran del rancho para que no dieran pistas a los tagalos. Es vital que no tengan ninguna información de nuestro estado. ¿Qué mensaje cree que enviaríamos al enemigo si le ofrecemos a *Luna* porque ya no podemos alimentarla?

—Podríamos decirles que es por temor a que resulte herida. Un animal tan inocente.

—¿Y les enviamos ese saco de huesos? No, Boades, no puede ser. Entiendo que se haya encariñado con ella, pero comprenda que no voy a

entablar negociaciones con los indios por salvarla. El mero hecho de pensarlo es un dislate. Además, permítame que le diga que me parece ridículo que se preocupe por ese animal cuando tantos camaradas suyos han perecido y otros están enfermos.

—Pero… mi teniente…

—¿Sabe qué haría yo con ella?

—No —contestó Ramón con un hilo de voz, pues se temía lo peor.

—Se la ofrecería a mis compañeros.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser, hombre? Para que se la coman. Hay que aprovechar ahora que aún tiene algo de carne. En breve solo será pellejo y huesos.

—Le di mi palabra al capitán en su lecho de muerte…

—Seguro que él estaría de acuerdo conmigo. Usted sabe cómo era, todo corazón. Haría lo imposible por mitigar el hambre de sus muchachos.

—No lo sé. No me gustaría fallarle, yo…

—Hágame caso —le interrumpió Martín levantando la voz—. Es la única salida que tiene. Ese pobre animal está condenado. Deje que al menos sea útil a sus amigos.

Ramón se encogió de hombros y suspiró.

—¿Me permite retirarme, mi teniente?

—Hágalo, pero piense en lo que le he dicho. No tarde en tomar una decisión.

—Sí…, a sus órdenes.

Ramón saludó y se retiró arrastrando los pies hacia su camastro. El doctor vio como el soldado se alejaba y, cuando creyó que ya no podía oírle, preguntó:

—¿No has estado muy duro con él?

—Al contrario, creo que he sido demasiado paciente. ¿Tengo que preocuparme por una perra pulgosa cuando no sé cómo vamos a sustentarnos durante las próximas semanas? Es de locos.

—La tropa estaba muy unida a De las Morenas; *Luna* es lo único que les queda de él.

—Creo de verdad que Enrique se la cedería gustoso.

—Puede que sí, no lo discuto, pero debes entender que no se trata de eso. ¿Sabes lo que va a significar para ellos haber alcanzado un punto en que han tenido que comerse la mascota del hombre que idolatraban? El animal que juraron cuidar para llevárselo a su familia. A los que les llegue alguna ración

les menguará el hambre durante unas horas, pero la moral de muchos de ellos va a sufrir un golpe superlativo.

9 de abril de 1899.
Doscientos ochenta y tres días de asedio

Posiciones filipinas en torno a la iglesia

El teniente coronel Mayor observaba la fortaleza española desde uno de los *bahays* fortificados. A través de la tronera apuntaba sus gemelos hacia el mantelete y los aterrados hombres que se guarecían tras él.

—¿Y a quién se le ocurrió esa idea tan brillante?

—A mí, señor… mi teniente coronel. Celebro que le guste. Vamos a construir una trinchera en las narices del enemigo.

—¿La concibió en una noche de calenturas?

—¿Cómo dice?

—Me parece increíble que haya intentado algo tan absurdo. No le hacía tan desesperado. Ya entiendo porque me han enviado a hacer su trabajo. —Novicio bajo la cabeza. Dos sargentos que estaban a sus espaldas se miraron y rieron en silencio—. Si yo ostentara el mando, abandonaría esa posición hoy mismo. Usted haga lo que estime oportuno, al fin y al cabo son sus hombres, pero no debería disponer de sus vidas tan alegremente. No ponga esa cara de vieja avinagrada, capitán. Igual que le digo una cosa le digo otra, ha hecho un trabajo estupendo con la construcción de los baluartes que asedian al enemigo y he visto pocas tropas indias… filipinas tan disciplinadas como la suya. Bueno, vayamos al meollo del asunto. Queda claro entonces que la parte norte de la iglesia es la menos protegida.

—Allí está el altar.

—¿Sí? No fastidie. ¿No está junto a la puerta principal? ¿Puede decirme algo que no sepa?

—Por ahí ya intentamos un asalto, pero nos descubrieron y tuvimos que retirarnos. Sufrimos muchas bajas.

—Esta vez será distinto. Iremos solo mi asistente y yo. Usted y sus hombres harán una maniobra de distracción. Necesito que llame la atención de los sitiados durante al menos diez minutos. Si usted me da este tiempo, yo le daré la victoria.

Iglesia de Baler

Ramón Boades se despertó de la misma manera que había pasado la mañana, espantando moscas pegajosas que se posaban en su espalda sudorosa. Igual que sus pensamientos funestos, los insectos se afanaban en no desaparecer y volvían una y otra vez a importunarle. Cerró de nuevo los ojos y se llevo la mano a la frente. La última guardia nocturna y la falta de un descanso le habían producido una jaqueca intensa. Maldijo su estado y se incorporó. A sus pies, la perra dormitaba enrollada sobre sí misma, pero, al sentir a su amo, alzó la cabeza y gimoteó. Ramón, al contemplar su aspecto, se sintió forzado por un ímpetu repentino. Así, tomó en una fracción de segundo la decisión que había sido incapaz de alcanzar en las últimas treinta y seis horas. Le acarició la nuca y tras las orejas y sonrió con resignación. No pudo contener una lágrima solitaria que resbaló lentamente por su mejilla. Respiró hondo y se encaminó cabizbajo hacia el patio. *Luna* se levantó y fue tras él. Fuera, un grupo de compañeros cantaban y reían.

—Cervantes, ¿no querías a la perra? Tuya es.

—¿Estás seguro?

—Es lo mejor para todos.

—De acuerdo, luego te daré los diez pesos que te ofrecí.

—No me los des, era del capitán, no mía.

—Entonces ¿me la regalas?

—Yo no, él. —Boades señaló hacia la sacristía, donde se encontraba la tumba de De las Morenas.

Luis Cervantes palmeó en el hombro a su compañero sin añadir nada más. Se agachó y la recogió en brazos. La perra, animada por la atención, intentó chuparle la cara.

—Solo te pido una cosa, que no sufra. Quiero que su final sea rápido.

—Le cortaré el cuello como a los gorrinos para recoger su sangre.

—Pero… ¿Qué narices te acabo de decir?

—Ramón, tiene poca chicha, hay que aprovecharlo todo.

—¿Sabes lo que te digo? Devuélvemela.

—¡Unos cojones! ¡Es mía! —exclamó Cervantes al tiempo que se giraba para evitar que la cogiera.

Loreto, con el fusil al hombro, avanzó apartando a los compañeros que tenía delante y le quitó a *Luna* de un tirón.

—Ya me ocupo yo.

Calmó al animal con palabras cariñosas y cargó con ella hasta la trinchera exterior. Al poco de salir por la puerta principal, un disparo resonó por encima de las detonaciones tagalas. Los cazadores guardaron silencio y observaron a Ramón, que impasible miraba al frente.

—Ya está hecho. No se os ocurra ofrecerme nada de ella. Y no quiero ni una puñetera broma. ¿Está claro?

Se retiró hacia su catre y en el camino se cruzó con Loreto, que volvía sin el cuerpo. En sus abarcas podían verse los restos de unas gotas de sangre que había intentado limpiar frotándolas con unos hierbajos. Sin detenerse, le saludó con la cabeza y le brindó una sonrisa sincera, pero apagada y sin vida. No sabía qué le dolía más, si la muerte de *Luna* o el haber fallado al capitán.

11 de abril de 1899.
Doscientos ochenta y cinco días de asedio

Aunque la noche no era completamente oscura, los filipinos destacados en el mantelete reptaron hasta sus posiciones y dieron por concluida aquella desaventurada intentona.

Al amanecer, y bajo una fuerte lluvia, los españoles aprovecharon para apropiárselo. Además del valor táctico que pudiera tener, ambicionaban sus materiales: madera para leña y metal para proteger las zonas más débiles de la fortificación. El éxito de la salida, aquella minúscula victoria, catapultó el humor de los sitiados. No tenían nada más a lo que acogerse. Entre vivas a España y burlas al enemigo, los ánimos se enfervorizaron. Los insultos hacía los tagalos aumentaron, arreciando en una vertiginosa y repentina competición por ver quién era más gracioso y grosero. Los frailes aguantaron impertérritos hasta que las provocaciones alcanzaron un clima de procacidad que vulneraba, más allá de lo perdonable, las buenas maneras. Entendían a los soldados, pero no dejaban de estar en una iglesia.

A mediodía, aún entusiasmados, disfrutaban alegres de su rancho. Más parecía una celebración campestre por el fin de la cosecha. Sentados en el patio, apoyados en tablas y latas vueltas del revés, formaban un círculo imperfecto. La ración consistía en un puñado de arroz, unas hojas de calabacera hervidas con agua y una cucharada de habichuelas de una dureza desconcertante. Era como masticar guijarros. Y más para ellos, que habían perdido muchos de sus dientes en el asedio. Tan solo las podían ingerir de dos maneras: engulléndolas enteras o manteniéndolas en la boca, como si fueran caramelos, hasta que se ablandaran. Esto rara vez se conseguía, pero al menos alargaba el tiempo de la comida.

—Hay que ver qué mal perder tienen los taos —dijo Pineda—. Llevan toda la mañana disparando como posesos.

—Ya llevan varios días así. Desde que sale el sol hasta que se pone. Supongo que se habrán hartado de que estemos aquí —opinó Chamizo—. Los muy cobardes no son capaces de echarnos. Ya os demostré que…

—Los taos —interrumpió Planas— se imaginan que tras tantos meses sitiados no tenemos casi víveres y por eso ahora nos acosan más, para que no salgamos a recoger alimentos. Quieren encerrarnos y matarnos de hambre.

—Estás equivocado. —El cabo Olivares elevó su voz—. Estos ataques sin tregua solo hacen que mostrar la desesperación de los indios.

—¿Su desesperación? ¿La suya? —Planas no pudo evitar una sonrisa.

—Claro. Ellos, en los años que llevo en Filipinas, nunca han sido capaces de batirnos ni de aguantarnos un ataque. ¿Cuántos días hace que los rechazamos? ¿Y cuántos somos? Os digo que la guerra con Estados Unidos ha acabado y por fin nuestras tropas avanzan hacia aquí. Los indios lo saben y han lanzado esta triste ofensiva para acobardarnos. Quieren que les entreguemos las armas y terminar con el terrible insulto que les supone nuestra resistencia. Os digo que no tardará en llegar el socorro.

—Dios te escuche —dijo Planas.

—Por eso rezamos todos los días, hijos míos —afirmó el padre Minaya—. No desfallezcáis. Dios no os olvidará como vosotros no le habéis olvidado a él.

Después de limpiar peroles, platos, cubiertos y tazas del rancho, los soldados, que aún disponían de unas horas libres hasta el cambio de guardia, se retiraron a descansar. Pero la siesta duró poco, sobre las dos y media oyeron varios cañonazos de gran calibre.

—¿Qué ha sido eso? —Martín Cerezo se levantó de la mesa donde escribía—. Eso no ha sonado como la pieza de montaña de los indios.

—He contado diez cañonazos, mi teniente —dijo el cabo Olivares—. Parece que vienen del oeste.

—Yo diría que ha sido en la bahía. ¿Nos habrán enviado un vapor? —Martín preguntó a los centinelas de la torre si veían algo anormal o si sabían de dónde provenían los disparos, pero no fueron capaces de aportar nada nuevo—. Procedan del mar o de la selva, está claro que atacan a los insurrectos. ¡Vienen a socorrernos!

La tropa aclamó las palabras de su oficial. Después de más de nueve meses, el momento que con tanta ansia habían esperado y por el que tan fervorosamente habían rezado, había llegado por fin. Durante el largo tiempo del asedio, en sus tórridos días y en sus solitarias noches, creyéndose abandonados, habían acumulado tal cantidad de desesperanza que, ahora que venían a liberarlos, se sentían igual que si hubiesen sanado de un mal incurable. La muerte ya no parecía tan cercana. Los hombres se sintieron libres y lo celebraron como si estuvieran ya en España. Nadie, ni siquiera el teniente, reparó en la posibilidad de que el rescate podía terminar en tragedia.

Ensenada de Baler. USS Yorktown

El buque, empujado por las corrientes de la bahía, cabeceaba perezosamente según los dictados del oleaje. Su perfil, con tres palos y una chimenea central, era estilizado y hermoso. Pintado en blanco parecía más el velero de un millonario que un buque de guerra. Dotado de seis cañones de ciento cincuenta milímetros y otros seis de calibres inferiores, se presentaba como un fiero rival para las fuerzas de Baler. En el puente, junto a su comandante, se hallaban reunidos los principales oficiales del barco. El alférez William Standley regresaba de parlamentar con Novicio Luna y narraba su informe a sus superiores.

—Entonces, por lo que veo, los filipinos le han respetado como parlamentario. Tenía mis dudas de que estos salvajes fueran verdaderos soldados —afirmó el capitán Sperry.

—No hubo ningún problema, señor.

—¿Ha podido llegar a algún acuerdo con ellos?

—Dicen que no se opondrán a que enviemos una barca que enarbole bandera blanca y que siga sus instrucciones para entrar en el río.

—Perfecto. Mañana mismo desembarcaremos. Teniente Gillmore.

Uno de los oficiales levantó la vista, mostrando sus facciones simétricas enmarcadas en un rostro perfectamente rasurado.

—¿Señor?

—Irá usted en una de las lanchas al mando de una escuadra.

—¿Iremos armados?

—Sí, con revólveres y rifles.

—¿Podemos montar una de las ametralladoras Colt en la lancha? Me sentiría mucho más seguro, señor.

—Si lo cree necesario, hágalo —dijo el capitán—. Sea como sea, regrese antes del anochecer. Si surgieran complicaciones, dispararemos una salva. A partir de entonces tendrá ocho horas para volver al buque.

—¿Puedo añadir algo, señor? —preguntó con indecisión el alférez.

—Diga, Standley, ¿algún apunte que debamos conocer?

—Señor…, creo que debemos recordar que los filipinos están ansiosos por perder de vista a la guarnición española. Pienso que van a colaborar de manera sincera. Sería conveniente no forzar la situación.

—¿Eso lo ha aprendido en sus muchos años de servicio? —preguntó el capitán con un tono que no dejaba lugar a dudas—. No sé de dónde demonios habrá sacado esos pensamientos tan optimistas, pero le recuerdo que estamos

en guerra con ellos. Nunca hay que fiarse de la nobleza del enemigo. Recuérdelo, Standley, puede que le salve la vida en el futuro.

—Sí, señor —acertó a decir el alférez, que, sonrojado, vio como varios de los oficiales apenas disimulaban una sonrisa.

—Si nadie más quiere aportar algo, podemos dar la reunión por finalizada. En cuanto oscurezca usaremos el proyector eléctrico para reconocer la iglesia. Así comprobaremos fehacientemente si los españoles aún resisten.

Baler

Al caer la noche, la luz eléctrica alumbró el templo desde la bahía. Los sitiados comprendieron al fin que el rescate vendría por mar. Todos los hombres, tanto los que se hallaban libres de servicio como los que no, se encaramaron a los muros para ver a sus libertadores. El teniente, en previsión de que los tagalos intentaran alguna acción nocturna, reforzó los puestos de guardia, pero fue innecesario: aquella noche ningún miembro del destacamento durmió. Todos oteaban, buscando a través de las tinieblas nocturnas la más mínima señal de la fuerza de socorro.

12 de abril de 1899. Doscientos ochenta y seis días de asedio

Madrid

Un ujier acompañó a Carmen Alcalá a la biblioteca del Congreso de los Diputados. Al entrar, los pocos políticos presentes se volvieron hacía ella. No era común que una mujer profanase el espíritu sacrosanto de aquella sala. La esposa del capitán De las Morenas, intimidada por sus miradas, sintió el impulso de bajar la cabeza, pero la belleza del lugar provocó que la mantuviera bien alta. Las librerías, de madera de cedro y caoba, cubrían todas las paredes. Tras sus puertas acristaladas cientos de volúmenes, quizá miles, nunca había visto tantos, esperaban a un lector que diera sentido a su existencia. Un par de ventanas, escondidas por unas cortinas opacas, apenas permitían entrar la luz exterior. Para combatir la oscuridad y no el oscurantismo, para eso ya estaban los libros, decenas de lámparas alumbraban anaqueles y escritorios. Su luz se reflejaba en barnices, cristales y baldosas, provocando multitud de pequeños brillos.

Levantó la cabeza y observó que por encima de ella otros tres pisos abiertos conformaban una especie de patio interior. Las recias estanterías ascendían por sus muros como una enredadera hasta alcanzar el techo. En este se podían ver un fresco que representaba a varias mujeres sentadas en las escaleras de un templo celestial. Uno de ellas, la única de pie, portaba la bandera de España.

Gustavo Adolfo Segura saludó a Carmen y, de manera discreta, dio una propina al ujier, que sonrió agradecido.

—Gracias por recibirme, señoría.

—No es ningún inconveniente y, si no fuera por sus circunstancias que tanto nos angustian, sería un placer, se lo aseguro. Acompáñeme, por favor. —La guio hasta un escritorio repleto de folios garabateados y, levantando una silla para no hacer ruido, se la acercó a la mujer.

—Estoy desesperada. A pesar de la noticia del diecinueve de febrero que confirmaba la información del compañero de mi marido, dos meses después

todo sigue igual. No me tome por una ingrata, le agradezco que me guíe en este asunto, pero es frustrante el ver que no obtenemos ningún resultado.

—He hecho todo lo que está en mi mano. La semana pasada mismo mandé un cable a la Capitanía General de Manila solicitando que intercedieran por el destacamento de su marido. Mire, voy a enseñarle el resguardo. —Abrió un portafolios y rebuscó entre varios papeles, pero no pudo encontrar el documento que él sabía que no existía—. Pensaba que lo había colocado aquí. Debo habérmelo dejado en el despacho de casa…

—No necesita demostrarme nada. Me fío de su palabra. ¡Qué menos!

—Si ya podía hacer poco desde mi humilde puesto, imagínese ahora que gobierna Silvela. Por eso es tan importante que realice la gestión que le encargué.

—Por eso he venido a verle. No pude reunirme con Rafael Gasset, se encuentra fuera de Madrid, pero me ha dicho su secretario que *El Imparcial* publicará un artículo censurando la actitud de las autoridades.

—¡Excelente! Ya verá como el nuevo Gobierno acusa la presión. Es el mejor paso que podíamos dar. Fue una lástima que mi partido abandonara el poder en el momento más decisivo. Justo cuando por fin había esperanzas.

—¿Cree que servirá de algo? Si el artículo de febrero no logró nada…

—Tenga por seguro que los conservadores, al sentirse hostigados por un periódico de su cuerda y leído en su mayoría por sus votantes, procederán con total diligencia. Hágame caso. Por fin hemos conseguido dar el primer paso para la liberación de su marido. Pronto tendremos noticias suyas.

Iglesia de Baler

Los cazadores esperaron inquietos la llegada del nuevo día. Suponían, ansiosos como estaban por ver en acción a sus libertadores, que estos actuarían al amanecer. Los primeros rayos de sol mostraron a los esperanzados españoles que la línea de trincheras enemiga se encontraba desierta. Lo habitual era que escucharan, no ya conversaciones, pero sí el sordo rumor de los cientos de personas que los sitiaban. Además, los tiradores filipinos solían madrugar y disparar antes del alba, mas sus fusiles también callaban.

El teniente Martín frunció el ceño. Era evidente que los insurrectos se preparaban para recibir a las tropas de refuerzo. Pensó en la posibilidad de una salida y así coger a los insurrectos entre dos fuegos, pero era un peligro

demasiado grande. No arriesgaría la vida de sus hombres. No cuando la posibilidad de que los salvaran se encontraba tan cerca.

Ensenada de Baler. USS Yorktown

Media hora después del amanecer, los estadounidenses arriaron la lancha, sujeta a uno de los pescantes de babor, y con una maniobra rápida y eficaz lo depositaron sobre la mar en calma. El bote, del tipo ballenero y en el que se había montado una ametralladora Colt, avanzaba con decisión hacia tierra bajo el impulso de los remos. Los marineros paleaban con fuerza beneficiándose de que la brisa aún poseía la suficiente frescura para vencer al asfixiante calor. Por desgracia, solo era cuestión de tiempo que la situación se invirtiera.

El teniente Gillmore apoyaba su pie derecho sobre la proa puntiaguda y estrecha mientras observaba la costa. Allí, con una pose tan desmedida como innecesaria, jugaba a ser épico y se creía un nuevo líder de su patria, otro Washington cruzando el Delaware, empezó a ser objeto de las calladas mofas de sus subordinados. El contramaestre, encargado del timón, que al igual que sus hombres tampoco soportaba a este pomposo oficial, decidió darle una pequeña lección y con un rápido movimiento de la barra provocó que la embarcación diera un bandazo. El teniente trastabilló y perdió la postura orgullosa y el aire de salva patrias.

—¡Jefe! ¡Por Dios! Controle el timón.

—Disculpe, señor, este puñetero clima hace que me suden las manos.

—Agárrelo con fuerza. Parece usted un maldito grumete.

—Lo siento, señor.

Gillmore recuperó la compostura gracias a la ayuda de los marinos y olvidó el incidente.

—No veo que hayan venido a recibirnos los filipinos. Mejor, no los necesitamos. Dirija el bote hacia la desembocadura del río. —El oficial se sentó en la proa—. O’Hara, compruebe la ametralladora.

—Señor, ¿enarbolamos la bandera blanca?

—No, jefe, no hará falta. Apenas vamos a tener que entrar en contacto con los insurrectos. Según el mapa proporcionado por los españoles, se puede remontar el Dungán y llegar hasta menos de un kilómetro de la iglesia donde se refugia la guarnición. Allí sacaremos una, no sea que a los sitiados les dé por dispararnos.

Se internaron en el río por el medio de la corriente, de inmediato los envolvieron los aromas y sonidos de la selva. Multitud de arbustos desconocidos por los norteamericanos crecían entrelazados y formaban una variada gama de verde. Los marineros se amilanaron, pues era tal la frondosidad del bosque tropical que podían emboscarse cientos de hombres sin que ellos lo notaran. Gillmore, para templar los ánimos, ordenó que cargaran los Remington y prepararan la ametralladora. Desde entonces navegaron en silencio, tan solo se oía el chapoteo de los remos y los extraños alaridos de los animales.

Los filipinos observaban desde los dos márgenes del río. Estaban dispuestos en dos grupos, pero a alturas distintas, para evitar el fuego cruzado. Cuando vio que no se detenían, Novicio Luna, que estaba en la primera de las formaciones, se llevó la mano a la boca para hacer bocina y dio el alto a la embarcación.

El teniente Gillmore irguió la cabeza y contempló la rivera desde donde creía que había venido la voz. La maraña de vegetación constituía un muro vivo por el que apenas pasaba la luz. No distinguió a nadie y, tras unos segundos, le hizo una seña a O’Hara para que enfilara la ametralladora en la dirección que marcaba. El marinero quitó el seguro y encañonó la espesura.

El ruido metálico llegó hasta los emboscados. Novicio bufó de rabia y levantó el brazo para dar la orden de fuego, pero antes de bajarlo, decidió darles otra oportunidad y volvió a dar el alto, que de nuevo fue ignorado por los estadounidenses. El capitán filipino escupió al suelo e insultó a los yanquis; aquella maldita situación podía costar la pérdida de más vidas valiosas. Quitó de un tirón el fusil al sargento que tenía a su derecha y apuntó al americano que servía la Colt. El disparo resonó y la selva se silenció durante un breve instante; enseguida, cientos de pájaros chillaron e iniciaron asustados el vuelo. El marinero O’Hara, alcanzado en el pecho, se derrumbó. La ametralladora, igual que un caballo sin jinete, se quedó cabizbaja, con el cañón mirando hacia la amura de estribor. Los hombres de la embarcación, sin tiempo a reaccionar, sintieron atemorizados como una granizada mortal golpeaba la cubierta. Mientras unos soldados filipinos mantenían el fuego y obligaban a los estadounidenses a guarecerse, otros se zambulleron en las aguas del río Dungán y abordaron la barca antes de que sus ocupantes opusieran resistencia. Tres marineros murieron y cuatro fueron heridos en la refriega. Los demás, acobardados por la emboscada y desesperanzados, se rindieron en el acto.

Los asaltantes llevaron el bote hasta la orilla y despojaron a los prisioneros de sus armas, uniformes y botas. Con el orgullo derrotado por la vergüenza, el teniente Gillmore tuvo que implorar de rodillas por su vida y la de sus hombres. Tras un cautiverio de nueves meses, fue liberado por los suyos, se reintegró al servicio y con los años alcanzó el grado de comodoro. Después de todo, quizá sí era un nuevo líder de su patria.

Iglesia de Baler

Los sitiados escucharon las detonaciones con cierto asombro. Acertaron, como experimentados combatientes que eran, al pensar que las descargas no procedían de los máuseres con que se armaba el ejército español. Eran los estadounidenses los que habían venido a auxiliarles. Hambrientos de esperanza, los cazadores, al terminar la refriega de un modo tan rápido, supusieron que la fuerza de socorro había puesto en fuga a los filipinos que trataban de impedir su desembarco. El teniente Martín formó un pelotón para recibir a las tropas libertadoras. Los hombres, con sus fusiles en las manos, sombreros de jipijapa cochambrosos y las cartucheras como último vestigio de su uniforme, se colocaron en dos filas detrás de la puerta principal. El cabo Olivares, que iba a comandarlos, dio la orden de calar bayonetas.

El resto de los soldados, los pocos que no permanecían de guardia o formados, se auparon a los muros del patio para contemplar la ansiada columna de auxilio. Tras esperar unos minutos que transcurrieron lentos como la lectura de un veredicto, se escuchó un lejano clamor que se acercaba hacia la plaza de Baler con rapidez. Al principio la barahúnda era tal que no se podía distinguir nada, pero conforme avanzaron, las voces se volvieron compresibles. Pronto quedó claro lo que chillaban:

—¡Viva! ¡Viva! —gritaban entusiasmados los tagalos—. ¡Hemos vencido! —Estas simples palabras hirieron más a los cazadores que el hambre de las últimas semanas.

—¿Cómo? —preguntó Santa María—. ¿Han vencido a nuestro relevo? —Anduvo un par de pasos, saliéndose de la fila, soltó su arma y se dejó caer de rodillas. Lloraba sin consuelo, como el niño que separan de su madre—. No aguantó más —sollozó empujado por una decepción infinita—. No aguanto más.

Sus compañeros lo contemplaron apesadumbrados. La formación había perdido su marcialidad y los hombres apoyaban cabizbajos las culatas de los

rifles sobre el suelo. Varios se frotaban los ojos para borrar una lágrima traicionera y el resto se limitaban a gesticular y maldecir. El teniente Martín, después de intercambiar una mirada de impotencia con el doctor, templó su ánimo y se acercó al pelotón.

—¡Soldado! Recoja su arma inmediatamente. ¿Y a ustedes quién les ha dado permiso para romper filas? Mantengan la disciplina. ¡Maldita sea! Mantengan la disciplina o les juro por mi difunto abuelo que los encerraré a todos en el baptisterio.

Los hombres se irguieron e hicieron sonar los talones de los zuecos. Santa María se incorporó despacio. Aunque había dejado de sollozar, las lágrimas aún descendían por su cara.

—Ánimo, cazador. Ha tenido paciencia durante nueve meses, consérvela unos días más. Sepan todos que, como mucho, los insurrectos habrán derrotado a las primeras tropas de desembarco. El vapor está a salvo. Y con él nuestra esperanza. Vila —llamó al cocinero—, reparta el rancho. Olivares, mande que rompan filas.

Desayunaron en silencio. A pesar de las palabras de consuelo de su oficial, el destacamento, que ya se había creído libre, se mostró hundido. Por primera vez, los hombres flaquearon y se preguntaron si tan obstinada resistencia era necesaria.

Ensenada de Baler. USS Yorktown

A primera hora de la tarde, y ante la falta de noticias, el comandante del buque convocó de nuevo a sus oficiales.

—Y después del fuego de fusilería no hemos vuelto a saber nada de ellos. Mucho me temo que hemos perdido al teniente Gillmore y sus hombres.

—Esos miserables nativos los han emboscado —dijo el segundo de a bordo.

—¿Entiende ahora lo que le decía ayer, Standley?

El alférez, aún avergonzado por la amonestación del día anterior, no reunió valor para discutir a su superior y se limitó a decir:

—Sí, señor.

—¿Qué piensan que deberíamos hacer?

—Bombardearles y arrasar el pueblo —añadió el segundo al tiempo que golpeaba con el puño sobre la mesa.

—Lo he pensado, pero podrían vengarse en alguno de nuestros hombres. Si es que alguno ha sobrevivido al ataque. También he sopesado un ataque nocturno, pero no quiero arriesgar más marineros. Lo mejor será que volvamos a Manila e informemos al almirante Dewey. Recomendaré volver con unas compañías de marines.

—¿Y los españoles, señor?

El capitán Sperry miró con desdén al joven alférez.

—Si se han defendido durante meses, supongo que serán capaces de aguantar unos días más, ¿no cree? Esperaremos a los hombres del teniente hasta esta noche. Ordene una salva para advertirles de nuestra salida. En cuanto venza el plazo partiremos. Será duro informar al almirante. Hemos fracasado en nuestra misión y además hemos perdido quince marineros, un contramaestre y un oficial.

Iglesia de Baler

A media tarde, cuando los sitiados escucharon los seis cañonazos, recuperaron parte del ánimo hundido.

—Ya les dije que el buque seguiría intacto. —El teniente levantó la voz para que le pudieran oír la mayoría de los hombres—. La operación de rescate sigue en pie. Si no pueden desembarcar ahora, volverán a Manila por refuerzos. Es solo cuestión de tiempo. Lo importante es que sabemos que ya ha llegado nuestro turno. Ahora debemos desafiar a los taos con más denuedo que nunca. El fin está cerca y lo vamos a conseguir. Solo abandonaremos esta posición cuando nos releven. Nunca antes. ¡Nunca antes!

Apenas la mitad de los soldados corearon las últimas palabras del oficial, otros se limitaron a aplaudir e incluso algunos tan solo mostraron una sonrisa forzada.

Martín Cerezo ordenó contestar a las salvas del buque con tres descargas cerradas de fusilería. Todos se unieron con el fin de provocar el mayor ruido posible y demostrar así que la guarnición de Baler aún resistía.

Durante el resto del día no volvieron a tener noticia del barco hasta que bien entrada la noche apareció otra vez el resplandor del proyector eléctrico. Primero recorrió la costa para después centrar el haz de luz en la iglesia. Iluminaba los muros con trazos desiguales y enfocaba con prioridad el campanario. Martín Cerezo, inseguro, decidió llamar su atención de nuevo e hizo subir a un hombre a la torre con un gran palo a cuyo extremo habían

colocado unos trapos empapados en petróleo. El cazador los prendió y los agitó por encima de su cabeza. La improvisada antorcha se pudo ver en kilómetros a la redonda. Poco antes de las cuatro de la mañana, el proyector se apagó y el buque, sin dar más señales de vida, maniobró para alejarse. El centinela de la torre pudo distinguir sus luces de posición y ver cómo arrumbaba hacia Punta del Encanto, donde desaparecieron al doblar el cabo.

15 de abril de 1899.
Doscientos ochenta y nueve días de asedio

Queridísima esposa:

Los últimos días han sido penosos y muy despiadados. Parece que el mundo entero se ha coaligado contra nosotros y nos somete a una tortura infernal, similar al castigo de Tántalo. Peor no podían haber transcurrido los acontecimientos. Primero se nos ofreció el dulce aroma de la libertad para que nos embriagáramos con la viva esencia de nuestros deseos. Una vez que sucumbimos a su calor, nos golpeó la insoportable realidad con toda la dureza que solo ella es capaz de ejercer. Nada hay más amargo que ver como la realidad atropella tus sueños. Mata y entierra la más viva de las ilusiones. Y así están mis hombres, desesperados, sumidos en una tristeza que les hace caminar como títeres sin alma. Y eso es justo lo que han perdido: su espíritu. Vigil y yo intentamos resucitarlo, volver a convertirles en los soldados bravos que siempre han sido. Supongo que todos tenemos un límite, quizá mis hombres hayan encontrado el suyo. Se nota en la disciplina, nuestra mejor aliada, y que cada vez cuesta más imponer. Estos últimos días he castigado a soldados que habían servido siempre de manera ejemplar.

Yo les he explicado que el buque ha ido en busca de refuerzos, es de pura lógica. Lo afirmo tal y como lo creo, aunque, en ocasiones me suene a mi también a pamplina. Quizás hemos aguardado tanto que, ahora que verdaderamente tenemos esperanza, nos encontramos tan extenuados que somos incapaces de continuar creyendo en ella.

De una manera u otra, nuestro sufrimiento pronto llegará a su fin. No podremos prolongar la resistencia mucho más. El día ocho se terminó el tocino, o mejor dicho, los restos de algo que alguna vez lo fue. Café apenas queda. ¿Arroz? Comiendo poco más de un puñado al día lo terminaremos en un mes. Me veo obligado a disminuir de nuevo la ración, pero la bajaré dentro de unos días, ahora sería imposible. Las habichuelas, que muchos no pueden ni masticar, duras como el alma del diablo, no alcanzarán el mes de mayo. El único alimento que durara aún un par de meses son las latas de sardinas, tan podridas que no se las

comería ni el más hambriento de los gatos callejeros. Entregamos dos a cada soldado y estos forman grupos y las comparten, pues más de uno se encuentra con que en las suyas no hay nada aprovechable. Esto es todo lo que nos queda para sustentarnos. Aunque la huerta nos sigue proporcionando tomates y calabazas diminutos, estos son insuficientes. Hoy mismo he visto cómo un soldado se comía una mata de dondiegos. La pieza de ave, sea la que sea, se paga a más de quince pesos, y, ni aun así, ninguno de los afortunados cazadores la quiere vender.

¿Qué contarte de mí? He vuelto a hacer más agujeros en el cinturón y ya apenas me pongo la guerrera. Me quejo del calor, que también tiene su parte de culpa, pero la razón última de no ponérmela es el aspecto grotesco que me confiere.

Estoy tan exhausto… y no descanso nunca. Tan solo unas horas intercaladas. La traición, con la moral de la tropa tan baja, puede resurgir en cualquier momento. Debo permanecer atento. Una nueva conjura sería definitiva. Necesito dormir, pero no quiero estar ausente más del tiempo justo. Gracias a Dios cuento con el doctor. Está resultando ser un fantástico camarada. ¡Qué extraordinaria fortuna he tenido! He hallado en este sitio compañeros memorables. Juan, Enrique y ahora él. La desgracia es que he estado tan cerrado en mí mismo que los he ido conociendo de uno en uno y solo he descubierto una amistad al faltar otra. No sé qué haría sin el bueno de Vigil. Más allá de sus labores médicas se ha convertido en un notable militar y un gran amigo. Es difícil establecer en qué faceta ha sobresalido más. Como médico nos salvo del beriberi, como militar se ha constituido en un relevo de altura y como amigo es uno de los apoyos que me ayudan a seguir en pie.

Verás que dije «uno de los apoyos». Es curioso, pero nuestra situación y el transcurso del tiempo han producido un efecto extraño. Ahora me amparo en mis temores, pues me refugio en tu recuerdo, del que antes huía envuelto en llanto. Al menos mi memoria se ha vuelto más selectiva. Solo siento tu presencia, lejana y efímera, entonces visualizo tu sonrisa y cómo embellecía tu rostro y, durante unos momentos, soy feliz. Aquí no puedo aspirar a más. Es todo lo que necesito para mantenerme cuerdo. Gracias por lo mucho que me has ofrecido. Sin ti habría sido incapaz de soportar este asedio. Aún ahora, eres el motor de mi vida. Te dije mil veces que te quería, pero creo que no fueron suficientes. Nunca lo son. Tuyo hoy y siempre.

17 de abril de 1899. Doscientos noventa y un días de asedio

—¿Creéis que algún día regresaremos a España? —preguntó Juan Chamizo.

—¿Y qué más da, Bizco? —dijo Gregorio Catalán.

—¿Cómo que qué más da? ¿No quieres volver?

—Hay momentos en que no lo tengo claro. ¿Querría un hijo volver con la madre que le golpeó y abandonó?

—Pero allí está nuestro hogar.

—¿Nuestro hogar o nuestra condena? ¿Qué vida me espera allí? Yo te lo diré: sudar la gota gorda empujando un arado para cultivar las tierras de otro por unas pocas perras.

—Hablas como si fueras uno de esos anarquistas que ponen bombas —afirmó el padre Juan—. ¿No serás uno de ellos?

—Si lo fuera no hubiera venido a defender a mi patria. Además, ¿es anarquista el que desea un mundo mejor? ¿Jesús lo era?

—No blasfemes, hijo.

—No era mi intención, padre, pero, dígame: ¿qué futuro me aguarda cuando vuelva a Cuenca? ¿Obtendré algo más que miseria?

—No sé lo que deparará el futuro. Eso solo Dios lo sabe, pero allá en tu tierra te esperarán tus parientes y amigos.

—Parientes tengo los justos, amigos más, pero ¿qué pueden hacer ellos si se encuentran en la misma situación que yo?

—¿Y qué pretendes? ¿Acaso quieres quedarte en Baler para siempre? —preguntó Chamizo con el ceño fruncido.

—Al menos, dentro de estas paredes compartimos las penurias, formamos parte de una España más humana. Todos somos iguales, oficiales y soldados. Incluso les damos a los presos las mismas raciones. Además, aquí estamos formando parte de algo grande.

—Yo espero que nos larguemos lo más pronto posible —dijo Chamizo—. No entiendo cómo te puede gustar esta vida.

—¿Cómo narices va a gustarme? Esto es, y disculpe, padre, un gran montón de mierda, pero por muy mal que huela, no por eso España apesta

menos. Os oigo hablar y parece que cuando volváis a casa vais a vivir como marqueses.

—La defensa que estáis haciendo aquí es admirable. Quizás os otorguen una medalla pensionada. Os ayudaría a vivir en una posición desahogada —dijo el fraile.

—¿Cree que se la darán a unos muertos de hambre como nosotros? A uno de mi pueblo le dieron una condecoración. No, lo he dicho mal. Le concedieron el honor de llevarla, porque la tuvo que apoquinar él. No te dan ni eso. Preguntadle a Jiménez. Lleva aquí desde el noventa y seis. Ha visto más guerra que el sable de Espartero. Le han dado dos cruces, pero ni un alfonsino. ¿Sabéis para quiénes guardan esos privilegios? —Gregorio se detuvo y miró a sus compañeros, que aunque le escuchaban, no contestaron—. Yo os lo diré. Para los de siempre. Podéis preguntarle de nuevo a Jiménez. Él presenció cómo en un combate mataron el caballo de un comandante… o capitán, que cayó de bruces y rodó por el suelo. Se desgarró su bonito uniforme y se hizo una brecha en la cara. Ese fue todo su mérito. Le ascendieron y lo retiraron del frente. ¿Os extraña? A mí no. Se apellidaba Primo de Rivera. ¡Qué curioso! Compartía nombre con el mismísimo capitán general del momento. Y al menos ese estuvo en combate. ¿Cuántos niños ricos se quedaron en España?

—No seas injusto —dijo José Martínez—, los jefes y oficiales luchan siempre en primera línea. No se esconden. Yo mismo vi morir al general Zabala en la toma de Imus. Una lantaca tagala lo derribó y aún se levantó para animarnos a avanzar. Nos ordenó que continuáramos y cayó muerto.

—Todos los veteranos hemos visto morir a oficiales, pero esos desgraciados son carne de cañón como nosotros. —Catalán se señaló con el pulgar—. Otros muchos siguen luciendo uniforme en la Península y solo saben de la guerra por los diarios.

—Entonces, ¿te quedarás en Filipinas cuando esto termine?

—No, estoy harto de este calor y de esta humedad, me hacen añorar las temperaturas extremas de Castilla.

—Pero… ¿no estabas tan harto de España?

—Razón de más para volver, no vamos a dejar que los mangoneos de cuatro ricos nos roben el país. Algún día tendrá que cambiar la historia. Llegará un día en que todos podamos disfrutar de nuestra tierra. Y espero poder verlo.

—Gregorio, hijo, ¿estás seguro de que no eres anarquista?

El cazador suspiró.

—No, padre, no lo soy.

19 de abril de 1899.
Doscientos noventa y tres días de asedio

Posiciones filipinas en torno a la iglesia

—¡Fuego! —Novicio Luna bajó el sable con un rápido movimiento. A su orden, tronaron todos los cañones de los sitiadores, tanto los viejos como el moderno. La tropa que tenía fusiles los descerrajó. Antes de que se extinguiera el sonido de las descargas, los soldados y los balereños no combatientes gritaron igual que diablos escapados del averno. Incluso los niños y las mujeres se unieron a aquel coro espeluznante—. ¡Al ataque! ¡Al ataque!

En la trinchera que cubría la puerta principal y aunque era noche cerrada, el cabo García, gracias a los destellos de los fusiles tagalos, pudo ver el enemigo salir de sus fortificaciones.

—¡Nos atacan! ¡Los indios se nos echan encima! ¡A las armas!

Martín Cerezo se levantó con tanto ímpetu que volcó la taza de café y la silla. Sin recoger siquiera la gorra de plato de la mesa, corrió con el revólver en la mano.

—¡Todos en pie! ¡Olivares, refuerce el coro y a García! ¡Fuego a discreción! No escatimen munición.

Fuera, en la parte más al norte de las posiciones tagalas, dos figuras se escabulleron y avanzaron hacia la iglesia. Con el torso descubierto, a fin de que la blancura de su uniforme no los delatara, acarreaban una caja de madera. En silencio y sin prisa, se arrastraron entre arbustos, charcos y piedras. Cuando se hallaron a no más de cincuenta pasos, el teniente coronel Mayor hizo una señal a su ordenanza para que se detuviera.

—Ábrala —susurró—. Usted se quedará aquí y yo colocaré la dinamita. Coja la punta de la mecha. A medida que avance la iré desarrollando. He puesto más de cien metros. No habrá problema.

El asistente, un soldado canario, sabía que debería ser él quien se expusiera al peligro, pero como no quería ni que le volaran la cabeza ni matar compatriotas, asintió en silencio.

—No la encienda hasta que yo esté llegando. Tengo muchos mestizos que alimentar. Cuando prenda, asegúrese de que no se apaga y corra como alma que lleva el diablo hacia nuestros parapetos.

—No me lo tendrá que decir dos veces, mi teniente coronel.

En la trinchera de la puerta principal, el cabo García cargó su arma y aprovechó para escupir y librarse de parte del sabor a pólvora que le invadía la boca.

—¡Vamos, muchachos! No dejéis que esos malnacidos pongan el pie en nuestra iglesia.

Los cazadores habían respondido con la disciplina acostumbrada. En un instante habían cogido su máuser y ocupado el lugar que tenían asignado. Con los refuerzos enviados por Olivares, y sin contar con los apostados en el coro, más de quince hombres defendían aquella entrada. Si los tagalos la tomaban, ya no cabría más alternativa que la rendición o la muerte.

Mientras, Mayor llegó entre jadeos al muro exterior del altar. Ya no tenía edad para arrastrarse campo a través durante tanto tiempo. Con cuidado, colocó la carga contra la pared y comprobó una vez más que la mecha estaba bien puesta. Antes de retirarse se secó el sudor de las manos y se santiguó. Sabía que su plan no fallaría, pero temblaba ante la posibilidad de que así ocurriera.

—Los hemos detenido, mi teniente —dijo un exultante Pineda.

—Esos bastardos están más que escarmentados. Seguid así, muchachos. Nos las van a pagar todas juntas. —El cabo se apoyó en su muleta para levantarse y poder apuntar con más tino.

Martín Cerezo observó que los tagalos apenas habían avanzado más de cincuenta metros. Miró a ambos lados y comprobó que el ataque se limitaba a aquella zona.

—De hecho llevan así desde que yo llegué a la trinchera. No los hemos inmovilizado nosotros. Simplemente no han avanzado… García, asuma el mando. —Al teniente le invadió un pálpito que lo aterró. Corrió hasta el altar, salvando la distancia en escasos segundos y se asomó a una de las troneras que ahora permanecían desatendidas. Las siluetas de dos hombres se alejaban a toda prisa y una pequeña llama chispeaba hacia la iglesia. No tuvo tiempo ni de maldecir.

—¡Los taos han puesto una mina! ¡Abandonen el muro! ¡Atrás! ¡Atrás!

Martín Cerezo y los dos cazadores que se encontraban más cerca retrocedieron unos pasos, pero enseguida, al oír la enorme explosión, se

tiraron cuerpo a tierra. Por puro instinto se llevaron las manos a la cabeza y cerraron los ojos. No confiaban en sobrevivir a aquella noche.

El teniente coronel Mayor llegó a las posiciones filipinas segundos después que su asistente. En lugar de refugiarse en la trinchera se volvió y contempló los efectos de la explosión. Además de la imperturbable oscuridad nocturna, una nube de polvo y humo ocultaba la iglesia. Esperó, con el corazón encogido, hasta que el viento la disipó. Fueron minutos angustiosos. Por fin un débil rayo de luna iluminó el edificio durante un breve instante y Mayor sonrió. Se volvió hacia Alfredo, el corneta que aguardaba para comunicar la orden de ataque general.

—Toca retirada. He fracasado. ¡Maldita sea!

Pateó una piedra y un arbusto mientras gritaba rojo de ira. Debía dar el pego ante los tagalos. Él ya sabía que la explosión no derribaría aquellos muros tan gruesos. Para que así ocurriese debería haber abierto primero un agujero donde colocar la dinamita. También sabía que Novicio ignoraba esto, así que no podría acusarle de deslealtad. Y es que él se había alistado en el ejército filipino para matar yanquis y no españoles.

20 de abril de 1899. Doscientos noventa y cuatro días de asedio

—Déjalo ya, Alfredo. —El corneta obedeció e interrumpió la llamada—. Es inútil. Los kastilas no van a contestar. Me parece, Sebastián, que no vamos a poder entregarles la carta que nos ha dejado el teniente coronel.

—Lo hemos probado todo. No se me ocurre ya que más podemos hacer. —Incluso habían enviado a un tagalo vestido ridículamente con uno de los uniformes estadounidenses. Aquello hizo que los españoles recelarán aún más.

—Ellos lo han querido. Nosotros hemos obedecido órdenes. ¿Está todo preparado para esta noche? —preguntó Novicio—. Espero que hoy acabemos con ellos de una vez. Seguro que la explosión afectó al muro, solo debemos rematarlo para que caiga.

—Sí, *kapitang*. No ha sido un juego de niños conseguir…

—¡Eso es! ¡Un niño!

—¿Qué?

—Enviaremos de mensajero a uno. Los oficiales kastilas siempre presumen de su honor. No se atreverán a dispararle aunque no obedezca sus órdenes de alto.

—¿Y si lo hacen?

—¡Que no lo harán! No son un puñado de igorrotes. ¿Tu hija cuántos años tiene?

—¡*Kapitang*!

—Pues consígueme un niño. Alguno de los huérfanos que necesite unas monedas. Y no me mires así. Te aseguro que no le va a pasar nada. Si tuviera yo uno, lo mandaría. El capitán De las Morenas es un caballero. Confío en su nobleza.

Pasados unos minutos de las once de la mañana, un chaval de unos seis años subió trompeando por el terraplén de la trinchera tagala. Caminaba descalzo y por toda ropa vestía un taparrabos. Llevaba un sobre blanco que levantaba por encima de su cabeza para mostrárselo al enemigo de sus mayores. Pablo tenía miedo, un amigo le había dicho que los kastilas les cortaban las manos a los chicos para comérselas con arroz.

Desde el coro, el centinela español le dio el alto en un par de ocasiones, pero el chaval, que no sabía castellano y que había sido aleccionado para ello, no se detuvo. José Jiménez, después una nueva advertencia, miró al teniente. No dijo nada, pero su rostro encerraba una súplica que su superior supo leer. Ni aun con la excusa de la guerra quería matar al crío.

—Dispárele a un metro suyo, a ver si se asusta —ordenó Martín Cerezo.

—Mi teniente, ¿le quito lo que lleva en la mano? Puedo reventárselo de un tiro.

—¿Podrás hacerlo sin herirlo?

—Descuide, no fallaré.

—Adelante, pues.

Jiménez Berro, ilusionado por no tener que matarlo, asintió y quitó el seguro del fusil. Sacó el arma por la tronera, respiró hondo y apuntó con cuidado durante unos segundos. La bala arrancó media carta de la mano del chiquillo, que, asustado, comenzó a correr hacia los suyos mientras el orín descendía por sus piernas. Los pocos españoles que habían permanecido atentos al soberbio disparo del andaluz, aplaudieron y vitorearon. Incluso Martín Cerezo, dejándose llevar por la emoción, se permitió una cierta familiaridad y le dio un par de palmadas en la espalda mientras le felicitaba por su gran tiro.

Llegada la noche, el silencio dominaba la iglesia. Los hombres dormían tranquilos, encogidos bajo sus techados de nipa, intentando aprovechar las escasas horas de descanso que tenían por delante. La calma, siempre efímera en Baler, desapareció cuando un disparo rasgó el cielo nocturno. Martín Cerezo y el doctor, que apuraban como siempre las últimas horas del día para hablar con tranquilidad, se levantaron sorprendidos por el tiro solitario y, tras recoger sus armas y un pequeño quinqué que tenían apagado sobre la mesa, se dirigieron a la carrera hacia la sacristía, donde había resonado la descarga. Allí, el cazador Marcos José, aún más delgado que la mayoría de sus compañeros y con el semblante pálido, apuntaba su máuser a través de una de las troneras.

—Mi teniente, he visto pasar algo, aunque no he distinguido el qué.

—¿Algún animal? —preguntó Vigil.

—Puede ser, pero la sombra que yo vi era mayor que un perro, quizá fuera una hembra joven de carabao. Creo que le he dado y sigue allí herido.

—¿Cómo lo sabe?

—Si se fija, de rato en rato se mueven las hierbas, allí, cerca de esos arbustos. —Señaló con el dedo.

—¿Habrá vuelto el rebaño?

—Me extraña —dijo Martín—, más bien me huele a una trampa. Querrán cazarnos cuando vayamos a cobrar la supuesta pieza. Hay que averiguar a qué diablos le ha disparado. Usted siga así de atento. Hace un gran trabajo.

—¿Se encuentra usted bien, José? —Vigil encendió el quinqué con su llama al mínimo y lo acercó a la cabeza del soldado.

—Sí, doctor. Un poco cansado, nada más.

—No me gusta su cara.

—Eso decían las mozas de mi pueblo —dijo Marcos José con débil sonrisa. Enseguida temió la reacción del teniente ante su chiste, pero este permanecía ajeno a la conversación y miraba a través de la aspillera con el ceño fruncido.

—Mañana pásese por la enfermería. Le examinaré.

—Vigil, acompáñame, vamos a hacer una ronda para asegurarnos de que todo va bien.

Aún no habían salido los dos oficiales de la sacristía cuando se les acercó a la carrera Planas, que estaba de guardia en el altar y dijo:

—Mi teniente, venga conmigo, creo que hay taos en la pared exterior.

—¿Está seguro?

—Oí un murmullo y después como alguien golpeaba de lleno una de las latas. Sonó con toda claridad.

—¿No habrá sido un animal?

—Sí, a veces pasa, pero ellos siguen andando después de pisarlas. Ahora, sea lo que sea lo que la haya pisado, se ha detenido.

—Está bien, vayamos. Planas, dígale al cabo Olivares que se reúna con nosotros. Me parece que los indios traman algo. Pensaba que después de lo de ayer se le calmarían los ánimos por un tiempo.

Los dos oficiales se acercaron y miraron por las troneras sin ver nada. A una indicación del teniente, se quedaron quietos, expectantes, escrutando con el temor de confirmar los recelos del centinela. A los pocos segundos oyeron un ruido metálico, como si se apoyara un arma contra el muro. Era evidente que allí había alguien. Martín Cerezo se separó unos metros y llamó con un gesto al doctor.

—Están acumulando efectivos para lanzar un golpe de mano —susurró—. Hay que despertar a la tropa, pero con el máximo sigilo, no deben percatarse de que les hemos descubierto.

—¿Qué piensas hacer?

—Si aún no han atacado es porque son pocos y se están reuniendo justo allí. Debemos tomar la iniciativa. Los insurrectos han sido muy listos. Han encontrado el único punto ciego que tenemos. Desde la sacristía nos tapa la esquina y no podemos abatirlos, y desde el otro lado están en un ángulo muerto. Lo mejor será que salgamos por la puerta del río y los pongamos en fuga.

—¿Y si es una trampa y no están esperando? —preguntó el doctor.

—Tendremos que arriesgarnos. O los tiramos pronto de ahí o estamos acabados. Olivares —dijo en un murmullo mientras se llevaba el índice a la boca y chisteaba—, los indios están reuniéndose tras el muro del altar. Vamos a salir a echarlos de allí. Despierte a todos los hombres que no estén de guardia. Diez saldrán con usted, el resto reforzará la parte norte.

—¿También al grupo de tiradores?

—A todos, necesitamos hasta el último cazador. Incluso a los enfermos que puedan disparar. Ocúpese de ello, Vigil.

En unos minutos estaban dispuestos, con las cartucheras al pecho y los máuseres en ristre. Se había llevado a dos de los indispuestos con disentería a la sacristía para reforzar el fuego desde el ala izquierda y estorbar la retirada del enemigo. En el presbiterio, los soldados aguardaban de pie. Olivares, en la puerta del río, la situada en el centro de la pared oriental, instruía a su improvisada patrulla trazando un sencillo dibujo en el suelo.

El doctor se acercó a Martín Cerezo, que escrutaba la noche desde una de las aspilleras, y le llamó dándole un par de suaves palmadas en el hombro.

—Martín —dijo en un tono tan bajo que apenas se oyó. El teniente le hizo un gesto y se alejaron unos metros de la pared.

—¿Ya está todo listo?

—Sí, pero… ¿estás seguro de que esto es lo más sensato? Si los hombres que salen a campo abierto caen en una trampa… Ahora que nos encontramos tan cerca de nuestro rescate…

—Es la única opción. Y no podemos perder ni un minuto. Cuanto más tardemos más efectivos acumularan los indios.

—Déjame que lo intente por las bravas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Martín.

—Ahora verás. No tenemos nada que perder.

Vigil desenfundó su revólver y comprobó su munición. Al ver que no faltaba ni una bala, giró el tambor y lo cerró de golpe. Anduvo hasta la ventana aspillerada y sacó el brazo. Lo colocó de forma paralela al muro y lo descerrajó en dirección al punto muerto. Martín Cerezo se acercó corriendo

por si era necesario tirar del cuerpo del doctor, pues la ventana estaba muy baja y temía que los insurrectos le pudieran herir el brazo con sus enormes bolos. Mientras disparaba, los tagalos allí apostados gritaron. Se escuchó con claridad cómo varios se quejaban al recibir el balazo. El resto se apartó de su trayectoria y se puso al descubierto. Al instante quedaron al alcance de muchos de los sitiados que no desperdiciaron la oportunidad y descargaron sus fusiles. La escabechina fue total. Uno de los cazadores aprovechó la desbandada enemiga y trepó por la viga del techo. Con cuidado, se deslizó por el alero y comprobó que no quedará nadie allí apostado.

—Mi teniente —gritó el soldado Real—. Los indios nos querían quemar vivos. Han acumulado aquí muchos haces de leña.

—Perfecto. Nos va a venir de maravilla. ¡Mantengan el fuego! ¡Que no escape uno!

Cuando desapareció el último filipino, los españoles rompieron a aplaudir y vitorear. Martín Cerezo estaba eufórico, con grandes aspavientos felicitaba al doctor por su valentía e ingenio. La tropa, al ver tan alegre a su comandante, se contagió de su entusiasmo y magnificó su gesta, celebrándola como si fuera la victoria final. En esos momentos y durante unas breves horas se olvidaron del hambre y de todos sus males. Los soldados, con el pelo enmarañado y apelmazado por la suciedad, sonreían con la intensidad y espontaneidad que brota de la auténtica felicidad. Habían conseguido defenderse una vez más. Su resistencia no terminaría aquella noche. Su loca aventura continuaría.

24 de abril de 1899. Doscientos noventa y ocho días de asedio

Ripollés se acarició la barba y reprimió un bostezo. Le había tocado doble turno de guardia y se encontraba agotado. Pero aquel trabajo que ya había repetido en varias ocasiones y que siempre tenía prioridad, debía efectuarse antes del amanecer. Por fortuna, pues faltaban apenas un par de horas para que el sol saliera, era una tarea sencilla. Ramón cogió un trozo de una mosquitera amarilla y recortó un par de parches. Al terminar, extendió una sotana de las que habían usado los monaguillos, de un rojo vivo, y después de solaparla sobre los agujeros que pretendía tapar, la cortó a la medida necesaria.

Cuando tuvo listos los remiendos, estiró el paño y cosió cada uno en su lugar. A pesar de que trabajaba con una aguja basta que él mismo se había fabricado, se notó la pericia de sus tiempos de sastre y terminó con rapidez. Nada más levantarse, Martín se le acercó.

—¿Ya la tiene?

—Sí, mi teniente. He hecho lo que he podido con los materiales de que dispongo. —Desplegó la tela entre sus dos brazos.

Martín contempló cómo el sol había carcomido el color en algunas zonas y en otras, los fuertes vientos y las incesantes lluvias habían abierto orificios que habían remendado con materiales de tono parecido.

—Está destrozada, pero aún es la bandera de nuestra patria. Aún sigue recordándonos porque estamos aquí. —El oficial la recogió con cuidado—. No importa su aspecto. Lo que cuenta es que cumple su cometido.

—Igual que nosotros, mi teniente —apuntó Ramón, que se hallaba un par de metros más atrás esperando órdenes.

—Sí, igual que nosotros. Boades, súbala al campanario y átela de nuevo a su mástil. Ripollés, usted puede retirarse.

Los dos cazadores saludaron y se retiraron. Martín Cerezo fue hacia su mesa de trabajo y se dejó caer sobre la silla. Estaba tan exhausto que había jurado, como tantas otras veces antes, que en cuanto amaneciera y le sustituyera el doctor, iba a dormir durante todo el día.

Un poco antes de las doce, cuando el sol ya castigaba inmisericorde e indiferente a filipinos y españoles, Martín despertó. Remoloneó unos minutos

en el catre e incumplió su promesa. Después de cuatro horas de sueño se sentía, no lleno de vitalidad, pero si lo suficientemente descansado. Tras un rápido aseo, marchó en busca del doctor, que pasaba consulta en el hospital.

—Buenos días, Vigil.

—Buenos días, Martín. ¿No has descansado poco?

—Lo suficiente.

—Aprovecha que está todo tranquilo.

—Tengo muchas cosas que hacer.

—Deberías tomarte unas horas libres.

—No es por mí por quien debes preocuparte. —El teniente miró a su alrededor.

—Si continúas soportando la enorme carga de trabajo que te has impuesto, pronto te tendré aquí.

—¿Cómo va tu lucha? ¿Sigues teniendo al beriberi controlado?

—Mientras podamos seguir comiendo plantas frescas, no tendremos problema. Lo que me inquieta ahora es la disentería. Los hombres están muy débiles para soportar una fuerte diarrea. Si se complica…

—Entiendo. —Martín Cerezo recorrió la enfermería con la mirada. Pensó en llevar aparte al doctor para que la tropa no pudiera oírles, pero lo creyó innecesario—. Te traigo malas noticias, Vigil. Como ya te dije, hoy terminamos con las últimas provisiones de café y de habichuelas. A partir de ahora, en el desayuno, tomaremos una infusión de hojas de naranjo. Para el resto del día podremos disponer de dos latas de sardinas por persona y seis kilos de arroz.

—¿Seis kilos para cuarenta? ¿A cuánto salimos?

—A ciento cincuenta gramos.

—No es mucho…

—Es todo lo que hay. Bueno, le añadiremos las hojas de calabacera que podamos obtener y los productos que nos proporcione la huerta.

—¿Crees que se demorará mucho más el socorro?

—¿Cómo voy a saberlo? Imagino que si no han venido ya es porque esperarán refuerzos.

—Ojalá no se demoren demasiado. Martín, desde el punto de visto médico, los hombres ya no pueden resistir más. Y menos aún si disminuimos las raciones.

—Deberán hacerlo. No hay más remedio.

—No se trata de deber. El cuerpo humano tiene un límite y lo sobrepasamos hace tiempo. Los hombres, literalmente, lo han dado todo. Ya

no tienen nada que ofrecer a España. Solo su muerte.

28 de abril de 1899. Trescientos dos días de asedio

Ramón Boades se despertó de la breve siesta envuelto en sudor. Al incorporarse, y de manera instintiva, aguardó la acometida de *Luna*.

—¿En qué piensas? —preguntó Pedro Planas al verlo quieto y silencioso sobre el camastro.

—¿Qué? En nada… Es solo que a veces no recuerdo que la perra está muerta. Casi espero oírla ladrar.

—¡Caray! Olvida ya a la chucha.

—Si es por costumbre más que otra cosa. Sentí su perdida, cómo no, un animal tan cariñoso, pero más me dolió fallar al capitán. No pude cumplir mi promesa.

—Ahí fallamos todos, pero créeme, él lo entendería. —Pegó un par de manotazos para espantar varias moscas que le acosaban—. ¿Quieres unirte al coro? Vamos a cantar un poco en el jardín. No hemos practicado mucho los últimos días.

—Sí, hace tiempo que no interpretamos nuestro himno. Lo vamos a hacer fatal el día que desfilemos por Manila. —Ramón sonrió—. A malas, siempre podemos dejar que Pineda actúe solo.

—¿Pineda? No sé si podrá controlarse delante de tanta mujer.

—Cierto, yo siempre me lo he imaginado como un perro de esos que va por ahí cubriendo todas las piernas que pilla.

—Ja, mi tía tiene uno de esos. ¡Qué asco de perro! Quizá cuando vuelva me lo coma. No pongas esa cara. Solo es una broma…, pero pagaría por ver la cara que pone la vieja.

Mientras Pedro se reía de su propio chiste, Ramón no pudo evitar sonreír.

—¿Eso es lo primero que harás al volver? ¿Comerte al perro de tu tía?

—¿No querrás que me la coma a ella? Es una vieja bruja… debe tener el pellejo durísimo.

—Como nos oigan los frailes, verás… —dijo Ramón riendo.

—¡Quia! Si se enfadan, les daremos su parte.

—¿De qué os reís? —preguntó sorprendido el cabo Olivares—. No, casi que, viniendo de vosotros, prefiero no saberlo.

—Sí, mejor que no lo sepas —bromeó Ramón—. Anda, vamos al patio, que van a empezar a desafinar sin nosotros.

—¿Sin mí? No se atreverán.

Al llegar, Planas reunió en torno a él a los soldados francos de servicio. Solo algunos gorros de jipijapa, todos agujereados y deshilachados, recordaban que aquellos hombres pertenecían al Segundo Batallón de Cazadores del ejército español. La mayoría iban con el torso desnudo, con un apretado taparrabos y calzando los incómodos zuecos de madera. Unos pocos, más afortunados, llevaban unas simples abarcas fabricadas con la piel curtida de los carabaos. El teniente las custodiaba y las cortaba en persona, vigilando que no se desperdiciara ni un ápice.

—Venga, coristas. Vamos a ensayar, que el día menos pensado nos toca cantar el himno del batallón delante del capitán general en Manila.

—¡Nuestras ganas! —exclamó Luis Cervantes.

—No ha de tardar el día. Os lo digo yo.

—No te jugarás otros cinco pesos.

—Por supuesto que sí. Te aseguro que antes del diez de mayo estaremos libres.

—¿Van cinco?

—Van.

Cervantes se relamió ante la perspectiva de ganar dinero de manera tan fácil. Ya era la segunda apuesta que le sacaba. Mientras eran tiroteados, los españoles entonaron el himno. Como otras veces, y sin Pineda para guiarlos con su extraordinaria voz, el coro desafinó de tal manera que más parecía una riña de gatos.

—Ya está bien, panda de borregos. ¡Ya está bien! —Levantó los brazos como si fuera un mono enloquecido.

En ese mismo momento, una bala rebasó el muro clamando a la muerte. Los soldados, por costumbre, agacharon las cabezas. Planas soltó un gemido y se dejó caer de rodillas. Alzó el antebrazo derecho y contempló hipnotizado como la sangre resbalaba y goteaba sobre el barro.

—Rápido, hay que llevarle a que le curen.

Entre dos lo arrastraron hasta el dispensario y lo tumbaron sobre uno de los camastros libres. Bernardino le lavó la herida con agua cocida en hojas de eucalipto. Tuvieron que cogerle entre cuatro, pues pataleaba y vociferaba que le esperaban para cantar. Pese a las quejas, el médico le curó la mano. Examinó la herida y vio que podía mover los dedos:

—No es nada, es solo una laceración. Le ha afectado la región tenar, pero de manera leve. Puedes mover el pulgar sin impedimento alguno. Sé que usted no lo ve así y que no le gusta que se lo diga, pero…

—Sí, doctor… Mi maldita buena suerte. El patio está lleno de gente y me llevo yo el balazo. ¡Y ya van dos…! ¡Bendito sea mi ángel de la guarda!

30 de abril de 1899. Trescientos cuatro días de asedio

Manila

Higinio, al oír los primeros golpes, levantó ligeramente la cabeza durante un segundo, pero al sentir cómo la resaca martilleaba sus sienes, la dejó caer de nuevo sobre la almohada. Ignoró al que llamaba a la puerta en el piso de abajo y volvió a cerrar los ojos. Al ser el único de los realquilados que no había vuelto a la Península, el periodista presuponía que la inoportuna visita era para él. Deseó que la patrona no se encontrara en casa. El ruido de una cancela confirmó que sus anhelos, una vez más, no se habían cumplido. Maldiciendo, se incorporó en la cama, escuchó ecos de una breve conversación y como alguien ascendía y hacía crujir los viejos escalones de madera. Miró a su alrededor en busca de sus calzones. En la mesita, dos vasos y una botella vacía de licor de nipa daban cuenta de los excesos de la noche anterior. Por el suelo, junto al abrazador, que no había sido necesario, su ropa se mezclaba con prendas femeninas.

Unos nuevos golpes, más contundentes, sonaron al otro lado de su puerta. En la cama, la joven mestiza murmuró un par de ininteligibles palabras y se tapó la cabeza con la almohada. Su largo y liso pelo moreno sobresalía por el revoltijo de sábanas. Al moverse descubrió sus pechos, abultados y desafiantes. Higinio vio sus areolas oscuras, recordó envites pasados y sintió una nueva punzada de deseo.

—Señor Algar, abra. Me envían de Santa Potenciana a buscarle —tronó una voz precedida por otra llamada.

El periodista recogió una sábana y se la puso a modo de falda. De esta guisa se acercó a recibir a la visita.

—Buenos días —dijo con un hilo de voz.

—Buenos días —contestó un militar de poca estatura que lucía un enorme mostacho. Unas finas líneas rojas se le marcaban en las aletas de la nariz y en los ojos.

—¿Qué desea, sargento? —evidenció Higinio por las tres rayas amarillas de su bocamanga.

—El general De los Ríos quiere reunirse con usted.

—¿Qué hora es? —El periodista entornó los ojos para evitar la luz directa.

—Ya han pasado las burras de la leche hasta en Madrid.

—¿Sabe qué quiere?

—No acostumbra a compartir sus opiniones conmigo.

—Bien, deje que me vista y salgo enseguida. —Intentó entornar la puerta, pero el sargento apoyó la mano y se lo impidió.

—¡Espere! ¿No ofrece nada a un viejo soldado? —Señaló con la cabeza hacia el centro de la habitación. Higinio no sabía si se refería a la mujer o al licor—. Hace tanto calor —aclaró.

El periodista se acercó a una estantería, cogió una botella de vino aguado que le habían vendido por Valdepeñas auténtico y se la tendió.

—No se la beba de una, que es buen vino.

El suboficial la cogió con un gesto de agradecimiento y se la metió bajo la guerrera. Le quedaba tan justa que no la disimulaba.

—¡Ah! Un consejo, amigo: no se le ocurra presentarse con ese aspecto ante el general.

—¿No le gustan las faldas? Pensaba ponerme un sombrero a juego. —Cerró de un portazo y maldijo su exceso alcohólico, al sargento, a un par de santos y a la madre del general.

Un rato después, con la cara lavada y rasurada, vestido con el único traje limpio que tenía y con la cabeza a punto de estallar, Higinio Algar salió del pequeño cuarto que alquilaba. A pesar de las protestas de su acompañante, se detuvieron para tomar un café que el periodista, con la boca pastosa, fue incapaz de saborear. Al llegar a la sede la de la Comisión Liquidadora, el sargento desapareció unos minutos en el cuerpo de guardia y volvió descargado y con mejor humor.

Tras esperar unos minutos, fue recibido de nuevo por el flemático y circunspecto teniente coronel Aguilar, que, sin hablarle, le condujo hasta su superior. Desde la antesala del despacho oyó el poderoso vozarrón del general gritando a los miembros de su Estado Mayor. Aguilar le hizo aguardar fuera y pasó a presentarlo. El corresponsal oyó cómo De los Ríos le llamaba «plumilla desagradecido» y ordenaba que le hicieran pasar.

—Buenos días, mi general.

—¿Buenos días? Hace semanas que no disfruto uno. ¿Es consciente de la avalancha de trabajo que me ha caído encima?

Higinio arrugó la frente, los bramidos del militar se le clavaban en las sienes como si fueran cientos de alfileres.

—La pandilla de incompetentes que estaba al mando dejó todo pendiente. Hay montañas de asuntos por resolver… Y usted no me lo pone nada fácil. Sí, usted, no ponga esa cara de sorpresa. Sabe perfectamente de lo que le hablo.

—Pero, mi general…

—¡Siempre incordiando con el dichoso destacamento de Baler! ¿Sabe cuántos soldados tengo bajo mi mando? Miles. ¿Sabe cuántos han caído prisioneros de los indios o de los americanos? Miles. ¿Sabe lo que cuesta negociar con dos bandos que están en guerra entre sí?

—Excelencia, yo no digo que usted esté desocupado, solo clamo porque alguien ayude a esos hombres desdichados. Todos los han abandonado.

—¿Abandonados? ¡Y un cuerno! ¿No les envié al capitán Olmedo? Rehusaron seguir mis órdenes. Le repito que algo huele a podrido en Baler. No es normal esa terquedad. Algo esconden.

—Eso no lo sabremos hasta que los liberemos.

—De eso quería informarle. Estoy gestionando ante los americanos, con ayuda de su excelencia reverendísima el obispo Nozaleda, el envío de una nueva misión a Baler.

—Ya era hora —dijo Higinio sin poder reprimir sus sentimientos más íntimos. El general lo miró fijamente con unos ojos fríos e insondables que hubieran hecho temblar a todo un regimiento de caballería. El corresponsal no tardó en arrepentirse de sus palabras y, sumiso, bajó la cabeza.

—Mientras llega el momento quiero que deje de escribir esos artículos recriminatorios. Sepa que he tenido que calmar a varios oficiales que exigían batirse en duelo con usted. Les dije que aunque tuviéramos distintas opiniones, todos estábamos en el mismo barco. ¿Es así?

Antes de responder, Higinio se rascó la barba y miró al general, que sonreía con discreción, disfrutando, sin duda alguna, del aprieto en que había metido a su oponente. Su velada amenaza no le dejaba muchas opciones. No quería batirse con la oficialidad española que aún estaba en Manila. Tenía todas las de perder. A cambio debía silenciar sus palabras… Eso no gustaría nada a su director. Para él, que no quería convertirse en un mártir de la prensa, la solución estaba clara, pero debía al menos mantener las formas.

—¿Hasta cuándo deberé acallar mis críticas?

—Hasta cuando haga falta —contestó tajante el general, que ya no se molestó en disimular su sonrisa.

—De acuerdo —susurró con un hilo de voz.

—¿Cómo dice?

—Que de acuerdo. Todo sea por ayudar a la patria.

—Sí, por ayudar a la patria —repitió De los Ríos.

2 de mayo de 1899. Trescientos seis días de asedio

Baler

Los tres presos, al oír cómo se deslizaba la barra metálica del cerrojo, se volvieron para contemplar a sus antiguos compañeros. La puerta se abrió sin emitir sonido alguno y una ráfaga de aire limpio renovó la pestilente atmósfera del antiguo baptisterio. El olor a heces, orín, sudor y roña envolvió a los soldados que ejercían de carceleros. La hedionda miasma en la que los tres traidores subsistían superaba con creces a la que había dominado la iglesia en los primeras meses de sitio. Al ver la escasa y pobre comida que les servían, Alcaide se levantó de su silla, y señalando el plato con la uña rota y mugrienta de su índice, dijo:

—¿Qué mierdas es eso?

—El mismo rancho que el resto del destacamento. Más de lo que mereces, maldita alimaña —le respondió el cabo Olivares, que día tras día debía sufrir el trato del reo díscolo y cada vez lo soportaba menos.

—El teniente va a hacer que nos maten a todos.

—¡Cállate! No empieces con tus monsergas.

—¡Qué perro más fiel has resultado!

—¿Quieres quedarte sin comer otra vez?

—¡Llévatelo! —El cabo retiró su plato y se lo tendió a Castro, uno de los dos soldados que lo acompañaban—. Apenas os queda comida. No tardaréis en rendiros… Entonces se girarán las tornas… Y me vengaré. Empezaré por el teniente, pero también me acordaré de ti. —Alcaide sonrió, y en su rostro cubierto de inmundicia, Olivares vio el semblante del mismo diablo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Sabía que las amenazas del desertor podían resultar ciertas en un futuro quizá demasiado cercano.

—Jiménez, vacía el orinal. Y tú, Alcaide, a ver cuándo asumes que eres el único culpable de tu destino.

—¿Qué? —El prisionero enrojeció de ira, dio un paso y golpeó con el pie descalzo la lata casi llena de excrementos justo en el momento en que el soldado andaluz se agachaba a recogerla. Al verlo cubierto de inmundicias, se

rio con frenéticas y resonantes carcajadas. Jiménez se incorporó y, apretando los puños, se lanzó contra el reo, pero el cabo le cogió por los hombros y lo retuvo.

—Tranquilo, Jiménez. Ya las pagará todas juntas.

—¡Suéltame, Olivares! ¡Suéltame por Dios! Este cabrón se va a llevar una buena.

—Déjalo que venga —gritó Alcaide con los brazos flexionados y los puños en alto.

—No merece la pena. Tranquilízate, Jiménez. Castro, cojones, espabila y ayúdame. —Entre los dos sacaron al cazador enfurecido, con el torso brillante y húmedo por el agua fecal. Cerraron la puerta de golpe y Alcaide, sin dejar de reír; cojeó hacia su silla, pero no se sentó.

—¡Qué poco os queda! —gritó eufórico—. Mi hora esta cerca. ¡Muy cerca! Entonces nos veremos las caras tú y yo, teniente. Voy a hacer que te tragues tus dos estrellas. Mi hora está cerca. ¿Me oís? Mi hora está cerca…

Continuó con su diatriba, acordándose del teniente y de cuantos cazadores se habían cruzado en su camino. Reía y planeaba a berridos su cercana venganza. Después de un rato en que nadie le interpeló, Alcaide fue bajando su tono hasta que por fin se calló. Contempló a sus compañeros de desdicha relamer el plato y, asintiendo, se sentó a esperar el momento que sabía que no tardaría en llegar.

4 de mayo de 1899.
Trescientos ocho días de asedio

Después de la cena, compuesta por unas hojas de calabacera y un puñado de arroz, Ramón, Loreto y otros dos soldados pasaban el tiempo jugando al birlo con un conjunto rudimentario fabricado con maderos y mucha paciencia. A su lado, un pequeño grupo de cazadores charlaba. Sentados sobre antiguas latas de comida ya oxidadas, escuchaban absortos unas historias de Pineda que intuían inventadas, pero que disfrutaban tanto como si fueran ciertas. El resto de los soldados libres de servicio estaban afanados en tareas solitarias, remendando o limpiando sus escasas pertenencias.

A las ocho en punto, el padre Minaya hizo sonar una campanilla. Los hombres respondieron con la misma rapidez que si hubiera tocado la corneta. En silencio, cesaron sus tareas o diversiones y se dirigieron al altar de la iglesia. Como cada día desde hacía casi trescientos, los hombres iban a rezar el rosario. En sus manos huesudas y callosas se veían pequeñas medallas de imágenes que representaban a María Santísima. Los que estaban de guardia se arrodillaron en sus puestos, apoyaron los máuseres contra la pared y los cambiaron por sartas de cuentas de madera. Todos los rosarios, pobremente trabajados, con cruces de metal barato, ennegrecidos por el uso constante, representaban para los soldados el mayor nexo con su patria. Ni uniforme, ni bandera, nada les era tan querido como aquellos trozos de madera entregados por sus madres en la postrera despedida.

Recitando *ora pro nobis* se fueron sucediendo, a la vez que las cuentas caían, los cinco misterios dolorosos de la vida de Jesús, padrenuestros, avemarías, jaculatorias y gloriapatris. Los hombres, en un principio, rezaban por fe y por la educación recibida, pero conforme avanzaban los días del sitio, olvidados por todos, se refugiaban en la oración para sentirse amparados en medio de aquella profunda soledad. Buscaban recuperar el arraigo perdido y superar así el vértigo que les ocasionaba saber que su patria los había abandonado en mitad de la selva filipina.

Al terminar el rezo, los soldados continuaron con los quehaceres interrumpidos que estaban haciendo justo antes de la llamada de la campana. Loreto, cabizbajo y con el rosario colgando de sus manos, se quedó pensativo en uno de los bancos próximos al altar. Minaya se acercó y se sentó a su lado.

—¿Te aflige algo, hijo?

El soldado levantó la cabeza sorprendido y no supo qué responder.

—¿Cómo dice?

—Sabes que, si necesitas hablar, puedes contar conmigo o con el padre López. Te noto taciturno. ¿Te aflige algo?

—Estoy en un día de esos en que los recuerdos se adueñan de uno.

—¿No te ha revitalizado el rezo del rosario? —Loreto miró al sacerdote, pero no contestó—. Si te dejas llevar y no lo sientes, no es efectivo —añadió, interpretando con acierto la mirada del soldado.

—¿De veras lo es, padre?

—Por supuesto, es efectivo tanto para el grupo como para la persona. ¿No ves a tus compañeros? Terminan la oración henchidos de valor, rebosando esperanza. Ten por seguro que la Santísima Virgen nos protege. Sal a la trinchera exterior y contempla los muros del edificio. Están repletos de agujeros. ¿Y cuántas bajas hemos tenido por herida de bala? O el otro día, que no explotó aquella bomba de metralla junto a la formación. Ten por seguro que la Inmaculada nos ha de sacar con bien de aquí.

—Eso es lo que quiero yo, salir de aquí de una vez.

—No te tortures en querer ver un final a todo esto. Ha de llegar. Preocúpate del día a día, y cuando menos lo esperes, nos liberaran. No te ahogues pensando en que ya no aguantas más aquí. Mañana, al rezar el rosario, piensa en tu madre, que, a miles de kilómetros, lo rezará y rogará por lo mismo que tú.

El soldado suspiró y se encogió de hombros.

—Ojalá tuviera su fe. La he perdido en el momento que más falta me hace.

—Al revés, Loreto. Le has dado la espalda a tu fe en el momento en que más deberías tenerla presente. No te ha olvidado Dios, tú le has abandonado a él.

—No, padre. No me líe con juegos de palabras. Soy hombre de campo, sin estudios. Soy presa fácil para alguien como usted.

—No se trata de enredar a nadie, Loreto. Tienes que entender que la culpa de que estemos aquí encerrados no es de Dios, sino de las personas. No pierdas la fe en el Señor a causa de la locura humana.

—Entonces ¿de qué sirve tanto rezo?

—Déjame que te pregunté yo a ti. ¿Solo rezarás al Todopoderoso cuando seas feliz? ¿Lo ignorarás si la vida se tuerce?

—¿Y por qué me ignora cuando mi vida se tuerce? Ahora más que nunca necesito su amor y comprensión.

—Entonces este es el momento de orar; al hacerlo, entregas tu alma a Cristo, creas una intimidad con él y se produce un encuentro que te transforma. Al crecer hacia Dios, cultivas los dones del Espíritu Santo, los que menciona San Pablo en su carta a los Gálatas: amor, paciencia, fidelidad…

—Y después de más de trescientos días seguidos rezando, que no me olvidé ni los días que estuve postrado, ¿no he intimado bastante? Si debería ser mi mejor amigo, jamás he hablado tanto con nadie.

—Pero hijo…

—No, padre, no me enrede con más palabras. Ya lo tengo claro.

—¿Abandonarás a Jesucristo?

—Creo en su existencia, igual que creyeron mis padres, quizá por eso, pero no voy a perder más el tiempo con el rosario.

—Nunca se pierde.

—Yo creo que es como cortejar a una mujer que no te hace caso. ¿A qué seguir gastando energías?

7 de mayo de 1899.
Trescientos once días de asedio

Una hora después de que amaneciera, los filipinos iniciaron un nutrido fuego de fusilería contra la posición española que, siguiendo su estrategia cotidiana, solo respondía cuando avistaban un posible blanco. El grupo de tiradores selectos, que Martín Cerezo había aumentado a ocho miembros, causaba estragos entre los insurrectos.

El doctor Vigil, que era el oficial de cuarto, comprobó que los tagalos se limitaban a un tiroteo estático, acompañado por alguna descarga esporádica de su pieza de artillería. A la hora habitual, mandó que se preparara la sencilla infusión que pasaba por desayuno y, como Martín había ordenado, mandó que le despertaran. A los pocos minutos, el teniente, aseado, con el pelo y el bigote perfectamente peinados y enfundado en un uniforme raído, se reunió con Vigil en la mesa que compartían. Vila, que según costumbre ya estaba preparado, les sirvió una generosa ración de agua cocida con hojas de naranjo.

—¿Cómo ha ido la noche, Vigil?

—Tranquila. Comenzaron este fuego después del amanecer, pero se limitan a tirotearnos desde sus trincheras. Deben de haber recibido refuerzos, porque la tropa me ha confirmado que han causado casi una decena de bajas… Y solo llevamos un par de horas de luz.

—Carne fresca. Perfecto. Vendrá bien para subir la moral. Me gusta esta repentina prisa que le ha surgido al enemigo. Confirma mis augurios. Eso solo puede significar que el vapor está por reaparecer. —Sorbió de su taza y, al quemarse con el agua caliente, realizó una mueca y escupió la bebida al suelo.

—Cuidado, Martín. Si la tropa ve que te quemas, van a pensar que eres humano.

—Tienes razón. Un buen oficial no muestra nunca sus debilidades.

—Tan solo bromeaba.

—¿Y qué te hace pensar que yo no?

El comentario de Martín quedó en el aire, pues en ese instante una bala, fiel al propósito de su creación, penetró por una ventana, rebotó en la pared e impactó en la espalda de un desgraciado muchacho que hacía guardia en el coro. El eco de su lamento recorrió la nave de la iglesia. Martín y Vigil se

levantaron con tanta rapidez que tropezaron con la mesa y volcaron una de las tazas.

—¡Han alcanzado a Santa María! ¡Llamad al doctor! —gritó su compañero.

Santa María se retorcía en el suelo entre jadeos y quejas. De su espalda manaba un torrente que formaba un reguero rojo y descendía hacia la escalera. De hinojos junto a él, buscando palabras de consuelo que no encontraba, José Jiménez sujetaba su mano. Al ver al médico, pidió auxilio. Su voz, quebrada por la emoción, sonó como un instrumento desafinado.

—¡Doctor! Haga algo, por favor.

Vigil se arrodilló para examinarlo, pero la camisa de la enfermería que este llevaba puesta, empapada de sangre, le impedía trabajar. Intentó romperla, pero los gemidos de Santa María le disuadieron. Buscó en sus bolsillos y sacó un pañuelo limpio que oprimió contra el orificio de bala.

—Jiménez, sosténgalo usted. —El soldado puso su mano con suavidad—. Presione con fuerza. Hay que impedir que pierda más sangre. —Vigil se levantó con tanto ímpetu que casi choca con uno de soldados que estaban detrás—. Martín, debemos trasladarlo al dispensario. Vosotros dos, cogedlo por las piernas y vosotros dos por los hombros, pero del revés, con la espalda hacia arriba. ¡Apresúrese! Jiménez, manténgalo apretado. ¡Déjenles paso!

El grupo se abrió para franquearles el camino. A su orden, los improvisados camilleros lo levantaron y bajaron las escaleras. Ante la rudeza de los movimientos, el herido, con los dientes apretados, emitió un quejido lastimero. Los oficiales se apresuraron a seguirlos, primero el doctor, detrás un compungido Martín. Mientras descendían, le preguntó por la gravedad de las lesiones.

—Tengo que examinarlo. Apenas he podido ver nada, pero me temo lo peor. La bala está alojada demasiado cerca de la médula espinal. Ahora, si me disculpas… —Y el doctor, olvidándose de todo menos de su nuevo paciente, aceleró el paso para alcanzar a los hombres que lo llevaban a la enfermería.

—Sí… Claro, vaya, vaya —contestó Martín a pesar de que se había quedado solo.

Ya en el suelo de la nave Martín se detuvo y los vio entrar en la enfermería. Él no podía ayudar. Sacudió la cabeza al pensar en la mala suerte que había tenido el pobre muchacho. Santa María era un buen chico que no había terminado de encontrar su sitio entre sus compañeros y que lo había pasado especialmente mal. Una injusticia, ahora que estaba tan cerca el final… El sonido de una gotera le distrajo de sus pensamientos. Sorprendido,

levantó la cabeza y observó que, del suelo del coro, a través de una ranura entre dos tablones, se colaba un líquido. Dio unos pasos, estiró la mano y notó con horror que era sangre. Aun así, antes de retirarla, dejó que varias gotas impactaran sobre ella, contempló su color y las sopesó en silencio. No era suya, pero la sentía como propia. Otro de sus hombres había caído herido de gravedad.

—Ustedes dos —ordenó a dos soldados que bajaban la escalera—, traigan unos cubos de agua y limpien la sangre del suelo del coro. Déjenlo inmaculado, como si nunca se hubiera manchado.

8 de mayo de 1899.
Trescientos doce días de asedio

Posiciones filipinas en torno a la iglesia

—Venga, vamos. No os hagáis los remolones.

Novicio Luna, con el revólver en el cinto, guiaba a través de las fortificaciones a los tres nuevos artilleros. Entrenados por prisioneros españoles, habían llegado el día antes desde Malolos gracias al general Llanera. Caminaban por la trinchera sin prisa, pues, aunque eran nuevos en el pueblo, no había tardado en enterarse del destino de sus predecesores.

—No os preocupéis. Este *bahay* está fortificado de manera especial. Enseguida lo comprobareis. Hemos traído desde Cabanatuán unas placas de hierro y las hemos adosado a las cañas. No veáis lo que pesan. Son así de gordas. —Marcó el grosor con el índice y el pulgar—. Hemos tenido que poner muchas vigas de refuerzo. Pero ha valido la pena. Ya lo veréis.

Continuaron andando en silencio. A su paso, los soldados balereños los saludaban con respeto y alegría y les regalaban buyo, tabaco y frutas. Confiaban en ellos para desterrar la guerra de su pueblo de una vez para siempre.

—Mirad. Ya hemos llegado. —La casa cruzaba por encima de la zanja. En el suelo había una trampilla por la que descendía una escalera de mano.

—No veo nada distinto, *kapitang*.

—Claro, muchachos, de eso se trata. Anda, no tengáis miedo y seguidme. Yo subiré primero.

El *bahay* estaba compuesto por una única y amplía sala. A un lado había una mesa, sillas y varias hamacas y al otro estaba el emplazamiento del cañón. El sargento al mando se acercó y comprobó que habían realizado un trabajo excelente. Habían cortado la placa de metal, dejando un agujero con el tamaño adecuado para que cupiera la boca del arma y se pudiera mover. Además, había aspilleras para que ellos apuntaran.

—No perdamos el tiempo. Preparadlo. Comprobaremos si este emplazamiento es seguro.

Lo cargaron y esperaron la señal de fuego. A una orden del capitán, el arma tronó y lanzó su diabólica carga. Los artilleros cerraron los ojos, dos se santiguaron y Novicio palpó su amuleto. Enseguida llegó el contraataque de los sitiados y varios impactos repiquetearon en las protecciones de hierro. La fortificación resistió sin inmutarse. Los balazos ni tan siquiera la abollaron.

—¿Veis? Os lo dije —comentó Novicio al tiempo que soltaba el *anting-anting*—. Haced fuego a discreción.

Los artilleros continuaron con el bombardeo. Disparaban y al instante llegaba la respuesta hispana, pero no pasaba de un fuerte repiqueteo, preciso y rápido, pero inútil. Tras diversos disparos infructuosos, una bala con cabeza explosiva salió proyectada desde la vivienda, cruzó por encima de los naranjos de la plaza e impactó en la parte superior del baptisterio, justo encima de la tronera central, y provocó su desplome inmediato.

—¡Los taos han derrumbado el calabozo! —advirtió Manuel Menor de manera innecesaria, pues el estruendo había llamado la atención de todo el destacamento.

En cuestión de segundos los soldados se arremolinaron alrededor suyo. Cabizbajos, contemplaron las ruinas en silencio mientras pensaban en los que habían sido sus compañeros y en la doble desgracia que habían padecido. Aún no se había movido nadie cuando escucharon unos débiles gemidos.

—¡Parece que hay alguien vivo!

—¡Vamos a sacarlos!

—Formen dos filas —ordenó el teniente— y retiren los escombros y pásenlos. Los acumularemos ahí. Mir, avise al doctor. Necesitarán su ayuda.

Conforme retiraron los bloques de piedra, descubrieron que los reos estaban vivos; contusionados, doloridos y cubiertos de polvo, pero enteros. Los mismos escombros que les habían enterrado les habían servido de escudo contra la explosión. Colocaron tres catres en mitad de la planta de la iglesia y los atendieron allí. Por si acaso, el teniente ordenó que les pusieran grilletes.

Vigil, mientras su asistente se quedaba al cargo de la enfermería, les limpió las heridas con rapidez. El cabo González tenía, además de múltiples rasguños, una laceración leve en el brazo derecho. José Alcaide presentaba una contusión en la región subclavia izquierda. En cambio, el soldado Antonio Menache había salido bien parado y solo sufría erosiones en la cara, sobre todo en las mejillas. Aunque su aspecto era horripilante, parecía como si le hubieran pasado los carrillos por la piedra de un afilador, sus lesiones eran de una levedad asombrosa.

Entretanto, Martín Cerezo dirigía el desescombro del calabozo. Cuatro hombres hacían acopio de los materiales que se habían retirado y podían ser reutilizados y otros dos se afanaban en despejar el baptisterio para comenzar su reconstrucción. El ajetreo de la tropa era incesante. Trabajaron todos los hombres capaces de andar, pues la brecha debía ser tapada lo antes posible. Y lo reparaban al tiempo que soportaban el tiroteo enemigo. Animados por el éxito conseguido, el mayor hasta la fecha, lo habían recrudecido y disparaban hasta los viejos cañones de avancarga.

Alcaide, a pesar de la herida en la clavícula, se incorporó y contempló el trajín existente en la nave de la iglesia. Apenas sentía dolor, pues comenzaba a notar los efectos de la solución de cocaína. Miró sus grilletes, viejos y oxidados, y supo que era su oportunidad. Necesitaba algo afilado para hurgar en la cerradura. Enseguida supo dónde encontrarlo. Rezó para que el médico realizara un nuevo viaje al dispensario. Era posible, ya había tenido que ir dos veces. Tan solo debía esperar. Aguantó mordiéndose las uñas mientras la ansiedad le reconcomía los nervios, pero el doctor ya terminaba y parecía que no iba a necesitar nada más. Al fin, Vigil frunció el ceño, murmuró algo y se levantó. Lo vio alejarse y lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista. Se le escapó un suspiro de alivio tan fuerte que creyó que todo el destacamento se volvería a mirarle. Después de confirmar que nadie se fijaba en él, se acercó al maletín del doctor y sustrajo un pequeño escalpelo. Despacio, con el hurto escondido, volvió al catre y se sentó, poniendo los pies sobre la cama. Sus dos compañeros de calabozo se removieron inquietos. Alcaide les mandó callar y prometió que les daría el bisturí en cuanto él hubiera terminado.

Con la complicidad de los dos presos, recogió la manta y la estiró para taparse con ella hasta los tobillos, con buen cuidado de cubrir los grilletes. Levantó la vista y comprobó que todos los soldados seguían con sus tareas y que nadie le prestaba atención. Con el corazón desbocado, comenzó a hurgar con la punta del bisturí en la cerradura de uno de los grillos. Lo que, dado el estado del hierro que lo aprehendía, parecía una tarea fácil, se prolongó durante demasiado rato. Alcaide, con las manos empapadas de sudor, alternaba el trabajo en la cerradura con miradas ocasionales a su entorno. Después de unos minutos eternos y agotadores, desistió. Hastiado, se tumbó y contempló asqueado cómo sus compañeros reconstruían el baptisterio. Aquel maldito calabozo de apenas cuatro metros cuadrados. El odiado teniente inspeccionaba todo el trabajo, la nueva puerta, la calidad del mortero, la colocación de las piedras. Aquel condenado oficial… Se levantó de golpe,

furioso y determinado, ignoró las quejas de los otros dos desertores, que exigían el escalpelo, y probó de nuevo suerte, pero fue inútil. No pudo, ni con la mucha rabia que sentía; apretó con tanta fuerza el mango que se levantó la piel de la palma de la mano. Descorazonado, cambió y probó con el otro. Hurgó con el filo en el cerrojo, intentando colarlo por la ranura destinada al llavín, y de repente, sin saber cómo, escuchó un crujido metálico, un suave sonido que le sonó como las puertas del Paraíso al abrirse. La tensión sobre el tobillo derecho se suavizó y pudo, por fin, retirar el perno que lo atrapaba. Reprimió un alarido de alegría, miró alrededor y verificó que nadie había sido testigo de su triunfo. Se giró hacia sus compañeros e hizo un gesto negativo. Decidido a fugarse de ese infierno, enrolló lentamente, con una doble vuelta, la cadena sobre su pierna izquierda. Al finalizar, ajustó un extremo de la argolla abierta dentro de la otra y la cerró. Así podría correr con libertad sin que la cadena y la abrazadera le golpearan.

Alcaide tuvo la sangre fría de esperar hasta que una hora después se iniciara el reparto de la comida. Mientras aguardaba y fingía trabajar en la apertura del grillete, estudió la iglesia en busca de una vía de escape. Se decantó por una ventana que, aunque no se encontraba muy cercana, no tenía vigilancia. Encuadrada a cierta altura en el muro del este, a unos quince metros del catre; solo se podía acceder mediante una escalera de mano que conducía a un andamio.

A la hora del rancho, la mayoría de la tropa va al patio a recogerlo. Alcaide no espera más y, con el escalpelo en la mano, dispuesto a clavárselo a quien intente detenerle, corre acompañado de un tintineo metálico hacia la libertad. El padre Juan, que lleva agua a los hombres que reconstruyen la celda, lo ve y grita. Los otros dos desertores, al comprender que huye sin ellos, lo insultan y maldicen. El resto de los soldados tarda unos segundos en reaccionar. Jiménez suelta la piedra que sujeta y corre detrás de él. Les separan varios metros, pero confía en su mejor forma para atraparlo. Aunque los dos aprietan el paso, la distancia se reduce. El andaluz lo tiene a su alcance. Es casi suyo. El prófugo salta, sube al tercer peldaño y asciende veloz, mas no lo suficiente y le agarra por un tobillo. Olivares, que ha cogido su máuser, le grita a Jiménez que se haga a un lado. Este duda y Alcaide se aprovecha, le cocea y consigue liberarse. El cabo, que había levantado el fusil, vuelve a apuntar con rapidez y dispara. Ya encaramado en la ventana, Alcaide siente el polvo que provoca la bala al impactar contra el muro. Se deja caer por el vano y salva los tres metros que le separan del suelo con una agilidad sorprendente. Martín Cerezo ordena a los centinelas que lo abatan.

No debe llegar a la línea enemiga. El que vigila la trinchera de la puerta principal corre por la zanja, tira en dos ocasiones y marra. Otro cazador, desde la pared situada detrás del altar mayor, dispara una vez. Tiene un ángulo de tiro muy malo y falla, aunque él asegura que el reo se tambalea. Aun así, Alcaide llega jadeando a las fortificaciones filipinas y salta dentro.

Nadie los acusó y ni tan siquiera llegó a mencionarse, pero todos sabían que a los centinelas, expertos tiradores, les tembló el pulso, pues no querían matar a uno de los suyos. No tardarían en arrepentirse de no haber mostrado más determinación.

José Alcaide cayó a la zanja y rodó por el terraplén. Al levantarse, vio a varios rebeldes que le apuntaban. Dejó caer el escalpelo y alzó los brazos en señal de rendición. Intentó comunicarse con ello mediante las pocas palabras de tagalo que sabía:

—Yo *mabuti tao… mabuti tao*. —Se golpeó el pecho con la mano que se había herido antes—. *Patay kastila ako, patay kastila ako*. —Y para refrendar su odio a muerte a sus antiguos compañeros escupió hacia la iglesia—. ¿Alguien habla español?

Uno de los soldados dio un paso.

—Tú ir *kapitang*. Ven, ven…

—Sí, iré con tu capitán. Tengo mucho que decirle.

No les dio tiempo a llegar al cuartel general; Novicio había visto la deserción y había ido a buscarle. Al ver al español, le saludó tocándose el ala de su sombrero Adolfo.

—Buenos días.

—Te conozco. Tú eres Novicio. ¿Estás al mando?

—Aquí las preguntas las hago yo, kastila, pero sí, estoy al mando de las tropas filipinas.

—Estupendo, tengo tantísimo que contarte.

—Me alegro, pero antes… cachearlo. —No llevaba ropa donde esconder nada, tan solo el taparrabos que le quitaron de un tirón—. Bien, devuélveselo.

—Te aseguro que si llego a tener un arma me cargo al teniente.

—Sígueme a mi *bahay*. Allí hablaremos tranquilos. —Se marcharon escoltados por un grupo de curiosos. En la vivienda del capitán filipino solo entraron el español, el teniente Roa y él—. Siéntate. ¿Quieres algo de comer o beber?

—La comida puede esperar a que terminemos. Hay temas más urgentes. Lo que sí me gustaría es echar un trago.

—Roa, trae nipa y sírvenos.

Alcaide se bebió dos vasos antes de comenzar. El primero sin respirar, el segundo lo retuvo en la boca y lo saboreó. Le rascó la garganta, pero lo disfrutó igualmente. No hizo falta que le preguntaran, igual que un torrente de montaña en primavera, vertió un fresco caudal de información. Durante casi una hora relató los hechos más importantes que habían acontecido en la iglesia en los últimos meses. Después reveló cómo estaban las defensas y la situación actual del destacamento.

—Así que el energúmeno ese de Martín se encuentra al mando. Eso me aclara muchas cosas.

—Mientras estuve en el calabozo, no tenía otra cosa que hacer que conjeturar toda clase de planes. No saldrán vivos…

Novicio, convencido del odio del desertor, se confió a él. Sabía que era la mejor baza que tenía.

—Explícate.

—Para empezar no usáis el cañón correctamente. Yo serví en el cuerpo de artillería. Déjame a su cargo y te prometo resultados en menos de dos días. Conozco dónde se puede hacer más daño, aunque deberéis cambiar la pieza de sitio. No está bien emplazada.

—Pero ese *bahay* está fortificado con placas de hierro. No sé cuánto nos costará moverlas.

—No te preocupes y muévelo a una casa de esta zona. —Señaló en un torpe y poco detallado plano que tenía Novicio sobre la mesa—. Ya me ocuparé de idear algo que nos proteja mientras disparamos.

—¿Y qué más has pensado?

—Paso a paso, *kapitang*. Déjame que disfrute mi venganza. Como el buen vino, hay que saborearla sin prisas. Ya te informaré. No quiero dejar de serte útil el primer día. Puedes estar tranquilo, comprende que mi futuro y mis ansias pasan por el completo aniquilamiento de mis compañeros…

9 de mayo de 1899. Trescientos trece días de asedio

Poco después de la medianoche, Alcaide inició su venganza. Vigilado de cerca por un par de soldados, se encaramó a lo alto de la trinchera y contempló el perfil de la iglesia con desdén. Con la seguridad que le proporcionaba la oscuridad, comenzó a ajustar cuentas con sus antiguos camaradas:

—¡Cazadores! ¡Vais a morir todos! Ninguno de vosotros sobrevivirá. Vuestro fin está cerca. Teniente… Martín, para ti tenemos reservado algo especial. ¡Vas a pagar por todos y cada uno de los días que me hiciste pasar en ese maldito agujero! ¡Sufrirás más que ninguno!

Los sitiados escucharon aterrados sus siniestros presagios. Conocían el odio que Alcaide había engendrado contra ellos. Su moral, que languidecía con el paso del sitio, se desplomó. Sabían que el desertor iba a comunicar, si no lo había hecho ya, todas sus debilidades al enemigo. Apenas durmieron, pues Alcaide les mortificó toda la noche. Cada cierto tiempo se levantaba y les escupía su bilis; gritaba amenazas y anticipaba sus futuros desmanes. Poco antes de que aparecieran las primeras luces del día, barruntando la posibilidad de que le metieran un tiro en los pelos que tenía entre ceja y ceja, Alcaide se marchó a comer algo y dormir unas horas, pero no muchas: tenía planes para ese mismo día.

Al repartir el rancho, Martín Cerezo y el doctor Vigil de Quiñones notaron que los hombres apenas dialogaban. Se sentaban como siempre, en pequeños grupos, pero casi todos masticaban las hojas de calabaza en silencio, cabizbajos, y respondían con monosílabos al compañero que intentaba mantener una conversación. Los oficiales, preocupados por la densa atmósfera, se quedaron con ellos, hablando de temas triviales. Sus voces volaban sobre el patio y arrastraban por el aire palabras que nadie escuchaba. Martín al ver a sus cazadores derrumbados, cual toros de lidia ya estocados que esperan la puntilla, se levantó, avanzó un par de pasos y dio tres fuertes palmadas.

—¿Qué les pasa? ¿A qué vienen esos rostros tan amargados? ¿Qué tienen?

Nadie contestó. La mayoría se limitó a bajar la cabeza y mirar hacia otra parte.

—Boades, dígame qué les pasa. Jamás les había visto tan abatidos. —Ramón miró a sus compañeros y dudó si era conveniente exponer sus pensamientos—. Explíquelo sin tapujos, no tenga miedo. Sé que nunca lo tiene.

—Verá, mi teniente. Es por la fuga de Alcaide.

—¿Por su fuga? ¿Tantas ganas tenían de fusilarle?

Boades sonrió. Aunque espontáneo, su gesto fue demasiado efímero.

—Ahora él está con los taos. Usted es el oficial al mando, sabe mejor que nadie lo que eso significa.

—Sí, pero no sé qué significa para ustedes. ¿Tienen miedo de sus amenazas?

—Es de cuidado… Testarudo como ninguno.

—Ja, esta sí que es buena. ¿Acaso usted no lo es? ¿Acaso no lo son todos? Les recuerdo que si las cuentas de mi diario no fallan, llevamos trescientos trece días asediados. El ánimo de ese miserable se quebró hace semanas y el suyo aún sigue fiel al juramento que hicieron. Es él quien debería temeros. Sabe mejor que nadie que no nos rendiremos. Tendrán que venir a sacarnos. ¡Que vengan! Les estaremos esperando.

Los cazadores observaron a su oficial. Muchos de ellos, incluidos Boades, asentían con la cabeza. Otros le contemplaban callados, masticando aún sus razonamientos.

—Pero, mi teniente… —intervino Josep Pineda.

—¿Sí? Dígame, dígame.

—Solo es que… lo primero que habrán hecho los taos es interrogar a fondo a Alcaide. Y no creo que hayan tenido que pincharle mucho para que les ponga al día de cómo nos encontramos.

—Esa maldita rata traidora —murmuró el cabo Olivares.

—¿Eso es lo que les inquieta? Desde luego, qué preocupaciones más nimias tienen ustedes. ¿Qué les habrá dicho a los indios que no sepan ya? ¿Que tenemos poca comida? Sufrimos ya diez meses y medio de asedio. Es obvio. Hace semanas que nos ven cazar cualquier animal que se acerca a la iglesia.

—Pero les habrá descrito nuestras fortificaciones…

—¿Y? ¿Acaso ahora son menos infranqueables? ¿Los fusiles van a perder eficacia? ¿Va a perjudicar vuestra puntería? Además, casi todo el entramado defensivo se puede ver desde el exterior. Los tagalos ya lo conocen… y lo

temen. Os lo repito. Si creen que tenemos un punto débil, que vengan a demostrarlo. No quedará uno de ellos vivo. No hay nada que Alcaide pueda hacer para perjudicarnos. ¡Nada! ¿Les habrá informado de que ahora somos menos? No en coraje. Nuestro ánimo ha aumentado con el ejemplo de los compañeros fallecidos. ¿Les habrá avisado de que estamos débiles? Sabemos que el socorro no ha de tardar, por lo que jamás la fortaleza y determinación del destacamento han sido mayores. No hemos sostenido esta posición durante tanto tiempo para caer ahora. ¡No! Hace muchos meses, los oficiales juramos que solo saldríamos de esta plaza cuando llegara el destacamento de relevo. Nunca antes. Desde entonces esa fue nuestra divisa. Nunca antes. El teniente Alonso murió cumpliendo su palabra. El capitán De las Morenas también. Y muchos compañeros los secundaron. Yo seré fiel a nuestros camaradas y espero que ustedes hagan lo propio. Nunca antes… aunque muera en el intento, aunque me quede solo, mientras tenga vida ondeará nuestra bandera sobre Baler y recordará que esta tierra aún es España. —Los cazadores murmuraron, aprobando las palabras del oficial—. Nunca antes… —Martín Cerezo los miró y asintió. Cerró los ojos al tiempo que respiraba hondo—. «Somos del Dos nobles soldados» —cantó ante la sorpresa de sus hombres, que nunca le habían oído hacerlo—. «Dignos seremos del Batallón. Siempre alerta nos encontramos, a dar la vida por la nación» —repitió la estrofa y esta vez todos se le unieron. Al terminar, lo corearon desde el principio y alzaron la voz lo suficiente para asegurarse de que se impusiera a las descargas de fusilería y llegara a oídos del enemigo.

José Alcaide, tumbado pero ya con los ojos abiertos, se levantó al escuchar el vago rumor. Salió del *bahay* que le habían asignado y que compartía con varios filipinos y se dirigió hacia la trinchera. Allí salió de dudas, sus odiados compatriotas canturreaban el dichoso himno de la unidad.

—Veremos si aún seguís con ganas de cantar cuando acabé el día.

Resentido y con ánimo de venganza, marchó a la carrera hacia una de las viviendas fortificadas, la que se encontraba al oeste de la iglesia y donde por la noche los tagalos, siguiendo sus indicaciones, habían instalado el cañón. Una vez en el *bahay*, lo vio por primera vez, un Plasencia modelo mil ochocientos setenta y cuatro. Una pieza de artillería de montaña, más pequeñas y móviles, ideadas para dotar de fuego de cobertura a la infantería en terreno abrupto como el filipino. El calibre, ochenta milímetros, no era capaz de perforar los gruesos muros de la iglesia, pero el antiguo cazador sabía exactamente dónde causar el mayor daño posible.

Los hombres de Novicio habían instalado un parapeto que protegía al servidor. Y además habían preparado la contraventana para que se pudiera abrir desde la trinchera inferior con una cuerda y auparla con unas cañas para cerrarla.

Alcaide se entretuvo largo rato en revisar y alistar el arma. Cuando la consideró preparada, dio la orden a un tagalo y este tiró de la maroma. El vano se abrió de golpe. El desertor accionó el cañón, que tronó y alcanzó la pared de la iglesia, pero no causó mayores daños. Mientras afianzaban la trampilla, los cazadores apostados en el coro los divisaron y aunque no vislumbraron ningún blanco, dispararon sus armas sin acertar. Alcaide corrigió el alza y cargó de nuevo el Plasencia. Antes de dispararlo otra vez, se sirvió un vaso de nipa y se lo bebió de un trago. Al acabarlo, carraspeó y sonrió. Le gustaba el sabor de ese licor, pero no tanto como el de la venganza. Sus compañeros iban a comenzar a pagar sus deudas esa misma tarde.

El bombardeo prosiguió durante horas. Los sitiados aguantaban bajo el cobijo de los enormes muros. Con los trabajos del baptisterio terminados, los soldados francos de servicio disponían otra vez de tiempo libre. Debajo del coro, el cocinero Vila, Gregorio Catalán y Francisco Real aprovechaban la única techumbre íntegra de toda la iglesia y tendían un fardo de mantas recién lavadas, o más bien, remojadas, pues hacía semanas que no tenían jabón. A su lado, un grupo de cazadores discutía sobre las amenazas del desertor. Aunque la arenga del teniente había levantado los ánimos, el odio y todas las barbaridades que Alcaide les había escupido desde el calabozo se habían clavado en sus almas como el estoque de un buen torero. Y ahora estaba libre, solo Dios o mejor el demonio sabía de lo que era capaz.

Catalán se alejó a buscar otro barreño con colada y no pudo verlo, pero un proyectil del Plasencia perforó el muro justo donde el anterior párroco había labrado en la piedra la alacena que servía de archivo. El cañonazo resonó en la nave como una montaña derrumbándose. La explosión hizo añicos el facistol, un trozo de la barandilla y una parte de los tableros del suelo del coro. Tres de las vigas que lo sujetaban se partieron. Igual que en una maldición mitológica, las astillas de madera cayeron como granizo ardiendo. Los hombres sintieron el dolor de mil picotazos. Mientras el polvo se asentaba, entre mantas agujereadas, tablones rotos, pedruscos y trozos de cal, los cazadores corrieron a auxiliar a sus compañeros y los trasladaron a la enfermería.

Martín Cerezo organizó una brigada que de inmediato se puso a taponar el orificio con barriles llenos de tierra prensada y piedras tomadas del parapeto

que rodeaba la puerta principal. Mientras reforzaban la pared se acercó Bernardino a comunicar que las heridas de los soldados más afectados, Vila y Real, eran más aparatosas que serias.

Esa misma noche, Alcaide volvió a hostigar a gritos a sus compatriotas.

—Ja, ja, ja ya habéis visto lo que he hecho en un solo día. Pronto moriréis todos. Martín, estás acabado. Vas a pagar por tus crímenes. Desearás no haberme encerrado.

11 de mayo de 1899. Trescientos quince días de asedio

—¿Estás seguro de que vale la pena desperdiciar munición por el campanario? ¿Cuántos hombres puede haber allí? ¿Dos?

—Es su mejor punto de observación y donde coloca el teniente a los tiradores más hábiles. Y si les cae encima causará un destrozo enorme. Sí, hazme caso, si conseguimos derruirlo nos apuntaremos un tanto importante.

—¿No sería mejor concentrar los disparos sobre la pared que reventamos ayer?

—Conociendo al teniente, a estas horas esa debe ser la más robusta de todo el edificio. Créeme, lo mejor es ir a por la torre. Si la derribamos, nos cobraremos dos vidas y los dejaremos ciegos. Sería un paso importantísimo. Y con un poco de suerte, si les cae encima, igual se lleva a varios por delante.

Novicio y Alcaide contemplaban la iglesia a través de la única y estrecha aspillera practicada en la pared. Habían vuelto a cambiar el emplazamiento del cañón Plasencia y se hallaba de nuevo en el *bahay* fortificado con planchas de metal.

—¿Cómo vamos de municiones?

—Lo puedes ver tú mismo. —El oficial filipino señaló las tres cajas amontonadas junto a la pieza.

—Pensaba que guardaríais más en algún polvorín cercano.

—Esperamos un convoy de suministros. No creo que tarde ya mucho. De hecho, ya debería haber llegado. Supongo que la guerra contra los americanos los retrasa.

—Vais con una guerra de retraso aquí en Baler. —Novicio, ante la puntilla de Alcaide, hizo una mueca de repulsa.

—Me parece admirable que te rías cuando tú cabeza pende de un hilo.

—Me reiré, incluso de mí mismo, hasta el día antes de que me entierren. Después ya no podré, así que ahora aprovecho.

—¿Sabes que Martín hará todo lo posible por que te fusilen? Si sale de ahí con vida, claro.

—Ya nos encargaremos nosotros de que no sea así.

—Yo no tengo nada personal contra Martín.

—Si te tumbó de un puñetazo delante de medio pueblo.

—Sí, y me humilló… ¿Crees que cuando se vea obligado a rendirse no supondrá suficiente humillación para él? Será mil veces peor. Le dolerá más que la herida más profunda… y más después de tantos meses.

—¿Y lo dejarías irse sin más?

—Bueno… algo tengo pensado para él.

—Pero no será personal, ¿no? —Ambos rieron—. ¿Sabes? Lo que me sorprende es que, y como tú has dicho, después de tanto meses, aún pienses que se rendirá. Ese loco solo saldrá de la iglesia con los pies por delante.

—Ya lo veremos. Por lo que me has contado, están en las últimas. He incrementado el entrenamiento de mis hombres. Esta vez, si intentan una salida, estaremos preparados.

En cuanto el sol estuvo lo suficientemente alto para no perjudicarle la puntería, Alcaide bombardeó la iglesia de nuevo. El campanario era un objetivo difícil, sobre todo para alguien que, aunque tuviera el entrenamiento adecuado, adolecía de práctica. La mayoría de los proyectiles pasaban rasantes junto al tejado y luego descendían en una peligrosa trayectoria para los filipinos apostados en el lado contrario de la trinchera. Tras emplear caja y media, el blanco seguía intacto.

—Está malgastando nuestra munición. Te advertí que…

—¡*Kapitang*! Estoy harto de sus reproches. ¿No tienes nada mejor que hacer que darme por saco? —Alcaide veía en Novicio a un indio antes que a un oficial, pero al ver las caras de sus nuevos compañeros se percató de que había ido demasiado lejos—. Ya verás como no tardo en atinar. Dejaremos ciegos a los sitiados. Confía en mí.

Y no fue una bravuconada, pues dos disparos después acertó de pleno en uno de los pilares que sustentaban el campanario. Durante unos segundos no ocurrió nada, pero en cuanto se desplomó el apoyo, se inclinó lentamente hacia atrás en un movimiento que parecía imparable. Jiménez, el único hombre que se encontraba allí arriba, se asió a la barandilla con la misma fuerza que un moribundo se agarra a la fe. A su lado, el bombón de agua, el fusil y la munición resbalaron hasta estamparse contra el suelo. Con el aumento del desnivel, los sacos terreros que servían de protección comenzaron a precipitarse al vacío. Uno pasó a unos centímetros de su hombro y un segundo le golpeó en las lumbares. El cazador apretó los dientes y gruñó, pero no se soltó. Balbució un padrenuestro, y no había llegado a rogar que le perdonaran las deudas cuando el desplome se frenó. La torre, aunque con inclinación pisana, permaneció en pie. A Jiménez el corazón le latía al ritmo de un tren expreso, las manos le temblaban y sudaba hasta el

extremo. Respiró hondo y comprendió por fin que, contra todo pronóstico, no iba a morir despeñado.

12 de mayo de 1899. Trescientos dieciséis días de asedio

—¿Han conseguido apuntalar la torre, Martín? —preguntó Vigil, que terminaba de sentarse a la mesa.

—Esa serpiente de Alcaide está causando más problemas de los que yo pensaba. —El teniente reunía con la cuchara los últimos granos de arroz.

—¿Y el discurso que le endilgó a la tropa el otro día? —preguntó Minaya, más por incordiar al oficial que por esperar una respuesta que suponía.

Martín Cerezo negó dos veces con la cabeza antes de contestar.

—Padre, ¿qué quería que les dijera? —Moduló la voz hasta convertirla en un suave susurro—. ¿No vio usted cómo se encontraban? Además, la mayoría de lo que dije era verdad. Yo sabía que ese miserable estaba cegado por el odio, pero no imaginé que iba a actuar con tanta inteligencia. Eso es lo que me da más miedo. Desde que escapó, la pericia enemiga se ha multiplicado. En unos pocos días nos ha provocado él más daño que el resto de los comandantes filipinos. Anteayer nos voló una parte del coro y ayer el tramo medio de la torre. Sí, doctor, nos ha costado toda la noche y la mañana, pero hemos conseguido apuntalarla. Esperemos que aguante.

—No quiero ni pensar los estragos que causaría si se derrumbara. —Vigil soltó un bufido y continuó troceando la hoja de calabacera que tenía en el plato.

—No dejaremos que caiga. La necesitamos para defendernos y vigilar al enemigo.

—Disculpe, doctor.

—¿Sí? ¿Ocurre algo, Bernardino?

—Santa María está muy débil, dice que se muere y pide que uno de los padres le confiese.

—Bien. En cuanto terminen de comer, irán.

—Si es necesario puedo ir ya —dijo Minaya.

—No se apure, padre. El paciente está grave, pero no fallecerá hoy. Bernardino, vaya con él y tranquilícele. Enseguida iremos nosotros.

—¿Cómo está el resto de sus pacientes? —preguntó Martín.

—Los dos con fiebres tropicales están controlados. El resto padece de disentería de carácter leve. El que me preocupa es el soldado Marcos José.

Sufre fuertes diarreas acuosas con cólicos. Apenas ingiere comida. Hoy ha vomitado hasta el agua.

—¿Podrás salvarlo?

—No lo sé. Lo estoy medicando, pero no responde al tratamiento. Está muy débil… Todos lo estamos, ya. Las raciones son insuficientes desde hace semanas.

—Y es probable que todavía mengüen más. Dependerá de lo que tarde el relevo. Esperemos que la marcha de la guerra permita a nuestro ejército socorrernos.

—A propósito de eso —el doctor dejó los cubiertos sobre el plato vacío —, he pensado que Alcaide debe de tener noticias frescas de Manila.

—¿Y de qué nos sirve que él lo sepa?

—De nada, pero ¿qué les parecería fingir que se escapa un nuevo desertor? Uno que vuelva a nosotros después de un tiempo pactado y nos informe. Tendría que ser alguien de nuestra entera confianza y del que no recele Alcaide.

—Es un plan admirable, doctor. Es usted todo un estratega —dijo el padre López sonriendo.

—Es una misión muy arriesgada para cualquiera de los soldados —opinó Martín—. Y ¿a quién enviaríamos? Los más abnegados como Olivares o Jiménez quedan descartados. Otros que prefiero no nombrar son demasiado… independientes. No pondría la mano en el fuego por ellos y mucho menos arriesgaría la vida de mis hombres. No se me ocurre ningún candidato.

—El soldado Loreto Gallego lleva alicaído varios días. Podríamos hablar con él. Daría el pego —dijo el fray López.

—¿El que denunció a Menache? Por favor, padre. ¿Pretende que lo ajusticien?

—Lo siento, no lo recordaba.

—¿Y uno de los reos? —preguntó el doctor en tono bajo, como si hablara solo—. Quizás el cabo González quiera rehabilitarse. Alcaide confiaría en él. Y si no vuelve, al menos nos ahorraremos una boca que alimentar.

—Visto así parece que no hubiera nada que perder, pero ¿y si decide hacernos una jugarreta? Podría volver para luego entregarnos a los insurrectos. No, a mí su idea no me convence, Vigil. Además, yo no tengo ninguna duda, es de lógica que la guerra continúa, ¿por qué siguen jugándose la vida si no? —indicó Martín—. ¿Cuántos hombres perdieron el día que los hiciste huir?

—Quizá, después de tanto tiempo, seamos un buen bocado para su causa. Su comandante puede buscar la gloria de derrotarnos.

—¿Crees que eso vale la vida de un hombre?

—Igual debería ser usted el que se formulase esa pregunta, teniente —afirmó el padre Minaya.

Martín, sobrecejo, contempló al fraile, que mantenía impertérrito la mirada; durante unos segundos se hizo un denso silencio sobre la mesa hasta que el asistente sanitario lo rompió.

—¡Doctor! ¡Doctor! Santa María apenas tiene pulso. Ya no puede hablar, pero insistía en pedir confesión.

El médico y los dos religiosos corrieron hacia la enfermería. Pero el paciente no respiraba y falleció sin recibir la extremaunción ante la mirada horrorizada de Vigil. Este era incapaz de explicarse el súbito empeoramiento del muchacho. Sentía además que le había fallado como médico, pero también como católico.

Los dos frailes, de rodillas, con los ojos cerrados, incapaces de soportar la vergüenza que sentían, rezaban por el alma del pobre, y por ello desdichado, Salvador Santa María.

15 de mayo de 1899. Trescientos diecinueve días de asedio

Queridísima esposa:

Si no fuera porque arranco las hojas del calendario que elaboré sobre el reverso de las antiguas, pensaría que el tiempo no transcurre y que vivo eternamente el mismo día. Me siento como un nuevo Prometeo, aunque en lugar de ser un águila, es la guerra quien roe mis entrañas. Día tras día todo transcurre igual: siempre de guardia, sufrimos la misma hambre, la misma lluvia y humedad, el mismo odio, rezamos la misma plegaria, celebramos los mismos triunfos y muertes enemigas. Todo es idéntico, pero el calendario nos convence de que no vivimos atrapados en una locura y, si así fuera, que no digo que no, es real, no creada por los delirios de una mente perturbada.

Hoy hice un recuento de la comida que nos queda y es desolador. No tenemos ni para un mes. Nuestras opciones son cada vez más limitadas. Por si el socorro no llega, tenemos un plan previsto. Huiremos a la selva y nos abriremos paso hasta Manila. Jamás humillaré mi bandera. No la entregaré… No por buscar una efímera gloria, ni por el honor de las armas o el deber. Este destacamento tiene una deuda contraída con los hombres que causaron baja sin mencionar la rendición. Con aquellos que han entregado su cuerpo a esta inhóspita tierra y su alma a su patria ingrata. Es a ellos a quienes nos debemos. A nadie más.

De madrugada, Alcaide, al amparo de la oscuridad, como corresponde a la vil alimaña que es, ha vuelto a importunarnos con otra de sus interminables diatribas. Es asombroso el odio que he despertado en él. No logro entenderlo. Me comporté con él de idéntica manera que con sus compañeros. A todos les exigí lo mismo: lealtad, trabajo, disciplina. Entiendo que no hay dos almas humanas iguales, aquí lo he podido comprobar, pero… ¿qué le ha transformado en un ser tan monstruoso? Al inicio del sitio se mostró como un buen soldado, cumplidor y valiente. Incluso se ofreció voluntario para una peligrosa misión. Cuesta creer que aquel joven es el que hoy me amenaza con crueles torturas. Hasta ahora no me había molestado demasiado,

prefería ser el blanco de sus iras, así mis cazadores estarían más tranquilos, menos involucrados en su demencia. Pero, esta mañana, al rezar una breve oración frente a la tumba del capitán, me surgió una funesta duda: ¿habría llegado Alcaide a esta situación bajo el mando de De las Morenas? Quiero pensar que sí; sin embargo, mi corazón me dice que no. ¿Habré condenado el alma de un buen soldado?

Aunque esto sea cierto, no es más que el resultado de ejercer el mando sobre un grupo de hombres en una situación tan compleja. La jefatura de un destacamento en tiempo de guerra conlleva tomar decisiones difíciles. Esa es mi tarea como oficial. Ingrata, dura y… Lo sé, es una excusa tan hipócrita… Resulta tan fácil ampararse en ella, pero ¿qué les diré a las novias, mujeres o madres de los soldados que han fallecido? Sé lo que sentirán con sus pérdidas: un horrible vacío y una soledad glacial que destroza el ánimo y que, años después, aún te envuelve por las noches con nítidas imágenes de un pasado que no ha de regresar. Lo sé muy bien.

Siempre acudo a ti. Aquí, encerrado entre estas viejas paredes no puedo escapar de mis recuerdos y, al mismo tiempo, solo vivo a través de ellos. A veces me sirven de consuelo e iluminan mis días, aunque otras, las más, me siento como el náufrago que en aguas frías se aferra a un madero para no ahogarse y muere poco a poco por congelación, sin ser consciente de que su fin ha llegado. Te quiero.

17 de mayo de 1899.
Trescientos veintiún días de asedio

Después de un día de guardia, los cinco cazadores se encontraban exhaustos. El alimento cada vez escaseaba más y el rancho apenas alcanzaba para calmar el hambre durante unos minutos. Sus cuerpos no eran más que un muestrario de huesos cubiertos por piel sudorosa y velluda. Cada día se hallaban más débiles, incapaces de realizar tareas que antes hacían sin esfuerzo.

El grupo se arremolinó alrededor de la mesa. Sobre ella estaban las diez latas de sardinas que les había correspondido. Ramón Boades cogió la primera de ellas y la abrió. Enseguida un hediondo olor a pescado podrido les hizo volver las cabezas.

—¿Hay algo que salvar? —preguntó José Jiménez.

—No… ni una. —Ramón las removía con la punta de una navaja. Todas podridas.

Abrieron el resto y separaron las que aún se podían comer de las que no. Al terminar con la última, repartieron la comida entre los cinco platos con la exactitud de un relojero suizo y, por si aún quedaban dudas, siguieron con el turno de elección que rotaba a diario.

Comían en silencio sus raciones de sardinas y arroz. Masticaban despacio y mantenían el alimento el mayor tiempo posible en la boca para alargar la comida y engañar así a sus desnutridos cuerpos. De fondo, el continuo tiroteo tagalo sonaba con fuerza y ensordecía el alegre e inocente repiqueteo pluvial. De vez en cuando, un cañonazo les hacía levantar las cabezas para buscar el impacto del proyectil.

—¿Creéis de verdad que vendrán pronto a rescatarnos? —preguntó Loreto.

—Claro que sí. He perdido diez pesos con el agorero de Cervantes y espero recuperarlos.

—¿Cuál es la nueva fecha de la apuesta?

—El veinticinco. El muy mamón no quería darme tanto margen, pero le amenacé que o lo tomaba o lo dejaba.

—De verdad, espero que ganes esta vez, Planas.

—Yo estoy convencido. Si no hubiera visto aquel barco…, pero todos lo vimos. No nos han olvidado. Ya no tardarán. Ya lo veréis… —Una bala de

cañón explotó y varios cascotes y tablones se precipitaron desde el techo—. ¿Qué carajo?

Los cazadores que se encontraban en la base de la iglesia se volvieron para contemplar qué había causado aquel estruendo. Parte de los soportes que sustentaban el campanario habían sido reventados por un cañonazo y se habían desplomado sobre el tejado.

—¡Oh, no! —exclamó Ramón.

—Mierda, los puntales.

—¿Qué más da? Por mí que se caigan ellos y la maldita torre… mientras no se lleve a nadie por delante —dijo Chamizo a la vez que hacía un aspaviento con la mano.

—¡Eres tonto, Bizco! ¿Quién te crees que va a tener que recoger eso? ¿Quién te crees que va a apuntalarla de nuevo? —preguntó Loreto—. ¿Los taos? ¡Nosotros!, ¡siempre nosotros!

Entre los soldados que se habían reunido para observar mejor los destrozos, apareció el teniente acompañado del cabo Olivares.

—Hay que recoger esos escombros enseguida. Separaremos los materiales válidos. En cuanto oscurezca la aseguraremos. Esta reparación apenas ha durado una semana. Esta vez emplearemos algo más sólido: ya sé, llenaremos cajas de tierra. Olivares, forme dos cuadrillas con los soldados libres de servicio: una desescombrará y otra afianzará el campanario. Habrá que esforzarse, tiene que estar terminado antes de que amanezca.

—¿Cuántos hombres quiere por grupo?

—Organícelos en partidas de cinco. Así haremos turnos y podrán descansar. De todos modos, se estorbarían si subieran más. Es muy importante que el enemigo no se entere. Podría cebarse con ellos. El resto improvisará una fiesta, así, con su jolgorio y sus canciones ocultarán los ruidos de la obra. Que estén preparados al anochecer.

—A sus órdenes, mi teniente —respondió el cabo cuadrándose.

El oficial se retiró. Los soldados le observaron irse y, antes de que se hubiera alejado lo suficiente para no oírles, comenzaron a murmurar entre ellos.

—Ya lo habéis oído —dijo Olivares—. A ver, acercaos para que forme las cuadrillas.

Mientras el cabo los agrupaba y establecía los turnos, los cazadores discutían entre sí.

—Malditos indios, algún día espero que las paguen todas juntas —se quejó Chamizo—. Seguro que la rata de Alcaide tiene algo que ver.

—Ya te dije, bizco, que nos iba a tocar arrimar el hombro —dijo Loreto—. Y después de seis horas de guardia.

—La torre es fundamental para nuestra defensa. Además, no podemos dejar que se nos despeñe encima. El teniente sabe lo que se hace —zanjó Ramón.

—Si al menos nos dieran de comer… —dijo Chamizo.

—¡Ya estoy harto de gimoteos! Os pasáis el puñetero día lloriqueando —bufó Planas—. Tened paciencia, que, para bien o para mal, todo toca a su fin.

—Salir de este agujero siempre será para bien —afirmó Chamizo—, aunque sea envuelto en una mortaja.

18 de mayo de 1899. Trescientos veintidós días de asedio

Restaba menos de una hora para amanecer cuando los soldados españoles comenzaron a levantar la última de las cajas que debía apuntalar la torre. La colocaron vacía, pues el techo estaba tan deteriorado que no se atrevían a emplear una polea. Como quedaba poco espacio y no podían volcar los sacos terreros, utilizaron latas vacías de sardinas para rellenarla. Una vez colmada, encajaron unas vigas sobre ella.

—Perfecto —dijo el teniente—. Olivares, habéis trabajado como auténticos titanes. Estoy orgulloso de vosotros. Ahora reforzaremos las más expuestas.

Dos cuadrillas clavetearon con rapidez unas gruesas piezas de madera y metal. Cuando los primeros rayos del sol aparecieron por el horizonte y la luz comenzó a apoderarse del pueblo, el oficial ordenó a sus hombres que abandonaran el trabajo y se retiraran a descansar.

—Mi teniente —llamó Eufemio Sánchez desde una de las ventanas—, creo que debe ver esto. Los tagalos han construido una trinchera.

Se habían aprovechado del jaleo nocturno provocado por los españoles y la habían cavado a poco más de veinte metros del patio. El oficial miró de nuevo y maldijo al descubrir que había una segunda que transcurría en diagonal a la primera.

—¿No ha oído nada en toda la noche?

—No, había aquí dentro un bullicio de aúpa. Hasta que no ha amanecido no me he dado cuenta.

Sánchez tenía razón y el oficial lo sabía. El soldado, al ver el rostro adusto y la gélida mirada del oficial, no pudo soportar la presión.

—Lo siento, mi teniente.

Martín, contrariado por esta nueva dificultad y sumido en sus pensamientos, tardó un instante en reaccionar.

—No se preocupe. Hemos caído en nuestra propia trampa. —«Y seguro que se lo debemos al maldito desertor de Alcaide», pensó.

Esas trincheras, una vez fortificadas de manera conveniente, controlarían el acceso a la torre, ya que desde ellas se podían ver la escalera que conectaba al campanario. En el pasado, este lateral estaba oculto por el convento, pero,

al derruirlo, se había quedado al descubierto. Al principio del sitio lo cubrieron con una chapa, pero el constante bombardeo la había hecho añicos.

—Mi teniente, si no manda nada más, me retiro.

—Espere, Olivares, ¿ve esas nuevas trincheras enemigas?

—¡Dios mío! ¡Qué cerca están!

—Han sido muy listos. Han aprovechado que estábamos inmersos en nuestras propias reparaciones. Seguro que la idea se la sugirió Alcaide.

—Maldito hijo de perra. Debí romperle la crisma cuando tuve oportunidad.

—Contrólese, cabo.

—Disculpe. Se me calentó la boca.

—Bien. Observe que desde esa trinchera verán la escalera de la torre. Acribillarán al que pretenda usarla. Está claro que no podemos permitirlo.

—¿Cómo taparemos ese agujero tan grande? Ya no tenemos más chapas.

—Colgaremos una manta. Aunque no detendrá una bala, al menos ocultará nuestros movimientos. Ahora descanse. La noche ha sido dura.

El cabo saludó y anduvo un par de pasos, pero antes de alejarse más volvió a acercarse al oficial.

—¿Ocurre algo, Olivares?

—Mi teniente, ¿puedo hablarle con sinceridad?

—No solo puede, sino que yo se lo exijo.

—¿Usted no se retira? Debería dormir más.

—Eso no es hablar con sinceridad, eso es inmiscuirse en mis asuntos. Ni que fuera usted mi madre… ¡Márchese!

Madrid

—Sí que se retrasa Fernández, al final vamos a llegar tarde. —El antiguo ministro de Estado suspiró al comprobar la hora en su reloj de bolsillo—. ¿Al final fue usted ayer a la plaza?

—No, me fue imposible. ¿Qué tal estuvo?

—Bien, pero esperaba más de ese cartel: Guerrita, Reverte, Fuentes y Algabeño. Y con toros de Saltillo. El mejor fue Guerrita.

—Normal.

—Se lució con capote y banderillas y trasteó con maestría, pero no acertó en la suerte de matar.

—¿Y los toros qué tal?

—Flojos. El primero no mató ni un solo caballo. El único de los ocho que hizo honor a su ganadería fue el octavo, que dejó tres en la arena.

—¿Algún herido?

—Reverte. Tuvo que ir dos veces a la enfermería, pero por poca cosa. La segunda fue porque se clavó el pitón del toro cuando ya estaba muerto.

—¿En serio? —preguntó Segura sin poder contener la risa.

—Tal y como se lo cuento. Por cierto, ahora que me acuerdo. ¿Ha leído *El Imparcial* de hoy?

—No, hoy me he levantado tarde y no he podido leer la prensa.

—¿Qué? ¿Otra vez en casa de *madame*?

—Si es que esa mujer sabe más que Lepe. ¡Es una maravilla!

—Lo sé, la he catado.

—No me canso de ella. Es una diosa del amor.

—Lo que daría yo por tener su energía. ¡Bendita juventud! Pero no abuse tampoco, a ver si le va a absorber el seso y la energía.

—No se preocupe.

—Sí que lo hago. No será el primero que se pierde tras unas faldas.

Segura se encogió de hombros. La noche anterior se había excedido con el champán y ahora sentía que un clavo le atravesaba la cabeza.

—¿Por qué me preguntaba si he leído *El Imparcial*?

—¡Es verdad! Ya se me había olvidado. Informa de que el general De los Ríos ha telegrafiado al Gobierno indicando que en cuanto le sea posible enviará un barco a rescatar a la guarnición de Baler.

—¡Por fin! Me alegro por la mujer del capitán.

—Estuvo astuto, Segura. Sin mover un dedo ha conseguido salirse con la suya.

—Sí, pero han pasado tantos meses… Moviendo los resortes adecuados podríamos haber liquidado el asunto en un par de semanas… Espero que aún sigan vivos.

—Lo estarán. Se han mostrado demasiado fanáticos para dejarse matar después de tantos meses. Ese capitán De las Morenas debe ser un hombre de armas tomar. He de conocerlo. Cuando vuelva me entrevistaré con él. Ahí viene el carruaje.

—Ojalá esté en lo cierto.

—La verdad es que nunca di crédito a los rumores sobre tan numantina resistencia. Es tan extraño…

El vehículo se detuvo a apenas unos metros de ellos. Tras apoyar el látigo en el lateral del pescante, el cochero se apeó de un salto.

—Disculpe, señor duque. Ha volcado un carro y no se podía pasar.

El criado, con la cabeza agachada, abrió la puerta y los dos políticos subieron sin molestarse en contestarle. Mientras se acomodaban, un ujier llegó a la carrera.

—¡Su señoría!

—¿A qué viene tanto alboroto?

—Tiene una llamada telefónica.

—¿De quién?

—Es el presidente del Consejo de Ministros.

—¿Así que Silvela quiere hablar conmigo? Este hombre siempre tan oportuno. Vamos a llegar tarde a la función. En fin, no puedo obviar una llamada suya, aunque solo sea por lealtad al país. Espéreme aquí, Segura. Vendré lo antes posible. Odio hablar por esos aparatos del demonio. No me acostumbro a no ver la cara de mi interlocutor. Así solo sé lo que dice, y no lo que piensa. Estas moderneces…

El diputado sonrió al escuchar el comentario y observó cómo se marchaba su compañero de partido acompañado del empleado del Congreso. Se acomodó en el asiento y cerró los ojos. La cabeza le dolía una enormidad. Durante unos minutos permaneció así, sumido en un duermevela reparador, maldiciendo la resaca que lo acosaba. Un brusco movimiento del carruaje lo despertó, alguien se había apoyado en el reposapiés exterior. Abrió los ojos al mismo tiempo que tiraban de la puerta. Para sorpresa suya, no era el exministro quien entraba. Un hombre joven, con bigote, barba rala y unos pequeños ojos que se escondían detrás de unas gafas redondas. El extraño levantó las cejas y soltó un exabrupto al comprobar que era Segura y no su mentor quien ocupaba el vehículo. Sin tiempo que perder, se encogió de hombros y levantó la mano. Empuñaba una pistola Browning de gran calibre. El político reaccionó con rapidez e intentó desviar el arma con el brazo izquierdo, pero llegó tarde. El primer disparo le atravesó la mano y le impactó en el hombro. Los tres siguientes le destrozaron el pecho. Su muerte fue tan rápida como su éxito.

19 de mayo de 1899.
Trescientos veinte y tres días de asedio

«Ha fallecido de disentería crónica el soldado Marcos José Petanas, de la tercera compañía», escribió el doctor en su cuaderno. A pesar de que sabía la cantidad exacta, recontó los miembros de su funesta lista. Dieciséis almas. ¿Cuántas más perdería? Apagó el quinqué y se levantó de la silla. Eran las cinco de la madrugada y la calma, por extraña, le inquietaba. Los tagalos y el tiempo habían dado una tregua al destacamento. En el templo se podían oír los ronquidos de varios soldados y la letanía de los padres, que rezaban por el alma del difunto. Desanimado por la nueva pérdida, se dirigió a la mesa de los oficiales, en busca de su compañero.

Y allí lo encontró, pero no despierto. El infatigable teniente había hallado su límite y yacía con la cabeza apoyada sobre la mesa, con un lápiz en la mano, alumbrado todavía por la luz de un cirio grueso, de los que se usaban en la procesión del Vía Crucis.

—Martín —susurró a su oído. Al no tener respuesta le movió ligeramente el hombro—. Martín, márchate al catre y aprovecha bien las horas de descanso.

El teniente levantó la cabeza despacio. Con los ojos entornados y un poco de saliva acumulada en el labio, miró al doctor durante unos segundos sin comprender que se había quedado traspuesto. Superado el primer momento de desconcierto, se pasó un pañuelo por la boca.

—Disculpa, Vigil. Me he dormido. —Bostezó, se atusó el bigote y miró al médico sorprendido—. ¿Qué haces aún de pie?

—Ha muerto Marcos José.

El teniente cerró los ojos al oír la noticia.

—Otro que se va en la flor de la vida. Maldita guerra.

—Al menos este ha podido confesarse y recibir la extremaunción. Ahora está en manos de los frailes.

—Déjales que se ganen el rancho. Y te repito que no tienes la culpa de lo que sucedió con Santa María.

—¿No? ¿Quién la tiene? Fui yo quien les dijo que no iba a morir. Aún puedo escucharme, con aquel tono de autosuficiencia que empleé. Soy médico. Debería haberlo sabido.

—Eres médico y sobre todo humano, y nadie es infalible. Además, es la primera vez que te veo errar. No lo atendiste porque pensaste que no era necesario, no por comodidad. Eres quien más se ha esforzado por mantener con vida a este destacamento. Sin ti nos habría devorado el beriberi.

—Eso ya pasó, queda muy lejano.

—Si quieres hablar de faltas, fíjate en mí. De oficial de cuarto y cabeceando. ¿Qué tendría que hacer conmigo? Si sorprendiera a un soldado dormitando mientras está de guardia…

—Hace tiempo que te vengo diciendo que deberías descansar más, pero insistes en ignorarme.

—Ya tendré tiempo cuando termine el asedio. He actualizado el plan de huida. He reducido al mínimo el equipamiento que llevaremos al mínimo. También he trazado las directrices de un plan para enviar un mensajero la próxima vez que arribe un barco.

—Sabes que puedes contar conmigo. No cargues con todo el trabajo.

—Lo sé y aprecio tu gesto mucho más de lo que crees. No duermo más porque no soy capaz de conciliar el sueño.

—Como quieras.

Durante unos minutos los dos oficiales se quedaron callados. Martín recogió una de las hojas sobre las que se había dormido y volvió a releerla antes de enseñársela a Vigil.

—Mira, Vigil. Este es el arroz que nos queda. Como verás, apenas alcanza para unos días. Voy a tener que reducir la cantidad una vez más. A partir de hoy nos corresponderá dieciocho centilitros, casi la quinta parte de una ración.

—La debilidad de muchos hombres comienza a ser preocupante. He visto que algunos apenas pueden acarrear peso. Si disminuyen las raciones…

—Es necesario alargar nuestra resistencia al máximo, quizás en este tiempo extra arribe por fin el auxilio.

—Tú verás. Mi deber es informarte. Tú toma la decisión que creas más oportuna. Igual es mejor partir ya, ahora que aún reunimos fuerzas. Después quizá sea tarde.

El teniente comprobó que no había nadie escuchando y bajó la cabeza para acercarse al doctor. Susurrando, le preguntó:

—Vigil. ¿Crees que hemos hecho lo correcto al mantener este puesto?

—Por supuesto que sí. Y me extraña que tú lo dudes.

—Es una cuestión que lleva tiempo carcomiéndome. Y cada nuevo esfuerzo que exijo a los hombres, cada nuevo sufrimiento que les hago padecer, hace que resurja. Una y otra vez. Es agotador… Encima el otro día,

Minaya me atacó con aquella impertinencia… Insinuando que yo solo buscaba la gloria… Él, que vino a refugiarse a la iglesia huyendo del enemigo. Ya podría mostrar algo de agradecimiento.

—Deberíais refrenar vuestras disputas. En ocasiones parecéis chiquillos. Ya ni recuerdo a qué viene tanta reyerta.

—Que venga él y me pida perdón. Para eso es un sacerdote de Cristo.

—Es un discípulo de Jesús, no es Jesús. Solo es un ser humano. Como tú.

—No le exijo la perfección, pero al menos un fraile debería atemperar su carácter, ¿no crees?

—Veo que esta es otra batalla que tampoco quieres perder. ¿Sabes lo que decía mi padre? Que es bueno perder de vez en cuando. Ayuda a forjar el carácter.

—Tu padre era muy sabio, pero ¿sabes? Yo prefiero ganar siempre.

—Lo sé… y es una lástima.

20 de mayo de 1899. Trescientos veinticuatro días de asedio

El teniente coronel Tecson, patriota filipino que se había unido al Katipunan desde sus inicios, montaba uno de los típicos y diminutos caballos del archipiélago. Le seguían de cerca el comandante Bartolomé y el capitán Ponce. Detrás de ellos, y ya a pie, marchaba una columna formada por más de cien soldados. La mayoría lucían uniformes de rayadillo y fusiles máuser capturados al ejército español. Entraron a Baler guiados por un lugareño. Las calles, tanto tiempo descuidadas, se asemejaban a caminos rurales, pues la vegetación las había invadido. La selva reclamaba sus tierras.

Los recién llegados dieron un rodeo para alcanzar el puente de España, donde los insurrectos habían establecido su comandancia. Al verlos entrar, Novicio Luna, que reía mientras fumaba y bebía con sus oficiales, se le congeló la sonrisa en el rostro. Un incómodo y repentino silencio se adueñó del *bahay*. El teniente coronel, un tagalo alto para los de su misma etnia, fibroso y ancho de hombros, se acercó despacio a la mesa. Ataviado con el uniforme al completo y una mirada de desprecio que endurecía su apuesto rostro, Tecson infundió respeto en el acto. Antes de hablar, recorrió la habitación con la mirada.

—¿Quién es el capitán Novicio Luna?

El aludido se levantó y tendió la mano.

—Soy yo.

—Cuádrese y salude correctamente. Soy el teniente coronel Simón Tecson. Asumo la comandancia de las fuerzas en Baler. Usted continuará sirviendo aquí bajo mi mando. Tome sus órdenes.

El capitán que le acompañaba abrió un pequeño zurrón y sacó un legajo anudado con una cinta negra. Separó uno de los papeles y se lo dio a Novicio, que lo cogió, pero no se detuvo a leerlo.

—Si puedo ayudarle en algo…

—Póngame al día de lo que necesite saber. También quiero examinar nuestras posiciones antes de que anochezca. Me han informado de que mis antecesores han comenzado con grandes bríos para terminar, como usted, rendidos a la molicie.

—Eso no es justo, señor.

—¡No me interrumpa! Eso va a cambiar. No permitiré que nadie se relaje hasta que cese la defensa de los kastilas. Por las buenas o por las malas, pero vamos a poner fin a esta locura. Ordene pedir parlamento. Hablaré con esos zotes ahora mismo.

—Será inútil. No contestarán.

—Inténtelo igualmente. Vamos a inspeccionar a la tropa. A ver con qué cuento.

—Cuando guste. Observará que no estamos tan abandonados como cree. Hemos logrado ciertos progresos.

—Capitán Ponce, ocúpese de alojar a los soldados de la columna. Comandante, usted acompáñenos.

Recorrieron las fortificaciones tagalas durante casi tres horas. Tecson y Bartolomé realizaron multitud de preguntas técnicas, no solo de carácter táctico, sino también sanitarias y logísticas. Novicio, apabullado, ya que ignoraba las respuestas de muchas de ellas, contestó intentando no quedar en ridículo. Mientras caminaban, escucharon el toque de la corneta que citaba a los españoles a parlamento y era repetidamente ignorado. Para finalizar la inspección, Tecson se entrevistó con Alcaide, poniéndose al día de primera mano de la desesperada situación del destacamento español.

Cuando el sol desapareció tras las montañas y las últimas notas de la corneta tagala se extinguieron, el teniente coronel, decidido a hablar con los kastilas quisieran estos o no, se acercó hasta las dos trincheras que se encontraban a poco menos de veinte pasos del corral de la iglesia. Amparado en la oscuridad y protegido por las fortificaciones, pudo llegar sin problemas. Con él, además de sus oficiales, iban dos soldados que debían memorizar su discurso y repetirlo a voz en cuello durante horas. El jefe tagalo se levantó y, siguiendo el consejo de los centinelas, se aseguró de estar bien cubierto por el parapeto. Con las manos hizo bocina, y gritó:

—¡Kastilas! Soy el teniente coronel Tecson. Desde hoy el nuevo comandante de las tropas de la República de Filipinas en Baler. Sabed que quiero evitar más muertes inútiles y más sufrimientos vanos. Vengo a ofrecerles una propuesta de paz. Las hostilidades entre nuestras naciones terminaron hace meses. Ahora son países amigos. La guerra ahora es contra los americanos, que nos han traicionado y han intentado apoderarse de nuestra patria. Ellos son el enemigo, no vosotros. No temáis. Yo os prometo que si cesáis la resistencia, nada malo os ha de pasar. Podréis abandonar la iglesia sin ningún temor. Ha llegado el tiempo de que la paz reine otra vez en Baler. Somos conscientes de que vuestra situación, además de absurda, es

desesperada. No os queda comida, estáis débiles y enfermos… Por eso os pido, no, os ruego que no cometáis la locura de internaros en el bosque. No hay lugar donde cobijaros, pues estas islas son ya independientes. Habéis cumplido con vuestro deber más allá de lo que el honor exige. No tenéis por qué morir. Rendíos y volved a España. Entregaos y regresaréis a casa. Esperamos vuestra respuesta.

El teniente coronel se retiró al *bahay* del centro de mando. Después de comprobar el estado de sus tropas y conocer la mala situación de los kastilas, se encontraba eufórico. Si no aceptaban su oferta, y estaba seguro de que no lo harían, tenía capacidad para tomar la iglesia por asalto. Había prometido a sus superiores que, de una manera u otra, todo terminaría en el plazo de quince días. Y por Dios Todopoderoso que iba a cumplirlo, aunque tuviera que morir al frente de sus hombres en el ataque final.

25 de mayo de 1899.
Trescientos veintinueve días de asedio

Manila

Higinio contemplaba los retratos de los antiguos capitanes generales de Filipinas. Encuadrados por lujosos y barrocos marcos, representaban rostros de épocas pretéritas, más gloriosas, vestidos a las distintas modas, unos de militar, otros de civil, y todos sonreían. No debió ser mal cargo, el poder de un rey lejos del verdadero monarca, cuando desde España se tardaban seis meses en arribar al archipiélago.

Sentado a su lado, con la espalda tan recta como si se la hubieran amarrado a un mástil, se encontraba el teniente coronel Aguilar. Con las manos sobre el regazo, callado, se mantenía impasible esperando la llegada de su superior. Cuando finalmente entró De los Ríos, se levantó de manera enérgica y se cuadró. Lo hizo tan repentinamente que, Higinio, embarcado en sus divagaciones, dio un respingo.

—Disculpen la espera, caballeros, pero los rigores de este clima terminan por afectar a cualquiera. —Se excusó en un tono sensiblemente más bajo que su vozarrón habitual—. Siéntense.

Higinio, mientras se acomodaba sobre la butaca, se volvió sorprendido hacia Aguilar, pues creía haberlo visto sonreír. Al observarlo, se percató de que su boca, enmarcada dentro de su rostro hierático e inanimado, lucía una extraña mueca que parecía una sonrisa. Aunque hubiera sido a costa suya, el periodista se alegró de saber que el rígido militar tuviera sentido de humor.

—Bien, no perdamos más el tiempo y vayamos al grano. —El general recuperó su rugido—. Les he reunido a fin de comunicarles que se realizará una última tentativa por salvar a la guarnición de Baler.

—Bravo. Por fin una columna pondrá fin a todo esto.

—¿Una columna? No, Algar, mucho me temo que solo puedo mandar un hombre.

—¿Solo uno?… Entonces pasará como las veces anteriores; fracasará sin remedio…

—No se venga abajo tan pronto. Esta vez será diferente.

—¿Por qué habría de serlo? —insistió el periodista.

—Voy a enviar a mi mejor hombre. Y dispondrá de un vapor español para transportar a la guarnición. Tenemos el beneplácito de las autoridades americanas y filipinas. Además, su excelencia reverendísima, el arzobispo Nozaleda, ha obtenido del general Otis la promesa de liberar el pueblo. Aguilar, ¿dónde está la carpeta que contiene la documentación?

—La tiene en la bandeja de arriba. Solo falta poner el nombre del oficial comisionado.

—No será un oficial.

El teniente coronel, que ató cabos, se revolvió y se sorprendió a sí mismo cuestionando a su superior.

—Pero ¿no habrá pensado vuecencia en Algar? Un periodista no puede representar al ejército español.

—Por supuesto que no. Él no irá. Bueno, sí, siempre que él quiera, pero no al mando. Dije que no iría un oficial puesto que voy a encargárselo a un jefe. A usted.

Aguilar, todavía con la faz enrojecida por el trance de discutir a un superior y verse reconvenido delante de un civil, no supo qué contestar. Higinio malinterpretó su mudez y soltó una risita vengativa y pueril.

—A las órdenes de vuecencia. ¿Cuándo debo partir?

—Mañana mismo. Podrá, como mucho, permanecer tres días en Baler. El día tres de julio le quiero en Manila. Con o sin usted, con o sin ellos, ese día me embarco para la Península. Mi tiempo aquí ha terminado y no diré que me entristezca.

—Mi general, disculpe, ¿qué es eso de que yo podré ir?

—Ah, sí, lo olvidaba. Algar, a usted tampoco le voy a echar de menos. Es recalcitrante… Hubiera sido un buen oficial.

—Gracias, mi general. Dicho así lo tomaré como un halago.

—Tómelo como quiera. Mire, le hablaré con confianza, está por ver si tiene razón o no, pero lo que sí tengo claro es que ha sido un incordio. Un grano en el culo del que por fin me voy a deshacer. Aunque, en fin, fue fiel a su compromiso y mantuvo la boca cerrada. Ahora yo cumpliré mi parte del trato. Si quiere, tiene reservado un sitio en el *Uranus*. Incluso puede llevar un fotógrafo si lo desea.

—Muchísimas gracias. Es usted un hombre de palabra.

—No me lo agradezca todavía y rece porque su maravillosa historia de honor y valor no se convierta en una pérfida pesadilla. Esa ponzoña no vendería tantos periódicos.

26 de mayo de 1899.
Trescientos treinta días de asedio

Cabiao. Al sur de la provincia de Nueva Écija

El coronel se sentó en el tronco de una banaba caída durante las últimas tormentas; su madera rojiza aún seguía húmeda. Se quitó el sombrero y se secó la frente con el pañuelo amarillo que solía llevar enrollado al cuello. Sacó una petaca metálica de su bolsillo y sorbió un trago. El fuerte *bourbon* le hizo apretar los dientes. Sobre su cabeza, unos monos aullaban mientras saltaban de rama en rama. Al alcanzar un enorme dongón, los primates provocaron que una bandada de guras azuladas levantara el vuelo. El coronel imitó con sus manos una escopeta y fingió disparar a las aves. Durante unos segundos, su corazón volvió a su Montana natal y a las frescas jornadas de caza que practicaba siempre que regresaba. En un par de años no volvería a alejarse más de su querida tierra. Después de casi cuarenta años de servicio, se retiraba a criar caballos a su pequeño rancho. Una voz grave y marcial le sacó de sus bucólicas ensoñaciones.

—Ha llegado un correo, señor —informó el mayor Kowalski, un polaco que llevaba más de veinte años nacionalizado y que aún conservaba un fuerte acento.

—¡Ah! Karol, me ha sorprendido usted. ¿Quién lo envía?

—El general Otis, señor. El mensajero le espera en la tienda de mando.

—¿Qué querrá de nosotros? —se preguntó el coronel en voz alta. Suspirando, se levantó y se caló el sombrero—. Mucho me temo que se nos ha terminado el descanso.

La rotura de la frágil alianza, condenada en el mismo momento en que los estadounidenses se habían reservado la conquista y posesión de Manila, había supuesto el estallido de una segunda guerra de liberación filipina. Desde aquel ya lejano febrero, el Trigésimo Cuarto Regimiento de Infantería había sido una de las puntas de lanza del ataque norteamericano. Habían avanzado por la costa oeste, conquistando la parte más septentrional de la isla de Luzón. Progresaron hasta la villa de Laoag donde, a finales de abril, después de rechazar un ataque de los patriotas filipinos, fueron relevados. Entonces, para

reforzar el frente del centro, marcharon a través de la selva hacia San Isidro, donde recibieron un breve descanso.

El coronel, seguido por su escolta y por el mayor Kowalski, se adentró en el campamento. El regimiento de voluntarios se encontraba acampado a las afueras de Cabiao. Después de leer el mensaje, convocó al teniente coronel Robert Lee Howze. Hijo de un capitán tejano de la caballería confederada, su padre le había puesto el nombre del ilustre general virginiano. Era un hombre espigado, con un rostro todavía juvenil y unas notables orejas. Quinto de su clase en West Point y veterano de las guerras indias, era un militar curtido con claras dotes de mando.

—Buenos días, señor —dijo al llegar a la tienda de mando. Su superior, que se encontraba en la entrada intentando encender su pipa, no lo vio hasta entonces.

—Buenos días, Howze.

—¿Cómo están sus hombres?

—Descansados y deseando entrar en acción, señor.

—Excelente, porque tengo órdenes para usted. ¿Ha oído hablar de Baler?

—No, señor. ¿Debería?

—Allí hay una guarnición española sitiada ya casi un año.

—Ahora que lo dice…, creo que leí hace unos meses algo referente a ellos. Olvidé el nombre del pueblo. Si no recuerdo mal, estaban fortificados dentro de una iglesia. ¿Aún resisten?

—Sí. He recibido un mensaje del mayor general Otis ordenándome que movilice tres compañías para rescatarlos. Dispondrá usted de la F, G y H. Pase, se lo explicaré.

Los dos jefes se acercaron a una mesa plegable situada en el centro de la tienda. Sobre ella se abría un mapa que representaba la isla de Luzón.

—Miré —continuó el coronel, y señaló con el dedo un punto del plano—, aquí se encuentra Baler, su objetivo, junto a esta ensenada. Nosotros nos hallamos aquí. Remonte el curso del río Pampanga hasta la ciudad de Cabanatuán, allí girará al nordeste, hacia Bongabón. Desde allí ya no hay nada que se pueda calificar como camino, solo meras sendas que cruzan la selva. Atravesará la sierra de Caraballo y se adentrará en el distrito del Príncipe, hasta Baler.

—Una vez allí, ¿qué debemos hacer?

—Después de tomar el pueblo y liberar a la guarnición sitiada, retírese y vuelva a Bongabón con los españoles supervivientes. Llévese a Esteban y su grupo. Les será de mucha utilidad.

—¿Cuándo salimos?

—En cuanto esté listo. El general Otis ha remarcado que es de suma importancia completar esta misión con éxito. Pretende avenirse con las jerarquías españolas. No entiendo a qué español puede necesitar nuestro comandante en jefe.

—Supongo que será uno muy poderoso. Quizás un rico hacendado…

28 de mayo de 1899. Trescientos treinta y dos días de asedio

Baler

Alcaide, sobre un dibujo esquematizado de la iglesia, realizado por él mismo con trazo irregular y apresurado, señaló una parte del edificio con su dedo índice.

—Este es su punto débil. Si atacamos aquí, los derrotaremos.

—Sí todo es como usted cuenta —dijo el teniente coronel Tecson—, no tendríamos que encontrar problemas.

—Despliegue a su tropa para contrarrestar una salida desesperada. Martín no se rendirá sin probar alguna jugada.

—No se preocupe. Si salen, los acribillaremos. Lo mejor del plan es que no tenemos que arriesgar la vida de muchos soldados.

—Con una veintena bastará —dijo Alcaide.

—Espero que funcione y pongamos fin a su locura. Lo intenté por las buenas y no hubo manera. Han sido ellos los que me han empujado a actuar así.

—¿Cuándo lo harán?

—Esta madrugada —respondió Tecson—, haga raso o diluvie. Quiero terminar con este farragoso asunto lo antes posible.

Sobre las diez de la noche, Martín Cerezo, después de recorrer los puestos de vigilancia y comprobar que todo estuviera en orden, se acercó a la mesa de los oficiales.

Al verlo acercarse, el doctor cerró el libro que leía.

—Buenas noches, Vigil. No quiero interrumpir tu lectura.

—Buenas noches, Martín. No te preocupes, estaba repasando un aburrido volumen de medicina quirúrgica. ¿Cómo ha ido la ronda?

—Sin problemas, pero la moral de los hombres cada día está más baja.

—Y ellos más débiles…

—Lo sé. He tenido que autorizar que puedan hacer la guardia sentados. No lo hacían desde los peores tiempos del beriberi. Fabregat fue incapaz de subir por si solo hasta el terraplén de la ventana aspillerada cerca del altar.

Tuvimos que ayudarle. Méndez y Mir han podido llegar a su posición por su propio pie, pero sin cargar con el máuser. No me extraña que la moral esté por los suelos…

—Lo raro es que no haya una deserción en masa o un motín. Ni siquiera he sorprendido a uno de ellos hablando de rendición. Son de buena casta.

—Sin duda, Vigil. Eso lo han demostrado durante muchos meses y ahora lo confirman de nuevo. Apenas podemos resistir ya. Queda claro que estamos viviendo nuestros últimos días. Sin comida, débiles y acosados… Hoy se acabará el arroz. No tenemos nada más que latas de sardinas estropeadas… Solo nos queda aguardar la arribada del barco. Es la única esperanza que nos queda. Alargaremos la resistencia todo lo que podamos, quizás un día más marque la diferencia…

—Teniente —dijo el cabo Jesús García, que se acercaba, apoyándose en su muleta, con el irregular caminar de los impedidos—, el centinela que vigila la puerta de la sacristía al corral informa que está oyendo unos ruidos extraños.

—¡El pozo! ¡Querrán emponzoñar el agua! Despierte al cabo Olivares y al resto de la tropa, pero sin armar escándalo. Vigil, vaya usted a comprobar si hay novedades en el resto de los puestos de guardia.

Martín Cerezo apostó en silencio a los soldados en todas las aspilleras desde las que se podía cubrir el patio. Cuando ocuparon sus posiciones, el oficial se asomó despacio por encima de la tapia. A la luz de la luna pudo observar que estaba vacío, pero era evidente que tras el muro exterior había alguien, pues se oía un sonido peculiar, un rumor sordo e incesante, como si rascaran la superficie de la pared. Tras verificar que todo seguía en orden, el doctor se reunió con él.

—Deben de estar tratando de perforar el muro para controlar el acceso al pozo.

—Ataquemos ahora que no tienen los agujeros listos —sugirió Vigil.

—Puedo salir con un grupo y dispersarlos, mi teniente.

—No, Olivares. Es una trampa. Seguro que nos están esperando. Lo mejor será aguardar el amanecer antes de decidir cómo actuar. Dejen un par de centinelas extras para vigilar el jardín y mande a dormir al resto de los hombres francos. Usted, Vigil, márchese también a descansar, puede que mañana tenga mucho trabajo. Yo le sustituiré.

Los cazadores se retiraron a dormir entre cuchicheos. Martín permaneció atento a los insurrectos y de tanto en tanto comprobaba que no hubieran ocupado el patio. Pasó la noche temiendo escuchar de un momento a otro el

sonido metálico de las latas colocadas encima de los maderos que ejercían de tapadera. Poco después de la medianoche el rumor cesó y no volvió a repetirse en toda la vigilia. Fuese lo que fuese lo que hubieran ingeniado los filipinos, ya lo habían terminado. La trampa estaba cerrada.

29 de mayo de 1899.
Trescientos treinta y tres días de asedio

La noche transcurrió con una lentitud que exasperó los atribulados nervios de Martín Cerezo. Si malo fue escuchar el paciente trabajo de los insurrectos sin poder impedirlo, peor fue que este cesara por completo. El oficial se sabía condenado, pero la rabia que le producía la idea de sucumbir ante las artimañas del desertor le empujaba a luchar con ferocidad. Su cabeza no cesaba de imaginar cuál sería la treta del enemigo y cómo contrarrestarla. Una y otra vez, jugaba consigo mismo una partida de ajedrez que siempre quedaba en el aire. Aún de pie, apoyado en ocasiones sobre el muro, fue incapaz de luchar contra la somnolencia y, un par de horas antes del amanecer, dio orden al cabo de cuarto de que le llamara en cuanto rayara el alba. Caminando como si estuviera borracho, se dejó caer sobre el catre sin siquiera quitarse el cinto.

Al transcurrir el plazo indicado, el cabo García le despertó zarandeándole el hombro.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Han tomado el pozo los taos?

—No, mi teniente. Es la hora. Disculpe la brusquedad, pero no despertaba…

—No importa. Se lo agradezco.

Martín Cerezo se levantó y se dirigió al coro. Los rayos del sol comenzaban a cruzar el cielo y la tierra se iluminaba de manera lenta pero inexorable. Desde una de las troneras laterales observó el estado del muro del patio y maldijo de nuevo a Alcaide al descubrir que los tagalos habían aspillerado la ventana que ellos habían tapiado al principio del asedio. Además, habían perforado y ampliado la salida del urinario. Malhumorado, bajo a la nave y mandó que pusieran a la tropa en alerta. Con el revólver en la mano, fue a la trinchera exterior que cubría las dos puertas principales y verificó que la parte este del edificio continuaba despejada. Una vez evidenciado que el ataque se centraba sobre el antiguo convento, sintió cierto alivio y apostó a los mejores tiradores, a su grupo selecto, en las aspilleras superiores que lo cubrían.

—Alcaide y los indios se creen muy listos. Se piensan que nos han cortado el suministro de agua, pero les vamos a demostrar que no. Quiero que a mi orden abran fuego contra las troneras del enemigo. No les dejen disparar.

Y estén atentos, abatan a cualquier hombre que abandone ese muro. Nadie debe escapar con vida. Les servirá de escarmiento. No tengan piedad, recuerden todo lo que nos han hecho sufrir.

—Descuide, mi teniente, al primero que huya lo cazaremos como a un conejo.

—Estén atentos a mis órdenes. Tenemos que coordinarnos bien para no herirnos entre nosotros.

En las posiciones enemigas una corneta llamó a fajina para burlarse de los kastilas, que no tenían acceso al agua. Desde sus trincheras, los filipinos increparon a los sitiados y a pedirles que salieran. Los taos apostados junto al muro, al escuchar lo que sin duda era una señal, descerrajaron sus armas sobre la cubierta del pozo.

—Ya verán quién ríe el último —masculló Martín apretando los dientes.

Colocó otro grupo de soldados en las aspilleras inferiores que daban al patio. A una voz suya, los cazadores dispararon desde los dos pisos a las improvisadas troneras enemigas. A tan corta distancia, los sitiados no tuvieron problemas en acertar en los huecos, impidiendo que las utilizasen. Martín Cerezo comprobó que tenían ganada la posición, abrió la puerta e irrumpió en el corral armado con su revólver.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —gritó mientras corría hacia las troneras abiertas por los insurrectos.

Le siguieron, con los fusiles a la espalda, el cabo Olivares y cinco soldados que llevaban azadones, palas y mazas. Se abalanzaron contra la ventana aspillerada y el orificio del lavabo y comenzaron a bloquearlos con piedras que metían a presión. Un hombre mayor metió el cañón de su escopeta, pero el teniente, antes de que disparara, lo derribó de un balazo en la frente. El resto de sus compañeros, sin exponerse al juego kastila, intentaron impedir el trabajo con sus bolos, pero les fue imposible. En apenas cinco minutos los boquetes estaban tapados. Los españoles, al percatarse de que habían desbaratado el ataque insurrecto, vitorearon entusiasmados. Desde la trinchera enemiga respondieron con un fuerte abucheo.

—Santos —llamó Martín Cerezo, que se encontraba junto al doctor—, toque fajina.

—Es usted un demonio, Martín —rio Vigil.

—Es importante que la tropa se divierta. Hará el triunfo más grande… aunque primero debemos provocar su desbandada… ¿Cómo podríamos hacerlo?

—Mi teniente, si me permite —dijo el corneta—, hay una manera que no fallará.

—¿Cómo? —preguntaron los dos oficiales.

—Agua hirviendo. Ataremos latas a un palo y se la volcaremos encima. Ya verá como corren.

—Es una idea genial, Santos. ¿También de su tío?

—No, mi teniente, es cosecha propia.

—Vila, ponga a calentar las dos ollas más grandes que tenga. Saquen agua del pozo.

En poco más de quince minutos las cacerolas burbujeaban. Con cuidado, llenaron latas y rociaron con ellas a los tagalos.

—¿Qué? ¿No os gusta el café? ¿Quizás está demasiado caliente? —preguntó Ramón riéndose a mandíbula batiente.

No podían verlo, pero los filipinos se agolpaban y empujaban para evitar que los escaldaran. Uno de ellos intentó huir, pero lo alcanzaron en el muslo desde la sacristía y volvió al muro. Mientras se quejaba y gritaba, los españoles se mofaban de él.

—¿Te duele mucho? —dijo Castro—. Espera, que ahora te dejará de doler.

—¡Apoyadnos! ¡Disparad! —exigían en tagalo a sus compañeros los pobres y escocidos soldados filipinos, incapaces de soportar un nuevo chaparrón—. ¡Atacad! ¡Atacad!

Aquellos hombres, voluntarios y patriotas convencidos, torturados hasta lo indecible, entendieron que solo les quedaba una opción. Se coordinaron entre ellos y, a la cuenta de tres, corrieron hacia su trinchera. Ninguno se quedó guarecido tras el muro, incluso el infeliz soldado herido en la pierna cojeó varios metros. Los españoles no tuvieron piedad. Los acribillaron desde la sacristía, desde el coro y, ahora además, desde los muros del patio. Diecisiete filipinos murieron en un instante Diecisiete valientes que una vez habían soñado con la libertad de su patria y que ahora, como última ofrenda, le entregaban sus huesos. Solo dos consiguieron llegar al terraplén, pese a que se encontraba a poco más de veinte metros.

Casi ya a la hora de comer, olvidado el último triunfo, los cazadores aún capaces proseguían con sus labores. Los más débiles, sin fuerzas ni para cargar con el fusil, se limitaban a sentarse contra la pared y dejar transcurrir el tiempo, sintiendo como el hambre los debilitaba minuto tras minuto. Otros, aún cegados por la ira, el orgullo y el odio, se jactaban al narrar la tortura y

muerte de los filipinos. Entre el barullo formado, el canario Gopar advirtió un sonido largamente anhelado.

—¡Callad! ¡Prestad atención!

—¿A qué?

—¡Silencio, coño! ¡Esperad a que se repita!

La tropa enmudeció, pero nada alteró el dominio de los sonidos que día a día los habían rodeado desde hace meses.

—¿Qué ha oído, Gopar? —preguntó el teniente.

—La bocina de un barco.

—¿Un barco? —repitieron a la vez varios compañeros.

—¿Alguien más la ha escuchado?

Los hombres negaron con la cabeza.

—¿Está seguro?

—Estaba aquí sentado pensando, cuando resonó entre las voces que estos pegaban.

—Indicaré al vigía de la torre que esté atento por si viera algo, pero no se hagan ilusiones. Es probable que la tocaran los indios. Será otro de sus engaños… El más cruel de todos.

Los tagalos, avisados por sus vigías costeros, no tenían ninguna duda. Un vapor kastila había arribado a la bahía. De él partió una lancha que enarbolaba bandera blanca y que se acercó a la costa a golpe de remo. A bordo viajaban varios marineros, dos militares vestidos de rayadillo y dos civiles. En la costa los recibió un grupo de soldados filipinos que, tras una breve conversación, los condujo a presencia del teniente coronel Tecson en la fortificación del puente de España.

Los dos jefes se examinaron mutuamente. El tagalo, dolido por la inesperada y apabullante derrota, tenía el ánimo ennegrecido. Observó al kastila, que, impávido, le miraba con ojos inexpresivos.

—Soy el teniente coronel don Cristóbal Aguilar, del Estado Mayor del general don Diego de los Ríos, presidente de la Comisión Liquidadora. Tome mis documentos y un despacho de su gobierno informándole de mi llegada y el objeto de mi visita. De todos modos me dijeron los suyos que mandarían un mensajero.

—Aquí no ha llegado nadie… No se me ha informado de nada… —Tecson abrió la comunicación de sus superiores y la leyó marcando las palabras con los labios—. ¿Vienen a llevarse a esos energúmenos?

Aguilar pensó si debía defender a sus compatriotas o ignorar el insulto. Persona fría como era, apenas dudó antes de decidirse.

—Sí.

—¡Perfecto! Disculpe mi falta de tacto. Soy el teniente coronel Simón Tecson. Comandante de las tropas republicanas en Baler.

—Me acompañan el capitán dos Carlos Cervera, don Higinio Algar, corresponsal del periódico *El Imparcial*, de Madrid y don Carlos Arias, fotógrafo. Han venido a cubrir la noticia, si usted no tiene inconveniente, claro.

—Por mi parte no tengo nada que objetar. Actúen con total libertad. Cuanto antes termine este embrollo, mejor para todos será. La República necesita estas tropas. Aquí no ayudan a nuestra causa.

—Pues no se hable más —dijo Aguilar—, ¿cuándo cree que podré entrevistarme con ellos?

—Ahora mismo si quiere. Lo que no sé es si les recibirán. Esta noche hemos intentado controlar el acceso a su pozo. Nos ha costado diecisiete hombres. No hará ni tres horas que concluyó la tentativa.

Aguilar, con su flemática cara de palo, contempló al apenado militar filipino en silencio, dejando pasar unos segundos antes de hablar.

—En lugar de presentar bandera blanca, mejor enarbolaremos la nuestra. Capitán, prepárela.

—Como ustedes gusten. ¡Vicente! —Un soldado con una corneta colgando del hombro entró apresuradamente en el edificio—. Acompañe al teniente coronel. Pretenden comunicarse con sus compatriotas —añadió en tagalo.

Los dos militares hispanos abandonaron el *bahay* y se dirigieron hacia los terraplenes de las trincheras acompañados por los dos periodistas y el corneta. Allí aprovecharon para tomar un par de fotos mientras el soldado insurrecto tocó la llamada de atención. A su lado, el capitán mostraba la rojigualda en tanto que Aguilar se mantenía firmes.

—Mi teniente —gritó Marcelo Adrián desde el coro—, hay dos hombres con una bandera española.

—Esta es nueva —dijo Martín Cerezo—, es la primera vez que la usan. Igual pretenden distraernos para recuperar los cuerpos de sus muertos. Dejémosles, no nos conviene que se pudran tan cerca de nosotros. Dígales que puede acercarse, pero solo el que esté al mando. Cierren la puerta principal, que no fisgue nada.

El centinela transmitió el mensaje al heterogéneo grupo que esperaba. Higinio, desde la trinchera, observó la escena. Detrás de sus gafas de montura

metálica, sus vivos ojos marrones se anegaron. Por fin, aquello por lo que tanto había terciado estaba a punto de convertirse en realidad.

—Vaya usted con Dios y salve a esos desgraciados —dijo levantando una mano.

El jefe lo miró y asintió con la cabeza.

—Para eso hemos venido, Algar. —Se estiró la guerrera y se dirigió hacia la iglesia. Bajo el brazo llevaba una cartera de cuero negro que le tendió el capitán.

—Mi teniente —dijo Marcelo—, ya se acerca.

—Subo enseguida, abra el postigo. —Terminó de ponerse el mejor uniforme que le quedaba y la gorra de plato blanca y subió la escalera del coro.

—¿Hola? —gritó Aguilar.

—Buenos días, caballero —respondió Martín desde una de las ventanas frontales del piso superior.

—Buenos días, soy el teniente coronel Aguilar, del Estado Mayor del general De los Ríos.

—Sí… Eso parece. Yo soy el teniente segundo Martín Cerezo. Oficial al mando de esta guarnición.

—¿Alguno de ustedes sirvió conmigo en Mindanao? ¿Alguno me reconoce?

—No tenemos tal honor.

—Lástima, hubiera facilitado mi tarea. Vengo comisionado para recoger al destacamento de Baler. Tengo autorización de los americanos y del presidente indio Aguinaldo. En la ensenada nos espera el vapor *Uranus*. Nos conducirá a Manila y desde allí les trasladarán a España.

—¿Y abandonaremos las Filipinas?

—Ya no son nuestras. Perdimos la guerra contra Estados Unidos y con ella Cuba, Puerto Rico y este archipiélago.

—Claro, claro.

—Permítame que le muestre los documentos que me acreditan.

—No es necesario. ¿Para qué va a molestarse? Le creemos.

—Tengo también un oficio del general De los Ríos dirigido al jefe del destacamento. Envíe un soldado que venga a por él.

—No hace falta, láncelo a la trinchera y después lo recogeremos.

—Teniente, eso no es apropiado. Se trata de un despacho de la máxima autoridad militar…

—Pues si no lo echa, lléveselo. Yo estoy harto de leer mentiras.

—Como quiera. —Aguilar avanzó unos pasos y dejó caer un sobre dentro de la zanja—. No sé por qué —se alejó de la fachada para poder contemplar mejor a Martín—, no sé por qué se empeña en mantener su resistencia cuando estas tierras ya no pertenecen a España. Estados Unidos es el legítimo propietario ahora.

—El destacamento solo abandonará esta posición cuando veamos aquí fuerzas españolas. Nunca antes.

—Pues lamento informarle que eso no sucederá. Ya no es posible que se presente aquí tropa de nuestro país. Si repasase mi documentación, vería que todo está en regla. Mi acreditación, los pases norteamericanos, mis órdenes, el despacho del gobierno de Aguinaldo… ¿Qué más prueba requiere?

—Habló usted antes de un barco.

—Sí, un vapor. El *Uranus*.

—No lo hemos visto.

—Indíqueme por dónde quiere que navegue y se lo diré gustoso al capitán.

—Bien… Déjeme que piense… Tendremos que verlo desde la torre. Que pase la Barra de Baler hasta Los Confites.

—De acuerdo. Mañana mismo.

—¡Ah! Y una cosa más. Que dispare un par de cañonazos sobre la sierra.

—¿Qué? Sepa que es un barco mercante. En el tiempo que he pasado a bordo solo he visto un pequeño falconete.

—Servirá. Y si no, siempre les quedará su cañón rompetejas.

—No comprendo de qué habla. —El teniente soltó una carcajada fingida cuyo tono no dejaba lugar a dudas. Aguilar entendió que se reía de él, pero al no entender la burla, prosiguió con su comisión—. Pediré permiso a las autoridades locales. Deben saber que no les bombardeamos.

—Haga lo que tenga que hacer. Por cierto, si es verdad lo que usted dice, ¿por qué nos hostilizan así? Allí, a mi derecha, mire y verá varios cadáveres. Son del ataque de esta mañana. Llévenselos.

—Le aseguro que no tienen nada que temer. El comandante de le fuerza filipina tan solo pretende terminar con este asunto cuanto antes. A primera hora de mañana, si la mar lo permite, el vapor navegara siguiendo sus indicaciones.

—De acuerdo, después hablaremos. Adiós.

—Adiós, Martín. Obre con buen juicio.

Aguilar se volvió y comenzó a caminar hasta donde se encontraba el capitán. A los pocos metros oyó preguntar al teniente:

—¿Dónde habrá robado ese uniforme?

El jefe escuchó el comentario y se paró de golpe, apenas un segundo, pero decidió no contestar y continuó andando hasta desaparecer entre las fortificaciones filipinas. Martín Cerezo cerró el postigo y dijo a Vigil y a los hombres que les rodeaban:

—Sin duda es una persona distinguida. Se nota a la legua. Lástima que un compatriota así se haya pasado al enemigo. Los indios siguen pensando que somos tontos. ¿No lo envían unas horas después de fracasar su asalto? ¿Y por qué diablos reciben ahora a un mensajero llegado en un barco cuando al anterior lo atacaron sin piedad? Demasiadas preguntas sin respuesta, demasiadas incongruencias…

El teniente se acercó a la barandilla del coro, medio derruida desde el bombazo enviado por Alcaide, y pidió que le subieran el despacho del general. Tras leerlo, levantó la vista y se percató de que todos sus hombres lo miraban expectantes.

—No les haré esperar más. El supuesto general —dijo remarcando las dos últimas palabras— no dice nada nuevo. Repite que Filipinas ya no es española y que sigamos las instrucciones dadas al señor Aguilar. Como ven, no aporta nada a la burda mentira tejida por los insurrectos. Este tal señor Aguilar, creo que realmente es un teniente coronel español. Mejor dicho, creo que lo fue. Está claro que ha desertado. Es una lástima, un hombre tan ilustrado como parece… —El oficial negó con la cabeza un par de veces y comenzó a desabrocharse la guerrera—. Bien, vuelvan a sus quehaceres.

Martín Cerezo bajó a la planta de la iglesia conversando con el doctor Vigil. Al llegar a su mesa se encontraron con los dos sacerdotes que hablaban entre ellos en voz baja.

—¿Qué están rezando, padres? —El teniente retiró una silla para poder sentarse.

Minaya le miró fijamente.

—Ahora no son horas de rezo, sino de razonar, hijo.

—¿A qué se refiere?

—No vayan a empezar, que les conozco. —El doctor intentó evitar un nuevo enfrentamiento entre los dos.

—Vigil, déjele… Padre, explique eso de que es hora de razonar, por favor.

—No queríamos iniciar una disputa con usted, pero ya que saca el tema, lo mejor es que se lo digamos. No entendemos por qué no ha querido aceptar su documentación.

—Porque es una burda mentira.

—¿Tan seguro está que se juega la vida de tantos hombres?

—¿De las mentiras de los tagalos? Llevan mintiéndonos desde hace más de un año. Ya nos engañaban antes del inicio del asedio e incluso con anterioridad ya traicionaron al teniente Mota…

—Entiendo que eso le haya causado tantos prejuicios, pero entienda que mil falsedades no privan a un sujeto de la capacidad de decir una vez la verdad. Debería plantearse que, quizá por una vez, pudiera ser todo cierto.

—Permítame que le diga que eso es un disparate. Los indios ambicionan nuestra posición y nuestro armamento. Han recurrido a todas las añagazas posibles por capturarnos. Mientras tenga la más ligera sombra de duda, desconfiaré de ellos. Eso nos ha mantenido vivos hasta ahora.

30 de mayo de 1899. Trescientos treinta y cuatro días de asedio

Algo más de media hora antes de que saliera el sol, varios soldados libres de servicio se agolpaban en la torre del campanario. Habían madrugado para poder contemplar al posible barco de socorro. Sobre las ocho, entre la densa arboleda, apareció el buque siguiendo la línea de la costa. Al arribar a la punta de Los Confites, disparó las dos veces requeridas y repicó la bocina.

Al oír las descargas del falconete, Martín subió a la torre y soltó un par de juramentos al echar en falta sus prismáticos. Observó la embarcación hasta que dio una sonora palmada.

—¡Ja! ¡Ya me lo figuraba! —Bajó de nuevo a la planta de la iglesia, riéndose entre dientes—. Estos indios son de un ingenuo que da risa. ¿Habéis visto lo mismo que yo? Menudo artefacto han ideado. Han construido con cañas un armazón parecido al casco de un barco y lo han forrado con esteras de palma y sábanas. ¡Hasta le han fabricado una chimenea con nipa! Y han conseguido, no sé cómo, que salga humo de ella… Lo dicho, los taos son unos farsantes.

Los soldados que rodeaban al oficial prorrumpieron en una enorme carcajada colectiva, celebrando el descubrimiento del nuevo engaño de los insurrectos. El teniente, al ver silencioso y cariacontecido al padre Minaya, se acercó a él.

—¿No sube usted a la torre? ¿No quiere ver el buque de los indios?

—¿Para qué he de subir? ¿Acaso tiene alguna duda?

—Ninguna, padre, ninguna. —Y se alejó hacia el grupo de hombres que comentaban divertidos los numerosos fallos de la chapuza filipina.

—Cuando don Quijote está decidido, ¿de qué sirven las palabras de Sancho? —murmuró el apenado fraile sin que nadie le escuchara.

Los cazadores continuaron contemplándolo. Convencidos como estaban de que aquel molino era un gigante, creyeron incluso ver a los filipinos que, desde la costa, tiraban con cuerdas del supuesto buque. Al mediodía navegó hacia la ensenada de Baler y se ocultó a la vista de los españoles.

En la trinchera opuesta, el teniente coronel Aguilar compartía un frugal almuerzo con Algar. Los tagalos les habían servido una morisqueta fría acompañada de una gallina vieja y dura como el cuero de una bota.

—Algo extraño sucede en la iglesia. Se lo digo yo.

—¿Por qué piensa eso?

—El teniente mantiene una actitud extraña… No ha querido ni recoger la documentación… He tenido que insistir para que recibiera el despacho del general. ¿No creen que después de permanecer encerrados tanto tiempo deberían estar ansiosos por recibir noticias?

—Supongo que sí, aunque no es razón…

—Algo ocultan…, pero usted no se preocupe, de una manera u otra obtendrá una gran historia. O una de héroes o una de bribones asesinos, que quizás en esta España nuestra venda más.

—Supongo que sí; sin embargo, yo quería una que sirviera de aliento y que ayudara a sanar las cicatrices de la guerra.

El teniente coronel levantó una ceja.

—He de reconocer que me sorprende, no le tomaba por un romántico soñador.

—¿Romántico? Después de la pérdida de las últimas colonias ya no se puede ocultar más el atraso que sufre nuestro país. Ha llegado la hora de renovarlo. La clase política actual ha demostrado su incompetencia para solucionar los problemas del reino. Necesitamos regenerarla con urgencia. Solo así volveremos a situarnos en la vanguardia europea. Siempre pensé que el destacamento de Baler, con su abnegación y su capacidad de sufrimiento, serviría de ejemplo a nuestra patria enferma. Y Dios sabe que vamos a necesitar todos los estímulos posibles.

—¿Saben los de *El Imparcial* que es un regeneracionista? —Algar se encogió de hombros—. Es joven e idealista, pero no se preocupe, el tiempo le curará de ambos males.

—De la juventud, seguro. De lo que usted llama idealismo, está por ver. Quizá me reafirme en él.

—Solo lo mantendrá si no consigue medrar en la vida. A poco que engorde su cartera, adelgazará su conciencia. Créame, lo he visto muchas veces.

—No lo sé, espero que se equivoque…, pero dígame, ¿cuándo va a volver a parlamentar con los del destacamento?

—En cuanto comamos. Ya habrán visto el barco lo suficiente. Espero que les baste y me crean.

Al terminar, el teniente coronel, después de que el corneta tagalo tocará atención, se dirigió hacia la iglesia. Algar encendió una trompetilla y lo

observó ascender con la espalda erguida por el terraplén. Cuando aún no se había fumado ni la mitad, vio con sorpresa cómo regresaba el militar.

—¿No me han dicho que vuelva después? ¡Que ahora el teniente está durmiendo la siesta y ha dado orden de que no lo despierten! Esto es un ataque deliberado, Algar. Quiere provocarme. A Martín Cerezo no le interesa de ninguna manera que yo medie en el conflicto. Algo oculta.

El periodista y el militar permanecieron juntos charlando hasta las tres y media, la hora señalada para la nueva cita. Aguilar se encaminó de nuevo hacia la iglesia. Bajo su brazo portaba un voluminoso fardo.

El teniente subió a la misma ventana del coro desde donde le había hablado el día anterior. Lucía una enorme sonrisa, demasiado forzada para ser franca o amigable. Aguilar, al distinguirla, se inquietó.

—Buenas tardes, teniente —dijo a la vez que saludaba de manera marcial.

—Buenas tardes —respondió este levantando la palma de la mano.

—¿Han visto el vapor? ¿Han escuchado sus cañonazos y sus sirenas?

—Sí. ¡Cuánto habrán trabajado esta noche para representar semejante pantomima!

—¿Cómo dice?

—Nada, nada.

—Entonces, ¿vendrán conmigo?

—Pero ¿a quién se le ocurre que podamos ir en un buque tan pequeño como ese? Tenemos que transportar muchos víveres, municiones, artillería y todo el abundante material de administración y sanitario que tenemos aquí reunido.

—Hombre, no, si eso no hay que llevarlo.

—¿Y qué hacemos? ¿Entregárselo a la chusma india?

—Sí. ¿Le extraña? Es uno de los muchos males que acompañan a la derrota. Si hubiera visto lo que nosotros entregamos en Zamboanga…

El oficial se volvió hacia los soldados que le rodeaban y susurró:

—¿Veis? La misma música de siempre, lo que desean es nuestro armamento.

—¿Lo mato, mi teniente? —preguntó Ramón Mir levantando su máuser.

—De ninguna manera. Hemos aceptado la negociación. Sería un asesinato.

—Entonces, ¿en qué quedamos? —gritó Aguilar—. ¿Cómo podría yo convencerle? Me acompañan el capitán del *Uranus*, el corresponsal de *El Imparcial* en este archipiélago señor Algar y un fotógrafo, el señor Arias. ¿Quiere hablar con alguno de ellos?

—No será necesario.

—Yo conozco a Algar. ¡Que venga! —dijo el padre Minaya, que se encontraba con un grupo de soldados al lado de la ventana del coro. Martín Cerezo, al oírlo, se volvió con el semblante rojo y, apretando los puños, se encaró el fraile.

—Cállese usted. Aquí solo hablo yo. No admito observaciones de nadie. ¿Está claro? ¡De nadie! —Tras decirlo se dirigió de nuevo a la ventana. El padre Minaya, sorprendido por la reacción del oficial, no se atrevió a replicar.

—El fotógrafo —continuó Aguilar cuando vio que Martín se asomaba— ha venido exclusivamente a retratarles a ustedes y a la iglesia. Viene para recoger testimonio de su gesta.

—El reglamento prohíbe sacar vistas de los fuertes. Que no venga.

—No se acercará sin su permiso. Ya sé que está prohibido tomar fotografías. Yo solo lo decía por si ustedes salían. ¿Sabe, teniente? Me gustaría entender por qué son tan obstinados y se obcecan en continuar esta descabellada defensa. Las Filipinas ya no nos pertenecen. Si persisten en su cerril actitud, va a devenir una desgracia, pues su única salida será la muerte.

—¿Y quiere que dejemos entrar aquí a los insurrectos para que nos degüellen? Ellos no han dejado nunca de atacarnos; nosotros nos limitamos a defendernos. Si está hecha la paz, que den ejemplo ellos retirándose los primeros.

—¿Y qué he de responder al general?

—Dígale que nos espere en Manila.

—¿En Manila? ¿Cómo piensan ir?

—Cuando se terminen los víveres, marcharé con mis soldados hasta la capital. ¡Nadie nos detendrá!

—¿Cómo? Pero… ¡Qué disparate! No llegarán, aunque, de todos modos, me alegraría verlos allí. Dígame, Martín, si viniera aquí, al mismo lugar donde yo me encuentro, el general De los Ríos en persona, ¿saldría usted?

—Entonces… Ya veríamos lo que haríamos entonces.

—¿Hasta cuándo piensan resistir?

—Tenemos comida hasta el mes de agosto. Dígale usted a su excelencia que si para ese tiempo no nos han auxiliado, marcharemos sobre Manila.

—¡Qué locura! Por Dios, Martín, avéngase a razones y venga conmigo. Les garantizo que en poco más de un mes estarán de vuelta en España. No se queden aquí… Morirán sin remedio.

—A nosotros nos mandaron defender este pueblo y es lo que hacemos.

—¡La guerra ha terminado!

—Señor Aguilar, si no tiene nada más que decirnos…

—¿Es consciente de que puede ser conducido al pelotón de fusilamiento por desobedecer una orden directa de sus superiores?

—No los reconozco como tales. No desde que colaboran con el enemigo.

—¿Cómo dice? Desde luego, no me gustaría estar en su pellejo. Es carne, cuando menos, de presidio.

—Ya veremos quién es condenado y quién enardecido.

—Se empeñan en sacrificarse por nada. Yo más no puedo hacer. Deben ser un grupo excepcional… De verdad que siento no haberles convencido. Les deseo toda clase de parabienes. Adiós muchachos. —Levantó la voz para que le oyeran todos los miembros del destacamento—. Me voy sin saber si son un grupo de héroes o una recua de locos. Espero verles en Manila. Aquí les dejo unos periódicos de la Península —dijo mientras depositaba el atadijo en la zanja de la trinchera—. Son los que encontré en el buque. Igual les sirven de algo y triunfan donde yo he fracasado. Adiós, cazadores. Rezaré por ustedes.

Aguilar se llevó la mano a la sien para saludar al teniente, que asintió con la cabeza, y se encaminó hacia las líneas tagalas. A los pocos metros, se giró y contempló la ventana desde donde le había hablado Martín y que ahora ocupaban varios soldados curiosos. Suspiró hondo y regresó cabizbajo junto al periodista y el fotógrafo, que se encontraban con Tecson.

—Dicen que se quedan. No he logrado convencerlos. Dudo que alguien pueda hacerlo…

El comandante tagalo ahogó una maldición. Había puesto sus esperanzas en aquel jefe español de aspecto tan notable y le había defraudado. Después de las dos tentativas empleadas, ya solo le quedaba un medio que utilizar. Un ataque directo contra la posición kastila. Pero, si habían muerto diecisiete hombres realizando un golpe de mano. ¿Cuántos perdería asaltando la bien fortificada iglesia?

31 de mayo de 1899.
Trescientos treinta y cinco días de asedio

Inmediaciones de Bongabón

El teniente coronel Robert Lee Howze oteó con sus prismáticos el pequeño pueblo. Una barricada cerraba la calle principal. A su alrededor, varios milicianos fumaban tranquilos.

—No nos han descubierto —dijo al joven capitán que se encontraba a su lado. Se arrastró unos metros para retirarse del peñasco y se acercó al grupo de oficiales que le esperaban de pie—. Atacaremos antes de que anochezca. La compañía G rodeará aquella cresta, y avanzará, sin dejarse ver, sobre la retaguardia del enemigo. Capitán Cooper tiene dos horas para posicionarse. ¿Alguna duda?

—No, señor.

—No quiero que escape ningún tagalo armado. La H iniciará el asalto y dejaremos la F en reserva. En cuanto caiga Bongabón, tendremos vía libre hacia Baler.

Iglesia de San Luis de Baler

—Pues esto ya está. —Martín Cerezo dejó la pluma sobre la mesa y contempló el informe que terminaba de modificar. Desde aquel momento y de manera oficial, Alcaide nunca había acompañado a Chamizo en su salida. El teniente sonrió y asintió levemente. Vigil y los frailes, que ignoraban su proceder, continuaron con la lectura de los diarios dejados por Aguilar.

—¿Saben? Este ejemplar de *El Imparcial* parece auténtico. Mírelo usted, compárelo con estos números antiguos. Todo coincide. —Minaya señaló varias partes de la portada con el dedo.

—Sí, se parecen como dos gotas de agua —confirmó el doctor.

—No debe ser muy difícil —dijo el teniente—. Tengan en cuenta que los insurrectos pueden haber capturado una imprenta. Con ella no creo que les haya costado demasiado copiarlos y redactar las noticias a su antojo.

—¿Tantas molestias por nosotros? —preguntó el doctor.

—Supongo que se habrán cansado de sufrir bajas.

—Fíjese, aquí hablan de la llegada de soldados repatriados procedentes de Cuba y Filipinas. Incluso hay alguna fotografía —indicó Minaya.

—¿Desde cuándo los indios han tenido miedo al trabajo duro, padre?

—Pues yo opino, Martín, que todos estos periódicos son verdaderos. Eso respalda nuestra tesis acerca de que el teniente coronel Aguilar era quien decía ser.

—¿Cómo está tan seguro?

—Por la presencia del señor Algar. Tanto fray López como yo le conocemos. ¿No es cierto, padre? Usted lo ha tratado mucho más que yo.

—Sí, es un personaje notorio en los círculos de Manila —afirmó el sacerdote.

—Y es miembro del Casino Español desde que llegó al archipiélago —dijo Minaya—. Todos sabemos sus ideas soberanistas. Jamás habría colaborado con los taos para engañar a un destacamento español. De eso puede estar seguro.

—Las personas cambian. Quizá lo han recompensado de una manera adecuada. ¿Pondrían su mano en el fuego por un periodista? No he visto uno que sea de fiar y que no sirva en primer lugar a su propio interés.

—Se equivoca con Algar.

—Puede que no me haya relacionado con él, pero no fiaré la suerte de mi destacamento a la palabra de un plumilla. Los indios pretenden crear discordia entre nosotros. No lo permitiré. —Martín se levantó y comenzó a recoger los periódicos nuevos—. Esta basura no merece que discutamos por ella. —Hizo un atadijo utilizando el mismo cordón que habían usado los filipinos y los lanzó cerca de la pared—. Al menos servirán para encender la lumbre.

—A pesar de todo, Martín —insistió Minaya—, ¿no cree que ha obrado de un modo… inconsciente?

—¿Inconsciente? Le aseguro que he sopesado durante largo tiempo cualquier decisión de relativa importancia. ¡Demonios! Si de algo disponemos aquí es de tiempo.

—Y en la situación en que nos encontramos, con comida para no más de dos días, ¿no habría sido mejor rendirnos al señor Aguilar? Parecía una persona ilustrada y no un cacique vengativo.

—¿Habría sido mejor, dice usted? ¿Acaso, y utilizando sus palabras, es preferible morir ahorcado que fusilado? ¿Qué diferencia hay? El final es el

mismo. De las dos maneras, entregándonos a Aguilar o a otro oficial insurrecto, humillaríamos la bandera de la patria, mancharíamos nuestro honor e incumpliríamos nuestro deber.

—Quizá ya pasó el momento de hablar de tales dignidades y toca ya pensar en el bien de los hombres —apuntó Minaya.

—Me sorprende lo poco que nos conoce. ¿Cree que, excusándonos en el paso del tiempo, traicionaremos nuestra honra? ¿Piensa que nos escudaremos con las dificultades y olvidaremos nuestro credo? Lo he dicho muchas veces y lo repito. Hicimos una promesa y la cumpliremos. Solo cederemos este fuerte cuando nos releven. Nunca antes, ¿me oye? Nunca antes.

—¿Y qué hará cuando nos quedemos sin alimentos?

—Abandonaremos la posición, pero no nos rendiremos, sino que volveremos a Manila; mientras tanto esperaremos. La llegada del relevo ha de ser inminente. Quizás esos dos días de los que usted hablaba puedan ser vitales. Apuraremos al máximo antes de intentar cualquier acción que tenga consecuencias irreparables.

1 de junio de 1899. Trescientos treinta y seis días de asedio

Bongabón

El capitán Cooper levantó la voz para hacerse oír por encima de los martillazos, tableteos y voces que le rodeaban.

—Apresúrese con esos maderos. Debemos terminar este cercado hoy mismo.

Los soldados estaban construyendo un vallado que alojara a la cincuentena de prisioneros tagalos, mucho de ellos heridos, apresados en el desigual ataque al pueblo.

—Capitán Cooper —dijo el teniente coronel Robert Lee Howze. El oficial, al escuchar la voz de su superior, se volvió y saludó.

—Señor.

—¿Cuándo creen que lo tendrán finalizado?

—No sabría decirle, señor. Vamos lentos por la falta de materiales. —En ese momento se oyó el estruendo ocasionado por un *bahay* al caer—. Estamos derribando algunas viviendas para utilizar sus cañas. Son enormes y resistentes. Servirán.

—¿Cuándo terminarán? Deme un plazo.

—Pues… señor, calculo que en unas seis horas.

—¿Seis horas? Son demasiadas. Pretendía llegar a Baler mañana. ¡Maldita sea! —Howze miró al cielo y después a los hombres que trabajaban—. Partiremos sin usted. Le dejaremos aquí de guarnición, cubriéndonos las espaldas. Saldré ahora mismo con las compañías F y H. Si apretamos el paso, llegaremos mañana.

Bahía de Manila

El barco viró a babor y navegó junto a la isla de Corregidor. El sol se alzaba sobre el horizonte y comenzaba a iluminar las aguas, provocando distintas tonalidades de colores que se alternaban conforme el aire las mecía. Desde la

proa, Higinio Algar podía ver cómo la bandera estadounidense flameaba orgullosa sobre la tierra recién conquistada.

Después de contemplarla durante unos segundos, se giró y apoyó su espalda en la barandilla vieja y deteriorada; la pintura había saltado en distintos puntos y el óxido carcomía el metal. El doble toque de la bocina del vapor le distrajo de sus pensamientos. Al levantar la vista, observó que Aguilar se dirigía hacia él.

—Buenos días, Algar.

—Buenos días.

—¿Qué hace aquí tan temprano?

—No podía dormir y subí a cubierta. Me gusta sentir la brisa marina.

—Disfrútela, que el sol no tardará en apretar.

El militar sacó una vieja petaca de cuero envejecido y ofreció un cigarro de tabaco picado al periodista.

—Le veo muy pensativo. ¿Aún sigue dándole vueltas?

—Sí… Y continúo creyendo que son unos héroes. Si hubieran asesinado a sus oficiales, como dijo el soldado aquel, ¿por qué soportan esta defensa tan tenaz? ¿No habría sido mejor pasarse al enemigo? No tiene sentido.

—Tampoco lo tiene que, siendo inocentes, no hayan venido con nosotros.

—¿Qué le va a decir al general?

—Lo que vi. Le transmitiré mi informe de la manera más textual.

—¿Cómo cree que actuará?

—Su excelencia piensa que algo extraño sucede en Baler. Imagino que mi informe le reafirmará en sus suposiciones. Además, ya escuchó al tal Alcaide.

—¿Ese desertor miserable? ¡Quia!

—Eso está por ver. Hizo algunas observaciones que quizá puedan echar luz sobre el asunto.

—¿Van a creerle?

—No depende de mí.

—Sabe tan bien como yo que él siempre ha tenido dudas al respecto. —Aguilar asintió de manera apenas imperceptible—. Entonces… esos hombres están perdidos…

—Mucho me temo que sí.

—Pobres desgraciados… Ojalá consigan salir de esta. Se lo merecen. Además, me gustaría descubrir qué rayos ha ocurrido.

—Han tenido su oportunidad. Ahora, para desgracia suya, su destino no está en nuestras manos… Aunque después de conocer al teniente Martín, creo

que nunca dependió de nosotros. A pesar de todo… me cayó simpático ese hombre. Creí ver nobleza en su actuación.

—¿Qué va a hacer ahora? ¿Volverá con De los Ríos a España?

—Esas eran mis intenciones, pero el general Jaramillo ha pedido que me quede con él. Necesitaba a alguien que estuviera al tanto de todo. Y usted, ¿volverá a casa?

—Hace mucho tiempo que mi casa está aquí, en Manila. Retrasaré mi vuelta todo lo que pueda. Me encanta esta tierra. Lástima no haberla sabido defender.

Baler

Ramón espetó el chacón pinchándolo a través de la boca con una varilla de hierro y lo colocó sobre el fuego. Como medía alrededor de un palmo incluyendo la cola, había decidido cocinarlo sin limpiarlo. La gran mayoría de los soldados habían adquirido esa costumbre con las piezas más pequeñas. Nada se desperdiciaba. Mientras la piel del reptil crujía al contacto con las llamas, Catalán se acercó a ellos con paso rápido.

—¿Os habéis enterado? Esta noche abandonamos la iglesia.

—¿Qué dices?

—¡Imposible!

—Que sí, se lo ha escuchado Bauza al teniente. Iba hablando de eso con el doctor cuando pasaron por delante de su puesto de guardia.

—¿Qué te parece? Ya te dije que volverías a ver a tu amada Clementa.

—Primero que sea cierto…

Como queriendo responder a las dudas del valenciano, se escuchó la voz del teniente Martín Cerezo, que desde el coro, citaba a los hombres a reunirse con él. A su espalda se encontraban el doctor Vigil, los dos frailes y los cabos Olivares y García.

—Cazadores. Préstenme atención. —Esperó unos segundos hasta que vio que todos le miraban—. Los alimentos se han terminado, apenas quedan sardinas para otro día. Ha llegado el momento de tomar una decisión. Entregarnos… —Varios cazadores dijeron «no» a gritos y de manera repetitiva. El oficial levantó las manos pidiendo silencio—. Entregarnos a los insurrectos o abrirnos paso hacia el bosque. —El griterío aumentó y retumbó entre las gruesas paredes. La mayoría de los hombres repetían «¡Al bosque! ¡Al bosque!»—. Sabía que, incluso con el final tan cerca, no me fallarían. No

hemos sufrido tantas penalidades, contrariedades e ilusiones rotas para terminar en manos de los enemigos de España. Hemos cumplido con nuestro deber, yendo mucho más allá de lo exigible, pero he aquí que no queremos rendirnos. No fallaremos a los compañeros que dejaron sus vidas tras estos muros lúgubres y olvidados.

»Saldremos esta noche, en mitad de la madrugada. Llevaremos lo justo. Intentaremos cruzar las líneas tagalas sin hacer ruido, pero no les engañaré; por mayor que sea nuestro sigilo, lo normal es que los indios nos descubran. Cuando empiecen los disparos nos defenderemos, llevándonos por delante a cuanto tao haga falta hasta que ganemos la selva. Tenéis que saber que, una vez que salgamos, todos, repito, todos nos encontraremos solos. Nadie se detendrá a recoger a un herido. Estamos demasiado débiles para cargar con un compañero. El que caiga o se vale por sus propios medios o caerá en manos de los tagalos. Solo el doctor, el cabo Olivares y yo sabremos la ruta a seguir. Si caemos los dos oficiales, él tomará el mando —dijo señalando al cabo—. Ahora líen el hato y aprovechen para descansar. Disminuiremos los puestos de centinela al mínimo y recuerden: no sobrecarguen sus mochilas, solo lleven los objetos estrictamente necesarios. ¡Que Dios les guarde! Ha sido un honor ser el comandante de este destacamento.

Sin esperar la respuesta de su tropa, se volvió hacia los hombres que le acompañaban en el coro.

—Tenemos mucho trabajo pendiente. Vigil, disponga el material médico imprescindible. Si necesita que algún soldado le ayude, dígamelo. He visto que disponemos de mantas de sobra. García, coja dos números y organice el reparto. Olivares, prepare abarcas nuevas con los correajes y mochilas de los caídos. ¿Cuento con ustedes, padres?

—Claro que sí —respondió Minaya.

—No son combatientes, pueden entregarse tranquilos a los tagalos.

—Fuimos prisioneros suyos y escapamos. Ayudaremos en lo que haga falta. Somos sacerdotes, pero también somos españoles —explicó el padre López.

—De acuerdo. Olivares, proporciónele dos rifles y munición. En total, emplearemos treinta y cinco, el resto de los máuseres hay que destruirlos. Bien, pues cada uno a su tarea.

En la planta de la iglesia, los soldados ya habían comenzado a organizar la marcha. Loreto situó sus escasas propiedades de forma metódica. Debajo una camisa mil veces remendada, un par de pañuelos, el rosario bendecido con las lágrimas de su madre, el retrato y la carta de Clementa. Justo encima la manta

roída, que luego cambió por una nueva. Arriba, para tenerlo a mano, colocó su impermeable fabricado con hojas de nipa. Una vez cerrada, sostuvo la mochila con una mano, la sopesó y, con un gesto de aprobación, la dejó en el suelo. Apoyó sobre ella su bombón repleto de agua del pozo.

—Te dije, Loreto, que saldríamos de aquí con vida —dijo Ramón palmeando la espalda de su amigo.

—Sí, al menos abandonaremos la iglesia por nuestro propio pie.

—Ya salió el optimista.

—¿No lo escuchaste? Es posible que caigamos. ¿Me ayudarás a escribir unas cartas? Si caigo me gustaría que las enviaras en mi nombre.

—¿Estás tonto o qué? ¿De veras piensas que, después de todo lo que hemos padecido juntos, te voy a abandonar en mitad de la noche como si fueras un perro viejo?

—Pero el teniente dijo…

—Me importa un bledo —contestó Ramón levantando la voz. Varios compañeros se giraron y les miraron sorprendidos. El cazador, precavido, bajó el tono—. Me importa un bledo lo que diga el teniente. Si te hieren, te llevaré conmigo y si no soy capaz de moverte, me quedaré a tu lado. No dejaré que los taos te toquen ni un pelo.

—¡Lo mismo digo! ¡O los dos o ninguno!

Los dos amigos se dieron las manos y sonrieron. Sin decir una palabra más terminaron de recoger sus posesiones.

—Pero ¿me ayudarás a escribir las cartas?

Ramón se llevó una mano a la frente y sonrió.

—Claro.

A mitad de tarde, Martín se tomó un breve respiro y se sentó a la mesa. Sacó del bolsillo de su guerrera la cadena y cruz dorada que antes había adornado el cuello de su mujer. Después de besarla, se la enrolló en la mano izquierda, sacó su cuaderno rojo, el tercero que empleaba desde que estaban sitiados, y escribió:

> Queridísima esposa:
>
> Las obligaciones se me amontonan, apenas tengo tiempo de redactar unas líneas rápidas. De madrugada, ocultándonos en sus sombras, abandonaremos la iglesia y nos internaremos en el bosque. Si todo sale como planeo, mañana habremos abandonado nuestro encierro. Si fracaso, es probable que muera, pero te aseguro que antes me llevaré por delante a todos los indios que pueda.

> Aunque la prueba de esta noche es vital, antes debo afrontar otra que esperaba eludir. Confiaba en que, con la llegada de una columna de auxilio, otros asumirían el papel de juez, pero ha querido el destino que sea yo el que se vea obligado a dictar sentencia, y solo puede ser una, la que marca el reglamento. Ahora mismo voy a comunicarlo a…

—Disculpa, Martín. ¿Me has mandado llamar?

El oficial levantó la vista y vio al doctor de pie.

—Sí, Vigil. Tengo que hablar contigo. ¿Has terminado ya o necesitas ayuda?

—No, ya tenemos preparado el material que vamos a llevarnos del dispensario. Me falta organizar el papeleo. Me sabe mal abandonar tantos libros —dijo el doctor mientras se quitaba la gorra y se sentaba.

Martín Cerezo dejó la pluma sobre la mesa y se guardó el colgante en el bolsillo. Concentrado en lo que pensaba decir y en cómo hacerlo, olvidó su costumbre de besarlo.

—Verás… Vigil… Quiero comunicarte que… Ha supuesto un trance tremendo y sombrío, pero me veo en la obligación de tomar una decisión tan drástica como ineludible.

—¿De qué se trata?

—Es evidente que los presos no pueden venir con nosotros, solo nos perjudicarían. Así pues, aplicando los artículos treinta y cinco y treinta y seis del Código de Justicia Militar junto con el bando del capitán general de veintitrés de abril del año pasado, y ejerciendo las facultades que la ley me otorga como comandante del destacamento, he dictaminado aplicar la pena capital sobre los dos reos.

El doctor alzó las cejas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Vas a ajusticiar a esos desgraciados?

—Lo he pensado detenidamente, Vigil. Desde el momento en que comencé a barruntar esta salida nocturna, ponderé el posible destino de los desertores. Créeme, es lo mejor.

—Que unos hombres maten a sus camaradas no creo que sea la mejor solución para nadie…

—Son reos de traición.

—¿De traición a quién? ¿Al país que los ha abandonado en mitad de la selva filipina? Si su patria hubiera cumplido con esos desdichados como ellos han cumplido con ella, no se hallarían en esa situación.

—Traición a sus compañeros. Ellos aguantaron imperturbables.

—Yo no he dicho que no sean culpables, pero de ahí a fusilarlos hay mucha distancia.

—Es por el bien de la tropa. No quieren acompañarnos. Se lo he propuesto, pero solo he recibido insultos. Créeme, sería una temeridad dejarlos atrás. Alertarían a los insurrectos y provocarían nuestra muerte.

—Pues déjalos aquí. Que sigan encerrados, ya los soltarán los insurrectos cuando tomen la iglesia. Si es necesario se les amordaza para que no avisen al enemigo. Yo me ofrezco a quedarme custodiándolos. Así también ayudaré a los que caigan heridos en la refriega.

—Tu ofrecimiento te honra sobremanera, pero no podemos prescindir de ti. Además, no quiero que informen a los tagalos.

—¿Qué van a contar si apenas han salido del baptisterio en meses?

—Vigil, no seas ingenuo. Bien sabes que aquí es imposible mantener un secreto.

—Esos desventurados no merecen morir así, tras tanto sufrimiento.

—Es mi deber, te aseguro que preferiría no tener que tomar esta decisión. Ten en cuenta que podría haber aplicado esta sentencia el mismo día que los encerré.

—Aún creerás que ha sido un acto de bondad encarcelarlos en ese hediondo calabozo de apenas dos metros. Apiádate de ellos y no les sometas a semejante castigo.

—Me gustaría, Vigil, pero no comprometeré nuestra retirada. Lo he pensado mucho y solo existen dos opciones. Yo no estoy dispuesto a asumir el riesgo de cargar con ellos. No tendríamos opciones y le debo a la tropa una oportunidad. Se la ha ganado a pulso.

—Por Dios, Martín, ten piedad. Piensa en sus pobres madres.

—Ya lo hago, pienso en las madres de los que se han mantenido fieles hasta el final. Y ya que me recriminas mi falta de piedad, preocúpate tú del resto de los hombres y no tanto de la vida de esos dos miserables. Ellos se lo buscaron, sabían cuál era la condena por su crimen. Y no te engañes, la deserción nunca está justificada. Es el más horrendo de los delitos que puede cometer un militar.

—No pretendo justificarla, sino que las circunstancias atenúen su falta. Debes ser más equitativo y no aplicar la ley de manera tan rigurosa, Martín.

—Ojalá pudiera permitírmelo, pero no es el caso. Lo he sopesado bien. No hay otra opción.

—Si ya lo tienes todo decidido, ¿para qué me has llamado?

—Eres el único oficial superviviente, debía informarte de mis actos… Y esperaba también tu apoyo.

—Jamás avalaré semejante locura. En estas condiciones me haría cómplice de un asesinato. No participaré en tal farsa.

—¿Locura? ¿Asesinato? ¿Farsa? Te estás extralimitando como amigo y como oficial. Recuerda que yo represento aquí la ley. Me limito a cumplirla. Y por el bien del destacamento.

—Sí, escúdate en la tropa. No debes de tener la conciencia muy tranquila.

—Te aseguro que no tengo ninguna duda de mi decisión. Lo cual no es óbice para que me entristezca tomarla. No soy el matarife que pretendes pintar.

—Exijo que incluyas en tu informe mi más firme rechazo al fusilamiento de los reos.

—No te inquietes. La responsabilidad será solo mía.

—¿Eso piensas que me preocupa? Quiero impedir dos muertes inútiles. Te lo pido como amigo, Martín. Por favor, no los ajusticies. Ya hemos sufrido demasiadas muertes.

—Sí valoraras mi amistad, no me pedirías tal cosa.

—Me horroriza tu frialdad. Llegué creer que tras tu máscara gélida de oficial se hallaba un espíritu cálido, pero ya veo que tienes por corazón un estúpido reglamento militar.

—No te consiento que… —Martín se levantó de la silla.

—Me da igual lo que me consientas y lo que no —contestó el doctor golpeando la mesa con la mano abierta—. Arréstame o fusílame, mas yo te advierto que acarrearás este acto vil durante toda tu vida.

—Qué fácil es criticar… Si hubieras soportado la presión del mando.

—¿No tuve bastante presión en la plaga de beriberi? No te excusarías tanto si no tuvieras dudas.

—Ninguna. La ley me respalda.

—¡Insisto! ¡Exijo que conste mi protesta en el informe que redactes sobre esta cruel condena!

—Vigil, te conmino a que ceses tu actitud irresponsable. Esta noche más que nunca, la tropa debe vernos unidos. Además, como segundo al mando, deberás presenciar el ajusticiamiento.

—¡Jamás! ¿Me oyes? ¡Jamás participaré en un acto tan cainita!

—Como quieras. No te lo pediré más. ¡Retírate!

El doctor abrió la boca, pero antes de hablar, la cerró de nuevo, negó con la cabeza y se alejó hacia la enfermería a grandes zancadas. Varios soldados

contemplaron extrañados el rudo comportamiento del oficial médico.

—¿No tienen nada que hacer? Si es así les busco trabajo en un santiamén —gritó el teniente. Los hombres volvieron a sus tareas de inmediato. Martín apretó el puño y respiró hondo un par de veces. Más calmado, miró alrededor para ver quién estaba disponible—. Boades, Mir, reúnanse conmigo en la puerta principal. Vengan con sus armas preparadas.

Martín, con la gorra blanca calada, se acercó hasta la entrada del edificio. Allí observó el cielo y contempló compungido que apenas había nubes. Pateó una piedra y caminó cabizbajo por delante de la puerta, repitiendo el corto paseo varias veces. Enseguida llegaron los dos seleccionados.

—Mi teniente.

—¡Ah! Boades, Mir… ¡Pónganse firmes! Saben que no me gusta que se relaje la disciplina. La anarquía termina con el mejor de los ejércitos.

—Disculpe…

El oficial hizo un gesto con la mano y Ramón se calló.

—Les he llamado para encargarles una tarea terrible. Un cometido que desearía no tener que ordenarles y que solo pueden cumplir hombres de agallas y de reconocido fervor por la patria. ¿Puedo contar con ustedes?

—¡Sí, mi teniente! —gritaron a la vez los dos soldados.

—Hoy me he visto obligado a tomar la decisión de pasar por las armas a sus compañeros reos. Ustedes van a formar el pelotón de fusilamiento. —Los dos cazadores volvieron levemente las cabezas y se miraron—. ¿Les supone algún problema?

—No…, mi teniente —acertó a decir Mir.

—Sé que es un trabajo deplorable. Créanme, entiendo sus reparos, pero debe hacerse por el bien por el destacamento. Eso sí, no pretendo que sus compañeros sufran. Por eso recurro a ustedes, quiero que mueran de un solo disparo. ¿Serán capaces?

—Sí, mi teniente —respondió Mir de nuevo con un tono tan bajo que apenas se oyó.

—¿Y usted?

—Sí, mi teniente —balbuceó Boades después de unos tensos segundos.

—Dado que es imposible cumplir las formalidades legales, la ejecución se realizará sin ellas. Así evitaremos posibles altercados con la tropa. Iremos ahora mismo al calabozo. Apuntarán por entre los barrotes de la puerta, usted al de la izquierda y usted al de la derecha. Cuando toque el silbato dispararán. Un solo disparo, certero, en la cabeza, para que no sufran los reos. ¿Alguna

pregunta? —La única respuesta fueron dos rostros apenados y unas miradas huidizas que buscaban el suelo—. Bien, pues vamos allá.

La siniestra comitiva se dirigió al baptisterio a paso lento, como si fuera una procesión de Semana Santa. Tan solo eran unos metros, pero a los dos cazadores les parecieron kilómetros.

—Procedan.

Mir apoyó el máuser en el barrote horizontal que cruzaba la puerta. Ramón se persignó y lo colocó de la misma manera. Los dos presos estaban tumbados con los pies hacia el muro. Sus cabezas, próximas a sus verdugos, eran un blanco perfecto.

—Apunten —susurró el teniente. Los dos hombres quitaron el seguro a sus armas. El clic que produjeron los máuseres resonó en el espeso silencio.

El silbato sonó y tras él, de madera inmediata, dos descargas llamaron la atención del resto del destacamento. Los dos desertores murieron en el acto. Martín, con su revólver en la mano, comprobó que así era.

—Bien hecho. Sus compañeros están en deuda con ustedes. Con los reos vivos, nuestra retirada jamás hubiera triunfado. Vuelvan a sus quehaceres. Olivares —el cabo se aproximaba a la carrera, unos metros antes de llegar se detuvo. Se cuadró, pero sus ojos recorrieron la escena y descubrió lo que terminaba de acontecer—, ¿ha destruido los máuseres sobrantes?

El cabo tardó unos segundos en responder, los que necesitó para analizar la situación.

—Sí, mi teniente. También el Remington y la vieja escopeta del padre Cándido.

—Muy bien. Ordene que caven dos fosas cerca de la trinchera exterior. Cuando oscurezca, antes de enterrar a estos desventurados, quiero que metan en ellas los herrajes de las armas. No dejaremos nada que sirva como repuesto a los indios.

—A sus órdenes, mi teniente.

El cabo se retiró y Martín sacó una nota en el bolsillo donde había anotado los últimos preparativos que faltaban por hacer.

—Vila, usted y otro número recojan lo que quede en nuestras huertas y repártanlo en raciones equitativas para todos. Ustedes dos —dijo a Loreto y Ramón—, descuelguen esta lámpara y aquella de allá y desaten y enrollen las cuerdas que las sujetan. Las utilizaremos para ayudar a vadear los ríos a la gente que no sepa nadar. Pineda, Real, Fabregat y Gopar, repartan la munición sobrante. Tenemos mucha, así que cada uno coja la que crea que

puede transportar. Si sobra, la destruiremos. Los indios solo van a encontrar cenizas.

Posiciones filipinas en torno a Baler

Alcaide, vestido con ropas prestadas, estaba de pie, oteando la iglesia desde uno de los *bahays* fortificados. A su lado, el comandante de las fuerzas filipinas, Tecson, fumaba un cigarro puro.

—Como ya le dije, mi teniente coronel, tienen la absurda idea de escapar al monte. Lo sé de buena fuente.

—¿Cree que podrán sobrepasar nuestras trincheras?

—Morirán intentándolo si hace falta. El teniente Martín ha demostrado que es endiabladamente obstinado. Ha jurado no caer prisionero. No debería subestimarlo.

—No lo hago, pero ¿cruzar nuestras líneas y vivir para contarlo?

—Si concentran todos sus hombres en un punto… Quizá debería aumentar las tropas que ejercen de centinelas. Si mis cálculos son ciertos, no tienen apenas comida. Estamos en el momento decisivo: ahora o nunca. Consiga retenerlos unos días más y se rendirán.

—Le haré caso. Movilizaré a todos mis hombres. Cargaremos los cañones con metralla. Si deciden salir, los masacraremos.

Iglesia de Baler

Los últimos preparativos se efectuaron mientras el sol desaparecía tras las montañas. Al terminarlos, y en lugar de aprovechar el tiempo para descansar, los hombres se reunieron en pequeños grupos. Excitados y contentos por abandonar al fin aquellos siniestros muros donde habían sufrido tanto, olvidaron pronto el golpe que había supuesto la muerte de sus dos antiguos camaradas. Ilusionados aunque conscientes de las dificultades que iban a encontrar, charlaban alegres. Martín Cerezo caminaba entre ellos, les animaba y les aconsejaba. Junto con el cabo García, revisaba sus mochilas y comprobaba que no acarrearan con demasiado peso.

—¡Por Dios, Mir! ¡Aquí debe haber más de cuatrocientas balas! ¿Acaso piensa terminar usted solo con todos los indios que nos rodean?

—Solo con los que intenten no dejarme volver a casa, mi teniente.

Unos metros más allá, el cabo Olivares aleccionaba a sus compañeros.

—La noche está muy clara. Lo normal es que los taos nos vean. Además, están muy activos. —Un cañonazo retumbó en la distancia y ratificó sus palabras—. Vamos a tener que abrirnos paso luchando. Recordad lo que nos dijo el teniente. Nuestra potencia de fuego es superior a la suya. Debemos combatir juntos para sobrepasar la primera línea enemiga. Nada de desbandarse. Una vez crucemos su trinchera, será mucho más fácil. Y, si alcanzamos la sierra, nos salvaremos. Allí podremos ocultarnos y conseguir comida. Hemos ampliado tanto nuestra dieta que la encontraremos a montones.

—Por fin seremos libres —festejó Loreto.

—Qué ganas tengo de abandonar la iglesia. Espero no volver nunca más. —Jiménez Berro se santiguó a la vez que hablaba—. Las hemos pasado canutas aquí dentro.

—Al fin podrás catar una moza de nuevo. ¿Eh, Pineda?

—No… Yo me hice una promesa… Si salgo de aquí.

—Ya —dijo Ramón—. Las primeras dalagas que veas, con sus formas tan sensuales, esas caras tan hermosas con esa picardía oriental que no tienen las españolas.

—¡Por Dios! Calla, calla, no me lo pongas más difícil… Aunque siempre puedo retrasar mi nueva vida a la vuelta a España. Total…

Poco antes de las cuatro de la mañana, la hora prevista para la salida, el teniente se reunió con el doctor.

—Vigil, he reflexionado y quiero que cambies los informes sobre la defunción de Menache y González. Que conste que murieron de enfermedad y en días distintos.

—No puedo hacerlo. Va contra la ley.

—No te he pedido que presentes informes falsos. Solo que los alteres momentáneamente. Así evitaremos represalias si caemos en manos de los taos. A saber de lo que sería capaz Alcaide.

—Aun así…

—Basta ya, Vigil. Me estoy cansando de tanta desfachatez. Como oficial superior tuyo, te lo exijo. Cuando llegues a Manila podrás modificarlos de nuevo. Ya te dije que no tengo nada que ocultar.

—Como mandes.

—Acompáñame. Tenemos que tomar una importante decisión.

—¿Es una orden? Si no lo es, prefiero quedarme aquí. Tú te bastas para tomar decisiones.

—Te he dicho que me estoy cansando de tu comportamiento infantil. Lo que menos necesita la tropa ahora es vernos divididos.

—Tienes razón. Créeme si te digo que lo que menos me apetece es estar contigo, pero no podemos fallar a los hombres. Vamos.

Los dos oficiales subieron al coro en silencio. El crujir de los escalones de madera fue el único sonido que los acompañó durante unos largos segundos. Allí les esperaba el cabo Olivares junto con uno de los centinelas, el soldado Marcos Mateo.

—¿Alguna novedad?

—No, mi teniente —contestó el cabo—. La noche sigue igual de clara. Hacía semanas que no era tan nítida.

—Es sorprendente la luz que hay. Y son las cuatro de la mañana —opinó el doctor.

—Como ya le dije antes, los taos están movilizando patrullas que recorren los alrededores. Están muy inquietos. Casi parece que esperan nuestra fuga.

—No diga bobadas, Olivares. No pueden saberlo. Ni siquiera Alcaide podría.

—Mi teniente, nos bombardean con el cañón, pero no hacen lo de siempre. No dirigen sus disparos a la iglesia. Están barriendo con metralla los campos colindantes.

—¿Está seguro de eso?

—Sí. —Martín se acercó a una de las ventanas y miró por ella durante unos minutos, intentando comprobar si eran ciertos los temores del cabo.

—Necesitamos una buena tormenta. Un ciclón que nos ayude a escabullirnos en mitad de la madrugada —dijo Vigil.

—Sí, pero no lo tenemos. En estas circunstancias es muy arriesgado intentar nuestra retirada. Lo pospondremos para mañana. Yo informaré a los hombres. Permaneceremos un último día aquí dentro.

2 de junio de 1899.
Trescientos treinta y siete días de asedio

Tras unas solitarias, escasas e intranquilas horas de sueño, el teniente se despertó poco antes de que amaneciera. Con las decisiones ya tomadas, el trabajo hecho y toda la documentación archivada y empacada, se acercó a la mesa. Allí, fray López tenía los periódicos esparcidos y leía con atención uno de los ejemplares proporcionados por Aguilar.

—Buenos días, Martín. Es asombroso lo real que puede parecer este periódico.

—Buenos días, padre. No se deje engañar por las apariencias.

—¿Apariencias, dice? Si han pensado en todos los detalles. Fíjese, fíjese. —El fraile le tendió uno de los ejemplares de *La Correspondencia Militar*. El oficial, con desgana, lo recogió y comenzó a ojear la portada.

—¡Qué tontería de artículo! ¡Vaya despropósito! ¿Las asignaciones de Filipinas para repatriar a nuestros soldados? ¿La liquidación de ultramar? ¡Qué dislates! No me creo nada. —El teniente lanzó el diario al centro de la mesa.

—Pero si es que hasta habla de una reunión del Consejo de Ministros y expone lo que allí trataron. Y aquí comentan un discurso del general Polavieja. Y aquí de un concierto en Madrid, tocaron la Sexta Sinfonía de Chaikovski. Y de la publicación de un libro sobre la guerra hispanoamericana. Es todo tan real… Mire, incluso anuncian de traslados militares. De infantería, caballería, ingenieros, carabineros. Mire, comandante don Luis Hita y capitán don Luis Losada al Ministerio de la Guerra, primer teniente Fernando Tejada a la reserva de Huelva y hay muchos más. También hay segundos tenientes, don Francisco Díaz Navarro a la de Málaga.

Martín, que repasaba distraído los anuncios y las esquelas de la última hoja de un diario, levantó la cabeza sobresaltado por las últimas palabras del párroco.

—¿Ha dicho usted Francisco Díaz? ¿Segundo teniente Francisco Díaz?

—Así es. ¿Le conoce, hijo?

—¿Que si le conozco? Fue compañero mío en el regimiento de Borbón. En aquel tiempo ambos éramos cabos y estábamos destinados en Málaga. Él es de allí y me comentó muchas veces que, en cuanto finalizase la guerra y

regresase de Cuba, solicitaría el traslado. Pretendía vivir junto a su prometida y su familia.

—¿Quiere decir que esta noticia puede ser cierta?

—Claro que lo es, es imposible que la hayan inventado y eso significa que… —Martín fue incapaz de añadir una palabra más. Su mundo cambió en un breve instante de una manera tan dolorosa, que lo mareó. Fue como abrir la ventana de una habitación oscura y toparse con la radiante luz diurna. Sus sentidos se colapsaron. Había vivido tanto tiempo engañado…

—Que estos periódicos son genuinos y, por ende, la guerra ha terminado —concluyó el sacerdote ante el aturdimiento del oficial, que solo acertó a afirmar con la cabeza—. Debemos decírselo a todo el mundo. ¡Se acabó el calvario!

—Espere, padre. Recuerde que, haya paz o no, esto sigue siendo una unidad militar.

—¿Es que no piensa informarles?

—Claro que sí, pero no antes de valorar nuestras opciones.

Desde el otro lado de la iglesia, resonó un disparo de máuser al tiempo que alguien mascullaba un insulto por la bala desperdiciada. Al escucharlo, el teniente se levantó de un salto.

—¡Alto el fuego! ¿Me oyen? Alto el fuego. No quiero que nadie vuelva a disparar hasta que yo dé permiso.

Todos los soldados, incluso los que estaban francos de servicio, miraron al teniente sorprendidos por la extraña orden. El oficial respiró hondo y se volvió a sentar.

—Siendo las cosas como son, creo que el debate está claro —opinó Martín—. Avisaré a Vigil para que dé su parecer.

—Y al padre Minaya.

—Si usted cree que puede ayudar…

Los dos hombres llegaron casi a la vez. Al enterarse de la noticia, el doctor cerró los ojos y murmuró un par de palabras que nadie comprendió. Minaya sonrió y se persignó. Sus plegarias se habían convertido en realidad.

—Bien —dijo Martín Cerezo—, en estas circunstancias continuar la lucha sería una locura y una injusticia para con la tropa. Siendo realistas, nuestro propósito de huir al bosque era una temeridad.

—¿Cree que no hubiéramos llegado a Manila? —preguntó el padre López.

—Hubiera sido del todo imposible. Aunque tampoco era el plan previsto. Pretendíamos avanzar hacia el oeste y luego cambiar al sureste y buscar algún paisaje recóndito donde ocultarnos en la playa a esperar que pasara un barco.

—Yo opino que no deberíamos descartar la fuga —dijo el doctor. Martín y los dos frailes lo miraron incrédulos—. Entiéndanme lo que digo. Una vez nos encontremos en la selva, subsistiremos sin ningún problema. Es cierto que surgirán dificultades, y muchas, pero no serán insalvables, hemos superado pruebas más duras. ¿Y qué nos espera aquí si nos quedamos? Rendirnos y depender del arbitrio de los revolucionarios, ávidos de nuestra sangre. Serán incapaces de darnos un trato justo. No, yo digo que continuemos la lucha, si no ya por la patria, sí por nuestra supervivencia.

—¿Usted qué opina, padre Minaya?

—Me piden mi parecer y me honran con ello. He permanecido mucho tiempo callado por no contrariar a nadie. Y, aunque pensé desde el principio que el proyecto de evasión nacía condenado, obedecí y me preparé para llevarlo a cabo, mas ahora que veo la posibilidad de enmendar el error, no callaré. Los indios, gracias a Alcaide, están informados del plan. Saben que lo ejecutaremos en breve, pues conocen perfectamente que no tenemos alimentos. Cuando abandonemos estos santos muros, ¿cuántos creéis que escaparán del fuego tao? Y los que lo logren… Deambulando por una selva enmarañada frente a un enemigo que conoce cada palmo de la tierra. Seremos presa de emboscadas y, además, nos lastrará el hambre y la enfermedad. No, sin duda alguna lo mejor es rendirse. Como ustedes saben, el padre y yo fuimos prisioneros de los tagalos. Su trato siempre fue correcto. Estos revolucionarios parecen más ilustrados que los del primer alzamiento. Si cabe, hasta se les puede definir de civilizados…

—Ha quedado clara su postura. Yo también pienso que lo mejor es capitular. Hemos cumplido nuestro deber. El honor del destacamento está a salvo. —El teniente sacó su pequeño reloj de bolsillo y comprobó la hora—. No perdamos más tiempo.

En el camino de Bongabón a Baler

—¿Qué han sido esas descargas, capitán? —preguntó el teniente coronel Robert Lee Howze.

—Otra emboscada, señor. Hemos sufrido cinco bajas. Dos muertos y tres heridos.

—Maldita sea. Es la tercera en dos horas de marcha. Los filipinos están empecinados en que no lleguemos a Baler.

Howze se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente con el pañuelo que llevaba amarrado al cuello.

—Díganle al español que venga.

El guía, un antiguo teniente del Batallón de Leales Voluntarios de Manila llamado Ignacio Esteban, se presentó ante el jefe norteamericano. Este joven mestizo alimentaba su apariencia exótica con una larga melena recogida en una coleta y luciendo un enorme aro en la oreja izquierda.

—A sus órdenes, mi teniente coronel.

—Con decir señor basta, no hace falta que diga mi rango.

—Lo siento, señor. Muchos años de costumbre…

El jefe estadounidense levantó la mano reclamando silencio.

—Le he convocado por las condenadas emboscadas. Hemos sufrido tres en menos de dos horas. No quiero perder más hombres. ¿Hay otra senda para ir a Baler?

—Claro, pero usted me pidió la más rápida. Podemos dar dos rodeos, uno por el norte, buscando el valle fluvial que parte desde el lago Pantabangán, y otro por el sur a través del río Coliselum. Aunque supondrá un gran desvío, la vereda es más ancha.

—¿Cuándo llegaríamos a Baler?

—Siguiendo con este buen ritmo, en un par de días.

—¿Qué camino recomienda?

—La primera, más larga, pero más accesible. Podremos estar allí a mediodía del cuatro, siempre que su tropa pueda mantener el paso.

El teniente coronel estiró el cuello y se agitó como un gallo que ha sido desafiado. Miró con desdén al guía y contestó:

—Claro que lo aguantarán. Alcance a la vanguardia e indíqueles la ruta del norte. Capitán Lafferty, vaya con él y compruebe que no surgen problemas. —Los dos saludaron y se alejaron para cumplir sus órdenes—. Estos españoles, a pesar de haber sido derrotados, siguen siendo unos orgullosos. ¿Ha visto el retintín que ha utilizado y cómo ha dudado de la calidad de nuestras tropas? Y eso que les hemos pateado el culo en dos continentes distintos. En fin, llegaremos más tarde de lo esperado, pero no voy a perder ni un soldado más por una guarnición española que no sabemos siquiera si todavía resiste.

Manila

—Entonces, su telegrama a su excelencia el ministro de la Guerra ha resultado así: «Regresó el vapor *Uranus* con el teniente coronel Aguilar, que estuvo en Baler y ofreció a los sitiadores del embarque de nuestro destacamento con todos los honores de guerra. Sin embargo, el segundo teniente Martín Cerezo, al mando del mismo, se negó en absoluto a abandonar Baler a pesar de mis razonamientos y las órdenes del jefe del Estado Mayor. Personalmente daré cuenta a vuestra excelencia de los motivos que se cree que a esto obedece». ¿Desea modificar algo más, vuecencia?

—No, así está bien, no deseo que mis acusaciones consten en un documento oficial.

—Si me lo permite…

El general levantó las cejas. En todo el tiempo que llevaba bajo sus órdenes, Aguilar nunca se había tomado ninguna libertad.

—Dígame.

—Estas deducciones son un tanto precipitadas, deberíamos…

—Tonterías. A usted lo que le pasa es que ha permanecido demasiado tiempo con Algar. Ya le ha comenzado a sorber el seso.

—Pero excelencia…

—No hay peros que valgan. —Golpeó la mesa con la mano—. Retírese y mande el telegrama. —El teniente coronel se cuadró y se dirigió hacia la puerta—. Por cierto, Aguilar, no se olvide de acortar el texto quitando artículos, preposiciones y demás palabras redundantes. La patria no está para dispendios.

Iglesia de Baler

El teniente Martín Cerezo ordenó que toda la fuerza se reuniera cerca del altar mayor. Por primera vez en trescientos treinta y siete días nadie vigilaba al enemigo. Los hombres eran conscientes de que algo extraño sucedía. Muchos cargaban ya con sus mochilas, pues pensaban que por fin iban a realizar la tan ansiada salida.

—Cazadores, mis bravos, tengo algo que anunciaros. Una noticia buena, esperada desde hacía mucho: la guerra ha terminado. —Un murmullo creció entre los soldados. Repetían aquellas palabras con miedo, pues temían creerlas para descubrir después que constituían un nuevo ardid del enemigo —. Sí, creedme, ha terminado. Por lo tanto, nuestra resistencia, heroica y

bizarra, debe concluir. Ha llegado el tiempo de deponer las armas. Es hora de rendirnos.

Los soldados apenas intercambiaron algunos cuchicheos entre. Pedro Planas miró a sus compañeros y dio un paso al frente.

—Pero, mi teniente, juramos luchar hasta el fin.

—Hasta el fin de la guerra, Planas. Es absurdo continuar: esta tierra ya no es española.

—¿Y los taos nos perdonarán? Todavía quedan cuerpos sin enterrar a pocos metros del patio.

—Sí —clamó Santos, el corneta—, apenas han pasado unos días desde que los pelamos con agua hirviendo…

—Nos quemarán vivos —gritó Marcos Mateo.

—Sigamos con la defensa. Mantengamos nuestra palabra.

—Nos matarán… No nos perdonarán…

—Entiendo vuestros temores. —El rumor descendió, aunque aún escuchaba a algunos de los soldados descontentos—. Entiendo vuestros temores —reiteró el teniente levantando la voz—, pero no os dejéis conducir por el miedo. Habéis tenido la bravura suficiente para afrontar este asedio hasta el fin. Tened ahora el valor de superar el pavor de la capitulación. No hemos hecho nada malo, solo cumplimos con nuestro deber, defendiendo esta posición de los enemigos de la patria. No temáis mal alguno de los insurrectos. Sin duda su jefe es el teniente coronel Aguilar o Tecson o como quiera Dios que sea su verdadero nombre. Todos lo visteis. Tiene el porte de un caballero, de un militar distinguido. Es alguien en quien podemos confiar. Y os lo repito, nuestro comportamiento ha sido dignísimo, merecedor de las más grandes alabanzas. Los taos así lo reconocerán.

—Haga usted lo que mejor le parezca. Usted es quien entiende —dijo Loreto Gallego. Varios de sus compañeros, al escuchar aquellas palabras le contradijeron, exigían la huida y gritaban que preferían la muerte a la rendición. La algarabía que se montó fue propia de la torre de Babel. Los hombres hablaban, pero no se prestaban atención unos a otros. Cada uno, con sus ideas preconcebidas, luchaba, con oídos sordos, por no ceder un ápice de terreno. Por un momento aquella iglesia se asemejó al Congreso de los Diputados.

Los dos sacerdotes y el teniente emplearon su mayor cultura, la autoridad y el prestigio ganado a lo largo del sitio para convencer a los soldados disidentes de manera individual. Al principio, los hombres ni querían oír hablar de deponer las armas. Exclamaban que después de tantos sacrificios y

privaciones ahora no iban a ceder ante el enemigo. Daban por hecho que los filipinos los matarían. Después de media hora de guirigay, en la que nada habían conseguido, una voz potente, con un característico e imperdible acento andaluz, se levantó por encima de todas.

—Oídme, oídme —gritó Jiménez—. Sabéis que yo jamás me rendiría al enemigo, pero llevo ya rato largo escuchándoos en silencio y he comprendido una cosa que habéis pasado por alto. Todo el tiempo hemos obedecido al teniente sin dudarlo. Todo el tiempo hemos querido a los frailes como si fueran nuestros padres. ¿Vamos a despreciar ahora sus consejos? ¿Vamos a olvidar en este momento el bien que nos han hecho? Ellos siempre han sabido guiarnos. Y, si ahora creen que lo más conveniente es la capitulación, yo les seguiré una vez más.

Un denso silencio siguió al alegato del cazador. Sus compañeros se sintieron desarmados ante sus palabras. Hasta los más reticentes optaron por callar. Jiménez se acercó al oficial y dijo:

—Como siempre, mi teniente, haremos lo que usted disponga. —Se cuadró y se llevó la mano a la sien. Martín respondió el saludo.

—Adelante, pues. Santos, atención y llamada.

El soldado, que era uno de los más firmes partidarios de continuar la lucha, se adelantó. Su mano le temblaba, parecía que la locura había conquistado su mente. No cesaba de hablar, mascullando una y otra vez lo poco que le gustaba aquella idea.

—¡Qué trance! ¡Qué momento! Después de defendernos con tanto valor y por tantos meses… Ahora recibiremos la muerte de manera tan tonta…

—Anda, obedece.

—¡Qué hora, Señor! ¡Qué hora!

Martín se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Toca, hombre, toca. Ten en cuenta que solo vamos a discutir las condiciones de la capitulación. Nada perdemos por hablar. Si no convenimos con los indios unas de nuestro agrado, nos marcharemos al bosque.

Santos asintió y tomó aire, levantó el brazo trémulo y se acercó el instrumento a la boca. Las notas nacieron lasas y deformes, pues los hipidos que el soldado daba mientras soplaba le impedían hacerlo con nitidez. Tuvo que detenerse y secarse las lágrimas. Inspiró hondo varias veces hasta que controló su respiración y empezó de nuevo. Esta vez el sonido creció lúgubre y amargo para los sitiados españoles, esperanzador y alegre para los sitiadores.

—Vigil, Olivares y García, acompáñenme al coro.

Mientras ascendían por la escalera, escucharon a las cornetas filipinas indicar el alto el fuego. Un centinela tagalo, joven y delgado, con las costillas marcadas en los laterales del abdomen, se aproximó al trote. Martín, desde una de las ventanas, le ordenó que fuera a buscar a su teniente coronel. En el escaso tiempo que le costó al muchacho volver a sus líneas apareció otro hombre más maduro y que vestía una guerrera blanca.

—Buenos días. Soy el comandante Nemesio Bartolomé. El segundo al mando en las tropas de la República de Filipinas acantonadas en Baler.

—Queremos parlamentar con el teniente coronel Aguilar —dijo Martín sin presentarse.

—Lo siento, pero ya no está con nosotros. Volvió en su vapor a Manila. El teniente coronel Tecson es quien está al mando. Esperen un momento y vendrá. Está terminando de acicalarse.

—No es muy madrugador su jefe.

—Se está vistiendo con su mejor uniforme; por honrarles. Mientras, si puedo ayudar yo en algo…

—No es por menospreciarle, pero necesito hablar con su superior para pactar las condiciones de nuestra capitulación.

El tagalo, al darse cuenta de que su anhelado objetivo estaba tan cerca, triunfar donde tantos otros habían fracasado, no pudo evitar sonreír.

—Han sido ustedes muy tenaces, pero la guerra ya terminó. Seguro que Tecson se muestra generoso. Eso sí, si van a rendirse deberían arriar su bandera. Esta tierra ya no es española. Ahora Filipinas es libre.

—¡Qué caradura! Si aún no hemos llegado a un acuerdo —se quejó el cabo García.

—¡Que venga él a retirarla si tiene lo que hay que tener! —dijo Olivares.

—Está bien, está bien —apaciguó el teniente—. En estos momentos nos conviene darles gusto. ¿Qué más da hacerlo ahora que dentro de dos horas? Loreto —gritó encaramándose a la barandilla que daba a la nave de la iglesia —, suba al campanario y arríe nuestra bandera.

Quiso el azar que fuera Loreto el encargado. El mismo soldado que hacía casi un año la había subido «a lo más alto». El cazador valenciano no lo sabía, pero, al retirar la enseña que flameaba en el campanario de Baler, desaparecía el último símbolo de soberanía hispana en aquel archipiélago después de más de trescientos años.

Apareció por fin Tecson acompañado por un capitán. Martín ordenó que sacaran una mesa al exterior y varias sillas. Dejó al mando de la iglesia al

cabo Olivares y salió con el doctor Vigil y los dos sacerdotes. Una vez todos presentados y sentados, tomó la palabra.

—Nos rendimos porque tenemos la certeza de que esta tierra ya no es española y conocemos la inutilidad de alargar la resistencia, pero deseamos capitular honrosamente. No queremos quedar como prisioneros de guerra. Si no acceden a las condiciones que pienso proponerles y de las que levantaremos acta, sepan ustedes que no nos rendiremos. Como cualquier español que se precie de serlo, peleáremos hasta morir y moriremos matando. —El doctor, que se encontraba a la derecha de Martín, asintió ante estas últimas palabras.

—Por nuestra parte —contestó Tecson levantando las manos—, no hay ningún problema, siempre y cuando sus estipulaciones sean sensatas. Formúlelas usted mismo y veremos si podemos aceptarlas. Incluso estoy dispuesto a permitirles que conserven sus armas hasta el límite de mi jurisdicción.

—Le honra mucho esa actitud, Tecson. Sería un gran honor para nosotros, pero no creo que sea lo más adecuado. Podrían surgir problemas entre nuestros hombres. Han sido enemigos demasiado tiempo.

—Puede que tenga razón, aunque yo le aseguro que, una vez que hayan depuesto las armas, no tendrán nada que temer de mis soldados. Le doy mi palabra.

—Procedamos entonces a ponerlo por escrito.

En unos minutos, Martín Cerezo redactó el acta y lo leyó en voz alta para que compatriotas y enemigos pudieran valorarlo:

—«En Baler, a los dos días del mes de junio de mil ochocientos noventa y nueve, el segundo teniente comandante del Destacamento Español, don Martín Cerezo, ordenó al corneta que tocase atención y llamada, izando bandera blanca en señal de capitulación, siendo contestado acto seguido por el corneta de la columna sitiadora. Y, reunidos los jefes y oficiales de ambas fuerzas, transigieron en las condiciones siguientes: Primera. Desde esta fecha quedan suspendidas las hostilidades por ambas partes beligerantes. Segunda. Los sitiados deponen las armas, haciendo entrega de ellas al jefe de la columna sitiadora, como también los equipos de guerra y demás efectos pertenecientes al Gobierno español. Tercera. En consideración a que la soberanía de España en estas islas ha dejado de existir, la fuerza sitiada no queda como prisionera de guerra, siendo acompañada por las fuerzas republicanas adonde se encuentren fuerzas españolas o lugar seguro para

poderse incorporar a ellas. Cuarta. Respetar los intereses particulares sin causar ofensa a las personas». ¿Qué opinan?

—Me parecen adecuadas —contestó tajante el doctor.

—Si esas son todas sus condiciones, las podemos aceptar sin problema alguno.

—Para que conste, levantaremos la presente acta por duplicado, firmándola los señores siguientes: el teniente coronel jefe de la columna sitiadora, Simón Tecson. El comandante, Nemesio Bartolomé. Capitán, Francisco T. Ponce. Segundo teniente, comandante de la fuerza sitiada, Saturnino Martín. El médico, Rogelio Vigil. Y los dos sacerdotes franciscanos, padre Félix Minaya y padre Juan López.

—Nosotros no podemos rubricarla. Carecemos de representación oficial para ello —alegó Minaya—. De hecho, lo mejor, ahora que han llegado a un acuerdo, será que nos retiremos. Volveremos a la iglesia mientras ultiman los detalles y calmaremos a la tropa, que estarán ansiosos esperando noticias. —Como ustedes quieran.

Los dos frailes se despidieron y volvieron con los cazadores. Antes de que llegaran al edificio, los hombres los rodearon.

—¿En qué han quedado?

—Nos rendimos —se escucharon varias maldiciones—, pero tranquilos, han prometido que no quedaremos como prisioneros. Nos escoltaran hasta donde estén nuestras tropas. El jefe insurrecto parece alguien de fiar —dijo el padre López—. Yo creo que cumplirá su palabra.

—Dios quiera que no nos jueguen alguna —rogó Santos—. No es muy cabal fiarse de los taos con las muchas pendencias que hemos tenido.

Después de redactar dos documentos iguales, los jefes filipinos los firmaron con rapidez y los pasaron a los españoles. Vigil los rubricó entre suspiros, sumido en el pesar que la derrota le ocasionaba. Pese a las palabras de Tecson y alimentados por meses de sufrimiento, aún mantenía reparos sobre el comportamiento de los tagalos. Avisó con un leve movimiento del codo a Martín Cerezo que, vuelto hacia la iglesia, contemplaba distraído el edificio y a los soldados que se agolpaban en su puerta. El teniente cogió las dos hojas y las firmó con trazó vivo, sin poder dejar de pensar en todo lo que habían padecido. Nadie, ni siquiera Minaya o Vigil, después de su gran discusión, le habían reprochado nada, aun así, él no podía dejar de pensar en cuántas vidas se habrían salvado si hubieran capitulado antes.

—Si no tienen inconveniente, esta tarde procederemos a la entrega de las armas —sugirió el jefe filipino.

—Como quieran. Disponemos de treinta y cinco máuseres. El resto los quemamos cuando planeamos la huida.

Tecson y el comandante Bartolomé se miraron durante unos segundos.

—Lo consideraremos una decisión militar —dijo el jefe filipino—, pero, por favor, no deteriore ningún bien más que pueda servirnos de ayuda en nuestra lucha contra los yanquis.

—Respetaremos el artículo dos del acta de capitulación y les entregaremos todos los efectos del Gobierno español —afirmó Alcaide.

—De acuerdo —dijo Tenson. Sus hombres son libres de andar por donde gusten, aunque les aconsejo que no salgan del pueblo, pues sepa que la gente me insta a pasarles por las armas. Lo mejor será poner centinelas en todas las puertas de la iglesia. Así impediremos que los civiles puedan propasarse.

—Si lo cree conveniente…

—Ordenaré al presidente local que les suministre comida. Seguro que hace tiempo que no prueban alimentos frescos. Se los venderán a los precios habituales. A él deberán entregarle toda la documentación que se llevaron de la comandancia.

—Necesitaré un comprobante de todo lo cobrado para eximir de responsabilidades a la actuación del capitán De las Morenas —solicitó el teniente.

—Claro. No habrá problema. Y por nuestra parte no tenemos nada más que añadir. Me alegro de que por fin hayamos podido finalizar este… llamémosle entuerto. Tantos hombres perdidos, tanto dolor padecido…

—Debo volver. —Martín se levantó, siendo imitado por un lacónico doctor que apenas masculló una despedida.

Al poco tiempo, y según lo pactado, apareció el presidente local de Baler acompañado de varios balereños que acarreaban comida. Carne de carabao, arroz, sal y fruta. Por fin Vila podía cocinar en condiciones. El doctor, a fin de evitar cólicos como los sufridos cuando cazaron los búfalos salvajes, ordenó al ranchero que preparara raciones pequeñas. Debían acostumbrar de nuevo al estómago a comer con regularidad.

A las cuatro de la tarde, la hora acordada para la entrega de armas, entró un grupo de tagalos en la iglesia. Corrían y luchaban entre sí por hacerse con algunos de los treinta y cinco máuseres disponibles. Los cazadores, que descansaban casi en su totalidad, contemplaron estupefactos cómo, sus hasta aquel mismo día enemigos, recogían los fusiles de sus armeros. Sin ellos, se sintieron desvalidos, igual que niños que tienen que enfrentarse por primera vez al mundo sin la presencia de sus padres. Unos maldijeron a los filipinos,

otros se achacaron el no haber destruido los fusiles e incluso hubo algunos que lloraron de impotencia. La turba, contenta de poseer aquellas estupendas armas, desapareció con la misma rapidez que se había formado.

Con la tarde avanzada, y mientras los españoles recorrían los alrededores de la iglesia, los vecinos del pueblo se congregaron en la plaza, deseosos de observarles. Famélicos, desaliñados y cubiertos de harapos, presentaban un aspecto sobrecogedor. Los niños, confundiéndolos con espectros extraídos de sus temores pueriles, lloraron al verlos. Más allá de la curiosidad morbosa, los vecinos adultos no mostraron ninguna animadversión hacia ellos. Pese a lo que había señalado el coronel Tecson, los balereños los consideraban más dignos de admiración que de odio.

En el interior de la iglesia, el teniente Martín no reunió ánimo para unirse a la tropa y permaneció sentado a la mesa con la única compañía de su diario, que releía de tanto en tanto. Eran tantas las ideas que le brotaban en la mente que necesitaba tiempo para asimilarlas. Se formulaba preguntas que no sabía responder. Su recio carácter, que había servido de base a esta tenaz defensa, se había diluido y había transformado su aplastante seguridad en un torrente de dudas. Desesperado, buscó consuelo en el único sitio en que creía poder encontrarlo.

> Queridísima esposa:
>
> Todo ha terminado ya. He rendido la plaza. No había otra solución, pues, aunque tarde, comprendí que la guerra había terminado. Aún no dispongo de datos exactos, no sé en qué momento confundimos realidad y ficción. ¿Cuándo debimos cesar la lucha? El tiempo y la historia lo dirá. Yo solo cumplí las órdenes que nos dieron. Y si no hubiera leído la noticia que me hizo ver la luz, probablemente ahora yacería muerto en algún paraje de la selva filipina. Dios sabe que habría mantenido mi compromiso hasta el final. La muerte no habría representado más que otro sacrificio y no el mayor de ellos, solo el postrero.
>
> Estas últimas horas han sido tan solitarias como los largos días del asedio. No tengo a nadie con quien conversar. El doctor me ignora y cuando habla conmigo me contesta con monosílabos. Su amistad se ha evaporado en el momento que más la necesito. No le culpo, tiene sus motivos, pero aún hoy, en aquellas circunstancias, volvería a obrar igual. Si ofrecía mi vida y la de mis hombres por proteger a nuestra querida patria. ¿Acaso no iba a exigir las de dos míseros desertores por el bien de mi tropa? Siempre. Sin dudarlo y sin remordimientos.

Es paradójico, llegué a Baler callado, encerrado en mí mismo, sin querer hablar con nadie. Y me marcharé de aquí callado, encerrado en mí mismo por no poder hablar con nadie. La escritura se ha convertido en una válvula de escape para mi atribulada mente, que suspira por poder narrar sus inquietudes.

Echo de menos a mis compañeros, con los que conseguí labrar amistad en tan ásperas condiciones. Siento que ellos no puedan volver a España. Enrique a continuar con su vida y Juan a empezar una. Quizá de fotógrafo, quizá de oficial. Dios los acoja en su seno. Entre tantas emociones que se cruzan, me apena el recuerdo de los que cayeron por el súbito impacto de una bala, me horroriza sobremanera el fin de los que murieron atenazados por el implacable y atroz beriberi, pero también me alegro por los que hemos sobrevivido y me enorgullece la tarea realizada. Nuestra defensa debe darse a conocer. La hazaña de mis hombres no será olvidada nunca.

He acordado con Tecson que permaneceremos unos días más en Baler para que los soldados puedan recuperar parte de las fuerzas perdidas. Después partiremos a pie hacia Manila. El viaje será largo, pues cruzaremos las líneas de dos bandos en guerra, y, además, nuestra marcha será lenta. Espero llegar a Manila dentro de un mes. Al final ha querido Dios que de momento no me reúna con vosotros. Volveré a casa y allí solo me esperara el recuerdo de vuestro sepulcro. Aún no consigo hacerme a la idea. No concibo la vida sin vosotros. El momento que tanto habíamos esperado resultó ser el más funesto de nuestra existencia. En apenas un par de horas pasamos de la felicidad más absoluta a un profundo e insoportable dolor que no pude compartir ya contigo. Os fuisteis los dos y me dejasteis tan solo… Al menos una vez en España podré tener lo que tanto he anhelado. Una página en blanco que rellenar con mis aciertos y mis errores y que me ayudará a superar recuerdos dramáticos. Por fin, iniciaré una nueva vida.

3 de junio de 1899

En el camino desde el lago Pantabangán a Baler

Ignacio Esteban hizo un gesto con la mano y uno de sus voluntarios sacó la cabeza del prisionero tagalo del agua. El desgraciado comenzó a respirar dando grandes bocanadas, pero antes de que pudiera recuperarse, el guía la sumergió de nuevo en el río. Alternaban las inmersiones con puñetazos en la barriga, tras repetirlo varias veces el filipino pidió clemencia y contó, sin necesidad de que le preguntaran, los pormenores de su misión. Cuando terminaba, apareció montado a caballo el teniente coronel Howze seguido por varios de sus oficiales.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó tras acercarse al grupo de exploradores. Dos de los españoles lo sostenían por los hombros. Su cabeza, con los cabellos empapados, caía hacia adelante y se balanceaba al ritmo de su acusada respiración.

—Es un correo tao que proviene de Baler. Salió ayer sobre las dos, llevaba un mensaje urgente para su presidente Aguinaldo, pero al vernos, el muy cabrón lo lanzó al río para dejar que lo arrastrara la corriente.

—¡Maldición! Podría ser importante.

—No se preocupe, señor. Sabemos lo que decía. Nos ha costado un poco. El muchacho ha jugado a ser un héroe, pero ya ha decidido que ama más su vida que a su país. Al final todos lo hacen.

El jefe estadounidense observó al filipino inconsciente y asintió.

—Ya veo. ¿Y qué han averiguado?

—No eran buenas noticias, aunque quizás a usted sí le gusten. El destacamento español de Baler se rindió ayer al mediodía.

—¿Está seguro?

—Por desgracia, sí.

—Entonces es absurdo que continuemos. No tengo órdenes de tomar el pueblo. Iremos a Bongabón para recoger a la compañía G y regresaremos a San Isidro. Quiero estar el menor tiempo posible tras las líneas enemigas.

—¿Qué hacemos con el prisionero? —preguntó Ignacio.

—Encargaos de él. Mande a sus hombres a guiar la vanguardia.

La columna de socorro giró sobre sus propios pasos y comenzó a avanzar hacia el oeste. En el momento en que los hombres de la retaguardia se ponían en marcha, se escuchó un disparo cuyo eco se internó en el bosque con celeridad.

Manila

Diego de los Ríos, el último capitán general español de Filipinas, paseaba sonriente por el muelle. Terminaba de ceder, sin ningún tipo de ceremonia, el mando de la Comisión Liquidadora. Mientras esperaba el embarque se encontró con Higinio Algar, que le solicitó una breve entrevista. El militar, aburrido por el retraso y con ganas de puntualizar algunos hechos, aceptó de buen grado.

—¿Contento de volver a la patria, excelencia?

—Sí, estoy cansado. He combatido como el que más en esta guerra. No me he quitado el uniforme durante los cuatro años y medio que se ha prolongado la campaña. Y además en este clima infernal.

—¿Cómo van la repatriación de los soldados españoles prisioneros?

—Va por muy buen camino. Mi sustituto, el general Jaramillo, concluirá las negociaciones.

—¿Qué me puede decir de la guarnición de Baler? ¿Son los héroes que algunos creen?

—Sí, héroes de los ladrones y paladines de los traidores.

—¿Cómo?

—Tenemos la evidencia de que el capitán De las Morenas ha sido asesinado por su guarnición.

—¿Qué me dice?

—Lo mataron para quitarle los tres mil duros destinados a pagar los haberes. Por eso no se rinde Martín. Pero también sabemos que apenas les quedan víveres. Su rendición está cerca. Cuanto antes cese este bochornoso espectáculo, mejor para todos. Es el siniestro epílogo de una triste campaña.

—¿Cómo están tan seguros de que el teniente cometió ese delito?

—Bien lo sabe usted. Aguilar habló en Baler con un soldado que logró escapar de su control. Él nos puso al día.

Higinio se ajustó sus lentes metálicas con el dedo índice.

—Entonces… ¿sus evidencias se basan en el testimonio de un desertor?

—Llámelo como quiera, pero de momento es el único que se ha presentado ante nosotros. Por algo será.

—Eso digo yo, ¡por algo será!

—Mi ya querido Algar. Me extraña tanto que usted, un periodista veterano, siga siendo tan ingenuo… Casi me da lástima tener que despertarlo de su ensoñación, de ese mundo suyo de héroes y princesas. Hágame caso y no se empecine en necias esperanzas. Los de Baler no son ejemplo de nada. Si busca uno para la patria, tendrá que buscarlo en otro sitio.

Madrid

Enriquito, sentado sobre una alfombra, jugaba con sus soldaditos de plomo. Sus dos hermanas mayores pintaban en unos cuadernos con ceras de colores. En el cuarto contiguo, las dos más pequeñas dormían la siesta en la cama de su madre. Carmen aprovechaba la insólita tranquilidad para leer una novela de Pérez Escrich. A su lado, Josefina, la criada familiar, zurcía unos pantalones infantiles junto a la ventana. Apoyaba en su regazo una cesta con agujas, alfileres de cabeza de gota de sebo, varias bobinas de hilo y un puñado de retales. Desde no muy lejos, las campanas de la iglesia de San Luis anunciaban que era las tres de la tarde.

—Madre, ¿ya es la hora de ir a pasear?

—Dentro de un rato. Ahora hace demasiado calor.

La mujer volvió a la lectura, aunque apenas había comenzado un párrafo cuando llamaron a la puerta.

—Doña Carmen, soy yo.

—Pase, doña Mercedes.

—Disculpe que la moleste, pero han venido a verla.

—¿A mí?

—Un caballero. Se ha presentado como don Rafael Gasset.

—¿Rafael está aquí? ¿Qué querrá?

—De momento verla. Espero que no tenga mayores intenciones.

—No se preocupe. Es un antiguo amigo de la familia; no lo veo desde antes de casarme. Le pedí ayuda para solucionar el problema de mi marido. Es el director de *El Imparcial*.

—¡Atiza! ¡Y está en mi casa! ¡Y no le he ofrecido nada…!

—Dígale que salgo enseguida. Josefina, hija, ayúdame con el pelo.

En el poco tiempo que tardó en adecentarse el peinado y ponerse un vestido más elegante y menos rodado, se reunió con su inesperada visita en el salón de la casa. El periodista la esperaba de pie, acompañado por la patrona, que lo asediaba con multitud de ofrecimientos. Durante un instante lo pudo observar desde el pasillo sin que él reparara en su presencia. Aquel muchacho de mirada insistente se había convertido en todo un hombretón. Barbado, con las puntas del bigote engomadas, costaba encontrar algún rastro de aquella cara adolescente. Además, era mucho más grande de lo que recordaba.

—¿En serio no le apetece un chinchón? ¿O un chocolate, quizá?

—No, gracias, de verdad que no quiero tomar… ¡Oh, Carmen! —Al verla entrar, Rafael sonrió y sí, aquel sí era el rostro que recordaba, hasta creyó ver en sus ojos el fulgor de antaño—. Ha pasado mucho tiempo, pero tú sigues igual de bella. —En verdad la encontraba hermosa, aunque no podía competir con su recuerdo de juventud.

—Y tú tan encantador como siempre.

—Si me disculpan, los dejaré solos.

—No, doña Mercedes, no será necesario.

—Sí, señora, quédese.

—Rafael, déjame darte las gracias por lo que has hecho por mi marido y por sus hombres. Aparte del señor Segura, que en paz descanse, nadie más movió un dedo por ellos.

—Lo único que lamento es no haber podido hacer más… ¿Sabes? —Rafael bajó la vista y jugueteó con el ala de su sombrero—. El año pasado me casé.

—Sí, lo recuerdo. Lo leí en la prensa. Con la hija del marqués de San Miguel de Aguayo. Enhorabuena.

—Mis hijos necesitaban una madre y yo… yo alguien que me ayudara a olvidar.

—Siento tu pérdida.

—Fue tan repentina, un ataque de reuma al corazón se la llevó. Estaba bien y en apenas una semana… Ella fue el amor de mi vida. La conocí con dieciséis años. Fue el primero, bueno, quiero decir… mi… —Levantó la cabeza y miró a Carmen, que sonrió.

—Tu primer amor de hombre.

Rafael le devolvió la sonrisa.

—Sí. Me costó superar su pérdida. Me volqué en el trabajo, pero por la noche la echaba tanto de menos… Fue duro, aunque siempre entendí que debía seguir adelante. No podía dejar que el dolor me arrastrara y me

convirtiera en un guiñapo. Me debía a mis hijos, a mis obligaciones y al recuerdo de ella.

—Me alegro por ti.

—Verás… —volvió a bajar la vista y permaneció así durante unos interminables segundos—, te preguntarás por qué te he contado esto y el porqué de mi visita…

Carmen observó cómo se movían los dedos del periodista sobre el sombrero y su corazón comenzó a latir con una fuerza tal que sentía que iba a estallarle en el pecho. Intentó hablar, sin embargo, un repentino nudo en la garganta se lo impidió. Tuvo que respirar hondo para ser capaz de articular palabra.

—Di lo que tengas que decir, Rafael. Que no te falte el ánimo.

—Saldrá en la edición de mañana, pero quería que lo supieras antes por mí. El general De los Ríos ha informado al Gobierno de que el teniente coronel Aguilar ha vuelto tras parlamentar con el destacamento de Baler. Dice que oficial al mando era el teniente Martín Cerezo. Eso significa que…

—¡Dios mío! —Carmen sintió desaparecer su esperanza. Desde que su marido partió, siempre la había servido de asidera; como una incierta probabilidad que mantenía sus sueños. Ahora que se confirmaba el peor de los augurios, un vértigo repentino se apoderó de su ser e hizo que le temblaran las piernas. Miró a su alrededor y se dirigió con paso trémulo al sofá.

—Puede que esté solo enfermo. —Doña Mercedes se colocó a su lado y la abrazó.

—Se han desatado toda clase de rumores. Algunos incluso dicen que lo mataron sus propios oficiales y que por eso no se rinden… A pesar de las órdenes explícitas del general, no han querido entregarse. Habían habilitado un buque para trasportarlos a Manila. Polavieja, el ministro de la Guerra, ha realizado unas declaraciones durísimas. Dice que los oficiales deben estar locos y define su conducta como una «aberración inaudita». —Sacó una hoja doblada del bolsillo y, tras abrirla, la leyó—. «Desde luego, puedo decir que les dejaremos entregados a su suerte ya que así lo desean».

—¿Los abandonan?

—¿Qué? —Carmen se puso de pie—. El que diga que a mi marido le ha asesinado su propia tropa es que no lo conocía. Él es un gran oficial. Él sabe cómo conducir a sus hombres… Él… ya no está… —Las lágrimas, largo tiempo retenidas, ocuparon sus ojos vidriosos y rodaron por sus mejillas. Sollozando, se giró para buscar consuelo en los brazos de patrona, que también lloraba—. ¡Mis niñas! ¡Mi Enriquito! ¡Mi pobre marido! ¡Dios mío!

Lo han dejado morir… ¡Ay, Enrique!, ¿por qué no te rendiste? Has entregado tu vida y la de los que más quieres a una España podrida…

Baler

—Carne tierna y con sabor agradable —dijo Ramón Boades—. Ya creía que no la iba a probar más.

—Y sin gusanos —celebró Loreto.

—¡Y con sal! ¡Odio la comida sosa!

—También es cierto —continuó Ramón—, que los caracoles no estaban muy duros. Viscosos, sabían a demonios y su tacto era como el de un moco enorme, pero no estaban duros. Desde luego que no los voy a echar de menos. No quiero comer un caracol más en mi vida, ni en la paella ni con tomatito.

—¿Y lo que me alegraba no oír quejas del rancho? Os comíais cualquier cosa. No han pasado ni dos días y ya han vuelto los reproches.

—Eso de quejarse, Olivares, muy español. ¿Y acaso no hemos demostrado ser buenos españoles? —preguntó Ramón.

—Los mejores.

—Más allá de las bromas, podemos estar contentos. Hemos cumplido con nuestro deber. Ya lo dice nuestro himno: «Levantada y erguida la frente, bien se puede a la patria volver».

—Sí, sin duda somos dignos del batallón —afirmó el cabo.

—Hay que ver lo que hemos sufrido tras estos muros. —Ramón recorrió con la mirada la planta de la iglesia.

—Pasamos las de Caín.

—Ahora que mencionas a Caín, ¿alguien ha hablado con Alcaide?

—No tendrá narices para acercarse a mí. —Jiménez Berro apretó el puño—. Como lo pille me las va a pagar todas juntas.

—Ojo con lo que haces —advirtió el cabo—. Ten en cuenta que ahora está con los taos. Es uno de los suyos. Si le das lo que se merece se lo pueden tomar a mal. Ten mano izquierda.

—Izquierda y derecha, le daré con las dos. No sea que una se ponga celosa de la otra.

—No seas burro, Jiménez. A ver si la vas a liar. Y que os valga para todos. No caigáis en las provocaciones de Alcaide. No sea que consiga ahora lo que no logró antes.

—Yo lo vi, se me acercó al ir al río —dijo Loreto.

—¿Cuándo?

—Esta mañana después de desayunar. Fui a asearme y lo encontré allí.

—¿Y hablaste con él?

—Me saludó como si fuera un hermano suyo que no ve hace veinte años. Me abrazó y me regaló un poco de comida.

—Algo buscaba.

—Lo sé, Ramón. Enseguida comenzó a contarme lo bien que lo trataban los indios, de lo buena persona que fue el capitán y de lo injusto que había sido con nosotros el teniente Martín.

—Será perro traidor.

—Me pidió que dijera a los oficiales insurrectos que el teniente nos había obligado a resistir. Según él, varios cazadores están de acuerdo.

—¡Hijo de la gran puta!

—¿Y no quieres que ajuste cuentas con él?

—Está buscando nuestro fin —opinó Olivares—. No le deis razones para que lo logre, en cuanto nos acerquemos a nuestras posiciones saldrá por patas y lo perderemos de vista para siempre. Tened paciencia.

—¿Habéis acabado de comer? —preguntó Pineda, que terminaba de entrar en el patio—. Vamos a ir varios a coger unos cocos y después nos acercaremos a la playa a bañarnos. ¿Venís?

—¿Lo sabe el teniente?

—Claro, lo ha negociado él con Tecson. Incluso van a venir unos taos de nodrizas. ¡Como si los necesitáramos!

—Venga, vamos. —Jiménez se levantó. Todo el grupo de cazadores lo imitó excepto dos, que conversaban entre ellos ajenos al resto.

—¿Os quedáis, Ramón?

—Ahora iremos… Antes tengo que hacer una cosa.

Sus compañeros se marcharon y dejaron solos a Loreto y Ramón.

—Quiero devolverte esto. —Se levantó el capote sin mangas fabricado con una sábana y sacó un par de papeles que sujetaba con la cintura del pantalón.

—Mis cartas —dijo Loreto sin llegar a cogerlas.

—Sí, ahora que ha pasado el peligro, llévatelas y entrégalas a nuestra vuelta.

—Rómpelas.

—¿Qué dices, hombre? Estos papeles recogen todo lo que sentías los días previos a nuestra internada en el bosque. Miedos, deseos, amor… Guárdatelas, así, en el futuro, las podrás leer y recordar Baler.

—¿Recordar este infierno? Prefiero olvidarlo.

—Sé que ha sido duro, pero hemos resistido durante casi un año. No es motivo de vergüenza, sino de orgullo. No hay que olvidarlo, hay que ensalzarlo.

—¿Qué quieres que te diga? Yo hubiera preferido quedarme en casa con los míos.

Ramón se encogió de hombros.

—Alguien tenía que venir. Y te ofreciste voluntario.

—Me alisté por el dinero que me dieron al sustituir al hijo de rico aquel… No sabía dónde me metía. No te puedes hacer idea de cómo es una guerra hasta que la vives. Aunque nunca me he considerado un cobarde, ahora sé que desde luego tampoco soy un valiente.

—¿Quién puede llamarse valiente? —preguntó Ramón—. Cuando enfermé de beriberi me horroricé tanto que pensé toda clase de barbaridades. Menos mal que estabas tú para apoyarme. Si no me hubiera vuelto loco. No sé qué habría hecho.

—Pues sobrevivir… Después de ver morir a nuestros compañeros de la guisa que lo hicieron, cualquiera no tiene miedo. —Loreto miró hacia la sacristía. A través de su puerta se veían las cruces que señalaban las tumbas de los caídos.

—Aún me despierto aterrado cuando, en mis sueños, aparecen sus rostros hinchados. Nos libramos de una buena. Menos mal que hicimos aquella salida… Por cierto, eso me recuerda que tienes una promesa pendiente —recordó Ramón sonriendo.

—Pero, ya te lo dije… no depende de mí…

—No empieces con pretextos y cumple lo jurado.

—Lo haré, lo haré.

—Como no lo hagas, iré hasta Requena y te partiré la crisma.

—¿Cuándo crees que llegaremos a España?

—Ayer nos dijo el teniente que dependerá de lo que nos entretengan en Manila. Cree que podríamos regresar en el otoño.

—Para la vendimia, si la filoxera lo permite. En Málaga ya terminó con sus viñas, veremos qué ha pasado en Requena.

—Desde luego, eres tremendo. Ya te estás angustiando por los problemas de tu pueblo y aún estamos perdidos en la selva filipina.

—Soy precavido.

—Quizá no tengas por qué preocuparte. Dice el teniente que el Gobierno recompensará nuestra actuación. Nos concederán medallas, pensiones y

buenas colocaciones. ¿Te imaginas de guardia urbano o cartero?

—Si yo no sé leer.

—Hay mil trabajos. ¿Y llevar un tranvía en Valencia?

—No, yo volveré a Requena. Quizá podría ser portero en el Ayuntamiento.

—Pues claro… Te dije mil veces que volverías a España.

—Sí, lo decías siempre e hiciste lo posible por que se cumpliera. Gracias.

—¿Gracias? ¿Que tú no me ayudaste? Cuando estuve enfermo… Mierda, es acordarme del beriberi y se me encoge el alma. Vamos a dejarlo ya, que vamos a terminar llorando como bobos… Venga, ¿vamos a la playa?

Loreto asintió sonriendo. Los dos se levantaron y se dirigieron hacia la puerta que daba al camino del río.

—Ramón, ¿qué será lo primero que hagas al volver?

—En España no lo sé, pero, en Manila, pillar una curda descomunal y luego, aunque no lo haré, debería buscar al comandante del batallón. Aquel que nos prometió que íbamos a estar solo dos meses aquí. ¡Dos meses! Será cabrón. Menos mal que no nos dijo que esto iba a ir para largo…

19 de octubre de 1899

Madrid

Martín Cerezo lucía uniforme de gala y una sonrisa nerviosa. En su manga, por novedosas, destacaban tres estrellas de seis puntas que le identificaban como capitán. Se contempló en el espejo y desplazó con suavidad hacia delante la hermosa empuñadura para que su sable de honor no le molestara al caminar. Conforme con su aspecto, miró con timidez a través del cristal y esperó junto a los dos leones de escayola que flanqueaban la puerta de la fonda y le daban nombre. Con casi diez minutos de retraso y acompañado por varios soldados de caballería, llegó el carruaje enviado por el Ministerio de la Guerra. Al salir a la calle lo recibió el cielo encapotado de Madrid y la fría indiferencia del gentío. Los transeúntes, más allá de unos críos que le saludaron al modo militar, apenas le prestaron atención. Se sentó con la espalda recta, intentando evitar que se le arrugara la guerrera, sobre el asiento tapizado en rojo. Cerró los ojos y se dejó mecer por el continuo bamboleo del vehículo. Al paso, descendieron por la calle del Carmen hasta llegar a la Puerta del Sol. Martín, al comprobar en el reloj de la Casa de Correos que acumulaba ya quince minutos de retraso, se sobresaltó. El coche de caballos avanzaba despacio, entre tenderetes con fotografías de lugares exóticos, vendedores de tónicos milagrosos, pillos y ociosos de varias clases sociales. Tras pasar junto al Gran Bazar de la Unión, enlazó con la calle Mayor y se dirigió hacia la calle Bailén y las obras de la catedral de la Almudena. A la altura del palacio de Oñate, se detuvo. Martín suspiró y se atusó el bigote varias veces. Los minutos volaban y ellos continuaban sin avanzar.

—Teniente —llamó al joven oficial al mando de su escolta—. ¿Qué sucede?

—Nos ha informado un romanones —el oficial, al ver que Martín fruncía el ceño, rectificó—… un guardia municipal de que se ha accidentado el carro de un aguador. El paso está cortado.

—Busque un camino alternativo. ¡Demonios!, es usted un oficial. Tenga iniciativa, por el amor de Dios.

—Disculpe, mi capitán.

Martín se volvió a sentar en el centro del asiento. El movimiento impulsivo y reiterado de su pierna no dejaba de recordarle que llegaba tarde a la cita más importante de su vida. Por fin, para alivio suyo, el carruaje se puso en marcha. El teniente, espoleado por la reprimenda, había ordenado a sus hombres que abrieran el paso. Con los caballos al trote, progresaron por una calleja hasta llegar a la calle Arenal, continuaron por la de Vergara y, por fin, alcanzaron el Palacio Real.

El capitán, tras apearse, fue conducido a una pequeña puerta. Al verlo pasar, varias personas que paseaban junto al edificio lo reconocieron y felicitaron. La noticia voló entre la muchedumbre, que aplaudió entusiasta. Fue aclamado por igual, tanto por obreros y artesanos vestidos con blusa y alpargatas como por hombres enfundados en impecables trajes a la última moda. Martín, avergonzado, levantó una vez la mano a modo de saludo y se metió en el edificio casi a la carrera, como si fuera un golfillo que busca colarse.

Un criado con librea lo condujo a un gran vestíbulo atestado de supuestas personalidades. La mayoría de los prohombres del reino aprovechaban los escasos momentos que brindaba la corte de la reina María Cristina, apodada Doña Virtudes, y esperaban a ser recibidos en audiencia real. La alta nobleza y lo más selecto de la burguesía y del ejército se entremezclaban en un absurdo juego de apariencias. Las mujeres, envueltas en pieles, joyas y preciosos vestidos de vivos colores y faldas largas que caían hasta cubrirles los pies; los hombres, ostentando majestuosos bigotes que cuidaban con esmero, cubiertos de medallas, fajines y condecoraciones pomposas y de exagerado tamaño que no dudaban en lucir ni los civiles.

Martín Cerezo, un recién ascendido capitán de la escala de reserva, se empequeñeció entre tanto boato y figurín. Intimidado por el lujo, se sentía desnudo con su uniforme y la solitaria medalla que adornaba su pecho. Al término de la recepción real, en la que nunca dejó de sentirse fuera de lugar, se refugió en un rincón de la enorme sala. Un coronel de Estado Mayor se le acercó, y le indicó que le siguiera, pues el general Azcárraga, ministro de la Guerra, le esperaba. Se dejó guiar a través de diversas salas y habitaciones hasta que llegó, según le dijo el jefe, al Salón del Diván. En esa estancia, decorada con frescos y tapices, y junto a uno que representaba la caza de un jabalí, se encontraban cuatro personas. Al reconocerlas, Martín no pudo evitar emocionarse. La reina regente María Cristina, el joven rey Alfonso XIII y su tía, la Infanta Isabel charlaban con el general. Era este un hombre más bien bajo y tirando a rechoncho, con una barriga domada a base de fajas. Tenía el

pelo retraído más allá de las sienes y una perilla cana rodeaba su pequeña boca.

—Ya está usted aquí —dijo el militar—. Majestades, alteza, permítanme que les presente al capitán don Saturnino Martín Cerezo, oficial al mando durante la fase final del sitio de Baler.

Martín avanzó y realizó el protocolario besamanos a las dos mujeres. Ante el joven rey, un muchacho delgado de poco más de trece años que vestía uniforme de cadete de la Guardia Real, se cuadró y saludó. Alfonso, serio y orgulloso, imitó el gesto.

—Apreciamos mucho su heroica resistencia, capitán. Se desvivió por mantener la integridad de los territorios de mi hijo —dijo la reina con el suave acento alemán que nunca perdió. Lucía un vestido largo, color gris champán, con una banda blanca con los bordes rojos, guantes blancos que llegaban más allá del codo y un juego de collar, pendientes y tiara de diamantes. Su belleza, aunque escasa, se resaltaba por la dignidad que desprendía.

—Sí, fue una gran hazaña. España necesita hombres como usted y no como esos fantoches que huyeron al primer disparo —opinó la infanta Isabel, cincuentona y viuda, apodada por el pueblo como La Chata. Dotada del carácter populista de los Borbones, contrastaba sobremanera con su altiva cuñada. Corpulenta y con el pelo rizado, evocaba la imagen de su madre Isabel II. Su vestido era semejante al de la regente, pero cambiando el apagado color de aquella por un alegre azul cian brillante.

—Pero, alteza, no sea injusta. Las dificultades que encontramos fueron enormes —excusó el general.

—¿Cree que el capitán estuvo recluido en un hotel de París? —insistió Isabel.

—No, pero…

—Por favor, dejen hablar al capitán, que para eso le hemos invitado —cortó la regente, incómoda por la discusión—. Y dígame, Martín ¿fue aquello tan duro como nos imaginamos?

—Majestad, si me permite el atrevimiento, tenga en cuenta que si fue duro o no, no es él quien debe valorarlo. Se está realizado un juicio contradictorio para la concesión de la Laureada. Allí se aclarará las circunstancias…

—¡General! Deje hablar a Martín.

—Disculpe, alteza.

—Nosotros hicimos todo lo posible por cumplir con nuestro juramento. Como militares y caballeros no somos más que esclavos de nuestro honor.

—Tiene que contármelo todo —exigió Alfonso—. No quiero perder detalle.

—Cuando guste, majestad. Para mí será un placer.

—España está orgullosa de usted, capitán. Su hazaña pervivirá en nuestra memoria por siempre —dijo la regente.

—Yo… Mis hombres y yo solo cumplíamos con nuestro deber.

La reina regente, por primera vez en toda la velada, se permitió una breve sonrisa.

—¡Ay, Martín! Si todos hubieran cumplido con su deber…

Agradecimientos

Desde que registré el primer manuscrito de *Esclavos del honor*, allá por el 2012, e incluso antes, han sido muchas las personas que, de una manera u otra, me han ayudado. Es duro escribir sin una luz en el horizonte que te guíe y acompañe, y para suerte mía, yo he tenido muchas. A todas, gracias. Aunque mi agradecimiento es enorme, mi memoria es escasa, por ello pido disculpas, pues es seguro que olvidaré a alguien.

No podía empezar por otro que no fuera Antonio Penadés, sin él esta novela nunca habría visto la luz, así que, si a alguien no le gusta, la culpa es suya. Las quejas a él. Gracias por tu apoyo, por tus enseñanzas y por tu envidiable *areté*. A Santiago Posteguillo, por avivar mis sueños literarios y por sus clases magistrales llenas de magia. Su hechizo fue el origen de El Cuaderno Rojo, la base de todo.

A mis amigos hislibreños, romanos y griegos, que, reseña a reseña, *post* a *post* y concurso a concurso, me ayudaron a mejorar. En mi corazón os llevo. A los compañeros de trabajo por las facilidades que me dan para asistir a cursos, presentaciones y demás actos literarios. A los perejiles, a los que se fueron, a los que se perdieron y a los que aún están. Y a Claudia, por entender mis sueños.

A Josep Asensi, *wanax*, docto y médico, por compartir su sabiduría conmigo. Gracias por supervisar que mi doctor Vigil no hiciera ninguna trastada. A Isabel Barceló y Rafa Lillo, por tanto que dais. A Fernando Ortega y Gabriel Castelló por considerarme uno de los vuestros desde el principio. A Alejandro Noguera y a todo el personal del L'Iber por acogerme en su casa. A Jorge Eduardo Benavides por su magisterio literario.

A Rafa Galván, entusiasta lector del manuscrito, por su magnífica página web *www.eldesastredel98.com*, por sus conocimientos y su paciencia. Gracias por los planos. Tenemos una cerveza pendiente. Bien fría. A Miguel Leiva y Miguel Ángel López por saber más que nadie sobre el destacamento de Baler y compartirlo conmigo.

A Lucía Luengo por confiar en mí y por ver en mi prosa más de lo que yo veo.

Al Cuaderno Rojo, por las risas sin fin y por engranar mis ilusiones. Gracias a todos los cuadernautas, pero en especial a Jordi Llobregat por su ánimo incansable, a Santiago Álvarez por marcar el camino y por el Scrivener, a Bernardo Carrión por sus consejos, a José Luis por sus ánimos y por aquella bendita locura que fue el Bibliocafé. A Míriam, por compartir maldición. A Eva María Marcos, por su ilimitado entusiasmo, a Ana Martínez, por su apoyo durante todos estos años. A Amparo Andrés por acordarse de mí, a María Vicenta Porcar por su infatigable amor a las artes y Marta Querol por su amistad y sus fantásticas novelas. A Ángeles Pavía por no fallarme nunca. A Txema Gil por sus apreciaciones, que me dieron mil ideas. A Enrique Huertas por sus magníficas correcciones y sus interminables disertaciones sobre la verdad literaria. Y gracias por Vladimir. A Marina López, gran persona, buena amiga y mejor escritora, por sus apreciaciones y su optimismo desenfrenado. A Sebastián Roa, primer lector, amigo y hermano mayor literario, por sus consejos, por aguantar mis preguntas y desvaríos. Gracias a todos por obligarme a creer en mí.

A Bernardo y Pilar, mis suegros, por ayudarme a sacar horas para escribir. A mi abuelo, por introducirme a Salgari. A mis hermanos y hermana por estar siempre ahí. A mis padres, por una infancia feliz y un mundo lleno de libros.

A Pablo, César y María, mis pequeñas carcomas, por pensar que su padre es un buen escritor, y, como no, a Nieves, por aguantar mis cuitas literarias, por su apoyo y por el tiempo que mis relatos y novelas le han robado. Te quiero.



RAÚL BORRÁS SAN LEÓN (Valencia, 1974) es alumno del curso de literatura creativa de Santiago Posteguillo y Antonio Penadés. Ha publicado una docena de relatos en distintas antologías. Entre sus autores preferidos destacan nombres tan heterogéneos como Colleen McCullough, Gisbert Haefs, Patrick O'Brian, J. R. R. Tolkien, Vladimir Nabokov, Blasco Ibáñez o Almudena Grandes.

ÍNDICE

7 de agosto de 1898. Treinta y ocho días de asedio

8 de agosto de 1898. Treinta y nueve días de asedio

11 de agosto de 1898. Cuarenta y dos días de asedio

13 de agosto de 1898. Cuarenta y cuatro días de asedio

15 de agosto de 1898. Cuarenta y seis días de asedio

20 de agosto de 1898. Cincuenta y un días de asedio

21 de agosto de 1898. Cincuenta y dos días de asedio

22 de agosto de 1898. Cincuenta y tres días de asedio

23 de agosto de 1898. Cincuenta y cuatro días de asedio

28 de agosto de 1898. Cincuenta y nueve días de asedio

30 de agosto de 1898. Sesenta y un días de asedio

Madrid, 1 de septiembre de 1898. Sesenta y tres días de asedio

6 de septiembre de 1898. Sesenta y ocho días de asedio

8 de septiembre de 1898. Setenta días de asedio

12 de septiembre de 1898. Setenta y cuatro días de asedio

13 de septiembre de 1898. Setenta y cinco días de asedio

14 de septiembre de 1898. Setenta y seis días de asedio

15 de septiembre de 1898. Setenta y siete días de asedio

16 de septiembre de 1898. Setenta y ocho días de asedio

18 de septiembre de 1898. Ochenta días de asedio

19 de septiembre de 1898. Ochenta y un días de asedio

21 de septiembre de 1898. Ochenta y tres días de asedio

25 de septiembre de 1898. Ochenta y siete días de asedio

27 de septiembre de 1898. Ochenta y nueve días de asedio

28 de septiembre de 1898. Noventa días de asedio

29 de septiembre de 1898. Noventa y un días de asedio

30 de septiembre de 1898. Noventa y dos días de asedio

1 de octubre de 1898. Noventa y tres días de asedio

2 de octubre de 1898. Noventa y cuatro días de asedio

5 de octubre de 1898. Noventa y siete días de asedio

9 de octubre de 1898. Ciento un días de asedio

10 de octubre de 1898. Ciento dos días de asedio

13 de octubre de 1898. Ciento cinco días de asedio

14 de octubre de 1898. Ciento seis días de asedio

15 de octubre de 1898. Ciento siete días de asedio

16 de octubre de 1898. Ciento ocho días de asedio

18 de octubre de 1898. Ciento diez días de asedio

19 de octubre de 1898. Ciento once días de asedio

21 de octubre de 1898. Ciento trece días de asedio

22 de octubre de 1898. Ciento catorce días de asedio

23 de octubre de 1898. Ciento quince días de asedio

25 de octubre de 1898. Ciento diecisiete días de asedio

28 de octubre de 1898. Ciento veinte días de asedio

2 de noviembre de 1898. Ciento veinticinco días de asedio

4 de noviembre de 1898. Ciento veintisiete días de asedio

5 de noviembre de 1898. Ciento veintiocho días de asedio

6 de noviembre de 1898. Ciento veintinueve días de asedio

7 de noviembre de 1898. Ciento treinta días de asedio

8 de noviembre de 1898. Ciento treinta y un días de asedio

9 de noviembre de 1898. Ciento treinta y dos días de asedio

10 de noviembre de 1898. Ciento treinta y tres días de asedio

11 de noviembre de 1898. Ciento treinta y cuatro días de asedio

14 de noviembre de 1898. Ciento treinta y siete días de asedio

17 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta días de asedio

20 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta y tres días de asedio

21 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta y cuatro días de asedio

22 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta y cinco días de asedio

24 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta y siete días de asedio

25 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta y ocho días de asedio

26 de noviembre de 1898. Ciento cuarenta y nueve días de asedio

30 de noviembre de 1898. Ciento cincuenta y tres días de asedio

4 de diciembre de 1898. Ciento cincuenta y siete días de asedio

5 de diciembre de 1898. Ciento cincuenta y ocho días de asedio

6 de diciembre de 1898. Ciento cincuenta y nueve días de asedio

8 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y un días de asedio

9 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y dos días de asedio

12 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y cinco días de asedio

13 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y seis días de asedio

14 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y siete días de asedio

15 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y ocho días de asedio

16 de diciembre de 1898. Ciento sesenta y nueve días de asedio

17 de diciembre de 1898. Ciento setenta días de asedio

20 de diciembre de 1898. Ciento setenta y tres días de asedio

23 de diciembre de 1898. Ciento setenta y seis días de asedio

24 de diciembre de 1898. Ciento setenta y siete días de asedio

27 de diciembre de 1898. Ciento ochenta días de asedio

29 de diciembre de 1898. Ciento ochenta y dos días de asedio

31 de diciembre de 1898. Ciento ochenta y cuatro días de asedio

1 de enero de 1899. Ciento ochenta y cinco días de asedio

2 de enero de 1899. Ciento ochenta y seis días de asedio

7 de enero de 1899. Ciento noventa y un días de asedio

8 de enero de 1899. Ciento noventa y dos días de asedio

12 de enero de 1899. Ciento noventa y seis días de asedio

13 de enero de 1899. Ciento noventa y siete días de asedio

14 de enero de 1899. Ciento noventa y ocho días de asedio

19 de enero de 1899. Doscientos tres días de asedio

24 de enero de 1899. Doscientos ocho días de asedio

29 de enero de 1899. Doscientos trece días de asedio
1 de febrero de 1899. Doscientos dieciséis días de asedio
3 de febrero de 1899. Doscientos dieciocho días de asedio
4 de febrero de 1899. Doscientos diecinueve días de asedio
5 de febrero de 1899. Doscientos veinte días de asedio
7 de febrero de 1899. Doscientos veintidós días de asedio
13 de febrero de 1899. Doscientos veintiocho días de asedio
14 de febrero de 1899. Doscientos veintinueve días de asedio
18 de febrero de 1899. Doscientos treinta y tres días de asedio
19 de febrero de 1899. Doscientos treinta y cuatro días de asedio
21 de febrero de 1899. Doscientos treinta y seis días de asedio
22 de febrero de 1899. Doscientos treinta y siete días de asedio
23 de febrero de 1899. Doscientos treinta y ocho días de asedio
24 de febrero de 1899. Doscientos treinta y nueve días de asedio
25 de febrero de 1899. Doscientos cuarenta días de asedio
27 de febrero de 1899. Doscientos cuarenta y dos días de asedio
2 de marzo de 1899. Doscientos cuarenta y cinco días de asedio
6 de marzo de 1899. Doscientos cuarenta y nueve días de asedio
13 de marzo de 1899. Doscientos cincuenta y seis días de asedio
17 de marzo de 1899. Doscientos sesenta días de asedio
20 de marzo de 1899. Doscientos sesenta y tres días de asedio
23 de marzo de 1899. Doscientos sesenta y seis días de asedio
26 de marzo de 1899. Doscientos sesenta y nueve días de asedio
28 de marzo de 1899. Doscientos setenta y un días de asedio
29 de marzo de 1899. Doscientos setenta y dos días de asedio
30 de marzo de 1899. Doscientos setenta y tres días de asedio
1 de abril de 1899. Doscientos setenta y cinco días de asedio
2 de abril de 1899. Doscientos setenta y seis días de asedio
6 de abril de 1899. Doscientos ochenta días de asedio

7 de abril de 1899. Doscientos ochenta y un días de asedio

9 de abril de 1899. Doscientos ochenta y tres días de asedio

11 de abril de 1899. Doscientos ochenta y cinco días de asedio

12 de abril de 1899. Doscientos ochenta y seis días de asedio

15 de abril de 1899. Doscientos ochenta y nueve días de asedio

17 de abril de 1899. Doscientos noventa y un días de asedio

19 de abril de 1899. Doscientos noventa y tres días de asedio

20 de abril de 1899. Doscientos noventa y cuatro días de asedio

24 de abril de 1899. Doscientos noventa y ocho días de asedio

28 de abril de 1899. Trescientos dos días de asedio

30 de abril de 1899. Trescientos cuatro días de asedio

2 de mayo de 1899. Trescientos seis días de asedio

4 de mayo de 1899. Trescientos ocho días de asedio

7 de mayo de 1899. Trescientos once días de asedio

8 de mayo de 1899. Trescientos doce días de asedio

9 de mayo de 1899. Trescientos trece días de asedio

11 de mayo de 1899. Trescientos quince días de asedio

12 de mayo de 1899. Trescientos dieciséis días de asedio

15 de mayo de 1899. Trescientos diecinueve días de asedio

17 de mayo de 1899. Trescientos veintiún días de asedio

18 de mayo de 1899. Trescientos veintidós días de asedio

19 de mayo de 1899. Trescientos veinte y tres días de asedio

20 de mayo de 1899. Trescientos veinticuatro días de asedio

25 de mayo de 1899. Trescientos veintinueve días de asedio

26 de mayo de 1899. Trescientos treinta días de asedio

28 de mayo de 1899. Trescientos treinta y dos días de asedio

29 de mayo de 1899. Trescientos treinta y tres días de asedio

30 de mayo de 1899. Trescientos treinta y cuatro días de asedio

31 de mayo de 1899. Trescientos treinta y cinco días de asedio